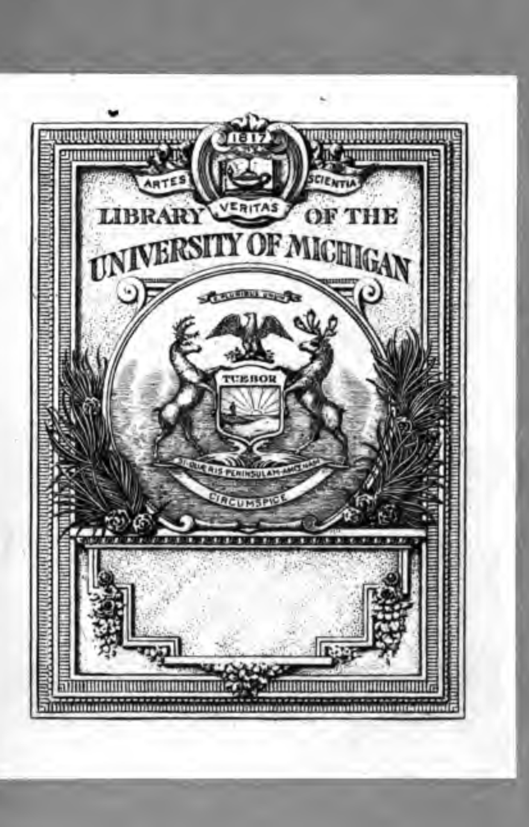

1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

OBRAS COMPLETAS

DE

FIGARO.

OBRAS COMPLETAS

DE

FIGARO

(DON MARIANO JOSÉ DE LARRA).

TOMO IV.

MADRID.

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1843.

NO MAS MOSTRADOR,

COMEDIA ORIGINAL EN CINCO ACTOS.

PERSONAS.

Don Deogracias, comerciante.
Doña Bibiana, su muger.
Julia, su hija.
Bernardo, su amante.
El conde del Verde Sauco.
Simon, su ayuda de cámara.
Señor Borderó, sastre.
Francisco, criado.
Pascasio, jardinero.
Un Jocquey del conde.

La Escena es en Madrid en casa de don Deogracias.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la trastienda de un grande almacen; en el fondo habrá una puerta que conduce al almacen; á la izquierda una puerta que da salida á la calle, y otra que figura dar á un jardin; á la derecha dos puertas, una que conduce á las habitaciones interiores, y la otra al cuarto de Don Deogracias. Muebles de moda.

ESCENA PRIMERA.

DON DEOGRACIAS. DOÑA BIBIANA.

Deogracias. Pero muger, ¿es posible que hayas perdido el juicio hasta el punto de querer hacer la señora? Tú, hija de una honrada corchetera, que en toda su vida no supo salir de los portales de Santa Cruz con su puesto de botones de hueso y abanicos de novia..... Tu abuelo un pobre cordonero de la calle de las Urosas, que, gracias á tu boda conmigo, concluyó sus dias en una cama de tres colchones con colcha de cotonía....

Bibiana. Y qué tenemos con esa relacion tan larga de mi padre, y de mi abuelo, y de mi.... Vaya que es gracioso. Sí señor, quiero dejar el comercio; sabe Dios lo que la suerte me reserva todavía: verdad es que mi madre ven-

dia botones; pero por eso mismo no los quiero vender yo.. sobre todo, si yo conozco mi genio..... y, vamos á ver, dime: qué era la marquesa del Encantillo, que anda desempedrando esas calles de Dios en un magnífico *landó?* A ver si su abuelo no era un pobre valenciano, que vino vendiendo estera, y se ponia por mas señas en un portal de la calle de las Recogidas, hecho un pordiosero, que era lo que habia que ver. En fin, fuera cuestiones, Deogracias; te lo he dicho, no quiero mas comercio. Llevo ya veinte y cuatro años de medir sedas, de estirar la cotanza para escatimar un dedo de tela á los parroquianos, y de poner la cortina á la puerta para que no se vean las macas de las piezas.... qué sé yo... maldito mostrador; basta, basta, no mas mostrador.

Deogracias. Pero muger, ven acá. No es el comercio, que tanto maldices, el mismo que nos ha puesto en estado de hacer los señores, y de gastar, y de....?

Bibiana. Tanto mas motivo para dejarlo, y para descansar y disfrutar lo que hemos ganado. Cada vez que me acuerdo del baile de la otra noche, adonde fui con nuestra hija Julia, y de cómo tiene puesta la casa doña Amelia..... vaya..... Deogracias, desengáñate, mientras yo no tenga mi magnífica casa, y esté en un soberbio taburete recibiendo la gente del gran tono, y dando disposiciones para las arañas, y los quinqués, y la mesa de juego, y las alfombras, y el ambigú, y no entren mis lacayos abriendo la mampara, y anunciando: «el conde tal..... el vizconde cual....» y mientras no tenga palco en la ópera, y un jocquey que me acompañe al Prado por las mañanas en invierno, con mi schal en el brazo, y mi sombrilla en la mano..... desengáñate, me verás aburrida morirme de tédio....

Deogracias. Valiente papel haré yo en tu magnífico salon, alli revuelto con los condes y marqueses... yo que nunca he salido, como quien dice, de los portales de Guadalajara. Vamos, creeme, Bibiana...

Bibiana. Bibiana! Dios mio! qué marido tan ordinario! no te he dicho ya cien mil veces que no quiero que me vuelvas á llamar Bibiana? dónde has visto tú una muger del gran tono que se llame Bibiana? Concha me llamo, y me quiero llamar; y señora doña Concha seré hasta que me muera; y me lo llamarán, sí señor, que para eso tengo

dinero, y «como está usted, Conchita?—Conchita, qué mona es usted !»

Deogracias. Mira, muger. Bibiana Cartucho eras cuando me enamoré de tí, por mi mala estrella: con Bibiana Cartucho me casé, que ojalá fuera mentira, para purgar sin duda mis pecados en este mundo; y para mí Bibiana Cartucho has sido, eres y serás hasta que me muera; y si te mueres tú antes, en tu lápida he de poner: «aqui yace Bibiana Cartucho,» y nada mas.

Bibiana. Ay, Dios mio, qué vergüenza! hasta despues de mi muerte! pues bien, rencoroso, enhorabuena, quédate en tus portales de Guadalajara, hecho un criado de todo el que te venga á pedir una cuarta de bayeta... haz lo que quieras, ya que eres un pobre hombre, y no quieres brillar y darte tono: asi como asi, no son los maridos en lo que mas reparan las gentes; pero tienes hijos, y no me parece que será cosa de sacrificarlos á tu capricho: creo que no harás ánimo de que sean tambien horteras.

Deogracias. Sí por cierto. Teodoro, que va á cumplir catorce años, saldrá de la Escuela Pia en cuanto tenga mas formada su letra, y sepa decir alguna cosa en latin, nó para ver de ponerle los cordones, como tú crees, sino para reemplazarme en el almacen. No ceñirá espada; pero sin eso podrá ser un buen español: no tendrá, á imitacion mia, mas insignia que la vara de medir; pero quién duda que podrá servir con ella á Dios y al rey tan bien como cualquier otro? Ademas de que no le faltan al rey jóvenes nobles y bien dispuestos, que han nacido para defenderle, y que saben sostener el brillo de su casaca, el honor de sus antepasados y los derechos de su soberano.

Bibiana. Es posible? bien; pero en cuanto á mi hija Julia... ya está en edad de poderse casar... una jóven de mérito, que la he criado yo misma, que canta, que baila, que toca... Es verdad que no sabe fregar, ni barrer, ni coser ninguna cosa; pero para ser elegante tampoco lo necesita.

Deogracias. Sí, Julia se casará; ya hace tiempo que tengo tratada su boda; y si no lo sabes ya, tú tienes la culpa. Tus eternos deseos de casarla con un personage me han obligado á ocultártelo; pienso casarla con Bernardo, el hijo de mi amigo Benedicto, comerciante de tapices de Barcelona.

Bibiana. Yo! suegra de un tapicero?

Deogracias. De un tapicero; y por qué no? Cuánto mejor es un tapicero que puede contar con cien mil reales de renta al año y probidad, que un elegante jugador, un marqués plagado de trampas, un militar sin juicio, un abogado sin clientela, un médico sin enfermos...

Bibiana. Bien... pero, y si tu hija esperimentase una aversion particular hácia esa boda?

Deogracias. Aversion, no es posible; ni aun le conoce; yo mismo, si le veo en la calle, no puedo decir «este es;» ya se ve, como que no le he visto nunca. Su padre me escribió el proyecto de casar á nuestros hijos; y yo, que no creo encontrar partido alguno mas ventajoso, he aceptado. Por lo que hace á Julia, yo creo que ni piensa en eso: tú la vuelves loca.

Bibiana. Corriente; pues me remito á ella; ella puede decidir entre los dos.

Deogracias. Enhorabuena; yo sé que la chica es otra cosa.

Bibiana. Julia! Julia!

Deogracias. Ella nos dirá su gusto; pero en la inteligencia que si quiere, la boda se hará al momento.

Bibiana. Tal precipitacion! Julia!

Deogracias. Sí señor; esta es una buena ocasion de colocarla; y sabe Dios, si la dejamos escapar, cómo nos veremos luego para encontrar otra igual.

ESCENA II.

DOÑA BIBIANA. DON DEOGRACIAS. JULIA.

Julia. Mamá, me llamaba usted?

Deogracias. Ven aqui, hija mia. Vas á responder con toda libertad, sin ceñirte á nuestro gusto... á declararnos francamente el tuyo.

Bibiana. Se trata de un asunto muy serio para tí; tu padre quiere casarte.

Julia. (Casarme! Dios mio! ahora...)

Bibiana. Levanta la cabeza; mírame sin cortedad, quieres casarte? *(La hace señas con la cabeza que diga que no.)* La verdad.

Julia. Mamá... casarme... ahora soy tan jóven...

Deogracias. Eres jóven; pero hija...

Bibiana. Eso no es lo pactado; ya ves que yo no la obligo á responder; así déjala tú tambien en plena libertad. Vaya, hija mia, dí, y si tratasen de casarte con un rico tapicero de Barcelona, de mas de cien mil reales de renta...?

Julia. (Ah! no tiene trazas mi querido de tapicero.)

Bibiana. Vaya, responde. *(Vuelve á hacerla señas.)*

Julia. Mamá, si usted se empeñase... quién sabe... me resignaria obediente...

Deogracias. No señor, la verdad; nada de resignacion, ni de obediencia, ni de calabaza... sí, ó no.

Julia. Papá... en verdad, no me siento inclinada...

Deogracias. No?

Bibiana. Cómo, hija, no te gustaria estar todo el dia en un hermoso almacen de tapices midiendo, y cobrando, y...?

Julia. No, mamá.

Bibiana. Ya lo oyes tú mismo; ahora ella sola habla.

Deogracias. Estoy confundido.

Bibiana. Y en caso de casarte, querrias mejor un elegante que no tuviese nada que hacer en todo el dia, que fuese noble y no ganase la comida, que llevase todos los dias á su muger á Vista-Alegre y á la ópera, que te pasease por el Prado en tilburí ó en landó, que te regalase sortijas, schales, gorros, plumas, pieles y cadenas, y en fin, que no mirase nunca la cuenta de la modista, que te dejase el maestro de piano, y dar conciertos, como, por ejemplo, el conde del Verde Sauco, que se fue á Paris, y de que tanto nos han hablado, dí, querrias... *(La hace seña.)*

Julia. Sí, mamá.

Deogracias. Sí, mamá; *(Remedándola.)* pues usted, señorita, tomará el marido...

Bibiana. Vuelves á infringir nuestros tratados... á pesar de lo convenido te alteras...

Deogracias. No, muger, no me altero... pero á lo menos, que oiga el que yo la propongo, que le conozca y le trate, y despues... mira, Bernardo á la hora esta debe haber llegado ya de Barcelona; habrá consagrado los primeros instantes á sus parientes; pero de un momento á otro le tendremos aqui, y es preciso recibirle como á quien viene á ser mi yerno: le conocereis, y despues...

Bibiana. Bastante conocido le tenemos ya por tanto como nos has dicho de él; y es bien doloroso haber de dar mi

hija á un hombre de su laya; para eso la tomé yo el maestro de baile y de dibujo, y de francés, y de italiano; para eso la he estado yo pagando cuatro años seguidos el maestro de piano; hija mia de mis entrañas, de qué te sirve haber trabajado tanto, tantos afanes, cuando nunca podias dar con la escala, para aprender el duo del Crociato, y el de la Semíramis, y el ária de la Donna, y todito el papel de la Césari en el Osmir... todo, todo va á perecer en la humillacion del mostrador.

Deogracias. La humillacion del mostrador. Bibiana! Bibiana!

Bibiana. Vuelta con Bibiana. Dios mio! qué vergüenza! si lo oyen...

Deogracias. Pero en el almacen hay gente; vamos, á despachar, que aquel muchacho es tan torpe... y tal vez será el sastre Borderó, que tiene que venir por una pieza de *muaré*, y el terciopelo *gris perle*.

Bibiana. Sí, iré... pero atiende á lo que te digo; tú podrás casar á tu hija con Bernardo, podrás sacrificarla; pero en cuanto á mí te equivocas. Hoy es el último dia que despacho en el almacen: mañana se cerrará, ó tomarás el partido que gustes: no quiero, no quiero mas mostrador. Vamos, hija.

ESCENA III.

DON DEOGRACIAS.

Id benditas de Dios! Hay cosa mas árdua para un marido que hacer entender la razon á su muger? Y que me casára yo! Y qué remedio, si el tal desatino no hace mas que la bagatela de veinte y cuatro años que le hice? todos los dias es lo mismo... y no hay mas, que se desbaratará mi proyecto de boda como cuantos he hecho desde aquella fecha; pero hola! quién viene?

ESCENA VI.

DON DEOGRACIAS. BERNARDO, *que entra por la puerta de la izquierda vestido sencillamente.*

Bernardo. Tengo el gusto de hablar á don Deogracias de la Plantilla?

Deogracias. Servidor de usted; qué tiene usted que mandarme?

Bernardo. Ya creo que estará usted informado de mi llegada; vengo de Barcelona, y debe usted de haber recibido carta de mi padre, anunciándole...

Deogracias. Calle! no diga usted mas; pues no he de haber recibido? ya hace dos correos. Bernardo! déme usted los brazos, amigo, aunque no tengo el gusto de conocerle; sin embargo, la memoria de su padre me es muy grata; y al fin el objeto de su viaje me autoriza á darle esta demostracion de mi cariño.

Bernardo. Señor don Deogracias.

Deogracias. Pero hombre, calle! qué guapo es usted! y qué buena cara, y qué... vamos, vamos, que mi hija... sí, efectivamente... vuélvase usted... muy bien; pues señor, muy bien, y qué alto... Y qué tal, qué tal camino ha traido usted?

Bernardo. Muy bueno: he venido con dos religiosos de escelente humor, un andaluz que mentia por los codos, y un buen señor que viene á tomar las aguas del Molar: ello siempre se estaba quejando, pero...

Deogracias. Vaya, me alegro; y contratiempo ninguno, ni ladrones...

Bernardo. Ladrones... buenos miedos hemos pasado, y ahí en la venta... ya se ve, tambien da miedo ver algunas caras... en una palabra, ladrones ha habido; pero á Dios gracias no nos han robado nada.

Deogracias. Vaya, me alegro; y cuándo ha llegado usted? querrá usted almorzar?

Bernardo. No señor, nada; para mí ya es tarde: no he llegado hoy...

Deogracias. Ya... y su padre de usted? dígame usted, dígame usted, cómo queda?

Bernardo. Tal cualillo está ahora; y si no fuera por unos

dolores reumáticos que le pasean todo el cuerpo, y la gota maldita, y aquel ojo tan rebelde...

Deogracias. Yo lo creo; pero si se fia de aquellos cirujanos; yo se lo decia: «Mira, Benedicto, que esos hombres te van á matar, no los creas;» pero él nada; erre que erre, y que se ha de curar, y que se ha de poner bueno... ya se ve... no deja de tener razon... pero es lo que yo digo, en llegando un hombre á los sesenta años, qué cirujanos, ni qué botica, ni qué...

Bernardo. Tiene usted razon.

Deogracias. Oh si la tengo; tiene sesenta años; y no ve usted que ese es un mal que le va empeorando todos los dias, y le irá comiendo, comiendo... hasta que dé con él en tierra: siéntese usted; *(Cierra la puerta que da al almacen.)* deje usted ese sombrero, que si ha de ser usted mi yerno es preciso que dejemos cumplimientos.

Bernardo. Como usted guste; tampoco yo soy amigo de monadas, aunque por desgracia tengo á veces tambien que hacerlas, porque hay que vivir con todo el mundo. Por esta misma razon no he venido antes aqui, porque queria venir á mi satisfaccion, y he tratado de desocuparme antes de visitas. Ya conoce usted á mi tio el canónigo que está aqui, y no hay fuerzas humanas que le hagan ir á su catedral:::

Deogracias. Ya sé, ya.

Bernardo. Pues, como vine á parar á su casa, y me quiere tanto, fue preciso presentarme en varias casas donde habia hablado muy bien de mí; pero casas de etiqueta, donde juega él sus ecartés con los señores mayores y los maridos, mientras que los jóvenes bailamos, ó nos estamos en pie con el sombrero en la mano; para esto se empeñó en que se me hiciese en cuanto llegué un equipage completo de elegante, dos fraques, una levita, un *surtú*... qué sé yo... me llevó á todas partes.

Deogracias. Hola! de modo que le ha relacionado á usted.

Bernardo. Sí señor: el primer dia estaba atado, no podia moverme; pero como me veian tan bien vestido, no se puede usted figurar las amistades que he hecho; y como tampoco me ha faltado dinero para el café, y otras frioleras... pero qué, si cuando me compongo, yo no he visto cosa mas ridícula; la primera vez que me vi al espejo no me conocí; unas caderas, un talle... en fin, un conjunto tan incómodo, que ya tenia ganas de venir aqui para quitármelo.

Deogracias. Pues ha hecho usted muy mal: usted sabe lo que ha hecho?

Bernardo. Cómo! pues no acaba usted de decir...?

Deogracias. Sí señor, y me esplicaré. Soy el mas desgraciado de todos los maridos. Ha de saber usted que mi muger está loca, pero de una locura bastante admitida en la sociedad; se le ha puesto en la cabeza brillar, hacer la marquesa; ahora mismo acabo de tener una contienda con ella acerca de esta boda: ella me echa á perder á mi hija; pero qué mas, si á mí mismo, aqui donde usted me vé, con mis años y mi juicio, me hace jugar y bailar, y ir con ella aqui y alli... y desengáñese usted, siempre que usted se presente como está ahora, esté usted seguro de llevar calabazas.

Bernardo. Qué dice usted? Pero es el caso que si tiene esa manía, no querrá casar á su hija con un comerciante; y ya ve usted que aunque yo me vista de capitan general, nunca seré mas que Bernardo.

Deogracias. Sí señor, es verdad; pero no importa, quién sabe si la primera impresion... en fin, es preciso que se vaya usted á vestir, que venga usted haciendo muchos gestos, muchos ascos, muchas contorsiones; que hable usted algo de francés, algo de italiano, español poco y mal, y siempre sin fundamento, que baile, que saque un reloj de salto de Breguet, que hable mucho de la ópera y de París; y si puede ser de Londres; què tenga deudas, que... ya me entiende usted.

Bernardo. Demasiado, y felizmente no me será dificultoso, como dure poco esta farsa.

Deogracias. Tiene usted lente y anteojos?

Bernardo. No señor.

Deogracias. Pues cómprelo usted; vamos, pronto.

Bernardo. Pero señor, para qué? si no los necesito, yo veo claro.

Deogracias. No importa. Y látigo y espolines?

Bernardo. No señor, pero tampoco tengo caballo.

Deogracias. No importa; por lo que pueda suceder.

Bernardo. Pero señor...

Deogracias. Cómprelo usted.

Bernardo. Pero señor, á mí me parece... cuánto mas fácil sería que usted, como amo de su casa, manifestase desde luego su voluntad, su decision...?

Deogracias. Se conoce que no está usted casado; en primer lugar yo no me atrevo con mi muger; y luego qué adelantaria usted con que mi muger me arañase? Por la fuerza, la chica, que piensa casi como ella; le cobraria á usted odio, y seria peor. Cuánto mejor es hacerse querer, y luego veremos; sabe Dios si podremos hacer carrera de ellas, y corregirlas; déjeme usted á mí, déjese usted llevar.... pero voy á ver.... oigo gente, no vengan, y.... *(Registra y cierra las puertas).*

Bernardo. (Y mi amable desconocida... Yo he retardado todo lo que he podido venir aqui; pero ella tampoco me conoce á mí; resolucion, y dejémoslo. Esta boda es la que me dicta mi interés, la que agrada á mi padre....)

Deogracias. Qué hace usted pensativo?

Bernardo. Nada.

Deogracias. Pues aprovechemos tiempo; nadie le ha visto á usted; vuele usted á componerse, y vuelva dentro de una hora; déjese usted llevar.

Bernardo. Corriente, vengo en ello gustoso: hasta despues.

ESCENA V.

DON DEOGRACIAS. *(Volviendo á abrir las puertas.)*

Ello es arriesgado... y yo, que nunca las he visto mas godas, á la cabeza de una intriga, y una intriga para casar á mi hija, sabe Dios como saldré de ella; tanto mas cuanto que no suelen ser los padres los que se encargan de este ramo de la casa; luego esto me ahorra una riña con mi muger; no es un ahorro despreciale; pero ella viene; lo mejor es dejarla el campo.

ESCENA VI.

DOÑA BIBIANA. JULIA.

Bibiana. Gracias á Dios que nos dejan un momento en paz. Julia!

Julia. Mamá...

Bibiana. Dime, y aquel elegante que estuvo hablando al oido toda la noche en la calle de Valverde parecia que se inclinaba... no has vuelto á saber? debia ser un caballero,

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON DEOGRACIAS. *(Escribiendo habla en los intermedios.)*

El conde del Verde Sauco pedirme mi hija para casarse... vaya... es singular; no hace nada que estaba en Paris... pero yo tengo oido hablar de él: ahí está sin ir mas lejos, Pascasio mi jardinero que fue criado suyo: es un calavera, está arruinado. Qué boda tan mala seria! No, no, de ningun modo; estos enlaces desiguales solo acarrean la desgracia de los que los contraen; el marido le echa en cara á la muger que es una plebeya.... nunca, nunca; y para que querrá que nos veamos? No conviene, me escusaré con un pretesto; le diré que voy de caza hoy mismo. Hola! muchacho!

ESCENA II.

DON DEOGRACIAS. UN JOCQUEY.

Deogracias. Diga usted, es cosa de llevar la respuesta?

Jocquey. Como usted guste; pero la verdad, entiendo que mi amo debe marchar esta mañana; ahora mismo voy yo á buscarle con el tilburí para dejarle en un coche francés; va por ocho ó diez dias á una casa de campo que tiene junto á Buitrago.

Deogracias. (Qué plan me ocurre tan soberbio; un poco atrevido, eso sí.)—Dice usted que se va por ocho ó diez dias?

Jocquey. Asi lo ha dicho.

Deogracias. (Bravo! mi muger y mi hija solo de oidas le conocen; estan entusiasmadas por él... dicho y hecho, en ocho dias hay tiempo para volver el juicio á una muñeca de diez y seis años.)

Jocquey. Este hombre es cachazudo.

Deogracias. Con que dará usted esta respuesta al señor conde ahora mismo? *(Le da la carta)*.

Jocquey. Sin duda.

Deogracias. Y despues le deja usted en su coche francés?

Jocquey. Cierto.

y tú tal vez tan torpe que no harias lo posible por manifestarle...

Julia. (Ah! no sabe bien lo que haria por él!)

Bibiana. Responde; no supiste quien era? no te ha vuelto á seguir?

Julia. No he podido saber quien es; pregunté á varias amigas, pero dijeron que le habian presentado aquella noche, que solo sabian que acababa de llegar de fuera; y yo lo creo.

Bibiana. El iria por casualidad, no era casa de bastante tono para él; lo que siento es que nos haya visto allí, y no en casa de la marquesa.

Julia. El domingo cuando fuimos á misa estaba junto al Buen-Suceso; yo le vi de reojo; en cuanto nos atisvó si viera usted que apretarse por entre la gente para estar á nuestro lado; al subir los escalones me tomó la mano...

Bibiana. Y te la apretó?

Julia. Sí señora; pero yo hice como que me recataba de usted, y que no me gustaba, y la quité... A pesar de eso toda la misa estuvo mirando; yo, haciendo como que no le veia, y todo era darle á usted con el pie, y usted pensando que la pisaba, hasta que tuve que dejarlo. Despues nos siguió, y sin duda al volver la calle hubo de perdernos de vista, porque yo no le volví á ver; y no debe saber nuestra casa.

Bibiana. Ya se vé, tú tampoco procurarias decírsela.

Julia. Yo! como quiere usted que le dijese...

Bibiana. Sí señora, hay modos de decir las cosas; por ejemplo, se dice: «estoy tan cansada; hemos estado en el Prado, y como está tan lejos de casa... ya se ve, lo último de la calle Mayor, y precisamente el número tantos, que cae tan allá... entiendes?

Julia. Sí señora.

Bibiana. Pues ya lo sabes para otra vez; y ya puedes sacar el vestido de cotepalí, y ese canesú que te acabas de hacer: esta noche hemos de volver... quién sabe si estará allí. Y en esta circunstancia te habias de casar con Bernardo? No será, ó habrá en casa lo que tu padre no quiera oir.

Deogracias. Y despues... eh?

Jocquey. (Vaya un preguntar.)—Y despues, despues, como me quedo libre, no sé lo que haré.

Deogracias. No lo pregunto con falta de misterio; es preciso esplicarme. Usted parece un escelente sugeto, callado, fiel.

Jocquey. Señor.., mi amo no tiene queja de mí.

Deogracias. Porque... tiene usted cara de serme útil hoy.

Jocquey. En cuanto no se oponga con el buen servicio del señor conde...

Deogracias. Nada de eso... y por último, yo soy agradecido. á duro por hora, todo el dia; tome usted para empezar.

Jocquey. A ese precio mande usted, y no quedará usted descontento del desempeño: qué es lo que hay que hacer?

Deogracias. Volver aqui en derechura con el tilburí en cuanto haya usted dejado á su amo; si en casa le echan á usted de menos...

Jocquey. Eso corre de mi cuenta: qué mas?

Deogracias. Pues señor, despues... pero calle usted, es mi muger, silencio.

ESCENA III.

DOÑA BIBIANA. DON DEOGRACIAS Y EL JOCQUEY. *(Hablando aparte bajo.)*

Bibiana. Jesus, Jesus que infierno de almacen, y parece que hoy han convocado á todos los pesados de Madrid para venir á comprar á casa; y el otro jorobado chiquituelo con una muger de que se pueden hacer tres como él: *(Remedando)* «á ver el tafetan español... este no... mas fuerte... el francés... tampoco, tiene mal négro... un poco mas cuerpo... á ver el gros de Nápoles.» Pues, revuelva usted todo el almacen, y luego los descamisados se van sin comprar nada. Es triste cosa estarse moliendo uno que tiene talegas en obsequio de un cualquiera, que despues de no tener una peseta, todavia tiene la petulancia de darse tono con entrar y salir en estas casas: «y á ver, saque usted, y esto no me gusta, y aquel es feo;» y por último, «quede usted con Dios:» y vuelva usted á doblarlo todo, y vaya, yo me quemo.

Jocquey. (*A don Deogracias.*) Muy bien, quedo enterado; Descuide usted, se hará exactamente.

ESCENA IV.

DON DEOGRACIAS. DOÑA BIBIANA.

Bibiana. Vamos, tú tambien estás pesado; es cosa de que no almorcemos hoy?

Deogracias. Muger (ánimo y empecemos la grande obra), estaba contestando, como era regular, al criado del señor conde del Verde Sauco.

Bibiana. El conde del Verde Sauco? ha vuelto ya de Paris? y contigo qué asuntos puede...?

Deogracias. Sí señor, ha vuelto; mira tú si ha vuelto, que él mismo en persona va á venir...

Bibiana. A casa?

Deogracias. A casa; hoy me escribe que atraido por la fama de nuestra Julia, la conoce, y la quiere...

Bibiana. Qué dices?

Deogracias. Mira tú si la querrá; me la pide en matrimonio. Eh? qué te parece?

Bibiana. Es posible? Dios mio! yo voy á perder el juicio; mi hija condesa del Verde Sauco? y querias casarla con ese tapicero? habla ahora, si te parece.

Deogracias. Pero quién habia de figurarse...?

Bibiana. Pues ahí verás; quién? yo... habla ahora por Bernardo.

Deogracias. En verdad, muger, (disimulemos) que en vista de estas cosas, casi me inclino á pensar como tú; en fin, yo le he respondido que puede venir.

Bibiana. Muy bien hecho; y qué le habias de responder? yo que tenia tantas ganas de conocerle... el primer elegante de Madrid, como quien dice. Julia, Julia, Francisco, Pascasio, hola, criados.

Deogracias. Ya prendió la yesca.

ESCENA V.

DON DEOGRACIAS. DOÑA BIBIANA. FRANCISCO.

Francisco. Señora, ya está listo el almuerzo desde las diez, y van á dar las doce...

Bibiana. Déjanos de almuerzo; quién ha de tener gana de almorzar?

Francisco. Señora... yo no sé... como usted dijo...

Bibiana. No tenemos otra cosa que hacer mas que almorzar, salvage; mire usted si hay tiempo de almorzar en todo el dia; arregla esas sillas, límpialas.

Francisco. Si estan limpias.

Bibiana. No importa, bruto, saca aqui los floreros. Mira, antes ven aqui; esperamos dentro de un instante una visita, un jóven muy elegante; al momento que vaya á entrar vienes tú delante de él, abres la mampara, le anuncias... como se hace en todas partes.

Francisco. Sí señora; pero cómo he de decir?

Bibiana. No lo has oido ya? «El señor conde del Verde Sauco.»

Deogracias. (Bien hace en pensar en eso; yo no tenia ya tiempo de avisar á Bernardo; con eso se oirá anunciar, y sabrá quién es.)

Bibiana. Oyes, y para eso ponte la levita azul con el vivo encarnado.

Francisco. Está muy bien

Bibiana. Julia! esta chica... el caso es que yo ya no tendré tiempo de mudarme este vestido.

Deogracias. No importa, muger: como tú dices, estás en un agradable *negligé*. *(Francisco se va despues de haber limpiado las sillas y sacado los floreros.)*

ESCENA VI.

DOÑA BIBIANA. JULIA.

Bibiana. Despáchate, hija mia; el conde del Verde Sauco, el que teníamos tanta gana de conocer, que gasta tanto dinero, que juega, que ha tenido tantos desafíos, va á venir dentro de muy poco á verte.

Julia. Mamá, á mí?

Bibiana. Acaba de escribir á tu padre pidiendo tu mano; ya ves, hija mia, no te alegras? por último, he hecho mudar de opinion á tu padre, y conviene conmigo en que esta boda es mejor que la otra. Vamos, qué dices?

Julia. (Dios mio!)—Sí, mamá, me alegro; me voy á mudar.

ESCENA VII.

DOÑA BIBIANA. DON DEOGRACIAS. JULIA. FRANCISCO *anunciando, y* BERNARDO *elegantemente vestido.*

Francisco. El señor conde del Verde Sauco.

Deogracias. (*Se adelanta y le coge las manos, procurando unas veces no dejarle hablar, y otras instruirle por lo bajo.*) Señor conde del Verde Sauco!

Bernardo. (Qué es esto? yo conde?)

Deogracias. Señor conde! (*Bajo.*) Déjese usted llevar, sí, conde, conde. (*Alto.*) Usted haciéndome tanto honor... ciertamente que me considero muy feliz recibiendo en mi casa al primer elegante de Madrid... *(Bajo.)* Diga usted algo.

Bibiana. Señor conde...

Bernardo. Señora, yo no soy...

Deogracias. (*Bajo.*) Sí, elegante, muchas contorsiones.— Sí señor: á ver, una silla al señor conde. Tengo el honor de presentaros al señor conde del Verde Sauco, de quien acabamos de recibir esa carta pidiéndonos nuestra hija en matrimonio. (*Bajo.*) Hombre, calle usted, y siga usted adelante.

Bibiana. Señor conde...

Bernardo. Pero señora, si... yo no soy... (Esta ficcion me vuela.)

Deogracias. (*Bajo.*) Si es.

Bernardo. (Bueno.)—Señora, yo no soy... el menos honrado en estas circunstancias.

Bibiana. Agradezco mucho en verdad tantas atenciones como debemos al señor conde, y creo que mi hija...— Julia, vamos—participará de mis sentimientos...

Bernardo. Señora... (*Julia levanta la cabeza, y se ven los dos.*)

Julia. (Dios mio! él es!)

Bernardo. (Cielos! mi desconocida: qué fortuna!)

Bibiana. Vamos, hija, qué tienes?

Julia. Nada, mamá.

Bibiana. Saluda al señor conde.

Bernardo. Esta señorita me dispensará de haberme tomado la libertad de introducirme tan pronto, y sin contar primero con su beneplácito.

Julia. Ah! Ciertamente que está usted perdonado.

Bibiana. Pero el señor es, si no me engaño, el mismo que la otra noche en la calle de Valverde... *(Aparte á Julia.)* el que te ha seguido.

Julia. (Aparte á doña Bibiana.) Sí, mamá.—Sí... yo conozco al señor conde.

Bernardo. Efectivamente, señora, no es esta la primera vez que nos vemos; ni cómo hubiera yo podido de otra manera prendarme de esta señorita, y...

Bibiana. Sí, noches pasadas; en aquel bailecillo... estaria usted de incógnito alli... el viernes.

Bernardo. Sí, el viernes; en la calle de Valverde, cuarto segundo, un baile de poco mas ó menos: yo no habia ido nunca; pero acababa de llegar; no sabia en qué pasar la noche; un amigo se empeñó en llevarme, y ciertamente no estoy arrepentido, pues tuve ocasion de conocer á ustedes. Pero qué baile... tampoco habia mas que dos hermosas con quien se pudiese hablar; asi fue que no me separé de ellas en toda la noche.

Julia. (*Bajo á su madre, mientras que Bernardo y don Deogracias hablan entre si.*) Ah! mamá, qué guapo, qué fino es!

Bibiana. Ah! á estos que lo son desde la cuna, cómo se les conoce á legua; no se pueden equivocar.

Deogracias. (*A Bernardo.*) Por Dios que es casualidad; con que usted las vió, sin saber quiénes eran.

Bernardo. Esto es. (*Se dirige á hablar á doña Bibiana.*)

Deogracias. (Vea usted.)

Bibiana. Pues aqui tambien fue casual el ir; pero mi Deogracias habia debido favores en otro tiempo al marido de la hermana mayor, la loquilla aquella que estuvo toda la noche bailando con el guardia de Corps, y chichisbeando, y...

Bernardo. Sí.

Bibiana. Y por eso fuimos; pero qué noche pasé...

Deogracias. Espero, señor conde, que usted querrá acompañarnos á almorzar.

Bernardo. No han almorzado ustedes todavía? Oh! eso es del gran tono; enteramente como yo.

Bibiana. Almorzamos tarde, muy tarde.

Deogracias. Oh! el señor conde almorzará por la tarde, como quien dice...

Bernardo. Sí señor, no me gusta levantarme por la mañana; almuerzo mi *bistek* ó mi *roksbif* á la inglesa; cómo por la noche á la francesa...

Bibiana. No comerá usted cocido nunca?

Bernardo. Señora, cocido... jamás; y ceno...

Deogracias. Por la mañana, eh?

Bernardo. Sí señor.

Bibiana. Cómo me gusta ese arreglo!

Deogracias. Con que almorzará usted con nosotros?

Bernardo. Con muchísimo placer.

Bibiana. (*A don Deogracias.*) Que haces? mira que no tenemos quien sirva.

Deogracias. Y qué importa? el señor conde traerá sus criados.

Bernardo. Mis criados... efectivamente, los tengo... (Este hombre...)

Deogracias. Francisco, el almuerzo; y el jocquey del señor conde que entre.

Bernardo. Jocquey!

ESCENA VIII.

DOÑA BIBIANA. DON DEOGRACÍAS. JULIA. BERNARDO. FRANCISCO, *que sirve el almuerzo.* EL JOCQUEY.

Jocquey. (*A Bernardo.*) Vengo á saber las órdenes de V. S.

Bernardo. (Pues señor, está visto, hay que dejarse llevar.)

Deogracias. (*Acercándosele, mientras que ellas se miran al espejo y componen el peinado.*) Bernardo, por Dios, que es usted el conde del Verde Sauco hasta el último trance, ó no se casa usted con mi hija.

Jocquey. Señor, lo que V. S. mande.

Bernardo. Me parece que te puedes ir; ó si no te puedes quedar.

Julia. *(Asomándose al almacen.)* Ay, qué bonito tilburí!

Jocquey. Es el de mi amo el señor conde.

Julia. Ay qué bonito; mamá, mire usted!

Bernardo. *(A don Deogracias.)* Tambien tilburí? cómo saldremos de esto?

Deogracias. A usted qué le importa?—Vamos, señor conde, siéntese usted.

Bernardo. Permítame usted... Señoras.—Vamos, (*Buscan-*

do para sí un nombre.) Simon; Pedro.....—Mi Jocquey, Rodulfo, sírvenos.

Bibiana. El señor conde nos dará noticias de París.

Bernardo. (Esta es otra.)

Bibiana. Cómo deja usted París?

Bernardo. No hay novedad particular; ya ve usted, Paris...

Bibiana. Oh! yo lo creo: qué opera nueva se echaba cuando usted vino?

Bernardo. Precisamente, cuando yo vine... oh! muy bonita.

Bibiana. Cómo se titula?

Bernardo. La.... la.... la, la, la, qué fatalidad....! no acordarme yo ahora; y todo el dia la estoy tarareando. (Por vida de....)—En fin, muy bonita.

Bibiana. Ya ve usted, París..... aquello será un gentío inmenso.....

Bernardo. Y aqui de ópera cómo estamos?

Bibiana. Digo que aquello será un gentío.

Bernardo. (Vuelta!)—Señora, es una confusion; no se puede dar un paso; en fin, es una liorna. Y aqui de ópera?

Bibiana. Diga usted, y qué vestidos llevan las señoras á los bailes?

Bernardo. (Por vida mia!)—Señora, yo no reparo; pero..... sin embargo, muy bonitos.

Bibiana. Yo lo creo: qué telas son las mas....?

Bernardo. Sí señora, de varias telas. (Estoy frito.)

Bibiana. (*A Julia.*) Hija mia, distraido, como todos estos señores.

Bernardo. (*A don Deogracias.*) Y la ópera aqui...?

Deogracias. Buena, muy buena; pero desentonan los coros.

Bibiana. Eso no sucederá en París; no es verdad, señor conde?

Bernardo. Qué, no señora; ya ve usted....

Bibiana. Ya me hago cargo, alli..... sino que aqui en España, como somos asi.... tan....

Julia. Al señor conde le gustará mucho hablar de París..... como es tan bueno....

Bernardo. Sí señora, mucho.—Con que aqui la ópera....

Deogracias. Usted no faltará nunca?

Bernardo. No, porque me guardan mi billete; ello cuesta mas; pero es preciso desengañarse; es imposible concluir con los revendedores. Y usted, señor don Deogracias, no es apasionado de la ópera?

Bibiana. (Verá usted como dice alguna brutalidad.) (*Le pellizca.*)

Deogracias. Sí señor, mucho; pero de música...—muger que me atenaceas—yo no entiendo una nota; y me gusta mas ir al Pelayo de Quintana ó al Viejo y la Niña de Moratin, que á la ópera.

Bibiana. No lo dije? No haga usted caso, señor conde; mi marido no está en el tono; es un español muy español, y nada mas. (*A don Deogracias.*) Bruto! tú me has de avergonzar por todas partes.

Deogracias. Pero muger... En fin, te gusta el conde?

Bibiana. Qué fino! cómo se conoce que viene de París! qué maneras! á no ser quien es.

ESCENA IX.

DICHOS. EL SASTRE BORDERÓ.

Borderó. Felices, señor don Deogracias. Hola, estan ustedes comiendo ya? irán ustedes á los toros? abur, doña Bibiana. (*La da en el hombro.*)

Bibiana. Caballero, qué franqueza! tenga usted la bondad de reportarse; para la primera vez que me ve usted no deja de tener desembarazo; si busca usted á mi marido.... vamos, hombre, despacha al señor.

Borderó. La primera vez que la veo.... ah! ah! ah! señora, perdone usted; yo pensé que el sastre Borderó, como antiguo parroquiano...

Bibiana. Deogracias, qué impertinencia! Usted, señor conde, escusará....

Bernardo. Señora!

Borderó. Señor conde! hola, esta casa va subiendo como la espuma.

Deogracias. (*Le lleva al lado opuesto.*) No haga usted caso de mi muger.

Borderó. No, no vale la pena. Vengo por el terciopelo *grisperle*, y es preciso...

Deogracias. Hombre, si pudiera usted volver, porque.... la verdad, estamos en este momento haciendo los honores al señor conde del Verde Sauco, que almuerza con nosotros.

Borderó. El conde del Verde Sauco: ha venido ya? quién es, aquel?

Deogracias. Sí señor; pero hombre, no mire usted con ese descaro: con que vuélvase usted á otra hora.

Borderó. Qué casualidad! precisamente le ando buscando por todas partes, porque desde que se fue á París me dejó una pella de cuatro mil reales por un *surtú*, un *habit de chasse* y un *corsé*...

Deogracias. Hombre, en mi casa.... estamos frescos! (Esto es lo que yo no habia calculado.)

Borderó. Quite usted, verá usted.—Señor conde, señor conde del Verde Sauco.

Bernardo. (Diantre! apenas he tomado posesion del título, y ya todo el mundo me conoce.)—Qué quiere usted?

Bibiana. Qué insolencia!

Borderó. V. S. es el señor conde del Verde Sauco....?

Bernardo. Sin duda, vamos, acabe usted.

Borderó. Señor, soy el sastre Borderó, me he presentado varias veces en la fonda donde está V. S.

Bernardo. (En la fonda. Esto es cosa del padre; bueno.)

Borderó. Y siempre me han despedido, ese mismo criado que trae V. S.; que V. S. no estaba visible, que tal, que....

Jocquey. Las órdenes del señor conde.

Bernardo. Bien, está bien; calla tú; y qué?

Borderó. Yo he respetado esas órdenes... pero al fin tengo aqui una letra aceptada por V. S. y endosada á mi favor, cuyo término ha espirado.

Deogracias. (Por san Telmo; lo hemos echado á perder.)— Señor Borderó, el señor conde está en mi casa ahora y.....

Bernardo. (Cómo disimulan!)—Corriente... esa letra... veamos: (*La ve, y dice aparte.*) este es golpe del padre; de gentes elegantes es tener acreedores, y él me ha encontrado uno en un momento.—Bien, cierto; pero qué tengo yo que ver con esto? Es verdad que yo he contraido la deuda, pero qué! quiere usted que yo tambien la pague? Lo he de hacer yo todo? Véase usted con mi contador; los hombres de mi clase no acostumbramos á pagar las deudas nosotros mismos; ó cree usted que soy un cualquiera?

Borderó. Ya sé que va mucha diferencia; pero está sentada

en el consulado, y me seria muy sensible que por un asunto de esta clase se viese V. S. detenido...

Deogracias. (Malo, todo se va á descubrir.)

Borderó. Y preso en el consulado...

Bibiana y *Julia*. Preso!

Bernardo. Señoras, este hombre está loco; á mí? no es posible; y á que sube, una talega, ó dos?

Borderó. Nada de eso... la bagatela de cuatro mil reales.

Bernardo. Y para eso me viene usted á romper la cabeza? habrá insolencia!

Borderó. Señor, es verdad; pero V. S. lo debe...

Bernardo. Demasiado honor le hago á usted en acordarme de él para que me sirva, y para deberle, y para.... en fin, eso es una futesa; ahí está el señor don Deogracias, tengo cuenta abierta con él; él se lo dará á usted.—Señoras, sigamos.

Deogracias. Cómo, cuatro mil reales yo?

Bibiana. Sí, hombre qué puedes rehusar al señor conde? y qué entiendes tú de eso, y de los estilos de etiqueta... dalo.....

Bernardo. Efectivamente, es tan poca cosa, que yo, en igual caso por usted....

Deogracias. Sí, pero usted cree que esto es chanza, y en este momento estoy en una situacion tan crítica... (Tambien renunciar á una intriga que se presenta tan bien... tal vez se logre cobrarlo del conde verdadero... en fin...) —Señor Borderó, venga usted conmigo.

Borderó. Mire usted que ya que estoy aqui, me es indispensable llevar el *muaré*...

Deogracias. Mi muger se lo dará á usted.—*(A Bernardo.)* Voy á dejarle á usted solo con ella, haré llamar á mi muger.

Bernardo. Corriente, y siéntelo usted en el libro.

ESCENA X.

DOÑA BIBIANA. JULIA. BERNARDO. EL JOCQUEY.

Bernardo. Estos tunantes piensan que no tiene uno otra cosa que hacer sino atender á sus impertinencias.

Bibiana. Señor conde, qué quiere usted, no tienen principios, ni educacion... un sastre... como usted ha dicho

muy bien, les hacen ustedes mucho honor en mirarlos, y mucho mas en que puedan decirse sus acreedores.

Bernardo. Quién lo duda! sino que es una canalla desconocida, y...

ESCENA XI.

DICHOS. FRANCISCO.

Francisco. Señora, mi amo la llama á usted por un momento.

Bibiana. Jesús, qué hombre! he de dejar al señor conde?

Bernardo. Señora, sé lo que es el comercio; por mí no deje usted de hacer lo que se le ofrezca, sería ofenderme.

Julia. (Me dejan sola con él.)

Bernardo. (Ha llegado el momento, y no se puede despreciar esta ocasion.)—Rodulfo, á cuidar del tilburí.

ESCENA XII.

JULIA. BERNARDO.

Bernardo. (*Cogiéndola las manos, y adelantándose sobre la escena.*) Julia, qué ocasion tan feliz, y qué dicha la mia la de poder ofrecer á usted mi amor: está usted triste? ciertamente; qué tiene usted, Julita? le desagrada á usted este paso?—(Qué trabajo me cuesta fingir con ella tambien; ah! se paga del rango.)—No me quiere usted contestar?

Julia. Señor conde, usted nos hace tanto favor, que no puedo menos de estarle agradecida, de quererle bien...

Bernardo. Favor, agradecimiento... es decir que no me ama usted; si usted me amará... los amantes nunca se hacen favor en amarse; la clase es para ellos despreciable.

Julia. Y usted cree que para mí no lo es? diga usted, cuando usted me seguia sabia yo que era usted conde, y mis ojos no le decian bastante claro que no me era indiferente?

Bernardo. Qué oigo! es decir que aunque yo no fuera el conde del Verde Sauco me amaria usted.

Julia. Señor conde, he dicho demasiado para lo que es permitido á una muger; pero ya que antes de hablarnos le habia dado á usted algunas muestras de inclinacion, debo hablar. Si usted no me hubiera dado una prueba como esta de amor, creeria, como todos, que tengo las mismas ideas de mi madre, que no aprecio sino el oropel; pero ah! no sabe usted la pena que he sentido cuando mi madre me dijo que el conde del Verde Sauco me pedia; se me cayó el alma á los pies, disimulé; pero acordándome de mi desconocido, y bien determinada á hacer al conde el objeto de mi desprecio, maldije su clase, el afan de mi madre... y solo cuando reconocí en usted al mismo que ya mi corazon estimaba en secreto, fue cuando volví á gozar de la tranquilidad que creí haber huido de mí para siempre.

Bernardo. Julia, será cierto?—(Y he de hacer el tramposo, el loco á los ojos de esta muger? No.)—Julia, sepa usted...

Julia. Ay! alce usted: por Dios! Papá viene.

Bernardo. Julia, si usted me quiere...

Julia. Sí, sí, cuente usted con mi amor, pero alce usted.

Bernardo. (Padre maldito, por qué tan pronto? hubiera sabido quién soy, que no tengo acreedores...)

ESCENA XIII.

JULIA. BERNARDO. DON DEOGRACIAS.

Deogracias. Señor conde, está usted servido, y aqui tiene usted el recibo.

Bernardo. Guárdemelo usted; ya nos entenderemos.

Julia. Papá, ustedes van á hablar de asuntos, me iré con mamá.

Bernardo. Julita, usted nunca es un obstáculo...

Julia. No importa; hasta despues, señor conde.

Bernardo. Agur, preciosa Julia.

Deogracias. Bien, anda, ahora vamos allá. (Con eso le diré lo de la letra; piensa que es juego, y yo estoy desesperado.)

ESCENA XIV.

DON DEOGRACIAS. BERNARDO.

Deogracias. Amigo Bernardo, esto...

Bernardo. Esto va divinamente; déme usted los brazos y la enhorabuena, amigo: no he perdido el tiempo; pero qué bien lo ha dispuesto usted todo, hasta fingir el acreedor, y la letra, y...

Deogracias. Poco á poco, Bernardo; le contaré á usted....

Bernardo. Sí, si ya entiendo; es usted un portento de habilidad.

Deogracias. Pero si no...

Bernardo. Es claro, si no, no se podria hacer bien; hubieran sospechado...

Deogracias. No señor...

Bernardo. No; asi, cómo es posible que den en ello. Pues señor, usted será hábil; pero confiese usted que yo no le voy en zaga; me he declarado á la chica, y no solo he visto que me quiere, sino que la he fondeado, me he cerciorado de que no piensa como su madre, que no me quiere por ser conde; aunque no lo fuera me querria: ella misma me lo ha dicho, ahora, aqui, cuando usted vino... y aquel aire de candor... no, no me engaña; y usted ha sido un torpe en venir tan pronto...

Deogracias. Cómo, un torpe todavia, despues de soltar cuatro mil rs.

Bernardo. Déjese usted de bromas; sí señor; ni yo puedo ya fingir mas; su hija de usted es preciosa, y si ella no se deja llevar del oropel, es preciso que todo se descubra, y ahora mismo voy, porque soy feliz...

Deogracias. (*Le detiene.*) Hombre, venga usted acá; este hombre no me deja hablar, y todo lo va á echar á perder. La chica será todo lo que usted quiera, y le querrá á usted sin ser conde; pero la madre no: hombre, mire usted lo que hace, por las once mil vírgenes y todos los innumerables mártires de Zaragoza.

Bernardo. No importa, la chica será mia.

Deogracias. Hombre, yo me voy á quedar sin cuatro mil reales y sin novio; venga usted acá, loco de atar, que todo se concluyó, si...

Bernardo. Pero queriendo usted y la chica...

Deogracias. Aunque quieran todas las chicas del barrio, si mi muger no quiere, usted y yo y la chica y todo el barrio saldremos arañados, y locòs, y perdidos, y sin boda, y sin dinero, y sin ojos en la cara. Sosiéguese usted, siga su papel, que mi plan no está acabado; venga usted conmigo, aqui pueden volver y oirnos; en mi cuarto le acabaré á usted de esplicar cómo se ha proporcionado este disfraz, y lo que hay, y lo que ha sucedido, y en fin, vamos, vamos á mi cuarto.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON DEOGRACIAS. *Despues* PASCASIO.

Deogracias. Es preciso, sí, mi muger es el diablo. Pascasio, Pascasio... este muchacho pudiera descubrirlo todo.

Pascasio. Señor.

Deogracias. Mira, tú has sido criado del conde del Verde Sauco, eh?

Pascasio. Sí señor, ya sabe usted que de su casa vine aqui, que la dejé porque nunca veia un cuarto de mis salarios, porque todo el dia me traia hecho un zascandil: á casa del sastre; del acreedor á llevar esperanzas; del empeñador, del prestamista porque tenia su señoría un compromiso, y era preciso salir de él á toda costa.

Deogracias. Bueno, bueno, ya me lo has dicho.

Pascasio. Pero sin embargo, le quiero, como á todos mis amos; eso es otra cosa, y en cuanto pudiera servirle que no fuera...

Deogracias. Bueno, bueno; mira, Pascasio, tu eres hombre callado.

Pascasio. Señor, desde que soy su jardinero de usted no creo...

Deogracias. No, no me has dado ningun motivo de sentir, estoy contento; pero ven á mi cuarto; se trata de que ya que conoces al conde no descubras un proyecto que traigo entre manos.

Pascasio. Señor, ya sabe usted que yo...

Deogracias. Sí, bien, te lo esplicaré; ven á mi cuarto.

ESCENA II.

EL CONDE DEL VERDE SAUCO. SIMON. FRANCISCO.

Francisco. *(Abriéndoles la mampara.)* Aun tardarán, porque se estan peinando; pero pasen ustedes aqui.

Conde. Méjor estaremos aqui que en esa antesala maldita.
Simon. Pero señor, todo un conde del Verde Sauco andar en estos misterios y disfraces: será posible que el amor le tenga á V. S. tan turbado, que no conozca que se pone en el caso de hacer un papel ridículo?
Conde. Ah! ah! ah! no lo entiendes.
Simon. Se rie V. S.? pues cierto que es cosa de risa.
Conde. No quieres que me ria, si no sabes de la misa la media? amor, dices. Cuándo me has visto tú enamorado, desde que eres mi ayuda de cámara? eso es muy plebeyo, muy antiguo.
Simon. Pues señor, entonces no alcanzo qué fin puede V. S. llevar en introducirse asi en casa de unos simples comerciantes, aguardar á que no esté el amo, pasar recado á la señora, y guardar aquí una rigurosa antesala, que V. S. mismo no se la hace hacer á un...
Conde. Verdad es; mira, ya que tú me acompañas en esta intriga, y que sabes que mi marcha es supuesta, quiero confiarme á tí. Tú sabes cómo andan mis negocios?
Simon. Sí señor, lo sé.
Conde. Que no tengo mas esperanzas que las que me hace concebir mi tia, la que se está muriendo, pero que probablemente saldrá de este ataque como ha salido de otros diez, y vivirá todavia una porcion de años?
Simon. Sí señor.
Conde. Que estoy lleno de deudas, que ya lo estaba antes de ir á Paris, que allá me he acabado de arruinar? Ya se ve, esa maldita Josefina me ha desollado; pero vamos á ver, qué remedio? un hombre de mi clase... es indispensable tener caballos, trenes, buena mesa, familia, palco en la ópera, vestirme por el mejor sastre, tener el mejor zapatero, vivir en un *Hôtel* carísimo... luego esas niñas no estan contentas si no se les regalan todos los dias, cuándo las pulseras de diamantes, cuándo el aderezo, cuándo un reloj, ni yo puedo hacer alto en eso; en una palabra, tú conoces las mugeres, y sabes como yo que para ser querido...
Simon. Sí señor, sí señor.
Conde. Luego hay que ir á sociedades; estando en una sociedad es preciso jugar, y jugando es preciso perder, y perdiendo ya ves tú lo que se sigue: de suerte que yo, que ya necesitaba poco, tuve que volverme cuando mi conta-

dor, que hablando aqui para entre los dos es un solemne pícaro....

Simon. Sí señor.

Conde. Pero un pícaro que no puedo despedir, porque como no es moda tomar uno mismo sus cuentas, despues de robarme tiene la habilidad de probarme que todavía le debo dinero y favores; pues señor, tuve que volverme cuando este tal me escribió que no habia mas fondos; que la mayor parte de mis bienes estaban en hipoteca; que de lo libre nada quedaba sino cuatro miserables majuelos que no dan al año vino para llenar una botella, y que los acreedores le agobiaban, y era preciso...

Simon. Ya, ya entiendo.

Conde. Luego esta maldita circunstancia de no poder uno hacer nada sin que todo el mundo lo sepa, ha hecho que la fama de mi ruina vaya siempre delante de mí á todas partes; de modo que el único medio que me quedaba de evitar una quiebra vergonzosa, que era el de enlazarme con otra de mi clase que repusiese mi casa, no hay que pensar en él; he reconocido mis asuntos, estoy cada vez mas abrumado; con esto de no tener casa en Madrid, y estármela haciendo, tengo que estar en una fonda; he visto que es preciso un medio estraordinario para salvar mi honor; he tirado mis líneas por varias partes; estos son unos comerciantes riquísimos; la madre es loca por brillar, y lo puede todo con su hija, como todas las madres; el padre es otra cosa; pero esto qué importa? al fin es su marido, y sobre poco mas ó menos ya sabemos lo que mandan algunos maridos en su casa...

Simon. Ya, ya; y trataria V. S. de casarse...?

Conde. Y por qué no? me parece que no soy el primero de mi clase...

Simon. Nada; nada: V. S. lo hace, bien hecho está. Pero entonces, hay mas que presentarse cara á cara, porque estos que tienen dinero y son plebeyos darán todos sus caudales por un usía mas ó menos; son unos tontos, y no habian de rehusar...

Conde. Ellas no; pero ya te he dicho que el padre es otra cosa; pensando yo como tú, con la esperanza de deslumbrarle, le escribí pidiéndole su hija...

Simon. Cáspita! de buenas á primeras. Y qué respondió?

Conde. Lo que yo no podia esperar; que le es imposible ac-

ceder á mis deseos, por estar comprometido con un tal Bernardo, hijo de un amigo suyo don Benedicto Pujavante, de Barcelona, y que aunque no le conocen, la chica está enteramente á su favor, por la fama de sus buenas prendas, y que no podia verse conmigo porque iba de caza.

Simon. Y que haya V. S. sufrido ese bochorno! Y ahora qué quiere V. S. hacer con venir y entrar, si la chica tiene novio, si el padre no quiere...?

Conde. Hay que mudar de plan; dime, te acuerdas tú de aquel hombre gordo que se quejaba tanto de su ojo y de su gota, que fue dos veces á verme en Barcelona, ahora á mi vuelta de Paris?

Simon. Sí señor, sí, pues no me tengo de acordar.

Conde. Pues aquel es el tal don Benedicto, comerciante en tapices, con quien tenia yo asuntos de dinero, y le conozco á él y á toda su casa de toda la vida; de su hijo Bernardo tambien tengo noticias; es de mi cuerpo; en Barcelona quedaba cuando hemos venido; casualidad seria que viniese ahora mismo.

Simon. Calle! y seria posible...?

Conde. Y muy posible, ya me has entendido. Ya ves que don Deogracias no está en casa en tres dias lo menos; está de caza, como él mismo dice. Vengo, pregunto por las señoras; me presento, ya soy Bernardo; no tengas miedo, no me perderé; ya estan prevenidas en mi favor, particularmente la chica; me tratan como novio; esta franqueza algo ha de producir; yo no soy despreciable, y me fio en mis fuerzas: todo es que yo coja dos cuartos de hora favorables, y vuelvo el seso á la chica; no es mi primera conquista. Va á venir el padre, un momento antes me declaro á la madre; es loca, y este es su flanco; en viéndome conde, no digo nada, la zalagarda que se arma en la casa; á esto se agrega que si la chica me quiere siendo Bernardo, por qué no me ha de adorar siendo conde? Esto es cosa natural; y el padre gruñirá, y dirá... pero cuando vea que todo está hecho qué ha de hacer? ceder y soltar los millones del dote.

Simon. Sopla! el plan no es malo; pero qué tiene que ver todo eso con haber esparcido la voz de la marcha, con ocultarse hasta de los criados?

Conde. Sí señor, los acreedores me rompen la cabeza; en los ocho dias que hace que estoy de vuelta, apenas he ido

á parte alguna; se hubieran echado encima; y hasta ver el resultado de esta intriga me conviene estar oculto; si concluye bien, con el dote empezaré á hacer algunos pagos, y ya es otra cosa; si no buscaré otro medio; en el ínterin hasta el jocquey, que me ha dejado en la posada de la calle angosta de San Bernardo, lo ha creido.

Simon. Bueno, bueno: asi ya tiene otro ver; pero me parece que vienen...

Conde. Retírate, pues; déjanos solos.

ESCENA III.

EL CONDE. DOÑA BIBIANA. JULIA.

Bibiana. Pues tienes muy mal gusto: todo elegante debe tener deudas. Caballero, buenas tardes. (*Bajo.*) Julia, qué traza de hombre! qué figura tan ordinaria!

Conde. Señoras, á los pies de ustedes. (Qué gesto!)

Bibiana. (A las pies de ustedes, qué vulgaridad tan vieja!) --Qué se le ofrece á usted?

Conde. (No sé cómo empezar.)—Señora, creo que usted debe ser doña Bibiana.

Bibiana. Doña Bibiana! de dónde viene usted ahora? yo no soy doña Bibiana, ni...

Conde. (Calle; si me habré equivocado de casa; me parece que no.) — Señora, no vive aqui don Deogracias de la Plantilla?

Bibiana. Sí señor; y qué?

Conde. Bien, y usted será su señora, doña Bibiana...

Bibiana. Vuelta con doña Bibiana: qué grosería! no le he dicho á usted ya que no me llamo Bibiana? me llamo Concha, y está usted muy atrasado...

Conde. (Malo! maldita equivocacion; sin embargo.)— Concha, es verdad, señora, disimúleme usted: acabo de llegar, traigo varias cartas de recomendacion, y una muy interesante para una tal doña Bibiana, y traia este nombre en la cabeza; pero qué tontera la mia, mire usted si sabré cómo se llama usted; soy Bernardo Pujavante, y acabo de llegar de Barcelona. (Qué frialdad!)

Bibiana. Es usted don Bernardo?

Conde. Sí señora.

Bibiana. (*A Julia.*) Julia, qué ocasion de venir.

Julia. Ay, mamá!

Conde. Y deseando presentarme á ustedes, aunque sé que el señor don Deogracias... (No me escuchan.)

Bibiana. (*A Julia*) Si pudiéramos echarle; que no le viera Deogracias... quién sabe si volveria atras... voy á decirle que no está en casa.

Conde. (Cielos! qué recibimiento!)—Como don Deogracias está....

Bibiana. Caballero, mi esposo está fuera, y yo no acostumbro hacer sus veces nunca; puede usted volverse pasado mañana, ó el otro en ese caso... porque, la verdad, aunque he oido hablar algo á mi esposo de un tal Bernardo, de Barcelona, ignoro qué asuntos puede contener con él, y no puedo sin su anuencia meterme en cosas que...

Conde. (Malísimo!)—Señora, ciertamente que no esperaba este recibimiento; ni creo que usted se halle ignorante de los planes de su esposo; ademas de esto, yo no he buscado casa en Madrid donde alojarme, porque contaba con esta, como quien viene á ser yerno de don Deogracias.

Bibiana. Quién? usted? casarse con mi hija? caballero, usted delira; con el hijo de un tapicero; cuidado que es imprudencia; he hablado muchas veces con mi esposo sobre el particnlar, y ciertamente que no me ha dicho nada de semejante proyecto; ni es posible que una boda de esta clase... y en fin, sobre todo, en cuanto á casa, mientras mi esposo no esté en ella me es imposible recibir á nadie. (Con esto se irá pronto; estoy en brasas.)

Conde. Vive Dios! Señora, yo hablaré con don Deogracias; veremos si hablo de memoria; y pondré en conocimiento de mi padre el trato indigno que ustedes me han dado.

Bibiana. Qué groseria! insultar todavia á la madre de la que quiere por esposa; vamos, Julia, dejemos ahí á ese hombre. Qué modales! Qué diferencia de este al conde, al fin hijo de un tapicero.

ESCENA IV.

EL CONDE, JULIA.

Conde. (Qué rabia! Si pudiera hablar á la hija.)—Señorita, señorita... Usted tambien...?

Julia. (No me gusta nada, pero me dá lástima.)—Caballero, mamá tiene el genio bastante pronto, perdónela usted sus primeros ímpetus.

Conde. Ah, Julia; no me ha engañado la fama que ha llegado de usted á Barcelona, y ciertamente que no se la puede ver sin comenzar á amarla.

Julia. Déjeme usted. (Cielos! si viniera el conde.)—Déjeme usted, mamá estará esperando.

Conde. Y bien, qué debo hacer? usted considera el conflicto en que quedo.

Julia. Dios mio! cierto... pero... suelte usted; yo... mire usted... no entiendo... qué quiere usted que le diga? no oye usted? que me llama, ay! allá voy.

Conde. Julia, un momento todavia; dónde la veré á usted? prepare usted mejor á su mamá. Un momento. (*Deteniéndola*).

Julia. No puedo; tenemos una visita de cumplimiento; está ahí el conde del Verde Sauco, agur.

Conde. Cómo? el conde del Verde Sauco ha dicho usted? Julia, Julia!

ESCENA V.

EL CONDE.

Conde. Cielos! y que me suceda á mí esto! Por Dios que estoy lucido; pues el tal Bernardo tiene el campo á su favor; este hombre me ha engañado, fue una escusa. Qué colera! y en esta circunstancia qué hacer? A Dios esperanzas y dote. Pero, y este conde del Verde Sauco, estoy curioso, mas gente viene por aqui; será acertado esconderme? sí, tal vez oiré lo que deseo saber.

ESCENA VI.

DON DEOGRACIAS. BERNARDO. PASCASIO. EL CONDE. *metido en el cenador.*

Deogracias (A Pascasio.) Pues anda listo que se va á cerrar la tercena; mira que estoy sin rapé, que sea bueno del de primera, y á casa de don Pedro con él, que alli te espero; y de lo otro, cuidado con chistar.

Pascasio. Señor, está bien.

ESCENA VII.

DICHOS, *menos* PASCASIO.

Bernardo. Es posible? con que no era ficcion? ah! ah! ah!

Deogracias. Qué habia de ser? no señor, duro sobre duro: ya ve usted que hemos empezado pagando bien el alquiler del nuevo personage.

Bernardo. La fortuna es que el mismo conde del Verde Sauco lo pagará...

Conde. (Hablan de mí...)

Deogracias. Qué ha de pagar?

Bernardo. Pues no lo ha de pagar? al momento que esto se acabe, bien ó mal, le buscaré, y le haré reconocer su deuda, y...

Conde. (Qué deuda es esta?)

Deogracias. No señor, no; aunque usted le cogiera por el cogote.

Conde. (Para descubrirme en esta casa.)

Deogracias. No ve usted que es un hombre arruinado, un calavera...

Conde. (Bravo!)

Deogracias. En fin, es seguro que no pagará; á mí tampoco me importaria, como se lograse el objeto; pero si despues mi muger no cede, si mi hija Julia...

Conde. (Es el padre? no tiene mal modo de estar en caza: qué de engaños!)

Bernardo. Pero hombre, cómo le he de decir á usted que su hija me quiere?

Conde. (Qué escucho?)

Deogracias. Si señor, le querrá á usted mucho...

Bernardo. Pues no me ha de querer, yo me voy á descubrir á ella; yo no puedo pasar á sus ojos por lo que no soy...

Conde. (Hola!)

Deogracias. Volvemos á las andadas?

Bernardo. Pero señor don Deogracias de mi alma, hasta cuándo no he de ser yo el mismo que he sido toda mi vida?

Deogracias. Hasta mañana; no pido mas tiempo.

Bernardo. Pero ya qué pretende usted?

Deogracias. Sí señor, pretendo todavia. Mire usted, venga usted acá, santo varon, no nos oigan. Esta noche, mi muger y mi hija no dejarán de ir á su sociedad; ya sabe usted como le he dicho que mi muger me ha obligado á mí mismo á jugar, á perder, en fin, á echarla de elegante.

Bernardo. Sí, acabe usted.

Deogracias. Bueno; pues esta noche fingiré irme con varios amigos, con el baron del Tahurete, ese truhan...

Bernardo. Sí señor.

Deogracias. Pero, se me olvidaba; en primer lugar usted no puede ir á esa sociedad tratando todavia de pasar por él.

Bernardo. Adelante.

Deogracias. Ya ve usted que es imposible: dentro de un rato se despide usted, se va adonde quiere...

Bernardo. Bueno, adelante. Usted, usted, qué hace?

Deogracias. Pues yo, como le he dicho á usted...,

Conde. (Oigamos.)

Deogracias. Finjo irme con esos; no vuelvo por ellas, y cuando esten menos prevenidas... este es el gran golpe, verá usted cómo esto debe hacer un grande efecto.

Bernardo. Por Dios, adelante.

Deogracias. Aguarde usted, porque esta es el alma del plan, es darle la última mano.

Bernardo. Dios mio! vamos.

Deogracias. Hombre, cachaza: no nos oyen?

Bernardo. No señor, qué han de oir? ni un alma.

Deogracias. Pues señor, entonces... pero, calle usted, mi hija.

Bernardo. Por vida del plan...

Deogracias. Lo ve usted como hacia yo bien en irme con tiento; voy por mi caja, mientras que ustedes... allá...

Bernardo. Don Deogracias...

Deogracias. Pero hombre, si vuelvo.

ESCENA VIII.

BERNARDO. EL CONDE, *y luego* JULIA.

Conde. (Por Dios, que llevo adelantados mis asuntos; y no me será fácil salir de aqui.)

Julia. Señor Conde.

Conde. (Conde! bravo!)

Bernardo. Ah, Julia: soy feliz; ciertamente que para el primer dia que nos vemos hemos disfrutado algunas horas de la dicha de vernos juntos.

Julia. Ah, si me fuera permitido creer que el conde del Verde Sauco me ama tan de veras como dice...

Conde. (Qué oigo? del Verde Sauco...?)

Bernardo. Julia, puede usted dudar de mi amor?

Conde. (Y yo he de sufrir esto?)

Julia. No; dudar, nunca; pero, qué sé yo; metido en el gran mundo, en los compromisos de la alta sociedad, qué pocos momentos puede usted dedicar á la memoria de su amada.

Bernardo. Verdad es; muchos atractivos tiene el mundo; pero crea usted, Julia mia, que desde que la amo, nada hay que pueda distraerme.

Julia. Sí, lo creo; pero tengo cierto cuidado... dicen que usted es valiente: ha tenido usted muchos desafios?

Bernardo. Señora, son compromisos inevitables, un hombre de mi categoría...

Julia. Inevitables! dígame usted, si tuviese usted una querida...

Bernardo. Por qué lo ha de suponer usted, cruel, pudiendo usted asegurarlo? no la tengo ya?

Julia. Sea asi, y diga usted, en ese caso tendria usted valor..?

Bernardo. Quién lo duda? el honor...

Julia. De irse á matar?

Bernardo. El honor...

Julia. El honor! y para tener honor es preciso ser un bárbaro! cruel, y me quiere usted?

Bernardo. Pero, Julia mia, usted misma me despreciaria si viese que era capaz de rehusar un lance de honor: no es verdad?

Conde. (No puedo sufrir mas; yo le desafiaré. Pues he acertado en mudarme el nombre. (*Saca una cartera, y escribe con lápiz sobre una hoja que despues rompe; deja la cartera olvidada sobre el banco para cerrar la esquela, se va escurriendo hácia la puerta hasta marcharse.*)

Bernardo. No responde usted?

Julia. No me ama usted.

Bernardo. Julia mia...!

Julia. Mire usted que viene mamá.

ESCENA IX.

BERNARDO. JULIA. DOÑA BIBIANA.

Bibiana. Sigan ustedes; parece que el señor conde es tan amable como dicen.

Julia. Mamá, no sé por qué dice usted eso.

Bernardo. Su mamá de usted goza siempre de muy buen humor.

Bibiana. Y no puedo tomar parte en lo que ustedes hablaban?

Julia. Sí por cierto; decia al señor conde que no me gustan algunas modas como los desafios.

Bibiana. Julia, no me parece que es esa la educacion que te he dado; no haga usted caso, señor conde; es una niña...

Bernardo. Señora, dice muy bien. (Qué vergüenza! hacer este papel á sus ojos.)

Julia. Pero mamá, los desafios..? aqui viene papá, verá usted como es de mi opinion.

ESCENA X.

DICHOS. DON DEOGRACIAS.

Julia. Papá, llega usted á tiempo.

Deogracias. Dí, hija mia, para qué?

Julia. Dígame usted; si tuviera usted una querida, y le desafiasen, tendria usted valor de dejarla, y...

Bibiana. *(Bajo á don Deogracias.)* Bruto! no vayas á decir alguna gansada.... mira que está delante el señor conde...

Bernardo. La verdad, don Deogracias.

Deogracias. (Es fuerza disimular.)

Julia. Papá, lo piensa usted tanto?

Deogracias. Hija mia, te diré, un hombre fino, de cierto nacimiento, no puede rehusar esos lances de honor, y antes morirse que entregar la carta; yo creo que el señor conde pensará como yo.

Bibiana. (Ya se va civilizando.)

Julia. Lo cree usted asi? de veras?

Deogracias. Y por qué no? un hombre bien nacido...
Julia. Maldito nacimiento!

ESCENA XI.

DICHOS. SIMON *con una esquela.*

Deogracias. A quién busca usted?
Simon. El señor conde del Verde Sauco está aqui?
Bernardo. (Qué nueva diablura! don Deogracias...).
Deogracias. (*Bajo á Bernardo.*) Responda usted.—(Si será otro sastre!)
Bernardo. Qué tenia usted que mandarme?
Simon. Es usted?
Bernardo. Sí señor; no me ve usted?
Simon. Efectivamente. Se me acaba de dar esta esquela para entregarla á usted en propia mano, y con la mayor prontitud posible.
Bernardo. (*La toma.*) Cierto... al conde del Verde Sauco... (Alguna entruchada del padre.)—*(A don Deogracias, bajo.)* Esto es tambien del plan...
Deogracias. (Puede! vamos, que el muchacho me ayuda, y sin decirme nada.)
Julia. Dios mio! lo que me dice el corazon. Señor conde señor conde, me permite usted leérsela...?
Bibiana. Julia! pero niña; ha visto usted, qué grosería, dónde se ha visto...?
Julia. Mamá, si es un favor... nada mas... se lo pido á usted.
Bernardo. Déjela usted; yo no puedo negarle á usted nada. (Sea lo que fuere.)
Julia. Ay, y qué de prisa se conoce que lo han escrito, y está con lápiz. (*Lee.*) «Señor conde, le supongo á usted un caballero; en esta inteligencia otro caballero, á quien ha ultrajado, le pide una satisfaccion...» Dios mio! mi corazon me lo decia. *(Se apoya sobre el hombro de su madre, llorando.)*
Bernardo. Una satisfaccion? déme usted, cierto; y en el café de... á las... yo?
Deogracias. (Bueno! á mí se me habia olvidado, un desafio; era indispensable: por eso traeria él la conversacion.)

Bernardo. (*A Simon.*) Quién le envia á usted? porque esta firma...

Simon. Señor, lo ignoro.

Bernardo. (Ba, ba, ba!) (*A don Deogracias, bajo.*) Don Deogracias... aquella maldita interrupcion del plan... pero ya estamos al cabo de la calle, eh?

Deogracias. (Sí, que no hubiera dado en ello; pues lerdo es el niño.)

Bernardo. (Es mucho don Deogracias.)— Pero Dios mio! Julita...

Julia. Déjeme usted... desde que hablábamos parece que me tocaba Dios en el corazon.

Bibiana. Hija mia...

Bernardo. Pero esto no es nada; yo estoy muy acostumbrado á estos lances; esto es una bagatela, un rasguño, un ojo menos.

Julia. Un ojo menos!

Bernardo. Pues, un ojo menos y unas botellas.—(*A Simon.*) Bien está, bien; dígale usted al sugeto que no faltaré.

Julia. Cómo tiene usted atrevimiento? Papá, y me abandona usted?

Deogracias. Hija mia, es preciso dejar correr las cosas; ya te casarás con el señor; pero primero es indispensable que se vaya á romper la cabeza con el insultado: las leyes del honor, todo lo exige; el señor conde no es un cualquiera.

Bernardo. Julia, crea usted que esto no es nada, yo no soy cobarde...

Deogracias. Efectivamente, señor conde, y pareceria muy mal que por una niña se dejase usted silbar por sus iguales; debe usted romperse no digo yo su cabeza, pero mil si las tuviera: es una moda muy puesta en razon... y tal vez será porque le haya usted quitado la acera; oh! sí, sí; en ese caso, cómo puede evitarse el lance? y si yo no tuviera prisa, pero es tarde para mí, yo mismo sería su padrino.

Bernardo. Pero se va usted?

Julia. Papá!

Deogracias. Pero qué quieren ustedes que haga yo; al momento vuelvo á comer y á saber el éxito.

Julia. Deténgale usted: es posible que sea yo tan desgraciada: ah, maldito honor!

Bernardo. Don Deogracias, don Deogracias, ya es tarde; corre como un muchacho. Pero Julia, no se aflija usted, tal vez no se realizará: si es costumbre bárbara, los que la tienen procuran suavizarla: estas cosas son menos de lo que parecen... (*A doña Bibiana.*) Señora, le dejo á usted este sagrado depósito, y marcho á mi obligacion.

Julia. Mamá! ay! se va, y todos le han dejado ir! Dios mio! qué le irá á suceder?

Bibiana. Vamos, niña, qué le ha de suceder? te vas haciendo muy imprudente; mire usted si no ha de ir á un desafio; pues hay cosa mas racional? Pues si antes el conde ha insultado al otro, para repararlo y desagraviarle no le ha de romper despues la cabeza? Ven, te echarás. Francisco! muchacha! —Ven, hija mia; sosiégate, bebe un poco de agua y vinagre: eso no es nada; un desafio es para un elegante el pan nuestro de cada dia.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

BERNARDO. FRANCISCO.

Bernardo. Hola, Francisco!
Francisco. Señor.
Bernardo. Ha vuelto ya don Deogracias?
Francisco. Y ha vuelto á salir.
Bernardo. Vendrá pronto?
Francisco. Me parece que no, porque al salir dijo que se iba á la lonja de ultramarinos, y alli ya se sabe, una hora, lo menos.
Bernardo. Qué hombre! cierto que es calma. Y las señoras?
Francisco. La señorita está mejor. Cuando V. S. se fue, se echó, no quiso comer; pero despues tanto le dijo su madre, que fue preciso levantarse, y emperejilarse... y en el tocador estan disponiéndose para la noche.
Bernardo. Bueno, vete; cuando venga don Deogracias, si no entra por aqui, avísame.
Francisco. Bien está.

ESCENA II.

BERNARDO.

Es mucho don Deogracias; vea usted, y parece un pobre hombre; quién habia de decir que habia de ingeniarse tanto? porque es innegable que la ocurrencia de crear un desafio es escelente; ello mi trabajo me ha costado hacer bien mi papel con aquel angel; aquellas lágrimas me partian el corazon, porque aunque tengo honor y no soy cobarde, no veo esto precision de matarse á cada instante por un quítame allá esas pajas. Pero quién es?

ESCENA III.

BERNARDO. EL CONDE, *entrando.*

Conde. (Aqui está mi hombre!)

Bernardo. (Estoy tan azorado con la parte que falta del plan, que todo se me antoja nuevas invenciones.)

Conde. Caballero, palabra.

Bernardo. (Qué diablo de hombre!)

Conde. Usted es el señor conde del Verde Sauco?

Bernardo. (Cáspita! yo no salgo de aqui; fuera no hago este papel; es cosa de don Deogracias; y sin avisarme...)

Conde. Caballero, oyó usted que le hablé?

Bernardo. Ah, sí; perdone usted, estaba distrado.

Conde. Pregunto si tengo el honor de hablar al señor conde del Verde Saucò.

Bernardo. Si señor, yo soy.

Conde. Muy señor mio:—(tengo de apurarle:)—en ese caso, ya podremos hablar. Habrá usted recibido una esquelita?

Bernardo. Sí señor.—(Esto me huele mal; á ser broma, á qué seguirla...?)

Conde. Y bi en?

Bernardo. Qué?

Conde. Se le citaba á usted.—(Es cobarde, y puedo gallear.)

Bernardo. Sí señor.

Conde. (Apuradillo está.)—Y bien?

Bernardo. Qué?

Conde. Que usted no ha asistido.

Bernardo. Verdad que no.

Conde. Y entre hombres de honor, debe usted saber que..., eh?

Bernardo. (Diantre!)—Cierto, pero un compromiso... si usted gusta podemos...

Conde. No señor, para qué; yo soy un hombre despreocupado; yo riño en cualquier parte: me parece que ese jardin...—(Con eso lo oirán en la casa, no reñiremos, y le descubriré.)

Bernardo. Hombre, aqui? esta no es mi casa.

Conde. Sí señor, aqui; desde todas partes hay la misma distancia al otro mundo... vamos.

Bernardo. Hombre...

Conde. (Ya le tiemblan las pantorrillas.)

Bernardo. (*Se levanta.*) Este empeño de que ha de ser aqui... vaya, eso es broma; las pistolas no estan cargadas sino con pólvora, y don Deogracias quiere hacerlo á lo vivo y que oigan el ruido.

Conde. Estraño mucho que todo un hombre como usted parezca abrigar unos sentimientos tan cobardes.

Bernardo. Yo cobardes...

Conde. Pues vamos; si mientras mas lo piense usted peor le ha de parecer.

Bernardo. Pero venga usted acá; porque la verdad, á usted don Deogracias no le habrá pagado para que me... y para nuestro plan, aunque yo sepa que no tienen mas que pólvora, ya ve usted que eso... en no sabiéndolo ellas...

Conde. (Ya se entrega.)—Qué habla usted? yo pagado? ese es un insulto; señor conde, defiéndase usted.

Bernardo. (Por Dios que es lance; esto no es broma; este es un asunto del verdadero conde; mas sencillo es decirle que no soy el conde.)

Conde. Vamos, á batirse.

Bernardo. Pues señor, camina usted bajo un supuesto infundado.

Conde. (Ya vomita, pero no le ha de valer; tengo de descubrirle.)—Cómo?

Bernardo. Sí señor; no escuchen; yo no soy el conde ni...

Conde. Señor conde, quién lo hubiera pensado de usted? añadir á la cobardia la bajeza de negarse; no es usted el conde? el miedo...

Bernardo. El miedo, no le conozco; pero hable usted bajo; no lo soy; tengo motivos... en fin mañana á estas horas le diré á usted....

Conde. Cómo, usted quiere escaparse? pero veremos si es usted el conde: aqui en esta casa le conocen á usted; veremos si delante de ellos sostiene usted...

Bernardo. (Qué va á hacer?) (*El conde va á llamar.*) Este hombre me descubre; (*Va hácia el conde, le detiene, y muda de tono, amenazándole siempre y sujetándole.*) Venga usted acá; soy el conde, si señor, nos batiremos, y sobre todo, aquí, á hablar bajo, ó si no...

Conde. Cómo? usted?

Bernardo. Chiton, vamos bajando el tono. Si hasta ahora por motivos particulares le he parecido á usted un cobar-

de, sepa que no lo soy; nos batiremos, pero sepamos con quién.

Conde. (Malísimo.)—Señor, eso no es preciso.

Bernardo. Indispensable, y pronto.

Conde. Es fuerza fingir, porque mi deuda.. y este hombre no es el mismo.)

Bernardo. Eh? vamos!

Conde. (Qué pierdo? Bernardo y mas Bernardo, que para él es como no decirle nadie.)

Bernardo. Vamos.

Conde. Pues señor, no me conocerá usted tal vez ya; sin embargo, yo soy de Barcelona, me llamo Bernardo Pujavante.

Bernardo. Qué oigo? usted Bernardo Pujavante?—(Qué es esto...! ah, ah, ah!)—(*Con sangre fria.*) Con que es usted Bernardo?

Conde. Sí señor.

Bernardo. Mire usted lo que usted dice; sabe usted que ese tal Bernardo le conozco yo, y...

Conde. Usted?

Bernardo. Yo, y no se le parece á usted en nada.

Conde. Bravo!

Bernardo. Ese Bernardo no es un elegante, no desafia, no dibuja con un florete; pero es un hombre que tampoco se deja insultar de nadie.

Conde. Se atreve usted?

Bernardo. Sí señor, á usted; y por qué no? y ahora mismo he de saber quién es usted, ahora, ó va usted á contarlo donde...

Conde. (Buena la he hecho; que le haya yo apurado!)

Bernardo. Se da usted priesa, ó...

Conde. Señor, la verdad; hablemos claros, yo no soy Bernardo; pero hágase usted cargo de la razon, porque yo me inclino á creer que usted no es tampoco quien dice, y entonces...

Bernardo. Eso no es del caso, y...

Conde. Pero, la verdad...

Bernardo. Dígame usted pronto quién es; yo soy el conde del Verde Sauco.

Conde. Pues señor, entonces, si no me deja usted ser Bernardo, no soy nadie.

Bernardo. Cómo?

Conde. Porque yo, es verdad que no soy Bernardo, pero he creido siempre ser el conde del Verde Sauco; dispénseme usted.

Bernardo. Quién, usted?

Conde. Señor, si usted no quiere... pero aqui tengo papeles que...

Bernardo. Ah, ah, ah! Pues señor, es chistoso.

Conde. Cierto, es preciso confesar que es un lance chistoso.

Bernardo. Pero usted con el nombre de Bernardo, qué objeto... yo necesito saberlo.

Conde. Ah, ah, ah! Aqui no hay mas que franquearnos uno con otro; beberemos unas botellas.

Bernardo. No pienso en eso, porque yo necesito ser conde todavia algun tiempo, á lo menos en esta casa, y yo á usted nunca le daré mas satisfaccion que esta.

Conde. Qué disparate! yo soy un amigo de usted.

Bernardo. Pues yo no lo soy de usted porque no hay motivo.

Conde. Vaya, vaya, esto es mejor echarlo á broma, y confesemos...

Bernardo. Señor mio, usted hará lo que yo quiera: pero gente viene; sálgase usted y chiton, y cuidado con venir aqui á hablar una palabra, y mucho menos á echarla de conde, sino cuando yo lo mande.

Conde. Pero señor, esto...

Bernardo. Y mañana á las seis en punto en la Puerta del Sol; necesito saber de usted varias cosas, agur.

Conde. Y que me deje yo insultar! estoy lucido.

ESCENA IV.

Acaba de anochecer.

BERNARDO. JULIA. (*Con una palmatoria.*)

Julia. Ay! me he dejado aqui mi pañuelo y mis guantes: sí, cierto, aqui estan; cómo los habia de encontrar? pero quién está aqui?

Bernardo. (Julia; ahora me preguntará y yo me canso de fingir.)

Julia. Ah! era usted, señor conde? dígame usted, qué ha resultado? cómo me tiene usted!

Bernardo. (Qué la he de decir?)—Nada, amable Julia; lo que le dije á usted, se echaron suertes, tocó á mi contrario tirar primero; pero por fortuna no salió el tiro, y saltó la piedra; yo no quise tirar, y los padrinos se interpusieron.

Julia. Qué gozo! y ha tenido usted valor de asustarme, y hacerme llorar; ingrato!

Bernardo. Julia, perdóneme usted si...

Julia. Que le perdone... sí, solo con dos condiciones, y le perdono á usted; pero jure usted cumplirlas.

Bernardo. Y duda usted?

Julia. Júrelo usted.

Bernardo. Sí, lo juro.

Julia. Me ha de decir usted primero quién es el agresor; segundo, por qué.

Bernardo. Cielos!

Julia. Ya lo entiendo; no quiere usted decirlo?

Bernardo. Bien quisiera; pero me es imposible.

Julia. Imposible?

Bernardo. Los hombres de mi clase solemos tener á veces pendientes cinco ó seis asuntos de esta especie, y no saber...

Julia. Cinco ó seis? Señor conde, y en siendo su esposa de usted hará usted lo mismo?

Bernardo. Siempre seré el mismo, y no podré...

Julia. Y no puede usted dejar...? ó deje usted de ser conde, ó no cuente usted mas con mi amor.

Bernardo. (Cielos! qué ocasion!)—Julia, créame usted lo que voy á decirla, y perdóneme usted si la he ocultado hasta ahora...

Julia. Ya, ya lo entiendo; no diga usted mas; usted me ocultaba la causa de este lance, traidor, sin duda alguna otra pasion....

Bernardo. Yo traidor, otra pasion...

Julia. Pues dígamelo usted.

Bernardo. Julia, otra pasion; yo mismo quiero creer que es algun amante de usted ofendido; sí, no tiene duda.

Julia. Qué dice usted? qué señas tiene?

Bernardo. (Hola!)—De mi estatura, mas alto, ojos negros, gran patilla.

Julia. Un frac de color, algo usado, guantes verdes.

Bernardo. Sí, el mismo; y espolines en las botas.

Julia. El es, él es.

Bernardo. Le conoce usted, Julia? quién es?

Julia. No se ha de enfadar usted conmigo...

Bernardo. Yo, Julia, con usted... cuente usted.

Julia. Señor conde, ese era un jóven con quien tenia papá tratada mi boda antes de conocer á usted; llegó usted, y todo se desvaneció. El estaba fuera; ni aun le conociamos, pero con la esperanza de mi mano llegó esta mañana; mamá, á quien se presentó, porque papá no le viera, le echó con cajas destempladas, se quejó á mi, me cogió la mano, me habló...

Bernardo. Concluya usted, cómo se llama?

Julia. Bernardo Pujavante.

Bernardo. Bernardo! (Ya lo entiendo: infame conde!)

Julia. Qué, se inquieta usted? me habló; pero se lo juro á usted, le aborrezco; es grosero, ordinario... qué diferencia de Bernardo á usted? en fin, si cien veces viniera Bernardo á pedirme, si papá se empeñara, si el mundo entero se pusiera de su parte, yo firme le negaria mi mano, pereceria, sufriria mil muertes antes que faltar á la fé que debo al conde del Verde Sauco: no me cree usted?

Bernardo. (*Aparte distraido.*) El la quiere; ha tomado mi nombre, como yo el suyo; pero cómo ha podido saber que yo...?

Julia. Créame usted, sí; yo misma le desprecié, le dejé solo; y tal vez él ha averiguado despues, le habrá visto á usted entrar y salir...

Bernardo. Sí, sin duda; estoy loco, loco; Julia, voy á ver á don Deogracias: Julia, téngame usted lástima.

Julia. Pero qué! qué tiene usted? necia de mí! qué le he contado? será posible?

Bernardo. Julia, á Dios; volveré, pero créame usted, de otro modo. (*Vase.*)

Julia. De otro modo! Dios mio! Señor conde! qué es lo que me pasa? (*Se arroja encima del banco de césped, y tropieza con la cartera que el conde dejó.*) Qué es esto? una cartera... del conde, sí; pero mamá viene, es fuerza guardarla.

ESCENA V.

DOÑA BIBIANA. JULIA.

Bibiana. Pero hija mia, para buscar unos guantes tanto tiempo. Válgame Dios...! qué tienes? lloras? qué te sucede?

Julia. Ah! mamá, no sabe usted...?

Bibiana. Qué! has sabido algo del desafio? ha muerto? salió herido? ay Dios mio! qué desgracia! maldita elegancia! maldita moda! Hija mia!

Julia. Mamá, sosiéguese usted; no es eso, no; ha salido bien.

Bibiana. Qué dices? respiro; ni una gota de sangre me habia quedado en todo el cuerpo; ya ves, una boda como esta; casarte con el primer elegante de Madrid, si me debia asustar; pero di, qué es ello? te queria engañar? era un bribon?

Julia. Mamá...

Bibiana. Trata de deshacer la boda? no quiere casarse ya? ay Dios mio!

Julia. Pero mamá, si...

Bibiana. Haya picaron! despues de pedir tu mano volverse atras; pero por qué, por qué ha sido todo esto? si eres un bruto; tú lo habrás echado á perder; con que es decir que nos ha engañado?

Julia. Pero mamá, por Dios! déjeme usted; sino es eso. Qué engaño ni que nada! si no es eso.

Bibiana. Hija mia, ya ves tú lo que les pasa á otras; es preciso un ten con ten... vamos, y qué fue?

Julia. Mamá, Bernardo, Bernardo...

Bibiana. Dónde está? qué ha hecho?

Julia. Es el que ha desafiado...

Bibiana. Atrevido, al señor conde.

Julia. Sí señora, y yo he tenido la imprudencia de contarle al conde lo que habia pasado, y ha creido sin duda que yo le he querido.

Bibiana. Le has contado...?

Julia. Fue inevitable; y si viera usted cómo se puso, loco, furioso; se fue diciendo que iba á hablar á papá...

Bibiana. A tu padre? y á la hora de esta sabrá... si le pu-

diera prevenir... sí, ya le contaré lo que pasa; yo, yo misma desengañaré al conde; será un infierno la casa, sí señor, y mi marido lo sabrá ya, y nos lo estará callando; tal vez él mismo le protege; aqui viene: vete al almacen, déjame sola con él.

ESCENA VI.

DON DEOGRACIAS. DOÑA BIBIANA.

Bibiana. Ven acá, ven acá; que es esto que pasa en casa? tú piensas engañarme; pero no lo lograrás; quítatelo de la cabeza, no se ha de hacer tu gusto; callas? ya te entiendo, responde.

Deogracias. En buena hora he venido; pero muger, que es ello? yo engañarte?

Bibiana. Sí señor, tú: con que está aqui Bernardo?

Deogracias. (Qué oigo! sabe ya que es Bernardo.)--Pero muger, cómo?—(A Dios plan.)

Bibiana. Pues qué, piensas que yo no sé nada? y tú tambien lo sabias; dí, dí que no.

Deogracias. (Este maldito se habrá descubierto, por fuerza.)—Es verdad que lo sabia; pero...

Bibiana. No digo yo? pues mira, Deogracias, hablemos claros; precisamente como se porta tambien, presentarse asi... con ese descaro...

Deogracias. (No digo yo que se ha descubierto?)

Bibiana. Insultando á todo el mundo; eso es burlarse.

Deogracias. (No hay sino tener paciencia.)—Pero muger, tanto delito es... si él no quisiera á la chica no hubiera procedido asi... no ves que el mismo amor le ha obligado á hacer todo eso?

Bibiana. Todavía le disculpas; ya está visto que nunca convendremos en este punto; y á que engañarme y hacerme creer...? vaya, yo... en una palabra, toma tú determinacion, ó despide á Bernardo al momento, ó ni cuentes con tu muger, ni con tu hija: ella le aborrece ahora mas que nunca: le ha despreciado á él mismo.

Deogracias. A él mismo? pobre muchacho!

Bibiana. Sí, á él mismo, sí; con que haz lo que gustes; pero no lograrás nunca que tu hija se case con ese hom-

bre, por mas astucias y por mas engaños que fragües... *(Vase.)*

Deogracias. Bibiana! esto no tiene remedio, se fue; si es una furia; y yo quisiera enfadarme, pero soy un pobre hombre.

ESCENA VII.

DON DEOGRACIAS.

La hemos hecho buena; todo mi proyecto por tierra; y en el ínterin mi muger gastando y triunfando. No, pues el resto de mi plan se ha de hacer; yo no quiero de la noche á la mañana encontrarme sin un cuarto, disipados mis caudales, no señor; yo guardaré mi oro, yo pondré orden en mi casa: ya que se frustró la boda con ese pobre muchacho, á lo menos no se perderá todo. Pero este imprudente cómo lo habrá hecho? y se lo dije yo... mas él nada, empeñado en descubrirse; pero aqui viene mi hija; me irrito al verla; voy, voy á buscarle; él me dirá... ó á lo menos le consolaré; qué afligido debe estar!

ESCENA VIII.

JULIA.

Nadie hay aqui; en ese almacen maldito hay tanta gente... y yo deseando ver mi cartera; del conde es... qué bonita! veamos. (*Lee.*) «Cinco mil reales del tilburí, que no puedo pagar todavía.» Otra deuda; y el tilburí le debe, ah! qué poco me gusta este carácter... Si me caso con él, yo le corregiré, sí. «Ocho mil reales á la fonda:» mas deudas! Dios mio! una carta... qué es esto? «Amada Josefina:» cielos! si me engañará; la fecha es de hoy. «Amada Josefina, disipa tus sospechas infun»dadas; es verdad que te he confesado mi plan de boda, »con la Julia, y que la he pedido; pero ni en esto hay »amor, ni siquiera inclinacion, solo una razon de con»veniencia; mis asuntos lo exigen, su dote es crecido; »en fin, desengáñate, y vuélveme tu cariño; tú misma »cuando me haya casado, y me veas mas constante con»tigo que nunca...» Infame! (*Cae sobre el sillon.*)

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

PASCASIO.

Qué embajada! enviarme ahora el conde del Verde Sauço, mi antiguo amo, un recado para que busque una cartera... Sí, dice que por aqui... pues no está; y que dé esta esquela á mi amo; y cuánta cosa me ha dicho, que ya no necesita casarse, que su tia acaba de espirar, que hereda qué sé yo cuanto, y luego que mi amo don Deogracias se ha arruinado esta noche jugando. Jesus! Jesus! qué de enredos y misterios, vaya! y lo cierto es que van á dar las seis y mis señores todavía no han venido á recogerse; pues nunca les sucede... pero aqui están.

ESCENA II.

DON DEOGRACIAS. *Despues* PASCASIO.

Deogracias. Vamos, que esta casa no parece sino una casa de orates: qué desorden! todo abierto, nadie recogido al amanecer todavia, ni aqui hay una alma. Señor, señor, si concluiremos de una vez; este Bernardo dónde estará? por mas que le he enviado á buscar, no parece desde ayer tarde; ello es preciso que yo le instruya de todo; qué quieres?

Pascasio. Señor, acaban de darme esta carta para usted.

Deogracias. Bien, anda con Dios; abre y barre el almacen: temprano empieza hoy la correspondencia; á estas horas... «A don Deogracias &c...; el conde del Verde Sauco:» otra! qué pesado es el tal señor! si volverá á insistir... pues yo bien claro hablaba en la mia... eh! luego la leeré; no estoy para perder tiempo. Francisco, Francisco.

ESCENA III.

DON DEOGRACIAS. FRANCISCO.

Francisco. Señor.
Deogracias. Y mi muger y mi hija han vuelto ya?
Francisco. No señor. Quien ha estado hace un momento ha sido el señorito que almorzó aqui ayer... tan elegante...
Deogracias. Sí, y qué?
Francisco. Mucho le incomodó no encontrarle á usted en casa; dice que ha corrido buscándole toda la noche; que ha oido decir qué sé yo qué cosa de ruina y pérdidas en el juego, y... venia asustado.
Deogracias. Calla, (él tambien lo ha creido?)—y se fue?
Francisco. Dijo que tenia una cita á las seis con un conde ó marqués... ó qué sé yo; pero que volvia al momento.
Deogracias. Bueno! pues ahora lo que corre mas prisa es buscar á tus señoras; voy á ver si estan todavía en casa del baron de la Palma, que parece que se las llevó para consolarlas. Veremos qué tripas les ha hecho la noticia de mi ruina; pero aqui vienen ya, vete; buena mosca traen!

ESCENA IV.

DON DEOGRACIAS. DOÑA BIBIANA. JULIA. (*Entran por el almacen, Francisco abre.*)

Bibiana. Jesus, Jesus qué noche! parece que estaban conjuradas todas las sotas contra mi bolsillo. Pero es posible que tú tambien... pues si veías que yo no tenia fortuna por qué te fuiste á jugar...?
Deogracias. Esas reconvenciones son inoportunas, llegan muy tarde; tú misma sabes que nunca habia cogido un naipe; tú con esa maldita manía me has llevado al precipio, porque era el jugar de elegantes; tú me has arruinado de mil modos; los criados, las libreas, el coche para todas partes, los vestidos, los brillantes, las

esquelas impresas hasta para dar parte de si íbamos á paseo, los convites, los bailes, los ambigús, en que todo Madrid se ha reido de nosotros; en fin, cuanto ha podido atraernos, juntamente con nuestra ruina, el desprecio de nuestros iguales, la indignacion de nuestros superiores, y la mofa y las hablillas del pueblo entero. Ya no tiene remedio, volveremos á empezar á los cincuenta años, si el ridículo que nos hemos echado encima no nos hace morir de vergüenza.

Bibiana. Pero qué! estamos enteramente arruinados? no es posible.

Deogracias. Ya te lo he dicho, hasta el almacen; en fin, no nos queda mas que nuestra vanidad.

Julia. Ah! mamá, cuántas veces le decia yo á usted «no juegue usted.»

Bibiana. Y qué, querias que yo no jugara? qué importa? tú nada habrás hecho, ni harás; yo me fui en este conflicto á casa del baron de la Palma; alli he escrito tres esquelas contando nuestra situacion á la marquesa de Clavel, al baron de Baraundi, y al duque del Término, y estoy segura de que nos adelantarán... conozco demasiado su amistad, y si ayer perdimos, otro dia ganaremos.

Deogracias. Asi empiezan los caballeros de industria.

Bibiana. Vamos, vamos á ver si vuelve ese lacayo de la marquesa, que enviamos á las tres partes.

ESCENA V.

DON DEOGRACIAS.

Tú verás la respuesta de esos marqueses; pero á propósito de personages, qué me querria el bueno del conde con esta nueva carta? Veamos.

«Señor don Deogracias, es preciso confesar que me he divertido con usted; con que se ha creido que un hombre de mi clase se hubiese de humillar hasta enlazarse con uno de la suya? Han variado las circunstancias, y estoy mucho mas en el caso de despreciar á usted que en el de solicitar su amistad. Cuide usted de sus fardos... &c. &c.»

Ah, ah, ah! cierto que me importa mucho que el señor

conde me desprecie; pero ahora que me acuerdo, ah! si no se hubiera descubierto este infeliz Bernardo, qué ocasion! qué carta! esta se la achacaria yo á él, como escrita despues de haber sabido nuestra ruina: oh, cómo le maldecirian, y entonces qué ocasion de descubrirse! pero aqui estan.

ESCENA VI.

DOÑA BIBIANA. DON DEOGRACIAS. JULIA.

Bibiana. Quién lo habia de pensar de tanta amistad?

Deogracias. Qué! han venido las contestaciones de esos amigos tuyos?

Bibiana. Oh! si nunca les hubiera escrito: mira tú, llamándome la marquesa del Clavel «la señora comercianta» y el duque del Término «dígale usted á la tendera,» y que lo sienten mucho; ni se han dignado contestar. Dios mio! qué ignominia!

Deogracias. Ya me lo figuraba yo eso...—(Esto va á las mil maravillas.)

Bibiana. Infames!

Julia. Qué es esto que nos sucede?

Bibiana. Aun nos queda una esperanza.

Deogracias. Cuál? ya te entiendo; gracias á este escarmiento, ya pensarás con mas juicio. Bernardo tal vez.

Bibiana. Quién? Bernardo? vuelves á tu porfia? no ha de ser, no señor. El conde del Verde Sauco; ese quiere de veras á mi hija, aunque te pese; ese nos sacará de este apuro.

Deogracias. Quién? el conde del Verde Sauco?

Julia. (Dios mio! en qué ocasion; yo le aborrezco.)

Bibiana. Ese es el único...

Deogracias. (Qué es esto? si habrán visto al verdadero conde? él la queria, es cierto; ayer noche no estuve con ellas, y como ya habian descubierto á Bernardo, le admitirian; él las obsequiaria; y esta última carta la escribiria despues de saber mi ruina; de cualquier modo que sea, nada arriesgo en enseñarla.)

Bibiana. Qué piensas? qué dices?

Deogracias. Muger, no queria hablarte de esto; pero mira

una carta que acabo de recibir del conde. (No hay remedio, le han conocido esta noche, no se habrá marchado; claro está que no, cuando me escribe.)

Julia. Dios mio! añadir la infamia á la traicion!

Bibiana. Ya no hay ninguna esperanza.

Deogracias. (Me dan lástima; pero demos el último golpe.) —En fin, me parece que ya no queda mas recurso que Bernardo; él es generoso, está enamorado, en sabiendo nuestra situacion...

Julia. Ah, papá, nunca, nunca. Despues del desaire hecho á Bernardo por el conde, seria para mí un verdugo su generosidad; he sido engañada, lo confieso; pero esta situacion en que nos vemos deja una herida demasiado profunda en mi corazon, y harto haré en poder olvidar un amor neciamente puesto en un hombre indigno de ser querido, ni de querer.

Deogracias. Hija mia, pero ese amor cuándo se formalizó? de cuánto tiempo? ó yo estoy loco.

Julia. Papá mio, pocas horas han bastado; pero no haga usted mi tormento mayor, recordándome mi ligereza.

Deogracias. Pobrecita...! (Mas Bernardo viene; en qué ocasion tan mala.)

ESCENA VII.

DON DEOGRACIAS. DOÑA BIBIANA. JULIA. BERNARDO.

Bernardo. Familia desgraciada, hermosa Julia.

Julia. Aparte usted; aun tiene usted atrevimiento...

Bernardo. Julia, qué mudanza...

Julia. Tome usted, tome usted las pruebas de su cariño... (*Le da su carta y la cartera.*)

Deogracias. Está loca; pobre muchacha! le da á Bernardo la carta del conde.

Bernardo. Julia, basta de ficcion; esto no es mio.

Julia. No es de usted?

Bernardo. Ni soy el conde del Verde Sauco, ni nunca lo he sido.

Bibiana. Qué dice?

Julia. Usted no?

Bernardo. Efectivamente, el conde verdadero del Verde Sauco es el dueño de esta cartera.

Julia. Quién?

Bernardo. El que se ha presentado á ustedes diciéndose Bernardo.

Julia. Papá!—Y usted quién...?

Bernardo. Yo soy el único Bernardo...

Julia. Usted?

Bibiana. Usted?—Hombre, qué dices?

Deogracias. Sí, el señor; pero qué, no lo sabias ya? pues no me dijistes, muger, que sabias que Bernardo estaba aqui? yo creí que habias descubierto que el señor era Bernardo, y no el conde, como suponíamos.

Bibiana. Jesus, Jesus! yo sueño.

Bernardo. Señora, es cierto; y en pocas palabras le prometo aclarar el resto de duda que pueda quedarle. Bástele ahora saber que soy Bernardo Pujavante. En este momento me he visto con el conde á quien yo habia citado esta mañana; nos hemos franqueado uno á otro, y todo está corriente. Solo, pues, resta, Julia mia, que usted me perdone este ligero engaño.

Julia. Por qué le ha usado usted conmigo?

Bernardo. Me equivoqué; ahora conozco que no merecia usted esta ficcion; pero vengo á enmendar mi yerro, ofreciendo á usted con mi mano una remuneracion en mis bienes del mal trato de la suerte.

Bibiana. Qué nobleza! y qué vergüenza para mí!

Bernardo. Solo apetezco que su mamá de usted...

Bibiana. Venga usted á mis brazos, noble jóven, aunque no soy digna de ellos; estoy corregida de mi manía.

Julia. Con que ya no tendrá usted desafios, ni trampas, ni...

Bernardo. Jamás, Julia; el amor y la virtud en una honrada medianía nos harán felices, y el trabajo y la economía les indemnizará á ustedes...

Deogracias. No hay necesidad; ven á mis brazos, Bernardo, hijo mio; llegó el caso de descubrir el resto de mi plan: mi ruina es supuesta.

Bibiana. Qué dices?

Julia. Papá!

Bernardo. Supuesta!..

Deogracias. Sí, hijos mios; quise aplicar este último cor-

rectivo á la locura de mi muger, ha surtido efecto; y me doy por contento si conoce á lo que se espone el que trata de salirse de su esfera.

Bibiana. Ah? esposo mio, perdona...

Deogracias. Harto recompensado estoy si puedo cimentar mi futura felicidad en tu escarmiento; desde hoy te volverás á llamar Bibiana, y á pesar de la moda y del buen tono, mandaré yo en mi casa. Casaremos á nuestra hija, y nos honraremos con el trabajo; que si algo hay vergonzoso en la vida, no es el ganar de comer, siendo útil á la sociedad, sino el no hacer gala cada uno de su profesion, cuando es honrosa.

FIN DE LA COMEDIA.

ROBERTO DILLON,

ó

EL CATÓLICO DE IRLANDA.

MELODRAMA DE GRANDE ESPECTÁCULO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

PERSONAS.

ROBERTO DILLON.
ANA DILLON, *su muger.*
PATRICIO DILLON, *su hijo.*
ISABEL DILLON, *su hija.*
EDUARDO, *amante de Isabel y amigo de Dillon.*
DERMOD, *enemigo de Dillon, hombre falso, vengativo, etc.*
MILORD FITZ WILLAMS, *diputado de la corona de Irlanda.*
JORGE, *criado antiguo.*
MARIA, *su hija, criada.*
MAURICIO, *jardinero de Eduardo, prometido de Maria.*
UN MOZO.
UN ASESOR.
UN MINISTRO.
UN OFICIAL.
UN CRIADO.
Jurados, amigos de Dillon, escribanos, alguaciles, guardia, pueblo, etc.

La accion pasa en Dublin, ciudad de Irlanda, á fines del siglo XVI, en el reinado de Isabel de Inglaterra.

Los dos actos primeros en la casa de Roberto Dillon, y el tercero en una sala de las casas consistoriales.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el jardin de la casa de Dillon; un parapeto de unos dos pies de altura cierra el fondo; en medio una verja, del otro lado de la cual se ve la muralla, y diversos caminos que suben hasta ésta haciendo varios sesgos. Al horizonte el campo. En

el interior del jardin, y á la derecha del actor, se ve la entrada de un vestíbulo que conduce á la casa; á la izquierda, enfrente de éste, un bonito pabellon de jardin, á la sombra de algunos árboles: hay varios bancos colocados á trechos.

ESCENA PRIMERA.

JORGE Y MAURICIO. (*Al alzarse el telon Mauricio, con un envoltorio en la punta de un baston, llega por la muralla y se para delante de la verja.*)

Mauricio. (*Forcejeando para abrirla.*) Oiga! Este pestillo no se levanta: no parece sino que la verja está cerrada. Diantre! Ah! toma! ya sé en qué consiste; es que no está abierta. Llamaré... (*Da golpes.*) Señor Jorge, señor Jorge!

Jorge. (*De adentro.*) Aqui está, aqui está! (*Sale del vestíbulo poniéndose el vestido.*) Aguarda un poco, me estoy vistiendo. (*Se abotona muy despacio.*) Quién diantres llamará ahora? Me parece que el señor Dillon no espera á nadie, y... Toma, toma, no es Mauricio?

Mauricio. Sí, soy yo, que estoy aqui.

Jorge. Cómo? Eres tú, muchacho?

Mauricio. En persona, señor Jorge.

Jorge. No es posible!

Mauricio. Sí señor. Abridme que os traigo buenas nuevas!

Jorge. Buenas nuevas? Aguarda, voy por la llave de la verja. (*Entra en la casa y vuelve á salir.*)

Mauricio. Daos prisa; estoy deseando abrazaros, y en particular á Maria.

Jorge. (*Con una gran llave.*) Pobre muchacho! Y Maria, que no le espera... (*Rie.*) Ah, ah, ah, qué contenta se va á poner! Eh, eh, eh!

Mauricio. Buenas tardes! Señor Jorge, dejadme que os abrace.

Jorge. Ven acá, muchacho, ven acá. (*Se abrazan.*)

Mauricio. Eh, eh! Y cómo está mi Maria, vuestra hija, eh, eh, mí novia?

Jorge. Como todas las muchachas cuando estan esperando con ánsia el dia de boda.

Mauricio. Cómo? Pues qué... tiene calentura, ó...?

Jorge. Calentura? qué! Está mas gorda que una mula, y

contenta como unas pascuas! Rie, canta y charla mas que cuatro.

Mauricio. Eh, eh! Pobrecilla! Pues yo... señor Jorge, me sucede todito lo contrario: cuando estoy enamorado, me seco y tengo una cosa... ya se ve... va para tres meses que no he visto á mi Maria... Cuidado que es una buena temporada para estar uno... eh?

Jorge. Ya se ve; pero primero es la obligacion. Dejaste á tu futuro suegro para ir á cuidar á un pariente anciano y enfermo; hiciste una buena accion; pero tu ausencia no te ha hecho perder ni un tantico asi en el corazon de mi hija: ella sabe que eres un buen muchacho, un escelente jardinero; y si no ahi estaba el señorito Eduardo, tu jóven amo, que se hacia lenguas de tí, antes de marcharse á Edimburgo: ya sabes que fue á su casa á pedir á su familia su consentimiento para casarse con nuestra señorita. Mira, Mauricio, ten un poco de paciencia, y cuenta conmigo. Tu boda con Maria se hará al mismo tiempo que la del señor Eduardo con la señorita Isabel.

Mauricio. Enhorabuena: no deseo otra cosa... Qué feliz voy á ser!

Jorge. Ahora bien, y esas buenas nuevas que me traes?

Mauricio. Toma! (*Tristemente.*) Mirad, la primera es que mi tio se ha muerto.

Jorge. Ay! Pobre hombre!

Mauricio. (*Enjugándose las lágrimas.*) Ah! Yo lo creo! Pobre hombre! Gracias á Dios, hace tres dias que tuvimos la desgracia de perderle.

Jorge. Lo que somos!

Mauricio. Eso digo yo... Caramba! Ya se ve, no podia durar mucho desde que habia dado en la flor de tener un ataque de apoplegía todas las semanas.

Jorge. Apoplegía?

Mauricio. Sí: los médicos dieron en sangrarle tanto para que no se muriese, que no pudo vivir mas. Y eso que.. es preciso decir una cosa como otra; ellos llevaban ya la cura en muy buen estado, segun decian, y era una gran cura aquella. Asi es que óigalos usted; ellos mismos lo decian! Sí señor, que á no haberse muerto mi tio de este ataque, hubiera podido ir tirando algun tiempo mas.

Jorge. Mira tú que desgracia! Por un poco ya... y jóven todavia.

Mauricio. Ya se vé! Setenta y siete años no mas, que ha sido una compasion: ya os podeis figurar que no habré tardado en dar la vuelta á la ciudad. Como que me esperaba mi jardin y Maria, y vos mismo... Pero no está ahí lo mejor; hay otra buena nueva que no esperaba yo tan pronto. Llegaba yo por una parte, y estaba llegando el señor Eduardo por otra.

Jorge. Qué dices? Ha llegado el señor Eduardo?

Mauricio. Toma! Si le he dejado á una legua de aqui. Mauricio, me dijo, vete, y en estando allá avisa mi llegada á la familia del señor Roberto Dillon; diles tantas cosas, y que no tardaré mucho mas que tú en estar á los pies de la hermosa Isabel, y que el corazon, y el alma, y... qué sé yo cómo dijo! El alma... pues... en fin, por ese estilo...

Jorge. Sí... Y te estabas sin darme esa buena noticia? Qué alegria para mis amos! Oh! aqui todos queremos á ese señor Eduardo. Vamos, vamos á avisar á todo el mundo. Maria! Maria!

Maria. (*De adentro.*) Voy, allá voy!

Mauricio. (*Conmovido.*) Eh, eh! Es su voz... Cómo me late el corazon! Señor Jorge, llamadla otra vez.

Jorge. Preciso será llamarla. Maria! Maria!

Maria. (*Lo mismo.*) Un momento, padre, un momento; me estoy poniendo el vestido de los dias de fiesta para bailar esta noche. Ya me estoy acabando de vestir.

Mauricio. Eh, eh! decidla que no acabe: me gusta oir su voz.

ESCENA II.

Dichos y MARÍA. (*Maria sale muy despacio acabándose de arreglar el vestido.*)

Maria. Qué sucede, padre, para tanta prisa? Hay fuego?

Jorge. Fuego, eh, fuego! Sí señora, fuego.

Maria. (*Mirando al rededor.*) Dónde? Pues...

Mauricio. (*Escondiéndose detras de Jorge.*) Eh! Qué guapota está!

Jorge. (*Cogiéndola del brazo.*) Vamos, qué miras? Tonta, qué haces? Mira aqui enfrente de tí, levanta la cabeza... alli... (*La coloca enfrente de Mauricio.*)

Maria. (*Palmoteando.*) Ah, ah, ah! Qué veo? (*Riendo.*)

Mauricio. Eh, eh! Estás viendo á tu novio, Maria. (*Maria suelta una carcajada palmoteando de gozo, y Mauricio llora enternecido.*)

Maria. Ah, ah, ah! Qué alegria!

Mauricio. Eh, eh! Qué gozo!

Jorge. Eso es: llorar y reir como dos tontos, mientras que yo voy á alborotar á todo el mundo para anunciar la próxima llegada del señorito Eduardo.

Maria. Llega el señor Eduardo? Corred, padre, corred: mientras que vos los avisais, yo charlaré aqui con Mauricio.

Jorge. No veo de gozo! Ciertamente parece que la Providencia nos envia á nuestro querido señor Eduardo en una ocasion como esta, en que tanta necesidad tiene toda la familia de consuelos... Hablad, hablad, hijos mios. (*Va á quitar la llave de la verja, y entra en la casa.*

ESCENA III.

MAURICIO Y MARÍA.

Mauricio. (*Aparte mientras que Maria acompaña hasta la puerta á su padre.*) ¿Tanta necesidad de consuelos... Maria!

Maria. Qué?

Mauricio. Qué quiere decir eso de consuelos? Ha sucedido alguna desgracia en casa del señor Dillon?

Maria. Ah! Pobre Mauricio! Aqui no hemos tenido mas que desgracias dende que te fuiste. Yo creo que nos han hecho á todos mal de ojo. Yo he dejado á mi padre marcharse solo, porque queria contártelo todo.

Mauricio. Bien hecho, María: dí, y qué ha sucedido?

María. Caramba! Muchas cosas, cosazas! Mira, lo primero y principal, el señor Dillon tiene enemigos en la ciudad.

Mauricio. Toma! Eso ya lo sabia yo, y mi amo tambien. Como el señor Dillon es católico, como dicen, y su familia tambien, y tienen su creencia y su religion, distinta de las demas gentes del pueblo, que somos protestantes... y como aqui desde esta última persecucion no creo que ha quedado mas familia principal católica que esta, creo que por eso la tiene entre ojos el lord diputado.

María. El lord diputado! Ya... Y sabes tú lo que dice á eso el señor Dillon? Dice que en lugar de meterse en la conciencia del prójimo, mas le valia al diputado, ya que es el primer magistrado, administrar la justicia como la reina manda, igual para todo el mundo, sin distinguir de personas, ni si este piensa asi, ó del otro modo.

Mauricio. Y que tiene razon.

María. Ya se ve: mira, Mauricio, tú y yo tampoco somos católicos, y con todo y con eso todos los dias me acuerdo de mis buenos amos en mis oraciones; y si todos los que los calumnian viesen como yo su bondad y su dulzura, y el cariño que tienen á sus hijos, y luego aquella honradez en todas sus cosas, y aquella caridad con los pobres, yo te aseguro que bien pronto tendrian todos á esta familia por un modelo de virtudes, en lugar de mirarla como un objeto de escándalo, que asi dicen por ahí.

Mauricio. Anda, déjalos que digan.

María. Y luego hay mas: mis buenos amos tienen otros motivos de disgusto. Ya conoces al señorito Patricio, el hermano de la señorita Isabel?

Mauricio. Toma! El hijo del señor Roberto Dillon.

María. El mismo: muy buen muchacho.

Mauricio. Y que sabe mas que un doctor.

María. Yo lo creo, es la esperanza de la familia.

Mauricio. Y bien, qué le ha sucedido?

María. No se sabe nada.

Mauricio. Oiga!

María. Ya te acuerdas de que él era siempre un poco triston... melancólico... pero eso no valia nada: con todo y con eso era tan amable con toda la familia! Pues bien, Mauricio, el señorito Patricio está desconocido.

Mauricio. Ba!

María. Lo que oyes. Desde que ha hecho amistad con un tal Dermond, un amigote del lord diputado, muy mal hombre, estoy segura de ello, porque su misma cara lo dice, es otro enteramente: yo, de buena gana creería que lo ha hechizado, Dios me lo perdone.

Mauricio. Hechizado?

María. Vaya!

Mauricio. Bien podia ser! Ya se han visto casos...

María. Figúrate tú que no come, ni bebe...

Mauricio. Ay! De fijo. Qué flaco debe estar!

Maria. En cuanto amanece sale de casa, y cuando vuelve se encierra. Siempre está triste, con una cara... Da miedo. Ya te puedes figurar cómo estará toda la familia; desconsolada. Darian cuanto poseen por averiguar lo que tiene.

Mauricio. Caramba! Si estuviera hechizado...

Maria. Yo, mal haya si no creo que son cosas de ese maldito señor Dermod. Picaron! La prueba es que él siempre anda escondiéndose para ver al señorito, temiendo encontrarle con alguno de la familia; y luego tiene una cara de misterio y de mala intencion!!! (*Dermod baja de la montaña, y viendo la verja abierta entra y se adelanta lentamente con cierta zozobra.*

ESCENA IV.

Dichos y DERMOD. (*Maria prosigue hablando sin ver á Dermod.*)

Mira, como soy me alegraría de que vieses al tal camandulon, con su mirar torvo, con su boca torcida, que parece que siempre se está riendo, con sus cortesías hasta el suelo, y en fin, con su facha de condenado, y de...

Dermod. (*Deteniéndose á algunos pasos de Maria, y saludando en voz baja y con cierta dulzura afectada.*) Buenos dias, hija mia!

Maria. (*Volviéndose.*) Ay!

Dermod. Qué es eso, Maria? Me teneis miedo? Pues creed que la pureza de mis designios...

Maria. Miedo? Sí señor, algo hay de eso.

Mauricio. (*Observándole.*) Maria, es este tu Dermod?

Maria. Sí; mírale bien.

Mauricio. Le he conocido solo con verle.

Dermod. Se puede ver á vuestro señorito?

Maria. Señór, yo no sé. Si quereis entrar en casa...

Dermod. No, yo... yo... prefiero aguardarle aqui. Tened solamente la bondad de decirle que su amigo Dermod se ha prestado á sus deseos.

Maria. Ah, es el señorito el que os busca! Voy á decirle que estais aqui.

Mauricio. (Y es verdad que tiene cara de pícaro.)

Maria (*A Mauricio.*) Ven, Mauricio, ven: no quiero que te quedes solo con ese hombre.

Mauricio. Caramba! No, no, Dios me libre! (*Coge su envoltorio y su baston, y se entra con Maria en la casa.*)

ESCENA V.

DERMOD.

El jóven Dillon me ha enviado á llamar: esto es bueno. Tendrá por fin el valor, ó bien la debilidad de ceder á las lágrimas de Hortensia, á los deseos de su familia, que obra sin saberlo por mis mismas sugestiones, y en fin, á mi ascendiente? Sí: ya hace demasiado tiempo que lucha consigo mismo: llegó el momento de sucumbir: no ha sabido sofocar su amor, y su amor triunfará: Dillon renegará de su religion: estoy demasiado interesado en ello para abandonar en estos momentos la victoria. Se lo he prometido al lord diputado, y he presenciado yo mismo su gozo. Qué triunfo para él si pudiese, gracias á mis esfuerzos, atribuirse á los ojos del gobierno y de todo Dublin la separacion de la religion católica del hijo de la principal familia de la ciudad, de la única rica que ha podido resistir á las persecuciones. Ah! Este seria un golpe mortal para la familia de Dillon, la venganza mas segura y mas cruel que puedo tomar de ella. Inflexible anciano! Cuán lejos estás de sospechar que al cumplir con tu obligacion, al denunciar ante los síndicos á aquel mercader estrangero que mantenia relaciones con el famoso pirata escocés, al hacerle espulsar ignominiosamente de este pueblo, solo recayó sobre mí el efecto de esta medida; que aquel hombre no era sino mi agente secreto, y que por consiguiente me has cortado la fortuna mas rápida! Ah! Tu zelo te costará bien caro. No hay enemigo mas despreciable. Yo te arrebataré á tu mismo hijo, yo consumaré tu desesperacion, y ¡ay de tí! si llego á encontrar una coyuntura, un pretesto para acusarte! Pero alguien se acerca: ah! es el jóven Dillon.

ESCENA VI.

DERMOD Y PATRICIO. (*Patricio se acerca lentamente con ademan triste y meditabundo.*)

Dermod. *(Observándole.)* Qué significa ese aire taciturno y abatido? Si me habré lisonjeado demasiado pronto? *(Alto, cogiendo la mano á Patricio.)* Vaya! Querido amigo, aqui estoy ya; me habeis enviado á llamar. Os habeis decidido ya á ceder?... Llegó el caso de dejaros en los brazos de una familia que os ofrece la muger mas amable y mas hermosa de...?

Patricio. Dermod, os agradezco el interées que tomais por mi suerte; pero ya lo sabeis, la fortuna no es para mí: si alguna vez acaso llego á entrever la menor vislumbre de felicidad, solo se me presenta rodeada de escollos y de precipicios, de obstáculos insuperables. Ah! Qué de esfuerzos he hecho desde los primeros años de mi juventud para lograr algun dia esa dicha que no puedo comprar sino á costa del honor! Conmovido al oir las hazañas de nuestros guerreros, la gloria me deslumbró, y sentí en mi interior el valor de los héroes. Una preocupacion funesta, la diferencia de religion, que nos hace á los católicos de Irlanda viles esclavos de los reformados de Inglaterra, me obstruyó la carrera de las armas. Indignado de tan escandalosa injusticia, volví mis ojos hácia ese arte sublime, tal vez mas poderoso que aquellas, hácia esa elecuencia noble y enérgica que resuena desde el foro en todos los estremos del universo, que truena contra el error, que persigue el vicio, y que combate la mentira á fuerza de luminosas verdades. La misma preocupacion me arrojó con brazo de hierro del santuario de las leyes. Siempre, siempre la misma preocupacion viene á cerrarme todas las puertas. Mi corazon se ha exasperado, y he llegado á aborrecer una existencia, de que no puedo hacer el uso que me dicta mi alvedrío. Los hombres han llegado á serme odiosos, y yo mismo no sé á qué estremo me hubieran podido conducir mi abatimiento y mi desesperacion, cuando el amor vino de repente á llenar mi alma de un fuego nuevo para mí; creí hallarme transportado á otro univer-

so: Hortensia fue el ídolo de mis pensamientos, el principio de mi vida: ah! Conocí no sin estremecerme, que esta pasion terrible iba, en fin á decidir de mi suerte.

Dermod. Ah! Y por esta vez no hallásteis oposicion; Hortensia os adora.

Patricio. Sí; pero tambien se ha levantado entre nosotros esa barrera fatal! Sé perjuro, me dicen, y serás dichoso! Como si pudiese aspirar á la dicha quien no se estima á sí mismo, quien no posee el aprecio de sus semejantes!

Dermod. Querido amigo, llamais perjurio al abrir los ojos á la luz de la verdad, él...?

Patricio. Silencio! Dermod, respetemos mútuamente lo que nuestros padres han respetado. Si uno de nosotros gime en el error, solo Dios puede juzgar nuestra causa.

Dermod. (*Algo cortado.*) Con qué objeto, pues, me habeis llamado?

Patricio. Ya sabeis que la familia de Hortensia me ha prohibido la entrada en su casa.

Dermod. Cómo? Ella os abre los brazos; vos sois el que os negais...

Patricio. Dermod, todavia no desespero! No, el padre de Hortensia no puede desear mi muerte ni la desgracia de su hija: amigo mio, vos, que llevado de la piedad os ofreceis á servirme de intérprete, en nombre de la amistad entregad sin demora esta carta al padre de mi querida. (*Se la da.*) Ahí va mi última esperanza. Si rehusa mis proposiciones, no hay remedio para vuestro amigo.

Dermod. Qué le prometeis para lograr la mano de su hija?

Patricio. Prometo, juro respetar la creencia de mi esposa, y respondo de que mis parientes participarán de mis sentimientos para con ella.

Dermod. Lo exigis, amigo mio? Ah! Cuánto mas fácil seria y mas seguro...

Patricio. Por Dios, Dermod, dispensarme mi flaqueza.

Dermod. (Cederá, cederá; dejemos obrar al amor.) *(Alto.)* Voy á ver á Hortensia y á su padre: dónde nos veremos?

Patricio. En este mismo jardin.

Dermod. *(Sorprendido.)* Aquí!

Patricio. Mi padre espera de un momento á otro á un amigo íntimo de toda la familia. Eduardo acaba de llegar, y yo no puedo separarme de aquí.

Dermod. Basta: antes de una hora estaré de vuelta. (*Se oye ruido.*) Qué es eso?

Patricio Es mi familia : retiraos. Ah ! Si mi padre llegase á saber mi flaqueza... Adios, adios, amigo mio; en vuestras manos éncomiendo mi esperanza y mi vida. (*Dermod sale por la verja y sube á la muralla.*) Evitemos las miradas de mi padre, sobre todo las lágrimas de mi madre. Ocultémosles mis padecimientos. Aqui estan! Dónde me esconderé? Ah! Entraré en este pabellon... No puedo soportar ya ni su ternura ni su enojo. (*Entra en el pabellon, y Dermod desaparece á lo lejos en el instante mismo en que sale la familia de Dillon de la casa.*)

ESCENA VII.

DILLON. ANA. ISABEL. JORGE. MAURICIO Y MARÍA.

Ana. (*A su marido.*) Ya lo ves, esposo mio, nuestro hijo huye de nosotros.

Isabel. Pero madre mia, qué tiene?

Ana. Isabel, tanto tu padre como yo lo ignoramos, absolutamente.

Maria. Señor Dillon, señor Dillon! Mirad allá abajo al señor Dermod, ese malvado que vuelve loco á nuestro señorito!

Dillon. Maria, te prohibo que hables en esos términos de un hombre á quien apenas conocemos, y á quien mi bijo trata como amigo. Por qué has de suponer en él el designio de perturbar la tranquilidad de una familia de que no puede tener queja?

Ana. Verdad es; pero confiesa que esa amistad tan estraña...

Dillon. Me da que pensar, lo confieso: sin embargo, puede ser inocente, y es una injusticia acusar á nadie sin datos... Querida Ana, tratemos de volver á nuestro hijo al seno de unos padres que le adoran por medio de la indulgencia y de la ternura. Pocas reconvenciones sobre todo: es preciso no exasperar un corazon que parece tan próximo á cerrarse á los dulces sintimientos de la naturaleza.

Isabel. No lo creais padre mio, nunca ha dejado mi hermano de quereros.

Jorge. Si el amo quisiera hablar á su hijo, yo iria á mandarle....

Dillon. No, Jorge: nada, nada de ordenes! Creeria compare-

cer delante de un juez. Esperemos que él venga á hablar á su padre: la llegada de Eduardo torna la esperanza á mi corazon afligido: la tierna amistad que le une con mi hijo tendrá tal vez mas imperio sobre él...

Isabel. Si, yo os lo aseguro: ya sabeis que Eduardo me da gusto en todo. Pues bien, yo le diré que es preciso que indague la causa de la tristeza de Patricio, y que le restituya á su familia si quiere verme feliz.

Ana. Isabel! *(A su esposo.)* Roberto, no perdamos las esperanzas.

Isabel. Dices bien; recobremos la alegria para recibir á Eduardo.

Maria. Tiene razon la señorita, todo saldrá bien.

Jorge. Ah! En cuanto á eso de recibir al novio de nuestra señorita, creo que tendremos funcion, algo de baile, y....

Isabel. Sí, madre mia, sí; cuán agradable me seria sorprenderle!

Jorge. Se puede convidar á los amigos de la casa.

Isabel. Sí, para un baile: *(Cortada.)* digo, si mamá lo permite.

Ana. Dispónlo tú, querida Isabel; por hoy te cedo toda mi autoridad.

Isabel. De veras? Pues bien, ya vereis el uso que hago de ella. Maria, Jorge, Mauricio, vamos, pronto, escuchadme todos, voy á daros mis órdenes.

Jorge, Maria y Mauricio. Aqui estamos, señorita, aqui estamos. *(Rodean á Isabel, quien da á cada uno sus instrucciones.)*

Ana. *(A su marido.)* Y tú, no saldrás al encuentro á Eduardo?

Dillon. Ya tengo dadas mis órdenes con esa misma intencion. Efectivamente, Eduardo no es ya un estraño para nosotros; ya es uno de nuestros hijos, y voy á buscarle para traerle á tus brazos.

Jorge. Está entendido, señorita; nada se olvidará. En primer lugar, Maria va á disponer el cuarto del novio. En cuanto á Mauricio, puesto que él dice que le agrada mas, no hay mas que poner una cama, como de costumbre, en ese pequeño pabellon.

Mauricio. Toma! Es la habitacion del jardinero, y puede uno cantar por la madrugada sin miedo de despertar á nadie.

Jorge. En primer lugar, vuelo á convidar á la fiesta á todos

os amigos de la casa, sobre todo á los mas jóvenes, puesto que se trata de bailar. En cuanto á los preparativos de la funcion...

Isabel. De todo lo demas yo me encargo con María y Mauricio.

Un criado. Señor, los caballos estan prontos.

Isabel. Hola! Padre mio, vais á buscar á Eduardo?

Dillon. Sí, querida Isabel. Qué ya estás toda turbada! Vamos, no pierdas tiempo, da tus disposiciones para la funcion. Hasta despues.

Jorge. (*A quien María trae su baston y su sombrero, mientras que un criado trae los suyos á Dillon.*) Vamos, vamos, no hay que perder tiempo.

Isabel. Cómo me palpita el corazon! (*Dillon abraza á su hija, saluda á su muger, y sale con Jorge y el criado. María y Mauricio se llevan á Isabel, que parece estar conmovida; Ana Dillon los deja salir, y vuelve sus miradas hácia el pabellon.*

ESCENA VIII.

ANA, *y poco despues* PATRICIO.

Ana. Preciosa Isabel! Al menos esa es feliz. Ah! Si pudiera decir otro tanto de tu hermano... Está solo en el pabellon. Su padre teme preguntarle, tiene razon, y apruebo su modo de pensar; pero una madre no puede en ningun caso exasperar á un hijo: si yo lo llamase, ahora que todos estan lejos... (*Mira si alguien viene. En el interin sale Patricio del pabellon, y cruza la escena como para entrarse en la casa.*)

Patricio. (*Viendo á su madre, y deteniéndose.*) Dios mio! Mi madre.

Ana. (*Volviéndose.*) Aqui está. (*Patricio parece titubear, y despues hace un movimiento para alejarse.*) Hijo mio! (*Se detiene, y parece no atreverse á llegar.*) Ya no conoce mi hijo á su madre?

Patricio. Ah, madre mia! (*Cae de rodillas, cubriendo de besos sus manos.*) Perdonadme soy culpable, soy muy culpable: sé cuántas penas os causa mi conducta! No merezco vuestro cariño: soy acreedor al enojo de mi padre:

son justas todas vuestras reconvenciones: nunca serán tan grandes como las que me hace mi propio corazon.

Ana. Cruel! Tu padre no está irritado; yo no te dirigiré otras reconvenciones que estas lágrimas que se escapan de mis ojos; pero tú has llenado de amargura el corazon de tus padres: eras su única esperanza, y ya se ha desaparecido.

Patricio. Ah! Tampoco yo tengo ya ninguna. Madre mia, Isabel no es culpable, no ha acibarado como yo vuestra felicidad. Apartad de un desgraciado vuestros ojos afligidos, y depositad en mi hermana sola todo el amor que repartís en el dia entre los dos.

Ana. Es decir que no tiene á tus ojos precio alguno el cariño de una madre?

Patricio. No tiene precio? Madre mia! Habeis conocido mi corazon, y podeis acusarle de tan cruel indiferencia? Soy un monstruo, yo que hago correr vuestras lágrimas, y sin embargo daria mi vida por enjugarlas.

Ana. Será cierto, hijo mio?

Patricio. Si mi padre supiera cuánto le respeto, si supiese cuán encima del vulgo de los hombres le elevan á mis ojos su bondad y su virtud..... Sin embargo, me cree un hijo desnaturalizado, y este corazon lleno de amor no sabe inspirar mas que ódio.

Ana. Dios mio, qué idea tan cruel! Nosotros aborrecerte? Mira á tu madre; contempla estas facciones alteradas por el dolor, estos ojos de tres meses á esta parte siempre llenos de lágrimas. Llega tu corazon al seno que te ha criado, y pregúntate á tí mismo si puedo aborrecerte.

Patricio. Cómo! Mi conducta culpable no ha apurado todavia todo vuestro amor?

Ana. Nunca, nunca: el amor de una madre no conoce término. (*Patricio se inclina sobre la mano de su madre, y la besa con entusiasmo.*) Sí hijo mio, sí; te amamos siempre, te amamos tal vez mas, y padecemos como tú con tus penas. Pero cuánto menos amargas nos parecerian si te determinases á descubrirnos la causa de ellas! Oyeme: ahora estamos solos, nadie puede oirnos, yo guardaré tu secreto, si quieres ocultárselo á tu padre.

Patricio. Santo cielo! Qué exigis de mí?

Ana. Tienes de nosotros alguna queja?

Patricio. Dios mio, tanta bondad me abruma!

Ana. Estás descontento con tu estado presente?

Patricio. Mi estado! Os suplico que no trateis de penetrar en mi corazon! Yo os prometo que dentro de poco el triste espectáculo de mi dolor dejará de apesadumbraros; sí, mi suerte se va á cambiar, y hoy mismo.

Ana. Qué quieres decir? Hoy mismo, qué?...

Patricio. Hoy se acabarán mis penas. (*Ana le mira con inquietud. Patricio oculta el rostro volviéndose.*)

Ana. Se acabarán tus penas! Hijo mio. (*Se arroja en sus brazos, y le estrecha contra su pecho. Sale Isabel.*)

ESCENA IX.

ANA, PATRICIO É ISABEL.

Isabel. (*Alegremente.*) Mamá, mamá! Venid á ver... (*Repara en su hermano y se detiene.*) Ah! Estais con mi hermano. (*Poniéndose entre los dos.*) Parece que estais conmovida, y él tambien! Os ha confesado la causa de su tristeza?

Ana. No, hija mia, ó se cree tu hermano demasiado culpable, ó no conoce el corazon de sus padres.

Isabel. Qué decis? Esas reconvenciones van á aumentar su afliccion. (*A su hermano.*) Sabes que ha llegado Eduardo?

Patricio. Sí, Isabel, y participo en esta ocasion de tu alegría.

Isabel. Estamos disponiendo una funcion: espero que no nos dejarás hoy... Oh! Yo te lo suplico por Eduardo y por mí.

Patricio. Por tí! Sí, Isabel, me quedaré: seré testigo de tu felicidad y de la de mi tierna madre.

Isabel. (*A su madre.*) Lo veis? Cede á una sola palabra que le he dicho. Pero venid, venid, porque aunque me habeis cedido hoy toda vuestra autoridad, aun haceis falta para disponer una porcion de cosas.

Ana. (*A Patricio.*) Hijo mio, nada exijo de tí: pero ten compasion de tu padre, ocúltale tu pena, ó descúbrele la causa francamente. (*Se entra con Isabel en la casa. Se ve á Dermod venir hácia el jardin.*)

ESCENA X.

PATRICIO Y DERMOD.

Patricio. Mi madre tiene razon, ya es tiempo de poner término á mis pesares: pero cómo revelar la causa? Oh! Si el padre de Hortensia consintiese! Entonces se lo confesaria todo á mi padre. Pero si es preciso renegar.. (*Dermod entra.*) Cielos! Entonces ya está decidida mi suerte.

Dermod. (*Lentamente.*) Solo está! Vamos, es preciso triunfar.

Patricio. No me atrevo á preguntarle...

Dermod. Amigo mio, os traigo temblando la respuesta que yo temía.

Patricio. Rehusan mis ofertas?

Dermod. En cuanto llegué, toda la familia se reunió, y el temor y la impaciencia estaban pintados en las miradas que todos me dirigian. Saqué la carta fatal y faltándome el ánimo para hablar la entregué silenciosamente á su padre. Disculpadme si no entro en los pormenores de una escena harto dolorosa, la conmocion que siento todavía os dice lo bastante.

Patricio. Con que ya no hay esperanzas?

Dermod. Ninguna! Hortensia, abandonada al sentimiento, se ha decidido á ocultarse en un retiro, alli perecerán sin duda víctimas del dolor su juventud y su hermosura, y desaparecerán para siempre á los ojos de los hombres.

Patricio. (*En la mayor desesperacion.*) Hortensia, Hortensia!

Dermod. (*Con energia.*) Desdichado! Y habeis de ser vos mismo su verdugo? En la flor de su juventud, adornada de todas las gracias, ardiendo por vos en el mas fino amor, la llevareis á la tumba vos mismo con vuestras propias manos! No, nunca ha podido ella creerlo, su corazon, su mismo amor la impiden acusaros de tanta crueldad! sus miradas me lo decian al separarme de ella, y en fin, yo mismo quiero ver como os atrevereis á llevar á cabo tan horrendo crímen! Dejemos á otros corazones mas insensibles enredarse en vanas discusiones, yo apelo de vos mismo, á vuestra propia conciencia, á la voz de la naturaleza, que resuena ya en vuestra alma. Os manda Dios que

inmoleis sin piedad á la criatura mas perfecta? Manda que bajeis los dos al sepulcro en lo mejor de vuestra vida? Y cuándo? Ah! Amigo mio, no conoceis que ese sentimiento que llena vuestra alma si no os decidís amargará vuestra existencia? Triunfad de vuestro terror, ceded á su imperio. Venid, venid á restituir la felicidad á una familia desesperada, venid á contemplar vos mismo aquella víctima sensible que muere si la abandonais, y á quien una sola palabra vuestra puede salvar todavia de la tumbá que la espera, y muy en breve.... Venid. (*Procura arrastrarle.*)

Patricio. Ah! Qué es lo que me mandais?

Dermod. Que sigais los impulsos de vuestro corazon.

Patricio. Mi corazon! Si me atreviese á seguirlos, ya estaria á los pies de Hortensia; pero abjurar! Dios mio, con qué cara se lo confesaré á mi padre? Cómo arrostrar sus miradas, su indignacion tal vez? Amigo mio, nunca, nunca me atreveré.

Dermod. Nunca os atrevereis? Basta, ya he leido en vuestro corazon... Acabais de dar vos mismo vuestro consentimiento, á la amistad toca ahora concluir lo que empezó el amor.

Patricio. Qué decis?

Dermod. Sí, ya os comprendo, temeis el escándalo, no quereis afligir á vuestro padre, vacilais entre el amor y la naturaleza, enhorabuena, el cielo me inspira un medio para conciliar todos vuestros deberes. Esta noche, con el mayor silencio, con el mas profundo secreto, sin pompa, sin testigos, nos reuniremos en el templo inmediato...

Patricio. Ah!

Dermod. Nadie lo sabrá. Vuestra misma esposa, satisfecha y tranquila, favorecerá nuestro misterio. Ya dichoso, cesareis de afligir á vuestra familia, y renacerá para todos la felicidad. Cómo? Aun vacilais? Temblais?

Patricio. Cruel!

Dermod. Acordaos del dolor de Hortensia, de su amor.... Reflexionad que tal vez espirante...

Patricio. Basta, basta, Dermod; Hortensia triunfó: corred: volad, no me deis tiempo para avergonzarme de mí mismo. (*Cae abrumado sobre un banco del jardin á la izquierda.*

Dermod. Triunfé! (*Alto.*) Vuelo á llevar á vuestra queri-

da la prenda de su felicidad. (Vamos á disponerlo todo para la ceremonia! Mañana todo Dublin sabrá mi victoria!) (*Sale precipitadamente.*)

ESCENA XI.

PATRICIO.

Santo Dios! Qué es lo que he hecho? Al fin he consentido? No, no; no abuseis de mi enagenamiento, Dermod! (*Se levanta y le busca.*) Dermod! Cielos, marchó ya! Corramos... Qué he de decirle? Yo, yo he prometido ser apóstata? Jamas! Padre mio, vos me perdonariais, lo sé, pero vuestro corazon quedaria despedazado. Ah! Y quiero menos á Hortensia? He de sacrificarla? Mi desgracia ha llegado ya al colmo! De cualquier manera he de ser un bárbaro... Yo perjuro? tal vez está ya Dermod en el templo, y mañana... Qué escándalo! Dónde huiré? Dónde me esconderé? La muerte, solo la muerte, (*Reflexionando.*) sí, la muerte; ya hace tiempo que me reclama como su víctima; debo morir! (*Ruido fuera y en la casa.*) Dónde estoy? Qué ruido es este? A mí, á mí me buscan sin duda para abrumarme con sus reconvenciones, para llamarme perjuro! (*Llega hácia la verja para salir.*) Huyamos! Dios mio, mi padre! (*Retrocede hácia la escena, y se detiene espantado; Dillon, Eduardo y algunos criados entran por la verja; Ana, Isabel, Maria y Mauricio vienen de la casa.*)

ESCENA XII.

DILLON, ANA, EDUARDO, PATRICIO, ISABEL, MARIA, MAURICIO, *algunos criados, y despues* JORGE. (*Maria y Mauricio vienen, llegan los primeros y miran por la verja.*)

Jorge. Ahí está, señora, ahí está; él es.

Eduardo. (*Corriendo á Ana, y besándole la mano.*) Señora, permitidme que os dé el dulce nombre de madre.

Ana. (*Cogiendo la mano de Isabel y presentándola á Eduarlo.*) Sí, querido Eduardo. Isabel y sus padres os dan ese derecho.

Eduardo. Adorada Isabel! Con que es cierto?...

Isabel. Eduardo, yo siempre he creido todo lo que dice mi madre. (*Patricio está sumergido en su dolor; Ana lo observa.*)

Mauricio. (*A Maria.*) Qué bien mandada es!

Maria. Toma! Todas las chicas lo son cuando se trata de eso.

Dillon. (*Cogiendo la mano de su hijo.*) Hijo mio... (*Patricio se estremece y trata de serenarse.*) No abrazas á Eduardo, tu amigo, tu hermano dentro de poco?

Patricio. Sí, padre mio. (*Alzando la voz.*) Querido Eduardo!

Eduardo. Caro amigo! (*Se abrazan.*)

Ana. (*A su marido.*) Su corazon es el mismo.

Patricio. (*Con tristeza.*) Vas á enlazarte con mi hermana... Mis padres te quieren... Eduardo, sé para ellos un verdadero hijo! La felicidad de Isabel y de toda mi familia es mi primer deseó. (*Entra Jorge sofocado y sudando.*)

Maria. Ya está aqui mi padre. (*Coge su sombrero y su baston.*)

Jorge. Todas las personas que la señorita me ha enviado á convidar van á ir llegando casi detras de mí para dar la enhorabuena á la novia: dónde se las recibirá?

Isabel. Aqui, mismo; todo lo tengo dispuesto ya para la funcion. (*Patricio se ha alejado á la llegada de Jorge: su misma agitacion le hace vacilar, y se apoya contra un árbol.*)

Ana. (*Que le observa.*) Santo Dios! (*Corre hácia él.*) Hijo mio, qué tienes? (*Todos se acercan y le miran inquietos.*)

Patricio. Madre mia, no os asusteis... No puedo negarlo; padezco demasiado; un fuego estraño me devora y me consume... Permitidme que me aleje... Yo perturbaría la funcion de mi hermana.

Ana. Funcion? Puede haberla para tu madre?

Patricio. A Dios, padre mio! Permitidme que bese vuestras plantas antes de dejaros! (*Se arroja á sus pies.*)

Dillon. (*Levantándole.*) Qué haces? Nunca tus padres te han cerrado su corazon.

Patricio. Me perdonais?

Dillon. Patricio, aqui todos te queremos: tú solo eres el que... (*Ana le hace señal para que no le diga ninguna palabra demasiado áspera.*)

Isabel. (*A Jorge.*) Ya me pesa haber pensado en esta diversion.

Jorge. Pues ya está aqui la gente.

Patricio. A Dios, Isabel! Eduardo, consuela á mis padres! (*Se aleja rápidamente.*)

Ana. Jorge, sigue á mi hijo, observa todas sus acciones, y no te apartes de él.

Jorge. No tengais cuidado, señora; os avisaré si sucediese cualquier cosa. (*Se ve ir llegando la gente para el baile por diversas partes.*)

ESCENA XIII.

ANA, ISABEL, DILLON, EDUARDO, MARIA, MAURICIO, *criados, toda la sociedad, y despues* JORGE.

(*Los criados traen sillas, que colocan á los dos lados, mientras que la gente va entrando y saluda á la familia de Dillon y á Eduardo. Todo el mundo se coloca. Baile &c. En el último término, en el momento en que concluye, se ve á Jorge que vuelve de fuera, y Ana sale á su encuentro.*)

Ana. Y bien, Jorge, qué hace mi hijo?

Jorge. Tranquilizaos, señora; está mucho mejor, y al parecer mas sereno: ha escrito, con bastante agitacion, una carta que debe ser muy corta, segun lo poco que ha tardado en escribirla.

Ana. Una carta? A quién?

Jorge. Lo ignoro, porque se ha empeñado en salir él mismo para entregarla á un mozo. En seguida se ha entrado en su cuarto, como de costumbre, y me ha suplicado que le dejase solo, porque tenia gana de descansar.

Dillon. Estraña conducta! Esa carta debe encerrar algun arcano.

Eduardo. Espero que consigamos aclarar ese misterio. (*Durante este tiempo la sociedad se dispone para retirarse.*)

Dillon. Jorge, saca luces. (*Se quitan los asientos; varios criados sacan hachones de viento; la sociedad se retira despues de los cumplimientos de costumbre, y un lacayo alumbra cada grupo con un hachon; toda la familia de Dillon acompaña hasta fuera de la verja á los concurrentes mas intimos, que salen los últimos, hasta perderse de

vista por entre los árboles. Jorge, Maurieio y Maria salen tambien y hasta la verja, desde donde ven pasar los diversos grupos. Mientras que todos estan á esta distancia sale Patricio furtivamente de la casa en ún desórden moral estraordinario.)

ESCENA XIV.

PATRICIO. (*Solo en el jardin, las demas personas fuera de la verja.*)

Cesó el ruido del baile: todo el mundo se ha marchado; la oscuridad es profunda; vamos, prevengamos la deshonra. Todo lo he previsto; alli... (*Señalando al pabellon.*) Sí, alli será... No tendré testigos... No perturbaré el descanso de mi padre... Mañana... Es preciso... Vamos... Que no me encuentre ya Dermod á su regreso... Gente viene: mi familia! (*Subiendo al pabellon.*) Padre mio! Querida madre! A Dios... Para siempre... A Dios! (*Entra en el pabellon.*)

ESCENA XV.

DILLON. ANA. ISABEL. EDUARDO. JORGE. MARIA Y MAURICIO.

Jorge. Eh! ya se marchó todo el mundo: se va haciendo tarde!

Maria. (*Saliendo del vestibulo.*) Todo está corriente en el cuarto del señor Eduardo.

Dillon. Vamos, hijos mios; entremos en casa: mañana la aurora alumbrará vuestros desposorios, y los vuestros tambien, amigos mios; y ese dia será completamente feliz, tanto para vosotros como para vuestras familias. Jorge, cierra todas las puertas.

Jorge. (*Con importancia.*) Es mi costumbre, señor Dillon; nunca me acuesto sin hacer antes mi visita general de todas las dependencias de la casa. (*Dillon aprieta amistosamente la mano de Eduardo, mientras que su muger abraza á Isabel; Eduardo da la mano á Ana; á Isabel la acompaña su padre y van entrando en la casa.*)

ESCENA XVI.

JORGE. MARIA Y MAURICIO.

Jorge. Ahora bien, es preciso tratar de dar cama á este muchacho.

Mauricio. Oh! Por eso no os apureis, porque yo, si quereis, no me acostaré.

Maria. Pues!

Mauricio. Como soy, Maria; estoy tan contento y tan satisfecho... que estoy seguro de que no voy á dormir: conque asi...

Maria. Cabalito; para que amanezcas mañana con la cara tan larga, y con tantas ojeras!... Pues yo quiero que duermas.

Jorge. Pardiez! Eso pronto está compuesto; no hay sino poner una cama.

Maria. Vos, padre, podeis ir cerrando las puertas, y entretanto yo haré lugar para ponerla en ese pabellon.

Mauricio. Y yo voy contigo.

Maria. No es necesario.

Jorge. Vamos, despáchate... (*Mauricio quiere seguirla; se establece entre los dos una pequeña lucha para impedírselo.*) mientras que yo voy á buscar la llave grande para cerrar la verja. (*Entra en el vestíbulo de la casa, y Maria en el pabellon; Dermod baja de la muralla y se dirige hácia la verja.*)

Mauricio. (*Solo.*) Hola! Quién pasa por allí? No es un hombre? (*Se oyen gritos y ruido en el pabellon.*) Qué voces son estas? San Jorge! Qué será?

Maria. (*Sale del pabellon.*) Ay! Padre mio, padre mio!

Jorge y *Mauricio*. Qué es eso, qué es eso?

Maria. Un hombre... Un hombre asesinado!

Jorge. Un hombre asesinado!

Mauricio. Dios mio!

Maria. (*Señalando con espanto.*) Allí... allí... (*Corre hácia la casa.*) Señor Dillon, socorro, socorro. (*Dermod se apresura á bajar hácia la verja. Jorge y Mauricio entran en el pabellon.*)

ESCENA XVII.

DERMOD. (*Abre de repente la verja, pero no da un solo paso.*)

Un hombre asesinado en la casa de mi enemigo! Observemos. (*Se queda junto á la verja. Jorge y Mauricio salen del pabellon. Casi al mismo tiempo acude corriendo toda la familia, Dillon detras de Maria.*)

ESCENA VXIII.

DILLON. ANA. EDUARDO. ISABEL. JORGE. MAURICIO. MARIA Y DERMOD.

Jorge y Mauricio. (*Sale dando un grito de espanto.*) Ah!

Jorge. Es el señorito!

Dillon. (*Precipitándose en el pabellon.*) Un asesinato! En mi casa!

Jorge. (*Oponiéndose al paso de Ana, que acude con Eduardo.*) Ah! Señora, no os acerqueis, yo os lo suplico... Retiraos!

Ana. Yo no? Por qué?

Isabel. (*Llegando la última.*) Madre mia, madre mia, mi hermano no está en su cuarto.

Ana. (*A quien todos tratan de contener.*) Mi hijo! Ah! Dejadme, dejadme! (*Corre hácia el pabellon; pero al llegar sale Dillon en un desorden espantoso. Al verle se detiene, y da un grito de horror adivinando su desgracia en los ojos de su esposo.*) Ah! Mi hijo ya no existe! (*Cae desmayada en los brazos de Jorge; Eduardo la sostiene.*)

Isabel. (*Queriendo entrar.*) Hermano mio! (*Corre hácia el pabellon; Dillon la contiene cogiéndola un brazo. Consternacion general. Dermod da algunos pasos, lo observa todo, y cae el telon al completarse este cuadro final.*)

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un vestíbulo que da sobre un jardin, en el cual se ve el pabellon donde ha perecido el joven Dillon. Se conoce que esta decoracion es correlativa á la primera, y que la puerta del fondo del vestíbulo es la misma cuya fachada esterior se ha visto en el primer acto. A derecha é izquierda, en los segundos y terceros bastidores, puertas de distintas habitaciones. Una lámpara de varios mecheros, colgada de la bóveda, alumbra todo el interior del vestíbulo; el esterior está sumergido en la oscuridad, ó solo iluminado por una luz azulada, efecto de la luna. Un sillon, un velador y una mesa.

ESCENA PRIMERA.

DILLON. SU MUGER. ISABEL Y MARIA. *(Al levantarse el telon ya estan todos en escena. Dillon en pie delante de una de las puertas laterales, y mirando con inquietud hácia el fondo, parece estar allí para impedir que entre nadie en el gabinete. Al otro lado Ana está tendida sobre un sillon, Isabel á sus pies, y Maria le da á oler varios espíritus que hay sobre el velador inmediato.)*

Dillon. Me estremece el mas leve ruido que interrumpe el silencio aumentando el horror de esta funesta noche. Si alguien desde la muralla ó desde las casas vecinas nos hubiese visto transportar aqui el cuerpo de nuestro desgraciado hijo, ¡ah! éramos perdidos! *(Ana hace un movimiento de espanto.)* Silencio! *(Llegándose á ella.)* Querida esposa, y tú, hija mia, en nombre del cielo sofocad vuestros sollozos, ahogad los gritos de vuestro dolor; temblemos si inspiramos la menor sospecha. Ah! Ignorais que una ley severa condena á ser espuesto en un cadalso el cuerpo del infeliz que se ha suicidado?

Ana. (*Levantándose.*) Es posible?

Isabel. Padre mio!

Dillon. Su cadáver sangriento es entregado al verdugo, ultrajado por un populacho bárbaro y furioso, arrastrado

ignominiosamente y arrojado lejos de la ciudad, privado ademas de la sepultura.

Ana. Hijo mio!

Dillon. Salvemos á lo menos, salvemos de esos horrores los restos de nuestro hijo; ocultemos su muerte, y esforcémonos, por un esceso de amor, á triunfar de la naturaleza.

Ana. Sí, sí, esposo mio: silencio! No lloremos mas. (*Procura contener las lágrimas.*)

Maria. Pobre madre! Qué desgracia, Dios mio, qué desgracia! (*Jorge entra por el fondo con una linterna en la mano, da algunos pasos, se detiene, escucha, y parece lleno de temor.*)

Isabel. Aqui está Jorge.

ESCENA II.

DICHOS Y JORGE.

Dillon. Y bien, Jorge?

Jorge. Ya son las dos; no metais ruido; en medio del silencio de la noche, el menor movimiento podria despertar á los vecinos. (*Deja su linterna en el suelo.*)

Dillon. Pudo salir Eduardo sin ser visto?

Jorge. Sí señor. Lo primero que hice fue entreabrir con mucho tiento la puerta de la calle, y tapando mi linterna, asegurarme de que no pasaba un alma al mismo tiempo. Entonces el señor Eduardo y Mauricio se fueron escurriendo á lo largo de la tapia; nadie puede haberlos visto. (*Ana é Isabel le miran con asombro.*)

Maria. (*A su padre.*) A qué ha salido Mauricio?

Jorge. (*Enfadado.*) A qué? A acompañar á su amo... de noche!

Isabel. Eduardo nos ha dejado, padre mio!

Ana. Y en unos momentos tan terribles!

Dillon. Ah! No le culpeis; es un modelo de amistad: le he suplicado que fuese á verse con algun sacerdote de nuestro culto, y que acordase con él sigilosamente los medios de poder dar sepultura en secreto á nuestro hijo.

Jorge. Y para que el señor Eduardo y Mauricio puedan entrar sin tener que llamar, lo cual seria peligroso, he dado á cada uno una llave, y al volverme he apagado las

luces y cerrado las ventanas de todas las piezas que dan á la calle; hasta ahora todo está tranquilo en el barrio. (*Aparte á Dillon.*) Querido amo, mientras que vuelve el señor Eduardo, os suplico que os alejeis de este sitio; la vista de ese gabinete es demasiado penosa para vos y para la señora.

Dillon. Para ella, sí, Jorge; pero en cuanto á mí, yo debo...

Jorge. Nosotros nos quedaremos aqui; Maria y yo cumpliremos con tan triste deber! Obligad á las señoras á que hagan por descansar!

Dillon. (*A su muger.*) Ana, Jorge me dice que sería mas prudente retirarnos á nuestra habitacion.

Ana. Por Dios! Yo te lo suplico... déjame al lado de mi hijo! Demasiado pronto... (*Se dirige hácia el gabinete.*)

Dillon. (*Deteniéndola.*) No, querida esposa; ese espectáculo es demasiado doloroso! (*Hace señas á los demas para que le ayuden.*) Isabel...

Isabel. (*Cogiendo la mano de su madre.*) Os lo suplicamos, madre mia; venid, venid á vuestro aposento. (*Dillon é Isabel se llevan, no sin trabajo, á Ana; Jorge se une á ellos para obligarla á retirarse.*)

ESCENA III.

JORGE. MARIA, *y poco despues* MAURICIO. (*Luego que Ana, su marido y su hija se han enlazado, Jorge corre hácia el jardin, como si se le hubiera olvidado alguna cosa.*)

Maria. (*Corriendo detras de él.*) Padre, padre! Ah! No, no os vais á estas horas; no me dejeis sola.

Jorge. Y por qué no? Es preciso ir á observar lo que pasa por fuera.

Maria. Ay! no, no, padre mio, quedaos aqui, ó me voy yo con vos; tengo tanto miedo...!

Jorge. Vamos, niña, es cosa de que... (*Alto.*) Chito! (*Mauricio aparece en el fondo.*)

Maria. Dios mio! Qué es aquello?

Mauricio. (*En el fondo.*) Chis!

Jorge. Eh?

Maria. Llaman!

Mauricio. (*A media voz.*) Señor Jorge, estais por ahí?

Maria. Ah! Es Mauricio!

Jorge. Mauricio!

Maria. Ven, ven... Aqui estamos.

Jorge. Y bien, Mauricio, qué hace tu amo? Qué noticias nos traes?

Mauricio. Nada bueno, señor Jorge. Si supierais!...

Los dos. Qué?

Mauricio. Pobre señor Dillon! Solo un milagro de la Providencia le puede salvar!

Maria. Qué dices?

Jorge. Qué? Se sabe ya por la ciudad?...

Mauricio. Si se sabe, eh? Canario! Todito... Qué digo? De otra cosa se trata, pardiez!

Los dos. De qué?

Maria. No corre mas que una voz por todo Dublin! Dicen que el muchacho ha sido asesinado!

Los dos. Asesinado!

Mauricio. Asesinado...

Jorge. Pues qué, no hay mas que... Y por quién?

Maria. Sí, por quién?

Mauricio. Por quién, eh? Mientras tanto, ya conoceis que un asesinato cometido en una casa cerrada, de noche... Señor Jorge, somos perdidos, somos perdidos! (*Se oye un rumor confuso y lejano.*)

Maria. Ay Dios mio!

Jorge. Parece que se oyen voces alrededor de casa. (*Maria corre á escuchar al fondo.*)

Mauricio. Llamemos al señor Dillon!

Jorge. Aguarda... A qué alarmar todavia á todo el mundo?

Maria. (*Desde el fondo.*) Oigo gente correr por la calle. Ah! Alguien entra!

Jorge y *Mauricio*. Entran!

Maria. Tranquilizaos... Es el señor Eduardo!

Jorge. Ahora sabremos... (*Eduardo entra precipitadamente.*)

ESCENA IV.

DICHOS Y EDUARDO.

Eduardo. (*Con la mayor turbacion.*) Jorge! Maria! Dónde está el señor Dillon?

Maria. Señor Eduardo, qué cara tan asustada traeis!

Eduardo. Os pregunto dónde está vuestro amo.

Maria. En el cuarto de la señora con la señorita.

Eduardo. No sabe todavia?... No, ya lo veo. Santo Dios! Cómo le diré?...

Jorge. Cómo, señor Eduardo, será cierto lo que acaba de decirnos Mauricio? Se cree que el señorito ha sido muerto violentamente?

Eduardo. Sí, amigos. Dichosos nosotros si no pasan las conjeturas que se forman de tan horrible suposicion! Pero acusar...

Todos. A quién?

Eduardo. Amigos mios, vosotros teneis cariño á vuestro amo; si se viese en peligro de perder la vida, hariais todo lo posible por salvarle?

Maria. Sí señor, sí; todo lo arrostraríamos.

Jorge. Mi amo en peligro!

Eduardo. Pues bien; Jorge, Maria, es preciso ayudarme por todos los medios posibles.

Jorge. Pero á qué?

Eduardo. No hay que perder tiempo! Tú, Maria, entra y procura con cautela sacar aquí á Isabel; es preciso que yo la hable.

Maria. Sí señor.

Eduardo. Vos, Jorge, colocaos en la puerta de la calle: mucho me temo que haya un motin. Si el tropel se aumentase avisadme.

Jorge. Entiendo.

Eduardo. Tú, Mauricio, sal de casa, corre á las casas consistoriales, observa cuanto suceda, y vuelve á avisarme.

Mauricio. Allá voy.

Eduardo. Andad, amigos, andad; quiera el cielo proteger mis designios! (*Los tres salen, Jorge y Mauricio por el fondo, y Maria por un lado.*)

ESCENA V.

EDUARDO.

Acusar á un padre de la muerte de su hijo! Cruel prevencion. . funesta y bárbara ignorancia, estos son tus efectos. Por tí los hombres, los hermanos, los hijos de un

mismo Dios arden en el deseo de derramar su sangre! Y hombres perversos, mónstruos execrables provocan estos ódios insensatos! Y combatiendo con estas armas sacrílegas, encuentran cómplices que ensalcen sus delitos! Desgraciado Dillon! Sesenta años de virtudes y una vida entera irreprensible no bastan á salvarte... Eres católico, y una sola palabra te ha proscrito! *(Maria trae consigo á Isabel.)*

ESCENA VI.

EDUARDO. MARIA. ISABEL.

Maria. Sí señora, él es: el señor Eduardo es quien quiere hablaros.

Isabel. Eduardo!

Eduardo. Ah, querida Isabel!

Isabel. Amigo mio, ¿por qué no entrais á ver á mi madre? os aguarda con tanta impaciencia! Ah! Venid... vos sois el único que podeis reanimar á mis padres, é inspirarles algun valor.

Eduardo. Algun valor! Ah! Isabel, cuánto necesitan! Estais muy lejos de figuraros la enormidad del peligro que amenaza á vuestro padre.

Isabel. A mi padre?

Eduardo. Si los gritos de un populacho furioso no fuesen á instruiros dentro de poco de tan horrible verdad, os seria imposible creerme: yo mismo dudo aun si mis sentidos me han engañado. Ah! Isabel, el ódio es, el rencor sin duda quien busca, quien reclama una víctima, porque no está en la naturaleza el acusar á un padre del asesinato de su hijo.

Isabel. Cielos! Qué decís?

Maria. El señor Dillon?...

Eduardo. Isabel! La ternura de vuestra alma, la inocencia de vuestro corazon, vuestra juventud, y sobre todo la prudencia de vuestros padres, ha corrido hasta este dia un velo entre vos y las preocupaciones crueles de los hombres! Nunca habeis sabido hasta qué estremo puede llevar la prevencion y la injusticia una imaginacion estraviada y privada de la luz de la verdadera religion? Nunca os habeis figurado siquiera á qué injusticias puede arrastrar el error? Os estremeceis! Sí, Isabel; se dice que

vuestro hermano iba á mudar de religion, y acusan á vuestro padre de haberle inmolado.

Isabel. Santo Dios!

Eduardo. Sí, Dios... solo á Dios se puede invocar contra tan horrible suposicion.

Isabel. Un padre inmolar á su hijo! Eduardo, es posible semejante crímen?

Eduardo. No, Isabel.

Isabel. Pues bien, mi padre se justificará.

Eduardo. Es perdido si no conseguimos librarle de sus acusadores, de sus jueces, del populacho de esta ciudad. Yo he contado con vuestro cariño, con vuestro valor, con el imperio que os da el amor de vuestros padres, para salvarlos de la última desdicha.

Isabel. Sí, Eduardo; hablad: qué hay que hacer?

Eduardo. Es preciso convencer á vuestro padre para que abandone su casa, que huya, que salga de Dublin,

Isabel. Durante la noche?

Eduardo. Al momento; pero al mismo tiempo que unamos nuestros esfuerzos para llevarle lejos de aqui, respetemos el corazon de un padre; que no sepa nunca que se le acusa de un parricidio; no tendria valor para resistir á tan horrible acusacion.

Isabel. Oh! No, no, que lo ignore... mi madre sobre todo! Eduardo, cuánto me conmueve vuestro amor á mi familia!

Eduardo. Vamos, Isabel, no perdamos un instante.

Isabel. Venid. (*Van á entrarse en las habitaciones, pero de repente se oye una confusa vocería, y se detienen espantados.*)

Eduardo é Isabel. Santo cielo! (*Jorge llega corriendo con el mayor espanto.*)

ESCENA VII.

Dichos y JORGE.

Jorge. Ah! Señor Eduardo, somos perdidos.

Eduardo. Qué hay?

Jorge. La calle se llena de gente que se agolpa á nuestra puerta; todos hablan y se agitan. *Allí es... sí... no... si señor... en casa del señor Dillon...* repiten mil voces con-

fusas. En fin, todo anuncia una catástrofe, y no estrañaré que dentro de poco nos obliguen á abrir las puertas.

Isabel. Qué seria entonces de nosotros?

Eduardo. No, no se atreverán antes de la venida de los magistrados; podemos aprovecharnos de ese mismo desórden; pero es preciso darnos prisa. (*Se oyen de repente grandes voces, y el ruido de varios vidrios rotos como á pedradas. Todos dan un grito de espanto.*)

Eduardo. Isabel, por Dios, conservad vuestro valor. Yo corro á... (*Se oye ruido tambien en las habitaciones.*)

Isabel. (*Deteniendo á Eduardo.*) Deteneos. (*Dillon y su muger entran precipitadamente.*)

ESCENA VIII.

Dichos, DILLON Y ANA.

Dillon. Santo Dios! Qué tumulto es ese?

Ana. (*Corriendo hácia Isabel.*) Hija mia!

Eduardo. (*Precipitándose hácia Dillon, que al parecer quiere salir.*) Deteneos; que no os vean.

Dillon y *su muger.* Eduardo!

Eduardo é *Isabel.* Silencio!

Jorge. Querido amo! Somos perdidos.

Ana. (*A su esposo.*) Roberto, no entregues á nuestro hijo.

Dillon. Entregar á mi hijo, nunca! (*Se oyen golpes fuertes afuera.*)

Maria. (*Entrando.*) Señor, señor, quieren echar las puertas abajo, quieren romper las ventanas. (*Se oyen gritos del populacho. El espanto de la familia de Dillon llega á su colmo; cada cual parece buscar un medio de salvarse. De repente suena un estrépito espantoso de ventanas forzadas y vidrieras hechas pedazos. Todos dan un grito de horror. Ana se arroja en los brazos de su esposo; Isabel se ampara de Eduardo; Maria cae sobre una silla; Jorge permanece en el fondo. Momentos de silencio. Todos escuchan con la mayor zozobra: el ruido va disminuyendo.*)

Jorge. Parece que se alejan. (*Se oye el ruido de las armas de los soldados, que se suponen llegar hasta la puerta y dispersar la multitud. Maria se levanta y se acerca á su padre.*)

María. (*Escuchando.*) Sí, sí; tranquilizaos, señor: oigo pisadas que parecen de soldados.

Todos. Soldados!

María. Sí... Y una voz ha gritado, *retiraos*... (*Escucha.*) Sí... *retiraos* dicen.

Dillon. Ya no hay remedio; es pública nuestra desgracia. Eduardo, habeis visto á aquel sugeto? Nos puede quedar alguna esperanza?

Eduardo. No, amigo mio; ninguna: vuestra desgracia ha llegado al colmo, y sobrepuja todo lo que la imaginacion mas exaltada puede llegar á temer. No sé qué voz, qué espíritu infernal empeñado en vuestra perdicion ha revelado la muerte de vuestro hijo. El ódio, la ignorancia, el fanatismo, el furor la han pintado al momento con el mas negro colorido; se han supuesto las circunstancias mas atroces. Los magistrados estan instruidos, y reunidos ya en las casas consistoriales se disponen á daros el golpe mas sensible.

Dillon. Los magistrados lo saben? Basta, Eduardo, basta; cierta es nuestra perdicion. Sí, todo el oprobio que puede humillar á los hombres va á recaer sobre un anciano, sobre una madre, sobre una hija inocente. Crueles! Pondrán en un cadalso el cuerpo de mi hijo, y harán apurar las heces de la ignominia á una familia espirante! Será preciso abandonarlo todo, amigos, parientes, patria... Será forzoso huir, é ir á esconder á un desierto nuestra vergüenza, nuestra miseria y nuestro dolor.

Eduardo. Ah! Ni aun podeis sospechar...

Isabel. Eduardo!..

Eduardo. Sí, amigos mios, es preciso huir; no os queda otro recurso. Huid; mi familia os ofrece un asilo en Edimburgo; yo mismo os conduciré á sus brazos, y nunca os abandonaré. Soy vuestro hijo, soy el esposo de Isabel; nuestra suerte será una misma. Venid, amigo, venid... Padre mio, favorecido por las tinieblas, aun podreis escaparos por entre la muchedumbre, ó bien por la muralla. Sí; hasta ahora no se puede haber dado ninguna órden. Venid, probaremos este último arbitrio.

Isabel. Sí, querido padre, venid.

Dillon. Qué haceis, hijos mios? Y mi esposa?

Eduardo. No os abandonará.

Ana. Y por qué hemos de salir de esta casa? Quién cuida-

rá del cuerpo de mi hijo? Quién implorará la piedad de los magistrados?

Jorge y *Mauricio*. Nosotros, señora, nosotros.

Eduardo. Acordaos de que pueden privaros de la libertad, y separaros para siempre de vuestro esposo.

Ana. De mi esposo!

Dillon. Pero, Eduardo...

Eduardo. En nombre de lo que mas ameis, ceded mis ruegos.

Isabel. Padre mio, si me amais, si teneis compasion de mi suerte, dejaos llevar por Eduardo.

Dillon. Quereis...

Isabel, *Eduardo*, *Jorge* y *Maria*. (*Con el mayor fervor.*) Os lo suplicamos.

Ana. (*Sorprendida.*) Cómo? Todos...

Dillon. Qué misterio!

Eduardo. Un solo instante puede completar vuestra ruina.

Ana. Su ruina! (*A Isabel.*) Pero qué, corre tu padre algun otro riesgo?

Isabel. Sí, madre mia, sí... Va en ello su vida.

Ana. Su vida! Marchemos, marchemos. (*Se oyen pasos precipitados.*)

Eduardo. Silencio!...

Mauricio. (*Dentro.*) Señor Dillon! Señor Dillon!

Maria. Este es Mauricio.

ESCENA IX.

Dichos y MAURICIO.

Mauricio. Señor Dillon! Ah! Estais aqui... Gracias á Dios! No puedo mas... he...

Eduardo. Y bien, qué?

Mauricio. Señor Dillon, vienen á prenderos.

Todos. A prenderle!

Dillon. A mí?

Mauricio. Toda la justicia viene detras de mí. Oh! y hay justicia en Dublin, hay justicia... Eso estremece. (*Consternacion general.*)

Eduardo. Tan pronto!

Mauricio. Y el mismo señor diputado de la corona en persona: estaba en el consejo deliberando asunto de la ma-

yor importancia, y el ruido del motin le hace tomar cartas en el juego.

Isabel. Dios mio!

Mauricio. Con que asi, ya podeis cerrar y atrancar bien las puertas.

Eduardo. Querido amigo, es preciso tratar de salir de aqui á toda costa.

Isabel. Sí!

Mauricio. Salir? Qué! Por dónde? Toda la casa está rodeada de soldados... Ahora mismo acaban de dar órden de no dejar salir á nadie.

Eduardo. Ya es tarde!

Isabel. Qué va á ser de él!

Jorge. Pobre señor!

Ana. Qué hacemos?

Dillon. (*Con serenidad.*) Resignémonos á la voluntad del Señor, y roguémosle que se digne ablandar en favor de mi hijo el corazon de los magistrados. (*Se oyen varios golpes.*)

Una voz. (*Dentro.*) En nombre del diputado de la corona, abrid. (*Movimiento general de espanto.*)

Dillon. Jorge, ves á abrir la verja del jardin. (*Jorge vacila y mira á Eduardo, que le dice que no con la cabeza, Isabel está sumergida en la mayor desesperacion. Ana parece tratar de adivinar por quién debe temblar.*)

Dillon. (*Despues de un momento de silencio.*) Andad, Jorge, andad; es forzoso obedecer.

Jorge. (*Mirando á Eduardo.*) Es forzoso... Querido amo.... voy. (*Sale consternado.*)

ESCENA X.

Dichos, menos JORGE.

Isabel. (*A Eduardo en voz baja.*) Eduardo, será preciso instruir á mi padre?

Eduardo. (*A Isabel en voz baja.*) Ah! Tal vez no se atreverán á acusarle... Esperemos.

Isabel. Esperemos.

Dillon. Ana, valor! Nuestro hijo fue culpable al disponer de una vida que el cielo le habia dado; pero nosotros somos inocentes. Por grande que sea la prevencion que puede existir contra nosotros, no hay corazon tan empeder-

nido que pueda resistir al espectáculo que va á presentarse á los ojos de los jueces. (*Abre el gabinete.*) Allí, el cuerpo frio de un jóven, la esperanza y el objeto del amor de su familia... A sus pies, una madre, una hermana suplicándoles que respeten estos restos preciosos, y que no marquen en oprobio los últimos años de un anciano! Si permaneciesen insensibles, el mismo Dios se ofenderia de su dureza.

Isabel. (*Horrorizada.*) Ya estan aquí! Madre mia! (*Se acerca á ella.*)

Ana. Mis fuerzas y mi valor me van á abandonar.

ESCENA XI.

DILLON, ANA, EDUARDO, DERMOD, ISABEL, LORD DIPUTADO, JORGE, MARIA, ALGUACILES, MAURICIO, *dos* CIRUJANOS, ESCRIBANOS &c. *y guardias.* (*Jorge entra el primero, enseñándoles el camino. Síguenle dos hombres con hachones encendidos y los soldados, que se colocan en el fondo. En seguida los alguaciles, el escribano, dos jueces y dos cirujanos. Dermod se ha entrado confundido entre todos, y está en observacion entre algunos grupos. El lord diputado aparece el último, entra con viveza, y se detiene en medio del vestíbulo. Ana y su hija se arrojan á sus pies; Jorge, Mauricio y Maria se inclinan respetuosamente. Dillon, inmediato al gabinete, señala la puerta abierta. Dermod, en el fondo, imitando el ademan de Dillon, señala tambien el gabinete á los jueces. El lord diputado dirige á todo el mundo una mirada severa. Eduardo se mantiene al lado de Ana y su hija, dispuesto á levantarlas.*)

Dillon. Señor, no tratamos de disfrazar la verdad: mi hijo no existe; bien hubiera querido ocultar su crímen; la naturaleza, mi ternura paternal lo exigian asi de mí. No creo que haya en el mundo un solo padre que me condene... Mirad á vuestras plantas á una familia sumida en la desesperacion, cuyo honor, cuya suerte futura va á depender de vuestra humanidad.

Lord. (*A las señoras.*) Alzad, señoras. (*Eduardo las ayuda á levantarse.*) (*A Dillon.*) De un magistrado no debeis esperar sino justicia, ni otra cosa de las leyes que el castigo del crímen.

Dillon. Del crímen! Ah! Señor, no está bastante espiado?

Lord. Es preciso que á la sociedad se la dé una satisfaccion. (*A los cirujanos*.) Señores, entrad en esa habitacion.... (*Señala el gabinete*.) Registrad el cuerpo del desgraciado que ha dejado de existir, y dad vuestro informe arreglado á la verdad. (*Ana hace un movimiento como para dirigirse al gabinete*.) Señora, quedaos aqui. (*Los cirujanos, precedidos de algunos soldados, entran en el gabinete: en seguida un juez se adelanta como para recibir instrucciones del lord diputado; este le hace señal de que aguarde y se vuelve hácia Dillon*.) Entregad al señor todas las llaves de vuestra casa, y las de los muebles donde tengais vuestros papeles.

Dillon. A qué fin, señor? Ninguna relacion tiene esa órden con el suceso que os trae á mi casa.

Lord. Obedeced.

Dillon. Jorge, mi antiguo criado, os entregará las llaves; hace veinte años que es el único depositario de ellas.

Lord. (*Al juez*.) Ya teneis mis instrucciones; acompañad á ese hombre. (*A Jorge*.) Vos guiad al señor, y ejecutad sin réplica cuanto os prescriba.

Jorge. Perdon, señor diputado; pero en casa de mi amo no puedo recibir órdenes sino de mi amo; si el señor me lo manda, entonces...

Dillon. Sí, amigo mio; obedeced á los magistrados.

Jorge. Basta... *(Al juez.)* Espero vuestras órdenes. (*En consecuencia de la órden del lord diputado, el juez, dos soldados y Jorge delante, salen por la puerta que da á las habitaciones. Durante esta salida, que ha causado un movimiento general, se coloca una mesa, á que se sienta un escribano, y un juez se queda á su lado en pie, como para dictarle. Eduardo hace sentar á Ana en un sillon. Isabel, Maria, Mauricio y él se quedan á su alrededor: Dillon está al otro lado. Los dos criados que traian hachones los han apagado; dos soldados quedan á la puerta del gabinete. Dermod se va aproximando poco á poco al lord diputado.*)

ESCENA XII.

Dichos, menos JORGE, *los* CIRUJANOS, *el* JUEZ *y los soldados.* (*Otro juez ó asesor entrega al diputado un papel desdoblado; este le recorre, dando algunos pasos hácia adelante*)

Dillon. Cuáles son, señor, vuestras intenciones acerca de mí y de mi familia? No parece sino que hemos cometido alguna accion culpable.

Lord. Eso, vos lo sabreis. (*Eduardo é Isabel le arrojan una mirada llena de horror.*) Tened la bondad (*Despues de registrar el papel que tiene en la mano.*) de responder á las preguntas que voy á haceros. No es cierto que solia vuestro hijo pasar fuera de casa la mayor parte del dia?

Dillon. Sí señor.

Lord. Y salió ayer?

Dillon. No señor; no se separó de nosotros en todo el dia. (*El lord hace seña al juez que está cerca de la mesa, y este al escribano para que escriba: á cada respuesta de importancia se repite el mismo juego escénico.*)

Lord. Recibisteis gentes por la noche? A qué hora se retiró la concurrencia?

Dillon. A las nueve.

Lord. Y á qué hora murió vuestro hijo?

Dillon. Mi hijo! Ah! Creo que fue hácia la misma hora.

Lord. Estábais entonces con vuestra sociedad?

Dillon. Sí señor; toda la familia se levantó para despedir á las gentes.

Ana. Querido, te equivocas ... Nuestro hijo no estaba entonces con nosotros.

Dillon. Cierto, perdonad... Estoy tan turbado!...

Lord. (*Al juez.*) Notad que se contradicen.

Eduardo. Cómo? Milord... un padre abrumado por el dolor, puede tener presentes hasta las mas mínimas circunstancias del horroroso acontecimiento que le ha privado de su hijo? Habeis notado acaso que trate de engañaros? Qué consecuencia podeis deducir de tan ligera equivocacion?

Lord. Olvidais, caballero, que yo soy aqui el único que tengo derecho para hacer preguntas? (*A Dillon.*) En dónde decis que ha perecido vuestro hijo?

Dillon. (*Señalando.*) Alli, en aquel pabellon.

Lord. Y dónde dábais vuestra funcion?

Dillon. En el jardin.

Lord. (*Devolviendo al juez el papel.*) Cómo? En el sitio mismo de vuestra reunion, en el mismo instante en que vuestra tertulia se recoje, y al mismo tiempo que vos estábais delante de ese pabellon... en fin, espira vuestro hijo casi á vuestra vista? Y quereis suponer que lo ignorábais. (*Dermod se acerca y habla al oido al lord diputado.*)

Dillon. Nada hay mas cierto, señor.

Ana. Los gritos de nuestros criados fueron los que nos anunciaron tan horroroso acontecimiento.

Maria. (*Acercándose un poco.*) Es la verdad, señor... (*Ve á Dermod que habla al lord.*) Ah! (*Anda como espantada.*)

Eduardo. (*A Maria*) Qué tienes? (*Ana, Isabel y Eduardo miran á Maria con asombro. El diputado no ha reparado en ella, ocupado como está en escuchar á Dermod y ver el proceso verbal de las respuestas de Dillon, que le enseña el juez.*)

Maria. (*A Ana.*) Señora, qué hombre he visto alli!

Ana é Isabel. A quién?

Maria. El señor Dermod! Está hablando con el lord diputado!

Ana. Dermod! Qué vendrá á hacer aqui?... Maria, mira si puedes avisárselo á mi esposo!

Maria. Dejadme á mí. (*Se hace un poco atrás, procurando no ser vista; pero Dermod la sorprende, y se lo hace reparar al lord diputado.*)

Lord. (*A Maria.*) Quién sois vos?

Maria. (*Temblando.*) Yo! Yo, señor... yo me llamo Maria; soy la hija de Jorge, y la novia de Mauricio... y... y la criada de la casa.

Lord. Y á dónde íbais?

Maria. Señor.. iba... (*Ana, Isabel y Eduardo procuran hacerla señas para que calle.*)

Lord. (*Reparándolo.*) Dejadla hablar, señora: Maria, respondedme, y decidme la verdad.

Maria. Pardiez! Iba á decir á mi amo que se anduviese con cuidado.

Lord. Con cuidado! Por qué?

Maria. Porque... porque está ahí el señor Dermod.

Lord. Está bien! (*Maria vuelve atrás.*)

Dermod. Ya lo ois, milord. (*Todos estan asombrados, es-*

cepto Isabel y Eduardo, cuyo horror se aumenta. Los cirujanos salen del gabinete, y se fija sobre ellos la atencion general.

ESCENA XIII.

Dichos, los CIRUJANOS, *y poco despues* JORGE, *el* JUEZ *y los soldados que salieron anteriormente.)*

(El juez entrega el reconocimiento firmado por los cirujanos al lord diputado, quien le lee por lo bjao. Suspension general.)

Lord. (*A los cirujanos.*) Señores, somos de un mismo parecer: habeis verificado exactamente las circunstancias notadas en la muerte violenta de ese jóven? (*Responden con la cabeza afirmativamente.*) No queda la menor duda! (*Echando á Dillon una mirada severa.*) Qué horror! (*Movimiento general de sorpresa. Jorge, el juez y los soldados entran al mismo tiempo. El juez entrega varios papeles al lord. Jorge se acerca á su amo.*)

Jorge. (*A Dillon.*) Señor, todo lo han registrado, pero en particular el cuarto de vuestro hijo, de cuyos papeles se han apoderado.

Dillon. Ah! Jorge, mi sorpresa iguala ya á mi dolor!

Lord. (*Dando á un juez un fragmento de una carta, que éste último enseña á Dillon.*) Reconoceis en ese fragmento de una carta la letra de vuestro hijo?

Dillon. Sí señor; sí... esta es su letra.

Lord. (*A quien el juez ha devuelto el papel.*) Oid..... Esta prueba és fulminante! *(Lee.)* «Exigis de mí que renuncie á la religion de mis abuelos... Ah! Si me dejase llevar de mi inclinacion... (*La sorpresa y el asombro de la familia de Dillon llegan al estremo.*) cuán dulce me seria volar á vuestros brazos! Pero ¡ay! qué vínculos es preciso romper para formar esos tan deseados! Y tendré valor para romperlos?... No: provocaria la ira de mi padre, y esta ira seria el decreto de mi muerte.» (*Devuelve la carta al juez.*)

Ana. De su muerte!

Eduardo. Infeliz!

Isabel. Qué has hecho, hermano mio? (*El lord los observa á todos.*)

Ana. (*A su esposo.*) Roberto, comprendes tú?...

Dillon. (*Al lord.*) Cómo! Señor, mi hijo ha escrito esas palabras! A quién!

Lord. Puesto que insistis en vuestra supuesta ignorancia, voy á cerraros todas las salidas. La profunda tristeza que todo el mundo ha reparado en vuestro hijo, era efecto de su deseo de abjurar...

Dillon y su muger. De abjurar!

Lord. Y del miedo, del temor que le inspirábais.

Dillon y su muger. Nosotros!

Lord. Esta noche misma debia abjurar. El templo estaba ya abierto, los ministros avisados; todavia arden los candelabros que debian alumbrar esta augusta ceremonia! Ahora bien, segun resulta de vuestra propia confesion no le habeis dejado salir; á las nueve os quedásteis solo con vuestra familia... y entonces pereció vuestro hijo precisamente cuando se le estaba esperando ya al pie de los altares! Ese fragmento nos revela el resto del misterio; y esta declaracion, resultado del reconocimiento de las heridas, confirma la idea de que no se ha suicidado. Quién, pues, le ha muerto?

Ana. Santo Dios!

Dillon. Quién le ha muerto!

Lord. Vos!

Todos. (*Horrorizados.*) Ah! (*Ana se deja caer sobre su asiento; su hija se cubre la cara; no pueden ser mayores el horror y la consternacion.*)

Dillon. Santo cielo! Qué he escuchado? Yo degollar á mi hijo! (*Volviéndose hácia el gabinete.*) Oh! Hijo mio, levántate; ven, ven á responder á los acusadores de tu padre!

Eduardo. Es posible? Y esa odiosa mentira se ve repetida en la boca de un magistrado?

Dillon. Bárbaro. Sois padre, y os atreveis á suponer ese delito?

Lord. Suponerle! Miserable... Tuvisteis un testigo!

Todos. Un testigo!

Lord. (*Señalando á Dermod.*) Héle aqui!

Todos. Dermod!

Dillon y *Eduardo.* Impostor!

Mauricio. (*Apartando á todo el mundo.*) Esperad... Sí, sí... Toma, cierto, el señor estaba... Me acuerdo de su vesti-

do... le conozco... Ayer noche le ví detras de la verja... Todavia estaba alli cuando el señor Dillon salió del pabellon.

Eduardo. Qué dices?

Lord. Da testimonio.

Mauricio. Sí señor; y el señor, que lo ha visto todo, puede decir lo mismo que yo cómo ha pasado.

Dillon. (*A Dermod.*) Ah! Si eso es cierto, caballero... Si fuisteis el amigo de mi desdichado hijo, debeis tener compasion de su padre! En nombre del cielo decid la verdad!

Dermod. Oidla, pues. A las nueve salí del templo, donde se esperaba ya á vuestro hijo, y me dirigí á esta casa para llevarle conmigo y conducirle al altar. Llego y oigo á lo lejos gritos y gemidos. Empiezan á agitarme horrorosos presentimientos... Acudo temblando, y apenas llego á la verja, cuando oigo resonar las voces de muerte y asesinato! Entro. La señora y su hija aparecen y se precipitan hácia ese pabellon; dirijo yo tambien mis miradas hácia él, y veo salir á Dillon trémulo, pálido, desfigurado: á su aspecto todo el mundo se detiene; y la señora, adivinando en sus facciones el crímen que acaba de cometer, esclama: mi hijo ya no existe! Asombrado entonces de tantos horrores, me apresuré á alejarme de esta guarida del crímen, creyendo que el cielo y que los hombres me mandaban reclamar la venganza: juro no haber dicho una sola palabra que no sea verdad.

Eduardo. Miserable! La calumnia mas atroz no seria tan funesta como tu pérfida verdad. (*Dillon y su muger se quedan anonadados.*)

Lord. Qué podeis responder á eso?

Dillon. Nada, señor.

Isabel. (*Precipitándose en los brazos de su padre.*) Padre mio! Os dejais acusar por ese mónstruo? Ah! Todos somos testigos de que adorabais en mi hermano.

Jorge, *Maria* y *Mauricio.* Sí, sí señor, todos.

Eduardo. Milord, no podeis insistir en tan espantosa acusacion; la naturaleza os lo prohibe, y ultrajais al cielo si no la desechais. Haceis á los hombres mas feroces que los mismos mónstruos de las selvas! Ama el tigre los frutos de su amor, y un padre los degollaria! Una madre dejaria destrozar el hijo que ha criado en su seno! Una madre, y la mas cariñosa, la mas respetable! Será posible?

Sesenta años de virtudes nunca desmentidas, la mas inalterable dulzura, el amor de padre mas puro, el mas ardiente, no serán bastantes á librar á un hombre de una sospecha que ultraja á la humanidad, y cuya verdad si fuese posible, trastornaria el orden de la naturaleza? No, no es posible... Vos mismo no lo creeis. No podeis creerlo... Ningun magistrado admite semejante delito.

Ana. Ah, señor, desechad tan horrible calumnia. (*Toda la familia y los criados tienden sus manos hácia el lord diputado.*)

Lord. Nada puedo escuchar, ni menos separarme de mi deber. Sois acusado, los hechos hablan; podeis defenderos en los tribunales. (*Á su séquito.*) Asegúrese al señor y á su familia, y que se traslade el cuerpo de la víctima á las casas consistoriales.

Ana. Santo Dios!

Isabel. Padre mio!

Jorge, María y *Mauricio.* (*Echándose á los pies del magistrado.*) Señor, piedad!

Lord. (*Á los suyos.*) Obedeced. (*Los tres criados se levantan sumidos en la mas profunda afliccion. Un juez, varios soldados y otras personas entran en el gabinete. Dillon se ve al mismo tiempo rodeado de soldados que deben conducirle.*)

Dillon. Querida esposa, hija mia, soy inocente. Tranquilizaos sobre mi suerte. Dios no permitirá que el justo sucumba: empero si tal fuese su voluntad... ah! solo le pido que aparte de vosotras esta prueba cruel. (*Las dos se deshacen en lágrimas.*) Amado Eduardo, vendreis á defenderme?

Eduardo. Yo juro perecer con vos, ó justificaros. (*El lord diputado y cuantos le acompañan salen. Dillon se coloca él mismo entre sus guardias, y sale echando sobre su familia miradas llenas de amargura y de dolor. Su muger quiere dar algunos pasos para seguir á su esposo, pero al mismo tiempo el juez y los soldados que entraron en el gabinete salen de él: síguenlos dos hombres que llevan el cadáver. Á semejante vista Ana exhala un grito de dolor, apartando la vista, y el telon cae en el momento en que los mozos salen del gabinete, y antes que el cuerpo del jóven Dillon ofenda la vista de los espectadores.*)

ACTO TERCERO.

El teatro representa una gran sala de la casa municipal de Dublin: tres grandes puertas vidrieras de arriba abajo, y de vidrios de colores, cierran el fondo de la sala. Al fin del acto, y en el instante en que Dillon es conducido al suplicio, se abren estas tres puertas, dejando ver una plaza pública, y enfrente la torre de una iglesia. A derecha é izquierda de los segundos á los terceros bastidores dos grandes puertas de dos hojas, una enfrente de otra, adornadas segun el gusto del tiempo, y hasta las cuales se sube por dos ó tres escalones. En la de la izquierda del actor dirá una inscripcion: SALA DEL CRIMEN: en la otra: SALA DEL CONSEJO. Algunos sillones antiguos.

ESCENA PRIMERA.

EDUARDO Y DERMOD. (*Dermod sale precipitadamente de la sala del crimen, y al parecer trata de huir. Eduardo sale detras de él.*)

Eduardo. Deteneos, caballero; deteneos os digo.

Dermod. Con qué derecho me seguís?

Eduardo. Habeis de oirme á vuestro pesar. Aqui, y en todas partes, solo, y en presencia de mil testigos, no podreis libertaros de la verdad. En ninguna parte podreis evitar la maldicion de una familia inocente que vais á llevar al cadalso!

Dermod. Caballero, esa es una acusacion que intentais contra mí? Ignorais que al dirigirme esos insultos ultrajais tambien la magestad del tribunal cuya sentencia no tardará en justificar mi conducta, condenando vuestros arrebatos?

Eduardo. Y sobre qué pruebas pudiera nunca ese tribunal emitir tan horrible sentencia, si vos con la mas horrenda y execrable acusacion... si vos con vuestro sacrílego juramento no hubiéseis obligado á los jueces á condenar sin poder, sin osar siquiera consultar su propia conciencia? Podrian nunca las leyes mas sabias llegar á ser armas homicidas, si no hubiese mónstruos, como vos, que se atreviesen á estraviar, á engañar, á sorprender á la misma

justicia? Habeis jurado descaradamente á la faz de Dios decir la verdad; he visto empalidecer á los mismos magistrados; y vos, desdichado, habeis podido atestiguar entre tanto sin horrorizaros que un padre habia degollado en vuestra misma presencia á un hijo que adoraba! Ah! Si vuestro perjurio no ha provocado contra vuestra cabeza mil rayos vengadores, si la tierra asombrada de soportar vuestro infando peso, no ha temblado ni ha entreabierto sus profundos abismos debajo de vuestros pies, reconoced en eso mismo la infinita clemencia del Todopoderoso, que le deja á vuestro arrepentimiento tiempo para enmendar el mas horrendo delito.

Dermod. Esto ya es demasiado!

Eduardo. Ah! Yo no soy dueño ya de mi desesperacion. (*Tomando un tono de súplica.*) Escuchadme, estamos solos: bien podeis entenderme sin ruborizaros. Dillon es inocente, y vos lo sabeis... Yo leo en vuestra frente que no lo dudais. Pues bien! Confiadme la causa de vuestro odio: qué injurias habeis recibido de esos desgraciados? Yo os indemnizaré. Os han perjudicado en vuestro honor, en vuestros intereses? Yo comprometo todos mis bienes, yo os entrego cuanto poseo, y os juro ademas guardaros eternamente el secreto. Os turbais? Ah! Seguid, seguid sin vacilar la voz de vuestra conciencia. Venid, á retractar vuestra culpable declaracion: detened á la muerte que va á segar ya á un anciano, y la sangre del inocente no recaerá sobre vuestra cabeza, ni pedirá la vuestra en el dia del juicio terrible... Y yo os colmaré de riquezas, yo os ahorraré los horrores de un crímen, sus crueles remordimientos, y quién sabe si la próxima venganza de los hombres... Venid, venid... Triunfen por fin la justicia y la humanidad. (*Trata de arrastrarle.*)

Dermod. (*Desasiéndose de sus manos.*) Qué osais proponerme? Yo comparecer ante el tribunal para justificar á Dillon! Si vuelvo á su presencia, temblad vos mismo, será para añadir á las demas pruebas la que me presentan las ofertas criminales que os atreveis á hacerme.

Eduardo. Es decir que en tu alma no hallan cabida los remordimientos, es inaccesible al terror que esperimentan los mas empedernidos delincuentes?

Dermod. Nada tengo que temer; el lord diputado está convencido.

Eduardo. Ah! Monstruo... Bien sabias que no podia dejar de estarlo.

Dermod. Acusais al primer magistrado?

Eduardo. No acuso mas que á tí; y te acuso delante de Dios! Puesto que nada puede contenerte en la senda del crímen, puesto que obcecado por tu infernal rencor no conoces que el abismo donde vas á sepultar á Dillon no volverá á cerrarse sino despues de haberte tragado á tí tambien, anda, desdichado, corre á precipitarte en él. Pero oye el juramento que hago. Si el padre de mi esposa llega á subir al cadalso, ni las entrañas de la tierra te podrán esconder de mi venganza, y tu sangre, toda tu sangre, sí, me responderá de la sangre inocente derramada.

Dermod. Corro á denunciaros.

Eduardo. *(Arrastrándole hácia la sala del crímen.)* Ven en buen hora, miserable; llega... (*Las puertas se abren estrepitosamente: aparecen dos ministros.*) Dios mio! (*Eduardo y Dermod se detienen; sale un juez del tribunal.*)

ESCENA II.

Dichos, el ASESOR, *poco despues* JORGE, MARIA *y soldados.*

Asesor. La causa se ha terminado, y los jueces van á pasar al consejo: mandad que se abran las galerias. (*Cruza la escena, y entra en la sala del consejo. Los dos ministros salen, cada uno por una de las galerias. Oyese al punto un ruido confuso de pasos y de voces en las dos, y varios pelotones de soldados atraviesan de la una á la otra.*

Eduardo. Se acabó: van á pronunciar la sentencia! No os estremeceis? (*Jorge y Maria acuden por una de las galerias.*)

Maria. Ah! Padre mio, aqui está el señor Eduardo.

Jorge. El es! Señor Eduardo, decidnos por Dios, decidnos..

Eduardo. (*Conmovido.*) Amigos mios, se va á pronunciar la sentencia.

Jorge y *Maria*. La sentencia! (*Una fila de soldados se coloca en toda la latitud del teatro, cerrando el fondo.*

Dos grupos de pueblo se agolpan á la entrada de las dos galerias, pero sin entrar, por contenerlos los centinelas.)

Dermod. (*Viendo abrirse las puertas de las dos salas.*) Alejémonos. (*Se dirige hácia el fondo.*)

El oficial que manda la tropa. Ya no se puede pasar. (*Dermod se ve precisado á quedarse; y viendo llegar de repente á Ana é Isabel, se queda en el fondo junto á los soldados, procurando ocultarse.*)

Dermod. Procuremos evitar las miradas!

María. Mi ama...

Eduardo. Ah! (*Ana é Isabel aparecen en la mayor turbacion.*)

ESCENA III.

Dichos, ANA É ISABEL.

Ana. (*Arrastrando consigo á Isabel.*) Ven, hija mia, ven; que nos encuentre tambien al paso.

Eduardo. Señora!

Jorge y *Maria.* (*Besándola las manos.*) Señora, querida señora!...

Eduardo. Dónde vais? Cuál es vuestro designio?

Ana. Sois vos, Eduardo? Amigos mios, mi esposo es perdido! Van á condenarle... á condenarle!... No, es imposible!... Hé aqui sus jueces... miradlos.... Quedaos, quedaos aqui conmigo! Arrojémonos de nuevo á sus plantas... imploremos su justicia. (*Eduardo, Isabel, Jorge y Maria la arrastran hácia uno de los estremos de la sala. Dermod permanece en el fondo. Los ministros, los jueces salen de la sala del crimen, y se dirigen hácia la puerta de enfrente de la sala del consejo; se detienen en medio de la escena para dejar pasar al lord diputado; los soldados estan sobre las armas: el pueblo permanece en el fondo.*)

ESCENA IV.

Dichos, el LORD DIPUTADO, JUECES, ASESORES, MINISTROS &c. (*En el momento en que el lord diputado atraviesa el teatro, Ana é Isabel se precipitan hácia él.*)

Ana é Isabel. Deteneos, deteneos! (*Caen á sus pies.*)

Jorge y Maria. (*Prosternándose tambien.*) Perdon, piedad para nuestro amo.

Lord. Qué haceis, señora?

Ana. Mi esposo es inocente: lo juramos todos por lo que hay mas sagrado en el mundo! En nombre de ese Dios, que os ha de juzgar á vos mismo, no consumeis la injusticia mas horrible!... No deis crédito á un impostor, á un monstruo abominable! Ah! No condeneis al mas virtuoso de todos los hombres... mi esposo!

Isabel. Mi padre!

Jorge y Maria. Piedad!

Lord. Alzad, señora. (*A los jueces.*) Señores es la hora del consejo.

Eduardo. (*Pudiendo apenas contenerse.*) Crueles! (*Ana, Isabel, Jorge y Maria se levantan consternados.*)

Lord. Las lágrimas ni las amenazas no tienen influencia sobre nuestros ánimos: hemos formado nuestra opinion; nada puede cambiarla. Salga absuelto ó condenado, pronto sabreis la suerte de vuestro esposo. (*A uno de su séquito.*) Permito al acusado que espere en esta sala que debe permanecer abierta para su familia. (*A los jueces.*) Señores, vamos. (*Todo el séquito entra en la sala del consejo. Los soldados se forman en pelotones, y el pueblo se retira: el oficial, despachando á los soldados por una y otra galeria, da órdenes que indican que se van á poner centinelas en las puertas esteriores. Dermod observa todos estos movimientos deseoso de salir, y mirando con cierto temor á la familia de Dillon. Esta está sumergida en el estupor.*)

ESCENA V.

ANA, EDUARDO, DERMOD, ISABEL, JORGE Y MARÍA.

Isabel. Ah, madre mia, no perdamos aun del todo las esperanzas. (*Isabel y Eduardo tratan de llevársela.*)

Dermod. (Gracias á Dios, ya puedo salir... No puedo soportar su vista por mas tiempo.) (*Trata de alejarse.*)

Isabel. Salgamos al encuentro á mi padre.

Todos. (*Con indignacion, reparando en Dermod.*) Dermod! (*Este se ve rodeado por todas partes, y su turbacion misma le deja inmóvil.*)

Ana. Cielos! Ya le tengo delante de mis ojos.

Eduardo. Cómo? Te atreves á arrostrar las miradas de tus víctimas?

Ana. Maldito calumniador! Vienes á cebarte en la sangre de mi esposo? De qué procede ese funesto aborrecimiento? Qué te ha hecho Dillon, ni yo, ni esta hija desgraciada? Te ha vomitado el infierno para esterminar toda mi familia?

Dermod. (*Con la mayor turbacion.*) Señora...

Ana. Tú eres el único que has acusado al inocente! Tú quien le llevas al suplicio! Sobre tí caerá su sangre; y nuestros gritos, nuestro dolor, nuestras eternas maldiciones te perseguirán hasta dentro del sepulcro.

Todos. Sí, hasta dentro del sepulcro!

Dermod. (*Asustado.*) Dejadme que me aleje.

Eduardo. (*Persiguiéndole.*) No, tú debes esperarlos! Tu suplicio comienza con el de tu víctima; pero el suyo va á ser el triunfo del justo, al paso que el tuyo no conocerá término jamas. Perseguiránte sin cesar los remordimientos vengadores! Llorarás noche y dia lágrimas de sangre! Y cuando se cierren tus ojos á la luz, entonces la mano de Dios te entregará á tormentos sin fin, y la maldicion celeste resonará todavia en la eternidad!

Dermod. (*Huyendo.*) Dejadme, dejadme... (*Dermod huye con el mayor espanto. Dillon, conducido por algunos soldados, aparece en el lintel de la sala del crimen.*)

Isabel. Ah! Hé aqui á mi padre!

Jorge y Maria. Nuestro amo. (*Todos corren á él y le rodean con mil señales de respeto y de cariño. Los soldados se retiran.*)

ESCENA VI.

Dichos y DILLON.

Dillon. Cuán dulce es para mí verme de nuevo en medio de mi familia, rodeado de mis hijos... sí, de mis hijos, por-

que un amigo como Eduardo, criados como vosotros no pueden ser estraños para mí! Y tú, querida esposa!... (*A Isabel.*) Tú, único objeto ya de nuestro amor! Llegad. Mientras mas próximo considero el momento de nuestra separacion, mas se acrecienta mi cariño, mas placer esperimento al estrecharos sobre mi corazon! Llorais! Ah! Si es cruel, si es horroroso el dejaros, bien conozco que aun debe serlo mas para tí... (*A su muger é hija.*) para vosotras, el sobrevivir á nuestra desgracia.

Ana. No, no creas que yo pueda sobrevivir á semejante golpe!

Dillon. Qué dices? Ana, y nuestra hija! No es bastante todavía para esa inocente criatura perder en solo un dia honor, bienes, padre y esposo? Quédele á lo menos una madre!

Jorge. Y nosotros, señor? Nosotros tambien la acompañaremos; mi hija y yo serviremos á la señorita hasta exhalar el último aliento.

Eduardo. Cómo? Querido amigo, no conoceis ya mi corazon? Si algun dia he querido á Isabel, ha sido en este dia de afliccion!

Dillon. Os creo, querido Eduardo; pero si salgo condenado, la miseria... la infamia!..

Eduardo. La infamia! Nunca recae sino sobre el crímen, jamas sobre la inocencia! Qué digo? El nombre de Dillon quedará ennoblecido por la desgracia, y yo participaré con orgullo de su mala suerte! Os roban vuestros bienes, enhorabuena! Los mios pertenecen á mi madre; vuestras virtudes serán el patrimonio de vuestra huérfana. En cuanto á mí, yo he protestado de vuestra inocencia, yo la proclamaré sin cesar, aun con riesgo de mi vida. Oh Isabel! Y vos, su cariñosa madre y la mia tambien, cualquiera que sea el desenlace que se prepara, no recojais el don que os habíais dignado hacerme! Venid, amiga mia, y mientras que los jurados pronuncian la suerte de nuestro padre, pidámosle que nos una, que confie á nuestro amor á la mas cariñosa de todas las madres, y de hacernos partícipes igualmente de su infortunio, de su ternura, de su bendicion paternal. (*Se inclinan los dos á los pies de Dillon.*)

Dillon. Oh hijos mios! Quiera Dios atender á mis oraciones, y ojalá que mis padecimientos, ofrecidos con resignacion,

logren para vosotros la felicidad que teneis tan merecida. (*Oyense pasos acelerados; acude Mauricio.*)

ESCENA VII.

Dichos, MAURICIO *y el* OFICIAL.

Mauricio. (*Al oficial, que le impide el paso.*) Dejadme entrar; repito que soy de la familia. Pardiez, es claro; me llamo Mauricio, y soy el jardinero del novio de la hija del señor reo.

María. Ah! Es el pobre Mauricio.

Mauricio. Mirad, ahí estan todos... preguntádselo si no.... Pues está bueno, eh!

Eduardo. Sí, sí; ese muchacho es mi criado; os suplico que le dejeis pasar.

Mauricio. Hola! (*El oficial le deja pasar.*)

Eduardo. Qué quieres? Qué traes?

Mauricio. Chiton! Señor Dillon, si supiéseis lo que pasa en la ciudad!...

Todos. (*Con impaciencia.*) Qué?

Mauricio. (*A Dillon.*) Quieren libertaros!

Todos. Libertarle!

Ana. Habla, prosigue.

Mauricio. La gente rica, comerciantes, y sobre todos los católicos... todos se reunen... y hablan, hablan...

Eduardo. Sigue.

Mauricio. (*A Dillon.*) Y hablan de vos!

Eduardo. Qué dicen?

Mauricio. (*Vacilando.*) Que.. que os condenarán. (*Movimiento de horror.*) Pero ya hay mas de mil reunidos allá bajo, en la plaza; todos los pobres lloran á su bienhechor; trabajadores y artesanos os llaman su padre, su protector.... y en fin, estan tan decididos á presentarse al lord diputado, y hacerle presente que no debe atropellar el negocio, sino aguardar á tener mas pruebas, saliendo ellos garantes de vuestra inocencia con sus bienes, y hasta con sus vidas.

Eduardo. De veras?

Ana. Ah! Querido amigo...

Eduardo. Dónde, cómo has reunido esas noticias?

Mauricio. Toma, en toda la ciudad no se esconden para de-

cirlo; hablan, y gritan... y se lo dicen á todo el que lo quiere oir.

Eduardo. Basta!

Dillon. Qué decis? Qué vais á hacer?

Eduardo. Voy á unirme á ellos.

Dillon. (*Deteniéndole.*) Deteneos! Sea injusta, ó sea merecida, toda sentencia dimana de un principio sagrado!

Eduardo. Sois inocente, y sois el padre de mi esposa.

Dillon. Deteneos os digo; yo os prohibo...

Isabel. (*Impeliéndole.*) Eduardo, salvad á mi padre!

Ana. Hijo mio, salva á mi esposo!

Dillon. Deteneos!

Ana, *Isabel* y *Jorge.* Corred, volad...

Eduardo. Sí; si el cielo no ha decretado la muerte del inocente, yo os restituiré el objeto de vuestro cariño.

Dillon. Deteneos, deteneos...

Ana. (*Conteniéndole.*) Silencio, Roberto, silencio!

Isabel. Querido padre!

Jorge. Amo mio! (*Eduardo se precipita fuera de la sala. Dillon queda en medio de su familia, que le sujeta los brazos.*)

Mauricio. (*Exaltado.*) Marchó... Santo Dios!

Jorge. (*Corriendo hácia él.*) Prudencia, Mauricio, prudencia!

Maria. No grites de ese modo; todo lo vas á descubrir.

Mauricio. No me importa; ya pierdo la paciencia: voy tambien...

Maria. Mauricio, dónde vas?

Mauricio. No te asustes, no es nada. Voy tambien á ofrecer mi persona y bienes. (*Se escapa corriendo.*)

Maria. (*Detras de el.*) Mauricio, Mauricio! (*Jorge la detiene.*)

ESCENA VIII.

DILLON, ANA, ISABEL, JORGE Y MARIA.

Dillon. Qué habeis hecho?

Jorge. Mirad á los jurados; ya salen del consejo.

Ana. Santo Dios!

Isabel. Padre mio! (*Todos tiemblan.*)

Dillon. Enhorabuena, hija mia, querida Ana: no esperá-

bamos su regreso? Ya está mi sentencia pronunciada y mi suerte decidida, y debo resignarme á la voluntad del Señor.

Ana. Mi sangre se hiela toda.

Jorge y *Maria.* Aqui estan. (*Abrense las puertas de la sala del consejo, y se colocan varios alguaciles á los lados. Al mismo tiempo se abren las tres grandes vidrieras del fondo de par en par, y dejan ver la plaza llena de gente. Entran soldados por entrambas galerías, y se colocan en el fondo, impidiendo al pueblo la entrada por las vidrieras abiertas. Entonces todo el consejo, los jurados, asesores ect., salen de la sala del crimen; el lord diputado aparece en medio de ellos. Todo el mundo se coloca con el mayor órden. La música toca en todo este intermedio. El lord diputado llama á un dependiente, y le entrega una órden por escrito, señalándole á Dillon, y encargándole al parecer la mayor actividad. El ministro, sorprendido, echa una mirada de compasion sobre la familia de Dillon, y sale como á pesar suyo. Un oficial se acerca, y recibe tambien del lord diputado una órden relativa á la tropa, se dirige en consecuencia al fondo de la sala, y da varias órdenes; al punto entran por las galerias varios pelotones de soldados, que desfilan por la otra atravesando la plaza pública. Durante estos diversos movimientos crece por momentos la zozobra y el espanto de la familia de Dillon, que lo observa todo con la mayor turbacion. Dillon solo aparece sereno.*)

Lord. (*Dirigiéndose aparte á dos ministros de justicia.*) Y Dermod, el acusador! Buscadle, tengo que hablarle. (*Los ministros salen en busca de Dermord.*)

ESCENA IX.

LORD DIPUTADO, DILLON, ANA, ISABEL, JORGE, MARIA, JURADOS, ASESORES, *dependientes de justicia, soldados, pueblo ect.*

Ana. (Cielos! Que significan esas órdenes... esas disposiciones?)

Lord. Señora, en nombre de todo el consejo os suplico que os retireis con vuestra hija. (*Las dos se acercan á Dillon, le miran asustadas.*) Me habeis entendido! Alejaos.

Ana. No señor, no; mi hija y yo nos quedaremos aquí. Os declaro que no abandonaré á mi esposo! Soy inocente lo mismo que él. Nuestros sentimientos, nuestras acciones son las mismas! Nuestra suerte debe ser comun! Si le condenais, toda su familia le acompañará al suplicio! Ven, hija mia; amparemos con nuestros brazos el cuerpo de tu padre! (*Le abrazan.*) Milord, hénos aqui! Pronunciad la sentencia; un mismo golpe nos acabará á los tres! (*El lord diputado parece conmovido; todos los jurados hacen un gesto de compasion.*)

Dillon. (*Con energia.*) Y bien, señor!

Lord. Os obstinais en negar el crímen de que sois reo!

Dillon. Ningun crímen he cometido; mis manos estan tan puras como mi corazon: vos sois el que vais acaso á cometer uno, y muy grande.

Lord. Os obstinais igualmente en callar vuestros cómplices!

Dillon. Mal pudiera haber cómplices sin existir delito.

Lord. Es decir que despreciais por medio de ese culpable silencio la clemencia del cielo y la indulgencia de los hombres!

Dillon. Al contrario, las imploro; el hombre mas justo las necesita. Pero vos, señor, acordaos tambien de que Dios os ve, y que va á oir vuestra sentencia!

Lord. Oidla. (*Un jurado se acerca y entrega la sentencia al lord diputado, quien la abre lentamente, y como con terror. Dillon espera, con los ojos clavados en el cielo; su muger y su hija, á su lado, parecen implorar al cielo con fervor. Jorge y Maria las imitan al parecer en el otro estremo de la sala.*)

Ana. (*Con voz apagada.*) Dios mio! Tú sabes que es inocente; sálvale.

Lord. (*Se adelanta algunos pasos, y despues de un momento de indecision lee.*) «El tribunal reunido, habiéndose asegurado de que se ha cometido un asesinato en la persona de Patricio Dillon, sabida la causa, y examinadas las circunstancias de este atentado, que le han sido descubiertas por el testigo Dermod bajo la fe del juramento, y resultando de las otras tres declaraciones que nadie ha podido ejecutar este crímen sino Roberto Dillon; el tribunal, por la mayoría de siete votos contra cinco, condena á dicho Roberto Dillon á la pena capital.» (*Ana, Isabel, Maria y Jorge exhalan un grito de dolor; aquellas dos se proster-*

nan á los pies de Dillon, besando sus manos, que tienen cogidas, ahogadas por sus sollozos.)

Ana é Isabel. (*Pudiendo apenas hablar.*) Esposo idolatrado! Padre mio!

Lod. (*Mas rápidamente.*) «Y teniendo en consideracion las amenazas sediciosas de algunos perturbadores, opuestos á la creencia dominante de la Gran-Bretaña, el consejo determina, para dar un pronto escarmiento, y evitar cualquier consecuencia desagradable, que el sentenciado sea conducido inmediatamente al suplicio *(Ana é Isabel se levantan, á medida que lee, en el mas alto punto de desesperacion y de espanto.)*; y encarga á los magistrados que permanezcan reunidos hasta el momento en que la primer campanada de la torre anuncie la muerte del reo.» (*A dos oficiales.*) Ejecutad las órdenes del tribunal. (*Movimiento general.)*

Ana. Con que es cierto? Ah! yo te sigo á la muerte... Nadie podrá arrancarte de mis brazos; el verdugo no se atreverá á herirte sobre mi pecho.

Dillon. Santo Dios! Cara esposa, qué haces? Qué es ya de tu valor y de tu noble resignacion? Llegó el momento en que debemos cumplir con los deberes mas grandes y mas sublimes que ha impuesto á los hombres el Todopoderoso. Sí; mi muerte y tu vida servirán algun dia de ejemplo, y esta idea debe llenarnos de un valor sobrenatural! Pensemos en la eternidad para poder soportar las últimas penas de este mundo! Yo te precedo con mi desgraciado hijo.

Lord. Basta de dilaciones: que le lleven al suplicio.

Dillon. Ah! Dejadme siquiera que las abrace por la última vez. (*Jorge y Maria se precipitan hácia él, y le besan las manos, que él les tiende afectuosamente.*) A Dios..... A Dios, amigos mios, hija mia, querida esposa... Dios mio, ampara á mi familia.... Prohibo á Eduardo que trate de vengar mi muerte. Perdono á mis enemigos, perdono tambien á mis jueces: ojalá que los perdone el cielo... Vamos... Isabel, sosten á tu madre: á Dios, á Dios. (*Quiere salir mientras que su muger está casi desmayada en brazos de Isabel.)*

Isabel. Madre mia! Ya le llevan... Ah!

Ana. (*Volviendo en sí, y corriendo hácia su esposo.*) Detente! Detente!

Dillon. Santo cielo!

Isabel. Padre!

Dillon. En nombre del cielo, abreviad mi suplicio! *(Separan por fuerza á Dillon de su familia, y le llevan; se le ve pasar por la plaza por detras de las ventanas de la sala. Entre tanto el lord diputado vuelve á entrar en la sala del consejo, y los soldados se retiran. Jorge ha seguido á su amo. Isabel y Maria han colocado á Ana en un sillon, ya desmayada. Isabel está á sus pies, y la tiene apoyada en sus rodillas; Maria, detras, tiene los ojos cubiertos con el pañuelo ó el delantal. Entonces Dermod, agitado de un secreto terror, aparece en el fondo de la sala, entra y se acerca reparando en el grupo de las tres mugeres, que no le ven; al mismo tiempo un mozo con una carta en la mano se deja ver en la plaza mirando por una de las vidrieras de la sala.)*

ESCENA X.

ANA, ISABEL Y MARIA *agrupadas en un lado;* DERMOD *por el opuesto, y poco despues y á su lado el* MINISTRO *que salió antes á buscarle; despues el* MOZO, *que entra con aire timido y como buscando á alguien, y luego* JORGE.

Ministro. (A Dermod.) Esperad. *(Pasa á la sala de consejo.)*

Dermod. Qué me querrán? Oh! *(Mirando al grupo.)* Hé aqui mi obra! Satisfice mi odio... consumé mi venganza! Pero si llegase á saberse...

Mozo. Gracias á Dios que me han dejado entrar! Desde las siete de la mañana ando buscando ocasion de hablar al... *(Viendo á Ana.)* Ah! Qué veo? No es aquella la pobre señora de Dillon? *(Se enjuga los ojos.)*

Dermod. (Salgamos de aqui... Sufro un tormento espantoso!...)

Mozo. *(Tropezando con él.)* Ah! Perdonad... Para serviros, caballero.

Dermod. Qué quieres?

Mozo. Nada, señor. Es una carta que traigo para el lord diputado.

Dermod. Una carta! *(Le aparta á un lado con bastante inquietud.)*

Isabel. *(Que sigue ocupada con su madre.)* Ay de mí! No vuelve!

María. (*Desconsolada.*) No hay nadie que nos socorra.
Dermod. (*Al mozo.*) Una carta para el lord diputado? De quién es?
Mozo. Oh! No miento, no señor: miradle, esta es. (*Sacándola del bolsillo, y leyendo el sobre.*) Al señor Fitz Williams, lord diputado en Irlanda, por S. M. la Reina de Inglaterra...
Dermod. (*Cojiéndola con desconfianza.*) Cierto. Al señor Fitz Williams... (*El mozo está distraido mirando á Ana; Dermod dice aparte.*) Qué es esto? Yo conozco esta letra... sí... es la suya...
Mozo. Eh? Conoceis...
Dermod. A qué hora te han entregado esta carta?
Mozo. Pardiez! Ayer á las ocho, señor. Estaba anocheciendo.
Dermod. En qué punto de la ciudad?
Mozo. Señor, cerca de la casa del señor Dillon.
Dermod. Pues, amigo, ahora no puedes ver al lord diputado.
Mozo. Lo siento porque ya me canso...
Dermod. No obstante, dentro de un rato debo verle yo mismo; yo me encargo de entregarle esta carta... Pierde cuidado. (*Ana empieza á volver.*)
Mozo. De veras, señor? Eh! Pues si tuviérais la bondad...
Dermod. Dentro de muy poco quedará en su poder. Anda con Dios, anda.
Mozo. Muchas gracias, señor. Os suplico que no la olvideis... (*Mirando á Ana.*) Pobre señora... Qué lástima de familia! (*A Dermod, que le hace una seña para que se vaya.*) Ya me voy, señor, ya me voy, y tantas gracias. (*Váse.*)
Isabel. Ya respira!... Ya abre los ojos.
María. Señora!
Isabel. Madre mia!
Dermod. (*Que ha abierto la carta.*) Veamos, veamos. (*Lee bajo.*)
Ana. Dónde estoy?...
Dermod. (*Despues de haber leido.*) Cielos! O Providencia! Si esta carta se entrega soy perdido! (*Echa á su alrededor miradas de espanto, y empieza á rasgar la carta.*) Aniquilémosla!
Un dependiente de justicia. (*Sale de la sala del consejo.*) Ca-

ballero, el lord diputado me manda que os lleve inmediatamente á su presencia.

Dermod. Ya os sigo. *(Apañuscando la carta y ocultándola en el pecho.)* Que no aparezca nunca! (*Sigue al ministro á la sala del consejo.*)

ESCENA XI.

ANA. ISABEL. MARIA.

Ana. *(Levantándose sostenida por su hija y Maria.)* Qué oscuridad me rodea? Dónde está mi hijo? Dónde está mi esposo? Qué? Ya me han dejado sola!

Isabel. No, madre mia. Aqui estamos contigo.

Ana. (*Mirándolas.*) Sí... eres tú, hija mia! Por qué llorais? (*Las dos se vuelven para ocultar sus lágrimas; entonces Ana mira á su alrededor, procura coordinar sus ideas; recorre la sala, lee sucesivamente sobre las puertas laterales sus respectivas inscripciones, y reuniendo todas las fuerzas exhala un grito doloroso.)* Ah! Mi esposo va á morir. (*Quiere precipitarse fuera de la sala.*)

Isabel y *Maria.* Madre mia!... Señora!

Ana. (*Arrastrando consigo á su hija.*) Ven, hija mia, ven. Corramos á morir con él.

Maria. (*Deteniéndola.*) Ah! No salgais, señora, no salgais. (*Se oyen pasos precipitados y gritos.*)

Ana. Cielos! Qué rumor! Qué tumulto!

Isabel y *Maria.* Es Eduardo. (*Este llega, y trae consigo al mozo, seguido de una multitud de personas y de Jorge.*)

ESCENA XII.

DICHOS. EDUARDO. JORGE. EL MOZO, *y gente que ocupa el fondo.*

Todos. (*Saliendo al encuentro á Eduardo.*) Y mi esposo? Y mi padre y mi amo?

Eduardo. Ah! Señora, tal vez traigo su justificacion; una carta de vuestro hijo.

Todos. Una carta?

Eduardo. *(Al mozo que tiembla.)* Dónde está ese hombre á quien se la has entregado? Dónde está? Vamos! Dónde está?

Mozo. Señor, por Dios! Yo no sé. Aqui estaba... Aguardad, habrá ido á llevarla al lord diputado.

Eduardo. Ah! Corramos... (*Abrense las puertas y el lord diputado aparece; al verle todo el mundo da un grito y se detiene.*)

ESCENA XIII.

DICHOS. LORD DIPUTADO. DERMOD. *Todos los jurados* &c. *y poco despues el pueblo y los soldados.*

Lord. De qué procede ese alboroto? Qué reunion esta? (*Todos los jurados salen de la sala del consejo y van llenando la escena.)*

Eduardo. (Al mozo á medida que los jurados van saliendo. Míralos bien. Es ese?

Mozo. No señor.

Eduardo. Y ese?

Mozo. No señor.

Ana. Yo tiemblo toda!

Eduardo. Ten cuidado.

Mozo. (*Observándolos á todos.)* Tampoco, no señor, tampoco. Ah! *(Sale Dermod.)* Ese es, señor, ese es; á ese fué á quien entregué la carta.

Toda la familia. Dermod!

Lord. Qué significa eso?

Eduardo. Ese traidor tiene en su poder una carta para vos: segun todas las apariencias justifica á Dillon; es de su hijo.

Dermod. Yo!

Lord. Una carta!

Eduardo. Mandad que se la quiten, ú os hago responsable de la muerte del inocente.

Dermod. Deteneos.

Todos. Mandadlo, mandadlo.

Lord. Sujetadle. (*Los soldados obedecen; se le registra.*)

Ana. Daos prisa, daos prisa... Mi esposo va á morir. *Eduardo levanta la carta en alto enseñándola á todo el mundo.)*

Todos. Ahí está!

Lord. Dádmela. (*La abre y lee precipitadamente. Movimiento general á su alrededor.*) «No se culpe á nadie en mi muerte. Dermod me ha conducido al borde del abismo, y

voy á quitarme la vida. «*(Volviéndose hácia Dermod.)* Miserable! Perjuro! *(Á los soldados.)* Prendedle.

Ana. Salvad á mi esposo.

Lord. Corred, volad!

Eduardo. *(Apoderándose de la carta.)* Dádmela, dádmela; yo seré el primero».

Dermod. (Soy perdido!) *(Eduardo corre agitando la carta en señal de triunfo; todo el mundo se precipita detras de él. El fondo entero del teatro no presenta mas que un grupo inmenso de personas. Al mismo tiempo que Eduardo va á arrojarse fuera de la sala se oye una campanada, todos se detienen. Un temblor general se apodera de todos, y la campana sigue sonando lentamente. Á cada campanada todo el grupo retrocede, hasta llegar con la mayor consternacion, siempre en la misma forma, al principio de la escena. Alli Ana é Isabel caen de rodillas; el lord diputado se arroja sobre un sillon tapándose la cara, y todos los jurados, agrupados á su alrededor, parecen temer que las paredes se vengan abajo sobre ellos. Dermod se ve rodeado de soldados que vuelven con ademan furioso y rostro indignado las puntas de sus espadas contra él. El pueblo acude y llena la plaza pública.)*

Eduardo. *(Todavia con la carta en la mano.)* Ya no hay remedio! El crímen está consumado! El inocente espira! Oís esos ecos lúgubres que resonarán eternamente en vuestras almas? Los siglos venideros los oirán tambien, y el nombre de Dillon quedará grabado en la historia con caractéres de sangre! *(Dermod, derribado por los soldados, cae, una rodilla en tierra, y se ve rodeado de espadas que le amenazan.)* Madre mia! Isabel! Roberto Dillon va á recibir la corona de los martires.

FIN DEL MELODRAMA.

DON JUAN DE AUSTRIA,

ó

LA VOCACION.

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA.

PERSONAS.

FELIPE II.
DON JUAN.
DON RODRIGO QUESADA, *del consejo de S. M. Cárlos V.*
DON PEDRO GOMEZ.
CÁRLOS V.
EL PRIOR DEL CONVENTO DE GERÓNIMOS DE YUSTE.
FRAY LORENZO.
FRAY TIMOTEO.
PABLO, *novicio de 15 años.*
RAFAEL.... } *Criados de don Rodrigo.*
DOMINGO. }
GINÉS .... }
DOÑA FLORINDA SANDOVAL.
DOROTEA, *dueña.*
UN UGIER DEL PALACIO.
Cortesanos, Ugieres, Alguaciles, Frailes, Guardias etc.

ACTO PRIMERO.

Una librería en casa de don Rodrigo: en los alrededores de Toledo.

ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO. GINÉS *con bugias en la mano.* DOMINGO.

Rodrigo. Alumbra Ginés. Véalos yo despues de tres dias de ausencia, mis caros libros, mis amigos y mis consejeros... (*Separando las luces que Ginés acerca.*) Eh! no tan cerca; quieres hacer un auto de fé con mi biblioteca? Por Santo Domingo: esos libros son mejores cristianos que tú y que yo. No debo á su intervencion la conversion á Dios del mozo mas mundano de entrambas Castillas? (*Aparte.*)

Pobre don Juan! Sepultar dentro de un hábito tan raras y tan altas prendas. Pero asi lo quiso el emperador, mi señor, y nuestro nuevo rey don Felipe ha jurado no reconocerle sino con esta condicion. (*Alto.*) Eh? Paréceme que oigo ruido en su aposento. (*Acercándose á una puerta lateral.*) Don Juan, hijo mio, no dormís?

Una voz de adentro. Padre y señor, estoy en oracion.

Rodrigo. Santa palabra! (*Á don Juan.*) Proseguid, hijo mio; mi regreso despues de tan corta ausencia no ha de turbaros en vuestros piadosos deberes hácia el Padre comun de todos los hombres. (*Á Ginés.*) Ven hácia esta parte, y hablemos bajo. Ginés, qué ha hecho mi hijo durante mi viaje? Ha asistido todos los dias al templo á la hora acostumbrada?

Ginés. A la hora acostumbrada.

Rodrigo. Su estancia en él era larga?

Ginés. Larga.

Rodrigo. Al ir ó al volver no has visto nada sospechoso?

Ginés. Nada sospechoso.

Rodrigo. No has recibido para él ninguna carta?

Ginés. Ninguna carta.

Domingo. Fuera de esta. (*Deslizándola por debajo de la puerta de don Juan.*) Ya está en el buzon.

Rodrigo. Estoy satisfecho. Sírveme siempre con el mismo celo.

Ginés. Con el mismo celo.

Rodrigo. Es un eco!! este asturiano. Una mula he tenido de su tierra, que gastaba mas palabras. Pero fiel. A tí, Domingo. Qué hizo mi hijo el dia de mi partida?

Domingo. Levantóse un tanto triste. Acompañéle en sus devotas oraciones, y si no lo habeis á enojo, hícele pie para el almuerzo.

Rodrigo. Veo que si tomas parte en sus devociones, no olvidas sus desayunos.

Domingo. Suéleme decir que reza con mas fervor cuando estoy á su lado, y que almuerza con mejor apetito.

Rodrigo. (*Aparte.*) Este es mas suelto que el otro. Ha andado tres años al servicio de un canónigo. (*Á Domingo.*) Y despues?

Domingo. Le leí para edificarle un sermon del padre Fresneda... pero pésia mi...

Rodrigo. Se durmió?

Domingo. No, sino antes del Ave Maria...

Rodrigo. Oh! qué, no le recordabas los grandiosos hecho del reinado anterior?

Domingo. Temí que el nombre de Francisco I despertas en él sus antiguas imaginaciones marciales.

Rodrigo. Francisco I sigue pues siendo su héroe? *(Aparte* Estraña fantasía en un hijo de Carlos V. (*Á Domingo.*) Y despues?

Domingo. Acostóse como de costumbre al caer del dia, reposó con un sueño tan tranquilo como su conciencia díjome á la mañana que los ensueños que habia tenid hubieran honrado á un padre del yermo.

Rodrigo. El gozo ha de matarme! Hace seis meses, Domingo, cuando don Juan parecia cuidar mas del mundo qu de su salvacion, quién hubiera creido que habiamos d ver jamás tan milagrosa conversion? Modelo es de buen crianza. Da las llaves.

Domingo. Aqui estan todas. (*Aparte.*) Salvo la buena.

Rodrigo. Ahora no pudiera salir sin mi licencia.

Domingo. (*Aparte.*) Pero entrará con la nuestra.

Rodrigo. Podeis recogeros. Tomad para vosotros. (*Les d dinero.), y* Dios os guarde.

Ginés. Dios nos ayude.

Rodrigo. No, no; no pecará por palabra de mas.

ESCENA II.

DON RODRIGO.

Estoy fatigado. *(Sentándose.)* Bueno será ver si no he per dido en el viaje alguno de mis papeles. (*Abre una carter y saca algunas cartas, que recorre.*) Ah! La orden d rey don Felipe, que se niega á verme en Madrid, y m manda volverme al punto á Villa Garcia de Campos, don de, á Dios gracias, ya estoy de vuelta.

«Últimos consejos de Ignacio de Loyola á su amigo señor don Rodrigo Quesada, del consejo que fue de S. M el señor emperador don Carlos V.» La carta que aqu santo varon me escribió algunos dias antes de su muert Quién hubiera adivinado jamás cuando mandaba aquell compañia de migueletes en el sitio de Pamplona que ha bia de verse un dia al frente de otra compañia, Dios m

perdone, bien diversa, y que ha de venir á ser andando el tiempo un ejército, segun levanta gente para ella! Letras por cierto bien preciosas. Mal haya yo, si me canso jamás de pasarla y repasarla. (*Leyendo.*) «Os ocurre una dificultad, un escrúpulo de conciencia, mi muy caro hermano, tocante al hijo natural del emperador Carlos V el mancebo don Juan, nacido en Ratisbona el 24 de febrero de 1545, quien fue cometido á vuestro celo desde la edad mas tierna, y que pasa en la opinion de las gentes por hijo vuestro. En el caso, me decís, de que mi discípulo no fuese reconocido por el rey don Felipe, su hermano, á pesar de la palabra que delante de mí empeñó al emperador religioso actualmente en el monasterio de Yuste, debo ó no publicar la verdad? Distingamos, hermano mio; distingo.» Eh! eh! Cuando cursaba en el colegio de Monteagudo á los treinta y cinco años ya era el escolar mas sutil para estos casos de conciencia... siempre cortaba el nudo con su *distingo*...

»Si don Juan estuviese aislado en el mundo, yo os diria: *hablad, don Rodrigo*. Pero se trata de un secreto que atañe á dos testas coronadas; no es posible, hermano, dar á luz las faltas de los grandes de la tierra sin grave escándalo de los pequeños. Considerad ademas cuán eminente riesgo corriérais vos mismo. Yo os prepondria por tanto un término medio, que conciliase vuestros deberes con vuestro interes, cual seria acreditar el nacimiento de vuestro discípulo por medio de un instrumento que él pudiese hacer valer algun dia á su riesgo y peligro; esta medida os reportaria la doble ventaja de daros tranquilidad en esta vida, y de no intimidaros en la otra...»

Ya está hecho, ya está hecho; aqui está el instrumento. «Segunda dificultad tocante á la madre del mancebo don Juan. Veo que no sabeis á quién achacar esta debilidad, y que andais dudoso entre una real princesa de Hungría, una nobilísima marquesa de Napoles, y una humilde cuanto hermosa panadera de Ratisbona. Bien que fuese lo mas natural, mi muy caro hermano, designar la plebeya por caridad hácia las dos nobilísimas señoras, apruebo con todo vuestra dificultad. Pero en tal caso os quedará el medio, tan conciliador como el otro, de dejar en blanco el nombre de la madre.»

Es un portento para estas sutilezas. He seguido su consejo, vista la dificultad de acertar en medio de tantas fragilidades imperiales. En resúmen, del lado de la madre hay confusion, tropel: por lo regular sucede todo lo contrario. (*Guardando las cartas.*) Creo que reina la mayor tranquilidad en la cámara de mi discípulo. Se habrá recogido. Hagamos otro tanto.

ESCENA III.

DOMINGO. GINÉS. *Despues* DON JUAN. RAFAEL.

Domingo. (*En voz baja.*) Entrad, entrad, señor don Juan: ha pasado á su cámara.

Juan. Lléveme el diablo! si ha vuelto, llego tarde.

Ginés. Tarde?

Domingo. Jura como un herege.

Juan. Como un devoto; á fé que vosotros, con toda vuestra devocion, no desconoceis ninguno de los siete pecados mortales.

Domingo. Pero nos arrepentimos; si los buenos cristianos no pecasen, habría una multitud menos en la tierra.

Juan. Silencio, víbora! (*Corriendo hácia la puerta de su cuarto.*) Rafael, Rafael, soy yo.

Rafael. (*Abriendo la puerta.*) En buen hora, señor don Juan; á no ser por un ardid de guerra, la plaza estaba tomada. Hemos parlamentado al través de la puerta. Pero, voto á Dios! la superchería no le va bien á un soldado viejo.

Juan. Toma ejemplo de Domingo: es oficio que no le cuesta, y que le vale. (*Sacando la bolsa.*) Toma, Ginés, por tu discrecion, y tú Domingo, por tus embolismos: insignes bribones, cobrais por dos lados vuestros leales servicios.

Domingo. Dios nos dió dos manos, y usamos de ellas en obsequio vuestro.

Ginés. En obsequio nuestro.

Juan. Esta es la primera vez que ha alterado el testo. Ea, id con Dios. (*Sacudiendo la bolsa vacia.*) Hé aqui dónde

paran los dineros que mi buen padre me da para el rescate de cautivos.

ESCENA IV.

DON JUAN. RAFAEL.

Rafael. Don Rodrigo puede alabarse de estar bien servido por cierto, y vuestra salvacion está en buenas manos. Vuestra señoría sin embargo me habia prometido volver mas pronto.

Juan. Hallára yo medio de separarme de ella! lo que me pasma aun no es el haberla dejado tan tarde, sino el haber tenido fuerzas para separarme de ella; y si no me entiendes, buen Rafael, tanto peor para tí. Será señal de que no has amado jamas.

Rafael. Pluguiera á Dios!

Juan. Sí, á tu modo.

Rafael. Si hay dos modos, vive Dios que era el mejor; pero no se me acuerda que el amor me hiciese faltar nunca de mi puesto; ni aun despues de la gloriosa jornada de Pavía, cuando haciamos zafarrancho de las milanesas; y puedo jurar con todo á vuestra señoría que el dia de nuestra partida las morenas de aquella tierra no podian decir como nuestro prisionero: *Todo se ha perdido menos el honor.*

Juan. Oh! Francisco I! Gran rey, que admiro mas todavía por sus defectos que por sus raras prendas. Ese sabia amar.

Rafael. Y se batia como un leon, *capo di dio*!

Juan. Parece que no se te olvidó todavía el italiano!

Rafael. Pardiez! Sé jurar en todas las lenguas: y es gran recurso en el estrangero.

Juan. Vive Dios que no lo haces mal en castellano; acuérdate sino del dia en que el viento jugando con el manto de doña Florinda dejó por primera vez su rostro á cubierto en el paseo, y nos mostró la mas peregrina belleza de que pueda envanecerse la Andalucía.

Rafael. Cuerpo de Cristo! No os dije yo que era andaluza? Dónde hay ojos...

Juan. Y los suyos, Rafael! Oh! me enloquecen de amor y de placer.

Rafael. A vuestra edad, señor, decia yo otro tanto. Pero adónde os llevará ese galanteo.

Juan. Galanteo, Rafael? Galanteo osas llamar al amor mas ardiente y mas puro que ardió nunca en pecho castellano? Cuál mayor prueba le pides á esa pasion que este mismo papel que me hace su violencia representar? Creiste por ventura que la hipocresía repugne menos á la fiera condicion de un hidalgo bien nacido, que á la llaneza de un soldado de los viejos tercios de Flandes y de Italia? Y con todo, para burlar la vigilancia de mi padre cedí á los malos consejos de Domingo.

Rafael. No hay como un santurron para tentaros á pecar.

Juan. Yo compré los escrúpulos de su conciencia y la imbécil aficion de Ginés. Yo revestí el esterior de una vocacion que no tengo, pésia á mi alma; debajo de esa máscara, que me lastima, supe encubrir...

Rafael. Los paseos nocturnos, las serenadas... los eternos plantones al lado del poste de la iglesia.

Juan. Ah! donde le ofrecia el agua bendita... pero confiesa que jamas dedos mas hermosos de muger han desnudado el guante para tocar los de...

Rafael. Los de caballero mas galan.

Juan. Mas enamorado, Rafael, mas enamorado. Cómo pudiera tanta constancia no conquistarme su afecto? Cómo pudiera haberme negado la puerta de su casa, á su vuelta de Madrid, adónde estuvo en poco que mi locura y mi desesperacion no la siguiesen. Si mas la ví, mas conocí que no me era posible pasar sin verla. No hay otra doña Florinda; no es la pasion quien me ciega: hay en ella, ora hable, ora calle, un no sé qué, que me tiraniza y me encadena á sus plantas para siempre. Es forzoso, Rafael, es forzoso que sea mia.

Rafael. En buen hora, quién lo estorba? acabad una vez, como yo empezaba siempre.

Juan. (*Con altanería.*) Será mi muger; nos ofendes á entrambos.

Rafael. (*Aparte.*) Tiene á veces un modo de mirar que me impone.

Juan. Sí; y pues tengo su consentimiento, mañana mismo habré de ser dichoso.

Rafael. Mañana! Reparad con todo en los obstáculos...

Juan. Me agradan los obstáculos. Una boda secreta ade-

mas no presenta ninguno. A mal dar, si mi padre lo llega á saber, y me deshereda, tengo aun mi espada, de que me enseñaste á servirme. Ella bastará para conservar el lustre de un apellido que nadie puede robarme, y para volverme los bienes que la fortuna vária me arrebate. Ya hizo su deber la noche que encontré junto á la puerta de doña Florinda aquellos desdichados que se me antojaron alguaciles del santo oficio.

Rafael. Mal año! nos las habremos con el inquisidor general? Mejor quisiera habérmelas con el diablo!

Juan. Porque no crees en él.

Rafael. Sí creo; pero el diablo, señor, no quema mas que los muertos, y el gran inquisidor quema á los vivos.

Juan. Dices bien; pero qué te hizo ese papel, que tan mal le tratas?

Rafael. No me acordaba: el pobre pagaba vuestras locuras. Domingo lo echó por debajo de la puerta. Esa al menos no pasará la visita de don Raimundo Tariz, el director de Correos, y el hombre mas curioso del reino.

Juan. Con otras se desquitará.

Rafael. (*Mientras que don Juan lee.*) Es una manera de confesor nombrado por el rey para toda la monarquía. Bien se puede decir de nuestro soberano que con ese director de Correos sus humildes vasallos no tienen secretos para S. M.

Juan. Convídame don Fernando Rivera á una batida, y en soto de S. M. En mala sazon por cierto.

Rafael. Y en soto de S. M. Reparad, señor, que la última hubo de costarnos cara. Pardiez! Mejor quisiera haber muerto diez hereges en sus reinos que una liebre en sus sotos.

Juan. Necio estás! Si no fuera por el riesgo, quién iria por la pieza á correr el monte. El peligro, el peligro! Hé ahí el placer: en duelo, en batalla, en batida, venga como bien le parezca, para mí será siempre bienvenido. Si hubiese nacido rey, Rafael, estaria estrecho en mis estados; no acertaria á respirar anchamente sino en los de mis vecinos.

Rafael. Asi era yo en matrimonio. Vive Dios! Y que el hijo de un señor tan pacífico abrigue sentimientos tan atrevidos!

Juan. Eso te asombra?

Rafael. No se qué fantasías se me pasan por la cabeza cuando veo un hijo que no se parece á su padre. Pero dame siempre tentacion de risa.

Juan. Escuchemos. No oiste ruido... Alguien llega.

Rafael. A estas horas? Sí por cierto...

Juan. Será don Fernando Rivera! Grande indiscrecion! (*Corriendo hácia la ventana.*) No; dos caballeros que no conozco.

Rafael. (*Que le ha seguido.*) Gran sombrero; capas pardas... figuras son misteriosas; alguna grave visita de don Rodrigo.

Juan. Cuidemos que no nos sorprendan aqui. Vamos de esta pieza, ayúdame á vestir el disfraz de la vocacion y á desnudar este trage. Tomemos un aire santo y bienaventurado.

Rafael. Trabajó os mando!

Juan. (*Deteniéndose.*) Padre mio! Le engaño y le amo sin embargo. Ah! Rafael, si en vez de ser padre, fuese tio...

Rafael. Podria alabarse de tener por sobrino el pecador mas incorregible de todas las Españas. Pardiez, si este entra jamas en un convento...

Juan. Será en un convento de monjas.

Rafael. Ahí os seguiré, sor Juana.

Juan. Sí, fray Rafael; para absolverme de mis pecados; no ha de faltarme tarea. (*Entrándose.*) Adentro, Rafael, adentro!

Rafael. (*Siguiéndole.*) Lindo fraile habiamos hecho!

ESCENA V.

FELIPE II. DON PEDRO GOMEZ. DOMINGO.

Felipe. Decid á vuestro amo que el conde de Santa Fiore quiere hablarle.

Domingo. Don Rodrigo llega ahora de un largo viaje; está recogido, y temo que vuestra señoria tenga mucho que aguardar.

Felipe. Aguardaré.

Domingo. Salvo sea el respeto que debo á vueseñoría...

Felipe. No veis ya que aguardo?

Domingo. Pardiez! No parece con todo que le coge acostumbrado.

ESCENA VI.

FELIPE II. DON PEDRO GOMEZ.

Felipe. (*Arroja su capa sobre un sitial, y se sienta.*) Cuán largas son las últimas leguas en un viaje.

Gomez. Como todo lo que se desea ver concluir. Ya estamos, señor, en casa del antiguo criado de vuestro augusto padre. Asómbrame que aquel monarca hubiese podido escoger semejante consejero.

Felipe. Vuestro asombro fuera justo si los reyes, cuando escogen un consejero, se obligasen á seguir ciegamente sus consejos.

Gomez. Discrecion, probidad... convengo en ello.

Felipe. Y eso es nada, don Pedro?

Gomez. Pero sin carácter.

Felipe. Los que tienen demasiado gustan de servirse de los que no tienen ninguno.

Gomez. Un hombre á quien hace titubear el menor riesgo, á quien desconcierta el primer obstáculo, harto convencido de su destreza para no ser fácilmente engañado... tan alta reputacion, en fin, y tan poco merecida... eso es, señor, ganar en juego sin poner.

Felipe. Parécese á otros muchos á quienes engrandece la mano que los mueve; y si esta los suelta, de grandes que parecian, caen en el abismo de su medianía.

Gomez. V. M. hace el retrato de sus ministros... osaré preguntar á V. M. si la profunda meditacion en que le veo sumergido... acaso el jóven don Juan...

Felipe. (*Levantándose.*) Oh! el fastidio me pesa. No puedo permanecer en un sitio. Por qué la habré visto? Ah! Por qué la habré visto? Tú fuiste quien me dijo en el soto de Manzanares: «Miradla, señor, qué gentil belleza.»

Gomez. Señor, su recuerdo persigue todavía á V. M.

Felipe. No, no; no pienso ya en ella; no quiero pensar en ella... como deciais, don Juan llenaba mi pensamiento.

Gomez. La fuerza de la sangre habló tal vez, y el corazon de V. M. se conmueve en el punto en que va á decidir su suerte.

Felipe. Y qué especie de sentimiento me pudiera conmover? Héle por ventura conocido bastante para quererle? Dió-

me acaso ocasion de aborrecerle? Qué bien me hizo? Y cuáles pudieron ser sus delitos contra mí?

Gomez. Uno cometió, señor, uno solo.

Felipe. Y cuál?

Gomez. El de haber nacido.

Felipe. No gusto de que adivinen mis pensamientos; pero por la salvacion de mi alma os juro que decis bien. Ese es su delito; la misma sangre corre en nuestras venas. Holgábame de ser solo... pero empeñé mi palabra, prometí sobre los santos Euangelios...

Gomez. Roma en tierra puede dispensar de todo juramento...

Felipe. Roma! Me humillo ante el poder de Roma, pero Roma no hace nada de balde.

Gomez. Verdad profunda!

Felipe. Veré á don Juan; leeré en su alma; si es quien debe ser, le reconozco, y el celibato voluntario sepultará bajo las dignidades eclesiásticas su nacimiento, sus pretensiones y su posteridad. Pero si sorprendo en él la menor inclinacion á las pompas y placeres del siglo, si el espiritu de rebelion le anima, le olvido; y á poco que hubiese penetrado el misterio de su cuna... Dios me inspirará!

Gomez. Entiendo.

Felipe. Asi pudiera sacudir otros recuerdos tan fácilmente como el suyo! Habré hecho por ella lo que por ninguna otra muger. Dos veces la seguí encubierto debajo de un disfraz: me confundí entre la muchedumbre para no perder su huella, y todo por tus consejos, y todo en balde.

Gomez. Pudiera yo creer, señor, que aquella jóven doncella, ó aquella viuda, pues que aun ignoro su estado, se escapase á mis pesquisas?

Felipe. Los lutos os engañaron: oh! no, no es viuda: es una belleza en el candor de la primera edad. Viuda! Me matarian los zelos del tiempo pasado... pero por qué me hablais siempre de ella, don Pedro.

Gomez. V. M., señor, fue quien primero...

Felipe. No hay pendiente ningun negocio, ninguna noticia que pueda ocupar mi pensamiento?

Gomez. Una sola, señor, tocante á la fé.

Felipe. A la fé! Hablad, hablad.

Gomez. Me escriben que en uno de los valles del Piamonte varios vasallos de V. M. han sido sospechados de heregía. Hé aqui la contestacion.

Felipe. Oh! es larga, demasiado larga. Nada de proceso; en materia de religion, don Pedro, no cabe discusion, sino sentencia: no es menester un juez; sobra con un verdugo. Larguísima, os lo repito.

Gomez. Dicte V. M.

Felipe. Cuatro palabras. «*Todos á la horca.*»

Gomez. V. M. ahorra mucho trabajo á su secretario.

Felipe. Un sacerdote para asistirlos en el artículo de la muerte, si se muestran arrepentidos; si quieren discutir, el verdugo.

Gomez. Con razon se dice que V. M. es el mas firme apoyo de la fé católica.

Felipe. El cielo me seria tal vez deudor de una recompensa. Pero quién sabe, Gomez, si no serás tú el instrumento de su misericordia. No me has dicho que mi tormento tendria fin aqui? No traes informes seguros? No crees que habita en Toledo? Es cierto, ó es falso?

Gomez. Asi lo creo, señor, y esta noche algunas de mis gentes han debido hacer pesquisas para descubrir su morada.

Felipe. Lógralo, Gomez, y mi gratitud no reconocerá límites; porque quiero descubrirte las flaquezas todas de mi corazon: esa muger me persigue, es mi angel malo, es un sueño que me devora; estoy poseido de ella. Su imágen se interpone entre mí y el Dios mismo que me escucha... hoy mismo, hoy tambien he omitido mis oraciones. Oh! no; este estado no puede ser duradero, porque es intolerable; haria peligrar mi vida en este mundo y mi eternidad en el otro: de tí depende, Gomez, mi vida y mi ventura. Haz que yo la vuelva á ver, y tesoros, grandezas, todo es tuyo. Te cubrirás delante de mí, te verás tuteado por el duque de Alba....

Gomez. Que con tanto placer me repite un *vos* á cada palabra; ó esa muger no existe ya en la tierra, ó habré yo de encontrarla.

Felipe. Id con Dios; oigo á don Rodrigo; triunfad, don Pedro, y recordad las promesas de vuestro señor. (*Aparte.*) Vanidad humana! Va á revolver la tierra, y todo por oirse tutear de un hombre á quien detesta.

ESCENA VII.

FELIPE II. DON RODRIGO.

Rodrigo. El señor conde disculpará mi tardanza... Qué veo! Es V. M? (*Poniendo una rodilla en tierra.*) V. M. se ha dignado...

Felipe. Alzad. Deponed el respeto debido á la magestad: el rey le renuncia, y el conde de Santa Fiore no tiene derecho á él. Habeis pasado á Madrid, y habeis hecho mal.

Rodrigo. Pero señor...

Felipe. (*Con impaciencia.*) Mal, os digo, muy mal. No he olvidado nada. Venir á recordarme una promesa, es suponer... que he podido...

Rodrigo. Lejos de mí, señor, tal pensamiento. Ruego á vuestra... á vuestra escelencia, que vea una disculpa de mi yerro en el afecto que profeso á mi discípulo.

Felipe. Estais perdonado. Espero que habreis guardado el secreto.

Rodrigo. Con escrupulosa lealtad.

Felipe. Que habreis ejecutado puntualmente mis órdenes.

Rodrigo. Al pie de la letra; y el cielo ha querido que el éxito sobrepujase á mis esperanzas. Puedo sin vanidad presentaros, señor, en don Juan un modelo de crianza cristiana.

Felipe. Mucho decís.

Rodrigo. Un mancebo piadoso, asi desprendido de las vanidades del siglo, como poco apegado á sus placeres. Consume las noches y los dias en la meditacion, la pension que le dais en limosnas, y su tiempo en oraciones; en él se funden en fin la timidez de una vírgen, y el fervor de un cenobita.

Felipe. Es decir que es el mejor cristiano del reino.

Rodrigo. (*Inclinándose.*) Despues de S. M.

Felipe. Y del obispo de Cuenca, espero.

Rodrigo. (*Inclinándose de nuevo.*) Despues de S. M. y del confesor de S. M. Es tanto, señor, que temo que los honores y dignidades de la iglesia que le estan reservados ofendan su humildad: tal es su vocacion por la oscuridad del claustro.

Felipe. No hay mal en eso. Si lo que decís es cierto, como

creo, voy á reconocer y á estrechar en mis brazos á un hermano; pero quiero antes juzgar de su verdadero estado por mí mismo.

Rodrigo. Bien podeis, señor, desde este punto. A cualquiera hora que se le sorprenda se le hallará ocupado en sus deberes religiosos.

Felipe. Vale mas que yo entonces. Me recordais, don Rodrigo, que hoy no he cumplido con los mios. Grave penitencia es acusarme delante de vos de esta omision; hágolo por tanto humildemente; pero encaminadme á una pieza retirada donde pueda recogerme en el Señor, y reparar mi falta.

Rodrigo. Permitid, señor, que os preceda...

Felipe. No; quedaos; preparad el ánimo de vuestro discípulo para recibir al conde de Santa Fiore, única persona que de hoy mas tendrá derecho sobre él. Ni una palabra mas. Tocante á su vocacion por el claustro, desde hoy quiero que quede satisfecha: podeis anunciárselo.

Rodrigo. Puesto que rehusais, señor, mis humildes servicios... (*Llamando.*) Domingo! (*A este, que entra.*) Conducid á S. E. al estremo de la galería en el oratorio de don Juan. (*Al rey.*) Allí os vereis rodeado de los objetos de su diaria veneracion. (*Le acompaña, inclinándose repetidas veces.*)

Felipe. Está bien, señor don Rodrigo, está bien. Basta. (*Con intencion.*) Sobra!

ESCENA VIII.

DON RODRIGO. *Despues* DON JUAN.

Rodrigo. Llegó el dia grande! Libre ya del peso de un secreto de que siempre recelé, mis sueños volverán á ser tranquilos. Mi discípulo subirá á ocupar el alto puesto que le es debido, y yo volveré á la reposada posesion de mi retiro. He de llorar de gozo. (*Abriendo la puerta de don Juan.*) Don Juan, mi querido don Juan, salid... venid presto!

Juan. Padre mio; cuán dichoso me hace vuestra presencia!

Rodrigo. Mas dichoso es quien puede estrecharos en sus brazos y anunciaros una nueva que ha de colmar vuestro gozo.

Juan. Qué nueva?

Rodrigo. El mas ardiente de vuestros votos va muy pronto á realizarse; dentro de algunas horas entrareis en el monasterio.

Juan. En el monasterio! dentro de algunas horas! Y esa resolucion es irrevocable?

Rodrigo. Tanto, hijo mio, que ni consideraciones de ternura, ni poder humano fueran bastantes á removerla.

Juan. En tal caso, es forzoso deciros toda la verdad. Cansado estoy ya ademas del papel que me impuse, y de la máscara importuna: tiempo es ya de desnudar apariencias mentidas que me envilecen á mis propios ojos.

Rodrigo. Qué hablais de máscara y de apariencias...? Qué quereis decir, don Juan?

Juan. Que os engañaba, padre mio.

Rodrigo. Vos?

Juan. Hace seis meses que os engañaba: ese fervor que hizo vuestro asombro, esa piedad acendrada, todo era, señor, mentira. Amo la libertad con la misma vehemencia con que aborrezco la estrecha esclavitud del claustro: sí, la amo con frenesí, sin límites. La vida me es menos grata que la libertad; el aire que respiro es menos necesario á mi existencia. Considerad, pues, ahora que si he podido humillarme hasta mentir por gozar de ella en secreto, todos los suplicios del mundo no me harán vacilar para defenderla á viva fuerza.

Rodrigo. Qué escuché...? Vos, don Juan! Dios mio!

Juan. Perdon, padre mio, mil veces perdon! ah! Creed, señor, que esa odiosa industria repugnaba mas todavía á mi ternura filial que á mi orgullo de hombre. Pero por qué pedirme virtudes superiores á mis fuerzas? Nada, señor, mas respetable que un ministro del Altísimo, digno de tan sublime mision. Asi son tan raros, padre mio; pero yo siento en mí la imposibilidad de imitarlos, y la necesidad de deciros en medio de mi desesperacion: «Soy incapaz, señor, de tanta virtud; no puedo, padre mio, no puedo!!»

Rodrigo. Oh! moderaos por Dios, don Juan, yo os suplíco: no incurrais en la exageracion: la iglesia, madre prudente, no exije de sus hijos todos iguales sacrificios. Los hay predestinados por ella á los honores, y aun á la gloria. Habré de citaros el ejemplo de nuestro inmortal cardenal Jimenez? Y tocante á los placeres inocentes del mun-

do, puedo afirmaros que conocí en Roma muchos de sus colegas que no se privaban de ellos, que vivian de todo en todo como vos y como yo, y sin que fuese mal visto.

Juan. Como vos, padre mio, es posible; pero cómo yo! ah! Pretendeis, señor, que introduzca yo en el claustro desórdenes apenas tolerables en vuestra casa? Quereis que encubra bajo el hábito monacal lo que era solo flaqueza en mí, y lo que sería crímen en él?

Rodrigo. Cielos! Don Juan, qué intenciones me suponeis?

Juan. O habria de luchar de contino con pasiones que jamas sofocaré, y doblar la cerviz á una obediencia ciega, á cuya sola idea todo mi ser se rebela. El último grado de la infamia ó de la desdicha; hé ahí lo que me proponeis. Oh! no, no; vuestro corazon de padre se conmoverá; jamas lo permitireis.

Rodrigo. El asombro me embarga la voz.

Juan. Y por qué lo permitiriais? Que razon, que no penetro, os lleva á sacrificar vuestro hijo único, el único heredero de vuestra casa? O me juzgais por ventura indigno de sucederos. Ah! desengañaos, señor, un porvenir brillante me espera acaso: siento en mí un deseo insaciable de gloria y de felicidad que no me engañará. Seré el orgullo de vuestros ancianos dias. Padre mio, os sentireis rejuvenecer algun dia entre mí y una muger digna de mi amor y de vuestro cariño,

Rodrigo. Una muger!

Juan. En el seno de una familia nueva, de mis hijos; sí, de mis hijos, que no os amarán menos que yo.

Rodrigo. Una muger! De sus hijos! Dios de bondad! Habeis perdido la cabeza, don Juan?

Juan. Ah! me arrojo á vuestras plantas... dadme á besar esas manos que tantas caricias me prodigaron, que tantas veces me bendijeron.

Rodrigo. Me espanta y me enternece á un mismo tiempo.

Juan. No las retireis de mí, dejad que mis lágrimas las rieguen. Ah! Padre mio, llorais...? No pronunciaréis la sentencia de mi muerte, no mataréis á vuestro hijo...

Rodrigo. (*Llorando.*) Mi hijo! mi querido hijo...! Ah! Don Juan, no soy vuestro padre.

Juan. (*Que se levanta.*) He oido bien? no seis mi padre?

Rodrigo. Don Juan, habeis salido de una casa mas ilustre que la mia, y el que os dió el ser...

Juan. Quién es? Dónde está? Hablad, presto, responded.

Rodrigo. Ah! Don Juan, no pertenece ya á este mundo. (*Aparte.*) Puedo afirmarlo sin mentir.

Juan. Le perdí!

Rodrigo. Pero transmitió sus derechos y su autoridad entera al conde de Santa Fiore, que acaba de llegar, y á quien vereis dentro de poco. Nadie puede, sino él, descubriros el secreto de vuestro nacimiento; es un señor poderoso, respetable, y cuyas órdenes deben ser para vos sagradas.

Juan. Vos no sois mi padre! (*En el colmo de la alegría.*) Con que soy libre?

Rodrigo. No por cierto. (*Aparte.*) Y el rey que puede sorprendernos de un momento á otro!

Juan. (*En el mismo tono.*) Soy dueño de mis acciones.

Rodrigo. Aun menos. Yo que creí calmarle...!

Juan. De hoy mas puedo hacer, podré decir cuanto me ocurra.

Rodrigo. Guardaos bien. Respetad al conde de Santa Fiore; en ello va vuestro porvenir, vuestra fortuna...

Juan. Mi libertad antes que todo.

Rodrigo. Vuestra vida...

Juan. Antes que todo mi libertad! Jamas fui mas dichoso! (*Abrazando á don Rodrigo.*) Si supiérais cuánto os amo desde que no es deber el respetaros.

Rodrigo. Perdió el seso. Por Dios, moderaos, hijo mio: no le opongais una resistencia prematura... ganemos tiempo al menos; por piedad, fingid... (*Viendo al rey.*) Cielos! él es! Buen modelo de virtudes cristianas le presento!!!

ESCENA IX.

DON RODRIGO. DON JUAN. FELIPE II.

Felipe. Este es vuestro discípulo, señor don Rodrigo?

Rodrigo. Este es, señor conde, el jóven... el mancebo don Juan que... (*Aparte.*) No sé lo que me digo. (*Al rey.*) Vuecelencia me encuentra conmovido... la idea de una separacion nos ha enternecido á tal punto á uno y á otro...

Felipe. Lo comprendo. (*Aparte examinando á don Juan.*) Mucho se parece á mi padre! mas que yo: esta semejanza me ofende.

Juan. (*Aparte mirando al rey.*) Severo gesto el del conde! no me agrada!

Felipe. (*A don Rodrigo.*) Si gustais dejarnos juntos...

Rodrigo. Vuecelencia no se sorprenderá si en el punto de partirse manifiesta en su conversacion un pesar...

Felipe. Es natural.

Rodrigo. Si gustais que yo me quede, podré esplicaros....

Felipe. Quiero que se esplique él mismo; de su boca quiero conocerle.

Juan. (*Aparte.*) En dos palabras lo conseguirá.

Rodrigo. Me retiro: (*Bajo á don Juan.*) don Juan, por piedad no le opongais resistencia,

Felipe. (*Con firmeza.*) Dejadnos; don Rodrigo, yo os lo ruego.

Rodrigo. Obedezco. (*Aparte.*) Ya estan uno en frente de otro. Dios nos ampare!

ESCENA X.

DON JUAN. FELIPE II.

Felipe. (*Aparte.*) Por mas hábil que sea, he de descubrir el último doblez de su corazon (*A don Juan, sentándose.*) Acercaos. (*Don Juan va á tomar un sitial y viene á sentarse á su lado.*)

Felipe. (*Despues de haberle mirado un instante, aparte.*) Sea: no me conoce. (*Alto.*) Mucho bien me dijeron de vos, señor don Juan.

Juan. Quisiera yo mejor, señor conde, que os hubieran dicho un tanto de mal; me sería mas facil entonces dejar airoso el concepto que de mí teneis formado.

Felipe. Eso es humildad. Y una de las virtudes por cierto que deseaba yo mas ardientemente hallar en vos.

Juan. Sois cortés; tengo mas de franco que de humilde.

Felipe. Prenda es esa de que mucho gusto tambien, y quiero ponerla á prueba. Habeis meditado mucho, don Juan...

Juan. Yo...!

Felipe. Mucho, lo sé. Decidme, cuál ha sido el resultado de vuestras meditaciones? á qué carrera os inclina mas particularmente vuestra aficion? Confesadme los planes que en vuestros ratos de soledad habeis formado para vuestro

porvenir, y hasta los mas íntimos sentimientos de vuestra alma generosa. Esplicaos sin disfraz.

Juan. Nada os quedará que desear. Partamos de un punto, si os place; en la vida no hay mas que tres cosas: la *guerra*, las *mugeres* y la *caza*.

Felipe. Cómo? Repetid; he oido mal sin duda.

Juan. O las mugeres, la caza y la guerra; en el órden que os parezca, con tal que no falte nada.

Felipe. Me respondeis seriamente?

Juan. Tal cual me preguntais: no puedo decir mas.

Felipe. Al menos confesareis que esa es singular disposicion para entrar en el convento.

Juan. Asi es, que no se me pasa tal idea por la imaginacion, y primero pegaria fuego á todos los conventos de España, que hacer mis votos en ninguno de ellos.

Felipe. (*Levantándose rápidamente.*) Misericordia! Qué vocacion!

Juan. (*Con calma, y dando con el dorso de la mano en el sillon del rey.*) Sentaos, sentaos pues. Es la mia; vocacion á la rebelion contra todo lo que pueda coartar mi independencia ó mis placeres; vocacion de cuerpo y de alma para todo cuanto puede hacer dulce ó gloriosa la vida.

Felipe. En tal caso, don Rodrigo se ha burlado de mí.

Juan. No tal; burlarse el buen señor! Yo soy quien le he burlado á él, y de ello me acuso con esa misma humildad que os agrada, y esa franqueza que os es particularmente grata.

Felipe. (*Con severidad.*) Señor don Juan! (*Aparte sentándose.*) Pero sigamos hasta el fin.

Juan. Paréceme haberos procurado cuantos datos necesitabais acerca de mis principios: añadiré á esto que á la presente estais mas adelantado que yo en mis asuntos propios, puesto que sabeis quién soy, y que yo lo ignoro. Dignaos, pues, instruirme, á fin de que pueda yo conocerme por lo menos tan bien como me conoceis vos mismo.

Felipe. Vuestro padre al revestirme de su autoridad sobre vos, impuso á la revelacion de ese secreto condiciones....

Juan. Que adivino, y que os dispenso de referir; pero mi padre no sería un despóta.

Felipe. Qué sabeis?

Juan. Estraño modo de hacérmele querer!

Felipe. Acaso tenia derecho para serlo.

Juan. El rey mismo no lo tiene. Si mi padre viviese todavía, él, de cuya autoridad se trata de abusar, él mismo se avergonzaría de convertirla en tiranía.

Felipe. Se os ha dicho que ya no vivia.

Juan. Por mi desgracia; pero muerto él, no soy deudor á nadie del sacrificio de mis inclinaciones y de mi dignidad.

Felipe. Quiero recordaros con todo que pende de vos el ser alguna cosa en el mundo, ó el quedar sumido en la nada.

Juan. Y yo os repondré que no permanece hombre de nada, quien nació hombre de corazon. La mas ilustre cuna no vale el precio á que me quieren vender la mia. De qué se trata? De una herencia que se me niega? Me pasaré sin ella. De un nombre que quieren venderme caro? Con mi sangre granjearé otro mas barato. Hablad pues ahora, si os place. No quereis? Sois libre, pero acabemos. (*Levantándose.*) Y á Dios, conde de Santa Fiore. El hombre de la nada no ha menester de vos para llegar á ser alguna cosa.

Felipe. (*Con calma.*) Sentaos ahora vos, sentaos, y departamos sin enojos. Es pues invencible vuestra inclinacion á las armas?

Juan. Invencible; soy castellano; harto os digo. Tildadme de ambicioso; no lo niego; lo soy. Haced mofa de mi orgullo; os doy licencia: porque á pesar de la nada en que estoy sumido, paréceme que nací mas para mandar que para obedecer. Sabré con todo ser soldado; pero sois poderoso, y si mi padre con su autoridad os hubiese transmitido juntamente un resto de su ternura, no llevaría el mosquete largo tiempo.

Felipe. Verdad es que yo pudiera adelantaros en las armas.

Juan. (*Apretándole la mano.*) Hacedlo, pues; qué aguardais? y contad para siempre con mi agradecimiento.

Felipe. (*Que retira suavemente su mano, sonriéndose.*) No empeño mi palabra, pero tampoco digo que no.

Juan. Eso ya es algo. Vuestra severidad pone mas de diez años entre nosotros dos; pero si yo estoy en la edad de los devaneos, vos estais todavía en la edad en que se perdonan; siempre presumí, señor conde, que dos jóvenes acabarian por entenderse.

Felipe. Pero habéisme abierto vuestra alma de par en par? Decidme, el amor de la libertad es el único amor que os aleja del claustro? Os lo pregunto á fuer de amigo.

Juan. Antes de responder á esa pregunta, muy amistosa por cierto, de buena gana os haria yo dos, no menos amistosas en verdad.

Felipe. Y cuáles?

Juan. Habeis amado vos, conde de Santa Fiore?

Felipe. Cierto que sí.

Juan. Y amais todavía?

Felipe. Enhorabuena; os lo quiero confesar; amo todavía, y acaso mas que quisiera.

Juan. Amais! he ahí el lazo que nos acaba de estrechar. Yo tambien, señor conde, amo á la mas hermosa, la mas digna, la mas perfecta muger que hay en la tierra.

Felipe. Mejorando la mia, don Juan, si no lo habeis á enojo.

Juan. Enhorabuena; quiero desde ahora dar por sentado que ninguna de las dos es menos perfecta que la otra; pero estoy cierto que si no participais de mis sentimientos hácia la mia, no podreis al menos cerrar las puertas á la admiracion.

Felipe. Aun para eso sería forzoso conocerla.

Juan. Mucho pedís. Con todo, escuchad: tan ciega confianza tengo en el imperio que ejerce sobre cuantos pueden verla y oirla, que consiento en que volvamos á las pasadas condiciones. Hagamos un pacto. Si aprobais mi eleccion, dareis vuestro consentimiento á un proyecto de que mi dicha depende, y me direis el secreto que anhelo saber. Empeñad vuestra palabra.

Felipe. La empeño...! Sí, apruebo vuestra eleccion, y cuándo la he de ver?

Juan. Hoy mismo, y en su posada. No hay embarazo. Soy mayor. Si logro vuestro asentimiento será para mí ocasion de dicha y de orgullo; si no lo logro, de antemano os prevengo que tomaré el partido de pasarme sin él, mal mi grado, por supuesto; pero no os turbeis, conde, que no habeis de poderle resistir.

Felipe. Asi os lo deseo.

Juan. Vivo de ello seguro, y quiero anunciarle vuestra visita. Despues de los oficios, adonde vamos los dos, ella por Dios, y yo por ella, venid, si os place, y si otra cita no se opone, venid á buscarme á su posada: una casa nueva que vereis á la entrada de Toledo, el quinto balcon despues de la iglesia de San Sebastian...

Felipe. Os prometo no hacer falta. (*Aparte.*) Mi padre al menos no podrá decir que no obré en todo concienzudamente.

Juan. Á mas ver, pues, en casa de doña Florinda. Hoy comienza, conde, nuestra amistad, y yo os hablo con el corazon en la mano; os quiero ya como á un hermano.

Felipe. Deprisa vais en efecto.

Juan. Es condicion mia. Que he de amar ó aborrecer del primer movimiento.

Felipe. Yo no hago lo uno ni lo otro sino con buena razon.

Juan. Sois cortesano y yo no. (*Á don Rodrigo, que entreabe la puerta timidamente.*) Entrad; no sois siempre mi padre? Entrad, no cometereis indiscrecion.

ESCENA XI.

DON JUAN. FELIPE II. DON RODRIGO.

Rodrigo. (*Cortado.*) Me atreveré á preguntar á vuecelencia si está satisfecho.

Felipe. Os doy mil parabienes, señor don Rodrigo.

Juan. Algo habria que decir; pero el conde es indulgente, y ha tomado como prudente el partido que debia tomar.

Rodrigo. Será posible?

Felipe. Por lo menos me decidiré en todo el dia; pero negocios de importancia me llaman á otra parte: dadme licencia que os deje.

Juan. Conocemos la importancia de vuestros graves negocios; sabemos, señor conde, que no admiten detencion.

Felipe. (*Á don Rodrigo.*) Espero volver á veros en un punto á que me ha citado vuestro discípulo.

Rodrigo. No haré falta.

Juan. En casa de una persona que os ha de asombrar. El señor conde no hizo sino prevenirme...

Felipe. Os renuevo mis parabienes, don Rodrigo; vuestro discípulo os honra.

Rodrigo. Vuecelencia me lisonjea.

Felipe. Á mas ver, señor don Juan.

Juan. (*Le oprime la mano, y acompañándole.*) Á mas ver querido conde.

Rodrigo. (*Aparte.*) Le trata como á compañero.

ESCENA XII.

DON JUAN. DON RODRIGO.

Juan. (*Echándose en brazos de don Rodrigo.*) Permitid que os estreche en mis brazos: todo salió á medida del deseo. Pero á Dios quedad.
Rodrigo. Esperad; os dijo quién sois?
Juan. (*Volviendo.*) Aun no; prestadme vos ese servicio.
Rodrigo. Qué es lo que me pedis, hijo mio? He empeñado mi palabra, no es posible.
Juan. Decidme al menos el nombre de mi madre...
Rodrigo. Ah! En cuanto á vuestra madre, soy muy servidor vuestro, pero...
Juan. Como gusteis. El conde no hace tantos misterios, y hoy mismo me lo ha de revelar todo en casa de ella.
Rodrigo. De quién?
Juan. De vuestra nuera.
Rodrigo. Cómo?
Juan. Que estais de boda.
Rodrigo. De boda? Yo, don Juan?
Juan. Pardiez! mi buen amigo, no es por cierto la vuestra, pero la mia.
Rodrigo. Os casais!
Juan. Y espero que él será uno de los testigos, y vos el otro.
Rodrigo. Qué me proponeis, don Juan? Mucho me honrais
Juan. Ni mas ni menos que á él.
Rodrigo. Yo he de perder el seso: y el conde os presta su consentimiento?
Juan. Poco menos: es muy gentil hombre, y presto hemos de ser amigos íntimos. Á Dios, señor; vuelo á esperaros en casa de doña Florinda. Rafael os dará las señas de su posada.
Rodrigo. Cómo Rafael? engañarme despues de veinte años en mi casa!
Juan. Por afecto hácia mí.
Rodrigo. Y Domingo tambien...?
Juan. Por interes.
Rodrigo. Y Ginés, tal vez...

Juan. De necio: perdonadlos; si me conservais afecto, reparad que fueron ocasion de mi contento.

Rodrigo. Oh humillacion! Mis tres criados! Se dirá que un antiguo consejero despues de una vida entera consumida en habérselas con los mas diestros, acabó por ser juguete y escarnio de tres imbéciles!

Juan. Respetable don Rodrigo, calmaos: no hay escollo como un necio para el hombre de ingenio, si la confianza le ciega sobre todo. Quedad con Dios; corro á tomar mi espada, y vuelo á las plantas de doña Florinda.

ACTO SEGUNDO.

Casa de doña Florinda: cámara alhajada á la moruna.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA FLORINDA. *(Acaba de vestir el trage de boda.)* DOROTEA.

Dorotea. Nunca mas bella. *(Haciéndose atrás para verla.)* ni mas apuesta.

Florinda. Dí, nunca mas dichosa, Dorotea.

Dorotea. Qué va á decir don Juan, el que os veia ya tan hermosa con los lutos?

Florinda. Con todo, estaba bien triste entonces; mi pobre padre acababa de dejarme sola en el mundo.

Dorotea. Conmigo.

Florinda. Sí, contigo, mi segunda madre, que no has cesado de velar sobre mi felicidad, que has sabido mantenerme en la fé de mis mayores, á esa fé á que he jurado eterna fidelidad entre los brazos de mi padre espirante.

Dorotea. Y bien os avino. El Dios de Jacob os galardona enviándoos un esposo de prendas tan aventajadas, mozo, galan, bien parecido, hidalgo ademas entre los hidalgos, y no en fin de esos que en estos tiempos afectan un esceso de religion mas cruel que la propia impiedad.

Florinda. Ah! Por qué ha de querer mi desdicha que ese sea en él un mérito á mis ojos?

Dorotea. Si no tuviera mas que ese, señora, yo os compadeciera; pero generoso, cuanto noble y valiente como los macabeos; desde nuestro viaje á Madrid me convencí de la falta que os hace un protector.

Florinda. Ese viaje tú le dispusiste.

Dorotea. Cierto: no se habia de hacer nada para recobrar las sesenta mil doblas prestadas al emperador Carlos V por vuestro padre, y...

Florinda. Qué esperanza podíamos abrigar? despues, sobre todo, de su abdicacion.

Dorotea. En buen hora que abdicase su corona... pero sus

deudas! no podriais escribirle á su retiro? profesaba buen afecto á vuestro padre, y aunque fraile, quién sabe si no seria agradecido?

Florinda. (*Sonriéndose.*) Piensas que un fraile ha de ocuparse de intereses de este mundo?

Dorotea. (*Arreglando las flores del peinado de su ama.*) Lindas flores! Qué bien van á vuestro rostro! cuán frescas y cuán lozanas!

Florinda. Pero falsas, Dorotea!

Dorotea. Tanto mejor; eso mas tardarán en marchitarse.

Florinda. Falsas como mi nombre, como mi dictado, como las ofrendas que tributo á Dios en los templos de los cristianos.

Dorotea. Bien podeis hacer sin escrúpulo lo que el noble Ben-Jochai, vuestro padre, hacia antes que vos: digo noble, porque lo era de corazon; pero castellano en la iglesia, bajo el nombre de Sandoval, judío en su casa con el suyo propio, supo vivir en paz con la inquisicion, sin poner contra sí el Dios de Israel. Hizo bien en abjurar; todo era una restriccion mental mas ó menos.

Florinda. Pero engañar al objeto de nuestro amor?

Dorotea. Volveis á esa fantasía!

Florinda. Oh! siempre, siempre! al lado suyo, y lejos de él, esta idea me persigue como un remordimiento: qué de veces quise confesárselo todo: detuviéronme unas veces tus razones: selló mis labios otras el temor de verme desdeñada.

Dorotea. Qué importa que os quiera bien bajo el nombre de doña Florinda ó bajo el de Sara.

Florinda Sara...! ese nombre fatal...

Dorotea. Os sonrojaría...?

Florinda. No á mí; pero no quiero que tenga que sonrojarle á él.

Dorotea. Razon de mas para ocultarlo.

Florinda. Oh! no; hoy mismo lo sabrá.

Dorotea. Guardaos bien de tal cosa: no habeis cruzado como yo el Zocodover de Toledo: no habeis visto los aprestos del auto de fé que ha de verificarse dentro de tres dias. Sabeis que sois perdida, que sois muerta, mi querida Sara, sí, y cruelmente, por poco que os sospechen de judaismo?

Florinda. Y quién habia de denunciarme? Bien pudiera

don Juan dejarme, pero venderme!! No lo pensaste, Dorotea...

Dorotea. No, por vida mia!

Florinda. Todo lo sabrá.

Dorotea. Aun? Qué haceis?

Florinda. Escribir á don Juan.

Dorotea. Para qué, si le habeis de ver?

Florinda. Y tendré ánimo para hablarle?

Dorotea. Daos priesa, pues... (*Yendo hácia la ventana.*) Oh! daos priesa, que él propio viene hácia esta parte. Él es!

Florinda. (*Levantándose.*) Don Juan?

Dorotea. El mismo; viérasle correr! Ya llega, háceme seña de bajar: gran muestra de gozo da su rostro.

Florinda. Dorotea, debo acabar esta carta?

Dorotea. Ah! no, no... corro á abrirle, y os le traigo.

ESCENA II.

DOÑA FLORINDA.

Guardar con todo un secreto que ha de amargar su dicha eternamente! por un punto de flaqueza, un suplicio de todos los dias; de toda la vida! Oh! no, imposible. Pero si en el esceso de su amor... ah! esta idea me quita la respiracion. (*Mirando al espejo.*) Paréceme sin embargo que no se ha perdido todavia...! Si pudiese hoy parecerle mejor que nunca! ah! cobremos ánimo... aun espero!!!

ESCENA III.

DOÑA FLORINDA. DON JUAN. DOROTEA.

Juan. Llego, por ventura, tarde?

Florinda. Y cuándo no, don Juan?

Juan. Si he de dar crédito á mi impaciencia, decislo por mí ó por vos?

Florinda. Por entrambos.

Juan. Oh cuánto es dulce el oirlo! Cielos! no hableis mas: dejadme, señora, que os contemple.

Dorotea. Y bien, señor don Juan? Esa es obra de mis manos.

Juan. Y de su belleza mas. Mas hechicera que nunca. Os quedais, Dorotea!

Dorotea. Empezais? Me sentaré á esta parte: pondré mis ojos en la labor, y el pensamiento á mil leguas de aqui. Os estorbo aun?

Florinda. No es mi segunda madre?

Juan. Pues lo quereis: oh! y hoy confieso que lo ha merecido, si bien para embelleceros poco ha tenido que poner de su parte.

Florinda. Al menos le habeis dejado el espacio.

Juan. Todavía? Sois injusta y cruel. Cosas han pasado hoy en casa de don Rodrigo, que á saberlas vos disculpariais mi tardanza. Ni espacio tuve de acudir á San Sebastian á deshacer la orden que habia dado.

Florinda. Qué decís?

Dorotea. Don Juan!

Juan. Sí, mi bien; no mas misterio! nuestra boda no será ya secreta, sino en el altar mayor, con pompa y con ceremonia.

Florinda. Consintió por fin don Rodrigo? Podré mostrarme al público ufana con vuestro nombre?

Juan. Mi nombre, hermosa Florinda! ah! nada deseo como podéroslo ofrecer; pero al haceros ese don, ignoro, por vida mia si es rico ó pobre el presente que os hago.

Florinda. Cómo pues?

Juan. No soy hijo de don Rodrigo, y quien sea mi padre lo ignoro.

Florinda. Hablais de veras?

Juan. De mí pende creerme un gran señor, segun dicen, hasta llegar á ser un eminentísimo; pero lo que hay de cierto es que en el punto en que os hablo, no soy nadie. Ved, señora, si confié ciegamente en vuestro amor. Vine tan tranquilo como si me fuera dado poner un reino á vuestras plantas, y en todo no puedo ofreceros sino la mano de un jóven sin fortuna, sin familia tal vez, y cuyo único derecho á vuestra preferencia es un amor que hará la dicha ó la desdicha de su vida.

Florinda. (*Levantándose.*) Eso me basta: en vos no quise bien, don Juan, sino á vos mismo: yo sola os serviré de familia; y tocante á bienes de fortuna, no tengo yo demas para los dos? El resto qué os importa?

Juan. Ah! no me engañé, Florinda, generosa Florinda.

Qué diera porque pudiera oiros en este instante el conde de Santa Fiore!

Florinda Quién decis?

Juan. Un severo personage, á quien debo, dicen, un respeto filial: representa para mí á mi padre difunto, y de buen grado reconozco en él su autoridad.

Florinda. Vos?

Juan. Con tal que use de ella como mejor me convenga.

Dorotea. Eso es otra cosa.

Juan. Lo espero aqui.

Florinda. Aqui?

Juan. Él ha de ser uno de mis testigos, y acaso el mas importante. Su poder es mucho con el rey, y á vos deberé el secreto de mi cuna, que él solo puede revelarme, y su apoyo, que me tiene prometido.

Florinda. Á mí?

Juan. No os costará nada, bien mio. Basta con agradarle.

Florinda. Cielos! Qué decis?

Dorotea. Un amigo del rey será devoto.

Juan. Sí, devocion de corte; sutil y acomodaticia. Hacedle buen recibimiento, granjead su afecto, y nada habré de temer por mí: solo temblaré por su dama, que es tambien enamorado.

Dorotea. No sois, pardiez, zeloso, don Juan. Ah! mi buen Daniel de otra suerte me hubiera hablado de un estraño el dia de nuestras bodas.

Juan. Tenia por nombre Daniel? Nombre de profeta.

Dorotea. No hagais escarnio de los profetas: mas verdades anunciaron que las que han dicho muchos cristianos en toda su vida.

Juan. No diriais otro tanto, Dorotea, si fuéseis judia.

Florinda. Y si lo fuese, no la volverias acaso á mirar.

Juan. Mucho pareceis interesaros por los judios.

Florinda. Y vos les deseais mucho mal?

Juan. No tal; pero mas de un amigo mio daria con toda la raza de Jacob en el fondo del mar Rojo. Y en verdad, qué mal habria?

Florinda. Don Juan... Yo, que juzgo sin prevencion, presumo que se esconden en ese pueblo perseguido tantas virtudes por lo menos como en sus perseguidores, y si tiene defectos...

Juan. Al menos está en el dia bien corregido del que arruinó el hijo pródigo.

Dorotea. Seguid, don Juan. Pero yo os puedo decir que conozco alguna doncella de su tribu que no se contenta como muchas hidalgas con hacer decir misas por las ánimas, sino que va ella misma á consolar y socorrer á los desvalidos...

Florinda. Dorotea!

Dorotea. Que reparte con ellos la mejor parte de su hacienda.

Juan. Tal vez no hace en eso mas que una restitucion.

Florinda. Ah! sois cruel, don Juan.

Juan. Bien podemos decirlo entre cristianos. Por mi parte confieso que el pueblo escogido del Señor no hubiera sido el que yo en su lugar hubiese elegido... (*A doña Florinda, que se ha sentado, y que escribe.*) Qué haceis, doña Florinda?

Florinda. Concluyo una carta.

Juan. Mucho os urge.

Florinda. Y mas me interesa.

Juan. Qué teneis? Os ha enojado lo que he dicho de los judíos...?

Florinda. Ah! don Juan, se los desprecia sin conocerlos, se los condena sin oirlos; son desdichados, en fin, y cuando milita la fuerza de una parte, y de otra la desdicha, os pronunciais, señor, contra los débiles. Jamás, don Juan, lo hubiera creido.

Dorotea. Sobre todo cuando el auto de fé que se prepara ha de hacer correr tanta sangre y tantas lágrimas.

Juan. Por vida mia! Doña Florinda, no me condeneis por una chanza. Juzgadme, mi bien, mas generoso; sea un hombre herege, judío ó musulman, puede granjearse mis burlas mientras es feliz; pero si sufre, puedo no pensar como él, mas sufro tambien con él, y para juzgarle dejo de ser cristiano, y de Castilla: soy hombre, soy su hermano para consolarle y darle amparo.

Florinda. (*Levantándose y cogiéndole la mano.*) Ah! don Juan, qué bien me haceis!

Juan. Ah! comprendo. Tendreis algun amigo entre esos desdichados que van á ejecutarse? Deberiais atenciones... Qué puedo yo para salvarle? disponed de mi brazo, de mi vida... mi sangre toda, no os pertenece?

Florinda. Dorotea... (*Haciéndole seña de salir.*)

Dorotea. Llegó el momento... Señor don Juan, antes de resolveros miradla bien.

Juan. Vive Dios que estoy confuso.

ESCENA IV.

DOÑA FLORINDA. DON JUAN.

Juan. Hablad, hermosa Florinda, hablad.

Florinda. Esta carta es para vos.

Juan. Para mí?

Florinda. Encierra un secreto que no hallé fuerzas de deciros.

Juan. Temblais, señora?

Florinda. Mal mi grado os dejo, don Juan. Mi presencia os pudiera atar las manos. Leedla, y ved que el temor de causarme pena no haga violencia á vuestros sentimientos. Sabré soportar lo que temo. Libre sois, don Juan; me entendeis? libre.

Juan. Qué estrañas razones? ya decidí... (*Queriendo abrir la carta.*)

Florinda. No, don Juan, no; cuando esteis solo; si vuestra respuesta es favorable, venid á dármela presto. Si fuese contraria, os diera pena el decirla. Huid entonces de esta casa sin volverme á ver. Si no os encuentro aqui sabré mi suerte. Á Dios, don Juan, acaso para siempre.

Juan. Hasta dentro de un instante, mas bien.

Florinda. No me sigais, señor, no me sigais.

ESCENA V.

DON JUAN. *Despues* FLORINDA.

Juan. Ah! vamos presto, leamos... Es posible? Sara, hija del judio Ben-Jochai... judia! Y yo un hidalgo de Castilla, un cristiano viejo... Oh! es demasiado, doña Florinda! Estoy loco! No me engañé. Es demasiado cierto. Yo he de unir mi noble sangre? Noble dije. Infeliz! Y quién me ha dicho que mi sangre es noble? Y doy que lo sea, seré menos generoso que ella? No ha mucho, cuando estaba yo á sus plantas, sin nombre, sin alcurnia, sin

bienes de fortuna, titubeó doña Florinda? Dejarla, Dios mio! olvidarla, don Juan? Jamás; venciste, amor, venciste! Un caballero de Castilla ha de ser menos que una... Oh! perdona, bien mio! Y qué? Cuál será la diferencia entre nosotros? El Dios de Israel no es el de los cristianos? He de adorarla menos porque ella eleve su corazon á ese Dios con ritos diversos de los mios? Y quién sabrá este arcano sino nosotros? Ha de ser por eso menos bella, tendrá menos virtud? Oh! acabemos, acabemos! Hollemos de una vez necios respetos humanos. Mayor será mi dicha, si mayor el sacrificio. Ya me siento digno de ella. Doña Florinda, mi bien! Volemos á sus plantas.

Florinda. (*Que ha ido entrando poco á poco, y que ha oido sus últimas palabras, apoyada en el respaldo de un sitial.*) Os escuché, don Juan.

Juan. Estabais, señora, ahí? Llorais...?

Florinda. De gratitud, don Juan. Oh! meditadlo bien. No os pesará jamás del sacrificio que me haceis? Si se llegase á saber...

Juan. Saldriamos de Castilla. En Italia, en Francia halláramos un asilo... en Palestina; allí al menos estaremos en nuestra casa. Torne á animaros la alegria!

Florinda. Y la gloria que tanto amásteis?

Juan. En todas partes la encontraré.

Florinda. Y la patria, don Juan, que en ninguna parte volveriais á encontrar?

Juan. Mi patria sois vos, doña Florinda. (*Echándose á sus pies.*) Ora seais Florinda, ora Sara, ved en mí, señora, vuestro esclavo. Cifro mi dicha en ser vuestro, y todo mi orgullo en repetir: Tuyo, Florinda, tuyo, Sara, para siempre.

Florinda. (*Se deja caer en un sitial, tendiéndole la mano.*) Habrá, pues, contentos tan dificiles de soportar como el dolor?

Juan. (*Tomándole la mano.*) Ah! no os ofendais, señora; dejadme sellar una y mil veces mis labios en esa mano que ha de ser mia.

ESCENA VI.

DON JUAN. DOÑA FLORINDA. DOROTEA.

Dorotea. Alzad, señor don Juan, alzad. El conde vuestro amigo llega en este instante: ya sabe...

Florinda. (*Á Dorotea.*) Todo lo sabe, Dorotea. Soy dichosa!

Dorotea. Generoso don Juan!

Juan. Cuán hermosa es, Dorotea!

Dorotea. Silencio! Señor, ya oigo el conde.

Florinda. De hoy mas, don Juan, nadie será poderoso á separarnos.

ESCENA VII.

DICHOS. FELIPE II.

Felipe. Perdonad, don Juan, si á fuer de exacto soy indiscreto.

Juan. Caballero tan perfecto no puede serlo jamás: vos naciste, señor conde, para aumentar quilates al contento, donde quiera que se halle, y para atraerle donde no está. Venid á gozar del mio. Dadme licencia, hermosa doña Florinda, de que os presente al conde de Santa Fiore...

Felipe. (*Aparte*) Vive Dios! es ella? la misma!

Florinda. (*Á Dorotea.*) Le conociste?

Dorotea. (*Á Florinda.*) Me pareció conocerle. El mancebo que os siguió...

Juan. Qué teneis, señor conde? Habriais visto ya por ventura...

Felipe. Paréceme haberla visto en Madrid... en el Prado; y tan rara hermosura por cierto no podia sino inspirarme el deseo de volverla á ver... ademas, don Juan, de cierta semejanza...

Juan. Con la persona de quien me hablásteis?

Felipe. Sin duda.

Juan. A ella le doy el parabien, (*Bajo.*) y á vos.

Florinda. Bien venido á mi casa, señor conde de Santa Fiore. En la suya está aqui caballero de tan altas pren-

das, y sobre todo quien tanto estima á don Juan.

Felipe. Tened por cierto, señora, que me es en gran manera grato deber á vuestro amor por don Juan el recibimiento cortesano que me haceis. (*Aparte.*) Muero de zelos.

Juan. Queredнos bien, señor conde; sed mi hermano y mi apoyo abriéndome una carrera en que pueda dejar airosa vuestra proteccion. El rey tiene falta de buenos capitanes, tanto mas cuanto que él no lo es.

Felipe. (*Aparte.*) Insolente.

Florinda. (*Aparte.*) Delante de un amigo del rey! qué indiscrecion!

Felipe. (*A don Juan.*) Paréceme con todo que hizo sus pruebas en San Quintin.

Florinda. Y en una jornada victoriosa.

Juan. Como mero espectador; y si se ha de dar crédito á cierta anécdota...

Florinda. Falsa sin duda, inútil de repetir.

Felipe. Cuál?

Juan. Cuentan si al silbar de las balas le decia á su confesor, tan pálido como él: *Por Dios, que no entiendo qué gusto puede haber en asistir á esta música.*

Florinda. No es verosímil tal dicho en boca de un rey de Castilla.

Felipe. Y hubiéralo repetido el confesor?

Juan. No se lo dijo bajo secreto de confesion; pero infiero del aspecto grave de vuestra escelencia que no seriais hombre vos para preguntar á S. M. si fue cierta la aventura.

Felipe. No; y presumo que no perdonaria al que le fuese con tan necia pregunta. (*Aparte.*) Insensato, quiere perderse!

Florinda. (*A don Juan.*) Confesareis con todo que es activo, incansable, y político profundo...

Juan. Todo se lo perdonara menos esa intolerancia religiosa que llena el reino de patíbulos.

Felipe. Consecuente siempre sin duda con vuestra vocacion? Pues yo pienso, como él y como todos los curas del reino, que no hay pena bastante para la apostasía y el judaismo; y espero que doña Florinda es harto buena castellana para...

Florinda. Mi disculpa estaria en que una doncella de mis

años no ha de entrometerse, señor, en tan graves cuestiones; pero si osase decir mi sentir, diria que cuando los desdichados sufren, ora sean inocentes, ora culpables, el deber de los ministros del altar es bendecirlos y consolarlos, y el de las mugeres plañirlos.

Felipe. (*Aparte.*) Un aviso del santo oficio pudiera serle útil á ella y á mis fines.

Juan. Os predije, señor conde, que habriais de rendir las armas ante tanta belleza y tan claro ingenio. Y para que podais mas libremente satisfaceros, os dejo en su casa. Me perdonareis, hermosa doña Florinda, si los aprestos de nuestras bodas exigen mi presencia: debo pasar á ver los escribanos, á la iglesia, á...

Dorotea. Y á pagar en todas partes.

Juan. Decis bien, Dorotea, que en pais católico nacer, casarse y morir son tres cosas que no pueden hacerse gratis. (*A Felipe.*) La vuelta será pronta, señor conde: (*A doña Florinda.*) os le dejo medio rendido: proseguid la victoria; arrancadle el consentimiento. Dorotea, tengo órdenes para vos tambien. (*Sale con ella.*)

ESCENA VIII.

DOÑA FLORINDA. FELIPE II.

Florinda. Un señor español á solas con una judía! Cuánta cólera, cuánto desprecio, si pudiese sospecharlo.

Felipe. Mucho deseaba hablaros sin testigos, señora.

Florinda. Tal vez para revelarme el secreto que don Juan arde por saber...

Felipe. Pensamientos mas tristes me ocupaban. Cuando os contemplo, doña Florinda, tengo lástima á don Juan, que ha de perderos...

Florinda. Conde, no os comprendo. Me espantais.

Felipe. A pesar mio os lo anuncio; pero esas bodas son imposibles.

Florinda. Quién ha de oponerse? Vos? Oh! no, no sereis vos, en quien descansa su confianza ciegamente, vos, á quien no ha mucho llamaba el hermano.

Felipe. No es mi gusto, señora, quien os separa, sino mi deber mas bien, y la autoridad que de su padre recibí...

Florinda. De un padre que no existe, que os negais á des-

cubrir, y cuyos derechos, si viviese, mal pudieran encadenar el albedrío de don Juan.

Felipe. Pues que no basta la autoridad paterna, haré valer, señora, otra mas poderosa, mas absoluta, y delante la cual todo hidalgo bien nacido debe bajar la cabeza y doblar la rodilla. La del rey.

Florinda. Qué decis?

Felipe. La verdad, señora; el rey es quien asi lo quiere, el rey quien está á vuestro lado, el rey quien os habla.

Florinda. Cielos! El rey aqui! En casa de una... En mi casa!

Felipe. Temblais, señora; tranquilizaos. Sí, el rey es, quien pesaroso de haberos de imponer un sacrificio necesario, pudiendo intimaros una orden, os espresa solo una súplica.

Florinda. (*Doblando una rodilla.*) Señor, perdonad mi atrevimiento.

Felipe. (*Levantándola.*) Qué haceis? no lo sufriré.

Florinda. Oh! al menos escuchad mis ruegos: pudo don Juan ofenderos con una palabra indiscreta, mas reparad que no pensaba lo que dijo: os respeta cuanto os honra, señor. Oh! Gracia, señor, gracia para don Juan; sed clemente, señor, perdonadle.

Felipe. Mas haré, hermosa Florinda: olvidare; pero con dos condiciones. Don Juan no ha de saber quién soy.

Florinda. Yo os lo prometo.

Felipe. Y le direis que de grado y buena voluntad renuncias á esa boda.

Florinda. Jamas!

Felipe. Dudais?

Florinda. Dudar? Jamas, señor, jamas. Yo provocar su desesperacion? Yo engañarle? Yo mentirle, señor? El rey no puede mandarme lo que Dios le prohibe á él mismo.

Felipe. Le amais pues con tan ciego amor?

Florinda. Con toda mi alma, señor; mas que pudiera espresar, mas de lo que yo misma imaginara antes de ser tan desdichado.

Felipe. Y me pedis su perdon?

Folrinda. Vuestra clemencia os pido; vuestra justicia imploro. En qué es, señor, culpable?

Felipe. Os ama, es de vos amado! Ah! creedme, ha co-

metido el delito imperdonable. Un claustre no tiene severidad bastante para su castigo: su sangre toda vertida gota á gota no bastará para espiarle.

Florinda. Su sangre! Qué habeis dicho?

Felipe. Ya me oísteis, señora: sabeis quién soy, y lo que puedo. Dudais aun...? Pero quién osa penetrar hasta aqui?

Florinda. Olvida V. M. que está en mi casa?

Felipe. Decis bien; un rey se cree siempre en su palacio.

ESCENA IX.

DICHOS. DON RODRIGO.

Felipe. Sois vos, don Rodrigo? Llegad; venis á tiempo.

Rodrigo. (*Saludando á doña Florinda.*) Temí llegar tarde; pero al veros, señora, comprendo que si mi discípulo puede acusarme de perezoso, el señor conde debe esperarme sin impaciencia.

Felipe. Sabeis que soy llamado aqui para una boda?

Rodrigo. Supe con gran contento que habíais prestado el consentimiento.

Felipe. Os engañaron.

Rodrigo. (*Aparte.*) Lo imaginé!

Felipe. Dos personas se oponen á este enlace; doña Florinda...

Florinda. Piedad! Señor...

Rodrigo. V. M. se ha dado á conocer?

Felipe. Solo de doña Florinda, que me guarda el secreto. Os lo repito; dos personas, doña Florinda y yo.

Rodrigo. Con una bastara y sobrara para que la boda no se hiciera.

Felipe. Don Juan va á volver: le direis que doña Florinda rehusa acompañarle al altar, y que se resolvió á no volverle á ver.

Florinda. Ved, señor, que don Juan no lo ha de creer.

Rodrigo. Me atrevo á afirmar tambien á V. M. que temo que don Juan....

Felipe. No dé crédito á las palabras de un segundo padre, aquel modelo de crianza cristiana! Esas fueron al menos vuestras palabras.

Rodrigo. V. M. es harto bueno en acordármelas.

Felipe. O faltásteis, don Rodrigo, á la confianza que se puso en vos, ó ejerceis sobre él una autoridad sin límites.

Rodrigo. He procurado al menos...

Felipe. Oye vuestras órdenes con respeto filial?

Rodrigo. Asi debiera ser.

Felipe. Si asi no fuese, habriais cometido, don Rodrigo, una falta harto grande; y sabeis que mientras yo reine, ninguna falta ha de quedar impune; vedle pues, habladle, y que salga de aqui para no volver jamas. Esa es vuestra mision; cumplidla; de otra suerte ved de poner orden en vuestros negocios. Solo puedo compadeceros.

Rodrigo. (*Aparte.*) Dios me ampare.

Felipe. Dadme licencia, doña Florinda, que os ofrezca la mano hasta vuestro estrado.

Florinda. Ah! Señor, V. M. se dejará conmover por mis lágrimas; V. M. cederá por fin á mis ruegos.

ESCENA X.

DON RODRIGO. *Despues* DON JUAN.

Rodrigo. El rey se burla! Cumplidla! Cierto! Y habéoslas á un tiempo con la impaciencia, la ira, el amor, la desesperacion, con todos los sentimientos, todas las pasiones á la vez! y desencadenadas en el pecho de don Juan! Mejor quisiera... Pero no es él? Lo que me parte el corazon es la confianza, el contento con que se va á arrojar en mis brazos. Ah! si supiera la nueva que le espera en ellos.

Juan. (*Abre la puerta, y se pára en ella.*) Apriesa Dorotea, apriesa, tomad el manto; presto os seguimos.

Rodrigo. Qué dije?

Juan. (*A don Rodrigo.*) Loada sea la exactitud: y bien, señor, la visteis? la hablásteis? Venid á bendecir nuestra union: todo está pronto.

Rodrigo. Mi querido don Juan quisiera antes deciros dos palabras.

Juan. Hablad; os iré escuchando.

Rodrigo. No; si no lo habeis á enojo, hagámonos á esta parte, y prestadme atencion sin moveros.

Juan. Si puedo; daos priesa.

Rodrigo. Vuestros ímpetus, don Juan, me ponen un candado en los labios, y...

Juan. Pardiez, don Rodrigo, hablad.

Rodrigo. Enhorabuena, pues lo quereis; dadme vuestro brazo, en que me apoye hasta nuestra casa, y allí...

Juan. En nuestra casa! Cuando todo lo mas que por vos puedo hacer es no moverme de este punto... Pero don Rodrigo, qué misterio...? y doña Florinda...? Al caso por Dios, al caso!

Rodrigo. Sea pues; doña Florinda os niega su mano, y os prohibe para siempre la entrada en su casa; hé aqui el caso.

Juan. Qué decis? Doña Florinda, á quien acabo de ver? os engañan: no es posible, lo repito, no es verdad.

Rodrigo. Os lo afirmo.

Juan. De su misma boca no lo creyera; y de ella propia quiero saber... dónde está?

Rodrigo. Teneos, don Juan; lo juro por mi honor, nada hay mas cierto.

Juan. Por vuestro honor! Pero si tal cosa fuese posible, habria yo introducido aqui un traidor que hubiera hecho un uso bien vil de sus pretendidos derechos...

Rodrigo. (*Aparte.*) Hé aqui lo que temí.

Juan. Un impostor que se habria burlado de su propia palabra, y de mi ciega confianza.

Rodrigo. Ah! no sospecheis...

Juan. Y á quién habré de pedir cuentas de su conducta.

Rodrigo. Guardaos de repetir las palabras que acabais de proferir.

Juan. Se las repetiré en su cara, aunque haya de habérmelas con el primer grande de la monarquía, con la mejor espada de Castilla; aunque hubiera de ponerle la mano encima en medio de la corte, en el alcázar de Toledo, tendré con él una esplicacion.

Rodrigo. Don Juan, perdeis el seso!

Juan. Pero antes he de ver á doña Florinda.

Rodrigo. Oh! no ireis.

Juan. Y quién lo impedirá?

Rodrigo. Don Juan, os perdeis.

Juan. (*Furioso.*) Cielos! está con ella!

Rodrigo. Don Juan, don Juan, hijo mio!

Carlos. Un hombre tan humilde!

Pablo. Mucho: asi perora él humildemente por lo bajo, y tiene á su devocion mas de veinte padres... por su parte, el padre lector, mi tio, dispone de otros tantos; de suerte que se andan quitando los votos y la buena fama... Oh! y le aborrecen...!! Es una bendicion.

Carlos. Sabeis por quién votará el padre Timoteo?

Pablo. Por el padre procurador tal vez. Como es el amigo del padre despensero... Pero alguien conozco yo por quien votaria él de harto mejor gana.

Carlos. Por quién?

Pablo. Por vuestra reverencia.

Carlos. Tengo yo por ventura pretensiones?

Pablo. Ayer me decia: «Nuestro venerable padre... esa lumbrera de la comunidad, á quien tienes la dicha de ver á todas horas, goza de gran favor con el rey: si él quisiera, tendria yo la honra de predicar esta cuaresma en presencia de la corte.»

Carlos. Como si estuviera alli Dios mas bien que en otra parte. Y no añadió nada acerca de Carlos V?

Pablo. Carlos V! no le conozco.

Carlos. *(Sonriéndose.)* O gloria humana! *(Dejándose caer en el sitial.)* Ay! solo el dolor es real en este mundo.

Pablo. Ah! Hablaba vuestra reverencia de ese emperador á quien nadie veía, que ha muerto aqui recientemente, y cuyas honras han de celebrarse dentro de tres dias?

Carlos. Sí; dentro de tres dias. (*Aparte.*) Diéronme gusto acreditando ese rumor, que ha de ahorrarme tantas molestias.

Pablo. Oh! cuando habla de ese emperador, se santigua y se inclina, y mas cuando pronuncia: «S. M. imperial y real, que santa gloria haya.»

Carlos. Bueno está, bueno! Vuestra locuacidad, Pablo, me divertia hasta ahora, pero á la larga...

Pablo. Todo cansa. Hé ahí previamente el efecto que me produce el monasterio.

Carlos. Qué es eso, Pablo? Pasad á mi celda; dad un vistazo á mis relojes. Creo que el número 4 atrasa.

Pablo. Voy, reverendo padre; pero por mas que yo mueva el minutero, el tiempo no ha de pasar por eso mas de prisa.

Carlos. Si me levanto y os alcanzo, Pablo...

Juan. Mas no asi su voluntad.

Felipe. Qué os obliga á suponerlo?

Juan. Su amor. Habeis recurrido á las amenazas para intimidarla.

Felipe. Y por qué no á la razon para convencerla?

Juan. Basta de rodeos! Es una felonía que solo puede lavarse con sangre. La vuestra, ó la mia.

Rodrigo. Imprudente!

Felipe. Estraño lenguaje en boca de un hombre de iglesia.

Juan. Subterfugio digno de un cortesano.

Felipe. Acaso no hayais meditado que hay alguna distancia entre nosotros.

Juan. Qué podeis alegar para probarla? Vuestra edad? entrambos somos jóvenes. Vuestra mayor destreza en las armas? la niego. Vuestra nobleza? vos me sois garante de la mia; quien quiera que yo sea, presumo que mi padre no valia menos que el vuestro.

Felipe. Tambien es mas cierto de lo que creeis.

Juan. En qué os fundarais pues para rehusar?

Felipe. Y quién os dice que no acepto?

Rodrigo. (*Arrojándose entre los dos.*) Vuecelencia permitirá...

Felipe. Silencio!

Rodrigo. Osais, don Juan...?

Juan. Dejadnos... (*Al rey.*) En tal caso, dentro de algunos instantes detras de las tapias de Santo Domingo.

Felipe. Ved, señor don Juan, que es sitio consagrado.

Juan. Eso mas cerca estará el vencido de reposar en sagrado: en cuanto me separe de doña Florinda, que ha de verme, mal que os pese, soy vuestro.

Felipe. Una palabra, don Juan, una sola, que os ruego peseis bien. No os estorbo que entreis á ver á doña Florinda, que ha de repetiros cuanto acabais de saber; mas si teneis aficion á la vida, renunciad de buen grado esa entrevista: os lo aconsejo, porque si traspasais el lindel de esa puerta, no habrá perdon posible para vos.

Rodrigo. Ceded, don Juan, que yo tambien os lo ruego.

Juan. (*Al rey.*) Es compasion.

Felipe. Mozo imprudente, bien la habeis menester; merecedla.

Juan. Noble conde, voy á saber de doña Florinda si sois vos acreedor á la mia.

ESCENA XII.

FELIPE II. DON RODRIGO.

Felipe. Qué decís, don Rodrigo?

Rodrigo. (*Todo trémulo.*) Señor...

Felipe. Ese es el cristiano perfecto, el tercer devoto de mis reinos?

Rodrigo. Confieso que por lo que hace á la devocion...

Felipe. Tímido como una jóven doncella...

Rodrigo. Convengo en que por lo que hace á la timidez....

Felipe. Qué podréis decir pues en disculpa de él y de vos? Y yo no he de castigar su atrevimiento?

Rodrigo. V. M. descenderia hasta castigarle por su mano?

Felipe. Estais loco?

Rodrigo. Dignaos, señor, reparar que si hubiera sabido que hablaba con el rey...

Felipe. Si lo hubiera sabido viviria?

Rodrigo. Vuestro hermano!

Relipe. Mi hermano, ese vasallo rebelde, ese bastardo insolente! No lo es; no lo será jamas: él mismo acaba de cerrar la puerta á su perdon. Un medio solo os queda de lograr el vuestro.

Rodrigo. (*Aparte.*) Qué exigirá de mí?

Felipe. Vos sois el único aqui que sabe este arcano: ni puedo, ni quiero valerme de otro que vos para sepultarlo en el olvido mas profundo. (*Acercándose á una mesa.*) Vais á apoderaros de don Juan.

Rodrigo. Osaré hacer presente á V. M. una sola observacion? Paréceme, señor, que le ha de ser mas fácil á él apoderarse de mí, que á mí apoderarme de él.

Felipe. Mis gentes estan prontas á prestaros auxilio, y deben de haber llegado ya.

Rodrigo. (*Mientras que el rey se sienta á la mesa.*) Qué querrá escribir?

Felipe. (*Escribiendo.*) «Mi muy reverendo padre: recibid en vuestra piadosa casa al mancebo que será presentado por don Rodrigo Quesada, y ved de que sometido á toda la autoridad de vuestra regla, quede encerrado en ella para toda su vida. Yo el Rey.»

Rodrigo. Para toda su vida!

Felipe. Conduciréis á don Juan al monasterio mas inmediato, y de la órden mas austera: entregaréis al superior esas letras de mi mano, y volveréis á darme cuenta de lo que hubiéreis hecho.

Rodrigo. Perdon, señor. Perdon para un desdichado.

Felipe. Si no obedeceis, los que han de acompañaros llevan órden de conduciros á mi presencia; y ora tengais por morada un ataud ó las paredes de un calabozo, no han de volver vuestros ojos á ver la luz del sol.

Rodrigo. Obedeceré.

Felipe. (*Abriendo la puerta del fondo, y hablando á varios ministros.*) Entrad, y ejecutad cuanto en mi nombre os mande don Rodrigo. (*A don Rodrigo.*) Presteza y discrecion, ó arreglad vuestras cuentas con Dios.

Rodrigo. Está bien, os entendí.

Felipe. Mucho me importaba que me entendiérais. Quedad con Dios, don Rodrigo.

ESCENA XIII.

DON RODRIGO *junto las candilejas.* LOS MINISTROS *el fondo.*

Rodrigo. Para toda su vida! En un convento para toda su vida! Mancebo desdichado; á pesar de todas sus locuras, de sus devaneos todos, nunca conocí mejor que en este punto cuán grande es el amor que le tengo. Es mi hijo tambien. Y he de ser yo quien he de dar cumplimiento á ese decreto tirano...! (*Vuelve á leer la órden, y paséase con agitacion.*) Pero esta órden no señala el monasterio. Ah! me ocurre... Sí. Don Juan no tiene en el mundo mas que un protector natural que pueda salvarle, y salvarnos á entrambos: fuera osadía, sin embargo... El rey don Felipe... y qué importa? Tengo algo ya que aventurar? Una vez desasido de la cumbre, puedo hacer otra cosa que rodar hasta el abismo? Oh! Ya conozco esas posiciones críticas; el emperador mi amo gustaba de ellas, pero él siempre caia de pie, y yo con él. Plegue al cielo que hoy pueda hacer otro tanto. (*Con firmeza.*) ¡Hay una especie de miedo que le da á uno ya valor de puro grande. Ya estoy bien decidido. (*Entrándose.*) Daos, don Juan, á mí. (*Vuelto desde la puerta á los ministros.*) Entremos, señores, y favor al rey para prender á un hombre!!! (*Entranse.*)

ACTO TERCERO.

Habitacion de Carlos V en Yuste. Pieza de paso. Una ventana abierta. Debajo de la ventana una tarima, donde duerme el novicio. Es de noche aun.

ESCENA PRIMERA.

PABLO, *inclinado sobre la ventana.*

Llega al suelo! Bueno! Arriba! Pille yo una noche oscura... y tú, escala mia, me sacarás del monasterio. Treinta escalones y en tierra: una vuelta de llave, y ancha es Castilla!

Carlos. (*Desde adentro.*) Pablo!

Pablo. Fue su voz? Sí! La escala debajo de la tarima, y el novicio encima. Gritad ahora, enhorabuena!

Carlos. Pablo!

Pablo. Estoy dormido!

ESCENA II.

CARLOS V, *de monje, con una lámpara en la mano.* PABLO, *que finge dormir.*

Carlos. Ah! Bienaventurado! En otro tiempo todo me era posible, menos dormir de esa suerte! (*Arrastrándose de mueble en mueble hasta una mesa donde coloca la lámpara.*) Pobre mozo! Siempre á mi lado, y sin conocerme. Ningun religioso osaría contravenir á mi órden revelándole quién soy, ó quién fui mas bien.

Pablo. (*Incorporándose.*) Habla solo, pero tan bajo...

Carlos. Siempre padecer... sin tener con quien dolerse! (*Levántase, y va á sacudir del brazo á Pablo*). Arriba, novicio, arriba! La pereza, hermano, es gran pecado.

Pablo. Sin duda (*Bostezando.*) el que inventó ese pecado debió de ser un santo varon á quien la gota desvelaba.

Carlos. O que sabia el precio del tiempo. Pero vos, novicio, cuando no le perdeis del todo, empleáislo mal: siempre respondon, y curioso por demas.

Pablo. Como si fuese yo el único en la casa!

Carlos. Qué quereis decir? Eso va conmigo?

Pablo. Dios me libre, padre; no, sino con el padre prior que me anda siempre sacando las palabras del cuerpo.

Carlos. Y qué os pregunta?

Pablo. (*Aparte.*) El padre no es curioso. Cuanto hace vuestra reverencia, y lo que dice, y lo que escribe.

Carlos. No mas? Y le respondeis...

Pablo. Que haceis relojes, que decis: *Qué hora es?* y que escribis vuestras confesiones.

Carlos. Bien, por Dios! os tuve por maldiciente...

Pablo. Yo, padre....

Carlos. Si fuese cierto, fuerza sería separaros de mí, porque es hombre el padre prior de tomar á la letra vuestras palabras. Mas que hombre de Dios, es hombre del rey! Y en cuanto á mí, sobre acechar mis acciones, de un grano de arena haria él de buen grado una montaña.

Pablo. (*Aparte.*) El padre no es maldiciente.

Carlos. Quiero mas bien la llaneza selvage del padre lector.

Pablo. Del padre Lorenzo, mi tio?

Carlos. (*Aparte.*) Su tio! Pobre mozo! Condenado á ser huérfano! Los monjes no tienen nunca sino sobrinos.

Pablo. No sé qué os diga. Hace dias que el padre prior se ha vuelto mas indulgente. Como la comunidad ha de reunirse hoy para la eleccion de prior nuevo, no dice ya mal de nadie. En vez que mi tio, el padre Lorenzo, dice mal de todo el mundo. Quiere el primero hacerse con votos para ser reelegido, y el segundo quitárselos á los demas.

Carlos. Y de mí dice mal tambien?

Pablo. Como de costumbre: acuérdase de que fue marino, y todo es gritar, como á bordo: La obediencia! La subordinacion! Y dice sobre eso que vuestra reverencia provoca la rebelion de los padres mozos contra los viejos.

Carlos. Yo que ando siempre conciliando los bandos.

Pablo. Sí, mas parece hecho adrede: en cuanto los conciliais, pésiamí si se entienden.

Carlos. Di mas bien que la próxima eleccion los sacó á todos de quicio.

Pablo. Hasta al padre Timoteo.

Pablo. (*Sale saltando.*) Sí, sí, con la gota!!

ESCENA III.

CARLOS V.

Dices bien! vida sedentaria y enojosa, mas que un libro que se sabe de coro; sin que os saquen de esta nada sino las picaduras de estos insectos del claustro. Ese padre Lorenzo, por ejemplo. Ah! cuando veo un viejo severo, intolerante por demas con los pocos años, me digo para mi conciencia que ha de haber sido tambien indulgente por demas consigo propio. Pablo se ha quejado recientemente á su madre del rigor de su tio! Ha venido á verme la buena muger, se ha echado á mis plantas, me lo ha confesado todo, rogándome que ablande al tio en favor del novicio. Oh! he de hablarle, es ya un deber. Padre Lorenzo, padre Lorenzo, hace diez y seis años... Pero qué digo? Es él por ventura el único que sofoca la voz de la naturaleza por respetos humanos? Yo mismo, yo...! (*Levantándose.*) Qué suplicio! no tener nada que hacer, nada con que adormir la conciencia! Por dicha hé aqui el alba. (*Acercándose á la ventana.*) Llanura de Yuste! paréceme que ha envejecido como yo. Cuán lozana me pareció cuando la crucé en medio de la pompa de mi gloria para venir á morir en ella. Y hace dos dias no morí ya en vida para el mundo? La campana ya. Vamos á coro, á cantar alabanzas al Señor; yo, yo, que en otro tiempo me hallaba estrecho en mis estados, donde nunca se ponia el sol, que decidia con la vista de la suerte de los imperios, que conmovia la Europa con un fruncir de cejas... y ahora uno de los acontecimientos de mi vida es cantar en el coro!

ESCENA IV.

CARLOS V. PABLO.

Pablo. Vienen á buscar á vuestra reverencia para los oficios.

Carlos. Siempre los mismos versículos, y cantados siempre en el mismo tono. No importa, tengo placer en escucharme. Y vos, hermano Pablo?

Pablo. Vaya, padre! no he de tener? (*Aparte.*) Desentona. No olvide vuestra reverencia al padre Timoteo. Predica tan bien! Sus sermones son los únicos que puedo yo oir sin dormirme.

Carlos. Dormís, pues, vos, en el sermon?

Pablo. Vuestra reverencia no me deja dormir de noche. Y vos mismo el domingo...

Carlos. Eh?

Pablo. No tuve que tirar del hábito á su reverencia?

Carlos. Silencio! Bachiller!

Pablo. (*Aparte.*) Bachiller. El padre comete todos los pecados que me echa en cara.

ESCENA V.

DICHOS. EL PADRE LORENZO. EL PADRE TIMOTEO.

Lorenzo. (*Bruscamente.*) Dios guarde á su reverencia!

Carlos. Haga el Señor igual merced á las vuestras, padre Lorenzo y padre Timoteo.

Lorenzo. Parece que la gota atormenta siempre á su reverencia? Es fuerza acostumbrarnos á vivir con nuestro enemigo, como soliamos decir á bordo de las galeras de S. M. cuando venia la marejada. Tengo buenas nuevas que dar á su reverencia. Esta noche ha llegado al monasterio un jóven mancebo, que ha sido recibido en vista de una órden de S. M. Y como su reverencia ha pedido al padre prior otro novicio á quien instruir en sus ratos de ocio, nuestro superior os le va á enviar...

Cárlos. De buena gana, padre, y lo mas presto será lo mejor. Pablo, os dispenso hoy de los oficios: quedaos en la celda para recibir al recien venido.

Pablo. (*Inclínase.*) (*Aparte.*) Dispensacion de oficios y una cara nueva! No empieza mal el dia.

Carlos. (*Al padre Lorenzo.*) Tenga su reverencia piedad de un enfermo, padre lector, y acórteme el camino conduciéndome por la escalera privada.

Lorenzo. Bien quisiera, pero Dios sabe dónde pára mi llave maestra.

Pablo. (*Aparte.*) Y yo tambien lo sé.

Carlos. Paciencia! (*Tomando el brazo del padre Timoteo.*) Vamos, pues. Prestadme apoyo.

Timoteo. (*Por lo bajo.*) Osaré decir á vuestra reverencia: *Hoy por ti, mañana por mi?*

Lorenzo. (*Buscando en sus faltriqueras y mangas.*) Será fuerza buscarla.

ESCENA VI.

PABLO.

Busca, busca. El dia en que, despues de haberme predicado sobre el pecado de la ira, me dísteis un golpe con ella sobre los dedos, pasó de vuestra manga á la mia. Héla aqui: abre todas las puertas, hasta la del jardin. Y la habia de encontrar vuestra reverencia? No, sino colgaréla yo á los pies de nuestra Señora del Amparo si me abre las puertas de vuestro monasterio. Á la manga. He visto á mi compañero. Parece triste.

ESCENA VII.

PABLO. DON JUAN. UN NOVICIO, *que deja un hábito sobre un sitial, y sale.*

Juan. (*Sin ver á Pablo.*) Desarmarme! Arrancarme de sus brazos, á pesar de sus lágrimas! Que no pudiese vengarme! Para siempre separado de ella!

Pablo. Santa Maria! habla de una muger.

Juan. Para siempre enterrado en este monasterio! Estas paredes me ahogan. Me volverán impío queriendo convertirme por fuerza. (*Cayendo en un sitial.*) Desventurado!

Pablo. Dáme lástima —Hermano?

Juan. (*Volviéndose.*) Quién sois?

Pablo. Pablo, vuestro compañero.

Juan. Qué quereis?

Pablo. Haceros servicio.

Juan. Sí? qué convento es este?

Pablo. El monasterio de Yuste.

Juan. (*Levantándose.*) Yuste? donde se ha retirado Carlos V?

Pablo. Todos hablan de Carlos V.

Juan. Él tomará mi demanda.—Puedo verle?

Pablo. Ha tres dias que murió.

Juan. (*Cayendo de nuevo en el sitial.*) Y mi esperanza con él.

Pablo. (*Aparte.*) He de decirle... qué riesgo corro? Aqui no conoce á nadie: y me ha de ayudar. (*Misteriosamente.*) No os aflijais: yo os protejo.

Juan. Vos? Pobre mozo!

Pablo. Sed sumiso á las órdenes del reverendo á cuyo cargo venis.

Juan. Yo á su cargo! Mil diablos antes, el infierno todo...

Pablo. Cómo jura!

Juan. Jamás. Dije que no he ser fraile: no he de serlo.

Pablo. Pero hablad mas bajo: en el monasterio no se dice cuanto se piensa, y lo que se dice se dice por lo bajo.

Juan. (*Echando mano al hábito.*) Primero haré pedazos este hábito con los pies.

Pablo. (*Conteniéndole.*) Qué haceis? Aqui se rabia cuanto se quiere debajo del hábito, pero desgarrarle...! se veria! (*Aparte.*) Hay que enseñarle desde el *Cristus.*

Juan. Qué quereis, pues?

Pablo. Escuchad: tengo ocasion de libertaros; pero es fuerza disimular.

Juan. Podré?

Pablo. Si la noche es oscura...

Juan. Qué?

Pablo. Con esta llave...

Juan. Acabad.

Pablo. Silencio! hé aqui al padre.

Juan. Está visto: no lo sabré.

Pablo. (*Canta á media voz un villancico.*)

ESCENA VIII.

DICHOS. CARLOS V.

Carlos. Hermano Pablo, id á cantar vuestros villancicos á mi huerta.

Pablo. (*Aparte.*) Le diré dos palabras á sus naranjas. Obedezco. (*Á don Juan poniendo el dedo en la boca.*) Hermano, hasta luego.

Carlos. Ea! andad.

Pablo. Como no se le escape la verdad! Él que no sabe los usos de la casa.

ESCENA IX.

CARLOS V. DON JUAN.

Carlos. Llegad.
Juan. (*Aparte*.) Le aborrezco ya.
Carlos. (*Aparte*.) Hay algo en él que me llega al corazon.
Juan. Reverendo padre... (*Aparte*.) Buen aspecto!
Carlos. Pensais pronunciar vuestros votos en esta casa?
Juan. Nunca supe mentir. Estoy en ella mal mi grado.
Carlos. Cómo?
Juan. Por fuerza se apoderaron de mí, y por fuerza me trajeron.
Carlos. No teníais, pues, ningun protector?
Juan. Uno tuve: veinte años me trató como á hijo. Cometí faltas, es verdad. Pero por ellas debia ser cómplice de una felonía él mismo, don Rodrigo Quesada?
Carlos. Don Rodrigo Quesada! Vos fuisteis confiado á don Rodrigo?
Juan. Al mismo.
Carlos. Os llamais don Juan?
Juan. Cierto.
Carlos. (*Aparte*.) Él es! Mi hijo! Es posible? Vos, don Juan, vos desdichado, y junto á mí? Vos forzado en este claustro?
Juan. Y para siempre. Mas qué teneis?
Carlos. Oh! nada, nada. La compasion... el... (*Aparte*.) Sea yo dueño de mí propio.
Juan. Sabiais mi nombre?
Carlos. No acaban de decírmelo? (*Aparte*.) Gentil presencia! gallardo continente! Y no he de abrazarle?
Juan. Pero conocíais á don Rodrigo?
Carlos. Héle visto en otro tiempo. Él acaudillaba á los que os trajeron?
Juan. Él fue quien me puso la mano encima; él fue mi carcelero. Ni hablarle quise, ni mirarle. Con todo, cuando llegábamos á las puertas aun tuvo la osadia de decirme al oido: «Agradecedme que os conduzca á este monasterio:

tenia orden de llevaros á otro.» Aun he de estarle agradecido!!!

Carlos. (*Aparte.*) Reconozco á mi antiguo consejero. Mas de quién fue esa orden?

Juan. Del rey.

Carlos. (*Aparte.*) Su propio hermano! Del rey, decis?

Juan. Sorprendida tal vez por un cobarde caballero que quiso mas bien deshonrarse, encerrándome, que cruzar su espada con la mia.

Carlos. Pero... y vuestro padre?

Juan. En su nombre me persiguen. Él es, dicen, quien me condenó á vivir, ó á morir mas bien en esta carcel.

Carlos. (*Con viveza.*) Es falso... quiero decir, es imposible. Que vuestro padre, por motivos que acaso él solo sepa, hubiese deseado veros abrazar una vida retirada, lo comprendo; pero autorizar él propio tal violencia! un padre! don Juan, es imposible.

Juan. Fue nunca padre para mí?

Carlos. Sabeis si pudo serlo?

Juan. Ah! reverendo padre, me abrió los ojos mi desventura. Me dicen que es muerta. Pero quién sabe si vive todavia? Dios sabe si es algun prócer de esa corte devota, donde el que fue frágil en su juventud se vuelve hipócrita en su vejez. El cielo sabe si acaso persigue en mí un recuerdo molesto, un testigo acusador, y si fui fruto de alguna flaqueza humana, de que siente mas vergüenza que remordimientos.

Carlos. (*Aparte.*) Dios mio, cuán cruelmente me castigas!

Juan. Tales son esos grandes de la tierra. Por borrar la huella de un yerro venden su propia sangre, entregándola en manos estrañas, arrojan un desdichado á la merced del azar, y ampárele quien quiera. Sepúltanle vivo en una tumba para que espie con sus austeridades un nacimiento de que ellos solos fueron culpables, y fiando su salvacion de la penitencia de otro, viven en paz consigo propios, gozando tal vez de una opinion sin tacha. Por encubrir un yerro cometen un crimen; y el mundo los honra!!!

Carlos. Basta, mancebo, basta. No temeis ser injusto con vuestro padre?

Juan. Decis bien. Tal vez lo sea. Mi desdicha me arrastró. Quién fue ese padre? Quién? Díganmelo en fin, y á pe-

sar de cuanto oísteis, señor, daré el ser que de él recibí por vengar su honra puesta en duda, ó su memoria ultrajada. Ah! Si dejó de existir, le lloro; si vive, le perdono.

Carlos. Bien, don Juan, bien. Me acabais de probar que sois digno de mejor suerte.

Juan. Qué decís? Habré encontrado un amigo donde solo esperé hallar perseguidores? Ah! Por qué murió tan presto Carlos V? Hubiérale acaso hablado por vuestra mediacion.

Carlos. Qué le hubiérais dicho?

Juan. Vos me lo preguntais? Hubiera besado sus plantas. Hubiérale dicho: «Tengo valor, señor; tengo ambicion de gloria, y quieren sepultar mi porvenir en la estrechez de un claustro. No tengo sino veinte años, y se tuercen las leyes divinas para imponerme una esclavitud sin término: soy, señor, súbdito vuestro, y me oprimen con mengua de las leyes humanas. Fuisteis harto grande para no ser bueno y justo, y debeis lanzaros entre el opresor y el desdichado.» Pensais que no le hubiera persuadido?

Carlos. Mas, don Juan: hubiéraisle arrancado lágrimas!

Juan. Él me hubiera devuelto al mundo; no es verdad? á la gloria, á aquel contento, en fin, cuyo recuerdo me mata lejos de ella.

Carlos. Lejos de ella! Qué decís?

Juan. Perdon, si os muestro mi corazon todo entero. Hay una muger en la tierra que era mi vida, la mitad de mí mismo...

Carlos. (*Aparte.*) Pudiera yo en eso ver un crimen?

Juan. A punto ya de unirnos, nos separaron para siempre.

Carlos. No me culpeis de indiscreto: me interesásteis, don Juan: os quiero servir, y he menester saberlo todo. Su nombre.

Juan. Doña Florinda Sandoval.

Carlos. Sandoval! Cristianos nuevos! si no me engaño...

Juan. Qué importa?

Carlos. Para el mundo mucho; pero ante Dios, decis bien: no es la fe mejor la mas antigua, sino la mas pura.

Juan. Sois monge y hablais así?

Carlos. Don Juan, sois joven. Mucho os queda que ver! Conozco esos Sandovales. Prestóme el padre de doña Flo-

rinda un servicio que mal pudiera olvidar: acuérdome ademas de haber visto muy niña á doña Florinda.

Juan. La visteis? Belleza sin igual!

Carlos. Prometia serlo. (*Apartándose de don Juan para encubrir su emocion.*) Qué fuego, qué ternura en el mirar. Asi era su madre. Dónde sois idos, mis dias de gloria y de ventura?

Juan. Hablásteis de mi madre? La conocísteis por ventura?

Carlos. Yo!

Juan. Oh! sí; la habeis conocido: nombrádmela, por piedad. Haced que yo la vea!

Carlos. Por qué suponeis que debo de haberla conocido?

Juan. (*Despechado.*) Está visto: jamás hallaré respuesta á esa pregunta.

Carlos. Vuestra desdicha, don Juan, me interesa. Es un deber religioso en mí el oponerme á una violencia que Dios condena. Saldreis de aqui.

Juan. Es posible? por piedad, hoy mismo!

Carlos. Lo espero; no os respondo asi de ese enlace que anhelais.

Juan. Ah! Véame yo libre ahora, libre no mas!

Carlos. Lo sereis: tengo alguna influencia en el monasterio: la emplearé.

Juan. (*Besándole las manos.*) Padre mio!

Carlos. (*Enternecido.*) Su padre! (*Inclinado sobre don Juan, que se ha estado á sus pies, y á quien tiene abrazado.*) Hijo mio! dulce me hubiera sido hallar en vos un compañero, un amigo, y entregar mi alma al Señor sobre ese corazon que me hubiera amado... pero no temais: sabré sacrificar mi dicha á la vuestra.

Juan. Hacedlo, y mi vida entera será poco para agradecer...

Carlos. (*Aparte.*) No es hijo de una reina, pero vale mas que el rey don Felipe.

ESCENA X.

DICHOS. EL PADRE PRIOR. PABLO.

Prior. (*Trae á Pablo de una oreja.*) Vengo, reverendo pa-

dré, á denunciaros un reo sorprendido en el acto de cobrar el diezmo de vuestras hermosas naranjas...

Carlos. Hermano Pablo! No os tengo prohibido...?

Pablo. No soy el primero, reverendo padre, que se ha dejado tentar por el fruto prohibido.

Prior. Ni sereis el primero tampoco en quien se castigue severamente el haber cedido á la tentacion.

Pablo. (*Aparte.*) Pluguiera á Dios que me echaran de este paraiso!

Carlos. Mas tarde ventilaremos eso, hermano Pablo. Por ahora, don Juan, llevaos á ese mozo á mi celda, y reprendedle... me entendeis?

Juan. Corre de mi cuenta, reverendo padre.

Prior. (*A don Juan.*) Podeis vestir el hábito, hijo mio. Es la regla.

Juan. Yo?

Carlos. Es la regla. (*Don Juan toma despechado el hábito, y sale con el novicio.*)

ESCENA XI.

CARLÓS V. EL PADRE PRIOR. *Despues* DON RODRIGO.

Prior. Don Rodrigo anhela despedirse de ese mozo. La nueva de vuestra muerte le ha colmado de dolor: sin sacarle de error, le he dicho, reverendo padre, que en esta celda hallará á don Juan; pero si os pesa de verle...

Carlos. No; bien está así; pero antes, reverendo padre, he de pediros una gracia.

Prior. Qué puede vuestra reverencia pedir que yo...

Carlos. Poca cosa por cierto; y no me la negareis hoy que la eleccion os prepara un nuevo triunfo, en el cual no acierto á encareceros la parte de contento que me cabe. El mancebo que acabo de recibir no tiene vocacion para la vida contemplativa: mandad, pues, que las puertas le sean abiertas. Bien veis que es poca cosa.

Prior. Poca cosa, reverendo padre? La órden de S. M...

Carlos. S. M. fue inducido en error.

Prior. En error! Su reverencia lo cree posible?

Carlos. Ah, padre mio! Quién mejor que yo sabe si un rey puede engañarse?

Prior. Humildad que admiro. Mas ved que me hago delincuente para con el rey si desobedezco.

Carlos. Pero lo sois para con Dios si obedeceis.

Prior. Para con Dios, padre, es una cuestion, y para con el rey es positivo.

Carlos. Es decir que mis ruegos... En buen hora. Lo exijo, y tomo sobre mí...

Prior. Tendré, padre, la amargura de...

Carlos. Pero...

Prior. Pero... hermano mio, yo mando aqui.

Carlos. *(Con indignacion.)* Yo mando, yo mando! *(Con resignacion.)* Decis bien, padre prior. Su reverencia manda. Hice voto de obediencia; no seré yo quien dé el ejemplo de la rebelion.

Rodrigo. *(Que reconoce al entrar á Carlos V.)* Santo Dios! Qué veo?

Prior. Su reverencia me permite que me retire?

Carlos. Vuestra reverencia manda aqui.

ESCENA XII.

CARLOS V. DON RODRIGO.

Rodrigo. *(Pugnando por arrojarse á los pies de Carlos V, que se lo impide.)* No me engañaron mis ojos? V. M. vive todavia? Creí, señor, ver su sombra saliendo de su sepulcro.

Carlos. Decis bien, don Rodrigo. No soy sino una sombra de magestad. No lo oísteis? No me dijo: *Yo mando*? Se negó á dar libertad á mi hijo, á ese hijo que me ama ya sin conocerme! Príncipe perfecto, don Rodrigo! Qué noble continente! Pasiones impetuosas, no es verdad? Y una cabeza, don Rodrigo, mas ardiente que la mia!!

Rodrigo. Á quién lo dice V. M.?

Carlos. Ha presentido su cuna! Hijo del águila, ha menester aire y sol! Vive Dios! Don Rodrigo, los tendrá. Sí, la luz para sus ojos, y para sus alas la libertad! *(Corre á abrir la puerta de su celda.)*

ESCENA XIII.

DICHOS. DON JUAN. PABLO.

Juan. (*Con el hábito de novicio sobre sus vestidos.*) Y vuestras instancias, padre mio?
Carlos. Malogradas, don Juan, del todo malogradas.
Juan. Sabia yo ya que este hábito habia de serme aciago.
Carlos. No os desanimeis. Don Rodrigo, á quien en efecto debeis agradecer el haberos traido á esta casa, nos ayudará con sus consejos.
Juan. Que me saque de ella, y prometo olvidarlo todo.
Carlos. Andad, hermano Pablo, y ved si alguien escucha.
Pablo. Corro y vuelo (*Aparte.*) para no perder nada.

ESCENA XIV.

DICHOS, *menos* PABLO.

Carlos. Deliberemos.
Juan. Advertiré á su reverencia que ese novicio puede sernos de grande utilidad.
Carlos. Le oiremos.

ESCENA XV.

DICHOS. PABLO.

Pablo. (*A Carlos.*) Nadie, reverendo padre, nadie.
Carlos. Podeis hablar, Pablo, á la par que nosotros.
Pablo. Yo, reverendo padre? Tanta honra...
Carlos. Merecedla con vuestra discrecion.
Pablo. Jamás digo sino lo que me callan.
Carlos. Qué os parece, don Rodrigo, que se haga?
Rodrigo. Urge el tiempo, padre mio. Los criados de S. M. que nos acompañaron hasta el monasterio se volvieron ya á dar cuenta de la espedicion. Ordenes mas severas pueden llegar de un momento á otro. Vuestra reverencia debe de haber conservado algun amigo ó deudo en la corte.

Que escriba en favor nuestro, y presto, y á quien pueda mucho. Hé ahí mi sentir. He dicho.

Carlos. Yo, pobre monge! Olvidado! Por otra parte, os lo confieso, cifro mi orgullo en libertar á don Juan por mi propio esfuerzo. Quiero probarme á mí mismo que aun no he envejecido.

Rodrigo. (*Aparte*.) Siempre el mismo. Creándose dificultades para tener la gloria de vencerlas.

Carlos. En consecuencia, se desecha el consejo, don Juan.

Juan. Si he de deciros la verdad, mi mejor consejo fuera esa espada que veo pendiente de la pared, y que me prueba que habeis sido soldado.

Carlos. He probado de todo un poco.

Juan. Dádmela, pues, y si no me abriese paso...

Carlos. Por mas caballeresco que sea, don Juan, vuestro sentir, os diré que sería mas conveniente en una fortaleza que en un monasterio. No deciais que Pablo...

Juan. Le prometí secreto.

Carlos. Hablad, hermano Pablo, os lo mando.

Pablo. Vuestra reverencia me empeña su palabra...

Carlos. De qué?

Pablo. De que aun despues de conocido mi arbitrio podré aprovecharme de él para mí mismo?

Carlos. Quereis dejarme, hermano?

Pablo. No á vuestra reverencia, sino el convento. No tengo vocacion tampoco.

Carlos. Hermano Pablo!

Rodrigo. (*Bajo*.) Ved, señor, que...

Carlos. (*Bajo*.) Decis bien. Veamos. Hablad.

Pablo. Tengo dos medios. (*Enseñándole la llave*.) Uno!

Carlos. Dios me perdone! La llave maestra del padre lector!

Pablo. Su reverencia olvida...?

Juan. Padre mio!

Pablo. (*Descubriendo la escala bajo la tarima*.) Otro!

Carlos. Una escala de cuerdas!

Pablo. Con esta se baja por esa ventana; con la otra se sale por la puerta escusada que da al campo.

Carlos. Sabeis, hermano, que mereceriais... Con todo, no me ocurre nada mejor. No será la primera vez que un novicio habrá andado mas discreto que todo un capítulo.

Pablo. La comunidad está en el refectorio, cuyas venta-

nas dan á la parte opuesta; y cuando está en tan santa ocupacion, nunca piensa en otra cosa. Aprovechemos la ocasion.

Carlos. En buen hora!

Juan. Honra y prez al hermano Pablo!

Carlos. (*A don Rodrigo.*) En cuanto os veais fuera de aqui, conducid á don Juan á casa del anciano duque de Medina: habladle de mí: no habrá olvidado aun á su antiguo amigo. Ocultos en su posada, esperad á recibir letras mias. Manos á la obra, don Juan.

Juan. No he de hacerme de rogar.

Rodrigo. Quereis que á mi edad...?

Carlos. Yo os tendré la escala. Pablo, tened cuenta. (*Hace seña al novicio, que sale á la puerta á acechar.*)

Rodrigo. Vuestra reverencia se dignaria...

Carlos. A otros he ayudado á bajar, y de mas alto.

Rodrigo. (*Besando la mano á Carlos.*) Dios guarde, pues, á vuestra reverencia!

Juan. A mas ver, padre mio!

Carlos. Os vais sin estrecharme en vuestros brazos?

Juan. Decis bien. Fuera ingratitud.

Carlos. (*Conmovido.*) Volveréle á ver?

Juan. Ah! Se me olvidaba. (*Va á desnudar el hábito.*)

Pablo. (*Acude presuroso.*) Silencio! Silencio! El padre prior.

Rodrigo. Somos perdidos!

Carlos. Ha de ver la escala!

Pablo. (*A don Rodrigo.*) Cerrad una de las maderas.

ESCENA XVI.

DICHOS. EL PADRE PRIOR.

Prior. Novicio, seguidme. (*A don Juan.*)

Carlos. Dónde, pues?

Prior. Incomunicado. Acabo de recibir esta orden: quien la trae da dos horas de descanso á los caballos, y ha de volverse con don Juan para otro monasterio.

Juan. Conmigo!

Carlos. (*Calmándole.*) Paciencia! resignacion!

Prior. Por lo que hace á vos, señor don Rodrigo, varios

caballeros os esperan á las puertas del monasterio: no sé qué palabras oí del alcázar de Segovia.

Rodrigo. El alcázar!

Carlos. (*A don Rodrigo.*) Señor don Rodrigo, la jornada será buena.

Rodrigo. Ya lo sé. (*Aparte.*) Ayer entre dos hermanos, hoy entre un padre y un hijo. Maldito secreto!

Carlos. Quedaos ahora.

Rodrigo. No deseo otra cosa.

Prior. Don Juan, obedeced.

Juan. Sufrireis, reverendo padre...

Carlos. Fuerza es sufrir lo que no puede impedirse. Obedeced, don Juan. (*Bajo, apretándole la mano.*) No perdais la esperanza.

Juan. Toda la pongo en vuestra reverencia.

Pablo. (*Mientras que don Juan sale.*) No pudiera venir en peor sazon el padre prior!

ESCENA XVII.

CARLOS V. DON RODRIGO. PABLO.

Carlos. Un obstáculo os abate, don Rodrigo? A mí me despierta, me estimula. Paréceme ya ser otro.

Pablo. (*Aparte.*) Cómo se mueve! Cómo anda! Ha olvidado la gota!

Carlos. Lucharé, triunfaré. Don Rodrigo, no sois el que erais. Teneis miedo? Quien piensa en el vencimiento, está ya medio vencido. (*Bajo.*) No perdiamos las primeras tres horas la batalla de Pavía? Y con todo.. (*Con impaciencia.*) No tengo mas que dos horas. Esta cabeza otro tiempo tan fecunda! (*Se sienta.*) No podrá inventar ya nada?

Pablo. (*Retirando la escala de la ventana.*) La comunidad baja á la huerta. Los padres se encaminan á la sala de capítulo para la eleccion. No ha de asistir vuestra reverencia?

Carlos. Silencio! Dejadme en paz con vuestra eleccion! (*Aparte, levantándose.*) Ah! Por vida mia! Doy en ello. Ese prior manda. Y si pudiese yo mandar á mi vez! (*Alto.*) Don Rodrigo, os acordais de cierta eleccion que metió algun ruido en el mundo?

Rodrigo. Mal pudiera olvidarla, aunque no fuese sino por las cartas que en aquella sazon escribí, sin contar con las posdatas!

Carlos. Eso es precisamente lo que vais á volver á hacer. Presto, acercaos á esta mesa.

Pablo. (*Mirando por la ventana.*) Se dividen en corrillos. Lo menos tienen aun para media hora de intrigas antes de entrar.

Carlos. (*Tomando plumas y papel.*) Media hora?

Pablo. Mi tio grita, el padre Timoteo predica como un pico de oro, y el padre prior, para ser reelegido, da su bendicion á todo el mundo.

Carlos. Presto, novicio, aqui; con la mejor letra posible...

Pablo. (*Una rodilla en tierra, pronto á escribir sobre un misal.*) Ya estoy.

Carlos. Y yo... (*Buscando donde ponerse, y colocándose por fin en el reclinatorio.*) Yo alli. Atencion! Empiezo á dictar. A tí, Pablo, para el padre Timoteo. «Mi muy elocuente amigo.» A vos, don Rodrigo, para el padre procurador. «Muy reverendo padre.» (*Escribiendo él mismo.*) «Mi muy caro padre lector.»

Pablo. Ya está. (*Aparte.*) Mal año, si sé dónde va á parar.

Carlos. (*A Pablo.*) «Apruebo la santa ambicion que manifestais de predicar delante de la corte; duéleme haberme de resignar voluntariamente á perder el fruto de vuestras edificantes pláticas.» (*A don Rodrigo.*) «Varias veces me habeis ofrecido vuestro voto, y los de vuestros amigos: si yo creyese perjudicar en lo mas mínimo á nuestro buen prior aceptándolos, los tornaria á rehusar, pero...

Rodrigo. Demasiado de prisa, reverendo padre, demasiado de prisa.

Carlos. (*Aparte.*) Pobre don Rodrigo; está gastado.

Pablo. «Edificantes pláticas.»

Carlos. (*A Pablo continuando la suya.*) «Si la comunidad me confiriese hoy, merced á vuestro voto y á los de vuestros parciales, una autoridad que me permitiese disponer de vuestra reverencia para enviarlo á la corte, podriais contar en ella con mi apoyo.»

Pablo. (*Escribiendo.*) Querrá ser prior?

Rodrigo. «Tornaria á rehusar, pero...»

Carlos. «Pero algunos votos favorables en el primer escru-

tinio me serian ocasion de gran contento, sin perjudicar por eso, Dios me libre, á la eleccion del mas digno. Vuestro mejor amigo.» Estais ya, novicio?

Pablo. Ya espero.

Rodrigo. Ya está en su elemento. Tres cartas á la vez!

Carlos. «Privar al rey, padre Timoteo, de un ingenio como el vuestro fuera pecar; quiero mas hacer doblemente penitencia pasando toda una cuaresma sin oiros.»

Pablo. Esa frase ha de llegarle al alma!

Carlos. Escribe, escribe. (*Leyendo la carta que acaba de escribir.*) «Mi muy caro y muy reverendo padre lector; voy á ser franco con vos, que sois la franqueza misma. Quiero ser prior. Os pido, pues, vuestro voto y el de los amigos de que disponeis, en nombre del novicio que os ha de entregar estas letras. Vos conoceis á su padre y yo tambien. Remolcad, pues, mi galera á buen puerto, ó vive Dios que echo á pique la vuestra. Siempre monge, hablaré: prior, os juro secreto. Con esto, caro lector, buen viento, y Dios salve el honor de vuestro pabellon.» (*Corriendo hácia Pablo.*) Dame que lo firme, y pliega esa carta.

Pablo. Oh! yo os fio que tendreis esos votos; pero si vuestra reverencia hace pasar á su bordo á mi tio con toda su tripulacion, el triunfo ha de ser completo.

Carlos. (*Alegremente.*) En el cual habreis tenido, novicio, mas parte de la que pensais.

Pablo. Ah!

Carlos. Porque vais á ser mi mensagero para con él.

Pablo. No haga tal vuestra reverencia: ved que no gusta de los novicios.

Carlos. No importa: llevadle esas letras.

Pablo. Al punto.

Carlos. Y deslizad la que habeis escrito en la manga del padre Timoteo.

Pablo. Entiendo.

Carlos. Averiguad de paso dónde está don Juan.

Pablo. (*Enseñándole la llave.*) Mas que eso he de hacer.

Carlos. Presto! Pero vais saltando? Hermano Pablo, vuestra mision es grave.

Pablo. (*Devotamente, y cruzando los brazos sobre el pecho.*) El espíritu del Señor sea con vos, reverendo padre.

Carlos. (*Aparte.*) Está visto: he de volverle hipócrita. De eso mas habré de acusarme.

ESCENA XVIII.

CARLOS V. DON RODRIGO.

Rodrigo. Ved aqui mi carta. (*Carlos la firma.*) La cierro?
Carlos. Todavía no. «Post-scriptum...»
Rodrigo. Ah!
Carlos. «El cardenal secretario de Estado, acaba de poner á mi disposicion el capelo vacante en el sacro colegio. He oido encarecer los merecimientos y virtudes de vuestro pariente el obispo de Segorbe. Haced que nos veamos despues de la eleccion.»
Rodrigo. Un post-scriptum como los de aquellos tiempos.
Carlos. Me reconoceis, don Rodrigo?
Rodrigo. El sobre?
Carlos. No hay para qué. Buscad al padre procurador, y entregadle vos mismo ese pliego.
Rodrigo. Yo, señor... (*Con inquietud.*)
Carlos. No sabeis que los que os han de prender no han entrado en el monasterio?
Rodrigo. Cierto. Ese era mi pensamiento. Siempre me ha adivinado vuestra reverencia. Obedezco.

ESCENA XIX.

CARLOS V.

Amigo, mi antiguo consejero! Alerta, mi buen page! Ya estan en campaña mis estafetas tras un priorato como en otro tiempo tras un cetro de emperador. Estraño caso! La eleccion de algunos monges en un monasterio de Estremadura no me habia agitado menos que la de mis electores coronados en la gran dieta de Francfort. Pero devolverle la libertad á mi hijo, y devolvérsela por solo el esfuerzo de mi voluntad, esa sería la mejor de mis victorias. (*Acercándose á la ventana.*) Pablo, Pablo, llegareis tarde? No ya está. Detiene al padre Timoteo tirándole de la manga. Este ya es mio. No puedo decir otro tanto de nuestro incorruptible padre procurador. Y el padre Lorenzo? Cederá? Dudo... mi corazon quiere salir del pecho, mi sangre hierve.

ESCENA XII.

CARLOS V. PABLO, *sin aliento.*

Carlos. Y bien? Habeis visto al padre Timoteo?

Pablo. Leyó vuestras letras, dióme un golpecito en la mejilla, y me añadió dulcemente: *Soy suyo, enteramente suyo, hijo mio.*

Carlos. Y vuestro tio?

Pablo. Oh! no bien hubo leido se volvió rojo como la lumbre; miróme de través...

Carlos. Qué mas?

Pablo. Por ese lado nada. Hizo añicos el papel. «Hé ahí, añadió con voz de trueno, hé ahí mi respuesta, instrumento de corrupcion.» Y acabando con una blasfemia, reverendo padre, que no osaré repetiros, fuese furioso á escribir su voto.

Carlos. (*Aparte.*) Resistirá? Todo el éxito pende de él. (*A Pablo.*) Y don Juan?

Pablo. Al ruido que hacia por evadirse he descubierto su prision. Cric! Crac! la puerta se abre, y echamos á correr los dos; ahí está, en mi celda; pero sin hábito ya, padre, hecho añicos... no le gustan los hábitos.

Carlos. Que venga, Pablo, que venga!

Pablo. (*Desde el fondo.*) Don Juan, don Juan!

Carlos. Por mi parte he usado de todos los medios: amenazas, promesas, toda la gruesa artillería de un dia de eleccion.

ESCENA XXI.

DICHOS. DON JUAN.

Juan. Será cierto, padre mio? No me ha engañado Pablo? Cuando yo fio en vos mi libertad, ocupa todo vuestro pensamiento la eleccion de un prior.

Carlos. Me culpais, don Juan? Así juzga el mundo. Pablo, alcanzadme esa espada.

Pablo. (*Saltando sobre un sitial*) Jesus! cuán pasada!

Juan. (*Desenvainándola.*) Para tu mano, niño, mas no para la mia.

Carlos. Creo en efecto, hijo mio, que vuestro brazo sabrá honrarla en el peligro.

Juan. Contra un ejército entero!

Carlos. (*Cogiéndola*.) Esta arma, don Juan, es harto mas preciosa de lo que pensais: es un presente de ese emperador que vino á morir aqui debajo de un hábito que hubiera sin duda destrozado, como vos, á vuestra edad.

Juan. De Carlos V! Vos erais su amigo? Murió acaso en vuestros brazos.

Carlos. Húbola por derecho de conquista del rey Francisco I en una jornada bien gloriosa para las armas españolas.

Juan. La espada de Francisco I! Y pudiérais desprenderos de ella?

Carlos De que utilidad puede serle á un monge?

Juan. Y en obsequio mio!

Carlos. Con ciertas condiciones que aqui para ante Dios habeis de jurar cumplir. (*Presentándole la espada desnuda para recibir su juramento*.) Jurais no desenvainarla en causa vuestra, sino en legítima defensa; jurais que no se vea desnuda sino por orden de vuestro soberano, y que caerá de vuestras manos á su primera indicacion; jurais, en fin, que no se verá teñida jamas sino en la sangre de los enemigos del rey y de la monarquía; juraislo asi, don Juan?

Juan. Lo juro.

Carlos. Si asi lo cumpliereis, Dios os lo tenga en cuenta. Vuestra es, don Juan; presiento que ha de ganar batallas en vuestras manos!!

Juan. (*Con la espada en la mano*.) Yo haré verdadera vuestra prediccion!!!

ESCENA XXII.

DICHOS. DON RODRIGO. *Despues* EL PRIOR.

Rodrigo. Una mayoría victoriosa! una eleccion completa!

Carlos. Alegre nueva, que no pudiera traerme mensagero ninguno mas agradable! (*Bajo*.) Sabeis, don Rodrigo, que aun pudiera yo triunfar en un cónclave?

Rodrigo. (*Aparte*.) Fuerza era que le ocurriese.—El prior

ta.) He salido de mi empresa con honor. Ahora abdiquemos segunda vez.

Pablo. (*Juntando las manos en ademan de súplica.*) Reverendísimo padre, vuestra reverencia no se acordará mas de mi llave, ni de mi escala de cuerdas!

Carlos. Hasta mañana á la noche no.

Pablo. (*Aparte.*) Mal año para mí si me encuentra aquí mañana!

Carlos. (*Dejándose caer en un sillon.*) No puedo mas de cansancio. Pero este es el primer dia que he pasado en esta casa sin consultar mis relojes!!!

ACTO CUARTO.

En casa de doña Florinda. Decoracion del segundo acto. Una mesa en que arden dos bujías.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA FLORINDA *sentada, apoyada la cabeza en la mano.* DOROTEA *mirándola al entrar.*

Dorotea. Duéleme verla. Si esos inquisidores fuesen hombres, tendrian lástima de ella, pero son tigres.

Florinda. Don Juan lo ignora. Eso será menos desdichado. (*A Dorotea.*) Y mis letras?

Dorotea. Partieron: el mensagero galopa á rienda suelta camino de Yuste.

Florinda. Llegará?

Dorotea. Por qué no?

Florinda. Sabemos por ventura el nombre que tomó en ese retiro?

Dorotea. Pero el sobre lleva el suyo. Quién no conoce á Cárlos V?

Florinda. Cedí á tus ruegos, Dorotea; creiste que movido de su antigua aficion al padre, habia de interesarse en la suerte de la hija, huérfana y perseguida...! Quiero dejarte tus esperanzas.

Dorotea. A no tenerlas, cuál fuera mi consuelo? Quién pudiera desarmar á ese tribunal terrible, que os citó?

Florinda. Sosiégate, Dorotea. Tengo un protector que quiere conducirme él propio á los pies de mis jueces, y asistirme con su favor.

Dorotea. Sí; ese personage misterioso que se presentó aqui de parte de S. M. y del conde de Santa Fiore, y que solo á vos quiso descubrirse...

Florinda. Cuando bajaste, aun no habia venido.

Dorotea. Ya di orden de que le introdujesen en llegando;

mas ningun rumor se oye en la calle. Quién se creería en Toledo? Qué pesada calma! Ni un soplo de viento que refresque el ambiente.

Florinda. Dices bien. Abre, Dorotea, las celosias.

Dorotea. Las de la calle?

Florinda. No; las del jardin. No te acontece á veces, Dorotea, que un rumor vago, un soplo de viento despierte en tí recuerdos, impresiones pasadas de placer ó de pena.

Dorotea. Va que acierto en quién pensais...

Florinda. Grande esfuerzo por cierto! Nunca pienso sino en él; mas ya jamas le veré.

Dorotea. Por qué? No prometió ese cortesano en quien fiais devolveros á mis brazos?

Florinda. Silencio! El es! Valor, corazon!

Dorotea. Temblais?

Florinda. Oh! no. Estoy tranquila.

Dorotea. Mis recelos se dispiertan.

ESCENA II.

DOÑA FLORINDA. DOROTEA. DON PEDRO GOMEZ.

Gomez. Llego, señora, á punto.

Florinda. Yo hubiera dicho, señor don Pedro, que os hicisteis esperar.

Goméz. Nada temais. El protector poderoso que os nombré no os ha de abandonar.

Dorotea. No he de poder acompañarla?

Gomez. No ignorais la severidad del tribunal.

Dorotea. Oh! Pero me la devolvereis, no es verdad, como lo prometísteis?

Gomez. Y presto. Os lo torno á prometer.

Florinda. El manto, Dorotea.

Dorotea. (*Poniéndole el manto.*) Quién pudiera seguiros!

Gomez. (*Aparte.*) La jactancia de tal conquista no ha de poder nada con ella, pero el temor...

Florinda. (*Despidiéndose.*) Dorotea!!!

Dorotea. (*Acompañándola, le besa las manos.*) Hija mia!!!

ESCENA III.

DOROTEA. *Despues* DON JUAN.

Dorotea. Oh! ahora al menos puedo maldecirlos á ellos y á su raza sanguinaria, y maldecir sus leyes, su tribunal, sus verdugos. Qué hicimos para que nos tratasen de esa suerte? Es esa, sectarios del Cristo, vuestra santa, vuestra dulce religion? Horas tengo en que quisiera tenerlos á todos en mi mano. No seria mas que una justa venganza. Quién pudiera ser generosa con ellos? Con ninguno. No son todos igualmente sanguinarios? Ah! cristianos...

Juan. (*Saltando por la ventana del jardin.*) Menos uno, supongo.

Dorotea. (*Dando un grito.*) Sois vos, señor don Juan? Habéisme asustado. Vos aqui, y de esa suerte?

Juan. De la única que pudiera venir sin riesgo de encontrar importunos. Por la tapia del jardin: felizmente no es elevada.

Dorotea. Dios de Israel!

Juan. Y acompañado, Dorotea. (*Llegándose á la ventana para ayudar á don Rodrigo.*) Venid, don Rodrigo: os dije que la entrada era facil aun para vuestros años.

ESCENA IV.

DICHOS. DON RODRIGO.

Dorotea. Cómo anunciarle esta nueva?

Rodrigo. (*Acabando de saltar la ventana.*) Dónde me traeis, don Juan?

Juan. A puerto de salvacion. Y bien, Dorotea? Con que volveré á verla? Qué hace doña Florinda? Dónde está?

Rodrigo. En la posada de doña Florinda!

Juan. No vais, Dorotea? No le anunciais...?

Dorotea. (*Saliendo de su indecision.*) Sí, la diré... Esperad aqui un momento. (*Aparte.*) Ganemos tiempo al menos.

ESCENA V.

DON JUAN. DON RODRIGO.

Rodrigo. Para conducirme á esta casa os negásteis, don Juan,

á seguirme al palacio del duque de Medina? Por qué habré yo prometido no dejaros solo un punto? En casa de doña Florinda!

Juan. Pudiera yo llevaros á otra parte?

Rodrigo. A una casa adonde os plugo traer al conde de Santa Fiore, y acechada tal vez por sus parciales, á una casa, en fin, donde podeis encontrarle á él mismo!

Juan. Pluguiese al cielo!

Rodrigo. Dios os libre, don Juan. No lo deseis. Sabeis, mozo imprudente, lo que arriesgais, sabeis el porvenir que aventurais, sabeis quién sois siquiera...?

Juan. Quién soy, en fin, don Rodrigo, quién?

Rodrigo. Un loco, don Juan

Juan. Don Rodrigo, sosegaos. (*Aparte*.) Qué hace doña Florinda?--No tuviérais mas miedo si el santo oficio se hubiese entrometido en nuestros negocios.

Rodrigo. Es la sola desdicha que nos falta; y no la menteis, si no quereis..

Juan. Oh! Esto es demasiado. Dorotea! (*Llegando á la puerta*.) Ardo en impaciencia! Dorotea! Vuelves sola?

ESCENA VI.

DICHOS. DOROTEA.

Dorotea. Ah! señor don Juan...

Juan. Qué veo? Volveis el rostro? Llorais, Dorotea? Qué pasó en mi ausencia? Qué me encubris? Doña Florinda...

Dorotea. Salió...

Juan. Adelante.

Dorotea. Citada por el tribunal...

Juan. Cuál?

Dorotea. El santo oficio!

Juan. El santo oficio! Y judía!

Rodrigo. Que decis?

Juan. (*Desesperado*.) Perdida sin remedio!

Rodrigo. No es eso lo que os pregunto. Hablásteis de una judía? Doña Florinda es judía!

Juan. Yo dije eso? Y bien, don Rodrigo, pues lo dije... es cierto.

Rodrigo. Lo hubiera jurado. Don Juan, no hay seguridad aqui ya para nosotros.

Juan. Don Rodrigo!

Rodrigo. Sabeis que la inquisicion no castiga solo á los judaizantes, sino tambien á sus encubridores? Me entendeis, don Juan?

Juan. Sí, os entiendo: á sus encubridores. Y qué me importa? Qué hemos de hacer ya?

Rodrigo. Qué hemos de hacer, decis? Huir, don Juan.

Juan. Salir de aqui?

Rodrigo. Y de Castilla. En vísperas de un auto de fé!! Vamos, don Juan.

Juan. (*Asiéndole de un brazo.*) Vamos en buen hora, sí, pero á la inquisicion.

Rodrigo. (*Desasiéndose.*) Á la inquisicion!

Dorotea. Don Juan, teneos. Discrecion, cautela. Uno de los personages mas importantes del santo oficio ampara á doña Florinda; él la acompaña, y él ha de volver á conducirla á casa.

Juan. Esta noche misma?

Dorotea. Y presto. Asi lo prometió.

Juan. Qué no hablabais?

Rodrigo. Oh! no han de hallarnos aqui.

Juan. Ni yo he de moverme, aunque me cueste la vida.

Rodrigo. Quereis volverme loco, ingrato don Juan? Yo hice cuanto fue humanamente posible para cumplir mi promesa; pero os burlásteis de los consejos de un anciano, y este quiso mas bien acompañaros en vuestras locuras que tener razon abandonándoos á vuestra mala cabeza. Ahora os amaga un riesgo inminente, y quereis tambien que os acompañe en él, pudiendo fácilmente evitarle...

Juan. Oh! una idea, pero una idea que todo lo concilia, el tierno afecto que me profesais, la palabra que teneis empeñada, y vuestra propia seguridad..

Rodrigo. Hablad presto.

Juan. En cuanto doña Florinda se vea sola, me dejo ver, y huyo con ella sin esperar segunda cita del tribunal.

Dorotea. Oh! sí, salvadla, señor!

Juan. Andad, pues; procurad caballos y volved por nosotros. Volved, y desde este punto fiamos nuestra suerte en vuestras manos. Es el último esfuerzo que de vos exijo.

Rodrigo. Y la última concesion que os hago. Convenido pues.

Volveré, y desde el pie de la ventana os haré señas.

Juan. Sí.

Rodrigo. Tres palmadas.

Juan. Tres palmadas.

Rodrigo. Si puedo entrar en la casa sin riesgo, me contestais. De otra suerte...

Juan. No contestaré.

Rodrigo. (*A Dorotea*.) Guiadme ahora, y con cautela.

Dorotea. Nada temais. (*Salen*.)

ESCENA VII.

DON JUAN. (*Se sienta*.)

Meditemos. Qué debo hacer? Esperarla? Y si no volviese... Oh! si no volviese, iria á buscarla al fondo de esa cueva, que llaman santo oficio. Si! insensato! al santo oficio! Perderia mil vidas antes de abrirme paso... Doña Florinda, doña Florinda! os perdí por ventura para siempre?

ESCENA VIII.

DON JUAN. DOROTEA.

Dorotea. (*Acude presurosa*.) Vedla aqui, señor don Juan! La he visto: ya está de vuelta.

Juan. Corro á su encuentro.

Dorotea. No hagais tal: no viene sola. La acompaña el mismo de quien os hablé. Quereis perderla?

Juan. Antes perder cien vidas. Mas primero decid, quién es....

Dorotea. Dudais de mi señora? Ingrato don Juan.

Juan. Decis bien! mi pasion me turba. Ella engañarme!

Dorotea. Guardaos, pues, de descubriros. Venid.

Juan. Donde querais.

Dorotea. (*Abriendo una puerta lateral*.) Al parage mas apartado de la casa, á mi aposento, y solo para salir de él en tiempo oportuno.

Juan. De vuelta ya! Y yo aqui para defenderla! Ah! respiro, Dorotea. Te obedezco. (*Salen*.)

ESCENA IX.

DOÑA FLORINDA. DON PEDRO GOMEZ.

Florinda. Oh! gracias, don Pedro, gracias. Habeis cumplido vuestra palabra, mas perdonad... (*Dejándose caer en un sitial.*) No puedo tenerme en pie.

Gomez. El interrogatorio os dejó al parecer una impresion harto penosa.

Florinda. Dolorosa, don Pedro, como un horrible ensueño que no pudiese desechar. Aquella sala enlutada, aquellas opacas luces que hacian mas espantosa la oscuridad; aquellos jueces velados, cuyos ojos se fijan en vuestra frente con una inmovilidad que hiela el pensamiento... Oh! no puede la justicia de los hombres aparecernos sino revestida de esas formas terribles?

Gomez. No, cuando ha de vengar á Dios. Pero espero que vuestros jueces se han de humanar en favor vuestro.

Florinda. No teneis certeza...

Gomez. Bien quisiera, señora.

Florinda. Pero qué saben de mí, qué me quieren...? Está escrito que habré de presentarme de nuevo en su presencia?

Gomez. Lo ignoro, mas es posible.

Florinda. Querrán someterme á esa prueba de dolor, cuyos instrumentos esparcidos en derredor mio ofuscaban ya mi débil razon...

Gomez. Cuéstame el creerlo, pero...

Florinda. (*Levantándose.*) Pero es tambien posible! Ah! no lo consentireis. Tendreis compasion de mí. No ha de faltarme esfuerzo para morir. Soy tan desdichada! Pero á la vista de tan espantosos dolores, siento en mí toda la flaqueza de una muger. El dolor me espanta. Qué hacer, don Pedro, para evitarle? Desde ahora me someto á cuanto exijan. Cuanto quieran que diga, otro tanto diré, para morir mas pronto, sí, pero una sola vez! Oh! sí, cuanto quieran diré!

Gomez. (*Aparte.*) Ya está en el punto en que anhelaba verla.—Solo una persona pudiera intervenir entre vos y vuestros jueces; os lo repito, una sola: el rey.

Florinda. Y lo hará?

Gomez. Podeis dudarlo, cuando se digna venir él mismo á seros fiador de ello?

Florinda. Oh! que venga, don Pedro, que venga!

Gomez. Como os dije, señora, yo contaba hallarle aquí: dentro de poco le vereis llegar: encubridle todo género de resentimiento. Tened presente que la inquisicion intimida hasta á los reyes, que un paso dado con ese tribunal es arriesgado aun para S. M., y que merece algun agradecimiento.

Florinda Ah! Qué puede prometerse del mio?

Gomez. El rey don Felipe no puede tardar; vais, señora, á verle: vuestra suerte está en vuestras manos. Quedaos, señora, quedaos.

Florinda. (*Dejándose caer de nuevo en el sitial.*) Mis bendiciones al menos os acompañan.

Gomez. (*Aparte al salir.*) Prometa ahora el rey, y el amante va á ser dichoso.

ESCENA X.

FLORINDA.

Qué no puede el terror! don Juan! mi vida! Yo llamo á su propio enemigo: al rey! Muy desdichada ó muy débil debo de ser, pues que deseo volverlo á ver: lo anhelo con todo; de ello me sonrojo, pero no me es posible vencerme. Dios mio, traedle presto para tranquilizarme sobre los riesgos que me amenazan!

ESCENA XI.

DOÑA FLORINDA. DOROTEA.

Dorotea. (*Corriendo hácia ella.*) Os vuelvo á estrechar en mis brazos!

Florinda. Dorotea!

Dorotea. Temblais?

Florinda. Ah! no aumentes con la tuya mi conmocion: es fuerza sosegarme. Espero á alguien.

Dorotea. Y yo os anuncio una persona á quien no esperábais.

Florinda. Qué quieres decir?

Dorotea. Él, él!

Florinda. Don Juan!

Dorotea. El mismo, que acaba de llegar.

Florinda. Don Juan libre, don Juan aqui!

Dorotea. Oculto en mi cuarto, me envia á acechar si estais sola; decid una palabra, y le teneis á vuestros pies.

Florinda. Al punto, Dorotea, corre, vuela. (*Deteniéndola.*) No oiste?

Dorotea. No! nada.

Florinda. Espera! El gozo me hizo olvidar... dile á don Juan que parta, que huya!

Dorotea. Con vos, esta noche misma. Solo, jamas.

Florinda. Qué haré, Dios mio! Ha de encontrarlo.

Dorotea. A quién?

Florinda. Al conde, que no puede tardar, que sube tal vez ahora, mientras que te estoy hablando...Dios mio! Si volviésen á encontrarse uno en frente de otro!

Dorotea. Oh! don Juan le mataria!

Florinda. Le mataria! Pero ignoras.... Sería el crímen mas espantoso...!! Y yo pude solicitar su presencia! Escucha, Dorotea. Don Juan está en tu habitacion; es fuerza tenerle en ella! Mas sin hablarle del conde.

Dorotea. Consentirá?

Florinda. Oh! dile que se lo ruego, que lo exijo; que va en ello su vida... no... la mia, y lo hará!

Dorotea. No hay riesgo para vos en quedaros sola?

Florinda. Ninguno, Dorotea. No ha un momento, temblaba todavía; pero he vuelto á mi ser; ya no pienso sino en él, no temo sino por él; á todo me espondria por salvarle. Ignoras, Dorotea, que el amor es el valor de las mugeres?

Dorotea. Pero don Juan no tomará consejo sino de su espada si llega á sospechar que os negais á verle para recibir á su enemigo.

Florinda. Tu aposento está distante. No podrá oirnos.

Dorotea. Ah! señora, si hubiéseis podido hablarle!

Florinda. Dices bien; todavía puedo; ven; voy contigo; voy delante de tí; al menos le habré vuelto á ver. (*Deteniéndose de repente.*) Esta vez no me engañé.

Dorotea. Alguien sube. Ya llegan.

Florinda. El conde! Ya es tarde. Dorotea, sálvanos á entrambos. Corre, vuela. He de cerrar esta puerta! (*Echan-*

do la llave.) Todos los obstáculos son pocos entre el conde y don Juan. (*Adelantándose hácia el medio de la escena.*) Disimulemos.

ESCENA XII.

DOÑA FLORINDA. FELIPE II.

Felipe. (*Aparte en el fondo.*) El miedo que me la entrega la hace mas hermosa. Ó esta noche ó jamas.

Florinda. (*Aparte.*) Cómo abreviar esta entrevista?

Felipe. Me habeis de disculpar, señora, si vengo á turbar vuestra meditacion.

Florinda. Tan melancólica era, señor, que aun he de estaros agradecida.

Felipe. Esta vez, pues, mi presencia no os es molesta.

Florinda. Pudiera serlo, señor, cuando venis á ampararme? Venero, bendigo vuestra justicia.

Felipe. De buena gana aceptaria la lisonja si un afecto, mas dulce que la necesidad de ser justo, no me trajese á vuestra presencia.

Florinda. La compasion!

Felipe. Sí, una compasion acompañada de recelos mil, el afecto de un amigo que desconocisteis cuando le pudisteis creer insensible.

Florinda. Vuestras palabras me vuelven la esperanza; si así me las hubieran referido, hubieran bastado á calmar mis recelos, y os hubieran ahorrado, señor, una entrevista en que abuso tal vez...

Felipe. Al privarme del placer de tranquilizaros yo mismo, no me le envidieis, bella Florinda.

Florinda. (*Aparte.*) Se queda!

Felipe. Me es tan dulce consagraros estos instantes que robo á mis afanes...

Florinda. Y á vuestro descanso tal vez... Sé cuán preciosos son; no temais, señor, que abuse de ellos.

Felipe. (*Adelantando un sitial para doña Florinda.*) Desechad, señora, ese temor.

Florinda. (*Sentándose.*) Es forzoso!

Felipe. (*Aparte.*) La habré por ventura tranquilizado demasiado pronto?—Han debido deciros, señora, que la voluntad soberana puede estrellarse en una sentencia del

santo oficio. Este tribunal representa á Dios mismo, y delante de Dios qué son los reyes de la tierra? He resuelto, con todo, cualquiera que sea el riesgo, interponerme entre vos y vuestros jueces; y en galardon de ese servicio qué debo de esperar? Odio tal vez!

Florinda. (*Levantándose.*) Odio yo cuando me salvais? Eso fuera, señor, ingratitud de que...

Felipe. De que sois incapaz, hermosa Florinda. Os creo. (*Convidándola á sentarse.*) Por piedad.

Florinda. (*Aparte sentándose en tanto que el rey va á tomar otro sitial.*) Qué tormento!

Felipe. (*Apoyado en el respaldo de su sitial.*) No sereis ingrata; pero permaneceis indiferente. (*Sentándose.*) La estrella de un rey es no granjear sino respeto cuando no inspira aborrecimiento ú envidia; y con todo, sensible á todo género de afecto que se le rehusa, abrasado, sin esperanza, de encontradas pasiones, cuán dolorosamente siente un rey la necesidad de ser amado!

Florinda. Lo sois, señor, de un pueblo entero que os venera, que os admira, y que en vos ve el manantial de todo bien.

Felipe. Sí, lo soy por interés; soy querido con aquel amor con que se ama al poder, no al hombre, sino al soberano. Qué á mí, señora, esos homenages, esas aclamaciones cansadas? Con cuánto gozo las trocaria por la dicha de estrechar en mis manos una mano amiga; por un suspiro de la querida que me he creado en mi fantasía, que veo en mis sueños, cuya imagen persigue en fin al monarca en medio de sus afanes, y al cristiano hasta en el fervor de sus oraciones!

Florinda. Esa querida, señor, Dios y la Francia os la envian; una joven esposa os espera, aclamada por sus virtudes, y su persona la hermosa entre todas las princesas.

Felipe. Mas no entre todas las mugeres. Hay lugar para ella en este corazon que otra imagen acertó antes á llenar y á poseer? No lo creais, bella Florinda; esa boda política es una triste viudez con todos los recelos y las trabas todas del matrimonio. (*Acercando su sitial al de Florinda.*) Oh! cuánto mas reina, que esa reina adornada de un título vano, seria una esposa por mí secretamente preferida, de amor toda, escogida por mí, y adorada en

las tinieblas del misterio! A sus plantas depondria mi cetro; ella ejerceria en mi nombre ese derecho de hacer gracia, el mas hermoso de los derechos de un rey; sus manos no serian sino un canal por donde pasasen mis tesoros á las de los desdichados. Y ese inmenso poder de consolar el infortunio, esa diadema real encubierta en el misterio, pero mas absoluta que la mia, solo una muger la merece, una sola en el mundo, y esa muger sois vos, bella Florinda.

Florinda. (*Levantándose.*) Yo! Cielos! Quién? Yo?

Felipe. Vos, señora, á quien de rodillas la ofrezco, á quien temblando pido esa compasion misma que yo no supe negaros.

Florinda. Pero que intentais venderme al precio de mi honor... Oh! no, no tuvisteis semejante idea. Yo me engañé, yo ultrajé vuestra magestad. Perdon, señor, perdon para mi error.

Felipe. No finjais, bella Florinda, no apeleis á virtudes de que Dios me hace libre desde el punto que me las hace impractibles. Lo he resuelto; crimen ó no, de bueno ó de mal grado, Florinda, sereis mia.

Florinda. Y yo propia me entregué! Y estoy sola?

Felipe. Sola, y nadie os venderá; pero nadie tampoco es poderoso á salvaros.

Florinda. Mi desesperacion y mis gritos.

Felipe. Vuestros gritos no serán oidos.

Florinda. Os engañais, señor; vendrán; os juro que vendrán.

Felipe. Quién, pues?

Florinda. Nadie. Oh! decis bien, nadie. Estoy sola, sin amparo, sin defensa; ó mas bien una sola me queda, y esa sois vos; vos, á quien fio ese honor que veniais á robarme. Vos, señor, que sereis mi defensor contra vos mismo. (*Llegándose á él con exaltacion.*) Don Felipe, la accion que intentais es horrible, (*Cayendo de rodillas.*) y de ella pido justicia al rey de España!

Felipe. (*Contemplándola con entusiasmo.*) Hermosa de orgullo y de terror!—Ese es, Florinda, el único de tus deseos, á que no daré cumplimiento. El rey de España ha de ser hoy tu señor, y don Felipe tu esclavo toda su vida.

Florinda. (*Levantándose, y despidiéndole de sí al rey.*) Es-

cuchadme, hombre cruel, cristiano sin compasion; nò diré mas que una palabra, pues que me obligais...

Felipe. No cambiará tu suerte.

Florinda. Una sola palabra que ha de perderme, pero que os ha de hacer retroceder de espanto.

Felipe. Ya habeis resistido demasiado. (*Arrojándose hácia ella.*)

Florinda. (*Huyendo.*) Piedad, señor, piedad, ó la pronunciaré. Soy, señor...

Felipe. (*Cogiéndola en sus brazos.*) Qué me importa?

Florinda. Soy judia!

Felipe. (*Retrocediendo horrorizado.*) Tú! Qué escucho? Desdichada! Plegue al cielo, para tu salvacion en este mundo y en el otro, que la virtud te haya inspirado una mentira.

Florinda. Sí, una mentira pesa sobre mi conciencia, mentira que por necesidad me humilló hasta fingir una creencia aparente; ese es mi crimen, y espero mi castigo. Pero si dais un paso hácia mí, repetiré al pie del tribunal, diré á voces ante mis jueces que un castellano fue bastante vil para intentar triunfar de la inocencia con la fuerza; que un caballero ha ultrajado á una muger, que el rey mas santo de la cristiandad, que tú, don Felipo, tú, rey católico, te has manchado con una pasion infame por una judia. (*Con calma.*) Y bien! Señor, ahora os deteneis. Yo estoy tranquila ahora, y vos sois quien tiembla.

Felipe. Por tí, infeliz. Sabes por ventura que si, para eterna vergüenza mia, hubiesen llegado tus palabras á otros oidos, sabes que no habria esperanza ya para tí en esta vida?

Florinda. Pero saldria pura de ella.

Felipe. Que todo mi poder no seria bastante para salvarte del tormento y de las llamas?

Florinda. Pero volaria mártir al seno de ese Dios, que asi es mi Dios como el vuestro, y que ha de juzgar á mis jueces; pero muriera digna todavia de aquel que tanto me amó.

Felipe. Oh! Por qué, por qué renovaste ese recuerdo que ahoga en mí toda compasion? Es tu sentencia, Florinda, y tu sentencia de muerte. (*Oyendo golpes repetidos en la puerta del corredor inmediato.*) Qué rumor es ese?

Florinda. (*En el mayor espanto.*) Cuál? nada; no oigo nada. No sé... Dorotea tal vez.

Juan. (*Desde adentro.*) Abridme esa puerta, ó he de hacerla pedazos.

Felipe. Un hombre aqui!

Florinda. (*Se arroja hácia la puerta, y quiere detener al rey.*) Os lo ruego, señor... Ah! Por lo que mas amais en este mundo.

Felipe. (*Desviándola para abrir la puerta.*) Un testigo de mi afrenta! He de saber quién es.

ESCENA XIII.

DON JUAN. FELIPE II. DOÑA FLORINDA.

Felipe. Don Juan!

Juan. El conde!

Felipe. Me habeis oido?

Juan. Demasiado tarde. Si no ya estuvieras castigado.

Florinda. (*Precipitándose entre los dos.*) Ni teneis ese derecho, ni pudiérais, don Juan; no conoceis al que afrentais.

Juan. Le conozco por sus hechos; daráme razon de ellos.

Felipe. Y yo os juzgaré por los vuestros, y de ellos habreis de responderme.

Florinda. (*A don Juan.*) Le debeis respeto; respeto, sí, á la sangre mas noble de Castilla!

Juan. Ni es noble ni castellano quien teme á un hombre y amenaza á una muger.

Felipe. Compadezco á la muger; en cuanto al hombre, le veo de bastante altura para despreciar sus injurias.

Juan. Merced al miedo que teneis de vengaros de ellas.

Felipe. Si os queda un resto de razon, don Juan, ni una palabra mas. Salid.

Juan. Si os queda una gota de sangre en el corazon, venid conmigo ó defendeos.

Florinda. Aqui... á mi vista! no os atrevereis. (*Asiéndole.*) No podreis...

Felipe. Por última vez, obedeced.

Juan. Por última vez tambien, defiéndete. Cruza tu espada..., ó... (*Haciendo demostracion de pegarle de llano con la suya.*)

Florinda. (*Dando un grito.*) Es el rey!

Juan. (*Dejando caer la espada.*) El rey!

Florinda. (*Una rodilla en tierra.*) Perdon, señor, perdon! No para mí; ya estoy condenada; pero para él, cuyo único delito fue amarme sin saber quién fuese, y defenderme sin conoceros.

Felipe. (*Á Florinda.*) Me habeis vendido.

Florinda. Por salvaros, señor!

Felipe. Ó mas bien á él. Quién os dice que no tengo yo medios para protegerme á mí mismo contra un loco á quien despreciaba demasiado para nombrarme? (*Llamando.*) Don Pedro!

ESCENA XIV.

DICHOS. DON PEDRO GOMEZ. UN OFICIAL. GUARDIAS DEL REY.

Felipe. (*Á Gomez.*) Ese mozo demente al alcázar. (*Indicando el aposento de doña Florinda.*) Esta muger aqui. Decidiré de la suerte de los dos.

Florinda. Por qué, don Juan, no me dejásteis morir sola? (*Éntrase á su aposento.*)

Juan. No pude vengar ni su honor, ni el mio! O juramento mio!

Felipe. (*Á los guardias.*) Retiraos.

ESCENA XV.

FELIPE II. DON PEDRO GOMEZ.

Felipe. (*Los ojos clavados sobre el arma que dejó caer don Juan.*) Osó levantar contra mí esa espada...! Mas qué veo? Reparad, don Pedro. No me engañan mis ojos. Mis órdenes llegaron tarde para impedir que viese á Carlos V.

Gomez. Don Rodrigo sin duda lo dispuso todo.

Felipe. Traidor! Si vuelve á caer en mis manos, don Pedro... (*Suenan tres palmadas.*) Escuchad.

Gomez. Es seña.

Felipe. Seña que nos entrega un cómplice. Corred, don Pedro, y ¡ay de cuántos me han ofendido!

ACTO QUINTO.

La cámara del rey en el alcázar de Toledo. Una puerta lateral; otra grande en el fondo, que da á una galería: un Crucifijo pendiente, en fondo negro.

ESCENA PRIMERA.

FELIPE II *sentado junto á una mesa.* DON PEDRO, *que trabaja con el rey.*

Felipe. Teneis la lista de los condenados que me ha sido entregada por el inquisidor general?

Gomez. Aqui está.

Felipe. (*Recorriéndola.*) Judios, siempre judios. Auméntase el rigor; los esterminaré: aunque hubiera de convertir la España en un yermo, habrán de desaparecer dejando sus tesoros para enriquecer el culto, y su sangre para avivar la fé espirante. Todo por la fé y solo por la fé.

Gomez. Quién pudiera dudarlo, señor?

Felipe. No creais, don Pedro, que sea espíritu de venganza: no imagineis que pienso en ella.

Gomez. Lejos de mí tal idea.

Felipe. Con todo, si, como decis, no perteneciese á esa abominable raza... Don Rodrigo debe de saberlo. Él sin duda la conoce.

Gomez. Ya dí orden de que fuese conducido á la presencia de V. M.

Felipe. Si al menos abjurase sus errores con conviccion sincera!

Gomez. Una, señor, existe que le ha de impedir abjurar las demas. Su amor.

Felipe. Don Pedro, quereis obligarme á dar muerte á ese mozo?

Gomez. Yo, señor?

Felipe. Y decis bien; y sois mi amigo en aconsejármelo. Demasiado lo deseo yo ya; pero no puedo cerrar los oidos á la voz de la naturaleza que resuena en mi corazon: hay un respeto humano que me detiene. Si mi padre se lo ha dicho todo, es claro indicio de que lo toma bajo su proteccion.

Gomez. Hasta la presente nada lo prueba.

Felipe. Su digno preceptor, á quien voy á interrogar, ha de aclarar mis dudas en este punto. Quien una vez me engañó, puede engañarme de nuevo. (*Dando un golpe sobre la lista.*) Pero por esta vez yo sabré hacerle forzosa la verdad.

Gomez. Siempre tuvisteis el miedo por uno de los mejores arbitrios para mover á los hombres.

Felipe. El mejor, don Pedro. Las dignidades se envilecen prodigadas, el oro se agota; el miedo empero no se agota, y no cuesta nada.

Gomez. Aqui llega don Rodrigo.

ESCENA II.

DICHOS. DON RODRIGO *conducido por un ugier, que se retira.*

Felipe. Estoy sereno. Ni hay enojo en mí ya, ni rencor. Puedo ser justo. No esperais por cierto vuestro perdon?

Rodrigo. No lo merezco, señor; pero la clemencia de V. M. es tan grande que lo espero.

Felipe. Os las habreis con el rey, ó con el santo oficio: lo único que de vos exijo es que elijais vuestros jueces.

Rodrigo. Señor, ya elegí, y estoy en presencia de mi juez.

Felipe. Pero en tanto solamente os dejaré esa libertad en cuanto me satisfagan vuestras respuestas. Todo pende de vuestra sinceridad.

Rodrigo. Será completa; porque si bien la verdad puede perjudicarme, sé que la mentira ha de perderme.

Un ugier del palacio, anunciando. Un espreso de su eminencia el inquisidor general.

Rodrigo. Quisiera estar á mil leguas de aqui!

Felipe. Salid á recibirle, don Pedro, y volved presto.

ESCENA III.

FELIPE II. DON RODRIGO.

Felipe. Hé aquí la lista de los que han de morir mañana en el auto de fé que ha de celebrarse para castigo de los crímenes de algunos, y remision de los pecados de todos.

Esta lista no está tan llena que no pueda hallarse espacio para algun otro. Aqui queda sobre està mesa; pero á la primera palabra dudosa que salga de vuestros labios, le añado un nombre. Ahora responded. Conoceis á doña Florinda?

Rodrigo. Como V. M.

Felipe. No mas?

Rodrigo. Acaso menos.

Felipe. Qué quereis decir?

Rodrigo. Lo que digo, señor, no mas.

Felipe. Desde cuándo la conoceis?

Rodrigo. Desde el dia en que V. M. me dió cita en su casa.

Felipe. (*Estendiendo la mano hácia la lista.*) Don Rodrigo!

Rodrigo. Tened, señor. V. M. me condena por ser sincero. Qué haria si no lo fuese?

Felipe. En menosprecio de mis órdenes llevásteis á don Juan al monasterio de Yuste. Podeis negarlo?

Rodrigo. No puedo.

Felipe. Para que viese en él á mi padre?

Rodrigo. Y al suyo.

Felipe. (*Poniendo la mano sobre la lista.*) Don Rodrigo!

Rodrigo. Apelo á V. M., señor. Es cierto ó no?

Felipe. Y lo vió? Y lo sabe todo?

Rodrigo. No señor.

Felipe. No? Mirad que habeis dicho *no*.

Rodrigo. Rèpito, señor, que Carlos V no ha dejado un punto de ser para él un monge del monasterio.

Felipe. (*Señalando la espada que está sobre la mesa.*) Esa espada prueba lo contrario. Y el monge del monasterio probó por lo menos al fiársela, que no insiste en los convenios ajustados entre nosotros acerca de ese mancebo.

Rodrigo. Convengo en que seria singular presente si destinase todavia á don Juan á la iglesia; pero afirmo que el emperador mi amo...

Felipe. Que fue vuestro amo.

Rodrigo. Que el emperador Carlos V no le ha reconocido por hijo suyo.

Felipe. Estais cierto de eso?

Rodrigo. Tan cierto como lo estoy poco de vivir mañana.

Felipe. (*Con violencia, echando mano de la lista.*) Don Rodrigo!!

Rodrigo. Señor, el ruido solamente de ese papel en las ma-

manos de V. M. bastaria para turbar cabezas mejores que la mia. Este tormento no le va en zaga á ninguno. Pero cuanto afirmo es verdad.

Felipe. (*Levantándose.*) Se interesa pues por ese hijo mas de lo que yo pensaba?

Rodrigo. (*Con viveza.*) No quise decir eso.

Felipe. Pero ese interes, ese cariño, aunque lo fuese, se desvaneceria por sí mismo á la consideracion de un crimen de lesa magestad, crimen que don Juan ha cometido, y por el cual debe morir.

Rodrigo. (*Animándose á su pesar.*) Oh! no! V. M. no pronunciará esa sentencia: vuestro augusto padre no lo consentirá.

Felipe. Hay pues dos reyes en la monarquia? Y el que reina es por ventura súbdito del que reinó? Carlos V ha muerto para España, ha muerto para el mundo; yo os lo probaré, don Rodrigo, porque ese mozo imprudente morirá, á pesar de la voluntad ó de la flaqueza de un monge de Yuste.

Rodrigo. (*Del todo fuera de sí.*) Oh! no; nadie habrá hablado en esos términos de mi señor; no se condenará á su hijo en mi presencia sin que antes yo, su antiguo criado, haya al menos protestado por entrambos.

Felipe. Sois vos, don Rodrigo, vos quien habla?

Rodrigo. (*Cayendo de rodillas.*) No os lo diré, señor, sino de rodillas, pero os lo diré. Por prudencia, señor, por razones de política, en nombre de la naturaleza y de vuestra gloria, no destroceis la grande alma de Carlos V; no os estrelleis, señor, contra aquel cuya fama anda aun en boca de todos, aquel cuyos beneficios viven aun en todos los corazones. Aunque no fuese ya sino una sombra, saldria, señor, del sepulcro para amparar su sangre y vuestra contra vos mismo.

Felipe. (*Precipitándose hácia la mesa, donde toma la pluma y la lista.*) Oh! es demasiado.

Rodrigo. Escribid, señor, escribid; matad al anciano; para nada os puede ya servir; mas perdonad al joven, que tiene una vida entera que sacrificaros, y un corazon de veinte años que latirá en su pecho por su rey y por su pais: viva ese, señor, y si ha de recibir la muerte sea por vos, y no de vos. En fin, es vuestro hermano! (*Arrastrándose de rodillas hasta el sillon del rey.*) Sí, es vues-

tro hermano! Ah! señor, por ventura tiene un rey tantos amigos fieles, que pueda privarse él propio voluntariamente del cariño de un hermano?

Felipe. Alzad, anciano; vos mismo estais espantado de vuestro valor. (*Despues de una ligera pausa.*) No me obligo á nada para con don Juan; pero si le concedo la vida, lo que dudo, será para que la oscurezca en la austeridad de un cláustro. Os autorizo á decírselo. Sé que teneis poca influencia sobre él; no importa, probad á convencerle. Id á buscarle, y que os acompañe aqui. (*Á don Pedro que ha entrado hácia el fin de la escena.*) Conducid á mi presencia á doña Florinda.

Gomez. Cómo, señor...

Felipe. Conducidla, y dad orden al mismo tiempo de que don Rodrigo pueda ver á vuestro preso. Andad.

Rodrigo. (*Aparte.*) Otra mision! La última por cierto.

ESCENA IV.

FELIPE II.

Un príncipe de mi nombre, de mi sangre misma, otro yo en mi corte ó en mis ejércitos! Jamás. Basta con un hijo. Sobra con un hermano. Es fuerza que muera, ó que obedezca. (*Andando precipitadamente.*) Y aun cuando se sometiese, no veria yo siempre debajo de sus ropas sagradas al insolente que me hizo retroceder? No veria hasta en su báculo pastoral de obispo la espada desnuda que osó alzar contra mí? No hay perdon posible! Obedezca ó no, es forzoso que muera. (*Deteniéndose.*) Pero y mi padre? En vano procuro revelarme contra un ascendiente que no acierto á sacudir; me domina. Su dignidad imperial y real oscurecida y muerta, tal cual está, impone á la mia. Es una sombra, sí, pero si se me apareciese de repente podria decirle: «*Yo maté á vuestro hijo?*» Estas palabras se hielan ya sobre mis labios, como si estuviese en frente de mí, como si su mirar de águila me anonadase entre el polvo. La Europa está llena aun de su gloria; una sola voz suya bastaria para hacer resonar en todos los ángulos mi desdoro. (*Despues de un momento de silencio.*) Matar yo á su hijo! imposible! (*Dejándose caer sentado.*) Nunca me atreveré! Pero obedecerá! De qué suerte obli-

garle? Solo una persona en el mundo puede, y si resiste, si la tentacion viene á ser en mí mas poderosa, será indicio de que Dios quiere que yo sucumba á ella. Entonces sucumbiré... Aqui llegan.

ESCENA V.

FELIPE II. DON RODRIGO Y DON JUAN *por el fondo. Despues* DOÑA FLORINDA Y DON PEDRO *por la puerta lateral.*

Rodrigo. (Bajo á don Juan.) No es el valor lo que os recomiendo.

Juan. Ah! Florinda!

Florinda. Don Juan!

Felipe. (Á Gomez y don Rodrigo.) Salid.

ESCENA VI.

DICHOS *menos* DON RODRIGO Y GOMEZ.

Felipe. (Aparte.) Su suerte va á decidirse: á este punto no me siento piedad alguna en el corazon.

Florinda. (Á don Juan.) Os vuelvo á ver, don Juan; dicha por cierto que no esperé!

Felipe. Pero que será corta. (*A don Juan.*) Os intimaron mi resolucion?

Juan. Me la intimaron.

Felipe. Cuál es la vuestra?

Juan. El conde de Santa Fiore la sabe harto bien para que pueda el rey ignorarla.

Felipe. Insistís?

Juan. Pronunciar con mis labios votos que mi corazon desmintiese fuera accion vil. Moriré, señor; es mejor que España tenga un noble menos, que un mal sacerdote mas.

Felipe. Caiga, pues, sobre tu cabeza la sangre de esa doncella, porque tú mismo acabas de pronunciar su sentencia.

Juan. Qué decís, señor?

Felipe. Que si resistes perecerá, y que vivirá si consientes.

Juan. V. M...

Felipe. Sí; puedo salvarla de esa muerte que destruiria tanta belleza, de esos tormentos cuya sola idea espanta. Podrá huir y refugiarse en tierra mas hospitalaria; podrá si quiere, esconder su oscura existencia en un rincon de España, donde mi justicia la olvidará. Don Juan, os empeño mi palabra real, mas someteos.

Florinda. Os piden, don Juan, mas que la vida; os piden la libertad. Dejadme sufrir mi suerte: yo no he menester para morir sino tan poco valor! Vos habreis menester tanto para vivir esclavo!

Juan. Esclavo! Y esclavo en un hábito hasta la muerte! En buen hora! Mi amor me prestará el valor de que me creí incapaz. Despues de vos, Florinda, mi libertad es lo que mas amo en la tierra; pero perdiéndola, os salvo. Ah! lo que me hubiera envilecido, de hoy mas me honrará. Ya fuera mengua el dudar. *(Á Felipe con dignidad.)* Señor, usais conmigo una violencia de que habreis de responder un dia; pero en vos reside el poder: abusad pues de él; disponed de mí.

Florinda. No, don Juan, no!

Felipe. *(Arrastrándole hácia el Crucifijo.)* Ven, pues, ante este Dios que te escucha, y que ha de juzgarte, ven á ligarte con un juramento que has de renovar dentro de poco en sus altares.

Florinda. Don Juan, don Juan! no acepto ese sacrificio.

Felipe. Pero el cielo y yo le aceptaremos.

Juan. Nada por vos, señor, nada por el cielo. Todo por ella! (*Estendiendo la mano hácia el Crucifijo.*) Sí, cuésteme en buen hora su vida la desdicha de la mia en este mundo, y el riesgo de mi alma en el otro!!!

Felipe. (*A los grandes del reino, que entran por la puerta del fondo, descubierto.*) Quién llega? Qué es esto? Quién dió la orden de abrir? Quién osó con riesgo de su cabeza...

ESCENA VII.

DICHOS. CARLOS V. DON RODRIGO. DON PEDRO GOMEZ. PABLO. CORTESANOS &c.

Carlos. Yo, don Felipe.

Felipe. Santo Dios! (*Descubriéndose.*) Vos, señor?

Juan. Qué oigo?

Carlos. Yo, á quien un deber imperioso fuerza á salir por por última vez del retiro de que jamás creí separarme. El padre de una desdichada me prestó un tiempo un servicio que salvó á la monarquía, y que fue injustamente olvidado. Ella al menos no habrá reclamado en balde mi proteccion. Vengo á pedirla á sus jueces, que no me la negarán, y á vos, que debeis ser uno conmigo en el agradecimiento.

Felipe. Nuestra clemencia, señor, se habia adelantado á la vuestra.

Carlos. No he concluido. (*Señalando á don Juan.*) Entrambos nos engañamos acerca de la vocacion de ese generoso mancebo; mas nunca es tarde para enmendar un yerro. Don Juan, arrodillaos delante del rey de España. Aqui, en presencia de cuanto encierra el Estado de sagrado y grande, prometéisle obediencia y lealtad hasta la muerte?

Juan. Hasta la muerte!

Carlos. Don Felipe, prometeis á este mancebo ilustre proteccion y amistad?

Felipe. Cometió graves faltas para conmigo.

Carlos. Cuáles? Hablad.

Felipe. Perdonad, señor; quiero no recordarlas, porque solo olvidando puedo perdonar.

Carlos. Y las olvidareis?

Felipe. Por respeto á vos.

Carlos. (*Á don Juan.*) Hijo de Carlos V, don Juan de Austria, hijo mio, levantaos, y abrazad á vuestro hermano!

Florinda. (*Con dolor.*) Hijo de Carlos V!

Juan. Yo, señor? Es posible? (*Pasando de los brazos del rey á los de Carlos V.*) Yo hijo del hombre mas grande de su siglo!

Carlos. Nada debo olvidar. (*Á don Juan.*) Os recomiendo al novicio Pablo; de él podeis hacer vuestro page, si, como creo, tiene vuestra misma vocacion. Enseñadle á obedecer á su rey y á defender á su patria.

Pablo. Señor!

Carlos. (*Á don Rodrigo.*) No os dije, don Rodrigo, que la jornada seria buena?

Rodrigo. Ha concluido, señor, mejor que empezó.

Felipe. (*Á Carlos.*) V. M. nos consagrará un dia siquiera...

Carlos. (*Bajo al rey.*) Don Felipe, es cosa embarazosa para una corte poner buena cara al pasado, sin comprometerse

con el presente; puesto entre el agradecimiento y el interes, el mas diestro vacilaria. Evitemos entrambos la prueba. (*Alto.*) Os dejo, hijo mio: la magestad que reinó debe ceder el puesto á la magestad que reina.

Felipe. No me atrevo á insistir.

Rodrigo. (*Aparte.*) Por temor de que la sombra eclipse el sol.

Carlos. Doña Florinda, partamos. Vuestro destino pende de mí.

Juan. Cómo? Señor, padre mio!!

Florinda. Príncipe, no nos volveremos á ver en la tierra, pero viviremos juntos en mis oraciones al Dios de todos; para mí le pediré resignacion, que da esfuerzo para sufrir en silencio; y para vos gloria, única disculpa del olvido.

Juan. Olvidaros! jamás, señora, jamás!

Carlos. (*Á Felipe.*) Á Dios, don Felipe. (*Á don Juan.*) Príncipe, á Dios. Quedad vos, Pablo, en la corte: quedais contento?

Pablo. Por demas, señor. Es tan hermosa esta corte donde todos se sonrien, y se abrazan y se quieren...

Carlos. (*Dándole con la mano en la mejilla.*) Como en el convento!

FIN DE LA COMEDIA.

del médico reina y el rey nada! Ya se ve, un rey débil y enfermo! Quién ha de mandar? Paciencia!.... Para eso está aqui la gaceta, que ve en eso nuestra mayor felicidad... (*Leyendo para sí.*) Hola!... Otro decreto.... «Copenhague 14 de enero de 1772. Nos Cristiano VIII por la gracia de Dios, rey de Dinamarca y de Noruega, por la presente hemos venido en confiar á S. E. el conde de Estruansé, primer ministro y presidente del consejo, el sello del Estado; y mandamos que todos los actos emanados de él se guarden, cumplan y obedezcan en todo el reino, sin mas requisito que su sola firma, y aunque Nos no pongamos la nuestra...» Ahora comprendo la causa del gentío que acude esta mañana á cumplimentar al favorito... eh! ya es rey de Dinamarca... este decreto es una abdicacion de otro... (*Viendo llegar á Bergen.*) Ah! vos aqui, querido Bergen!

Berg. Sí, coronel. Veis qué gentío en la antecámara?

Koll. Aguardan que se levante el amo.

Berg. Desde que amanece le llueven las visitas.

Koll. Eso es muy justo. Ha hecho tantas él cuando era médico, que es razon que se las paguen ahora que es ministro. Habeis leido la gaceta de hoy?

Berg. No me hableis de eso... Todo el mundo está escandalizado. Qué descaro! Qué infamia!

Un Ugier. (*Sale de la habitacion derecha.*) S. E. el conde de Estruansé está visible.

Berg. Perdonad. (*Se mete entre la multitud y entra en la habitacion de la derecha.*)

Koll. Tambien este va á pretender! Hé aqui los hombres que logran los empleos... y nosotros por mas que pretendamos, nada!... Pues bien; antes morir que deberle la menor gracia... tengo demasiado orgullo para eso! Cuatro veces me ha negado ya... á mí... el coronel Koller, el grado de general, que tengo tan merecido, aunque no deba yo decirlo... pues hace diez años que lo pretendo. Pero le ha de pesar... él sabrá quién soy yo... No quiere comprar mis servicios?... Se los venderé á otros. (*Mirando al foro.*) La reina madre, Maria Julia; viuda, á su edad... demasiado pronto por cierto... Es terrible! razon tiene para aborrecerlos mas que yo.

ESCENA II.

LA REINA, KOLLER.

Reina. Ah! sois vos, Koller! (*Mirando al rededor con inquietud.*)

Koll. Nada temais, señora; estamos solos: todos acaban de entrar á besar los pies de Estruansé y de la hermosa condesa... Habeis hablado al rey?

Reina. Ayer, como teniamos convenido, le hallé solo en un cuarto retirado, triste, pensativo... se le caian las lágrimas, y estaba haciendo fiestas á su enorme perro, su fiel compañero, el único de sus dependientes que no le ha abandonado.—Hijo mio, le dije, no me conoces?—Sí, me contesto; sois mi madrasta,.. no, no, añadió cariñosamente, mi amiga, mi verdadera amiga, porque me teneis lástima, me venis á ver!.... y alargándome la mano, me decia afligido:—Veis qué malo estoy! Yo muero, señora, y no hay remedio para mí.

Koll. No es cierto, pues, que esté privado del juicio, como quieren hacernos creer?

Reina. No, sino viejo antes de tiempo, aniquilado enteramente por escesos de toda especie; se han embotado sus facultades, y se ha debilitado su cabeza hasta el punto de no poder soportar el menor trabajo, la mas ligera ocupacion: hasta el hablar le cuesta un esfuerzo... pero al oir lo que se le dice, se animan sus ojos, y brillan con una espresion particular. Ayer su semblante manifestaba muy al vivo cuanto sufria, y me dijo con una sonrisa amarga: ya lo veis; todos me abandonan... Y la condesa? Y Estruansé?... Estruansé... lo quiero tanto! dónde está? que venga á curarme.

Koll. Entonces era ocasion de manifestarle... de abrirle los ojos...

Reina. Ya lo hice; pero era preciso mucho tino... Sabeis lo que puede en el corazon de un enfermo pusilánime, abatido, débil, un médico que le promete la salud... la vida... es su oráculo... su amo... su Dios!—Empecé, pues, por recordarle cuando ese hombre oscuro logró introducirse en palacio, á pretesto de la enfermedad del príncipe, y casi le hice ver que él lo mató errando torpemente la cura; le puse ante los ojos como despues su carácter in-

trigante logró granjearle su intimidad, y adulando sus pasiones llevarlo él mismo de esceso en esceso al estado de postracion en que se halla... con la idea sin duda de hacerse cada dia mas preciso, de dominarle mas y mas, y llegar á satisfacer los planes desmedidos de ambicion que la casualidad le ofrecia... Le hice ver que lejos de emplear su ciencia en curarlo, su interes era mantenerle largos años en aquel estado doloroso de sufrimiento y de debilidad que tanto le atormenta, y con promesas y esperanzas mentidas, con consejos falsos y pérfidos, asustarlo, aislarlo, y arrancar de sus manos el poder. Se le presenté elevándose sucesivamente al rango de ayo de príncipe, de consejero, de conde... aspirando y logrando con escándalo del reino y con toda la osadía de un favorito hasta la mano de una muger unida á la familia real por los vínculos de la sangre, montando su casa con la etiqueta y servidumbre palaciega, y hasta el punto de contar él, primer ministro, entre las damas de honor de esa su insolente esposa, hija de otro ministro: le patenticé la conducta descabellada de su parienta traficando con su posicion, con su hermosura, con los empleos... se le pinté, en fin, haciendo gala de su ilimitado poder, y burlándose casi en público de la aprension... de la nulidad, de la demencia de un rey á quien todo lo debe, y á quien manda como á un esclavo, ó mas bien como á un autómata... Al oir esto, un rayo de indignacion brilló en aquel rostro desfigurado; sus facciones pálidas y ajadas se encendieron de repente, y con un tono que me sorprendió empezó á esclamar á gritos:—Estruansé! infame!... Estruansé! que venga aqui! quiero hablarle!

Koll. Cielos!

Reina. De allí á poco vino Estruansé con aquel aire de superioridad... de seguridad... dirigiéndome al paso una sonrisa de triunfo y de desden. El rey estaba irritado... aquella era la ocasion... pero en vano. Yo los dejé solos, é ignoro qué armas pudo emplear en su defensa: lo que sé es que este incidente ha contribuido á aumentar el ascendiente del favorito; que la condesa estaba anoche mas altanera que nunca, y que han llegado al ápice del poder: ese decreto que ha arrancado al infeliz monarca, y que publica hoy la gaceta oficial, reviste al primer ministro, á nuestro mortal enemigo, de toda la potestad real...

Koll. Y el primer uso que harán de ella será contra vos, señora; no dudaré que llegue su venganza hasta el punto de...

Reina. Sí; y es preciso evitarlo... es preciso que hoy mismo... Quién viene?

Koll. (*Mirando al foro.*) Favoritos del favorito!... El sobrino del ministro de marina, Federico Geler... y Falklend, el ministro de la guerra... ese hombre que para adular á Estruansé no ha dudado en consentir la humillacion de hacer á su hija dama de honor de la condesa... Ella viene con él.

Reina. Sí: Carolina: silencio delante de ella.

ESCENA III.

GELER. CAROLINA. FALKLEND. LA REINA. KOLLER.

Geler. (*Dando la mano á Carolina.*) Sí; hoy acompaño á la condesa Estruansé en la magnífica cabalgada que ha dispuesto... Si vierais, Carolina, qué bien se tiene á caballo... con un aire! oh! aquello no es una muger!

Reina. (*A Koller.*) No; es un sargento de caballería.

Car. (*A Falklend.*) La reina madre!... (*Los tres la saludan.*) Señora, iba á ver á V. M.

Reina. (*Con sorpresa.*) A mí?

Car. Tenia encargo de hacer á V. M. una súplica.

Reina. Esta es la mejor ocasion.

Fal. Hija mia, te dejo; voy al cuarto del conde de Estruansé, nuestro primer ministro.

Gel. Yo os acompaño: tengo que cumplimentarle por mí y por mi tio, el ministro de marina, que está hoy algo indispuesto.

Fal. De veras?

Gel. Sí; ayer tarde acompañó á la condesa Estruansé en el paseo que dió en la falúa real... y el mar le ha hecho daño...

Reina. A un ministro de marina!

Gel. Oh! no será nada!

Fal. (*Viendo á Koller.*) Ah! buenos dias, coronel Koller... ya sabeis que no me olvido de vuestra pretension.

Reina. (*Aparte á Koller.*) Vos pretendeis de ellos?..

Koll. (*Idem.*) Por alejar toda sospecha.

Kal. Por ahora, amigo, no hay cabida: la condesa Estruansé nos ha recomendado á un jóven oficial de dragones.....

Gel. Hermosa figura! en el último baile se llevó la atencion bailando la húngara.

Kal. Pero ya veremos; entrareis á la primera promocion de generales, si continuais sirviéndonos con el mismo zelo.

Reina. Y si aprendeis á bailar!

Kal. (*Sonriéndose.*) S. M. está hoy de un humor graciosísimo!... veo que participa de la satisfaccion que nos causa á todos el nuevo favor concedido á Estruansé... Tengo el honor de ofrecer á V. M. mis respetos. (*Entrase por la derecha con Geler.*)

ESCENA IV.

CAROLINA. LA REINA. KOLLER.

Reina. Hablad, pues, señorita; veniais...

Car. Señora, la condesa Estruansé me ha rogado...

Reina. La condesa Estruansé!... (*A Koller.*) Qué embajada será esta?

Car. Que diese parte á V. M. de que mañana da un baile en su palacio, y le suplicase al mismo tiempo en su nombre que se dignase honrarlo con su presencia...

Reina. Yo?... (*A Koller.*) Qué insolencia! — Con que un baile...

Car. Sí señora: un baile magnífico!...

Reina. Para celebrar sin duda su nuevo triunfo!... Y tiene la bondad de convidarme... á mí!

Car. Señora... qué le diré?...

Reina. Que no.

Car. Señora!... V. M. se niega!...

Reina. Y quereis que os dé las razones, no es verdad? Aun no he olvidado el decoro que se me debe como reina y como muger, y nunca autorizaré con mi presencia el escándalo de esos saraos, el olvido del pudor, el desprecio de las costumbres públicas! Donde presiden Estruansé y su muger... donde reinan la traicion y la deshonra... no hay sitio para mí... ni para vos tampoco, señorita!... Y ya creo que lo hubiérais echado de ver, si vuestro padre, atento solo á su ambicion, al permitiros alternar en se-

mejante sociedad, no os mandase sin duda cerrar los ojos sobre lo que alli pasa!...

Car. Ignoro, señora, lo que puede motivar la severidad y el rigor que V. M. manifiesta... y no entraré en una discusion agena de mi edad y mi conducta. Sumisa á mis deberes, yo obedezco á mi padre y nada mas... á nadie tengo motivo de acusar, porque nada he visto... Si á mí me acusaren, dejaré á mi conducta el cuidado de mi defensa!... A los pies de V. M. (*Saludando.*)

Reina. Os vais?... tanta prisa corre la contestacion?...

Car. No señora... otros quehaceres...

Reina. Ah! sí, se me habia olvidado... ya sé que vuestro padre tambien da hoy un convite... no se ve otra cosa! una gran comida, segun creo, á que deben asistir todos los ministros?

Car. Sí señora.

Koll. Convite diplomático!

Reina. Tiene otro motivo ademas: vuestro contrato de boda...

Car. Cielos!

Reina. Con Federico Geler, el que acabamos de ver... el sobrino del ministro de marina... Qué, no lo sabiais? Es esta la primera noticia?

Car. Sí señora.

Reina. Siento habérosla dado, porque parece que no os ha agradado...

Car. Señora, mi obligacion y mi deseo serán siempre obedecer á mi padre. (*Saluda y vase.*)

ESCENA V.

LA REINA. KOLLER.

Reina. Ya lo habeis oido, Koller... esta tarde en el palacio del conde de Falklend... ese convite donde se hallarán reunidos Estruansé y sus colegas... Eso es lo que iba á contaros cuando vinieron á interrumpirnos.

Koll. Y bien, señora, que hacemos con eso?

Reina. (*En voz baja.*) Cómo! qué hacemos!... No veis cómo el cielo nos entrega asi á todos nuestros enemigos de una vez? Es preciso apoderarnos de ellos.

Koll. Qué decis?

Reina. El regimiento que vos mandais está de guardia en palacio esta semana... podeis disponer de él... y sobra para una empresa que solo pide prontitud y osadía.

Koll. Y creeis?

Reina. Por lo que he visto ayer, el rey á causa de su debilidad no tomará ningun partido, pero aprobará seguramente todos los que se tomen. Una vez destituido Estruansé, no faltarán pruebas contra él... pero lo primero es echarlo abajo... es cosa facil... si he de creer en esta lista que me habeis dado y que os devuelvo. Es el único medio de acabar con ese usurpador... y tomar yo la regencia en nombre de Cristiano VII.

Koll. Teneis razon, un golpe atrevido: es lo mas pronto... esto vale mas que todas esas intrigas diplomáticas, de que no entiendo una palabra. Esta tarde os entrego los ministros, muertos ó vivos... nada de perdon... el primero Estruansé... Geler, Falklend y el conde Beltran de Rantzau!...

Reina. No, no; á ese no hay que tocarle.

Koll. A ese mas que á ninguno; le aborrezco personalmente: sus chanzonetas continuas contra los oficiales palaciegos, soldados de antecámara, como él los llama...

Reina. Y qué os importa eso?...

Koll. Es que lo dice por mí, bien le entiendo... y me vengaré...

Reina. Bueno; pero no ahora.—Necesitamos de él... lo necesitamos mucho para que ponga de nuestra parte al pueblo y á la corte. Su nombre, sus riquezas, sus talentos personales pueden dar consistencia á nuestro partido... que no la tiene; porque todos esos nombres que me habeis enseñado valen poco... son de ninguna influencia; y no basta derribar á Estruansé, es preciso que uno ocupe su lugar... y sobre todo que sepa mantenerse en él.

Koll. Convengo... pero ir á buscar aliados entre vuestros enemigos!...

Reina. Rantzau no lo es: tengo pruebas de ello: ha podido perderme mil veces, y no tan solo no lo ha hecho, sino que en mil ocasiones me ha advertido indirectamente los riesgos á que iba á esponerme mi imprudencia: por último, estoy segura de que Estruansé, su colega, le teme y quisiera deshacerse de él; que él por su parte aborrece

á Estruansé y veria con placer su caida... ya veis... de esto á ayudarnos, no hay mas que un paso...

Koll. Es verdad... pero yo no puedo sufrir á ese Beltran de Rantzau... es un viejecillo maligno, que aunque en verdad no es enemigo de nadie, tampoco es amigo mas que de sí propio. Si conspira, es solo en provecho suyo... todo para él!... en fin, un conspirador egoista, con el cual nada se puede ganar!...

Reina. Estais equivocado... (*Mirando hácia la izquierda.* Mirad! lo veis en aquella galería, conversando con el gran Chambelan?... Sin duda irá al consejo... dejadnos; antes de atraerlo á nuestro partido, ni descubrirle nada de nuestros proyectos, quiero saber como piensa.

Koll. Trabajo os mando, señora!—De todos modos, voy por el pronto á hacer que algunos de los nuestros se repartan por la ciudad y vayan preparando la opinion pública. Herman y Gustavo son conspiradores subalternos, á esos no hay sino pagarlos... Hasta la tarde; contad conmigo y con el sable de mis soldados... en materia de conspiraciones esto es lo que hay mas positivo. (*Vase por el foro, señalando á Rantzau que sale por la izquierda.*)

ESCENA VI.

RANTZAU. LA REINA.

Reina. (*A Rantzau, que la saluda.*) Vos tambien, señor conde, venis á palacio á felicitar á vuestro muy alto y muy poderoso colega...

Rant. Y quién os dice, señora, que no vengo para hacer la corte á V. M.

Reina. Eso sería muy generoso... muy digno de vos, por otra parte; en el momento en que estoy mas en desgracia... en que voy á ser desterrada tal vez...

Rant. Creis que se atreverian?...

Reina. Eso os podria yo preguntar, á vos Beltran de Rantzau, ministro, y de influencia... á vos miembro del consejo.

Rant. Yo! ignoro cuanto en él pasa... nunca voy. Sin deseos, sin ambicion, no aspirando á otra cosa que á separarme de los negocios, qué podria yo hacer en él? To-

do lo mas tomar á veces la defensa de algunos amigos imprudentes, lo cual podria muy bien sucederme hoy mismo.

Reina. Vos que afectabais no saber nada... Sabeis, pues?...

Rant. Lo que pasó ayer en la cámara del rey... sí por cierto... convenid conmigo que fue raro empeño el de querer probarle absolutamente que su favorito... Oh! V. M. no podria tener razon.

Reina. Es decir que me reconvenis por mi fidelidad á Cristiano, á un rey desgraciado!... suponeis que no se puede tener razon cuando se intenta quitar la máscara á los traidores!

Rant. Cuando no se consigue, sí señora.

Reina. Y si yo lo consiguiese, podria contar con vuestro auxilio, con vuestro apoyo?

Rant. (*Sonriéndose.*) Mi apoyo! eso me decis á mí, que en semejante caso tendria por el contrario que reclamar el vuestro?

Reina. (*Con energía.*) Y lo tendriais... os lo juro... Me hareis vos igual juramento, no digo antes, pero despues del peligro?

Rant. Es decir que le hay?

Reina. Puedo fiarme de vos?

Rant. No sé... pero me parece que soy ya depositario de algunos secretos que hubieran podido perder á V. M., y que jamas...

Reina. (*Con viveza.*) Lo sé. (*A media voz.*) Esta tarde teneis en casa del ministro de la guerra, el conde de Falklend, una gran comida, á la cual asistirán todos vuestros colegas?...

Rant. Sí señora; y mañana un gran baile, al cual asistirán tambien. Asi tratamos nosotros los negocios. Yo no sé si el gobierno marcha, lo que sé es que baila mucho.

Reina. (*Con misterio.*) Pues bien; si quereis creerme, estaos en vuestra casa.

Rant. (*Mirándola con penetracion.*) Ya! desconfiais de la comida... no valdrá nada.

Reina. Precisamente... no os digo mas.

Rant. (*Sonriéndose.*) Confianzas á medias! Cuidado! yo puedo divulgar los secretos que adivino... pero nunca los que me confian.

Reina. Teneis razon: prefiero decíroslo todo. Buen núme-

ro de soldados á mis órdenes bloquearán el palacio de Falklend, se apoderarán de las salidas.

Rant. (*Con aire incrédulo.*) Ellos por sí solos, y sin gefe?

Reina. Koller los manda; Koller que no reconoce mas órdenes que las mias, se precipitará con ellos por las calles de Copenhague, gritando: los traidores han concluido! viva el rey! viva María Julia! En seguida nos dirigimos á palacio, en donde si nos ayudais, el rey y los grandes del reino se declaran por nosotros, me proclaman regenta, y desde mañana soy yo, ó mas bien vos y Koller, quien dicta leyes á Dinamarca... Ese es mi plan y esos mis designios; ya los conoceis: quereis entrar en ellos?

Rant. (*Friamente.*) No señora; hasta quiero ignorarlos enteramente, y juro á V. M. que los proyectos que acaba de confiarme morirán conmigo, cualquiera que sea su éxito.

Reina. Os negais á ayudarme, vos que habeis tomado siempre mi defensa, vos en quien yo confiaba...

Rant. Para conspirar!... V. M. se equivocaba.

Reina. Y por qué?

Rant. Señora... si he de hablar francamente...

Reina. Lo veo... que me vais á engañar.

Rant. (*Friamente.*) No: con qué objeto? Hace mucho tiempo que me he desengañado de conspiraciones, y os diré por qué. He observado que los que se esponen, rara vez sacan provecho de ellas; trabajan siempre para otros, que vienen despues con sus manos lavadas á recoger sin peligro el fruto que aquellos han sembrado á fuerza de riesgos. Semejante albur solo pueden correrle los muchachos, los locos, los ambiciosos que no ven claras las cosas. Pero yo raciocinio: tengo sesenta años, algun poder, riquezas!... iria yo á comprometer todo eso, aventurar mi posicion, mi crédito... y para qué?...

Reina. Para llegar al primer puesto! para ver á vuestros pies á un colega, á un rival, que trata él mismo de derribaros!... Sí... sé... á no poderlo dudar, que Estruansé y sus amigos quieren separaros del ministerio.

Rant. Eso dice todo el mundo, y yo no puedo creerlo. Estruansé es mi protegido, mi hechura, yo le he puesto donde está... (*Sonriéndose.*) verdad es que algunas veces lo ha olvidado; convengo en ello: pero en su posicion es

difícil tener memoria! Por lo demas, fuerza es confesarlo, es un hombre de talento, un hombre superior que tiene altas miras por la prosperidad del reino y medios de llevarlas á cabo! es un hombre, en fin, con quien puede uno dividir el poder sin mengua... Pero un Koller, un soldado oscuro, cuya sedentaria espada no ha salido nunca de la vaina, un agente intrigante, que ha vendido hasta la presente á cuantos le han comprado!...

Reina. Quereis mal á Koller!

Rant. Yo! yo no quiero mal á nadie... pero muchas veces digo para mí: que un cortesano, que un diplomático sea diestro, intrigante y aun algo mas... vaya! es su oficio; pero que un militar, que como base del suyo debe profesar lealtad y franqueza, trueque la espada por el puñal!... Un militar intrigante... un traidor con uniforme.. ese es el ente mas vil: y acaso hoy mismo os pese de haberos fiado de él.

Reina. Qué importan los medios, si se consigue el objeto?

Rant. Es que no le conseguireis! Nadie verá en ese negocio sino los proyectos de una venganza ó de una ambicion personal. Y qué le importa al pueblo que os vengueis de la condesa, vuestra rival, y que de resultas de esa cuestion de familia logre el caballero Koller un buen empleo? Qué significa una intriga de corte, en la cual el pueblo no toma parte? Para que un movimiento de esa especie sea duradero y estable, es preciso que esté preparado ó hecho por él: y para eso es necesario que esten en juego sus intereses... ó que se lo hagan creer al menos. Entonces se levantará, entonces no hay mas que dejarle: él irá mas lejos de lo que se quiera. Pero cuando uno no tiene de su parte la opinion pública, es decir, la nacion... puédense suscitar motines, complots, rebeliones, pero no llevar á cabo revoluciones!... Esto es lo que os sucederá.

Reina. Enhorabuena; aunque fuera cierto eso, aunque mi triunfo no hubiese de durar mas que un dia, me habria vengado á lo menos de todos mis enemigos.

Rant. (*Sonriéndose.*) Ved ahí otra nueva razon que os impedirá triunfar. Os domina la pasion, el rencor... Cuando se conspira, no se debe tener odio, porque ciega y quita la serenidad. No se debe aborrecer á nadie, porque el que hoy es enemigo puede ser amigo mañana....

por otra parte, si os dignais dar crédito á los consejos que me dicta mi mucha esperiencia, el arte consiste en no entregarse á nadie, en no tener mas cómplice que uno mismo; yo, que os hablo en estos términos, yo, que aborrezco las conspiraciones, y que por consiguiente no conspiraré... si diese alguna vez en la tentacion, aunque fuese por V. M. y en su favor... os juro que vos misma no sabriais nada, y ni aun lo sospechariais.

Reina. Qué quereis decir?

Rant. Gente viene.

ESCENA VII.

Dichos; EDUARDO, *dejándose ver en la puerta del fondo en conversacion con los ugieres de la cámara.*

Reina. Ah! Es el hijo de mi mercader de sedas, Eduardo Burkenstaf... Llegad... acercaos... qué me quereis? Hablad sin temor. (*Bajo á Rantzau.*) Es preciso irse haciendo popular.

Eduardo. Señora, he venido á palacio con mi padre, que traia unas muestras á la condesa Estruansé, y tambien, segun tengo entendido, á V. M.; y mientras le den audiencia... venia... será acaso demasiado atrevimiento en mí... á pedir á V. M. una gracia...

Reina. Qué gracia?

Eduar. Ah! apenas me atrevo... es tan terrible esto de pedir... sobre todo cuando no tiene uno derecho alguno en que fundarlo!

Rant. Este es el primer pretendiente á quien oigo hablar en estos términos; cuanto mas os miro, jóven, mas me convenzo de que no es esta la primera vez que nos vemos.

Reina. En los almacenes de su padre... almacen del Sol de Oro... Berton Burkenstaf... el negociante mas rico de Copenhague.

Rant. No... no ha sido alli... sino en los salones de mi terrible compañero el conde de Falklend, ministro de la guerra...

Eduar. Sí señor... he sido dos años su secretario privado; mi padre lo habia querido; deseando proporcionarme una carrera brillante, habia logrado este favor por empeño

de la señorita de Falklend, que solia venir á nuestros almacenes, en vez de dejarme en su profesion, que acaso me hubiera estado mejor.

Rant. (*Interrumpiéndole.*) No por cierto; mas de una vez he oido á Falklend, naturalmente severo y descontentadizo, hacer elogios de su secretario.

Eduar. (*Inclinándose.*) Bondad suya! (*Con frialdad.*) Hace quince dias que me ha quitado ese destino, y me ha despedido de su casa.

Reina. Y por qué?

Eduar. Lo ignoro. Era dueño de despedirme; ha usado de su derecho, y no me quejo. Vale tan poco en el mundo el hijo de un comerciante, que no se le deben satisfacciones de los desaires que se le hacen. Solo quisiera...

Reina. Otro destino... nada mas justo.

Rant. (*Sonriéndose.*) Cierto; y puesto que el conde ha cometido la torpeza de privarse de vuestros servicios... Los diplomáticos nos apresuramos á aprovecharnos de los descuidos de nuestros compañeros: yo os ofrezco en mi casa lo mismo que tenias en la suya.

Eduar. (*Con viveza.*) Ah! Señor, eso sería para mí ganar cien veces mas de lo que he perdido; pero soy tan desgraciado que no puedo aceptar.

Rant. Por qué?

Eduar. Perdonad; no puedo decirlo... pero quisiera ser oficial... quisiera... y no puedo pedirlo directamente al señor ministro de la guerra. (*A la reina.*) Venia, pues, á suplicar á V. M. que se dignase interesarse por mí; una charretera en cualquier arma, en cualquier regimiento. Os juro que la persona á quien yo deba este favor no tendrá nunca por qué arrepentirse de habérmele dispensado, y que mi vida estará á su disposicion.

Reina. (*Con viveza.*) Decis verdad? Ah! Si solo dependiese de mí, desde este momento quedariais nombrado; pero en la actualidad tengo poco favor...

Eduar. Es posible? Entonces mi único recurso es la muerte!

Rant. (*Acercándose á él.*) Eso sería muy sensible, sobre todo para vuestros amigos, y como yo desde hoy entro en ese número...

Eduar. Qué oigo?

Rant. Probaré á título de tal á lograr de mi colega...

Eduar. (*Con calor.*) Ah! Señor, os deberé mas que la vida!

(*Con alegría.*) Podré hacer uso de mi espada como caballero!... Ya no seré el hijo de un comerciante, y si me insultan, tendré el derecho de matar ó morir.

Rant. (*Reconviniéndole.*) Caballerito...

Eduar. (*Con viveza.*) O mas bien, vos sereis dueño de mi existencia; no soy ingrato.

Rant. Os creo, amigo mio, os creo. (*Señalándole la mesa.*) Escribid vuestro memorial; yo le haré decretar por Falklend, á quien debo ver en el consejo. (*A la reina mientras que Eduardo escribe.*) Hé aqui un corazon entusiasta y generoso; una cabeza capaz de todo!

Reina. Es decir que creeis en ese?

Rant. Señora, yo creo en todos... hasta los veinte años... pero despues, ya es otra cosa.

Reina. Y por qué?

Rant. Porque entonces son hombres!

Reina. Es decir que creeis que se puede contar con él, y que para sublevar al pueblo, por ejemplo, es el hombre que necesitamos...

Rant. No... hay algo mas que ambicion en esa cabeza, y yo en vuestro lugar... pero V. M. hará lo que guste. Advierta V. M. que yo no la aconsejo, que yo no aconsejo nada. (*Eduardo, que ha acabado su memorial, le presenta al conde. Al mismo tiempo se oye á Berton gritar afuera.*) Esto no se concibe!... es inaudito!

Eduar. Cielos! la voz de mi padre!

Rant. No podia venir mas á tiempo.

Eduar. Ah! No señor, no: os suplico que no sepa nada. (*Entre tanto la reina ha atravesado el teatro, hácia la izquierda, y Rantzau le arrima un sillon.*)

ESCENA VIII.

RANTZAU. LA REINA *sentada*. BERTON. EDUARDO.

Bert. (*Irritado.*) Si no estuviese en palacio, y no supiese el respeto que se debe...

Eduar. (*Saliéndole al encuentro, y enseñándole la reina.*) Padre!

Bert. Ah! La reina!...

Reina. Qué teneis, señor Berton Burkenstaff?

Bert. Perdonad, señora; estoy confundido, desesperado...

sé que la etiqueta prohibe un arrebato como el mio en un palacio real, y sobre todo delante de V. M.; pero despues del ultrage que se acaba de hacer en mi persona á todo el comercio de Copenhague que represento...

Reina. Cómo es eso?

Bert. Hacerme esperar dos horas y un cuarto con mis muestras en una antecámara... á mí, Berton de Burkenstaf, síndico del comercio, para enviarme á decir con un ugier: «Vuelva usted otro dia, amigo mio; la señora condesa no puede ver esas muestras, porque está indispuesta.»

Rant. Es posible?

Bert. Y si hubiera sido cierto, vaya; hubiera gritado el primero: Viva la condesa!... (*A media voz.*) pero es bueno saber!... creo que puedo esplicarme sin temor delante de V. M.

Reina. Seguramente.

Bert. Pues no bien me habian dado el recado, cuando desde la ventana de la antecámara donde yo estaba, y que da sobre el parque, veo á la señora condesa paseándose alegremente agarrada del brazo de un oficial de dragones...

Reina. De veras?

Bert. Y riéndose con él á carcajadas... de mí, sin duda.

Rant. (*Sériamente.*) Oh! no, no; eso no es creible.

Bert. Sí tal, señor conde; estoy seguro; y á fé que en lugar de burlarse de un síndico, de un vecino respetable que paga exactamente al Estado su patente y su contribucion, la señora condesa podria ocuparse en los negocios de su casa y de su marido, que no estan muy bien parados.

Eduar. Padre... por Dios!...

Bert. No soy mas que un comerciante, es verdad; pero todo lo que se fabrica en casa me pertenece; en primer lugar mi hijo, que está presente; porque mi muger Ulrica Marta, hija de Gelastern, el burgomaestre, es una muger honrada, que ha andado siempre derecha, por lo cual me paseo por todas partes con la cabeza erguida; y hay algunas personas muy encopetadas en Copenhague que no pueden decir otro tanto.

Rant. (*Con dignidad.*) Señor Burkenstaf...

Bert. No nombro á nadie... Dios proteja al rey! Pero por

lo que hace al señor favorito y á la señora condesa, es harina de otro costal.

Eduar. Pensais lo que decis? si os oyesen...

Bert. Me oirian. Y qué! No tengo miedo á nadie! Tengo ochocientos artesanos á mi disposicion... Sí, pardiez; pues qué, soy yo como mis compañeros que traen sus géneros de París ó de Lion? Yo fabrico los mios aqui, en Copenhague, donde mis talleres ocupan todo un arrabal, y si tratasen de jugarme una mala partida, si se atreviesen á tocarme al pelo de la ropa... Justicia divina!... habria una revolucion en la ciudad!

Rant. (*Con viveza.*) De veras? (Bueno es saberlo.) (*Mientras que Eduardo procura calmar á su padre, llevándolo á un lado de la escena, Rantzau, que está de pie á la izquierda junto al sillon de la reina, le dice á media voz, señalando á Berton.*) Ahí teneis el hombre que necesitais para gefe.

Reina. Qué decis? un fátuo, un necio?

Rant. Tanto mejor! un cero bien colocado tiene un gran valor; es un hallazgo ese hombre para ponerle en primer término; si yo hubiese de tomar cartas en el juego, si yo esplotase á ese negociante, me produciria un ciento por ciento de beneficio.

Reina. (*A media voz.*) Lo sentis como lo decis? (*Levantándose y dirigiéndose á Berton.*) Señor Berton Burkenstaf...

Bert. (*Inclinándose.*) Señora!

Reina. Me es muy sensible que os hayan faltado; yo honro el comercio, quiero protegerle, y si puedo haceros algun servicio á vos personalmente...

Bert. Señora, cuánta bondad! Puesto que V. M. se digna animarme, una gracia solicito hace mucho tiempo, el título de mercader de sedas de la corona.

Eduar. (*Tirando de su casaca.*) Pero ese título lo tiene ya el señor Revantlow, vuestro compañero.

Bert. Que no trabaja, que se quiere retirar del comercio, que no tiene surtido ninguno... y aunque fuese esto, una morisqueta que yo le jugase... ya has oido que S. M. quiere proteger el comercio; me atrevo á decir que yo tengo derecho en ese sentido á la proteccion de S. M.; porque al fin, de hecho yo soy el proveedor de la corte. Hace mucho tiempo que vendo á V. M.; vendia á la señora condesa... cuando no estaba indispuesta; he vendido esta ma-

ñana á S. E. el señor conde de Falklend, ministro de la guerra, para el próximo casamiento de su hija...
Eduar. (*Con viveza.*) De su hija!!...se casa!
Rant. (*Mirándole.*) Efectivamente; con el sobrino del conde Geler, nuestro colega.
Eduar. Se casa!
Bert. Qué te importa?
Eduar. Nada... me alegro por vos.
Bert. Sí por cierto; haré negocio...
Rant. Ya veo á Falklend; pasa al consejo.
Reina. Ah! no quiero verle. A Dios, conde; á Dios, señor Burkenstaf; no tardareis en tener órdenes mias.
Bert. Seré nombrado... me la llevaré... Corro á decírselo á mi muger: vienes, Eduardo?
Rant. No; todavia no!... tengo que hablarle. (*A Eduardo, mientras que Berton se va por el foro.*) Esperadme allí. (*Le señala la izquierda.*) En aquella galería; sabreis al momento la respuesta del conde.
Eduar. (*Inclinándose.*) Señor!!

ESCENA IX.

RANTZAU. FALKLEND, *entrando por la derecha.*

Fal. (*Pensativo.*) Estruansé se equivoca! Su posicion es demasiado elevada para tener nada que temer; puede atreverse á todo. (*Viendo á Rantzau.*) Ah! Sois vos, querido colega? eso es lo que se llama exactitud.
Rant. Contra mis costumbres... porque asisto raras veces al consejo.
Fal. Todos nos quejamos de eso.
Rant. Qué quereis? á mi edad...
Fal. Es la edad de la ambicion, y se me figura que no teneis bastante.
Rant. Son tantos los que tienen de mas la que á mí me falta... De qué se trata hoy?
Fal. De un asunto bastante delicado. Se nota estos dias un abandono, un desenfreno...
Rant. En palacio?
Fal. No; en la ciudad. Se habla con toda libertad, y se habla mal, segun parece, del primer ministro y de su esposa. Yo estoy por medidas fuertes y enérgicas. Estruansé tiene miedo; teme disturbios, sublevaciones que no pueden

existir; y entre tanto los descontentos toman alas, y se aumenta la osadía; por todas partes circulan coplas, canciones, libelos, caricaturas...

Rant. Paréceme sin embargo que todo ataque de esa especie hecho al gobierno es un delito, y en semejantes casos la ley os autoriza... y os da facultades...

Fal. De que es preciso usar. Teneis razon.

Rant. Sí; con un ejemplar, uno solo, todo el mundo callará. Ahí teneis sin ir mas lejos un descontento, un hablador, hombre de cabeza y de chispa, y tanto mas peligroso, cuanto que es oráculo de su barrio.

Fal. Quién?

Rant. Me lo han nombrado; pero, siempre estoy reñido con los nombres propios... Un mercader de sedas... almacen del Sol de Oro.

Fal. Berton Burkenstaf?

Rant. Precisamente; el mismo! Ahora, si es cierto ó no, eso es lo que yo no sé; no soy yo quien le ha oido...

Fal. No importa; las noticias que os han dado son demasiado ciertas, y yo no sé por qué mi hija se surte siempre en su casa.

Rant. (*Con viveza.*) En la inteligencia de que es preciso no hacerle daño alguno... uno ó dos dias de cárcel...

Fal. Pongámosle ocho.

Rant. (*Friamente.*) Vayan ocho. Como gusteis.

Fal. Escelente idea.

Rant. Vuestra toda; no quiero quitaros esa gloria á los ojos del consejo.

Fal. Gracias: eso pondrá término á las hablillas. Tengo un favor que pediros...

Rant. Decid.

Fal. El sobrino del conde de Geler, nuestro colega, va á casarse con mi hija, y le propongo hoy para una bonita plaza que le dará entrada en el consejo. Espero que por vuestra parte no habrá obstáculo alguno á este nombramiento.

Rant. Cómo pudiera haberlo?

Fal. Pudiera decirse que es demasiado jóven...

Rant. En el dia eso es un mérito... la juventud es la que reina; y la condesa, por ejemplo, que no deja de tener alguna influencia en los negocios, no puede echarle en cara un defecto, de que tendrá ella que reconvenirse á sí misma por espacio de muchos años todavia.

Fal. Esa sola galantería la decidiria, si fuese precisa su cooperacion; bien dicen, que el conde Bertrand de Rantzau es el hombre de Estado mas amable, mas conciliador, mas desinteresado.

Rant. (*Sacando un papel.*) Tengo que pediros una bagatela; una sub-tenencia que necesito.

Fal. Concedida en el acto.

Rant. (*Enseñándole el papel.*) Enteraos antes...

Fal. (*Pasando á la izquierda.*) Sea para quien sea. En recomendándolo vos... (*Leyendo.*) Qué es esto?... Eduardo Burkenstaf... Es imposible...

Rant. (*Friamente tomando un polvo.*) Creeis que es imposible? y por qué?

Fal. (*Cortado.*) Es hijo de ese sedicioso, de ese hablador.

Rant. El padre enhorabuena; pero el hijo no habla; no dice palabra; por el contrario, sería una política escelente colocar un favor al lado de un castigo.

Fal. No digo que no; pero tambien dar una charretera á un muchacho de veinte años...

Rant. Como deciamos no hace mucho, la juventud es la que reina en el dia.

Fal. Es verdad; pero ese muchacho cabalmente, que ha estado en los almacenes de su padre y despues en mi secretaría, no ha servido nunca en la milicia...

Rant. Ni mas ni menos que vuestro yerno en la administracion. Sin embargo, si creeis que ese puede ser un obstáculo, no insistiré; respeto vuestra opinion, querido colega; la seguiré en todo y por todo... (*Con intencion.*) y lo que vos hagais, eso haré.

Fal. (*Aparte.*) Maldito! (*Alto y procurando ocultar su rabia.*) Vos haceis de mí lo que quereis: lo examinaré, veré.

Rant. Cuando gusteis; hoy; esta mañana; antes del consejo podeis librar los despachos.

Fal. No hay tiempo... son las dos...

Rant. (*Sacando su reloj.*) Menos cuarto.

Fal. Atrasais...

Rant. No por cierto, y la prueba es que siempre he sabido llegar á tiempo.

Fal. (*Sonriéndose.*) Ya lo veo. (*Con amabilidad.*) Nos veremos luego..., supongo... en casa... á comer?...

Rant. No lo sé todavia; mucho me temo que mi dolor de

estómago no me lo permita; pero de todas suertes seré puntual en el consejo, y allí me vereis.
Fal. Cuento con ello. (*Vase.*)

ESCENA X.

EDUARDO. RANTZAU.

Eduardo. Y bien, señor conde?... me abraso de impaciencia.
Rant. (*Friamente.*) Estais nombrado, sois subteniente.
Eduar. Será cierto?
Rant. A la salida del consejo iré á casa de vuestro padre á escoger algunos géneros, y yo mismo os llevaré vuestros despachos.
Eduar. Señor! Qué de bondades!
Rant. Os doy ademas un aviso, á vos, solo á vos, bajo la fé de secreto. Vuestro padre es indiscreto, imprudente... habla demasiado alto; esto pudiera acarrearle disgustos.
Eduar. Cielos! Está amenazada su libertad?
Rant. No sé nada, pero no seria imposible. En todo caso, ya estais avisado; vos y vuestros amigos no le perdais de vista; y sobre todo silencio.
Eduar. Ah! primero me dejaria matar que soltar una sola espresion que pudiese comprometeros. (*Tomando la mano de Rantzau.*) A Dios, señor, á Dios. (*Sale.*)
Rant. Escelente muchacho! Cuánta generosidad hay encerrada ahí, cuántas ilusiones, cuánta felicidad! (*Con tristeza.*) Ah! por qué no habia uno de poder estar siempre en los veinte años? (*Sonriéndose.*) Aunque, por otra parte, mejor está asi! seria uno muy facil de engañar! Vamos al consejo! (*Vase.*)

ACTO SEGUNDO.

Tienda de Berton Burkenstaf.=En el fondo puertas vidrieras que dan á la calle, y delante de las cuales se ven piezas de telas de muestra.=A la izquierda una hermosa escalera que conduce á sus almacenes. Debajo de la escalera la puerta de un sótano. Al mismo lado un mostrador pequeño; y detras libros de caja y de muestras.=A la derecha géneros, y una puerta que da á lo interior de la casa.

ESCENA PRIMERA.

BERTON. MARTA.

Berton está delante de su mostrador, y su muger en pie á su lado, con varias cartas en la mano.

Marta. Hé aqui pedidos para Lubek y para Altona... quince piezas de raso y otras tantas de tafetan.
Bert. (*Con impacieneia.*) Bien, muger, bien.
Mar. Y cartas de nuestros corresponsales, á las cuales es preciso responder.
Bert. Ya ves que ahora estoy ocupado.
Mar. Tambien es preciso escribir á ese rico tapicero de Hamburgo.
Bert. *(Irritado.)* A un tapicero!
Mar. Toma! uno de nuestros mejores parroquianos.
Bert. Escribir á un tapicero... precisamente cuando estoy ocupado en escribir á una reina.
Mar. Tú!
Bert. A la reina-madre! una peticion que la dirijo en nombre del comercio, porque es de saber que la reina-madre no me puede negar cosa alguna. Si hubieras visto, muger, cómo me ha recibido esta mañana, y á que altura me hallo con ella.
Mar. Y qué bienes nos vienen con esa gracia?
Bert. Qué bienes, eh? Se conoce que no eres mas que una simple muger, y una muger simple; una tendera que no entiende el cristus de los negocios... Qué bienes? Oiga! Crédito, favor, consideracion... seré un hombre de in-

fluencia en mi barrio, en la ciudad, en el Estado... algo, en fin, algo.

Mar. Y todo para qué? Para ser proveedor con Real Privilegio de la corona! No puedes vivir sin dictados, sin títulos! no has tenido nunca otros sueños ni otros deseos.

Bert. Déjame en paz... Cabalmente!... se trata de ser proveedor de la corona. (*A media voz.*) Se trata, señora Burkenstaf, de ser prevoste del comercio, y quién sabe, hasta burgomaestre de la ciudad de Copenhague... Sí señor, lo he dicho, que para eso y para mas hay favor... Eh! con la popularidad de que gozo y con la proteccion de la corte... Ui!

ESCENA II.

JUAN. BERTON. MARTA.

Juan. (*Con géneros debajo del brazo.*) Aqui estoy, señor... Vengo de casa de la baronesa de Molke.

Bert. (*Bruscamente.*) Y bien, qué me importa? qué quieres?

Juan. No quiere el terciopelo negro; le quiere verde. Y me ha dicho que se alegraria de que pudiéseis llevarle vos mismo las muestras.

Bert. Mal rayo! Verán ustedes como tengo que abandonar mis negocios... Verdad es que la baronesa de Molke es muger de corte... Irás allá, muger; estas son incumbencias tuyas.

Juan. Ademas traigo aqui...

Bert. Otra vez! no acabará nunca.

Juan. (*Enseñándole un saco.*) El dinero de las veinte y cinco varas de tafetan...

Berton. (*Cogiendo el saco.*) Voto va! Cuidado que da vergüenza tener uno que ocuparse en esos pormenores. (*Devolviéndole el saco.*) Lleva esto arriba á mi cajero, y que me dejen todos en paz. (*Se pone de nuevo á escribir.*) Sí señora... á V. M. es á quien...

Juan. (*Pasando á la derecha, y sopesando el saco.*) Da vergüenza, eh? no tanto; muchas vergüenzas como esta quisiera yo pasar.

Mar. (*Deteniéndole.*) Oiga usted, señor Juan. Me parece

que ha echado usted bastante tiempo para dos tristes comisiones que tenia que desempeñar.

Juan. (*Aparte.*) Ah maldita!... esta está en todo; no es como el amo. (*Alto.*) Os diré, señora; es que me he detenido un rato por las calles para oir lo que se decia en algunos corrillos.

Mar. Y á propósito de qué?...

Juan. Pardiez, no sé... á propósito de un decreto del rey.

Mar. Y qué decreto?

Bert. (*Con aire importante desde el mostrador.*) No sabeis eso vosotros; el decreto que se ha publicado esta mañana, y que confia toda la autoridad real á Estruansé.

Juan. Tanto vale; maldito si lo entiendo; lo que sé es que se hablaba con calor, que la cosa se iba animando... y Dios sabe si tendremos ruido.

Bert. (*Con aire importante.*) Seguramente; el caso es grave.

Juan. (*Con alegria.*) De veras, eh!

Mar. (*A Juan.*) Y eso qué te importa á tí?

Juan. Vaya! me da gusto; porque cuando hay ruidos, se cierran las tiendas, no se hace nada: dia de asueto: y para los mancebos de las tiendas es un domingo mas en la semana; y luego da gozo correr las calles gritando lo que gritan los demas!

Mar. Gritando! qué?

Juan. Qué sé yo! pero se grita!

Mar. Basta. Sube, y quédate arriba: hoy no saldrás del almacen.

Juan. (*Yéndose.*) Voto vá! en esta casa no puede uno sacar partido de nada.

Mar. (*Volviéndose y viendo á Berton, que entretanto ha tomado su sombrero.*) Oiga! y tú, que estabas tan ocupado, adónde vas?

Bert. Voy á ver qué es eso.

Mar. Tú tambien?

Bert. Está bueno! Pues no tiene miedo ya! las mugeres son el diablo! Muger, no tengas cuidado; no voy mas que á ver lo que pasa, á meterme entre los corrillos de los descontentos, y á soltar cuatro espresiones de peso en favor de la reina-madre.

Mar. De la reina-madre? Y qué diablos de falta te hace á tí su proteccion? Cuando uno tiene dinero en sus arcas, no necesita uno de la proteccion de nadie; se rie uno de

los grandes señores; es uno libre, independiente; es uno rey en su casa; estate en la tuya... tu obligacion está en tu almacen.

Bert. Es decir que no sirvo sino para medir terciopelo? es decir que tú tienes en poco el comercio?

Mar. Yo tener en poco el comercio? yo, hija y muger de fabricante! yo, que creo que es la profesion mas útil al Estado, y la causa de su riqueza y de su prosperidad! yo en fin, que no conozco nada mas apreciable que un comerciante que es comerciante. Pero si él mismo se avergüenza de su profesion, si abandona su mostrador por andar corriendo antesalas, eso ya es otra cosa... y cuando dices necedades como palaciego, maldito si puedo apreciarte como comerciante!

Bert. Magnífico, señora Burkenstaf! Brava arenga! Desde que la señora condesa Estruansé gobierna á su marido, cada muger del reino se cree con derecho á gobernar el suyo... Y vos, que tanto despreciais la corte, pudiérais dejar de imitar sus usos.

Mar. Vaya, vaya! olvida á la corte, como ella te tiene olvidado á tí, y acuérdate mas de lo que te rodea. Estas ya cansado de ser feliz? No tienes un comercio que prospera, amigos que te estiman, una muger que te reconviene, pero que te ama, un hijo que todo el mundo nos envidiaria, que es nuestro orgullo, nuestra gloria, nuestro porvenir?

Bert. Ah! Si tomas ahora ese capítulo por tu cuenta...

Mar. Sí señor... esa es mi ambicion, mi asunto de Estado... no me importa lo que pasa en casa del vecino. Qué se me da á mí de que el rey tenga un favorito, ó de que no le tenga; que mande este ó aquel otro ambicioso? Lo que importa saber es si mi casa está arreglada, si mi marido está bueno, si mi hijo es feliz; yo no pienso mas que en vosotros y en vuestro bienestar; ese es mi deber. Cumpla cada uno con el suyo... y como dice el refran: *zapatero á tus zapatos*... eso es!...

Bert. (Impaciente.) Y quién te dice lo contrario?

Mar. Tú, que á cada momento me haces temblar por nuestra tranquilidad, siempre metido en discusiones políticas con todos los que á la tienda concurren, hablando de todo lo que se hace y de lo que se deja por hacer; tú, á quien tus ideas de ambicion han hecho descuidar el trato

de nuestros mejores amigos... de Michelson, por ejemplo, que te ha convidado tantas veces inútilmente á ir á pasar unos dias con él al campo.

Bert. Y qué quieres? Michelson! Michelson! un mercader de paños que no es nadie en el Estado... porque, al fin, vamos á ver, qué es?

Mar. Es nuestro amigo; pero ya se ve! tú necesitas grandeza, brillo, oropel. Por esa loca ambicion no quisiste que se quedase nuestro hijo con nosotros, donde hubiera estado perfectamente, sino que te empeñaste en que habia de entrar en la secretaria de un gran señor, de donde no ha sacado mas que disgustos, que tiene todavia la delicadeza de ocultarnos.

Bert. Cómo! es posible? mi hijo! mi hijo único es desgraciado!

Mar. Y no lo has echado de ver?—ni siquiera lo has sospechado?

Bert. Esos son asuntos domésticos... yo no me meto en eso! para qué estás tú aqui? Yo estoy siempre abrumado de negocios!... Y qué quiere? qué necesita? Dinero? Pregúntale cuánto... ó mas bien... toma... ahí tienes la llave de la caja: dásela.

Mar. Silencio, aquí está!

ESCENA III.

MARTA. EDUARDO. BERTON.

Eduardo. Ah! estais aqui? padre mio... temia que hubieseis salido. Hay alguna agitacion en la ciudad.

Bert. Eso dicen; pero todavia no sé de qué se trata, porque tu madre no me ha dejado salir. Cuéntame, cuéntame.

Eduar. No es nada, absolutamemte nada; pero hay ocasiones y momentos en que es bueno manejarse con prudencia, aun sin motivos fundados. Sois el negociante mas rico del barrio; teneis alguna influencia; y no os mordeis la lengua para hablar del favorito y de su muger. Esta mañana en palacio, sin ir mas lejos...

Mart. Es posible?

Eduar. Puede llegar á sus oidos...

Bert. Y qué me importa? Á nadie tengo miedo; no soy un

hombre oscuro y desconocido, y no se atreverán á proceder contra Berton Burkenstaf del Sol de Oro. Aunque quisieran, no podrian.

Eduar. (*A media voz.*) Acaso os equivoqueis, padre mio; y si se atrevieran?

Bert. (*Espantado.*) Eh! qué dices... no es posible.

Mart. Ya me lo figuraba yo: ahora mismo se lo estaba diciendo. Dios mio! Dios mio! qué será de nosotros?

Eduar. Tranquilizaos, madre mia; no os asusteis.

Bert. (*Temblando.*) Ya se ve; nos vienen con esos terrores... ese miedo os hace perder la cabeza, os perturba... no sabe uno lo que se hace... y precisamente en una coyuntura en que necesita uno toda su serenidad... Vamos á ver... y quién te ha dicho?... Por dónde lo sabes?

Eduar. Lo sé de buena tinta: por una persona que está desgraciadamente muy bien informada, y cuyo nombre no puedo deciros; pero podeis creerme.

Bert. Te creo, hijo mio; y guiándonos por los datos positivos que acabas de darme, qué debo hacer?

Eduar. La orden no está firmada todavia, pero puede estarlo de un momento á otro, y lo mas sencillo, lo mas prudente, es abandonar quedito vuestra casa, y manteneros escondido por espacio de algunos dias...

Mart. Y dónde?

Eduar. Fuera de la ciudad, en casa de algun amigo.

Bert. (*Con viveza.*) En casa de Michelson, el mercader de paños... allí no me irán á buscar... es un escelente hombre, que no se mete con nadie... que solo se ocupa en su comercio...

Mart. Hola! ya veis que alguna vez es bueno ocuparse uno en su comercio!

Eduar. Madre mia!

Mart. Tienes razon; pensemos solo en ponerlo en salvo.

Eduar. Hasta ahora no hay peligro, pero no importa! Os acompañaré, padre mio.

Bert. No, mejor será que te quedes, porque al fin, cuando vengan y no me encuentren, si hubiese alborotos y tumulto, tú impondrias algun respeto á esas gentes, cuidarias de nuestros almacenes, y tranquilizarias á tu madre, á quien veo ya llena de miedo.

Mart. Sí, hijo mio, quédate.

Eduar. Como gusteis. (*Viendo á Juan que baja la escale-*

ra.) Asi como asi, Juan puede acompañar á mi padre hasta la casa de campo de Michelson. Juan, vas á salir.

Juan. De veras? qué bueno! la señora lo permite?

Marta. Sí saldras con tu amo.

Juan. Sí señora.

Eduardo. Y no te separarás de él.

Juan. No señor.

Berton. Sobre todo prudencia; pocas habladurias, poca curiosidad.

Juan. Sí señor; hay algo, pues?

Berton. *(A media voz á Juan.)* La córte y el ministerio estan echando chispas contra mí, quieren prenderme, encerrarme... y quién sabe...

Juan. Oiga! Eso quisiera yo ver! Buen ruido se armaria en todo el barrio; ya me veriais á mí, amo; veriais que zalagarda! me oirian los sordos.

Berton. Silencio, Juan; eres demasiado vivo.

Marta. Eres un buscaruidos.

Eduardo. Felizmente tus buenos deseos serán inútiles, porque no habrá nada.

Juan. (*Abre tristemente*). No habrá nada... Tanto peor... yo que esperaba ya ruido y vidrios rotos!

Berton. (*Que entretanto ha abrazado á su muger y á su hijo*). A Dios.... á Dios.... (*Vase con Juan por el foro; Marta y Eduardo le acompañan hasta la puerta, y quedan mirándolos hasta perderlos de vista.*)

ESCENA IV.

MARTA. EDUARDO.

Marta. Me das palabra de que le volveremos á ver dentro de dos dias?

Eduardo. Quién lo duda? Hay una persona que se digna interesarse por nosotros, y que empleará todo su favor en hacer que cesen las pesquisas; y en devolvernos á mi padre. Lo creo al menos asi.

Marta. Qué feliz seré entonces! cuando nos hallemos todos reunidos, cuando nada pueda separarnos ya! Pero y tú... qué tienes? De qué procede ese aire tan triste y esas miradas?

Eduar. (*Cortado.*) Temo que no se realicen vuestros deseos; por lo que toca á mí... acaso me vea pronto precisado á separarme de vos por mucho tiempo.

Mart. Qué dices?

Eduar. (*Con mas resolucion.*) Yo hubiera querido no deciros una palabra... pero estas circunstancias... y por otra parte marchar sin daros un abrazo... oh! imposible no me hubiera determinado jamás.

Mart. Marchar? Y yo lo escucho? Y por qué?

Eduar. Quiero ser militar; he pedido una charretera.

Mart. Tú! Dios mio! Qué te he hecho yo para que huyas de esta suerte de mí, para que abandones el hogar paterno? Te hemos hecho por ventura desgraciado? Te hemos dado algun disgusto? Perdónanosle, hijo mio; habrá sido sin querer... y yo repararé todas nuestras faltas...

Eduar. Vuestras faltas! vos, señora, la mejor y la mas cariñosa de las madres... No, solo acuso á mi suerte... Pero no puedo permanecer en Copenhague.

Mart. Pero por qué? Hay algun sitio en el mundo donde seas mas amado que aqui? Qué te falta? Quieres brillar en el mundo? Quieres eclipsar á los mas ricos señores? Podemos, podemos... (*Dándole la llave.*) Toma, dispon de nuestras riquezas, tu padre lo consiente; yo te lo suplico y yo te lo agradeceré, porque para tí y solo para tí trabajamos y atesoramos; esta casa, esos almacenes, todo es tuyo... absolutamente tuyo!

Eduar. Basta, señora, basta: no los quiero; no los necesito; no soy digno de vuestros beneficios. Si os dijese que estoy á punto de despreciar esos mismos bienes, fruto de vuestro trabajo, y que esa misma profesion que ejerceis con tanto honor y probidad; y que en otro tiempo me envanecía, es hoy la causa de mi tormento y de mi desesperacion, es lo que se opone á mi felicidad, á mi venganza, á todas las pasiones violentas, en fin, que abriga en este momento mi corazon!...

Mart. Qué dices!

Eduar. Sí, os lo diré todo; este secreto es una carga demasiado pesada. Por otra parte, ¿á quién pudiera uno confiar sus penas mejor que á una madre? Fijando vuestra felicidad en un hijo que os ha dado tantos disgustos, le habiais criado con demasiado esmero, acaso....

Mart. Como un señor, como un príncipe! y si hubiera habido otra educacion mejor, mas cara, esa hubieras recibido...

Eduar. No habeis querido que permaneciese en ese mostrador, que era mi puesto...

Mart. No yo, sino tu padre; él te hizo secretario privado del conde de Falklend.

Eduar. Por mi desgracia: admitido en su casa con intimidad, pasando los dias enteros al lado de Carolina, su hija única, se me ofrecian mil ocasiones de verla, de oirla, de contemplar sus hermosas facciones que son el mas pequeño de sus encantos... Ah! si hubiérais podido apreciarla en su justo valor como yo todos los dias, si la hubiérais visto tan seductora á la vez por su talento y por su gracia, tan sencilla y tan modesta, que ella sola parecia ignorar su mérito, un alma tan noble, un carácter tan generoso!... Ah! si la hubiérais conocido, madre mia, hubiérais hecho lo que yo; la hubiérais adorado.

Mart. Cielos!

Eduar. Sí; dos años hace que este amor es mi tormento y mi felicidad, mi existencia. Y no creais que, desconociendo mis deberes y los derechos de hospitalidad, le he descubierto mi corazon, ni me ha pasado nunca por la imaginacion declararle un amor que hubiera yo querido ocultarme á mí mismo... No... hubiera sido entonces indigno de amarla... Pero ese secreto, que ella sin duda no sospecha, y que ignorará mientras viva, otros ojos mas perspicaces deben haberle adivinado; su padre debe haber comprendido mi turbacion, porque al verla todo lo olvidaba: cuán feliz era! Ah! y esta felicidad se ha concluido para siempre... Ya sabeis como el conde me ha despedido sin manifestarme los motivos de mi desdicha, como me ha arrojado de su casa, y que desde este dia no ha vuelto á haber para mí ni tranquilidad, ni gozo, ni alegría.

Mart. Es verdad.

Eduar. Pero lo que no sabeis es que todas las tardes, todas las mañanas yo vagaba al rededor de los jardines para ver mas de cerca á Carolina, ó mas bien las ventanas de su habitacion; uno de estos dias no sé qué especie de delirio se habia apoderado de mí.... mi

razon me abandonó y sin saber lo que me hacia penetré en el jardin.

Mart. Qué imprudencia!

Eduar. Cierto, madre mia, porque yo no debia verla... y á no ser por eso, la última gota de mi sangre... pero tranquilizaos; eran las once de la noche; nadie me habia visto, nadie, sido un fátuo que, seguido de dos criados, cruzaba por una calle para volverse á su casa! era el baron Federico de Geler, sobrino del ministro de marina, que todas las noches, segun parece, venia á hacer valer su... Sí, madre mia, es su prometido, el que se iba á casar con ella.... Yo no lo sabia entonces, pero lo adivinaba por la antipatía que hacia él esperimentaba: asi que, cuando él me gritó con tono insolente y altanero adónde vais? quién sois? la insolencia de mi respuesta igualó la de la pregunta, y entonces... este recuerdo no se borrará jamás de mi memoria..... mandó á uno de sus criados que me echase de alli; y uno de ellos efectivamente levantó la mano, sí, madre mia, y me ultrajó: no dos veces, no, porque á la primera estaba ya tendido á mis pies, pero me habia ultrajado; y cuando corrí á su amo, cuando le pedí una satisfaccion... «Bien, me dijo; quién sois?» Díjele mi nombre.—Burkenstaf, esclamó con desprecio: yo no me bato con el hijo de un tendero. Si fuéseis noble ú oficial no digo que no.

Mart. (*Espantada.*) Dios mio!.

Eduar. Noble no puedo serlo, es imposible! Pero oficial...

Mart. (*Con viveza.*) No lo serás; no conseguirás ese grado, á que no tienes derecho alguno; no, no le tienes... El puesto que debes ocupar está en esta casa, al lado de tu madre, que lo pierde todo en un solo dia; ya estás como tu padre, prontos los dos á abandonarme, á esponer vuestra vida... y por qué? porque no sabeis ser felices, porque vivis de ambicion, porque os comparais con los que son mas que vosotros. Yo no pido nada á los poderosos, ni á los señores, ni á sus hijas.... no quiero mas que mi marido y mi hijo... pero los quiero absolutamente, porque son mios... (*Abrazándole.*) porque me pertenecen... porque son toda mi felicidad, y nadie me la quitará.

ESCENA V.

MARTA. JUAN. EDUARDO.

Juan.(Con alegria, mirando á la calle). Eso es! soberbio!... asi, asi...

Eduar. Cómo? de vuelta ya?... está ya mi padre en casa de Michelson?

Juan. (*Alegremente.*) Mejor que eso.

Mart. (*Impaciente.*) Está salvo por fin?

Juan. (*Con aire de triunfo.*) Lo han preso.

Marta. Cielos!

Juan. Toma! no os asusteis! Va bien; la cosa va perfectamente!

Eduar. Te esplicarás por fin? (*Con ira.*)

Juan. Cruzábamos la calle de Stralsund, cuando hétenos cara á cara dos soldados de guardias que nos observan.... nos siguen, encarándose luego con vuestro padre: «Señor Burkenstaf, le dice uno de ellos con mucha cortesía, en nombre de su escelencia el señor conde de Estruansé, os íntimo que vengais con nosotros; desea hablaros...

Eduar. Y qué?

Juan. Viendo sus buenos modos, vuestro padre les responde; «Estoy pronto, señores á seguiros;» y todo esto habia pasado con tanta tranquilidad, que nadie en la calle lo habia echado de ver; pero yo... para el tonto que creyera!... plántome en el arroyo, y póngome á gritar como un desesperado... «Socorro, socorro! amigos... que prenden á mi amo... Berton Burkenstaf.... á ellos; á ellos!»

Eduar. Imprudente!

Juan. Ca! No señor; habia yo visto un grupo de trabajadores y artesanos que iban á su trabajo... me oyen, y acuden á mi voz; al verlos correr, las mugeres y los muchachos corren tambien, y los que van por la calle hacen otro tanto; unos por interés, otros por curiosidad.... En un momento se arma un tumulto... Se obstruye la la calle... los coches se detienen... los tenderos salen á las puertas, y los vecinos se asoman á las ventanas... Entretanto ya habian rodeado los artesanos á los soldados y libre ya vuestro padre, se lo llevaban en triunfo segui-

dos por supuesto de la multitud, que se aumentaba por instantes; pero al pasar por la calle de Altona, donde estan nuestros talleres, allí habiais de haber visto; qué algazara! habia corrido ya la voz de que habian querido asesinar á nuestro amo, y que habia habido una pelea encarnizada con la tropa; la fábrica entera se levantó, y el barrio con ella, y todos corren en tropel al palacio gritando que da gozo, viva Burkenstaf! que nos le vuelvan.

Eduar. Qué locura!

Mart. Y qué desgracia!

Eduar. De un negocio insignificante por sí, han hecho un asunto de Estado; que va á comprometer á mi padre, y á justificar las medidas que se tomaban contra él.

Juan. Ba!—No tengais cuidado: no hay nada ya que temer: los demas barrios se han alborotado tambien. Ya se estan rompiendo por todas partes los faroles y los vidrios de las casas grandes. Va bien; eso es lo mas divertido del mundo. No se hace daño á nadie; pero en encontrando gente de palacio les tiran piedras y lodos á ellos y á sus coches! eso es escelente, porque limpia las calles... á propósito... ois los gritos? Veis aquel coche que han detenido en frente de nuestro almacen, y que tratan de derribar?

Eduar. Qué veo? las armas del conde de Falklend! Si fuese! (*Se precipita en la calle.*)

ESCENA VI.

JUAN. MARTA.

Mart. (*Tratando de detener á Eduardo.*) Hijo mio! Eduardo! Se va á esponer!

Juan. Dejadle, señora... esponerse él! eh? el hijo de nuestro amo? no corre ningun riesgo... á nada se espone, sino á que lo lleven en triunfo... (*Mirando al foro.*) Le veis desde aqui cómo habla con aquellos que rodean el coche... á todos los conozco... ah! se apartan, se alejan.

Mart. Felizmente. Pero y mi marido? quiero saber qué es de él... corro á buscarle.

Juan. (*Queriendo detenerla.*) Qué vais á hacer?

Mart. (*Empujándole y precipitándose en la calle.*) Déjame te digo... quiero... quiero buscarle.

Juan. Imposible detenerla. (*Llamando á Eduardo.*) Señor

Eduardo! (*Mirando.*) Oiga! qué diablos está haciendo ahora?... Ayuda á bajar del coche á una señorita, muy linda por cierto... y muy elegante. Vaya! Pardiez! á que está desmayada! Toma, no lo dige? (*Viniendo hácia la escena.*) Pobrecilla! Pues no ha tenido miedo!

Eduar. (*Entrando con Carolina en sus brazos desmayada, la sienta en un sillon.*) Agua, madre mia, agua.

Juan. Acaba de salir para saber de nuestro amo.

Eduar. Ya vuelve... Qué haces ahí tú? vete.

Juan. Miren qué pedrada! no deseo yo otra cosa. Voy á unirme con la turba y á gritar como los demas. (*Vase.*)

ESCENA VII.

CAROLINA. EDUARDO.

Car. (*Volviendo.*) Esos gritos, esas amenazas, esa muchedumbre furiosa que me rodea... Qué daño les he hecho yo?... dónde estoy?

Eduar. (*Con timidez.*) Estais segura; no temais nada.

Car. (*Conmovida.*) Esa voz... (*Volviéndose.*) Eduardo! Sois vos?

Eduar. Sí, soy yo, que os vuelvo á ver, y el mas feliz de los hombres... porque he podido defenderos, protegeros y daros asilo.

Car. En dónde?

Eduar. En mi casa; en casa de mi madre; perdonad si os recibo en este sitio indigno de vos; estos almacenes, este mostrador, tan distintos de los brillantes salones de vuestro padre... pero nosotros no somos nadie; no somos mas que unos comerciantes...

Car. Eso seria ya por sí solo un título á la consideracion de todo el mundo; pero para conmigo y con mi padre teneis otros, Eduardo, y el favor que acabais de hacerme...

Eduar. Favor? Ah! no pronuncieis esa palabra...

Car. (*Siempre sentada.*) Y por qué?

Eduar. Porque va á imponerme silencio de nuevo, porque me encadena otra vez con lazos que quiero por fin romper. Sí; mientras fui bien recibido por vuestro padre, mientras que me acogió bajo su techo hospitalario, hubiera creido faltar á la probidad, al honor, á todos mis

deberes, descubriendo un secreto de cuyo peso me alivian hoy sus ultrajes; nada le debo ya... estamos pagados; y antes de morir quiero hablar, quiero, aunque hayais de abrumarme con vuestro desprecio y vuestra indignacion, que sepais por fin cuánto he padecido, y cuánto dolor, cuánta desesperacion abriga mi pecho...

Car. (*Levantándose.*) Eduardo! por Dios!

Eduar. Sí, lo sabreis!

Car. Ah! desgraciado! Creeis por ventura que lo ignoro?

Eduar. (*Con entusiasmo.*) Carolina!

Car. (*Asustada.*) Silencio! Silencio! Creeis vos mi corazon tan poco generoso que no haya comprendido la generosidad del vuestro, que no haya sabido agradecer vuestros sacrificios, y sobre todo vuestro silencio? (*Movimiento de alegria de Eduardo.*) Sea hoy la última vez que os atrevais á romperle; desde mañana estoy destinada á otro; mi padre lo exige, y sumisa siempre á mis deberes...

Eduar. Vuestros deberes...

Car. Sí; sé lo que debo á mi familia, á mi cuna, á esas distinciones que acaso no hubiera yo deseado, pero que el cielo me ha impuesto, y de que sabré hacerme digna. (*Acercándose á Eduardo.*) Y vos, Eduardo (*Con timidez.*), no me atrevo á decir amigo mio, no os abandoneis á la desesperacion en que os veo; conoced que la deshonra y el honor no penden del rango que uno ocupa, sino del modo con que se desempeñan los deberes, y hareis lo que yo... y podreis soportar el vuestro con valor y resignacion. A Dios para siempre; mañana seré muger del baron de Geler.

Eduar. No, no; mientras yo viva, yo os juro aqui... Cielos! alguien viene...

ESCENA VIII.

CAROLINA. EDUARDO. RANTZAU. MARTA.

Mart. (*Á Rantzau.*) Si buscais á mi hijo, aqui le teneis. (*Aparte.*) Imposible averiguar nada. Es una confusion.

Car. (*Viéndolos.*) Cielos!

Mart. y *Rant.* (*Saludando.*) La señorita de Falklend!

Eduar. (*Con viveza.*) Á quien hemos tenido la dicha de ofrecer un asilo, porque su coche habia sido detenido.

Rant. Y bien? No parece sino que os quereis disculpar de una accion que os honra.
Eduar. (*Turbado.*) Yo, señor conde?
Mart. (*Aparte.*) Conde! Vaya! esto es hecho, nuestra tienda es el punto de reunion de todos los señores.
Rant. (*Que ha echado una mirada penetrante á Carolina y Eduardo que bajan los ojos.*) Bien; muy bien. Una joven libertada por un caballero galante... novelas he leido que empezaban asi.
Eduar. (*Tratando de mudar de conversacion.*) Pero vos, señor conde, paréceme que no andais muy prudente en salir á pie por las calles.
Rant. Por qué? Precisamente ahora las gentes de á pie son potencias; ellas son las que salpican á los que van en alto: por otra parte, no tengo mas que una palabra; os habia prometido traeros vuestros despachos de paso que venia á hacer algunas compras. (*Sacándolos del bolsillo y dándoselos.*) Aqui teneis.
Eduar. Qué fortuna! Soy oficial!
Mart. Esto es hecho... infeliz de mí! Con razon desconfiaba yo de este hombre!
Rant. (*Volviéndose hácia ella.*) Señora, os felicito por el favor y la popularidad de que gozais en este momento..
Mart. Qué me quereis decir con eso?
Rant. Pues qué ignorais lo que pasa?
Mart. Vengo de nuestros talleres donde no ha quedado un alma.
Rant. Todos estan en la plaza: vuestro marido se ha hecho el ídolo del pueblo. Por todas partes se ven banderas y letreros en que resaltan estas palabras: Viva Burkenstaf, nuestro gefe! Burkenstaf para siempre! Su nombre es un grito de reunion!
Mart. Desdichado!
Rant. Las oleadas tumultuosas de sus parciales rodean el palacio y gritan de corazon: «Muera Estruansé!» (*Sonriéndose.*) Hasta los hay que gritan: «Mueran los miembros de la regencia!»
Eduar. Santo Dios! Y no temeis...
Rant. Ba! Nada; me paseo incógnito, como simple aficionado; por otra parte, al menor peligro me ampararia con vuestro nombre.
Eduar. (*Con viveza.*) Y no en balde; yo os lo juro.

Rant. (*Cogiéndole una mano.*) Cuento con ello.
Mart. (*Yendo hácia el foro.*) Dios mio! no ois ese ruido?
Rant. (*Aparte, tomando la derecha.*) Magnífico! Esto marcha. Si sigue asi, no tendrá uno necesidad de meterse en nada.

ESCENA IX.

CAROLINA. EDUARDO. JUAN. MARTA. RANTZAU.

Juan. (*Sin aliento.*) Victoria! Victoria! Es nuestro!
Mart. Eduar. y *Rant.* Habla: qué? acaba. .
Juan. No puedo mas; cuidado si he gritado. Estábamos en la plaza mayor, delante del palacio, debajo de los balcones... tres ó cuatro mil eramos lo menos, gritando: «Burkenstaf, Burkenstaf; que se revoque la orden que le condena, Burkenstaf.» Entonces Estruansé se deja ver en el balcon, y á su lado la condesa vestida de gran gala. Vaya si estaba bien. Terciopelo azul... buena figura... hermosa voz! Fue á hablar, y todo el mundo calló. «Amigos mios, dice, nos han engañado; revoco toda especie de arresto, y os prometo en nombre del rey y en nombre mio que Burkenstaf es libre y no tiene por qué temer.»
Mart. Respiro!
Car. Qué fortuna!
Eduar. Todo se ha salvado!
Rant. (*Aparte.*) Todo se ha perdido!
Juan. Entonces fue ella. Viva el primer ministro! gritamos todos. Viva la condesa! viva Burkenstaf! Y cuando yo dije á los que estaban á mi lado, y á todo eso, yo soy el que soy, Juan, el mismo Juan, el Juan mancebo de su almacen: viva Juan! gritaron tambien, y me rompieron todo el vestido, cogiéndome en volandas para enseñarme á la muchedumbre. Tira por aqui, tira por alli... añicos! y esto no es nada todavia; ahora se estan organizando, van á venir con sus gefes á la cabeza para cumplimentar á nuestro amo y llevársele por ahí en triunfo á las casas capitulares.
Mart. (*Aparte.*) En triunfo! Va á perder la cabeza!
Rant. (*Aparte.*) Qué lástima! un motin que empezaba tan bien!... en quién puede uno confiar ahora?

ESCENA X.

CAROLINA. EDUARDO *en el fondo*, BURKENSTAF *y varios notables que le rodean.* MARTA. JUAN. RANTZAU.

Bur. (*Recogiendo varios memoriales.*) Bien, amigos mios, bien; presentaré vuestras reclamaciones al ministro y al gobierno; preciso será que hagan justicia... ademas... yo estaré en todo... hablaré, hablaré. En cuanto al triunfo que el pueblo me prepara, y que mi modestia me aconseja rehusar...

Mart. (*Aparte.*) Eso es otra cosa!

Bur. Lo acepto, por el bien público, y en atencion al buen efecto. Aqui esperaré la comitiva, que puede venir por mí cuando guste. Por lo que hace á vosotros, queridos colegas y notables de nuestro gremio, espero que de vuelta del triunfo vendreis á cenar á mi casa; os convido á todos.

Todos. (*Gritando al salir.*) Viva Burkenstaf! Viva nuestro gefe!

Bur. Nuestro gefe! ya lo ois! qué honra!... (*Á Eduardo.*) Qué gloria, hijo mio, para nuestra casa! (*Á Marta.*) Y bien, muger, qué te decia yo? Soy una potencia, un poder del Estado. Nada hay igual á mi popularidad; y ya ves el partido que puedo sacar de ella.

Mart. Sí; sacarás una enfermedad; descansa, sosiega; estás sofocado!

Bur. (*Limpiándose la frente.*) Qué? no. La gloria no cansa nunca. Qué hermoso dia! Hombre! Todo el mundo se inclina delante de mí, todos se dirigen á mí, todos me hacen la corte. (*Viendo á Carolina y Rantzau que estan junto al mostrador á la izquierda, y que Eduardo le ocultaba.*) Qué veo? La señorita de Falklend y el conde de Rantzau en mi casa! (*Á Rantzau con énfasis y proteccion.*) Qué hay, señor conde? En qué puedo serviros? Qué venis á pedirme?

Rant. (*Friamente.*) Quince varas de terciopelo.

Bur. (*Cortado.*) Ah! era eso... perdonad, pero si es cosa del comercio no puedo... si fuese otra cosa... (*Llamando.*) Marta! bien conoceis que en el momento de mi triunfo... Marta! sube al almacen y sirve al señor conde.

Rant. (*Dando un papel á Marta.*) Hé aqui mi nota.

Bur. (*Gritando á su muger, que sube ya la escalera.*) Y despues pensarás en la cena; una cena digna de nuestra nueva posicion; buen vino! estamos? (*Señalando á la puerta que está debajo de la escalera.*) El vino del sótano.

Mart. (*Subiendo la escalera.*) Acaso tengo yo tiempo para hacerlo todo?

Bur. Vaya! No te incomodes: (*Á Rantzau.*) tendré que ir yo mismo en persona. (*Marta acaba de subir la escalera y desaparece.*) Mil perdones, señor conde; ya lo veis, tengo tantas cosas sobre mí, tantos cuidados... (*Á Carolina con tono protector.*) Señorita, he sabido por Juan, mi mancebo de... (*Reteniéndose.*) mi dependiente... la falta de respeto cometida con vos y con vuestro coche; podeis estar segura de que yo ignoraba... ya se vé! yo no puedo estar en todas partes... (*Con tono de importancia.*) de otra suerte hubiera interpuesto mi autoridad; os doy palabra de manifestar públicamente cuánto ha sido mi desagrado, y quiero empezar...

Rant. Por hacer llevar esta señorita á casa de su padre.

Bert. Eso es precisamente lo que yo iba á decir... me haceis pensar en ello... Juan, á ver, que devuelvan su coche á esta señorita. Y direis que lo mando yo, Berton de Burkenstaf; y para escoltar á esta señorita...

Eduar. (*Con viveza.*) Yo me encargo de eso, padre mio.

Bert. Enhorabuena! (*Á Eduardo.*) Si os sucediese algo, si os quisiesen detener, dirás: Soy Eduardo Burkenstaf, hijo del señor...

Juan. Berton Burkenstaf; ya se sabe.

Rant. (*Saludando á Carolina.*) Señorita... á Dios, amigo mio. (*Eduardo ofrece la mano á Carolina, y sale con ella seguido de Juan.*)

ESCENA XI.

RANTZAU. BERTON. (*Rantzau se ha sentado junto al mostrador, y Berton al otro lado.*)

Berton. Os hacen esperar; me es muy sensible.

Rant. A mí no... con eso estoy mas tiempo en vuestra compañía; siempre gusta uno ver de cerca á los personages célebres.

Bert. Célebre! sois muy amable. Ello, es cosa inconcebible; esta mañana nadie se acordaba de semejante cosa, ni yo tampoco... yo mismo!... todo ha venido en un instante.

Rant. Esas cosas vienen siempre con esa prisa... (*Aparte.*) y con la misma se van. (*Alto.*) Solo siento que esto se haya acabado tan pronto.

Bert. Oh! pero esto no está acabado. Ya lo habeis oido... van á venir por mí para llevarme por ahí en triunfo. Perdonad; voy á vestirme; si yo los hiciese esperar, se impacientarian con razon; creerian que el gobierno me habia hecho desaparecer.

Rant. (*Sonriéndose.*) Cierto; y la jarana volveria á empezar.

Bert. Ni mas ni menos; ya se vé! me quieren tanto! asi es que esta noche, esa cena que doy á los notables será, me parece, de un efecto seguro; porque en un banquete se bebe... y...

Rant. Se animan todos.

Bert. Se echan brindis á Burkenstaf, al gefe del pueblo, como me llaman... ya entendeis. A Dios, señor conde.

Rant. (*Sonriéndose y llamándole.*) Un instante; para beber á vuestra salud es menester vino, y eso que le deciais á vuestra muger hace poco...

Bert. (*Dándose una palmada en la frente*) Es verdad; se me olvidaba. (*Pasa detras de Rantzau y detras del mostrador y señala la puerta que está debajo de la escalera.*) Ahí tengo un sótano soberbio, donde conservo mis vinos del Rhin y de Francia. Mi muger y yo somos los únicos que tenemos la llave.

Rant. (*A Berton que abre la puerta.*) Precaucion muy prudente. Al principio creí que teniais ahí vuestro tesoro.

Bert. No; y eso que estaria seguro. (*Golpeando la puerta.*) Seis pulgadas de grueso y forrada en hierro. (*Yendo á entrar.*) Con vuestro permiso, señor conde.

Rant. Vos le teneis... yo subo al almacen. (*Berton baja al sótano; Rantzau se acerca á la puerta, la cierra y vuelve á la escena tranquilamente, diciendo:*) Un hombre como este es un tesoro, y los tesoros... (*Enseñando la llave.*) deben estar siempre bajo llave. (*Sube la escalera que conduce al almacen y desaparece.*)

ESCENA XII.

JUAN.

Juan. (*Dejándose ver en el fondo, á la puerta, mientras que el conde sube la escalera.*) Aqui estan, aqui estan; es cosa vistosa; una comitiva asombrosa: los gefes de los gremios con sus estandartes y músicas y... (*Se oye una marcha triunfal, y se descubre la cabeza de la comitiva que se coloca en el fondo del teatro, en la calle, fuera de la tienda.*) Dónde diablos está nuestro amo? arriba sin duda. (*Corriendo hácia la escalera.*) Señor Berton, señor! que vienen ya á buscaros; me ois?

Mart. (*Apareciendo en la escalera con dos mancebos de tienda.*) Qué tienes tú, qué gritas?

Juan. Grito porque busco á nuestro amo.

Mart. Abajo está.

Juan. Está arriba.



Mart. Te digo que no.

El Pueblo. (*Fuera.*) Viva Burkenstaf! viva nuestro gefe!

Juan. Voto va! y no está aqui... y van á gritar sin él... (*A los dos mancebos de tienda que han bajado.*) A ver vosotros si registrais toda la casa. (*Van entrando algunos del del pueblo. Marta baja.*)

El Pueblo. (*De fuera.*) Viva Burkenstaf! Qué salga! que salga!

Juan. (*En altas voces á la puerta de la tienda.*) Ahora, ahora; han ido á buscarle; os le van á enseñar. (*Recorriendo el teatro.*) Esto me hará perder la cabeza... la sangre me hierve en las venas.

Varios mozos. (*Entrando por la derecha.*) Yo no le he encontrado.

Otros. (*Bajando de los almacenes.*) Ni yo tampoco; no está en casa.

El Pueblo. (*Fuera con sordo murmullo.*) Burkenstaf! Burkenstaf!

Juan. Voto va! ya se impacientan; ya murmuran. Dónde diablos puede estar?

Mart. Dios mio! Le habrán preso de nuevo?

Juan. Qué? despues de la palabra que nos han dado? (*Dándose una palmada en la frente.*) Ah! Dejadme... aquellos

soldados que yo he visto rondando la casa... (*Corriendo hácia el foro.*) Y la música tocando siempre! Silencio! silencio! callad! me ocurre una idea... es horroroso... es una infamia!

Mart. Qué diablos tienes?

Juan. (*Dirigiéndose á un grupo.*) Sí, amigos mios, sí, se han apoderado de nuestro amo... han asegurado su persona, y mientras que nos estaban echando buenas palabras, lo estaban prendiendo por otra parte; está preso otra vez! Favor! los amigos; favor.

El Pueblo. (*Precipitándose en la tienda y rompiendo los vidrios del fondo.*) Aqui estamos! Viva Burkenstaf! nuestro gefe... nuestro amigo!

Mart. Vuestro amigo, y le destrozais la casa!

Juan. Y qué? sí señora; eso es entusiasmo, y vidrios rotos. Al palacio! al palacio!

Todos. Al palacio! al palacio!

Rant. (*Dejándose ver en lo alto de la escalera, y mirando cuanto pasa.*) Ah! ah! esto ya es otra cosa... esto empieza á animarse otra vez.

Todos. (*Agitando en el aire sombreros, pañuelos y sus banderas.*) Muera Estruansé! Viva Burkenstaf! que nos le vuelvan! que nos le vuelvan! Burkenstaf para siempre! (*Todo el pueblo sale en el mayor desorden con Juan. Marta cae desesperada sobre el sillon que está junto al mostrador, y Rantzau baja lentamente la escalera, estregándose las manos de gozo. Cae el telon.*)

ACTO TERCERO.

Habitacion del palacio del conde de Falklend. — A la izquierda un balcon sobre la calle.—Puerta en el foro; dos laterales.— A la izquierda en primer término una mesa, libros, recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA. EL BARON DE GELER.

Carolina. Pero, señor baron, qué significa eso? qué hay de nuevo?

Gel. Nada, señorita.

Car. El conde Estruansé acaba de encerrarse en el gabinete de mi padre: han enviado á buscar al conde de Rantzau. Á qué asunto esa reunion estraordinaria? Esta mañana ha habido ya consejo, y luego estos señores se habian de reunir para comer.

Gel. No sé; pero no ocurre nada importante; nada sério... Oh! me hubiesen avisado! mi nuevo destino de secretario del consejo me obliga á asistir á todas las deliberaciones...

Car. Ah! Por fin os nombraron.

Gel. Esta mañana. Vuestro padre me propuso, y el conde confirmó la eleccion. De la corte vengo ahora de ver á la condesa... por alli estaban un poco consternados por la algazara de esa gente... se temia todavia que esos acontecimientos trastornasen el baile de mañana; pero á Dios gracias, no hay nada que temer; y aun me han ocurrido sobre el particular cuatro chanzas bastante felices que lograron la aprobacion de la condesa, y que las rió con la mayor amabilidad.

Car. Ah! las rió!

Gel. Mucho: al mismo tiempo me felicitó por mi nombramiento y por mi boda... sobre esto último me dijo... cosas... (*Sonriéndose con aire fatuo.*) que podrian lisonjear algun tanto mi vanidad... si yo la tuviese. (*Aparte.*) Y quién sabe! (*Alto.*) Pero yo no hago alto en eso. Ya estoy metido en los negocios de Estado, trabajos sérios á

que he tenido siempre una aficion loca... sí señora; porque me veais generalmente frívolo y superficial, no creais que no puedo yo tan bien como otro cualquiera... Oh! el arte en esas cosas consiste en hacerlas jugando, como quien no hace nada... llegue yo un dia al poder, y ya verán!!!

Car. Vos al poder!

Gel. Seguramente; á vos puedo decíroslo en confianza; acaso no tarde en verificarse. Es preciso que la Dinamarca se rejuvenezca... esta es la opinion de Estruansé, de la condesa, de vuestro padre.... y si pudiéramos eliminar ese conde de Rantzau, que no sirve ya para nada, y que conservan aun ahí porque su antigua reputacion de hombre hábil impone todavia respeto á las cortes estrangeras... en ese caso se me ha dado ya la palabra formal de entrar en su plaza... ya conoceis, pues, que el conde de Falklend y yo... el suegro y el yerno á la cabeza de los negocios, ya hariamos andar esto de otro modo... Esta mañana, por ejemplo, yo los veia á todos asustados; me daba risa; si me hubieran dejado á mí, yo os respondo de que en un abrir y cerrar de ojos...

Car. (*Escuchando.*) Silencio!

Gel. Qué es?

Car. Me habia parecido oir gritos confusos á lo lejos.

Gel. Os equivocais.

Car. Es posible.

Gel. Alguna disputa... alguna riña en la calle; les quereis privar de ese placer? eso seria una tiranía; de cosas mas importantes tenemos que hablar... de nuestra boda, del baile de mañana y de las vistas, que probablemente no estarán acabadas... porque es lo que yo veo de malo en esos motines y conmociones populares, que los artesanos le hacen á uno esperar, y que nada está pronto.

Car. Ah! no veis mas que eso malo? yo, sin embargo, que me he encontrado esta mañana en medio del tumulto, veia algo mas...

Gel. Es posible?

Car. Sí señor; y á no haber sido por el valor y la generosidad de Eduardo Burkenstaf, que me ha protegido y escoltado hasta casa.

Gel. Eduardo... y quién le manda meterse... desde cuando

se ha abrogado el derecho de protegeros? pretension por cierto mas ridícula que la de su padre.

Jorge. Una carta para el señor baron.

Gel. De parte de quién?

Jorge. No sé, señor... la ha traido un joven, que se dice militar, y que espera abajo la respuesta.

Car. Algun parte acerca de lo que pasa.

Gel. Probablemente. (*Leyendo.*) «Tengo una charretera; el señor baron por consiguiente no puede negarme ya una satisfaccion que necesito inmediatamente. Aunque soy el insultado, le cedo la eleccion de las armas, y le espero á la puerta con pistolas y espadas. *Eduardo Burkenstaf.— Subteniente del* 6.° *de infantería.*» (*Aparte.*) Qué insolencia!

Car. Y bien? Qué hay?

Gel. Nada! (*Al criado.*) Andad con Dios: decidle que mas tarde... que veré... (*Alto.*) Le daremos una leccion.

Car. Quereis ocultármelo... hay alguna novedad... algun peligro... ah! lo adivino por vuestra turbacion.

Gel. Yo! turbado?

Car. Pues enseñadme esa esquela y os creeré.

Gel. Señora, es imposible!

Car. (*Volviéndose y viendo á Koller.*) El coronel Koller Este no será tan reservado, y de él sabré...

ESCENA II.

CAROLINA. GELER. KOLLER.

Car. Hablad, coronel, qué hay?

Koll. Que la insurreccion que creiamos ya apaciguada vuelve á empezar con mas fuerza que nunca.

Car. (*A Geler.*) Lo veis? Pues cómo?

Koll. Acusan á la corte, que habia prometido la libertad de Burkenstaf, de haberle hecho desaparecer para no verse obligada á cumplir sus promesas.

Gel. No seria mal golpe!

Car. Qué decís? (*Corre á la ventana, que abre, y mira á la calle, así como Geler.*)

Koll. (*Aparte y solo.*) Entretanto, nos hemos aprovechado de esta coyuntura para sublevar al pueblo. Herman y Gustavo, mis dos emisarios, se han encargado de eso, y

espero que la reina madre estará satisfecha. Ya estamos casi seguros del éxito sin necesidad de que haya tenido que hacer nada ese maldito conde de Rantzau.

Car. Mirad, mirad allá abajo: se aumenta el tropel; ya rodean el palacio; ya han cerrado las puertas. Ah! me da miedo! (*Vuelve á cerrar la ventana.*)

Gel. Eso es inaudito! Y vos, coronel, os estais ahí?

Koll. Vengo á tomar las órdenes del consejo, que me ha hecho llamar, y espero.

Gel. Es que deberia darse prisa. La condesa se va á asustar... nadie se acuerda de nada... deberian tomarse medidas...

Car. Y cuáles?

Gel. (*Turbado.*) Medidas... debe haber medidas... es imposible que no haya medidas...

Car. Pero qué medidas? qué hariais vos?

Gel. (*Fuera de sí.*) Yo! seguramente... pero me cogeis desprevenido. Yo no sé...

Car. Pero no acabais de decir?...

Gel. Oh! sí... si yo fuera ministro... pero no lo soy... no lo soy todavia... no es cuenta mia, y no se concibe cómo las gentes que estan al frente de los negocios... las gentes que deberian gobernar... porque al fin... qué diablo!... uno no puede tomar cartas... Este es mi parecer... y no hay otro... es el único... si yo fuese primer ministro, yo les enseñaria...

ESCENA III.

CAROLINA. GELER. RANTZAU, *por el foro.* KOLLER.

Gel. (*Corriendo hácia él.*) Ah! Señor conde, venid á tranquilizar á esta señorita, que está muerta de miedo; por mas que le digo que esto no es nada, está conmovida, turbada...

Rant. (*Friamente y observándole.*) Y por cierto que participais en gran manera de sus penas; ya se vé! como buen amante. Ah! estais aqui, coronel!

Koll. Vengo á tomar las órdenes de la regencia.

Gel. (*Con viveza.*) Qué se ha decidido en el consejo en dos horas de deliberacion? qué ha pasado?

Rant. (*Con frialdad.*) Han pasado dos horas; se ha hablado

mucho; se ha discutido: Estruansé queria entrar en transacciones con el pueblo.

Gel. (*Con viveza y aprobando.*) Cierto! por qué no le han contentado?

Rant. El conde de Falklend, que se ha decidido por la energia, queria echar mano de otros argumentos, queria poner en juego la artilleria...

Gel. (*Idem.*) En último resultado ese es el modo de concluir de una vez: no hay otro.

Rant. Yo he adoptado una opinion que en un principio todos desecharon, y que por fin ha sido aprobada.

Koll. Car. y *Gel.* Cuál?

Rant. (*Friamente.*) No hacer nada: y eso es lo que hacen.

Gel. Pues no van del todo descaminados, porque bien mirado, al cabo, cuando el pueblo haya gritado á su sabor...

Rant. Se cansará.

Gel. Eso iba yo á decir.

Kol. Hará lo que hizo esta mañana.

Rant. (*Sentándose*). Sí por cierto...

Gel. (*Tranquilizándose*). Eso es... romperán unos cuantos vidrios, y se acabó.

Koll. Eso es lo que han hecho ya en todas las casas de los ministros... (*A Gel.*) y en la vuestra, baron.

Gel. Oiga! está bueno!

Rant. En cuanto á la mia, no tengo cuidado: los desafio á que hagan otro tanto.

Gel. Por qué?

Rant. Porque despues del último alboroto, no he compuesto un solo vidrio de los que me rompieron. Yo dije para mi sayo: asi queda, y servirá para la primera...

Car. (*Escuchando*). Parece que se calma el ruido.

Gel. Ya lo sabia yo! No hay que asustarse por esos clamores... Y qué dice mi tio el ministro de marina?

Rant. (*Friamente.*) No le hemos visto. (*Irónicamente.*) Su indisposicion, que era muy leve, ha tomado un carácter marcado de gravedad desde que empezaron esos alborotos. Es una fatalidad muy singular: en empezando el motin, ya está en cama. Como está tan delicado!...

Gel. (*Con intencion*). Y vos gozais de buena salud?

Rant. (*Sonriéndose.*) Eso es tal vez lo que os incomoda. Hay gentes á quienes pone de mal humor mi salud, y que quisieran verme en los últimos.

Gel. Quién?

Rant. (*Sentado y con aire socarron.*) Eh! por ejemplo, los que piensan heredarme.

Gel. No falta quien os pudiera heredar en vida.

Rant. (*Mirándole con calma.*) Señor baron, vos que en calidad de consejero conoceis nuestras leyes, habeis leido el artículo 302 del código danés?

Gel. No señor.

Rant. Me lo figuraba. Dice que no basta que quede declarada una herencia; es menester ademas ser apto para heredar.

Gel. Y con quién habla ese axioma?

Rant. Con los que carecen de aptitud.

Gel. Caballero, lo decís con un tono... tan remontado...

Rant. (*Levantándose y en el mismo tono.*) Perdonad... Vais mañana al baile de la condesa?

Gel. (*Irritado.*) Señor conde...

Rant. Bailareis con ella?... Dirigis las comparsas!

Gel. Yo sabré lo que quiere decir esa rechifla!

Rant. Me acusábais de remontarme demasiado... me he bajado un poco... me he puesto á vuestro nivel.

Gel. Esto ya es demasiado!

Car. (*Junto á la ventana.*) Callad, por Dios! creo que vuelve á empezar el alboroto.

Gel. (*Espantado.*) Otra vez? no se acabará esto nunca? Esto es insoportable!

Car. Dios mio! Todo está perdido!... Ah! mi padre!

ESCENA IV.

KOLLER, *en un estremo del teatro á la izquierda*; GELER, CAROLINA, FALKLEND; RANTZAU, *en el otro estremo á la derecha.*

Falklend. Tranquilizaos! Esos gritos que se oyen á lo lejos nada tienen ya de alarmantes.

Gel. Ya lo dije yo!... eso no podia durar!

Car. Se ha concluido ya todo?

Fal. No enteramente; pero va mejor.

Rant. y Koll. (*Aparte cada uno y con desagrado.*) Malo!...

Fal. Por mas que se le decia á la muchedumbre que nadie habia atentado á la libertad de Burkenstaf, y que él mis-

mo acaso, por prudencia ó por modestia, habria querido evadirse del triunfo que se le preparaba...

Rant. Oh! en momentos como estos no era verosimil.

Fal. No digo que no; asi que, hubiera costado probablemente mucho trabajo convencer á sus parciales, si no hubiera llegado casualmente un regimiento de infanteria, con el cual no contábamos, y que de paso para su nueva guarnicion atravesaba Copenhague tambor batiente y á banderas desplegadas. Su presencia inesperada ha cambiado la disposicion de los ánimos; hemos empezado á entendernos, y mediante las repetidas promesas que se han hecho de emplear todos los esfuerzos posibles para descubrir el paradero de Berton Burkenstaf, cada cual se ha retirado á su casa, escepto algunos individuos que parecian mas empeñados que los demas en escitar y prolongar el desorden.

Koll. (*Aparte.*) Los nuestros!

Fal. Pero nos hemos apoderado de ellos.

Koll. (*Aparte.*) Cielos!

Fal. Y como ahora estamos ya en el caso de dar un corte decisivo...

Gel. Eso es lo que yo estoy diciendo toda la mañana.

Fal. Como no es cosa de que semejantes escenas se reproduzcan á cada momento, estamos decididos á tomar medidas sérias.

Rant. Y quiénes son los arrestados?

Fal. Gente oscura y desconocida.

Koll. Se saben sus nombres?

Fal. Herman y Gustavo.

Koll. (*Aparte.*) Habrá torpes!

Fal. Facil es conocer que esos miserables no obraban por inspiracion propia; habian recibido instrucciones y dinero; y lo que nos importa saber ahora es la calidad de las personas que los ponen en juego.

Rant. (*Mirando á Koller.*) Pero los nombrarán?

Fal. Quién lo duda? su perdon si cantan; y fusilados si callan. (*A Rantzau.*) Vengo precisamente á buscaros para proceder á su interrogatorio, y que descubramos por este medio el núcleo de un complót.

Koll. (*Llegándose á Falklend.*) Del cual creo tener cogidos ya algunos cabos.

Fal. Vos, Koller?

Koll. Sí. (*Aparte.*) No hay otro medio de salvarme.

Rant. Y por qué no nos habeis comunicado antes vuestras luces en la materia?

Koll. Hasta hoy no tenia ningun dato seguro; pero me he apresurado á venir. Esperaba á que se concluyese el consejo para hablar al conde Estruansé, pero puesto que VV. EE. estan aqui...

Fal. Bien, estamos dispuestos á oiros.

Car. Me retiro, señor.

Fal. Sí, por un instante.

Car. Señores... (*Saluda y sale por la izquierda: Geler le da la mano, y hace ademan de salir por el foro.*)

ESCENA V.

KOLLER. GELER. FALLKEND. RANTZAU.

Falklend (*Á Geler.*) Quedaos, querido; como secretario que sois del consejo, teneis derecho de asistir á esta conferencia.

Rant. (*Con gravedad.*) En la cual vuestras luces y vuestra esperiencia pueden sernos de grande utilidad. (*Aparte y mirando á Koller.*) Nuestro hombre está apurado; no le perdamos de vista, y procuremos que salga del paso, sin comprometer á la reina madre, ni á otros amigos que acaso puedan ser útiles todavia. (*Mientras ha dicho esto, Geler y Falklend han tomado sillas y se han sentado á la derecha de la escena.*)

Fal. Hablad, coronel; comunicadnos esos datos que poseeis, y que despues pondremos en conocimiento del consejo.

Koll. (*Buscando palabras.*) Hacia tiempo ya, señores, que yo sospechaba contra los miembros de la regencia la existencia de un complót, que varios indicios me hacian presumir, pero del cual no podia conseguir prueba ninguna positiva y determinante. Para conseguirlo, he procurado granjearme la confianza de algunos de sus gefes; me he quejado, he manifestado descontento, hasta he dejado traslucir que no estaba muy ajeno de conspirar: mas les he propuesto medios, los he animado...

Gel. Eso se llama sutileza.

Rant. (*Friamente.*) Sí, se puede llamar asi, si se quiere.

Koll. (*A Falklend.*) Mi industria consiguió el objeto que deseaba, porque esta mañana misma han venido á proponerme que entre en un complót que debe verificarse esta noche, en la comida que dais á los ministros, vuestros colegas.

Gel. Hola!

Koll. Los conjurados deben introducirse en el palacio con diversos disfraces, y penetrando en el comedor, apoderarse de cuanto encuentren.

Fal. Es posible?

Gel. Hasta de los que no son ministros... qué horror! (*A Rantzau.*) Y no os estremeceis?

Rant. (*Friamente.*) Todavia no. (*A Koller.*) Estais seguro, coronel, de lo que contais?

Koll. Estoy seguro... es decir, estoy seguro de que me lo han propuesto, y me apresuraba á preveniros.

Rant. (*Ayudándole.*) Bien, pero no conoceis á los que os han hecho esas proposiciones.

Koll. Sí por cierto, Herman y Gustavo, los mismos que acaban de prender... y no dejarán de disculparse, y de acusarme; pero... felizmente... tengo pruebas aqui; esta lista, escrita y dictada por ellos.

Fal. (*Arrebatándosela.*) La lista de los conjurados... (*La recorre.*)

Rant. (*Con compasion.*) (*Aparte.*) Hé ahí; honrados conspiradores sin duda, pobres gentes! Fiaos luego de canalla como este, que al primer riesgo os venden para salvarse.

Fal. (*Entregándole la lista.*) Mirad... qué decis?

Rant. Digo que en todo eso no veo todavia nada de positivo. Cualquiera puede hacer una lista de conjurados; eso no prueba que haya una conspiracion. Es preciso ademas un objeto, un gefe.

Fal. Pero no veis que ese gefe es la reina-madre, es María Julia.

Rant. No hay nada que lo demuestre, á no ser que el coronel.. (*Con intencion.*) tenga pruebas... positivas... personales....

Koll. No señor.

Rant. (*Aparte.*) No es poca fortuna; esta es la primera vez que este imbécil me ha entendido.

Gel. Oh! entonces el trance es muy delicado.

Rant. Sin duda! (*Enseñando la lista.*) Aqui hay personas distinguidas, gentes de alta categoría... se les ha de condenar ciegamente, solo porque se les ha antojado á los señores Herman y Gustavo hacer una confianza al coronel Koller. Confianza por otra parte muy bien colocada. En fin, el señor baron que está versado en las leyes, os dirá como yo que (*Marcadamennte.*) donde no hay principio de ejecucion, no hay reo.

Gel. Cierto!

Fal. (*Se levanta y Rantzau tambien.*) Bueno, pero dejémosle ejecutar su complót... que no se trasluzca nada, coronel, de la comunicacion que acabais de hacernos, no se altere nada en el orden de la comida; que se verifique por el contrario; ténganse soldados ocultos en el palacio, cuyas puertas permanecerán abiertas.

Rant. (*Aparte.*) Gracias á Dios! qué trabajo cuesta inspirarles ideas.

Fal. Y en cuanto se presente un conjurado, que se le deje entrar, y es nuestro. Su presencia sola en mi casa á semejantes horas y las armas que traiga serán pruebas irrecusables.

Rant. Enhorabuena.

Gel. Comprendo... pero y si no viniesen?

Rant. Seria señal de que habian engañado al coronel; no habria tal conjuracion ni tales conjurados.

Fal. Eso lo veremos. (*Se dirige á la mesa de la izquierda, y escribe mientras Koller se separa y se mantiene en medio en el fondo.*)

Rant. (*Aparte.*) Y no la habrá; prevengamos á la reina-madre para que se esten todos en su casa. Otra conspiracion abortada! (*Mirando á Koller.*) él los vende y yo los salvo! (*Alto.*) Señores os saludo, me vuelvo á ver á Estruansé.

Fal. (*A Geler.* Esa orden para el gobernador. (*A Rantzau.*) Volveis, supongo.

Rant. Por supuesto; en el caso presente no puedo comer ya sino en vuestra casa; es lance de honor; voy únicamente á dar cuenta á su escelencia de la bella conducta del coronel Koller, porque al cabo si no cogemos á esas gentes, no será culpa suya.... él ha hecho cuanto estaba de su parte, y se le debe un premio.

Fal. Y lo obtendrá.

Rant. (*Con intencion.*) O no hay justicia en la tierra... yo me encargo de eso.

Koll. (*Inclinándose.*) Señor conde... estoy agradecidísimo...

Rant. (*Con desprecio.*) Sí, tal vez debiérais estármelo, pero os dispenso... (*Vase.*)

Koll. (*Aparte.*) Maldito! nunca sabe uno si este hombre es amigo ó enemigo... (*Saludando.*) Señores...

Gel. Os sigo, coronel... (*A Falklend.*) Conque, esta órden al gobernador... y corro á contar á la condesa lo que hemos decidido y lo que hemos hecho. (*Vase con Koller por el foro.*)

ESCENA VI.

FALKEND, *riéndose con satisfaccion.*

Todas estas gentes son débiles, indecisas... y si uno no tuviera carácter y energía por todos ellos, si uno no los manejase... ese conde de Rantzau sobre todo, que no ve delincuentes en ninguna parte, que no se atreve á condenar á nadie... vacilando siempre, sin resolucion... ello sí, es un buen hombre, que nos cederá su puesto de buena gana en cuanto le necesitemos para mi yerno... Oh! y esto no está lejos ya.

ESCENA VII.

CAROLINA, *saliendo por la izquierda.* FALKLEND.

Car. Bajais al salon, padre mio?

Fal. Sí, al momento.

Car. Bien; porque no tardarán en venir los convidados, y me cuesta tanto trabajo hacer los honores de la casa cuando me dejais sola... hoy sobre todo, que no me siento buena.

Fal. Pues qué?

Car. La agitacion del dia sin duda...

Fal. Si no es otra cosa, tranquilízate: te dispenso de bajar al salon, y aun de asistir á la comida.

Car. De veras?

Fal. Sí; vale mas, porque pudiera ocurrir algo... y las mugeres siempre se asustan y se desmayan...

Car. Qué quereis decir?

Fal. Nada; no hay necesidad de que sepas...

Car. No; hablad, hablad sin temor... ah! ya entiendo... esa comida tenia por objeto la celebracion de los esponsales, que se diferirán... que acaso no se verifiquen ya... si es eso lo que temeis decirme...

Fal. (*Con frialdad.*) No por cierto; la boda se realizará.

Car. Dios mio!

Fal. (*Con calma y mirándola.*) No hay variacion ninguna; y á propósito, hija mia, dos palabras...

Car. (*Bajando los ojos.*) Ya escucho.

Fal. Los asuntos del Estado no absorven de tal manera mis ideas que no pueda observar lo que pasa en mi casa; hace algun tiempo que he creido notar que un jóven oscuro, un nadie, á quien mi bondad habia dado entrada en mi casa, se atreve á poner los ojos... (*Movimiento de Carolina.*) Lo sabiais, Carolina?

Car. Sí señor.

Fal. Le he despedido; y sean las que fueren sus habilidades y su mérito personal, que os he oido ponderar demasiado... os declaro aqui formalmente, y ya sabeis si mis determinaciones son enérgicas, que aunque pendiese de ello mi vida, no consentiria jamas...

Car. Tranquilizaos, padre mio; sé muy bien que la idea sola de una boda desigual os haria desgraciado, y... os lo prometo... no sereis vos el desgraciado!!!

Fal. (*Coge la mano de su hija, y despues de una pausa.*) Ese valor es el que yo necesito... te dejo... te disculparé en la mesa; diré que estás mala, y aun me temo que no mentiré; quédate en tu cuarto, y suceda esta noche lo que suceda, oigas lo que oigas, guárdate de salir de él. A Dios. (*Váse.*)

ESCENA VIII.

CAROLINA, *rompiendo á llorar.*

Ah! se ha marchado... por fin puedo llorar!... pobre Eduardo... tantos sacrificios, tanto amor! Este será su premio? olvidarle! Y por quién? Dios mio! qué injusta es la suerte! por qué no le ha dado el nacimiento de que era

digno? entonces hubiera yo podido amar libremente las virtudes que brillan en él! entonces todos hubieran aprobado mi eleccion... y ahora es un delito pensar en él! pero este dia es mio todavia... todavía no soy de nadie; soy libre... y ya que no he de volverle á ver...

ESCENA IX.

CAROLINA. EDUARDO, *envuelto en una capa, entrando por la derecha precipitadamente.*

Eduar. Han perdido mi huella.

Car. Cielos!

Eduar. *(Volviéndose.)* Ah! Carolina!

Car. Qué os trae? de qué procede esta osadía? Con qué derecho, caballero, os atreveis á penetrar hasta aqui?

Eduar. Perdon! mil veces perdon!.. ahora mismo, en el momento en que cubierto con esta capa me introducia en el palacio, varios hombres que no parecen de la casa se han arrojado sobre mí; me he podido soltar de sus manos, y conociendo mejor que ellos las entradas, he llegado á esta escalera, donde he dejado de oir sus pasos.

Car. Pero con qué objeto os introducís de esta manera en la casa de mi padre? á qué ese misterio... esas armas? hablad; esplicaos... lo exijo, lo mando.

Eduar. Mañana me marcho; el regimiento á que he sido destinado sale de Dinamarca... He dirigido al baron de Gerle una esquela que exigia una contestacion pronta, y como tardaba, he venido á buscarla en persona.

Car. Dios mio!... un desafio!... estoy segura... delirais, Eduardo! os vais á perder!

Eduar. Qué importa, si consigo impedir vuestra boda? No tengo otro medio.

Car. Eduardo!... si tengo sobre vos alguna influencia, no desoireis mis ruegos; renunciareis á ese proyecto; no insultareis al baron, ni provocareis un escándalo, terrible para vos... y para mí, caballero!... sí; yo pongo en vuestras manos mi reputacion; tengo confianza en vuestro pundonor... Me equivocaré al creer...

Eduar. Ah! qué me pedís? exigís que os lo sacrifique todo... hasta mi venganza... y habeis de ser de otro, del mismo á quien quereis que perdone...

Car. No; os lo juro!

Eduar. Qué decis?

Car. Que si cedeis á mis súplicas, rehusaré esa boda; permaneceré libre; quiero serlo... sí, os lo juro aqui... no seré vuestra ni de Geler.

Eduar. Carolina!

Car. Ahora conoceis cuanto pasa en mi corazon; ya no nos volveremos á ver; viviremos para siempre separados; pero al menos sabreis que no sois vos el único que padece, y que ya que no puedo ser vuestra, no seré de nadie.

Eduar. (*Con alegría.*) Ah! apenas puedo creerlo todavía.

Car. Ahora partid... demasiado tiempo habeis estado ya aqui: no espongais los únicos bienes que me quedan, mi honor, mi reputacion; no tengo otros; y si hubiese de perderlos ó de verlos comprometidos.... antes quisiera morir.

Eduar. Y yo primero perder cien vidas que esponeros á la mas leve sospecha; nada temais, me alejo. (*Abre la puerta por donde ha entrado.*) Cielos! hay soldados al pie de la escalera.

Car. Soldados!

Eduar. (*Señalando la puerta del foro.*) Por aqui á lo menos...

Car. (*Deteniéndole.*) No... no ois ruido? (*Escuchando.*) Suben... es la voz de mi padre... varias personas le acompañan... vienen todos... Ah! si os encuentran aqui solo conmigo, soy perdida!

Eduar. Perdida! oh! no! yo os respondo con mi vida. (*Señalando á la puerta de la izquierda.*) Alli. (*Se precipita dentro.*)

Car. Cielos! mi cuarto! (*La puerta se cierra, Carolina oye subir por la puerta del foro, se abalanza á la mesa de la izquierda, coge un libro y se sienta.*)

ESCENA X.

CAROLINA. GELER. PALKLEND. KOLLER, *algo en el fondo, con algunos soldados.* RANTZAU. *Varios señores y damas, soldados que permanecen en el fondo por la parte de afuera.*

Fal. Esta es la única parte de la casa que no se ha registrado.

Car. Dios mio! qué hay?

Gel. Un complot fraguado contra nosotros.

Fal. Y que yo hubiera querido ocultarte; un hombre se ha introducido en la casa.

Gel. Las guardias emboscadas en el primer patio dicen haber visto deslizarse tres.

Rant. Otros dicen siete!... de suerte que pudiera muy bien no haber ninguno.

Fal. Por lo menos habia uno, y estaba armado; dígalo la pistola que ha dejado caer en el segundo patio al huir; por otra parte, si ha buscado asilo en este lado de la casa, como yo creo, no ha podido penetrar en él sino por esa escalera, y es raro que no le hayais visto.

Car. (*Con agitacion.*) No, ciertamente: nada.

Fal. O á lo menos que no hayas oido...

Car. (*Con la mayor turbacion.*) Hace un momento, efectivamente, estaba yo leyendo, y... se me figuró que habia oido á alguien cruzar por esta pieza; como quien va hácia el salon, y allí será sin duda donde...

Gel. Imposible; nosotros venimos de allí, y si no hubiese soldados al pie de esa escalera, creería yo que está todavía...

Fal. Á ver, Koller. (*Haciendo seña á dos soldados, que abren la puerta de la derecha y desaparecen con Koller.*)

Rant. (*Aparte.*) Algun torpe, alguno que no habrá recibido la contra-orden, y que habrá acudido solo á la cita.

Koll. (*Entrando.*) Nadie!

Rant. (*Aparte.*) Tanto mejor!

Koll. No entiendo por qué rara casualidad han cambiado de plan.

Rant. (*Aparte sonriéndose.*) La casualidad! todos los necios creen en ella!

Fal. (*A él y á algunos soldados, señalando el cuarto de la izquierda.*) No queda mas que este cuarto.
Car. El mio? Señor!
Fal. No importa, no importa: entrad. (*Geler, Koller y algunos soldados se presentan en la puerta del cuarto, que se abre de repente, y aparece Eduardo.*)

ESCENA XI.

CAROLINA. EDUARDO. GELER. KOLLER. FALKLEND. RANTZAU.

Todos. (*Viendo á Eduardo.*) Cielos!
Car. Yo muero!
Eduar. Aqui estoy; yo soy el que buscais.
Fal. (*Irritado.*) Eduardo Burkenstaf en el cuarto de mi hija!
Gel. Tambien conjurado.
Eduar. (*Mirando á Carolina, que está próxima á desmayarse.*) Sí, tambien conjurado! (*Con energía avanzando hácia el medio de la escena.*) Sí, conspiraba!
Todos. Es posible!
Koll. Y yo no lo sabia...
Rant. Tambien él...
Koll. (*Aparte.*) Debe saberlo todo; si habla me compromete. (*Entre tanto Falklend ha hecho seña á Geler que se siente á la mesa de la izquierda y escriba. Se vuelve hácia Eduardo.*)
Fal. Dónde estan vuestros cómplices? quiénes son?
Eduar. No los tengo.
Koll. (*Bajo á Eduardo.*) Bravo! (*Se aleja rápidamente.*) (*Eduardo le mira con asombro y se acerca á Rantzau.*)
Rant. (*Aparte, haciendo un gesto de aprobacion á Eduardo.*) No es un vil este.
Fal. (*A Geler.*) Habeis escrito? (*Volviéndose á Eduardo.*) Sin cómplices, eh?... es imposible; los alborotos de que vuestro padre ha sido hoy causa ó pretesto, las armas que traeis, prueban un proyecto de que ya teniamos conocimiento; queriais atentar á la libertad de los ministros, á su vida tal vez, y semejante proyecto vos solo no podiais llevarle á cabo.
Eduar. Nada tengo que responder, y de mí no sabreis

nunca otra cosa sino que conspiraba contra vos! queria quebrantar el yugo vergonzoso que oprime al rey y á Dinamarca; sí, existen entre vosotros gentes indignas del poder, y cobardes, á quienes he desafiado en balde.

Gel. Sobre eso daré esplicaciones al consejo.

Fal. Silencio, Geler! Puesto que el señor Burkenstaf confiesa que estaba metido en una conspiracion.

Eduar. (*Con energía.*) Sí!

Car. (*A Falklend.*) Os engaña; es falso.

Eduar. Señorita, perdonad; debo de decir lo que digo; tengo á mucha honra el poderlo confesar en alta voz, (*Con intencion y mirándola.*) y dar asi al partido á quien sirvo esta última prueba de adhesion.

Koll. (*Bajo á Rantzau.*) Es hombre perdido, y su partido tambien.

Rant. (*Aparte y solo á la derecha del espectador.*) Todavia no; esta es ocasion de soltar á Burkenstaf; ahora que se trata de su hijo, fuerza será que se presente de nuevo; y esta vez veremos. (*Se vuelve hácia Falklend y Geler, que se han acercado á él.*)

Fal. (*Dando á Rantzau el papel que le ha entregado Geler, y dirigiéndose á Eduardo.*) Es esta vuestra última declaracion?

Eduar. Sí, he conspirado; sí, estoy pronto á firmarlo con mi sangre: no sabreis una palabra mas. (*Geler, Falklend y Rantzau parecen deliberar. Entretanto Carolina dice á Eduardo en voz baja.*)

Car. Os perdeis! Os cuesta la vida.

Eduar. (*Id.*) Qué te importa? no quedareis comprometida; os lo habia jurado.

Fal. (*Dejando de hablar con sus colegas, y dirigiéndose á Koller y á los soldados que estan detras de él les dice señalando á Eduardo.*) Prendedle.

Eduar. Vamos.

Rant. (*Aparte.*) Pobre mozo! (*Tomando un polvo.*) Esto va bien! (*Los soldados se llevan á Eduardo por el foro. Cae el telon.*)

ACTO CUARTO.

Habitacion de la reina-madre en el palacio de Cristiamborg. = Dos puertas laterales. Puerta secreta á la izquierda. = A la derecha un velador cubierto con un rico tapete.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA *á la derecha, sentada junto al velador.*

Nadie! nadie todavia! mi inquietud se aumenta por momentos; no entiendo este billete anónimo. (*Leyendo.*) «Á pesar de la contra-orden que habeis dado, uno de los conjurados fue preso ayer noche en el palacio de Falklend. Es el jóven Eduardo Burkenstaf. Haced por ver á su padre y ponedle en movimiento! no hay tiempo que perder.» Eduardo Burkenstaf preso como conspirador! Con que era de los nuestros! Entonces por qué Koller no me ha prevenido? No le he visto desde ayer; no sé qué es de él. Con tal que no esté tambien comprometido, es el único amigo con quien puedo contar; acabo de ver al rey; le he hablado; tenia confianza con él, pero su cabeza está mas débil que nunca; es todo lo mas si me ha conocido y me ha comprendido... y si ese jóven, intimidado por las amenazas, nombra á los gefes de la conspiracion, si me vende... mas no; es pundonoroso; tiene valor. Pero y su padre... su padre, que no viene, y que es mi única esperanza. Le he enviado á decir que no me traiga las telas que le he encargado; y ha debido comprenderme; en el dia nuestra suerte y nuestros intereses son los mismos! de nuestra armonía depende el éxito.

Un Ugier de la cámara. (*Entrando.*) El señor Berton Burkenstaf quiere presentar unas telas á V. M.

Reina. (*Con viveza.*) Que entre; que entre.

ESCENA II.

LA REINA. BERTON. MARTA *con telas debajo del brazo,* EL UGIER, *que permanece en el fondo.*

Bert. Ya ves, muger; no nos han hecho hacer antesala un solo instante.

Reina. Venid; os esperaba.

Bert. V. M. es demasiado amable! Me habeis hecho llamar á mí; pero yo me he tomado la libertad de traer á mi muger para que vea el palacio, y sobre todo el favor con que me honra V. M.

Reina. Poco importa si es de fiar. (*Al Ugier.*) Dejadnos. (*Vase.*)

Mart. Aqui tiene V. M.

Reina. No se trata de eso. Sabeis lo que pasa?

Bert. No señora; no he salido de mi casa. Por una casualidad que no hemos podido comprender estaba encerrado.

Mart. Y lo estaria todavia, á no ser por un aviso secreto que he recibido.

Reina. (*Con viveza.*) No importa. Os he llamado, Burkenstaf, porque necesito vuestros consejos y vuestro auxilio.

Bert. Es posible! (*A Marta.*) Ya lo oyes.

Reina. Esta es la ocasion de emplear vuestro influjo, de presentaros por fin.

Bert. V. M. cree...

Mart. Yo creo que es la ocasion de estarse quieto. Perdone V. M. pero demasiado ha dado ya que decir.

Bert. Callarás? (*La reina le hace señas que se modere, y va á mirar por el foro si los escuchan. Entretanto Berton prosigue á media voz, dirigiéndose á su muger.*) Eso es perjudicar mis ascensos, cortarme la suerte!

Mart. (*A media voz á su marido.*) Linda suerte! rotos nuestros muebles, nuestros géneros saqueados, seis horas de cárcel en un sótano!!

Bert. (*Fuera de sí.*) Marta! Pido mil perdones á V. M.— (*Aparte.*) Si yo hubiera sabido esto, me hubiera guardado muy bien de traerla. (*Alto.*) Qué exigis de mí?

Reina. Que unais vuestros esfuerzos á los mios para salvar nuestro pais oprimido, y devolverle la libertad.

Bert. Señora, todo el mundo me conoce; no hay cosa que yo no haga por la patria y por la libertad.

Mart. Y por ser nombrado burgo-maestre; porque esto es lo que deseas ahora.

Bert. Lo que deseo es que calles, ó sino...

Reina. Silencio.

Bert. (*A media voz*) Hablad, señora; hablad.

Reina. Koller, uno de los nuestros, os habia instruido ya de nuestros proyectos de ayer.

Bert. No señora.

Reina. Es posible? eso me asombra...

Bert. (*Con impaciencia.*) Y á mí... porque al fin, si el señor Koller es uno de los nuestros, me parece que yo era el primero con quien se debia contar.

Reina. Sobre todo despues de la prision de vuestro hijo.

Mart. (*Dando un grito.*) Preso, decis? mi hijo preso!

Bert. Se han atrevido á prender á mi hijo!

Reina. Qué? no lo sabeis?... está acusado de conspiracion. Su vida está en peligro; por eso os he llamado.

Mart. (*Corriendo hácia ella.*) Ah! eso es distinto; si yo hubiera sabido... perdonadme, señora... perdonadme... (*Llorando.*) mi hijo... hijo mio! (*A Berton con calor.*) La reina dice bien; es preciso salvarle.

Bert. Sí; es preciso sublevar el barrio; alborotar toda la ciudad.

Mart. Y te estás ahí? no estás ya en medio de nuestros amigos, de nuestros vecinos, de nuestros dependientes para provocarlos como ayer á la rebelion?

Reina. Eso es todo lo que os pido.

Bert. Entiendo, entiendo; pero es preciso deliberar...

Mart. Es preciso tomar las armas y correr á palacio... que me vuelvan mi hijo. (*Siguiendo á su marido, que retrocede algunos pasos hácia la derecha*) No eres hombre si sufres este ultrage, si tú y los habitantes de esta ciudad tolerais que arrebaten un hijo á su madre, que le sepulten sin razon en un calabozo, que derriben su cabeza; es interes de todos... es la causa del pais y de su libertad.

Bert. Hola! la libertad... tú tambien...

Mart. (*Fuera de sí.*) Sí, la libertad de mi hijo; poco me importa lo demas: yo no veo mas que esa, pero esa la lograremos.

Reina. En vuestras manos la teneis; yo os ayudaré con todo mi poder y todos los adictos á mi causa; pero moveos,

moveos por vuestra parte para derribar á Estruansé.
Mart. Sí señora, y para salvar á mi hijo: contad con nuestra adhesion.
Reina. Tenedme al corriente de cuanto hagais, y de los progresos de la sedicion. (*Señalando la puerta de la izquierda.*) Por una escalera secreta que da á los jardines podeis estar en comunicacion conmigo y recibir mis órdenes... alguien viene; partid.
Bert. Bien está; bien... pero si ademas me dijeseis lo que es preciso...
Mart. (*Arrastrándole.*) Es preciso seguirme... mi hijo nos espera... ven, ven pronto. (*A la reina.*) Pierda cuidado V. M.; yo os respondo de él y de la rebelion. (*Sale llevándose á su maaido por la puerta de la izquierda; al mismo tiempo aparece en el foro el Ugier.*)
Reina. Qué hay? qué quereis?
Ugier. Dos ministros vienen en nombre del consejo á hacer á V. M. una comunicacion importante.
Reina. (*Aparte.*) Cielos! qué será? (*Alto.*) Que entren. (*Se sienta.*)

ESCENA III.

EL CONDE DE RANTZAU. FALKLEND. LA REINA.

Fal. Señora, de ayer acá la tranquilidad de Copenhague se ha visto sériamente comprometida: varias veces se han manifestado grupos y se han proferido gritos sediciosos en distintos puntos; y ayer, por último, se ha tratado de llevar á cabo en mi misma casa un complot, cuyos gefes se ignoran, pero acerca de los cuales tenemos sospechas...
Reina. Creo en efecto, señor conde, que os sea mas facil tener sospechas que pruebas.
Rant. (*Con intencion y mirando á la reina.*) Verdad es que Eduardo Burkenstaf se obstina en callar... pero...
Fal. Obstinacion ó generosidad que le costará la vida. Entretanto, para ahogar en su origen esas sediciones, cuyos corifeos no quedarán impunes mucho tiempo, venimos en nombre del gobierno á intimaros la orden de no salir de este palacio.
Reina. A mí? y con qué derecho?

Fal. Con un derecho que no teniamos ayer, y que hoy nos abrogamos. Una conspiracion descubierta le da fuerza á un gobierno. Estruansé, que vacilaba todavía, se ha decidido por fin á adoptar las medidas enérgicas propuestas por mí: el que da pronto, da dos veces. Y por consiguiente, no se juzgarán ya los delitos de Estado por los tribunales ordinarios, sino por el consejo de regencia, único tribunal competente: alli se está decidiendo ahora la suerte de Eduardo Burkenstaf, entre tanto que hacemos comparecer reos de mas alta categoría.

Reina. Señor conde!

ESCENA VI.

RANTZAU. GELER. FALKLEND. LA REINA. (*Geler entra por el fondo con varios papeles en la mano, saluda á la reina, y se dirige á Falklend sin ver á Rantzau, que está detras de él.*)

Gel. Aqui está el decreto del consejo que acabo de espedir en calidad de secretario, y al cual solo faltan dos firmas.

Fal. Bien.

Gel. (*Con aturdimiento y enseñando otros papeles.*) Aqui está tambien, segun me habeis encargado, el proyecto de decreto para la exoneracion de...

Fal. (*En voz baja señalando á Rantzau.*) Silencio!

Gel. (*Aparte.*) Es verdad; no le habia visto. (*Mirando á Rantzau, cuya fisonomía ha permanecido impasible.*) No lo ha oido; ni se le pasa por la imaginacion.

Fal. (*Recogiendo los papeles.*) La sentencia de Eduardo Burkenstaf. (*Leyendo.*) Condenado!

Reina. Condenado!

Fal. Si señora, é igual suerte espera en lo sucesivo á cualquiera que se atreva á imitarle.

Gel. He encontrado tambien una diputacion de magistrados y consejeros del tribunal supremo: quejosos de que el consejo de regencia entienda en la causa de Eduardo Burkenstaf, en perjuicio, segun dicen, de sus atribuciones, venian á representar al rey, y cuentan para este paso con V. M.

Fal. Ya lo veis, señora; todos los descontentos hacen causa comun con vos.

Reina. Y gracias á vuestro cuidado, mi corte se aumenta diariamente.

Fal. (*A la reina.*) No quiero negar á V. M. el placer de esta entrevista. (*A Geler.*) Decid que entren; les daremos audiencia en vuestra presencia.

ESCENA V.

RANTZAU. EL PRESIDENTE. CUATRO CONSEJEROS. GELER. FALKLEND, *cerca de la reina.*

Fal. Señores, sé el motivo que os trae; nos hemos visto precisados á alterar el curso natural de la justicia, bien á nuestro pesar, para evitar, por medio de un castigo rápido, escenas semejantes á las pasadas.

Presid. (*Con voz firme.*) Perdonad, señor; cuando el Estado está en peligro, cuando el orden público está amenazado, debe pedir á la justicia y á las leyes un apoyo contra la rebelion y no apoyarse en la rebelion para derribar la justicia.

Fal. (*Con altanería.*) Cualquiera que sea vuestra opinion en el particular, debo recordaros, señores, que estamos en un pais donde nadie puede usar semejante lenguaje con el gobierno; os aconsejo que empleeis vuestro ascendiente sobre el pueblo en exhortarle á la sumision; de otra suerte, que no culpe á nadie de las desgracias que pudieren sobrevenir. Esta noche han entrado tropas en la capital; la guardia del palacio está confiada al coronel Koller, quien tiene orden de repeler la fuerza con la fuerza; y para probar á todos que nada puede intimidarnos, Eduardo Burkenstaf, hijo de ese comerciante rebelde á quien habiamos perdonado, Eduardo Burkenstaf, convencido por su propia confesion de conspirador contra el consejo de regencia, acaba de ser condenado á muerte, y su sentencia es lo que firmo. (*A Rantzau.*) Conde de Rantzau, solo falta vuestra firma.

Rant. (*Friamente.*) No la daré.

Todos. Cómo?

Fal. Por qué?

Rant. Porque la sentencia me parece injusta, asi como la determinacion de quitarle al tribunal supremo las atribuciones que de derecho le corresponden.

Fal. Señor conde!

Rant. Esa es al menos mi opinion; desapruebo todas esas medidas; estan en contradiccion con mi conciencia, no firmaré.

Fal. Pero eso debierais haberlo dicho en el consejo.

Rant. En todas partes se debe protestar contra la injusticia.

Gel. En esos casos, señor conde, da uno su dimision.

Rant. Ayer me era imposible; estabais en peligro; hoy sois poderosos, nada se os opone; puedo retirarme sin bajeza; y en cuanto á esa dimision que el caballero Geler parece desear con tanta impaciencia...

Fal. Daré cuenta á la regencia, que la admitirá.

Gel. La aceptaremos.

Fal. Señores, me parece que me habreis entendido... podeis retiraros.

Presid. (*A Rantzau.*) No esperábamos menos de vos, señor conde; os damos las gracias en nombre de la patria. (*Vase con los consejeros.*)

Fal. Voy á dar cuenta á Estruansé de una conducta tan inesperada.

Rant. Pero tan de vuestro gusto.

Fal. (*Saliendo.*) Venis conmigo, Geler?

Gel. Ahora mismo. (*Acercándose á Rantzau con aire bufon.*) Quisiera antes...

Rant. Darme las gracias?. No hay de qué... ya sois ministro.

Gel. De todos modos lo hubiera sido. (*Enseñándole los papeles que conserva en la mano.*) Habia tomado mis medidas. (*Estregándose las manos.*) No os dije que os derribaria?

Rant. (*Sonriéndose.*) Cierto. Señor baron, no quiero entreteneros; daos prisa, ministro de un dia!

Gel. (*Sonriéndose.*) Ministro de un dia?

Rant. Quién sabe?.. puede ser que dure menos todavia. Por lo mismo sentiria mucho robaros un solo instante de poder. Los minutos son preciosos.

Gel. Sea! (*Aparte.*) Magnífico! ya estan todos aterrados y confundidos. (*Saluda á la reina y vase.*)

ESCENA VI.

LA REINA *asombrada*. RANTZAU.

Rant. (*Aparte.*) Ah! Ah! Mis amados colegas estaban decididos á destituirme; los he ganado por la mano, y ahora veremos.

Reina. No vuelvo en mí de mi asombro. Vos, Rantzau, dar vuestra dimision!

Rant. Por qué no? Hay momentos en que un hombre de honor debe dar la cara.

Reina. Pero os perdeis.

Rant. No señora; es gran cosa una dimision oportuna: (*Aparte*) es un anzuelo. (*Alto.*) Por otra parte, si he de confesaros mi debilidad, yo, hombre de Estado, que me creía al abrigo de toda sensacion, me siento inclinado á ese pobre Eduardo; me ha indignado la conducta que con él han observado... y sobre todo, sus procederes para con V. M. han acabado de decidirme.

Reina. Atreverse á arrestarme en palacio!

Rant. Si no fuese mas que eso...

Reina. Cómo? tienen otros proyectos? los sabeis?

Rant. Sí señora; y ahora que ya no soy miembro del consejo, mi amistad puede revelároslos. Eduardo no es el único preso. Otros dos agentes subalternos... Herman y Gustavo...

Reina. Dios mio!.. han descubierto... ese pobre Koller estará comprometido!

Rant. No señora; ese pobre Koller es el primero que os ha abandonado, que os ha vendido.

Reina. No es posible!

Rant. La prueba... es que tiene ahora mas favor que nunca... que le han confiado la guardia de palacio; y cuando yo os decia ayer: no os fieis de él, que os venderá...

Reina. De quién podrá uno fiarse, Dios mio?

Rant. De nadie!.. algun dia adquiriréis esa triste esperiencia. Con pretesto de la causa que ahora fingirán formaros para cubrir las apariencias, estan resueltos á encerraros en un castillo para toda vuestra vida. Esta noche misma deben llevaros, y el encargado de ejecutar esa órden... qué digo? él que lo ha solicitado... es Koller.

Reina. Qué horror!

Rant. Debe venir aqui al anochecer.

Reina. Koller!.. semejante ingratitud... y sabeis que tengo medios de perderle, que tengo cartas suyas.

Rant. (*Sonriéndose.*) Sí, eh? ahora comprendo por qué tenia tanto interes en encargarse de vuestro arresto; queria sorprender vuestros papeles, y no remitir al consejo sino los que le pareciesen convenientes.

Reina. (*Que ha abierto un mueble y cogido unas cartas que presenta á Rantzau.*) Tomad... tomad... si sucumbo, tenga al menos el consuelo de derribar su cabeza.

Rant. (*Cogiendo con viveza las cartas y metiéndolas en la faltriquera.*) Y qué hariais, señora, con la cabeza de Koller? Aqui no se trata de vengarse, sino de triunfar.

Reina. Triunfar? y cómo? Todos mis amigos me abandonan, escepto uno solo, una mano desconocida, tal vez la vuestra, que me ha aconsejado que me entienda con Berton Burkenstaf.

Rant. Yo! Señora!

Reina. (*Con viveza.*) En fin, creeis que logre sublevar al pueblo?

Rant. El solo, no señora.

Reina. Pues ayer bien lo consiguió.

Rant. Por eso mismo no lo podrá hacer hoy; la autoridad está prevenida; está en guardia; ha tomado sus medidas; por otra parte, ese Berton es incapaz de obrar por sí solo; es un instrumento; una máquina, una palanca; dirigida por un brazo hábil y poderoso, puede haceros grandes servicios, pero siempre que él mismo ignore para quién y cómo... si raciocina, si se mete á comprender, ya no sirve para nada.

Reina. Qué puedo hacer entonces?.. Rodeada de enemigos y de lazos, sin auxilios, sin apoyo, amenazada mi libertad y acaso mi vida, es fuerza resignarme con mi suerte y saber morir. La condesa triunfa... y mi causa es una causa perdida.

Rant. (*Friamente.*) Os equivocais; nunca ha estado mas ganada.

Reina. Qué decís?

Rant. Ayer nada se podia hacer, porque no teniais de vuestra parte mas que un puñado de intrigantes, y conspirabais sin objeto y á la buena ventura. Hoy teneis en vuestro

favor la opinion pública, los magistrados, todo el pais, á quien se insulta, se ultraja y se pretende tiranizar, quitándole sus derechos. Vos la defendeis, y él defiende los vuestros. Nuestro rey Cristiano se ve despojado de su autoridad; vos y Eduardo Burkenstaf estais condenados contra toda ley; el pueblo se pronuncia siempre por los oprimidos: vos lo sois en este momento... á Dios gracias; es una ventaja, de que es preciso aprovecharse.

Reina. Pero de qué manera? el pueblo no puede ayudarme.

Rant. No hagais cuentas con él; pero vivid segura en todo evento de tenerle por aliado.

Reina. Y si mañana Estruansé me ha de prender, cómo impedírselo?

Rant. (*Sonriéndose.*) Prendiéndole á él esta noche.

Reina. (*Asombrada.*) Os atrevierais.

Rant. (*Friamente.*) No se trata aqui de mí, sino de V. M.

Reina. Qué quereis decir?

Rant. En primer lugar: estais bien persuadida, como lo estoy yo, de que en las circunstancias presentes no os queda mas esperanza, ni otra alternativa que la regencia ó una prision perpetua?

Reina. Lo creo firmemente.

Rant. Con semejante certeza todo se puede intentar; lo que en otro caso sería temeridad, viene á ser en esta prudencia. (*Con calma y señalando la puerta de la izquierda.*) Esta puerta no da al cuarto del rey?

Reina. Sí; acabo de verle: está solo, abandonado de todos: en el estado casi de la infancia.

Rant. Entonces, y puesto que podeis todavia entenderos con él, facil os seria obtener.

Reina. Quién lo duda?.. pero para qué? de qué servirá la orden de un rey sin poder.

Rant. (*A media voz, pero con energía.*) Consigámosla, y despues se verá.

Reina. Y vos despues os movereis?...

Rant. Yo no.

Reina. Quién, pues?

Rant. (*Deteniéndose.*) Llaman.

Reina. (*A media voz.*) Quién?

Bert. (*De fuera.*) Yo, Berton de Burkenstaf.

Rant. (*A media voz.*) Perfectamente: ese es el hombre que necesitais para ejecutar vuestras órdenes, él y Koller.

Reina. Koller?

Rant. No es necesario que me vea; hacedle esperar aqui un momento, y venid á buscarme.

Reina. Adónde?

Rant. (*A media voz.*) Alli!

Reina. A la antecámara del rey! (*Rantzau sale.*)

ESCENA VII.

BERTON. LA REINA.

Bert. (*Entrando misteriosamente.*) Soy yo, señora, que no tengo nada que participar á V. M., y que vengo por lo mismo á consultar...

Reina. (*Con viveza.*) Bien! Bien! El cielo os envia. Esperad aqui, y no salgais: esperad las órdenes que voy á daros, y que debereis ejecutar inmediatamente.

Bert. (*Inclinándose.*) Sí señora. (*La reina se entra por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

BERTON.

No vendrá mal esto: sabré al menos lo que debo hacer; porque todo pesa sobre mí, y no sé á qué atenerme; Nuestro amo, dónde hemos de ir?.. nuestro amo, qué hemos de decir? nuestro amo, qué hemos de hacer?... Qué diablos sé yo! les respondo siempre... esperad... no se pierde nada en esperar... pueden ocurrir ideas... al paso que si uno se precipita...

ESCENA IX.

JUAN. BERTON. MARTA.

Berton. (*A Juan y Marta que entran por la puerta de la izquierda.*) Qué hay?

Juan. (*Tristemente.*) Esto va mal, todo está tranquilo!

Mart. Las calles están desiertas, las tienda cerradas; por mas que los artesanos que hemos puesto en movimiento han gritado *viva Burkenstaff!* nadie ha respondido!

Bert. Nadie, esto es inconcebible! vea usted! unas gentes que me adoraban ayer... que me llevaban en triunfo, y hoy permanecen en sus casas!

Juan. Y cómo diablos han de salir? Hay soldados y patrullas en todas las calles.

Bert. De veras?

Juan. Las puertas de nuestros talleres estan custodiadas por piquetes de caballeria.

Bert. Dios mio!

Mart. Y los primeros artesanos que han tratado de levantar la cabeza han sido presos al momento.

Bert. (*Espantado.*) Eso es otra cosa... Oidme, yo no sabia nada de eso. Yo le diré á la reina-madre: Señora, lo siento mucho; pero nadie está obligado á hacer imposibles, y me parece que lo mejor que podemos hacer es volvernos á nuestras casas.

Mart. Ni aun eso podemos ya; nuestra casa está allanada; varios piquetes se han acuartelado en ella: todo lo han saqueado, y si en este momento te presentases, hay orden de prenderte, y acaso...

Bert. Pero eso es espantoso, es una arbitrariedad.... una... Y dónde nos esconderemos ahora?

Mart. Escondernos? Cuando mi hijo está en peligro, cuando dicen que acaban de condenarle?

Bert. Es posible?

Mat. Tú lo has querido; tú nos has metido en esto; á tí te toca ver como nos sacas; es preciso moverse, hacer algo.

Bert. Eso quisiera yo... pero cómo?

Juan. Los trabajadores del puerto, los marineros noruegos están libres; esos no temen á nadie; y en dándoles oro....

Mart. Dices bien, oro, oro, todo el que tenemos, tenemos oro todavia; lo hemos podido salvar. Cuanto tenemos.

Bert. Pero advierte...

Mart. Dudas todavia?

Bert. No; no dudo precisamente; no digo que no... pero no digo tampoco que sí.

Juan. Pues entónces qué decís, nuestro amo?

Bert. Digo que es preciso esperar.

Mart. Esperar! Y quién os impide tomar un partido?

Juan. Sois el gefe del pueblo.

Bert. (*Encolerizado.*) Pues ya se ve! voto va! soy el gefe del pueblo? y nadie me dice una palabra; no se me comunica una orden... esto es inconcebible!

ESCENA X.

Dichos y el UGIER.

Ugier. (*Dando un pliego á Burkenstaf.*) Al señor Berton Burkenstaf, de parte de la reina.

Bert. De la reina! ah, qué fortuna! (*Al Ugier que se va.*) gracias amigo, hé aqui lo que esperaba para poner esto en movimiento.

Mar. y Juan. Qué es?

Bert. Silencio! no os lo decia; pero estaba asi concertado con la reina; teniamos acá nuestro plan.

Mar. Eso es otra cosa.

Bert. Veamos: en primer lugar... (*Leyendo aparte.*) «Mi querido Berton,—Bravo!—Os confio, como á gefe del pueblo, esta orden del rey...»—Del rey! es posible?—«Vos mismo os encargareis de que quede entregada.»—Por supuesto! Vaya!—«Hecho lo cual, y sin entrar en ningun detalle ni declaracion, os retirareis, saldreis del palacio, y os mantendreis oculto.»—Se hará todo esactamente.—«Y mañana al amanecer si veis ondear el pabellon real sobre las torres de Cristiamborg, recorred la ciudad acompañado de los amigos de que podais disponer, gritando; Viva el rey!»—Ya está todo dicho.—Romped en el acto este billete.» (*Rompiéndole.*) Ya está hecho.

Mar. y Juan. Y bien? qué hay?

Bert. Silencio, muger, silencio! los secretos de Estado no os importan; básteos saber por ahora que sé lo que tengo que hacer. A ver... veamos... (*Cogiendo el pliego cerrado.*) «A Berton Burkenstaf, para entregar al general Koller.»

Mar. Koller!

Bert. Quién diablos es este? Ah! ya sé... uno de los nuestros, de quien nos hablaba la reina esta mañana... no te acuerdas?

Mar. Es verdad.

Bert. Pronto lo recibirá. Por lo que á nosotros toca, debe-

mos salir de aqui con el mayor secreto, y mantenernos escondidos toda la noche.

Mar. Qué dices?

Ber. Silencio he dicho; es nuestro plan. (*A Juan.*) Tú, esta noche, reunirás á los marineros noruegos de que nos hablabas; les darás oro; mucho oro; luego me lo pagarán, en honores y dignidades... al amanecer vendreis todos á reuniros conmigo, y entonces...

Mar. Se salvará de esa manera á nuestro hijo.

Bert. Brava pregunta!... Sí, muger, sí; de esa manera se salvará, y yo seré consejero, tendré un gran destino.... gordo, gordo... y Juan tambien... otro mas pequeño.

Juan. Cuál? á ver?

Bert. Por el pronto yo te prometo algo... Pero estamos perdiendo un tiempo precioso, y tengo tantas cosas en la cabeza! Cuando uno tiene que hacerlo todo... no sabe uno por donde empezar. Ah! lo primero es esta carta para el señor Koller. Venid conmigo; seguidme.

ESCENA XI.

JUAN. MARTA. BERTON. KOLLER.

Koller. (*Viendo á Berton.*) Qué veo qué haceis aqui? quién sois?

Bert. Qué os importa? Estoy en la cámara de la reina, y estoy en ella de orden suya. Y vos quién sois para interrogarme?

Koll. El coronel Koller.

Bert. Koller!... Qué fortuna! Y yo soy Berton Burkenstaf, gefe del pueblo.

Koll. Y os atreveis á poner los pies en este palacio despues de dada la orden de vuestra prision?

Mar. Cielos!

Bert. Muger, no tengas cuidado. (*A Koller á media voz.*) Sé que con vos estoy seguro; somos de la misma camada.... nos entendemos... sois de los nuestros.

Koll. (*Con desprecio.*) Yo!

Bert. (*A media voz.*) Hé aqui la prueba: un pliego que tengo encargo de entregaros de parte del rey.

Koll. Del rey! Es posible?... qué significa esto? (*Recorre la carta.*) Cielos! esta orden!...

Bert. (*A su muger.*) Qué tal? Le ha hecho efecto?

Koll. Cristiano! es de su puño... indudablemente... su firma... Podreis esplicarme, caballero, por qué casualidad...

Bert. (*Gravemente.*) No entraré en ningun detalle ni aclaracion; es la orden del rey; ya sabeis lo que teneis que hacer, y yo tambien; me voy.

Mart. (*Deteniéndole.*) Berton, pero... qué dice ese papel?

Bert. No te importa: no puedes saberlo. (*A su muger y á Juan.*) Vamos.

Juan. Tendré un destino... oh! y bueno! de lo contrario.... os sigo, nuestro amo. (*Vanse por la izquierda, escalera secreta.*)

ESCENA XII.

RANTZAU *entra por la izquierda,* KOLLER *en pie pensativo con la carta en la mano.*

Koll. Dios mio! El conde Rantzau!

Rant. Parece que el señor coronel está muy meditabundo.

Koll. (*Llegando á él.*) Vuestra presencia, señor conde, me colma ahora mas que nunca de placer, y podeis asegurar al consejo de regencia.

Rant. No soy del consejo ya; he dado mi dimision.

Koll. (*Asombrado y aparte.*) Su dimision!... es decir que el otro partido va de capa caida! (*Alto.*) Tanto me sorprende eso como la orden que acabo de recibir.

Rant. Una orden? y de quién?

Koll. (*A media voz.*) Del rey.

Rant. No es posible.

Koll. Precisamente en el momento en que, cumpliendo con la orden del consejo, venia á prender á la reina-madre, el rey, que tanto tiempo ha no se metia en asuntos del gobierno, ni en negocios de Estado, el rey, que habia depositado al parecer toda su autoridad en el primer ministro, me manda, á mí Koller, su fiel vasallo, que prenda esta noche misma á Estruansé y á su muger.

Rant. (*Friamente examinando el papel.*) Es la firma de nuestro único y legítimo soberano Cristiano VII, rey de Dinamarca.

Koll. Y qué os parece?

Rant. Eso iba yo á preguntaros: porque al fin, la orden no se dirige á mí, sino á vos.

Koll. (*Inquieto.*) Cierto; pero en la alternativa de haber de

obedecer al rey ó al consejo de regencia, qué hariais vos en mi lugar?

Rant. Qué haria yo?... En primer lugar no pediria consejos á nadie.

Koll. Obrarias; pero en qué sentido?

Rant. (*Friamente.*) Eso es cuenta vuestra. Como vuestro interes es el que os guia constantemente, meditadlo, calculadlo todo, y ved cuál de los dos partidos os ofrece mas ventajas.

Koll. Señor conde!

Rant. Creo que eso es lo que me preguntais, y yo empezaria por aconsejaros que leyeses con detencion el sobre de esa carta; dice, si no me engaño: «al general Koller.»

Koll. (*Aparte.*) Al general! Ese título que tantas veces me ha negado. (*Alto.*) Yo general!

Rant. (*Con dignidad.*) Nada mas justo; un rey premia á los que le sirven, asi como castiga á los que le desobedecen.

Koll. (*Lentamente y mirándole.*) Para premiar y castigar es preciso tener poder: lo tiene?

Rant. (*En el mismo tono.*) Quién os ha entregado esa orden?

Koll. Berton Burkenstaf, que se llama gefe del pueblo.

Rant. Eso podria probar que esiste en el pueblo un partido dispuesto á pronunciarse, y con el cual podriais contar.

Koll. (*Vivamente.*) Vuecencia puede asegurármelo?

Rant. (*Friamente.*) Nada tengo que deciros; vos no sois amigo mio. Yo no lo soy vuestro; no tengo necesidad de trabajar para vuestro engrandecimiento.

Koll. Entiendo... (*Despues de una pausa y acercándose á Rantzau.*) Como fiel vasallo, quisiera obedecer las órdenes del rey, en primer lugar es mi deber; pero y los medios de ejecucion?...

Rant. (*Lentamente.*) Facilísimos: la guardia del palacio os está confiada; disponeis vos solo de los soldados...

Koll. (*Vacilando.*) Si; pero y si sale mal?

Rant. Y bien? qué puede suceder?

Koll. Nada; que mañana Estruansé me haga ahorcar ó fusilar.

Rant. (*Volviéndose con firmeza.*) Eso es lo que os detiene?

Koll. (*Id.*) Eso.

Rant. (*Id.*) No teneis ningun otro reparo?

Koll. Ninguno.

Rant. En ese caso, tranquilizaos; de todos modos eso no puede dejar de sucederos.

Koll. Qué quereis decir?

Rant. Que si mañana Estruansé es poderoso todavia, os hará prender y condenar en veinte y cuatro horas.

Koll. Con qué pretesto? Por qué delito?

Rant. (*Enseñándole cartas, que vuelve á guardar inmediatamente.*) No bastan estas cartas escritas por vos á la reina-madre, estas cartas que encierran la primera idea del complót que debe estallar hoy, y en las cuales verá Estruansé que ayer mismo en el acto de servirle le vendiais.

Koll. Señor conde, quereis perderme?

Rant. No por cierto; de vos pende que estas pruebas de vuestra traicion se conviertan en pruebas de fidelidad.

Koll. De qué manera?

Rant. Obedeciendo á vuestro soberano.

Koll. (*Furioso.*) Pero en fin, estais por el rey? Obrais en su nombre?

Rant. (*Con altaneria.*) No tengo que daros cuenta de mis acciones; no me hallo en vuestro poder, y vos estais en el mio; cuando os oí ayer denunciar al consejo á unos desgraciados de quienes erais cómplice, nada dije, no os arranqué la máscara: os protegí al contrario con mi silencio; me convenia asi entonces; en el dia ya no me conviene; y puesto que me habeis pedido consejos os quiero dar uno. (*Con tono importante y á media voz.*) Ejecutad las órdenes de vuestro rey: prended esta misma noche, en medio del baile que se dispone, á Estruansé y á la condesa, ó sino...

Koll. (*En la mayor agitacion.*) Enhorabuena: decidme únicamente que esta causa es la vuestra en lo sucesivo; que sois uno de los gefes, y acepto.

Rant. Eso es cuenta vuestra. Esta noche el castigo de Estruansé, ó el vuestro mañana. Mañana sereis general, ó fusilado; escoged. (*Da un paso para salir.*)

Koll. (*Deteniéndole.*) Señor conde!...

Rant. Qué resolveis, coronel?

Koll. Obedeceré.

Rant. Bien! (*Con intencion.*) Adios, general! (*Vase por la izquierda y Koller por el foro.*)

ACTO QUINTO.

Salon del palacio de Falklend.—A cada lado una gran puerta; en el fondo otras y dos vidrieras de otros tantos balcones.—A la izquierda en primer término una mesa, y recado de escribir.—Sobre la mesa dos bugías encendidas.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA *envuelta en una capa y debajo un trage de baile.*
FALKLEND.

Fal. (*Dando un abrazo á su hija.*) Cómo estais ya?
Car. Gracias, señor; estoy mejor.
Fal. Tu estraordinaria palidez me habia asustado; creí que te caias en medio del baile, delante de todo el mundo.
Car. Ya sabeis que yo hubiera preferido estarme aqui; pero vos, á pesar de mis ruegos, habeis querido que fuese.
Fal. Cierto: qué no se hubiera dicho de tu ausencia? No era bastante que se hubiese enterado ayer todo el mundo de tu turbacion cuando encontraron en casa á ese joven? No era cosa, me parece, de que creyesen las gentes que tus penas te impedirian asistir á la fiesta.
Car. Padre mio!
Fal. Que estaba por cierto magnífica. Qué lujo! Qué suntuosidad! Qué multitud! No necesito mas pruebas de la seguridad, de la firmeza de nuestro poder: por fin hemos fijado la suerte; nunca ha estado la condesa mas seductora; se veia brillar en sus ojos el orgullo del triunfo! A propósito, has reparado en el baron de Geler?
Car. No señor.
Fal. Cómo no? Ha abierto el baile con la condesa, y parecia todavia mas satisfecho de esta predileccion que de su nueva dignidad de ministro; pórque, le han nombrado... Sucede inmediatamente al conde de Rantzau, que á fuer de hábil nos deja, y se va cuando viene la fortuna.
Car. No son muchos capaces de hacer otro tanto.
Fal. Sí; siempre le ha gustado singularizarse! asi es que no le hemos tomado por eso ningun rencor. Que se reti-

re, que haga sitio á otros; ha concluido, y la corte, que teme su talento, se ha considerado muy afortunada en darle un sucesor.

Car. A quien no teme.

Fal. Precisamente! á un caballero amable y galante como mi yerno!

Car. Vuestro yerno!

Fal. (*Con severidad y mirando á Carolina.*) Sin duda.

Car. (*Con timidez.*) Mañana os hablaré, señor, acerca del baron.

Fal. Y por qué no ahora mismo?

Car. Es tarde; la noche está muy adelantada; y ademas, no estoy enteramente restablecida de la conmocion que he esperimentado.

Fal. Pero, cuál ha sido la causa de esa conmocion?

Car. Ah! eso sí puedo decíroslo. Nunca me he hallado tan sola ni tan aislada como en esa fiesta, y al notar la alegría que brillaba en todos los semblantes, no podia creer que á algunos pasos de alli seres desgraciados gemian acaso entre cadenas... Perdonadme, padre mio; esta idea era superior á mis fuerzas, y me perseguia por todas partes. Cuando el marqués de Osten se acercó á Estruansé, que estaba á mi lado, y le habló al oido, no entendí bien lo que dijo; pero Estruansé parecia estar impaciente, y por fin se levantó diciendo: «Es tiempo perdido, señor marqués: no puede haber piedad para los delitos de alta traicion; no lo olvideis.» El marqués entonces se inclinó, respondiéndole: «No lo olvidaré, escelentísimo señor, y acaso no tardaré en tener ocasion de recordároslo.»

Fal. Qué insolencia?

Car. Este incidente habia reunido algunas personas á nuestro alrededor, y oí confusamente estas palabras: «El ministro tiene razon: es preciso hacer un ejemplar.» «Sí; decian otros, pero condenarle á muerte!...» Condenarle! al oir esta palabra, un frio mortal se difundió por mis venas; se me puso un velo delante de los ojos, y sentí que mis fuerzas me abandonaban.

Fal. Felizmente estaba yo cerca de tí.

Car. Si; era un terror absurdo y quimérico, lo conozco; pero qué quereis? Encerrada hoy todo el dia en mi cuarto, á nadie habia visto, ni preguntado... Hay un nombre

que no me atrevo á pronunciar en vuestra presencia, pero... no es verdad que él no tiene por qué temer?
Fal. Seguramente... que no... tranquilízate.
Car. Eso he dicho yo... es imposible... por otra parte, le prendieron ayer, no pueden haberle condenado hoy, y los pasos que habrán dado los suyos, y vuestra influencia misma, padre mio...
Fal. Por supuesto: como tú has dicho muy bien, mañana, querida mia, hablaremos de eso. Me retiro, te dejo.
Car. Volveis al baile?
Fal. No: he dejado en él á Geler, que hará nuestras veces perfectamente, y que bailará probablemente toda la noche... No puede tardar mucho en amanecer; ya no me acuesto; voy á mi despacho á trabajar. Hola! *(Jorge aparece en el fondo, y otro criado que toma una bugia.)* Vamos, hija mia, valor, ánimo. Buenas noches, buenas noches. (*Sale seguido de un criado.*)

ESCENA II.

CAROLINA. JORGE.

Car. Respiro! me habia asustado sin razon; se trataria de otro sin duda. Ah! se me figura que todos deben estar como yo, y no pensar mas que en él.
Jor. Señorita...
Car. Qué hay Jorge?
Jor. Hace gran rato que está ahí esperando una muger que dá lástima por cierto. Dice que aunque le cueste esperar toda la noche, está resuelta á no salir de la casa sin haber hablado á la señorita privadamente.
Car. A mí?
Jor. Me ha suplicado que os pase el recado.
Car. Que entre! aunque estoy muy cansada, la recibiré.
Jor. (*Que ha ido á buscar á Marta.*) Aqui tiene usted, buena señora... aqui está la señorita: despachaos, que es tarde. (*Vase.*)

ESCENA III.

MARTA. CAROLINA.

Mart. Mil perdones, señorita, por atreverme á estas horas...

Car. Señora Burkenstaf... (*Corriendo á ella y cogiéndole las manos.*) Ah! Cuánto me alegro de haberos recibido... qué dichosa soy cuando os veo. (*Aparte con alegria y ternura.*) Es su madre! (*Alto.*) Venis á hablarme de Eduardo?

Mart. Ah! Señorita, en medio de mi desesperacion, puedo hablar por ventura de otra cosa que de mi hijo... de mi pobre hijo? vengo de verle.

Car. (*Con viveza.*) Le habeis visto?

Mart. (*Llorando.*) Vengo de abrazarle, señorita... por la última vez!

Car. Qué decís?

Mart. Le han notificado esta tarde su sentencia.

Car. Qué sentencia? qué quiere decir eso?

Mart. (*Con alegria.*) Lo ignorábais, señora? Ah! tanto mejor! de otra suerte no hubiérais estado en ese baile, no es verdad? Por elevada que sea vuestra clase, por grande que fuera el compromiso, no habríais podido divertiros cuando el que tanto os ha querido está condenado á muerte...

Car. (*Dando un grito.*) Ah! (*Con delirio.*) Con que decian la verdad! hablaban de él... y mi padre me ha engañado. (*A Marta.*) Le han condenado!

Mart. Sí, señorita. Estruansé lo ha firmado, la condesa lo ha consentido. Podeis concebirlo, señora? y es madre sin embargo! tiene un hijo!

Car. Serenaos, señora; yo tengo alguna esperanza todavia.

Mart. Yo pongo en vos todas las mias. Mi marido tiene proyectos que no quiere esplicarme; no debiera deciros... pero vos no me vendereis; entretanto no se atreve á presentarse; está escondido; sus amigos no darán la cara, ó la darán muy tarde; y yo, en medio de mi dolor, qué puedo intentar? Qué puedo hacer? Si todo se redujese á morir... nada os pediria, ya estaria mi hijo en libertad. He corrido á su calabozo, he dado tanto oro, que los he reducido á que me vendiesen el placer de abrazarle; le

he estrechado contra mi corazon; le he hablado de mi desesperacion, de mis temores... Pero ah! él no me ha hablado sino de vos!

Car. Eduardo!

Mart. Sí señora; el ingrato, al consolarme, pensaba en vos. «Espero, me decia, que ignorará mi suerte, que no sabrá nada, porque felizmente será al amanecer... al rayar el dia.»

Car. El qué?

Mar. *(Con delirio.)* No os lo he dicho, señora? ó no lo habeis adivinado por mi desesperacion. Dentro de poco, de aqui á algunos instantes, es cuando van á matar á mi hijo.

Car. A matarle!

Mart. Sí; á matarle, sí, ahí, en esa plaza; debajo de vuestros balcones le van á conducir. Entonces en el delirio que se apoderó de mi alma, me desasí de sus brazos, y desoyendo sus ruegos, he corrido aqui para deciros: Le van á matar... amparadle... pero vos no estábais aqui, y he esperado... Ah! qué horrible suplicio! Considerad si habré sufrido contando los minutos de esta noche que deseaba y temia abreviar! pero ya estais aqui; ya os veo; vamos juntas á arrojarnos á los pies de vuestro padre, á los pies de la condesa; ella lo puede todo; pediremos el perdon de mi hijo.

Car. Os lo prometo.

Mart. Vos le direis que no es culpable; no lo es, y os lo juro; nunca ha pensado en complot ni en rebeliones: nunca ha pensado en conspirar; él no pensaba en nada sino en amaros!

Car. Lo sé, lo sé, y su amor es lo que le ha perdido: por mí, por salvarme moriria... Oh! no; no puede ser, tranquilizaos; yo os respondo de su vida.

Mart. Es posible!

Car. Sí señora, sí; una persona quedará perdida, pero no será él.

Mart. Qué quereis decir?

Car. Nada!... nada!... Volveos á vuestra casa; partid; dentro de algunos instantes obtendrá su perdon; se salvará! descuidad en mi zelo.

Mart. *(Vacilando.)* Pero sin embargo.

Car. En mi palabra... En mis juramentos.

Mart. Pero.

Car. (*Fuera de sí.*) Pues bien, en mi ternura... en mi amor! Me creeis ahora?

Mart. (*Asombrada.*) Cielos! Sí señorita, sí... ya no tengo miedo. (*Dando un grito y señalando á la vidriera.*) Ah!

Car. Qué teneis?

Mart. Se me figuró que amanecia! No; á Dios gracias es noche todavía. Dios proteja y os pague algun dia lo dichosa que me haceis, á Dios, á Dios!.. (*Vase.*)

ESCENA IV.

CAROLINA *agitada.*

Diré la verdad; diré que no es culpable; publicaré á gritos que se ha acusado á sí mismo para no comprometerme, y para salvar mi reputacion. Y yo. (*Deteniéndose.*) Oh! yo perdida! deshonrada para siempre... Y qué? de qué me sirve pensar en eso? es forzoso; no puedo permitir su muerte. El por amor me daba su vida, y yo por amor; le daré mas todavía. (*Sentándose.*) Sí, sí; escribamos; pero á quién confiarme? á mi padre... Oh! no: á Estruansé? menos: delante de mí ha dicho que no perdonaria jamas, pero la condesa es muger, me comprenderá... por otra parte, yo no queria creerlo, pero si, como dicen, es amada, si ama! Dios mio! haz que sea cierto! tendrá lástima de mí, y no me culpará; (*Escribiendo rápidamente.*) démonos prisa; esta declaracion solemne no dejará duda alguna acerca de su inocencia. Carolina de Falklend... (*Dejando caer la pluma.*) Ah! mi oprobio, mi deshonra es lo que firmo: (*Plegando la carta.*) no pensemos en eso, no nos acordemos de nada... los momentos son preciosos, y á estas horas... de qué medio me valdré? Ah! por su camarera... enviándole á Jorge, que es de toda confianza... Sí, es el único medio de hacer que llegue pronto esta carta á su destino.

ESCENA V.

CAROLINA. FALKLEND.

Fal. (*Ha oido las últimas palabras, se pone delante de ella, y le coge la carta.*) Una carta! para quién?

Car. (*Con espanto.*) Mi padre!

Fal. «A la señora condesa Estruansé.» Vaya, no os turbeis de esa manera; puesto que teneis tanto interes en que esta carta llegue á manos de la condesa, yo se la entregaré... pero parćceme que tengo derecho para saber lo que mi hija escribe, y me permitireis... (*Queriendo abrir la carta.*)

Car. (*Con tono deprecatorio.*) Señor.

Fal. (*Abriendo.*) Me lo permitis... (*Leyendo.*) Cielos! Eduardo Burkenstaf estaba aqui por vos, oculto en vuestro cuarto, y en presencia de todo el mundo ha sido descubierto..

Car. Sí, sí; esa es la verdad! Abrumadme con vuestro enojo! no soy culpable, ni indigna de vos; no, os lo juro; bastante es ya que mi imprudencia haya podido comprometeros; ni trato de justificarme, ni de evitar reconvenciones que tengo tan merecidas; pero he sabido, y vos me lo ocultábais, que está condenado á muerte, que víctima de su generosidad, va á perecer por salvar mi honor; entonces he creido que comprarle á ese precio era perderle para siempre; he querido ahorrarme á mí remordimientos, á vos un crímen... he escrito!

Fal. Firmar una confesion de esta especie! y por medio de este testimonio que va á hacerse, que debe ser público, atestiguar á los ojos de la condesa, del primer ministro, de la corte entera, que la condesa de Falklend, ciega por un comerciante, ha comprometido por él su clase, su cuna, su padre, que demasiado espuesto ya á los tiros de la calumnia y de la sátira se va á ver abrumado ahora, y va á sucumbir bajo sus golpes! No; este escrito, padron de nuestra infamia y de nuestra ruina, no verá la luz pública.

Car. Qué osais decir, señor? No os opondreis á esa sentencia!

Fal. No soy yo el único que la ha firmado.

Car. Pero sí sois el único sabedor de su inocencia; si os negais á enviar esa esquela á la condesa, corro á echarme á sus pies... pertenezco á su casa... Sí señor, sí, por vuestro honor, por vuestra tranquilidad; yo le gritaré: perdon, señora!... salvad á Eduardo, y salvad sobre todo á mi padre!

Fal. (*Deteniéndola.*) No, no ireis! no saldeis de aqui.

Car. (*Asustada.*) Espero que no tratareis de detenerme por fuerza!

Fal. Quiero, á pesar vuestro, impedir vuestra perdicion, y no os separareis de mí. (*Cierra la puerta del foro. Carolina le sigue para detenerle, pero dirige una mirada á la vidriera, y da un grito.*)

Car. Ah! la aurora, la aurora! hé aqui la hora de su suplicio; si os deteneis, no hay esperanza de salvarle; solo nos quedarán nuestros remordimientos: padre mio! por Dios! os lo ruego á vuestros pies: mi carta! mi carta!

Fal. Dejadme... levantaos.

Car. No; no me levantaré: he prometido su vida á su madre, y cuando venga á pedirme á su hijo, á quien vos habreis muerto, y á quien yo amo... (*Ademan de cólera de Falklend. Carolina se levanta rápidamente.*) No; bien; no le amo ya; le olvidaré; faltaré á todos mis juramentos... seré la esposa de Geler... os obedeceré; (*Dando un grito.*) ah! ese redoble, ese ruido de armas... (*Corre á la ventana.*) Soldados! un preso! él es... le llevan al suplicio! Mi carta! mi carta! presto; enviadla; acaso es tiempo todavía.

Fal. Compadezco tu locura; hé aqui mi respuesta. (*Rompe la carta.*)

Car. Ah! esto ya es demasiado! vuestra crueldad rompe todos los vínculos que me unian á vos. Sí; le amo; sí, y nunca amaré á otro... Si perece, yo no le sobreviviré... le seguiré... su madre al menos quedará vengada, y vos como ella os quedareis sin hija.

Fal. Carolina! (*Se oye ruido fuera.*)

Car. (*Con energía.*) Oidme empero, oidme con atencion: si ese pueblo que se indigna y que murmura se sublevase aun para salvarle, si el cielo, la fortuna, quién sabe? la casualidad tal vez, menos cruel que vos, le sustrajese á vuestra venganza, os declaro aqui que no habrá poder en el mundo, ni aun el vuestro, que me impida ser suya: lo juro. (*Se oye un redoble mas fuerte y gritos en la calle: Carolina da un grito y cae sobre un sillon ocultando su cara con las manos. En aquel momento llaman á la puerta del foro. Falklend va á abrir.*)

ESCENA VI.

CAROLINA. RANTZAU. FALKLEN.

Fal. (*Asombrado.*) El conde de Rantzau en mi casa á estas horas!

Car. (*Corriendo hácia él toda llorosa.*) Ah! Señor conde, hablad; es cierto?... el desdichado Eduardo...

Fal. Silencio, Carolina.

Car. (*Fuera de si.*) Qué consideraciones he de tener yo ahora? Sí, señor conde, yo le amaba, yo soy la causa de su muerte, y yo me castigaré.

Rant. (*Sonriéndose.*) Perdonad; no sois tan delincuente como creeis; Eduardo existe todavia.

Fal. y Car. Cielos!

Car. Y ese ruido que hemos oido...

Rant. Le causaban los soldados que le han salvado.

Fal. (*Queriendo salir.*) No puede ser; y mi presencia...

Rant. Pudiera aumentar acaso el peligro; asi es que yo, que no soy nada, que nada aventuro, acudia á vuestro lado, querido y antiguo colega.

Fal. Por qué razon?

Rant. Para ofreceros á vos y á vuestra hija un asilo en mi casa.

Fal. Vos! (*Estupefacto.*)

Car. Es posible?

Rant. Eso os asombra! No hubiérais vos hecho otro tanto por mí?

Fal. Os doy gracias por vuestra generosidad, pero antes de todo quisiera saber... Ah! el baron de Geler! Y bien, amigo mio, qué hay? hablad presto.

ESCENA VIII.

CAROLINA. RANTZAU. GELER. FALKLEN.

Geler. Qué diablos sé yo? es un desorden, una confusion. Por mas que pregunto, como vos, qué hay? cómo se ha compuesto esto? todos me preguntan, y nadie me responde.

Fal. Pero vos estábais alli en el palacio...

Gel. Ya se ve que estaba; he abierto el baile con la conde-

sa, y poco tiempo despues de haberse retirado S. E., estaba yo bailando el nuevo minué de la corte con la de Thornston, cuando entre los grupos que nos miraban empiezo á notar una distraccion que no era natural; no nos miraban ya, hablábanse unos á otros en voz baja; circulaba por los salones un murmullo sordo y prolongado; dábanse prisa todos á recoger sus pieles y sus capas, y á tomar sus cochess. Qué es eso? Qué hay? Se lo pregunto á mi pareja, que está de todo tan inocente como yo; y por fin sé por un lacayo pálido y consternado que la condesa acaba de ser presa en su cuarto de orden del rey.

Fal. De orden del rey!.. pues y Estruansé?

Gel. Preso tambien, de vuelta del baile.

Fal. (*Con impaciencia.*) Y Koller; santo Dios! Koller, á á quien estaba confiada la guardia?

Gel. Eso es lo mas sorprendente y lo que me hace dudar de todo. Añaden que esas dos prisiones han sido ejecutadas, por quién direis? por Koller mismo, portador de una orden del rey.

Fal. El... Koller vendernos? Es imposible.

Gel. (*A Rant.*) Eso es lo que yo he dicho; no es posible; pero entre tanto se dice, se repite; la guardia del palacio grita: *Viva el rey!* el pueblo, sublevado por Berton Burkenstaf y sus amigos, grita mas fuerte todavia; las demas tropas que habian hecho resistencia en un principio, hacen á la hora esta causa comun con ellos; por fin, yo no he podido entrar en mi casa, delante de la cual he visto un grupo amotinado, y me vengo aqui, no sin riesgo, y conforme me ha pillado, en trage de baile.

Rant. En la actualidad menos peligroso es ese trage que el de ministro.

Gel. De ayer acá no han tenido tiempo de hacerme el mio.

Rant. Podeis ahorraros ese dinero. Qué os decia yo ayer? Todavia no hace veinte y cuatro horas, y ya no sois ministro.

Gel. Señor conde!

Rant. Lo habeis sido para bailar una contradanza, y despues de un trabajo de esta especie necesitareis algun descanso; os lo ofrezco en mi casa, (*Con viveza.*) asi como á todos demas, pues es el único asilo donde podeis estar actualmente seguros; y no hay tiempo que perder. Ois los gritos de esos furiosos? venid, señorita, venid... seguidme.

todos y vamos. (*En este momento se abren violentamente las dos vidrieras del fondo. Juan y varios marineros y hombres del pueblo aparecen en el balcon armados de carabinas.*)

ESCENA VIII.

JUAN. RANTZAU. CAROLINA. FALKLEND. GELER.

Juan. (*Apuntando.*) Alto ahi, escelentísimos señores; adónde bueno?

Car. (*Dando un grito y rodeando á su padre con sus brazos.*) Ah! Señor, soy siempre vuestra hija! lo soy al menos para morir con vos.

Juan. Encomendad vuestra alma á Dios!

ESCENA IX.

JUAN. RANTZAU. EDUARDO *con el brazo izquierdo suspendido, arrojándose por la puerta del foro, y poniéndose delante de* CAROLINA, FALKLEND Y GELER.

Eduar. (*A Juan y sus compañeros, que acaban de saltar en en la habitacion.*) Deteneos, no haya muertos, no haya sangre; caigan del poder; eso basta. (*Señalando á Carolina, Falklend y Geler.*) A costa de mi vida los defenderé; yo los protejo!.(*Viendo á Rantzau y corriendo á él.*) Ah! mi libertador! mi Dios tutelar!

Fal. (*Admirado.*) El... el conde de Rantzau!

Juan y sus compañeros inclinándose. El conde de Rantzau! eso es otra cosa; es el amigo del pueblo; es de los nuestros.

Gel. Es posible!

Rant. (*A Falklend, Geler y Carolina.*) Si señor; amigo de todo el mundo; preguntádselo sino al general Koller, y á su digno aliado el señor Berton de Burkenstaf.

Todos. (*Gritando.*) Viva Berton Burkenstaf.

ESCENA X.

JUAN *y sus compañeros,* EDUARDO, MARTA *entrando la primera y abalanzándose á su hijo, á quien abraza;* BERTON *rodeado del pueblo;* RANTZAU, CAROLINA, FALKLEND, GELER, *detras de ellos* KOLLER; *y en el fondo pueblo; soldados, magistrados, gentes de la corte.*

Marta. (*Abrazando á Eduardo.*) Mi hijo! herido! está herido!

Eduar. No, madre mia, no es nada. (*Le abraza varias veces mientras que el pueblo grita.*) Viva Berton Burkenstaf.

Bert. Si, amigos mios, sí; por fin hemos triunfado; gracias á mí, que en servicio del rey todo lo he conducido y dirigido: me glorío de ello.

Todos. Viva!

Bert. (*A su muger.*) No oyes, muger? Ha vuelto el favor.

Mar. Qué me importa á mí? ya no pido nada; ya tengo á mi hijo.

Bert. Silencio, señores, silencio! Tengo aqui las órdenes del rey, órdenes que acabo de recibir en este instante; nuestro augusto soberano tenia puesta en mí toda su confianza.

Juan. (*A sus compañeros.*) Tiene razon el rey! (*Señalando á su amo, que se saca de la faltriquera la orden.*) Parece que no, pero qué cabeza! Ya sabia él lo que se hacia cuando tiraba el oro á manos llenas.... (*Con alegria:*) Porque de veinte mil florines, no le queda nada, ni un rixdaler.

Bert. (*Abriendo el pliego, y haciéndole señas para que calle.*) Juan!...

Juan. Bien, nuestro amo. (*A sus compañeros.*) Y si la cosa hubiera salido al revés, todos hubiéramos olido á cordel, él, su hijo, su familia, y los mancebos de su tienda.

Bert. Juan, Silencio!

Juan. Bien, nuestro amo. (*Gritando.*) Viva Burkenstaf.

Bert. (*Con satisfacion.*) Bien está, amigos mios, bien; pero escuchad. (*Leyendo.*) «Nos Cristiano VII, rey de Dinamarca, á nuestros fieles vasallos y habitantes de Copenhague, salud. Despues de haber castigado la traicion, réstanos recompensar la fidelidad en la persona del conde Bertran de Rantzau, á quien, bajo la regencia de nuestra madre la reina María Julia, nombramos nuestro primer ministro.»

Rant. (*Con aire modesto.*) Yo! que pretendo retirarme de los negocios...

Bert. (*Con severidad.*) Imposible, señor conde! el rey lo manda; es preciso obedecer. Dejadme acabar, os ruego. (*Leyendo.*) «En la persona del conde Beltan de Rantzau, á quien nombramos nuestro primer ministro, (*Con énfasis.*) y en la de Berton Burkenstaf, comerciante de Copenhague, á quien nombramos en nuestra casa real (*Bajando la voz.*) primer mercader de sedas y proveedor de la corona.»

Todos. Viva el rey!

Juan. Magnífico! Pondremos las armas reales sobre nuestra tienda.

Bert. (*Haciendo un gesto.*) Linda recompensa! y al precio que esto me cuesta!...

Juan. Y yo, aquel destinillo que me habiais prometido.

Bert. Déjame en paz.

Juan. (*A sus compañeros.*) Qué ingratitud! yo que lo he hecho todo, de esta suerte me pagan!

Rant. Puesto que el rey lo exije, fuerza es obedecer, señores, y tomar uno sobre sus hombros una carga que harán mas ligera, cómo lo espero, (*A los magistrados.*) vuestros consejos, y el aprecio de mis conciudadanos. (*A Eduardo.*) Por lo que hace á vos, caballero, que en esta ocasion habeis corrido los mayores peligros, se os debe tambien alguna recompensa...

Eduar. (*Con franqueza.*) Ninguna, señor; ahora puedo decíroslo, á vos, á vos solo... (*A media voz.*) jamas he conspirado.

Rant. (*Imponiéndole silencio.*) Bien, bien, esas cosas no se dicen nunca, sobre todo despues.

Eduar. El único premio... (*Señalando á Carolina.*)

Car. Eduardo!

Rant. Arreglaremos eso: mi antiguo colega acaso vencerá ahora su repugnancia.

Bert. (*Aparte tristemente.*) Proveedor de la corona!

Mar. Ya debes estar contento, no era eso lo que deseabas?

Bert. Qué diablos, yo lo era de hecho: sino que antes proveía á dos cortes, la de la reina-madre y la condesa; y derribando á una, pierdo la mitad de mi parroquia.

Mar. Y has aventurado tu fortuna, tus bienes, tu vida, la

de tu hijo, que está herido, y acaso peligrosamente, y todo para qué?

Bert. (*Señalando á Rant. y Koll.*) Para otros, que se llevan la prebenda.

Mar. Y luego haga usted conspiraciones!

Bert. (*Alargándole la mano.*) Se acabó; en lo sucesivo las veré pasar, y lléveme el diablo si me vuelvo á meter en otra!

Todo el pueblo. (*Rodeando á Rantzau, é inclinándose delante de él.*) Viva el conde de Rantzau!!!

FIN DE LA COMEDIA.

UN DESAFIO,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

PERSONAS.

ISABEL HOWARD, *viuda del lord tesorero conde de Salisbury.*
ENRIQUE SIDNEY, *conde de Varwick.*
RICARDO, *duque de Besford.*
ROBERTO OVERBURI.
GUILLERMO DRYDEN, *favorito del lord canciller duque de Buckingham.*
CHESTER, *señor inglés.*
SALFORD, *id.*
BURKER, *id.*
WILLIAMS, *secretario del conde de Varwick.*
Un criado del duque de Besford.
Otro criado.
Un ugier de la cámara del rey.
Un Gentil-hombre.
Señores y damas de la corte.
Criados del duque de Besford.
Soldados, arcabuceros.

El primer acto pasa en el palacio de Windsor, en Londres.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala de Windsor; puertas en el fondo: á la izquierda la cámara del rey, á la derecha la de la reina.

ESCENA PRIMERA.

SIDNEY *sentado con un billete en la mano;* WILLAMS *en pie delante de él.*

Vil. Se me ha respondido que el lord canciller sigue malo; sin embargo no he podido verle.
Sid. Bien está.
Vil. Tres dias hace ya que no se ha presentado nadie de parte del rey á informarse de la salud del duque de Buc-

kingham, y esta repentina indiferencia de S. M. ha chocado mucho en el palacio del lord canciller.

Sid. Qué importa?

Vil. Como la última entrevista del rey y de su escelencia fue muy acalorada, hay quien empieza á temer su caida, y no falta quien la atribuye al conde de Varwik.

Sid. A mí? Basta.

Vil. Para prevenir sin duda el golpe que le amaga, ha entrado el lord canciller en negociaciones con la reina.

Sid. Con la reina?

Vil. Cuando yo entraba en el palacio de Buckingham salia de él su primera dama ladi Isabel Howard, viuda del lord tesorero, conde de Salisbury.

Sid. Ladi Howard? Es posible? Déjame.

Vil. El señor conde asistirá al baile de la reina?

Sid. No sé: sí: no me esperes hasta muy tarde. (*Williams sale por el fondo.*)

ESCENA II.

SIDNEY.

Isabel en el palacio del canciller! Qué causa puede conducirla allí? Y qué secreto puede tener que confiarme? *(Lee el billete que tiene en la mano.)* «No vayais hoy á caza con el rey; antes de que vuelva S. M. vendré por la puerta secreta de la cámara de la reina.» Aun me parece que siento su mano trémula al deslizar este billete en la mia. Mudar tan repentinamente Isabel, que por espacio de un año entero no ha correspondido á un amor sino con una reserva, una seriedad calculada!.. Ah! acaso soy injusto con ella! No he visto yo mismo siempre que desechaba mis obsequios agolparse las lágrimas á sus ojos? Sí, me ama! Sin embargo, ningun favor suyo puede justificar en mí esta esperanza lisonjera. Pero el tiempo se pasa; el rey no puede tardar en volver. Ella es!

ESCENA III.

SIDNEY, LA DUQUESA, *que entra por la puerta de la cámara de la reina pálida y agitada.*

Sid. Qué he hecho yo para merecer tanta dicha, miladi?

Duq. Escuchadme, Sidney. Sin duda la amistad que profesais á la reina, la que me profesais á mí acaso os ha obligado á intentar una prodigiosa competencia con Buckingham.

Sid. Por vos, señora, ha sido, por vos sola. Sin vos de buena gana abandonaria este título de favorito á cuantos le envidian. Necios! ignoran lo que es pasar la vida entera entre la intriga y la vil adulacion de los cortesanos. A eso llaman poder y felicidad! Ah! Yo no conozco otra felicidad que la de merecer vuestro amor, ni otra ambicion que la de agradaros.

Duq. Sidney! Y si viniera yo á implorar ese mismo poder que tanto os pesa? Si tuviera que pediros un favor?

Sid. A mí? Oh! No abuseis de mi credulidad!

Duq. Sí: vengo á implorar vuestra compasion. Sabed que esta mañana el duque de Besford ha tenido la desgracia de matar en duelo a sir Lexter, el sobrino de Buckingham. Bien sabeis cuán terribles son las leyes sobre los desafios desde que se hicieron tan comunes en el reinado de Isabel; y sabeis que Buckingham es inexorable; vos lo podeis todo en el ánimo del rey; pedidle que se ahogue este asunto; pedidle prórogas á lo menos para que Besford pueda huir y librarse de sus perseguidores; en fin, Sidney, salvadle, salvadle!

Sid. Es la reina, señora, quien toma un interes tan grande por el duque de Besford, ó sois... Perdonadme; pero esa turbacion, ese dolor: mis temores son injustos sin duda alguna.

Duq. Milor Sidney, vos poseis mi amistad; pero mi corazon debe cerrarse para cualquier otro sentimiento: mi deber me lo prescribe.

Sid. Vuestro deber? Sois viuda, y yo os creia dueña de vuestra mano. Ah! No sois ingenua. Mas hubiera valido confesarme que tenia un rival, y un rival preferido, que no fingir participar de unos sentimientos que no esperimentais.

Duq. Ah! Conde, con cuánta dureza me echais en cara el interes que os he manifestado. Ved aqui nuestra suerte, infelices mugeres; os apoderais de una palabra, sorprendeis una mirada, dais tormento á nuestras ideas, interpretais nuestros sentimientos, y despues os creeis con derecho para reconvenirnos. Cuando estais seguros de haber leido en nuestro corazon, cuando la menor conmocion nos vende, oh! entonces os lisonjeais de haber conquistado una declaracion, en la cual suele no haber tenido parte alguna nuestra voluntad, sin dárseos mucho de que puede ofender nuestra buena fama, sin averiguar siquiera si nos hemos hecho semejante confesion á nosotros mismos.

Sid. Considerais como un ultraje el ofrecimiento de mi mano?

Duq. Ah! Conde, sabeis vos por ventura si la mia es libre?

Sid. Qué decís?

Duq. Sabeis si acaso soy yo culpable dando oidos á vuestras galanterías? Sabeis si tiene por ventura el duque de Besford un derecho á todos mis pensamientos?

Sid. Derecho?... Ah! sí... los juramentos que le habeis prestado...

Duq. Son sagrados, conde; es mi esposo. Dos años hace ya que estamos casados en secreto.

Sid. (*Abrumado.*) Casada!

Duq. Despues de la muerte de milord Salisbury, yo me negué al principio á contraer nuevos esponsales, pero mi familia lo exigió y fue preciso ceder. El duque de Besford ha ocultado hasta el dia esta boda por temor del canciller, que queria á todo trance casarme con su sobrino, ese mismo sir Lexter que ha perecido esta mañana en ese funesto duelo á manos de mi esposo.

Sid. Casada!

Duq. Ahora bien, conde, os admirais todavia de mi dolor? Os negareis á servirme?

Sid. No, miladi, no. Una sola palabra ha destruido todas mis esperanzas; sin embargo no temais, yo sabré sofocar mi dolor dentro del pecho. Pero, de qué manera puedo seros útil en este momento? Milord Ricardo, duque de Besford, acaba de ser arrestado.

Duq. Arrestado! ah! El canciller me lo ha ocultado. Al rehusarme la gracia que le pedí, ya sabria que no se le podia escapar su víctima. No hay esperanza ya! Dios mio!

Sid. No estoy yo aqui, miladi? No habeis contado conmigo? (*Se oye una trompeta venatoria.*) El rey entra en palacio; voy arrojarme á sus pies. Dios me dará fuerzas para ablandar su corazon. Pedirle la impunidad para el duque de Besford es lo mismo que pedirle la separacion de Buckingham. Muchos lo han intentado que se creian como yo en vísperas de triunfar; todos lo han pagado con su cabeza. Oh! no: esto no me espanta; os he sacrificado mi tranquilidad y mi bienestar; tambien os sabré sacrificar mi vida. Qué me importa? A Dios, miladi. (*Hace ademan de entrar á la cámara.*)

Duq. Conde de Varwik, no os separeis de mí de esa manera; no me dejeis con la horrible idea de que yo puedo ser causa de vuestra perdicion. Vuestras espresiones, vuestras miradas me agobian. Qué quereis que os diga? Mi esposo es á quien pueden conducir á un cadalso; mi esposo: al pedíros su perdon no hago sino cumplir con el mas sagrado de todos los deberes.

Sid. Sí, miladi. Quién osaria reconveniros? Ademas, no es él quien ha tenido la dicha de agradaros?

Duq. Sí, conde, sí.

Sid. No es él el que habeis preferido á los demas?

Duq. (*Casi involuntariamente.*) Vos no estabais entonces en la corte.

Sid. Ah! miladi, cuánta falta me hacia oir esa espresion!

Duq. (*Con viveza.*) No he dicho nada que os autorice á pensar...

Sid. Oh! Tranquilizaos! Vuestras palabras quedan grabadas aqui, aqui, en mi corazon: nunca saldrán de aqui. Esperad en esta pieza. A Dios, miladi. (*Entra en la cámara del rey.*)

ESCENA IV.

LA DUQUESA.

No he sabido guardar mi secreto, desgraciada! Me atreveré de aqui en adelante á ponerme en su presencia? Ah! Su corazon es generoso, es noble, y no abusará de una confesion arrancada á mi flaqueza, y que jamás confirmaré con la menor lisonjera esperanza. Recibiré sus obsequios con mas reserva y frialdad que nunca, huiré si fuese preciso, de su presencia. Infeliz! Morirá, morirá de

pena. Me ama con toda su alma, y yo... ah! un amor como el suyo hubiera hecho la felicidad de toda mi vida. *(Escuchando junto á la cámara del Rey.)* Nada oigo. Triunfará? Si su plan se malograse! Si se perdiera por mí... No seria la primera vez que Jacobo hubiese entregado á su canciller la cabeza de su favorito. Ah! yo hubiera debido no esponer á nadie; hubiera debido arrojarme yo misma á los pies del rey. Dios mio! Dios mio! Me ha parecido oir... no. Y esa funcion, ese baile que debe tardar tan poco en empezar!

ESCENA V.

LA DUQUESA. DRYDEN. SALFORD: *entran por el fondo.*

Dry. (A Salford.) Muy temprano llegamos, Salford. Ah! perdonad, hermosa lady, no os habia visto. Estábamos muy lejos de creernos tan felices; pero supuesto que os hemos encontrado los primeros, podemos jactarnos con razon de ser los mas felices de todos los gentlmens que han de asistir al baile de la reina.

Salf. Y eso que asistirá toda la nobleza de Inglaterra. Un baile en palacio es un acontecimiento, es casi un prodigio.

Duq. En efecto.

Dry. Dicen que el rey asistirá en persona.

Duq. No sé... si... lo ha prometido.

Salf. Eso da cierto aire de alegria á esta pobre corte tan triste desde que está al frente de los negocios el canciller.

Dry. Era preciso que enfermase todo un canciller para que nos divirtiésemos.

Duq. (Aparte.) Nada oigo todavia, nada.

Salf. Por San Jorge, creí que viniera el canciller á aguar nuestros placeres, porque acabo de ver entrar en la cámara del rey á un oficial de sus guardias. Debe traer algun mensage de importancia.

Duq. (Aparte.) Cielos! Todo se acabó!

Salf. Felizmente nuestra presencia y esos preparativos nos tranquilizan. *(Se oye una campanilla tocada con violencia en la cámara del rey.)*

Duq. Ha llamado.

Dry. Pareceis estar indispuesta, miladi?

Salf. En efecto; no habiamos notado hasta ahora esa agitacion.

Duq. No es nada; no es mas que una ligera indisposicion; el cansancio acaso producido por los preparativos de esta funcion. Esta idea ha sido tan repentina! La reina no ha pensado mas que en el placer del baile.

Dry. Y ha descansado en vos acerca de la ejecucion.

Duq. Cierto, cierto, eso ha sido; pero nada se olvidará, lo espero; desempeñaré mis funciones del mejor modo posible.

ESCENA VI.

DICHOS. UN UGIER *saliendo de la cámara del rey.*

Ugier. (*Con una carta en la mano.*) A miladi, condesa viuda de Salisbury, del rey. (*Entrega el pliego y sale.*)

Duq. (*Abriendo precipitadamente el pliego.*) El perdon! Ah! Sidney! todo os lo debo á vos.

Dry. (*Bajo á Salford.*) Qué quiere decir eso? (*Alto.*) Cómo, milady, os ausentais en ese estado? Permitidme que llame á alguno.

Duq. No, no; es inútil; me siento del todo buena ahora; del todo, os lo aseguro. Dentro de poco nos veremos en el baile; espero pareceros alli mas amable. Caballero Dryden, cuento con vos para el primer minué. A Dios, señores, á Dios, hasta luego.

ESCENA VII.

DICHOS *menos* LA DUQUESA.

Dry. Qué os parece esta repentina mudanza?

Salf. A fé mia, lo mismo que os parece á vos. Alguna intriga se trama contra el canciller, y este baile tan inesperado tiene todas las trazas de una celebracion de su caida.

Dry. Si llega á caer no me costará trabajo adivinar quién cogerá las riendas del poder.

Salf. Mal trance seria ese para vos, á quien su escelencia acaba de nombrar capitan de sus guardias.

ESCENA VIII.

CHESTER. DRYDEN. SALFORD, *señores ingleses.*

Ches. Buenos dias, Dryden. ¿Qué se dice de nuevo en el palacio del canciller?

Dry. Nada de particular. Vos que sois un esgrimidor, Chester, podiais instruirme en los pormenores del duelo de esta mañana entre el duque de Besford y sir Lexter. Segun parece, la cosa se hizo en regla, y Lexter se ha hecho con una soberbia estocada. Ha muerto?

Ches. Poco menos; y su médico se ha encargado de concluir con él.

Dry. Y Burleig, su padrino, no le ha vengado? Es un escelente tirador.

Ches. Burleig se las habia con otro mas fuerte que él, con el jóven jurisconsulto Roberto Overbury, que de un botonazo le ha dejado muerto en el sitio. El partido de Besford ha llevado lo mejor. Ha sido un triunfo completo.

Salf. El joven jurisconsulto Overbury! Sabeis que es el diablo ese jurisconsulto? Apenas tiene bozo, y hé aqui ya el tercer desafio que ha tenido en este mes.

Ches. Qué quereis? Es un segundon de una buena casa. Le han obligado mal su grado á vestir la toga á sus años, y él se bate hasta que se la desgarren. Ha aprendido leyes para poder infringirlas todas. Pero justamente aqui viene en persona.

Salf. Por San Jorge! ha perdido el juicio. A quién diablos le ocurre venir á Windsor por la noche despues de haber ayudado á matar al sobrino del canciller por la mañana?

ESCENA IX.

CHESTER. OVERBURY *con la toga.* DRYDEN. SALFORD *y algunos señores.*

Overb. (*Entra cantando con alegria.*) Buenos dias, Chester. Qué buen mozo estais hoy! Y tu querida? Tiene valor esa ingrata de no rendir todavia el corazon á esos bigotes tan diestramente rizados. Diablo! si yo fuera muger no me resistiria dos minutos.

Dry. (*En voz baja.*) Mira lo que haces, legista. Me parece que pudiera no sentarte bien el aire de Windsor hoy. Aguarda siquiera hasta que Lexter esté restablecido, ó un palmo bajo tierra; de otra manera el canciller...

Overb. Dejadme en paz con vuestro eterno canciller; el canciller si uno habla, el canciller si se bate; diantre de canciller! á lo menos en su ausencia y entre amigos dejadme que me vengue un poco de su tiranía y su...

ESCENA X.

CHESTER. OVERBURY. BURKER, *que entra por el foro.* DRYDEN. SALFORD. *Otros señores, y despues* SIDNEY *que sale de la cámara del rey.*

Bur. Gran noticia, señores! noticia positiva que será confirmada mañana. Buckingham ha caido.

Todos. Qué dices?

Overb. (*Riendo.*) No nos engañes; eso seria delicioso.

Dry. Hé aqui á Sidney que sale de la cámara de S. M. Él puede decirnos... Qué crédito debemos dar á las voces que corren, conde? Es cierto que ha sido depuesto el primer ministro?

Sid. Asi dicen; yo sin embargo no tengo mas datos positivos que los demas. (*Se sienta en un sillon cercano á la cámara del rey.*)

Ches. (*Bajo á los otros.*) Hace del discreto: la caida es indudable.

Overb. (*Con el mayor atolondramiento.*) Gracias á Dios! Ya nos vimos libres de ese maldito canciller. Por todos estilos nos estaba haciendo mal tercio. Figuraos que hace ya algunos dias que estaba en relaciones con la muger mas linda de Lóndres.

Ches. Hablas sin duda de la jóven Ana Arundel? Te engañas, Overbury; porque no ha querido admitir las veinte mil libras que el canciller le ha ofrecido por medio de...

Overb. No es esa, no.

Bur. Ah! ya, la sobrina misma del canciller.

Overb. Nada.

Dry. (*Á media voz.*) Este maldito no respeta á nadie; apostaria yo á que habla de la misma.

Overb. Menos, no das en ella.

Ches. Al fin daremos.

Bur. Ah! una del teatro.

Salf. Pues quién es? *(Sidney se acerca con curiosidad.)*

Dry. Dejadle por Dios; vais á ponerle en el caso de que diga algun disparate; ya le falta poco para...

Overb. Quieres callarte, Dryden? Vas á hacernos sospechar que se trata de tu muger.

Dry. Overbury! *(Chester le sosiega riéndose. Risa general.)*

Overb. *(Todos le rodean.)* Vaya! me prometeis guardarme secreto? porque no quisiera comprometerla.

Ches. Sí. Quién lo duda?

Overb. Pues bien! Conoceis todos á la condesa viuda de Salisbury?

Sid. *(Atraviesa rápidamente la escena, y se dirige á Overbury.)* La condesa viuda de Salisbury? estais seguro, señor letrado? *(Todos se apartan.)*

Overb. Muy seriamente lo tomais, señor conde. Sin embargo os puedo decir que hoy mismo la he visto entrar misteriosamente en el palacio del canciller.

Sid. Y no teneis mas pruebas que esas para minar de esa manera su reputacion? Sabeis por ventura la causa que podia obligarla á ver á Burckingam?

Overb. No tengo el honor de estar tan al corriente de sus negocios como el señor conde.

Sid. Sabed, pues, que iba á pedir una gracia para uno de sus parientes.

Overb. Sí, y de una manera muy propia para conseguirlas señor conde. *(Risa general.)*

Sid. Eso es ya demasiado! Puesto que aqui no hay nadie que se atreva á tomar la defensa de una muger para vengar su reputacion indignamente calumniada, yo seré, señor letrado, yo mismo quien os dirá en vuestra cara que mentís.

Overb. Á fe de caballero, señor conde, me dareis una satisfaccion de este insulto.

Sid. *(Echando mano á la espada.)* Ahora mismo.

Overb. *(Apoderándose de la de Burker, que está á su lado.)* Enhorabuena!

Ches. *(Pasando al lado de Sidney, y apartando á todo el mundo.)* A un lado, señores, á un lado. Que vean lo que hacen. Sitio!

Dry. (*Arrojándose en medio.*) Qué haceis aqui? Dentro del palacio? Casi en presencia del rey?

Varios señores. Deteneos. (*Los separan.*)

Sid. Bien, pero mañana en James-Street á las seis.

Overb. Donde gusteis, con tal que yo vea cruzadas nuestras espadas cinco minutos no mas.

Sid. Nos batiremos antes de salir el sol, señor letrado, para que no se eche á perder vuestra tez.

Ches. (*Bajo á Overbury.*) Esto te enseñará á ser un tanto mas circunspecto en tus habladurías. No sabe uno las mas veces con quién habla.

Bur. (*Bajo á Overbury.*) Esto te corregirá.

Overb. (*Idem.*) Dos á la vez para enseñarme una virtud palaciega? Convenid conmigo en que esto ya es demasiado.

ESCENA XI.

DRYDEN. SIDNEY. BESFORD. CHESTER. OVERBURY. BURKER. SALFORD.

(*Durante toda esta escena y hasta el fin del acto se llenan los salones de personas de todos sexos en trage de corte ó enmascaradas. Algunas en sus trages representan diosas del paganismo.*)

Besf. (*Entra por el foro.*) Por fin os encuentro, conde.

Todos. Besford!

Overb. Cómo diantres te has compuesto para salir de tu carcel?

Besf. Preguntádselo á mi libertador el conde de Warwik, que ha conseguido mi perdon. Qué agradable sorpresa me habeis causado! En menos de una hora paso de un calabozo lóbrego y triste á una brillante funcion. No creia salir de él para ir á un baile; podeis contar con mi agradecimiento á todo trance; mi vida es vuestra; solo temo no poderos pagar jamás lo que os debo. (*Salford sale por el foro.*)

Dry. Vamos, milores; las salas de Windsor se llenan de gente; tendremos comparsas preciosas: la reina y un gran número de señoras han adoptado trages de las diosas de la mitologia; el baile presentará una perspectiva encantadora.

Sid. (*Solo.*) Podia yo permitir que la ultrajasen? no; era un deber mio defenderla. El letrado Overbury pagará bien caras sus calumnias.

Besf. (*Que ha estado hablando con un grupo, dirigiéndose vivamente á Sidney.*) Por San Jorge! Qué acabo de saber, amigo mio? Os batis mañana con Overbury?... Ah! me tendré por dichoso si llego á tiempo para serviros de segundo.

Sid. Gracias, señor duque, gracias: Chester vendrá conmigo.

Besf. Necesitais dos, y no os ha de sobrar nada. Overbury es el rey de los esgrimidores; su osadía y su fortuna le han hecho célebre.

Sid. No importa. El cielo se pondrá de mi parte.

Besf. Perdonad; no podeis sin ofenderme rehusar mis servicios; os debo la vida. No he recurrido yo tambien á vos? Sé la deuda que he contraido; permitidme que empiece á pagárosla. Overbury, mañana voy con el conde de Warwik.

Overb. Como gustes, Besford. Ya sabes como te he servido esta mañana; sin duda te has cansado de vencer. (*Habla con Burker y otro señor.*)

Besf. Eso es lo que hemos de ver mañana, señor jurisconsulto. Chester, contadme la ocasion de este desafio. (*Se oye no muy cerca la música de los salones, que no cesa de tocar hasta el fin del acto.*)

ESCENA XII.

DRYDEN. SIDNEY. LA DUQUESA. BESFORD. CHESTER. OVERBURY. BURKER.

Duq. (*Entra por el foro.*) Qué haceis? Milores, ya ha empezado el baile. Es posible, Dryden, que tenga yo que venir á buscaros?

Sid. (*Bajo á la duquesa.*) Os he cumplido mi palabra, miladi?

ESCENA XIII.

SIDNEY. DRYDEN. LA DUQUESA. SALFORD. BESFORD. CHESTER. OVERBURY. BURKER.

Salf. Burker tenia razon, milores. La caida del lord canciller ya no es un misterio; la reina acaba de anunciarlo en alta voz.

Un grupo de cortesanos. Viva el rey!

Dry. Á Dios mi capitania!

Besf. Por Dios, que estoy en el dia mas feliz de mi vida, supuesto que ya nos vemos libres de ese maldito Buckingham; permitid, milores, que os presente á la duquesa de Besford. (*Movimiento de sorpresa.*)

Overb. Qué dices? Tu muger?

Besf. Hace dos años, Overbury; esto es lo que tú no habias adivinado.

Overb. En verdad que no; te felicito sinceramente. (*Á Chester á los demas.*) Ahora tiene esto mas gracia.

Besf. (*Acercándose á Sidney.*) Mañana, á qué hora?

Sid. Pero... permitidme, Besford, que no os esponga á...

Besf. Silencio! mi muger nos escucha; está loca por mí, y si llegase á sospechar la menor...

Ches. (*Bajo á Overbury y á los demas.*) Y yo que iba á contarle al marido la causa del desafio! Está visto que aqui no se puede hablar sin hacer un disparate.

ESCENA XIV.

DICHOS. UN GENTIL-HOMBRE *saliendo de la cámara del rey.*

Gentil. El rey llama á su gran canciller y primer ministro el señor conde de Warwik. (*Sorpresa y silencio general.*)

Dry. (*Á Salford.*) Nos equivocamos en todos nuestros cálculos. ¿Quién hubiera dicho que Sidney?... (*Alto.*) Milord, os felicito cordialmente al ver recompensado vuestro mérito. (*Todos se inclinan. Besford y Chester aprietan amistosamente la mano de Sidney; los demas le rodean felicitándole.*)

Overb. (*Con desenfado.*) Por San Jorge! mañana sabremos

si un trozo de pergamino y el título de escelencia bastan á desviar la punta de una espada.

Sid. (*A Overbury, á quien no ha perdido de vista.*) Mi nueva posicion en nada altera nuestros asuntos; y como os veriais obligado á salir de Inglaterra en el caso de que la suerte os fuese propicia, os enviaré esta noche un salvoconducto.

Overb. (*Saludándole.*) Viva V. E. persuadido de que haré cuanto de mí dependa para poder aprovecharme de él.

(*Se oye mas fuerte la música. Sidney se detiene un instante á la entrada de la cámara del rey para echar una ojeada á Overbury y á la duquesa. Todos hacen ademan de salir hácia los salones del baile. Cae el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una sala de casa de Sidney; á la izquierda una puerta que conduce á un gabinete-armeria, en cuya entrada se ven trofeos. En el fondo una péndola gótica; á la izquierda una ventana ancha que permite ver la fachada del palacio de Windsor iluminada; á la derecha una puerta que conduce afuera.

ESCENA PRIMERA.

WILLIAMS *en el fondo.* SIDNEY *ocupado en escribir; sobre la mesa hay dos bugias encendidas. El reloj da las cinco.*

Sid. Las cinco ya! Ya empieza á amanecer. (*Saca una caja del pecho, besa repetidas veces lo que contiene, y la ata á una carta que acaba de cerrar.*) Williams!

Vil. Señor?

Sid. (*Señalando una carta que coge sobre la mesa.*) Esta carta es para mi madre. (*Señalando el paquete.*) Esto para una persona cuyo nombre no pronunciarás jamás; para la duquesa de Besford. Aqui lo dejo todo. (*Abre un cajon en la pared á la izquierda del espectador.*) Me llevo la llave. Si no vuelvo esta noche descerrajarás este cajon, y darás á cada cosa la direccion que te he indicado; pero las darás solo á las personas que he dicho, solo á ellas.

Vil. Si señor.

Sid. Ah! se me olvidaba ya el salvoconducto del letrado Overbury. (*Firma un papel y le mete en su bolsillo.*) Harás ensillar inmediatamente el mejor de mis caballos; te encargo sobre todo que se haga sin meter ruido; podrias despertar á mi madre.

Vil. Todas vuestras órdenes serán puntualmente ejecutadas.

Sid. Ah! dejarás tambien abierta la puerta grande, porque voy á salir.

Vil. Solo, señor?

Sid. Solo.

Vil. De buena gana os pediria permiso para acompañaros.

El señor conde conoce mi discrecion, y acaso necesitará alguien...

Sid. No, Willams; te agradezco tu celo. Estás conmovido. Bah! Es esta la primera vez que me ves salir á estas horas? Vaya, anda. Pobre Williams! (*Desciñe su espada y la pone sobre la mesa.*)

ESCENA II.

SIDNEY.

El baile continúa. Celebran la caida de Buckingham como celebrarian la mia. Alli está, pensando en mí tal vez, porque ahora ya no puedo dudar de su amor. La hora se acerca (*Saca del gabinete unas pistolas y las pone sobre la mesa*), y he prometido á Chester irle á buscar á su casa. Alli estará Besford sin duda; por mas que he hecho me ha sido imposible hacerle desistir. Ayer aun hubiera dado toda mi sangre por oir un *sí*... por qué razon no soy ya completamentamente feliz? Ah! existe entre ella y entre mí un obstáculo en que se estrellan á la vez todas mis esperanzas. Dice que me ama; pero pertenece toda á su marido. Sí; la ha comprado: su cuerpo es suyo, y su alma tambien. Sus encantos, su amor, todo se lo ha vendido á Besford su familia. Una boda por razon de estado! Y ella quiere llevar al estremo ese vil contrato. Delirio! Ah! Cumple nuestra vida jamas lo que una vez prometió? Entramos en el mundo henchidos de esperanza: nos arrojamos llenos de alegria hácia un porvenir risueño; pero cada dia que pasa se borra una ilusion, huye un placer ilusorio, se presenta en su lugar una horrible realidad, y á los veinte y cinco años, en la flor de nuestra vida, nos hallamos solos, aislados, desengañados y abrasados por una sed devoradora de felicidad que no se ha de satisfacer jamas. (*Llaman suavemente á la puerta del fondo.*) Quién llama?

ESCENA III.

SIDNEY. OVERVURY (*asomando la cabeza.*)

Overb. Soy yo, escelentísimo señor. (*Entra con una espada ceñida y dos pistolas en el cinto.*)

Sid. Qué significa esto, sir Overbury? (*Señalando al reloj.*)

Son las cinco y cuarto; ya lo veis, y nuestra cita es á las seis. Dudais por ventura de mi exactitud?

Overb. No ignoro vuestra reputacion, señor conde. Sé muy bien que á las seis en punto os hubiera encontrado en el sitio designado con la pistola ó la espada en la mano, dispuesto á escarmentar todas mis estravagancias.

Sid. En ese caso, qué objeto tiene esta visita? Nos faltan todavia tres cuartos de hora.

Overb. Esa es precisamente la causa de mi venida.

Sid. Esplicaos.

Overb. Transcurrido ese tiempo no podré consagraros ni un segundo.

Sid. Por qué?

Overb. Porque á las seis tengo otro asunto tan importante como este, al cual no me es posible dar cumplimiento en el mismo sitio, y no encuentro medio alguno de estar á una misma hora en dos puntos distantes.

Sid. Cómo? otra cita?

Overb. Precisamente.

Sid. Tranquilizaos. Es probable que tengais que faltar á la una ó á la otra.

Overb. (*Riéndose.*) Tengo mas confianza en mí que el señor conde, y por esto quisiera conciliarlo todo.

Sid. (*Con impaciencia.*) Sir Overbury, haceos cargo de que yo he sido el que os he provocado; la otra persona esperará.

Overb. No hubiera vacilado para proponérselo si me las hubiese con una simple mortal (ya veis que es una cita amorosa); pero precisamente es una divinidad del olimpo: la he dirigido mis oraciones, he sido escuchado, y una diosa, por pequeña que sea, no es muger que aguarde. Y ésta sobre todo: la blanca Diana que brillaba esta noche deliciosa en medio de un enjambre de ninfas...

Sid. No os pregunto quién es.

Overb. Me es indiferente: además de que mañana lo sabrá toda la corte.

Sid. Lo sentiré por vos, sir Overbury; pero, y si yo no quisiese variar la hora de nuestro desafio?

Overb. Tendria paciencia, señor conde; pero confesadme que eso seria una crueldad. En igual caso yo no me negaria á prestaros este pequeño servicio.

Sid. Enhorabuena. Vamos, pues.

Overb. No esperaba yo menos de vuestra generosidad.

Sid. (*Dándole un papel.*) Tomad vuestro salvo conducto.

Overb. (*Leyéndole.*) Si V. E. tuviese la bondad de poner dos nombres. Porque quién sabe si mi diosa querrá endulzar el rigor de mi destierro; y como es casada...

Sid. Eso es cuenta vuestra. (*Señalando las pistolas y la espada de Overbury.*) Son necesarios todos esos preparativos?

Overb. Esto quiere decir que podeis elegir armas.

Sid. Os cedo la eleccion.

Overb. Oh! á mí me es indiferente.

Sid. Mejor; entonces á caballo.

Overb. A caballo.

Sid. Con espada y con pistola.

Overb. Tengo ambas cosas.

Sid. Hasta que quede uno de los dos en el campo.

Overb. Eh?

Sid. Este desafio os asombra, sir Overbury?

Overb. No le propongo nunca, pero lo acepto siempre.

Sid. Vamos.

ESCENA IV.

WILLIAMS. SIDNEY. OVERBURY.

Wil. (*Bajo á Sidney.*) Una enmascarada quiere hablar indispensablemente á V. E.

Sid. Una señora!

Overb. Señor conde?

Sid. Un momento, sir Overbury.

ESCENA V.

Dichos. LA DUQUESA.

(*Trae un gran dominó de raso negro y la máscara puesta: al ver á Overbury hace ademan de salir.*)

Overb. (*Ocultando sus armas con su ropilla.*) Ah, señora! yo soy quien debo salir. (*A Sidney sonriéndose y á media voz.*) Sois mas feliz que yo, señor conde; á mí me toca sacrificarme; es muy justo. No insisto: sed dichoso vos ahora, yo lo seré despues.

ESCENA VI.

SIDNEY. LA DUQUESA.

Duq. (*Arrojando su careta.*) Soy yo.

Sid. Vos, señora! Ah! si esto es un sueño, no me desperteis jamas. No me robeis mi felicidad.

Duq. Insensato. Hablais de felicidad, y no veis la muerte delante de vuestros ojos?.. Huid. Buckingham ha recobrado todo su favor.

Sid. Buckingham! Es imposible; he vuelto á ver á S. M. durante el baile, y el recibimiento que me ha hecho...

Duq. Y no conoceis á Jacobo I? Yo soy quien he de recordaros las causas que existen para hacer imposible una caida completa de Buckingham? Creeis que le costaria tanto sacrificar á su antiguo privado la cabeza de un favorito de dos horas, con tal que tuviese el menor viso de justicia? Imaginais por ventura que puede faltar un pretesto?

Sid. Oh! eso seria una ingratitud.

Duq. Creedme. Al saber su desgracia, el canciller se ha hecho llevar á Windsor; ha esperado al rey en su gabinete. El rey le ha visto, le ha hablado, y ha cedido: ha temido sin duda.

Sid. Buckingham! Buckingham!

Duq. Este suceso es un misterio todavia; nadie lo sospecha en la corte: solo la reina ha podido saberlo en el acto. Me ha llamado aparte; todo me lo ha contado: he recorrido todas las salas, os he buscado, he preguntado por Chester, vuestro amigo, para que os avisase: á nadie he encontrado; los dos habiais desaparecido. No sabiendo entonces de quién fiarme, y temiendo dar con un enemigo vuestro, he cogido precipitadamente en el cuarto de la reina este dominó y esa careta, y lo he abandonado todo por salvaros.

Sid. Oh! Isabel, sois un ángel. Pero nada tengo que temer. Mi ministerio de dos horas no ha hecho daño á nadie, y puede haber hecho mucho bien á alguna persona.

Duq. Si; pero el canciller os acusa de traicion contra el Estado, y á sus instancias acaso os acusará tambien mañana el parlamento. Ha hecho creer al rey que estais compli-

cado en la conjuracion que tiende á poner la corona de Inglaterra en la cabeza de Arabella Estuardo, su prima.

Sid. Es una infame calumnia: tendrá que presentar pruebas.

Duq. Pruebas? Creeis que no sabrá inventarlas? Ignorais su facundia? El rey lo ha creido, y en este caso no ha podido menos de obrar como rey justo. En fin, no me habeis comprendido? Buckingham os acusa y pide vuestra cabeza. Y la obtendrá, vos lo sabeis mejor que nadie, la obtendrá si no la salvais.

Sid. En buen hora! Que envie por ella.

Duq. Oh! Qué decís? No será esta vuestra resolucion, no; lo decís solo para atormentarme, porque yo soy quien os he precipitado en este abismo; vos no querriais dejarme este eterno remordimiento: es verdad que no, Sidney? No; eso sería horroroso. Nunca he deseado el mal para vos. Oh! Sidney, vos no habreis pensado bien lo que habeis dicho.

Sid. Isabel!

Duq. No, no lo habeis pensado bien. Una carroza os aguarda abajo, y la reina ha despachado delante postillones para auxiliar vuestra fuga.

Sid. (*Mirando el reloj*.) Enhorabuena! que parta el carruage, y que me espere en la puerta de Market. Dentro de una hora le alcanzaré.

Duq. Dentro de una hora! Y por qué esta dilacion? Dentro de una hora ya no será tiempo. Va á amanecer, y al salir el sol ya os habrán preso. Partid inmediatamente, ó sois perdido.

Besf. (*Entre bastidores*.) Sidney! eh! Sidney! (*La duquesa se detiene aterrada*.) Dónde diablos estais?

Duq. Mi esposo!

Sid. Besford! Dónde os ocultaré? Allí, en el gabinete, en mi armería... Venid, no temais nada. (*Coge del brazo á la duquesa, que ha quedado inmóvil, acometida de un temblor convulsivo, y la empuja dentro del gabinete*.)

ESCENA VII.

SIDNEY. BESFORD.

Besf. Apostaria cualquier cosa á que está durmiendo... Ah! me he llevado chasco.

Sid. Milord duque, me parece que no era este el sitio designado...

Besf. Para reunirnos? no es verdad? Cierto: perdonadme mi impaciencia: he querido probar mi exactitud. Me teneis á vuestras órdenes; este es el dia mas feliz de mi vida, pues voy á emplear mi espada en servicio vuestro.

Sid. Hablad mas bajo, os lo ruego; mas bajo. (*Besford le mira asombrado.*) La habitacion de mi madre está inmediata, y pudiera oirnos.

Besf. (*Bajando la voz.*) Teneis razon: pobre condesa! respetemos su sueño; todas las precauciones serán pocas. Lo mismo me sucede á mí con mi muger; si supiérais cuánto trabajo me ha costado callarle todo este asunto. Felizmente me he salido del baile muy temprano y sin que ella lo echase de ver. Por otra parte, pasará regularmente toda la noche con la reina; es imposible que conciba la menor sospecha. Qué noche tan deliciosa! Vos érais allí el héroe, señor conde; vuestro nombre andaba resonando de boca en boca; todos querian veros y felicitaros. Vuestro reinado ha empezado con una brillante funcion.

Sid. Pronto pudiera acabarse.

Besf. No lo quiera Dios! oh! será largo, porque estais muy querido, sois generalmente bien quisto, y vuestro poder no engendrará envidiosos.

Sid. (*Cuya impaciencia y turbacion se aumentan por grados.*) Perdonadme, milord; tengo todavia que tomar algunas disposiciones...

Besf. Sí, sí; os ruego que no os incomodeis por mí de ninguna manera; haced cuenta que no estoy aquí. (*Sidney, viendo que no se vá, se sienta á la mesa y hace como que escribe; Besford se sienta. Momento de silencio.*) A propósito; qué arma elegís?

Sid. Si ôs parece nos batiremos á caballo con pistola y espada.

Besf. (*Levantándose.*) De muy buena gana; eso es mas animado y mas divertido; es casi una carga de caballería. (*Llega á la mesa y examina las armas de Sidney.*) Lléveme el diablo! esta es una espada de baile. El menor golpe de una mano medianamente ejercitada la hará pedazos; casi va á saltar entre mis manos. Oh! teneis veinte mejores en vuestra armería. (*Se dirige hácia el gabinete.*)

Sid. (*Con viveza.*) Esta me acomoda mas; es mas ligera. Marchemos, os lo ruego; he concluido.

Besf. Por mi alma! no permitiré en manera alguna que os espongais con una arma de esta especie. Es un deber mio el... (*Da un paso hácia el gabinete.*)

Sid. (*Deteniéndole.*) Deteneos, milord duque; se pasa la hora; es preciso partir.

Besf. (*Reparando en la careta que está en el suelo.*) Ah! Esto es otra cosa. Diantre! no habia yo visto. (*Sonriéndose.*) Sí, sí, efectivamente; esta espada es muy buena. Ademas, Chester nos prestará otra; subiré al paso á su casa. (*Recoge la careta con un baston.*) y la escogeré. (*Se prueba la careta.*) Muy incómodo debiais estar aqui dentro; es muy pequeña. (*Examinándola.*) Me parece haberos visto antes, señora careta, bailando en la comparsa de la reina. (*Levantando la voz y mirando hácia el gabinete.*) No ibais con un vestido de color de violeta, con guarniciones de color de naranja? (*Sidney le hace una seña con la mano.*) Sí... hablemos bajo, vuestra madre pudiera oirnos.

Sid. Vamos, duque, vamos.

Besf. A la verdad, soy el hombre mas indiscreto y mas torpe!.. entrar á las cinco de la mañana en vuestra habitacion sin anunciarme antes. Qué enojado debeis de estar conmigo! Voy á esperaros en la puerta de la ciudad; Overbury será tambien exacto sin duda; de paso me reuniré con Chester, nuestro testigo. (*Volviendo.*) Ah! dos palabras nada mas. Es esta la primera vez que viene aqui?

Sid. Oh! os lo juro por mi honor; la primera.

Besf. Santo Dios! qué he hecho yo? no tengo disculpa. Os pido mil perdones, mil: me retiro; quedaos; no salgais; quedaos aqui, señor conde.



ESCENA VIII.

LA DUQUESA. SIDNEY.

Sid. He creido que moriamos aqui los tres. (*Echa el cerrojo de la puerta del foro y corre hácia la del gabinete.*) Venid, Isabel, venid. No me oís? Isabel! (*La lleva á un sillon y la sienta.*) Volved en vos, nada teneis ya que temer.

Duq. No, ya no tengo nada que temer, no es verdad? Ah! otro golpe como este y soy muerta. Ahora estoy salva ya, salva enteramente! Dios mio! (*Llora.*)

Sid. Por Dios, tranquilizaos.

Duq. Sí; es preciso que yo me marche al momento.

Sid. Y podeis marcharos en el estado en que os veo? Esperad aun algunos minutos mas.

Duq. Esperad decís? Y si volviese? Sabeis que no me volveria á esconder? No; no me esconderia. No le pondria yo mismo en ridículo segunda vez; no atraeria el desprecio sobre su cabeza; mejor querria que me matase. Besford! ese hombre tan noble, tan generoso, tan lleno de pundonor! Se chanceaba él mismo con su propia deshonra; se ha marchado riéndose delante de una muger cuya presencia no ignoraba; y esta muger es la suya! esta muger lo oía todo, y no ha muerto de vergüenza ó de desesperacion!

Sid. Isabel!

Duq. Todo lo he oido, os lo repito! el motivo de su visita, y el que le ha obligado á salirse.

Sid. Pues bien! maldecidme á mí; yo soy quien os he deshonrado á vuestros propios ojos, y entre tanto vos estabais pura y no habeis dejado de serlo; pero mi amor es fatal y lleva consigo donde quiera el dolor y los remordimientos. Cuán desgraciado soy yo! Yo, que hubiera dado mi vida por ahorraros un sentimiento, y que os entrego á la desesperacion; yo, por quien lo habeis arrostrado todo, y que no puedo dejaros siquiera el consuelo de haberme salvado.

Duq. Y por qué me habeis de negar hasta ese dulce consuelo?

Sid. Estará en mi mano concedéroslo dentro de una hora?

Duq. (*Levantándose.*) Teneis razon; ese desafio, ese... debeis asistir á él, y si os librais de vuestro adversario, no os librareis del vulgo. Pero qué os importa? no dejais muriendo ningun pesar, ninguna memoria...

Sid. Isabel! Basta, yo solo suplico: ved que bien he menester todo mi valor.

Duq. Y yo no le necesito?

Sid. (*Mirando el reloj.*) Ah! se ha pasado ya la hora.

Duq. (*Deteniéndole.*) Un instante todavia. Dios mio? Un instante nada mas.

Sid. No, no; me es imposible: no me detengais.

Duq. Quereis, pues, morir?

Sid. El cielo decidirá de mi suerte. (*Se arroja hácia la puerta.*)

Duq. (*Deteniéndole.*) Sidney! por vuestro amor, por el mio, por el mio, conde!..

Sid. Y seré yo digno de ese amor si me quedo aquí mas tiempo?

Duq. Ya ha pasado la hora; vos lo acabais de decir; ya ha pasado.

Sid. Sí, y cada segundo que marca nuevamente aquel minutero se lleva consigo un pedazo de mi honor. Venid, salgamos.

Duq. Salir!—No; yo me quedo aqui. (*Cogiendo el sillon.*) Aquí mismo, lo ois? No penseis en llevarme; yo tambien quiero perderme, sí. Cuando vengan los emisarios de Buckingham á buscaros... mejor! Le podrán contar al canciller que han encontrado á la duquesa de Besford en la habitacion del conde de Varwik. Idos, conde; marchad; ya no os detengo. (*Se sienta.*)

Sid. Vos me haceis temblar! Escuchadme, Isabel; bien lo sabeis; nosotros los hombres tenemos deberes que no podemos olvidar sin arrostrar el oprobio. Una cita de esta especie es sagrada; he insultado á mi adversario, y le debo dar una satisfaccion, aunque el habérsela de dar me costará llevar mi cabeza á un cadalso.

Duq. (*Levantándose.*) No huireis de vuestro adversario huireis del anatema de Buckingham. Dios mio! en los sucesos ordinarios de la vida nunca os obligaria yo á eludir un combate que el honor exige; gemiria en silencio: pero ahora? ahora es el cadalso, el cadalso: me entendeis? Decidme cómo quereis que os hable. Decidme qué pala-

bras podrán conmover vuestro corazon; decidme qué objetos os son mas caros. Mi amor? Ah! no: no puede nada con vos; no es eso... Vuestra madre? Sí; vuestra madre, á quien tanto amais, que oirá su nombre mancillado, que morirá de dolor... No? Tampoco basta? Ah! ya no sé qué deciros yo; no lo sé, ni sé qué ruegos emplear; mi alma se cansa, y no me quedan fuerzas sino para llorar y para echarme á vuestros pies.

Sid. Dejadme por Dios, dejadme.

Duq. No lo espereis, Enrique. No, conde; no.

Sid. Ah! vos no querriais deshonrarme...?

Duq. (*Levantándose.*) Y si me deshonrase yo contigo?...

Sid. Isabel!

Duq. Y si participase yo contigo de tu oprobio? si partiese yo tambien?

Sid. Calla, Isabel; calla por piedad!

Duq. Partamos, sí; partamos al instante. Ya nada me detiene. Dentro de algunas horas estaremos lejos de Inglaterra, lejos de Buckingham, y lejos en fin de todos. Estaremos solos en el mundo nosotros dos. Comprendes bien toda nuestra felicidad? Oh! una vida entera llena toda de amor y de ventura: el paraiso en la tierra! Partamos.

Sid. Desdichado! soy perdido si te escucho.

Duq. No puedes negármelo, no; no puedes negármelo: lo ves? Y qué es tu sacrificio comparado con el mio? Yo no tendré disculpa; yo abandono á un esposo que me ama; yo atropello todos mis deberes... (*Sidney la estrecha contra su corazon.*) Oh! sí, Enrique, sí; rodéame con tus brazos, ocúltame á las miradas de todos, porque estoy envilecida, porque estoy infamada.

Sid. No hables asi, Isabel, tú que todo me lo sacrificas, tú que eres mia de aqui en adelante.

Duq. Sí, tuya, toda tuya. Enteramente tuya.

Sid. Y qué nos importa el mundo ahora? Ya es mia para toda la vida. (*La estrecha á su pecho y la llena de besos las manos y la frente. Se oye ruido. Dan golpes á la puerta.*)

Duq. (*Con el mayor espanto.*) Ah! son los soldados de Buckingham que vienen á prenderte.

Sid. No me prenderán vivo.

Ches. (*De afuera.*) Sidney! Sidney! abre.

Sid. Es la voz de Chester.

Ches. (*Sacudiendo la puerta violentamente.*) Abre; por san Jorge! (*La puerta cede y entra. La duquesa se cubre el rostro con entrambas manos.*) Has perdido el juicio? Besford acaba de partir para batirse en tu lugar.

Sid. Maldicion sobre mí! (*Se arroja sobre sus armas.*) Y yo entre tanto le deshonraba! (*Arrastra consigo á Chester; la duquesa cae desmayada en un sitial.*)

ACTO TERCERO.

Salon del piso bajo de la casa de Besford. A la derecha y en primer término una puerta; y en segundo término un reloj. Otra puerta á la izquierda que conduce á las habitaciones de la duquesa; otra en el foro, al lado de unas grandes vidrieras que dan al patio de la casa. A la izquierda una mesa entre dos grandes sillones.

ESCENA PRIMERA.

BURKER *en pie detras de la mesa;* BESFORD, *sentado en un sillon; dos criados detras de él;* LA DUQUESA, *sentada en el fondo al otro lado del teatro.*

Besf. (*Con el brazo vendado á Burker.*) Me ha faltado un pie; me he resvalado, y Overburi ha vencido; (*A media voz.*) pero decidle que nos volveremos á ver.

Bur. (*Dejando dos pistolas sobre la mesa.*) Corro á decirle inmediatamente que por dicha vuestra herida no ha sido de peligro.

Besf. (*A los criados.*) Gracias, amigos mios, gracias; ya no os necesito: idos.

ESCENA II.

BESFORD, DUQUESA.

Besf. (*A la duquesa que ha permanecido inmóvil con la cabeza sostenida en las manos.*) Isabel! perdonadme que os haya hecho un misterio de todo esto. Jamas hubiérais sabido una palabra á no ser por esta maldita herida. Aun estais enojada conmigo? Ya veo que será preciso pediros sériamente mi perdon.

Duq. (*Levantándose y llegando á él.*) Milord!

Busf. Querida mia! no es mas que un arañazo, nada mas. Ni sé cómo he podido ponerme tan malo por tan poca cosa; apenas siento ahora mi herida. Ya veis que no me impide estrecharos en mis brazos. Os apartais? Cierto que es mucha crueldad ahora que ya os he confesado mis

yerros. Si ha habido algun riesgo, ya estoy fuera de él, y hoy no tengo que temer sentencia alguna.

Duq. Ah! no; el rey firmó vuestro perdon. Hoy ya no seria tiempo de pedirle.

Besf. Pues cómo?

Duq. Buckingham se ha vuelto á apoderar del poder.

Besf. Quién os lo ha dicho?

Duq. La reina.

Besf. Otra vez desvanecidas nuestras esperanzas!... Pero... entonces el pobre Sidney es perdido; apenas tiene tiempo para escaparse y librarse de las pesquisas de Buckingan. (*Se levanta.*) Es preciso enviar un criado á su casa; que lo busquen donde quiera que esté: si llega á poner los pies en casa de Windsor es hombre muerto. (*Voces en el patio.*) Eh! paradle... deteneos...

Besf. (*Acercándose á la vidriera.*) Qué ruido es ese? Un caballo acaba de dejarse caer en el patio; está cubierto de polvo y de espuma... no veo su ginete.

ESCENA III.

BESFORD. SIDNEY, *cubierto de polvo en el mayor desórden, arrojándose dentro de la habitacion;* LA DUQUESA.

Sid. Ya era tarde! (*A Besford.*) Ah! Besford, Besford, si me hubieras esperado!

Besf. (*Alargándole la mano.*) Qué quereis? Para hacer tiempo... (*A Sidney, que repara en su brazo.*) No es nada.

Sid. Overbury ha pagado cara esa herida.

Besf. Le habeis muerto?

Sid. No, pero tendrá que hacer cama algunos meses.

Besf. Ah! pobre togado; mucho lo siento: le estimo, le quiero. Mas pensemos en vos. Cuán dichoso soy volviéndoos á ver, amigo mio. Temia que hubiéseis vuelto á vuestra casa; ignorais sin duda cuanto pasa.

Sid. No, acabo de saberlo en este mometo.

Besf. Y qué? Ya no estais seguro en Inglaterra; vais á partir. Os salvaremos; á lo menos asi lo espero: esperadme algunos minutos.

Sid. Qué haceis milord? Y vuestra herida?

Besf. Eh! Bagatela. En este momento no pienso mas que en En vos. Os dejo con la duquesa.

Duq. Milord; permitidme que me retire: estoy tan mala!

Besf. Esperad un momento siquiera; haced compañia al conde, os lo ruego: un instante no mas. Por mi!

ESCENA IV.

SIDNEY. LA DUQUESA.

Duq. (*Aparte despues de un largo silencio.*) Qué tormento Dios mio!

Sid. (*Sin mirar á la duquesa, y con la mayor reserva.*) Cuánto he temblado por vos, milady! Pudisteis salir sin ser vista?

Duq. (*Del mismo modo.*) Sí, conde, sí.

Sid. (*Despues de otra pausa.*) Cuánto he sufrido en estas dos horas!

Duq. (*Casi fuera de si.*) Y yo, Dios mio, y yo!

Sid. Si hubiera sido mas peligrosa la herida de Besford, no me hubiérais vuelto á ver jama .

Duq. Lo creo, señor conde.

Sid. Perdonadme si he venido hasta aqui para informarme de la verdad. Ahora que ya no corre riesgo alguno, que ya no tiemblo por nadie, me alejo sin quejarme, sin vacilar, y solo me llevo conmigo la memoria de este momento.

ESCENA V.

SIDNEY. UN CRIADO LA DUQUESA.

Criado. Un hombre que no quiere decir quien es desea hablar á mi señora la duquesa.

Duq. (*Con viveza.*) Que entre.

Sid. Me retiro. Adios, milady.

ESCENA VI.

SIDNEY. WILLIAMS. LA DUQUESA.

Sid. Willians, eres tú?

Vil. Vos aqui, señor conde. A lo menos podeis salvaros todavia. Lo sabiais pues todo?

Sid. Sí; pero á mí es á quien debes entregar ya el depósito que te he confiado. Perdonad, milady; es una carta inútil ya en este momento. Dámela.

Vil. No está ya en mi poder, señor conde.

Sid. Qué dices?

Vil. Precisamente os suponia yo informado de esto. Una hora hace que una compañia de arcabuceres ha invadido vuestra casa. Os han buscado por todas partes. Han cogido todos vuestros papeles, todos; ahora paran en manos del lord canciller. Ni uno solo he podido salvar. Solo venia aqui á saber vuestro paradero.

Sid. Todo se concluyó! En vano he pugnado por eludir mi destino.

Vil. Pero señor conde...

Sid. Déjame, sal; marcha te digo.

ESCENA VII.

SIDNEY. LA DUQUESA. (*El reloj marca las siete.*)

Duq. Conde, qué carta es esa de que hablais?

Sid. (*Desesperado.*) Esa carta? La escribi esta mañana antes de ir á ese desafio; era para vos.

Duq. Para mí? Y qué decia? Dios mio!

Sid. Hablaba de mi amor, del vuestro; contenia confesiones que pueden perderos.

Duq. Qué decís?

Sid. Todo está en poder del canciller, y dentro de poco estará en poder de tu marido.

Duq. Ah! me matará, sí: yo tiemblo, tiemblo...

Sid. Silencio, ó eres perdida. Escucha; solo un partido te queda, huir.

Dug. Sí. Cómo?

Sid. Juntos.

Duq. Jamas, milord.

Sid. Prepárate pues á morir aqui; pero conmigo.

Duq. Ah! me estremeceis.

Sid. Imaginas que yo consentiré en salvar mi vida mientras que esté la tuya en peligro? Prefieres la muerte? Bien; con un solo golpe nos herirá á los tres.

Duq. Ah! Sidney. Me habeis perdido.

Sid. Isabel! no gritos, no quejas hemos menester ahora.

Oyeme. Yo voy á salir de aqui. Te esperaré en la puerta inmediata de la ciudad; una hora te basta para alcanzarme; no te faltará un pretesto. No es ya mi amor quien te habla, ni exijo por él tu fuga. No; tu tio el marqués de Hamilton es gobernador de Porsmouht; te dejaré en sus brazos; él te protegerá; y yo, yo respetaré tu dolor, yo te daré el último á Dios.

Duq. Sí, yo imploraré su amparo, pero sola.

Sid. Te atreverás? Será tiempo ya? No; yo soy quien debe llevarte.

Duq. Vos, Sidney? Ah! no soy yo ya bastante culpable? (*Se oyen los pasos de Besford.*)

Sid. Una palabra mas y somos perdidos.

ESCENA VIII.

LA DUQUESA. SIDNEY. BESFORD, *y despues* UN CRIADO.

Besf. Venid, amigo mio; todo está pronto. (*Señalando la puerta de la derecha.*) Este gabinete conduce por una escalera secreta al jardin de la casa, que está inmediato á la puerta de la ciudad. Un caballo os espera: dentro de algunos minutos estais fuera de Londres.

Sid. Permitidme que os tribute un millon de gracias, milord.

Besf. El canciller espera sin duda sorprenderos en Windsor, ó en vuestra casa: mientras que sus esbirros os buscan por acá, estais ya fuera de peligro.

Un criado desde el foro. La reina envia á llamar á mi señora la duquesa.

Besf. Está bien. (*El criado sale.*) Estará acaso con cuidado por cuanto pasa: teme que os prendan. Partid, los momentos son preciosos. (*Va á abrir la puerta del gabinete.*)

Sid. (*Al oido á la duquesa.*) Tomad ese pretesto. Alcanzadme en la puerta. Sino, vengo á buscaros dentro una hora.

Besf. Vamos, amigo mio.

Sid. (*Saludando á la duquesa.*) A Dios, milady. (*Bajo.*) Dentro de una hora, ó vuelvo aqui á entregarme.

Besf. Venid. (*Sale acompañando á Sidney.*)

ESCENA IX.

LA DUQUESA.

Por fin ya estoy sola. Puedo llorar libremente. Tan feliz ayer! Y hoy envilecida! Cómo me atreveré á levantar los ojos delante de un hombre á quien se lo debe todo, á quien he engañado, y que dentro de poco me pedirá cuentas acaso de su honor que me habia confiado? Paréceme á cada punto que oigo salir de sus labios esta terrible palabra: infame! infame! Este nombre me persigue: aqui está... resonando siempre en mis oidos; yo le oigo de continuo. Oh! cuán terrible será pronunciado por el mismo. La venganza irá en pos de él. Y entonces será menester sangre... Dios mio, á vos encomiendo mi alma cuando lo sepa todo. Yo tiemblo; ya á cada instante puede descubrirse la verdad. Ah! qué horroroso suplicio!

ESCENA X.

LA DUQUESA. BESFORD.

Besf. Partió. Yo le he visto alejarse. Dentro de pocas horas estará lejos de nosotros, y en el camino que lleva no le será dificil encontrar un asilo entre sus numerosos amigos. (*Se sienta en el sillon que hay en el fondo á la derecha.*) Cuando el canciller sepa su fuga se dará á todos los diablos. Oh! á lo menos por esta vez os hemos ahorrado, señor canciller, el trabajo de erigir otro cadalso; vuestra presa se os escapa. (*Mirando el reloj.*) Al paso que llevaba ya debe haber salido de Londres; ya debe estar en campo raso. Por san Jorge! que le vayan enviando esbirros. Lleva un buen caballo. (*Levantándose.*) Ya estoy contento. Aunque hubiera sido mi mayor enemigo, hubiera hecho otro tanto; delante de la desgracia espira la venganza... Qué teneis? Qué pálida estais!

Duq. Yo, milord? El cansancio del baile; las sensaciones contrarias de este dia...

Besf. Sí, verdad es; perdonadme. Pero parece que vuestra

indisposicion se aumenta; temo que no tengais fuerzas para ir á palacio.

Duq. A palacio; sí... la reina me ha llamado.

Besf. Estoy seguro de qué está deseando veros y preguntaros. Su causa era la de Sidney, y la inquietud que esperimenta es muy natural. Desearia muy de veras que vuestra presencia la tranquilizase.

Duq. (No puedo sufrir mas.)—*(Alto.)* Permitidme, milord, que en este momento...

ESCENA XI.

LA DUQUESA. UN CRIADO *en el fondo.* BESFORD.

Criado. El capitan de las guardias de su escelencia.

Duq. (Ah! Es mi muerte!)

Besf. Ya era tiempo. Sosegaos; ya no hay riesgo. Que entre. *(El criado sale.)*

Duq. (Soy perdida, perdida!) *(Toca la campanilla; un criado se presenta por la izquierda.)*

Besf. Qué es?

Duq. *(Turbada.)* No me habeis dicho que la reina me esperaba, y que debia ir á palacio? Pues bien, milord, voy á ir, voy.

Besf. *(Mirándola.)* Cierto; os lo he suplicado...

Duq. Por eso, ya veis... que... me apresuro... *(Al criado.)* Está pronto mi carruage?

Criado. Está á las órdenes de la señora duquesa.

Duq. Ya bajo.

Besf. *(Clavando los ojos en ella.)* Parecia que estábais tan poco dispuesta á salir...

Duq. *(Con timidez.)* Me quedaré si me lo mandais.

Besf. *(Despues de una pausa.)* No, no; partid. *(Sale por un lado. Besford la sigue con la vista largo rato).*

ESCENA XII.

BESFORD. DRYDEN.

Dry. Su escelencia me envia, milord duque, para tranquilizaros acerca de los sucesos de ayer. El rey habia firmado vuestro perdon, y acaba de confirmarlo.

Besf. Esta es una visita que debe sorprenderme; el lord canciller no me ha acostumbrado á todas estas atenciones.

Dry. Tengo el encargo de prometeros por su parte un completo olvido de lo pasado; y se atreve á contar al mismo tiempo con la generosidad del señor duque.

Besf. Pardiez! Sir Dryden, el canciller no emplearia mas galanterías para ganarse el ánimo de una muger bonita.

Dry. Esas galanterias pueden probaros, milord, en cuanto precia su escelencia vuestra amistad. Bien sabe que érais enteramente adicto al conde de Warwik; pero os conoce demasiado para sospechar siquiera que hayais podido tener parte en sus pérfidos proyectos.

Besf. Oh! A mis ojos no es tan criminal. Pero hablemos sin rebozo, sir Dryden; el canciller me halaga, me brinda con una reconciliacion, no ha podido dar sin duda con el asilo del conde, y cree que yo se le descubriré. Pues bien, sir Dryden, decidle de mi parte que ignoro cuál sea su asilo, y si cree que está aqui, añadidle que os he dado facultades para que le busqueis por todas partes.

Dry. Vuestra palabra basta, milord. No me falta mas que entregaros este paquete que se ha encontrado en casa del conde. Su escelencia dice que no interesándole al Estado esos papeles, deben seros devueltos á vos ó á la duquesa.

Beséf. Con qué objeto? Y por qué razon? En casa del conde no podia existir ningun papel que tenga relacion alguna con nosotros.

Dry. Solo su escelencia ha abierto ese paquete. Yo no hago mas que repetir sus palabras. Tomaos la molestia de leer, milord; yo esperaré. (*Sale.*)

Besf. (*Abriendo la carta.*) Yo... en verdad... no comprendo este misterio. (*Lee.*) «Viernes á las cuatro de la madrugada. Por fin, me amais, y yo lo sé. Salió por fin de vuestros labios ese *si* que tanto tiempo he deseado, y que no me atrevia á esperar. Ah! envidie, envidie mi fortuna el que no posee mas que vuestra mano: yo poseo mas; yo soy amado. (*Pausa.*) Os volveré á ver? Oh sí; soy demasiado feliz para morir ahora.» (*Interrumpiéndose.*) Y qué? esta carta... qué interés puede tener para mí? Ignoro completamente... (*Prosiguiendo.*) «He aqui vuestro

retrato; no hace mucho que adornaba todavia vuestro brazalete; le habeis desprendido para dármele. (*Pausa.*) Habré de separarme tan pronto de él? No: no será preciso devolvéroslo; le encontraré aqui á mi vuelta, y podré llenarle de besos, como lo hago en este instante. Hasta mañana, pues, hasta mañana: lo espero.» Y luego... aqui... el retrato... (*Abre la caja.*) El suyo!.. Ah! (*Cae abrumado en un sillon.*) Es el suyo! Ella!.. era ella!.. esta noche!... Oh!... quién me diera matarla! Vamos!... esta carta, este retrato... aqui. (*Lo pone en su bolsillo.*) Quejas... lágrimas? No; sangre, sangre! (*Se levanta y se pasea con la mayor agitacion.*) Y estaba alli ella! me oia! Cielos! esto es increible! Vergüenza, oprobio sobre mí que les servia de juguete y que no los asesiné! (*Viendo á Dryden que ha vuelto á entrar por el foro.*) Qué aguardais?

Dry. Una respuesta, milord.

Besf. Y qué respuesta? No está aqui; ya os lo he dicho: no está. (*Para sí.*) Solo es á ella á quien tengo entre mis manos! Solo á ella! (*Despues de un momento que recapacita.*) Acaba de salir!... qué sospecha!... Su prisa, su turbacion... Santo Dios!... Con él... era con él... él la esperaba! (*Corre hácia la vidriera que da al patio: la duquesa aparece en el fondo en aquel mismo instante.*)

ESCENA VI.

BESFORD. LA DUQUESA. DRYDEN.

Duq. (*A Dryden.*) Se me impide la salida de orden vuestra, caballero?

Dry. Perdonadme, miladi; he debido ceñirme á mis instrucciones; no os hallabais espresamente esceptuada en esta medida general; nadie debia salir. Ahora que he desempeñado mi comision, me apresuro á dejaros en libertad.

Duq. Yo sabré quejarme á la reina, sir Dryden. Es imposible que esa prohibicion se entendiese con una muger. El canciller abusa de su autoridad. (*Da un paso para salir, pero Besford la detiene con una seña.*)

Besf. (*Sin apartar la vista de la duquesa.*) En efecto: eso es llevar al estremo las precauciones. (*A Dryden.*) Tened

la bondad de llevar mi respuesta á su escelencia, y aseguradle que el conde de Varwik no está escondido en mi casa. Si su prision importa al bien del Estado, pueden perseguirle por todos los caminos.

Duq. (*Bajo.*) Cómo? milord...

Besf. (*Id.*) Os olvidais de que les lleva media hora de ventaja.

Duq. ¡Media hora!... ya!!

Besf. Y por otra parte, eso es cuenta del canciller.

Dry. (*Saludando.*) Vuestras palabras, milord, serán fielmente repetidas á su escelencia.

ESCENA XIV.

LA DUQUESA. BESFORD. *Estan junto á la mesa.*

Besf. Soy mas feliz de lo que pensaba. Os creia ya lejos de aqui, miladi.

Duq. Sí, la reina me espera.

Besf. La reina esperará. Precisamente podeis darle una escelente disculpa; no me habia á mí ocurrido; esta misma herida que he recibido por el conde de Varwik... Su Magestad no podrá estrañar que os hayais quedado conmigo. Luego... os aseguro que estoy triste... padezco mucho; necesito alguna persona á mi lado, pero que me ame, (*Desprendiendo los adornos de la duquesa y arrojándolos en un sillon.*) y vos misma no querriais probablemente dejarme solo en este estado. (*Llama.*) Os conozco; vuestro corazon se revelaria contra semejante accion. (*Al criado.*) Que desenganchen los caballos; la señora no sale ya. (*El criado sale; Besford se sienta.*) Ah! gran necesidad tenia de veros; ahora estoy mas contento; sentaos aqui... sentaos; sino, me obligareis á estar en pie, y me fatigo mucho. (*La hace sentar.*) Ya mirais el reloj: contemplais con pena el tiempo que habeis de pasar aqui.

Duq. Ah! milord.

Besf. Estais conmigo como estariais con un marido caviloso y zeloso que tomase por diversion el oponerse á vuestros placeres. Sin embargo, habeis podido hacerme nunca semejante reconvencion? No os he dado siempre la mayor libertad?

Duq. Milord, por qué me hablais en esos términos?

Besf. (*Apoyándose en la mesa.*) La confianza que en vos he tenido ha sido siempre tan grande, y la he manifestado de una manera tan clara, que en el dia seria en vos menos crueldad matarme que engañarme. Qué es en verdad la muerte al lado del desprecio? Hé aquí, sin embargo, todo lo que podria esperar yo, si fuese engañado... el desprecio; hé aquí el premio que han conseguido otros en pago de sus atenciones. Oh! Cómo no previene y evita esta idea el adulterio! Hay en eso motivo suficiente para contener á la muger mas impudente. Entregar al ludibrio de los demas á un hombre cuyo apellido llevais, y que os ha prodigado veneracion y amor! Creeis por ventura que despues de todo eso basta con decirle *matadme y todo se acabó*? No; su venganza le satisface solo á él; pero, y ese oprobio con que habeis marcado su nombre? ese oprobio... subsiste siempre allí, siempre, y toda vuestra sangre no bastaria para borrarle.

Duq. Me asustais, milord.

Besf. Y por qué? yo creo en vuestra virtud y en el respeto que profesais á vuestros deberes, así como creo en la amistad.

Duq. Milord! sangre! no lo veis? Corre sangre de vuestra herida.

Besf. Ah! con mas abundancia corria esta mañana cuando me batia por él, cuando le sacrificaba mi existencia. Si hubiérais visto vos con cuánto placer hacia yo ese sacrificio! Oh! eso os hubiera conmovido acaso, porque yo era noble y grande en todo, os lo juro, y creo todos los corazones tan puros como el mio.

Duq. ¡Infelice!!

Besf. Podrá pagarme jamás lo que hice por él? Y me lo podrá pagar ahora, ahora que no está aquí? *(Dan las ocho.)*

Duq. (*Volviéndose hácia el gabinete con un movimiento de espanto.*) Ah!

Besf. (*Abalanzándose al gabinete.*) Cómo? En ese gabinete? Nadie! os habiais equivocado, no hay nadie. (*Vuelve á sentarse, y desde este punto no se apartan sus ojos de la puerta del gabinete.*) Bien os decia yo: contais los minutos á mi lado! Verdad es que hay ocasiones en que cada minuto arrebata consigo una esperanza y nos trae un temor; la misma hora mide para uno la alegria, y para

otro el terror y el remordimiento. Vuestro rostro empalidece á medida que el mio se anima. Estoy contento ahora, yo que hace poco estaba tan triste y tan atormentado, porque me habeis reservado una especie de felicidad... y esta felicidad yo la gozaré completamente. Paréceme un delirio, una alegria celestial, superior á las fuerzas del hombre. Vos no lo comprendeis? (*Asiéndola del brazo y sacudiéndola violentamente.*) Responded, Isabel, responded! No decís una palabra ahora.

Duq. Yo fallezco, milord, no lo veis? yo fallezco.

Besf. (*Levantándose al mismo tiempo que cae la duquesa á sus pies.*) No nos soltemos las manos; clavemos nuestros ojos sobre la misma puerta, porque entrambos esperamos.

Duq. Piedad! piedad!

Besf. (*Señalando á la puerta y volviéndose á sentar.*) Por ahí, por ahí debe venir! Nadie llega todavia. No os parece, como á mí, que á cada instante le vamos á ver? No se os figura al menor ruido que vuestro corazon va á hacerse pedazos para salir de vuestro pecho? Si esto hubiese de durar mucho moririamos aqui los dos. Pero... acaso no nos falte mas que un minuto ya. Quién sabe? Tal vez un segundo... un segundo. (*Se abre la puerta y aparece Sidney.*) Ah! él es! (*Besford se arroja sobre sus pistolas. La duquesa permanece de rodillas casi inmovil.*)

ESCENA XV.

LA DUQUESA. BESFORD. SIDNEY. *Despues* UN CRIADO.

Besf. Qué os trae aqui de nuevo, señor conde?

Sid. Nada. El hastío de la vida, el deseo de librarme de ella.

Besf. Sin duda no lo habeis meditado bastante... la muerte os espera aqui, y ya os será imposible evitarla. (*Un criado se precipita à la puerta del foro.*)

Criado. Señor duque! La casa está rodeada.

Besf. (*Sentándose.*) Ya lo veis, conde; ya es tiempo que encomendeis vuestra alma á Dios.

Sid. Voy á llevarles mi cabeza.

Besf. (*Lanzándose á él.*) No á ellos!

Criado. Ya entran, señor; ya estan aqui.

Besf. Detenedlos un instante. (*El criado sale. A Sidney se-*

ñalándole el gabinete y poniéndole una pistola en la mano.) Nosotros, por aquí. Tomad, conde.

Sid. No; dejadme.

Besf. (*Asiéndole de la garganta.*) Por allí os digo. Oh! no os escapareis! (*Le arrastra hácia el gabinete. A la duquesa, que se ha arrojado á sus plantas, rechàzándola.*) Rezad por su alma, miladi.

Duq. Ah, milord! (*Se oye cèrrar la puerta por dentro.*) Por piedad! por piedad! matadme á mí tambien! (*Se esfuerza á abrir la puerta con sus uñas.*) Nada; no hay nada con que abrir esta puerta... Oh desesperacion!... La abriré, la abriré. (*Se oyen gritos afuera de* Aqui está.) La llave, la tengo... si...

ESCENA XVI.

LA DUQUESA. DRYDEN. SOLDADOS *y* CRIADOS *que entran confusamente.*

Soldados. Aqui está!

Dry. Sacadle. (*Se oyen dos pistoletazos en el gabinete.*) De ahi han salido los tiros. Por mas que se defienda no se nos puede escapar. Conmigo todos.

ESCENA XVII.

LA DUQUESA. DRYDEN. BESFORD *saliendo del gabinete.* SOLDADOS *y* CRIADOS.

Besf. Qué quereis?

Dry. (*Con energia.*) El conde de Warwik.

Besf. (*Con frialdad.*) Se acaba de matar por librarse de vos. (*Dryden y dos soldados entran en el gabinete; los demas se dirigen hácia aquel lado, asi como los criados. Al mismo tiempo que estan clavadas en la puerta las miradas de todos, Besford se acerca á la duquesa.*)

Duq. (*Viendo la sangre de que está salpicado Besford y cayendo á sus pies.*) Ah! milord!

Besf. (*Arrojándole la carta y el retrato.*) Para vos los remordimientos y una eterna separacion. (*Dryden y los soldados salen del gabinete. Cuadro final. Cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.

MACIAS.

DRAMA HISTÓRICO EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO.

DOS PALABRAS.

Hé aqui una composicion dramática á la cual fuera muy dificil ponerle nombre. ¿Es una comedia antigua? ciertamente que no, pues ha nacido en el siglo XIX. Ciertamente que no, pues mal se atreviera á aspirar á la versificacion y sublimidad de Lope, á la gala y caballerosidad de Calderon, al estro cómico de Moreto, al donaire de Tirso, á la pureza de Alarcon. ¿Es una comedia moderna segun las reglas del género clásico antiguo? Menos. Ni es comedia de costumbres, ni comedia de carácter. Ni me propuse al imaginarla seguir las huellas de Plauto y Terencio, ni tuve al concebirla la osadia de imitar á Moliere ó á Moratin. ¿Es una tragedia como la entienden los rigorosos Aristarcos? Ni tiene la sencillez enérgica de Esquilo, ni la humilde sublimidad de Sófocles. Ni está escrita toda en verso heróico; ni es su estilo siempre altamente entonado; ni pueden reputarse sus escenas todas dignas del levantado coturno; ni son sus personages los favoritos de Melpómene. ¿Es un drama misto, de grande espectáculo, perteneciente al género bastardo introducido en la literatura á fines del siglo pasado? No hây en él grandes efectos levantados sobre débiles fundamentos, no hay escenas de imponente y charlatanesca fraseologia, no hay tempestades, no hay horrendos crímenes. Es un débil destello siquiera de la colosal y desnuda escuela de Victor Hugo ó Dumas? ¿Es un drama romántico? No sé qué punto de comparacion puedan establecer los críticos entre Antonny, Lucrecia Borgia, Enrique III, Triboulet y mi débil composicion.—¿Qué es pues *Macías*? ¿Qué se propuso hacer el autor?—Macías es un hombre que ama, y nada mas. Su nombre, su lamentable vida pertenecen al historiador; sus pasiones al poeta. Pintar á Macías como imagi-

né que pudo ó debió ser, desarrollar los sentimientos que esperimentaría en el frenesí de su loca pasion, y retratar á un hombre. Ese fue el objeto de mi drama. Quien busque en él el sello de una escuela, quien le invente un nombre para clasificarlo, se equivocará.—¿Para qué he menester un nombre?—Ojalá no se equivoque tambien quien busque en Macías alguna escena interesante, tal cual sentimiento arrancado al corazon, un amor medianamente espresado y un desempeño feliz!

MACIAS.

PERSONAS.

DON ENRIQUE DE VILLENA, *maestre de Calatrava.*
MACÍAS, *su doncel.*
ELVIRA.
FERNAN PEREZ DE VADILLO, *hidalgo, escudero de don Enrique.*
NUÑO HERNANDEZ, *padre de Elvira.*
BEATRIZ, *dueña jóven de Elvira.*
RUI PERO, *camarero de don Enrique.*
FORTUN, *escudero de Macías.*
ALVAR, *criado de Fernan Perez.*
Un page de don Enrique.
Dos pages que no hablan.
Hombres armados.

La época es uno de los primeros dias del mes de Enero á 1406.

La escena es en Andujar en el palacio de don Enrique de Villena.

ACTO PRIMERO.

Habitacion de Elvira. Puertas laterales y foro. Adorno del tiempo.

ESCENA PRIMERA.

FERNAN PEREZ. NUÑO HERNANDEZ.

Al descorrerse el telon, aparece Nuño Hernandez abriendo la puerta del foro, é introduciendo en la escena á Fernan Perez.

Nuño. Venid conmigo, el hidalgo;
en esta cámara entremos,
donde con secreto hablemos.
¿Me habeis menester en algo?

Tomad, (*Le da una silla.*) que me hareis favor.

Fernan. Me obliga esta cortesía. (*Siéntase.*)

Nuño. En esta cámara mia,
podeis hablar sin temor.
Mi hija salió de mañana,
como de costumbre tiene,
al templo; así nadie os viene
á turbar. (*Se sienta.*)

Fernan. De buena gana.
Hoy, Nuño Hernandez, espira
el plazo que me pusisteis,
en el cual me prometisteis
darme la mano de Elvira.
Un año es ya transcurrido...

Nuño. Lo sé.

Fernan. ¿Y bien?

Nuño. Seguid.

Fernan. Y vengo,
por el afecto que os tengo,
á acordar lo prometido.
Me digisteis que á Macías,
ausente, vuestra hija amaba,
y aun yo sé que le aguardaba
en Andujar estos dias.
Mas que si por buena estrella
en un año no volvia,
luego mi esposa seria
mal que le pesase á ella.
Que no ha vuelto es cosa clara;
que no ha de volver, tambien;
y el que á vos os está bien
tal boda, ¿quién lo dudara?
Vos sois tan solo un criado,
que á don Enrique servis;
si de cerca le asistis,
lo debeis á mi cuidado.
Soy su privado y su amigo,
y esto en tanto grado, Nuño,
que nada firma su puño
sin consultarlo conmigo.
Yo ademas soy caballero,
hidalgo de alta nobleza,

y acostamiento su Alteza
me da por ser su escudero.
Vos y vuestra gente toda
villanos sois, con lo que algo
se os ha de pegar de hidalgo
y de noble en esta boda.
Si sois mas rico de hacienda,
justo es que compreis con oro,
lo que ganais en decoro,
y que yo caro me venda.
Porque con villana y pobre,
por muger, no he de casarme,
que muger no ha de faltarme,
mientras el poder me sobre.
Mire pues que le conviene,
y en lenguage liso y claro,
hágame cualquier reparo,
si alguno que hacerme tiene:
que sino, la enhorabuena
hoy Andujar os dará,
y mi padrino será
don Enrique de Villena.
Decir *no* fuera mancilla;
ved que soy privado fiel,
de don Enrique, y es él
tio del rey de Castilla.
Tal vez claro en demasia
soy aqui, mas el rebozo
me escusa el poder que gozo,
que el poder de altaneria.

Nuño. Con atencion escuché,
hidalgo, vuestras razones;
que mas bien reconvenciones
me parecieron á fé.
¿Por qué agraviado os decís?
Yo cumplo lo que prometo,
y sino es otro el objeto
por que á buscarme venis,
satisfecho habeis de estar;
todo mi afecto lo allana:
y en esta misma mañana,
Fernan, os podreis casar.

Si Elvira ya no olvidó
el amor que en otros dias
sintió por aquel Macías,
haré que lo olvide yo.
Ni yo nunca al tal mancebo
quise por yerno.

Fernan. ¡Pues bravo
yerno granjeábais, que al cabo
ingenio tiene!

Nuño. Yo llevo
puesta mas alta la idea.
Tal pena pues no os aflija,
que al fin, si es muger mi hija,
fuerza es que mudable sèa;
y sino es muy bien criada,
y sea dicho entre los dos,
á no serlo; vive Dios!
que la hiciera escarmentada.

Fernan. Oh! ni eso le ha de imponer
al noble que se ha casado.
Yo os prometo que á mi lado
será honrada mi muger.
Ademas de que se suena
que el tal mozo en Calatrava,
donde en comision estaba
por el marqués de Villena
para el clavero de la orden,
se casó, ó se casa ya:
y aunque asi no fuera, acá
no puede sin contraorden
del marqués volver; y no
se le ha de enviar esta, Nuño,
pues que de mi propio puño
la tengo de sellar yo.

Nuño. En buen hora! De ese modo
á Elvira he de disponer,
y cuando hayais de volver
prevenido estará todo.

Fernan. En ser breve hareisme gusto.
y ahora pues que convenidos
estamos, y están unidos
nuestros intereses, justo

será que la confianza
haga de vos, si os parece,
que os prometí, y que merece
nuestra próxima alianza.
No ha mucho que fue nombrado
maestre de Calatrava,
que ha tiempo vacante estaba,
el de Villena llamado,
por mas bien don Enrique
de Aragon, á quien servis;
mas no sin que un tal don Luis
de Guzman se enoje y pique,
quien por ser comendador
lo pretendia al presente,
y ser próximo pariente
del buen maestre anterior.
Tiene don Luis gran partido,
y hará mas, porque le ampara
el conde de Trastamara,
y segun tengo entendido
el prelado de Toledo,
y Benavente tambien;
y es claro que bien á bien
no se saldrá de este enredo.
Alega don Luis Guzman
que don Enrique es casado;
mas este ha solicitado
el divorcio; en esto estan.
Don Enrique es ambicioso,
y á toda costa pretende
que el derecho que defiende
salga en pleito ganancioso;
á mas con la de Albornoz,
su muger, mal se llevaba,
y esta ocasion deseaba,
segun es pública voz;
asi supone y confiesa
causas ocultas, por donde
á ninguno se le esconde
que saliera con su empresa.
Pero contra ese deseo,
que todo es falso se suena,

y tambien que el de Villena
lo de Cangas y Tineo
falsamente ha renunciado
con fraude en el mismo rey
porque á la orden, como es ley,
no se adjudique el condado.
Ya entendeis que es cosa clara
que pierde la pretension,
y el favor y proteccion
que goza, si esto se aclara.
El don Luis está en Arjona,
dos leguas no mas de aqui;
y dicen que vino allí
por ver al rey en persona.
Es pues preciso que alguno
vaya presto allá, y mañoso
le proponga un medio honroso
que zanje el pleito importuno.
Por lograr designio tal
Villena le hará cesiones
en sus mismas posesiones
que no han de sonarle mal;
y si vos entrais en eso
con don Enrique hablareis,
y de él mismo tomareis
instrucciones de mas peso.
Que á ninguno conocemos
en esta sazon los dos
mas útil y apto que vos
para el fin que pretendemos.
Y os advierto que si acaso
sale mal vuestra embajada,
aunque fuese á mano armada
hemos de salir del paso.
Ved pues si os conviene á vos
este encargo, y si el secreto
sabreis guardar.

Nuño. Yo os prometo
que no riñamos los dos.

Fernan. Está bien; y esto ha de ser
hoy mismo, pues sin demora
á Toledo hay que ir ahora,

donde el rey piensa volver,
luego que en Madrid se acabe
el alcázar que hace allí.

Nuño. No estaba en Sevilla?

Fernan. Sí.
Mas vuelve, segun se sabe;
que ha caido en la catedral
un rayo estando él en ella;
y dicen que es mala estrella
del rey, y que grave mal
le presagian para este año
dos astrólogos de nombre.

Nuño. Y el tal rayo hirió algun hombre;
ó hizo por ventura daño?

Fernan. Hizo poco.

Nuño. Cosa estraña!

Fernan. Herir á nadie, no hirió;
mas descompuso el reloj
que es el único de España.
Hay pues que ir hasta Toledo,
y no hay tiempo que perder....

Nuño. Está bien: hoy se ha de hacer,
y yo en el encargo quedo. (*Se levantan.*)
Decidlo asi á Don Enrique.

Fernan. Y á mas...

Nuño. A Elvira he de hablar,
y ya os puedo asegurar
que haré que no me replique.

Fernan. Pues á Dios.

Nuño. No, deteneos.
Alguien llega aqui. Ellas son.
Ved que dichosa ocasion.
No os vayais; aparte haceos.
De su labio habeis de oir
la respuesta que me dé.

Fernan. Feliz acaso!

Nuño. Yo sé
que contento habeis de ir.

ESCENA II.

FERNAN PEREZ. NUÑO. HERNANDEZ. ELVIRA. BEATRIZ.

Los dos primeros se han hecho algo atras, y hablan entre si sin oirlas. Elvira y Beatriz se quitan los mantos al entrar, y hablan los primeros versos sin verlos.

Beatriz. Llega, señora; y en casa
desahoga tu dolor.
Llora el desdichado amor
que el tierno pecho te abrasa.
Que aunque te cubriera el manto,
no faltó quien lo advirtiera en la misa.
Elvira. Suerte fiera!
Beatriz. No darás treguas al llanto?
Elvira. No he de llorar desdichada!
si ya no vuelve Macías,
y dentro de pocos dias
por mi palabra empeñada
vendrá Hernan Perez?
Beatriz. Señora,
ved que os oyen. Aqui estan.
Elvira. Ah! Cómo oculto el afan
que el corazon me devora?
Nuño. Nos vió ya. (*A Fernan.*)
Fernan. Llegad. (*A Nuño.*)
Elvira. Señor! (*A Nuño.*)
Nuño. Elvira, hija mia!
Elvira. Aqui
vos tan de mañana?
Nuño. Sí:
y acreditarte el amor
vine, que siempre te tuve.
Hoy se cumple...
Elvira. Ya os entiendo! (*Con dolor.*)
Nuño. No me pesa. Aqui estais viendo
al noble hidalgo que os sube
á tanto honor.
Fernan. Tan hermosa
sois, asombro del sentido,

que le tuviera perdido
si vuestra mano preciosa
no anhelara.

Elvira. (*Contristada.*) Sois por cierto
muy galan.

Fernan. Y vos muy bella.

Elvira. (¡Maldita belleza! Estrella
maldita mia!)

Fernan. Qué advierto?
Os turbais?

Nuño. (*A Elvira.*) (Repara, mira...)

Elvira. No es nada: el gozo... (Beatriz, (*Violentándose.*)
sostenme: ay de mí! infeliz!)

Nuño. (Qué es esto? Pazdiez!) Elvira,
vos misma el plazo os pusísteis
de un año, y...

Elvira. (Ay! quién creyera
que en un año no volviera!)

Nuño. Vos la palabra nos disteis...

Elvira. No hableis mas, señor, en eso;
si mi palabra empeñé,
mi palabra cumpliré.
(Y aunque muera, ingrato!)

Nuño. (Un peso
grave me quitó.) Ya vos (*A Hernan Perez.*)
lo escuchasteis de su boca.

Fernan. A mí lo demas me toca.
Descuidad: presto por Dios
volveré. (*A Elvira.*) Vos en mi priesa
si estimo conocereis
lo dichoso que me haceis.

Elvira. (*Reprimiéndose.*) Id con Dios.

Nuño. (*Acompañándole á la puerta.*) Los dos á vuesa
merced quedamos atentos.

Fernan. Quedaos. Vuestra atencion
sobra.

Nuño. Oh! ya es obligacion.

Fernan. Remitid los cumplimientos. (*Vase, despidiéndole á Nuño á la puerta. Elvira al ver marchar á Fernan Perez le sigue con la vista, y cuando ya ha salido se arroja sobre un sillon inmediato y rompe á llorar. Nuño vuelve.*)

ESCENA III.

ELVIRA. BEATRIZ. NUÑO.

Elvira. Qué esto me suceda! Ingrato!
Beatriz. Señora, templad el lloro.
Elvira. Ah! en balde por mi decoro
de ahogarle en el pecho trato.
Nuño. (*Viéndola.*)
¿Qué es esto? (*A Beatriz.*) Vos, despejad.
Presto.
Elvira. Dejadme el consuelo
que su cariño y su zelo
me prestan, y perdonad
si os lo ruego.
Nuño. (*A Beatriz.*) Idos.
Elvira. (Qué empeño
de hablarme á solas!!)
Nuño. (*A Beatriz.*) ¿Qué haceis,
que no os vais? No obedeceis?
Beatriz. (*A Elvira.*) Señora!
Elvira. (¿Qué airado ceño!)
Vete ya. (*A Beatriz.*)
Nuño. (*A Elvira.*) Y por qué antes no?
Esto con mis gentes pasa?
Elvira. Como es mi dueña...
Nuño. En mi casa.
nadie manda mas que yo.

ESCENA IV.

ELVIRA. NUÑO.

Elvira echa una ojeada de dolor á Beatriz, que desaparece lentamente: se levanta y queda apoyada con una mano en el sillon y enjugándose con la otra las lágrimas, qué trata de reprimir con un esfuerzo violento. Nuño Hernandez, cruzado de brazos, parece esperar á que rompa el silencio, ó reconvenirla con el suyo. Elvira se acerca en fin, y cogiendo las manos de Nuño dice los versos siguientes.

Elvira. Basta, señor; mi llanto reprimiendo,
alegre faz le mostraré. (Dios mio!)
Tan solo un mes os pido, porque pueda
el agitado espíritu...

Nuño. Imposible!
Mas plazos me pedis? Hoy, sin remedio...

Elvira. Qué escucho, Santo Dios?

Nuño. Y bien, qué esperas?
Piensas que aunque por fin cumplido el plazo,
ese tan tibio amante perezoso
pidiéndome tu mano me ofreciera
los tesoros de Creso, la palabra
que dí solemnemente olvidaria,
y en la boda mi honor consentiria?
En fin, ya de una vez, hija, es forzoso
decirlo todo aqui. Qué de ese enlace
descabellado esperas? El mancebo
quién es, y cuáles timbres, qué blasones
le ilustran á tus ojos?

Elvira. Y yo acaso
nací, señor, princesa?

Nuño. Mas qué bienes
son los suyos, Elvira? Caballero,
y no mas? Hombre de armas, ó soldado?
Mal trovador, ó simple aventurero?

Elvira. Eso no! — Si no os place, nunca, nunca
me llamará su esposa, ni cumplida
veré jamas tan plácida esperanza.
Pero al menos sed justo (sus virtudes,
su ingenio, su valor, sus altos hechos)
no desprecieis, señor: dónde estan muchos
que á Macías se igualen, ó parezcan?
De clima en clima, vos, de gente en gente
buscadlos que le imiten solamente.
Su ardimiento? Vos mismo no le vísteis
há un año, poco mas, en Tordesillas
los premios del torneo arrebatando,
cuando el rey don Enrique el nacimiento
celebraba del príncipe? Cuál otro
mas sortijas cogió, corrió mas cañas?
Quién supo ı b rro en la carrera
ı ?



otro amor reinará que el de Macías?»
Aun era tiempo entonces. Yo al hidalgo
contestára resuelto: «Fernan Perez,
escusad vuestro amor, y no adelante
paseis en esperanzas; nunca Elvira
vuestra esposa será.» No consintiera
Fernan Perez al menos. Cuántas veces
os recordé los riesgos que esa loca
temeraria imprudencia causaria!
Buscáramos la dicha y el contento
del cortesano estruendo separados
en nuestro patrio hogar. Tú, Elvira, entonces
allá feliz con tu feliz esposo,
del mundo retirada, gozarias
de ese implacable amor.

Elvira. Ah padre mio!

Nuño. Ora yo envuelto en bandos y disturbios,
do quiera que me aparte de Villena,
allí el peligro. Y si aun ayer llegara
ese mozo infeliz que te enamora,
pudiera ser que entonces Fernan Perez
al pacto se ciñera; mas en vano,
en vano le esperastes, y ora, Elvira,
es fuerza, ó dar tu mano al noble esposo,
ó al rencor esponernos y á la ira,
y á la venganza atroz de un poderoso.
Él mismo aquí lo dijo...

Elvira. Padre mio!
Si yo imprudente fui, si harto confiada,
eso lloro, no mas: y ya imposible
me fuera no llorar: mas mis promesas
sabré cumplir...

Nuño. Y juzgas que llorando,
turbada, sin amor, violenta, fria,
te verá con placer, y al pie del ara
te arrastrará por fuerza el noble hidalgo?
Tan necio le imaginas por ventura?
Inútil esperanza! No; en su enojo
del desprecio irritado que en tí viere,
mil trazas buscará para ofendernos.
Do su poder no alcanza? Perseguido,
si no muero á sus manos, donde quiera...

Elvira. Basta, señor; mi llanto reprimiendo,
alegre faz le mostraré. (Dios mio!)
Tan solo un mes os pido, porque pueda
el agitado espíritu...

Nuño. Imposible!
Mas plazos me pedis? Hoy, sin remedio...

Elvira. Qué escucho, Santo Dios?

Nuño. Y bien, qué esperas?
Piensas que aunque por fin cumplido el plazo,
ese tan tibio amante perezoso
pidiéndome tu mano me ofreciera
los tesoros de Creso, la palabra
que dí solemnemente olvidaria,
y en la boda mi honor consentiria?
En fin, ya de una vez, hija, es forzoso
decirlo todo aqui. Qué de ese enlace
descabellado esperas? El mancebo
quién es, y cuáles timbres, qué blasones
le ilustran á tus ojos?

Elvira. Y yo acaso
nací, señor, princesa?

Nuño. Mas qué bienes
son los suyos, Elvira? Caballero,
y no mas? Hombre de armas, ó soldado?
Mal trovador, ó simple aventurero?

Elvira. Eso no! —Si no os place, nunca, nunca
me llamará su esposa, ni cumplida
veré jamas tan plácida esperanza.
Pero al menos sed justo (sus virtudes,
su ingenio, su valor, sus altos hechos)
no desprecieis, señor: dónde estan muchos
que á Macías se igualen, ó parezcan?
De clima en clima, vos, de gente en gente
buscadlos que le imiten solamente.
Su ardimiento? Vos mismo no le vísteis
há un año, poco mas, en Tordesillas
los premios del torneo arrebatando,
cuando el rey don Enrique el nacimiento
celebraba del príncipe? Cuál otro
mas sortijas cogió, corrió mas cañas?
Quién supo mas bizarro en la carrera
hacer astillas la robusta lanza?

Elvira. Señor!
Nuño. O elige
mi eterna maldicion!!...
Elvira. Ah! no; yo esposa
de Hernan Perez seré.
Nuño. Vuelve á los brazos
de tu padre, que aun te ama y te perdona.
Ni qué otra cosa hicieras, hija mia,
que mejor te estuviese? Por ventura
pasar en llanto eterno resolviste
tu juventud brillante, marchitada,
en triste desamparo sumerjida
por desprecios del falso que te olvida?
Merece ni una lágrima ese noble,
cuya virtud ensalzas y pregonas,
que al juramento falta y á su dama?
Elvira. Piedad de mí, por Dios!
Nuño. Y es caballero?
Cuando tu propio padre y tu fortuna
le inmolabas ay triste! no sabias
que en Calatrava, acaso, está con otra
ya casado ese pérfido Macías?
Macias. (*Fuera de sí.*) Casado? Y lo sabeis vos?... Santo cielo!
Nuño. Nadie lo ignora en el palacio, y...
Elvira. Nadie?
Y posible será? Mas ay! qué dudo?
Ni qué prueba mayor que su tardanza?
Si no fuese verdad, vivir pudiera
lejos de Elvira un año? Es cierto? Y estos
tus juramentos son, tu amor ardiente?
Otra muger! ah! Presto, padre mio,
mis bodas disponed; ya á vuestra hija,
no tan solo obediente, mas gozosa,
y aun alegre vereis. Ah! Fementido!
Ya quiero á Fernan Perez, ya le adoro.
Presto, corred, buscadle, referidle
mi despecho, señor, y esta mudanza;
que su esposa seré, que ya el contrato
puede cerrarse al punto, luego, ahora...
Nuño. Hija querida!
Elvira. O cuánto tarda, cuánto
el instante feliz de la venganza!

(*Se enjuga las lágrimas rápidamente afectando serenidad.*)

Nuño. Si, sí, cálmate, Elvira, que ninguno
los surcos de tus lágrimas conozca.
Tú á la vida me vuelves, hija mia;
corro á anunciarle tan alegres nuevas
al hidalgo; tú en tanto...

Elvira. A mi cuidado
dejad vos lo demas, y á mi deseo;
que á vuestra vuelta pronto hácia el sagrado
altar yo volaré del himeneo. (*Vase Nuño, y Elvira se arroja sobre un sillon como abismada.*)

ESCENA V.

ELVIRA. (*Se levanta y va hácia la puerta del foro.*)

Esperad... tened... Partió!
Mas qué dudo todavia? (*Vuelve.*)
Aun no estoy resuelta yo?
Aun he de adorarle? No.
Vengarme es el ansia mia.
El saber que por tí lloro
no ha de darte gozo al menos:
que aunque tu memoria adoro,
nunca el pesar que devoro
dirán mis ojos serenos.
Pérfido! Cruel!—Beatriz!—(*Llamando.*)
Y yo un año le esperé?
Ni sé qué piense, ni sé
qué determine: infeliz!
Nunca vi tan poca fé.

ESCENA VI.

ELVIRA. BEATRIZ.

Beatriz. Señora!

Elvira. Ve; presurosa
prepáralo todo... Oh saña!
preven mis galas, gozosa;
no haya doncella en España
mas galana y mas hermosa.

Beatriz. Qué novedad?
Elvira. A otra quiere,
y tal vez casado está!
Beatriz. Quién, señora?
Elvira. Quién será,
sino el traidor?
Beatriz. Qué profiere?
Macías casado? Habrá
hombre tan pérfido? Apenas
creo lo que oyendo estoy.
Elvira. Mas no importa: mis cadenas
ya rompí: fuera mis penas!
Yo me caso tambien hoy.
Beatriz. Vos os casais?
Elvira. Sí, abrasada
muero de zelos!
Beatriz. Advierte...
Elvira. Ya, Beatriz, no advierto nada.
Véame tambien casada,
y venga despues la muerte! (*Entranse por la derecha.*)

ACTO SEGUNDO.

Cámara de don Enrique de Villena. A la derecha puerta por donde se va á la iglesia, ó capilla del palacio: en el foro salida afuera; á la izquierda comunicacion con las demas habitaciones de palacio. Mesa, escribanía, libros, papeles, reloj de arena, instrumentos de matemáticas, química &c.

ESCENA PRIMERA.

DON ENRIQUE. RUI PERO. DOS PAGES.

Los pages acaban de vestir á don Enrique y se retiran á una seña que les hace: este está de gala con la cruz roja de Calatrava y espuela dorada. Rui Pero está algo retirado.

D. Enrique. (*Abriendo una carta.*)
Hola Rui, mi camarero! (*Llega este.*)
Y quién me trajo esta carta?
Rui. Un recadero de la orden
que viene de Calatrava.
(*Hace seña don Enrique, y se va Rui Pero por la derecha.*)

ESCENA III.

DON ENRIQUE.

Del clavero es. (*Lee.*) «Gran maestre,
y señor: salud y gracia...
Conforme á lo que en tus letras,
con tu criado me mandas,
ya de aqui salió Macías;
y siguiéndole mis guardas,
tomó en efecto el camino
que va á la villa de Alhama.
Tus cartas envié á Manrique,
y yo no sé si observadas
serán tus órdenes luego;
pero tú con fácil traza
podrás saber de la muerte

de Macías nuevas claras
antes que yo las remita,
pues tanto en la judiciaria
eres docto, si en tus líneas
por su horóscopo las sacas...
(*Arroja la carta con despecho sobre la mesa.*)
Vulgo estúpido, ignorante!
Yo dado á la nigromancia?
Yo astrólogo? Yo adivino?
Yo docto en la judiciaria?
Solo porque ven mas libros
reunidos en mi casa
que en todo el reino? Y acaso
no pueden ver lo que tratan?
Mas qué digo? Hay por ventura
quien pueda entenderlos? Gracias
si seis ú ocho cortesanos
en toda la corte se hallan
que sepan firmar, ó dicten
en mal romance una carta.
Dónde existen los hechizos?
Qué son? Díganme. Pagara
mis estados de Tineo
por ver uno! Qué? A la humana
condicion fue dado el orden
romper que puso la causa
primera en el universo?
Y ese espíritu que llaman
maligno, puede en el mundo
hacer bien, ni mal? Me holgara
de saber en dónde habita,
y verle á alguno la cara!
Donosa locura es esta!
Pueblo bárbaro, me infamas?
De un caballero cristiano
tan necias hablillas andan?
Porque sé de astronomía?
Mas esa opinion me valga.
Algun dia, vulgo necio,
me servirá tu ignorancia.
(*Viendo volver á Rui Pero por la derecha.*)
Rui Pero!

ESCENA III.

DON ENRIQUE. RUI PERO.

Rui. Señor!
D. Enrique. Qué hay de eso?
Rui. Todo está pronto.
D. Enrique. Pues anda;
diles á Nuño y á Elvira
que solo á los dos se aguarda.
Y á Fernan Perez Vadillo...
Rui. Él se dirige á esta sala. (*Vase Rui Pero por la izquierda, entra Fernan por el centro.*)

ESCENA IV.

DON ENRIQUE. FERNAN PEREZ. (*De boda.*)

Fernan. Gran Señor!
D. Enrique. A Dios, Fernan.
Fernan. Antes de todo las gracias
te doy por tantas mercedes
con que me honras y me ensalzas.
D. Enrique. Con esas mercedes gusto
de mostraros la confianza
que hago de vos; ya os lo dige,
que en cuanto el punto llegara
de casaros, yo el padrino
de la boda ser deseaba.
Solo un deber desempeño
al cumpliros mi palabra.
Vos en cosas me servís,
Fernan, de tanta importancia,
que nadie servirme en ellas
pudiera si vos faltárais.
El secreto sobre todo...
Fernan. En mi cuidado descansa.
D. Enrique. Nada temo en vos... mas... Nuño...
Fernan. Disipa esa desconfianza.
Hasta hoy tambien yo mismo
de su amistad sospechaba.

Mas hoy en el darme su hija
me mostró bien á las claras
que cual tu poder conoce
de esta boda las ventajas.
Nada temas.

D. Enrique. En buen hora!
Vive Dios que si faltara!
Mas cómo cedió tan pronto
Elvira?

Fernan. Las voces vagas
que esparcí yo mismo há dias
de que tal vez se casara,
ó casado ya estuviera
Macías en Calatrava,
le hice saber.

D. Enrique. Bien! Por cierto
no vendrá á desaprobarlas!
Recorred sino esas letras
que recibo esta mañana,
(*Coge la carta y se la dá.*)
en que dicen que Macías
salió de allí para Alhama,
junto á Lorca, donde al moro
Pedro Manrique hace cara.
(*Recoge la carta Fernan Perez de Vadillo.*)
Y ya le escribí á Manrique,
que en las mas fuertes batallas
y en los riesgos más dudosos
que ocurriesen le empleara.
Y si de tantos peligros
por dicha suya se escapa
no le ha de valer tampoco;
pues yo lograré que vaya
(*Vuelve á tomar la carta y la guarda.*)
con Rui Perez de Clavijo
á la famosa embajada
que al gran Tamorlan de Persia
presto envia el rey de España.

Fernan. Ni yo he de temer su vuelta
con tal que la boda se haya
terminado, que yo haré
á mi muger bien casada.

Además que será fuerza
que ella con placer lo haga,
pues no hallará otro remedio
siendo mia y en mi casa.
Ni menos de vos recelo
le volvais á vuestra gracia.

D. Enrique. Eso nunca, que aunque un tiempo
le quise bien, mal pagára
mi amistad, pues cuando quise
darle á él la delicada
comision de mi divorcio,
negándose á mi demanda
trató de afear mi accion,
como si en vez de mandarla
á un inferior, de sus años
yo loco me aconsejara.
Y queriendo yo obligarle
por ser doncel de mi casa,
de doña María Albornoz,
mi muger, tomó la causa;
tanto que, á seguir en ella,
perdiera yo mi demanda,
pues supo presto mañoso
del rey cautivar la gracia.
Necio prefirió á mi amparo
el ser campeon de las damas!
Esta ofensa vive Dios!
que no tengo de olvidarla.
Y pues no quiero en su sangre
manchar yo mi propia espada,
al menos de que muriera
contra los moros me holgara.
Es insufrible su orgullo,
y hasta su honradez me enfada,
pues no ha menester mi estirpe
que venga ninguno á honrarla.
Yo sé tambien ser honrado
cuando conduce á mi fama.
A su impetuoso carácter,
á su indomable pujanza
opondré el poder, y cierto
no hacen sus servicios falta.

Vos servis mejor.

Fernan. Lo tengo
á honra, señor, y á gala.

D. Enrique. Sé vuestro zelo, y tan solo
quiero que mireis si es franca
la amistad de Nuño...

Fernan. Pienso
que esta boda nos la afianza.

D. Enrique. Está bien, que he de fiarle
cosas de grande importancia.
Él viene aqui con Elvira.
(Llegó el logro de mis ansias.)

ESCENA V.

DON ENRIQUE. FERNAN PEREZ. NUÑO. ELVIRA, *de boda.* BEATRIZ. RUI PERO. TRES PAGES. ALVAR. &c. *Todos de gala.*

Nuño. Permite, príncipe ilustre,
á quien de grande la fama,
de sabio y de generoso
entre los grandes alaba,
permite que reverente
por la honra á que le ensalzas,
por la merced que hoy recibe,
Nuño te bese las plantas,
que es noble en lo agradecido,
sino en la alcurnia preclara.

D. Enrique. Muy agradecido os quiero,
Nuño...

Nuño. Estad seguro...

D. Enrique. Basta.

(*Le habla bajo: entra Elvira y los demas.*)

Elvira. (*A Beatriz al entrar.*)
Ay! Beatriz, que ya del pecho
se quiere salir el alma!
Mientras la hora mas se acerca
mas los ánimos me faltan.

Beatriz. Repara... *(Bajo á Elvira.)*

Elvira. No temas; que ora (*Id. á Beatriz.*)
fuerzas me da la venganza.

Gran señor... (*A don Enrique.*)

D. Enrique. Venid, hermosa
y discreta Elvira. El ara
prevenida, ya hace rato
que á los esposos aguarda.

Elvira. (Ay infeliz!)

D. Enrique. Id; ya os sigo.

Nuño. Elvira!

Elvira. Señor, descansa, (*Id. á Nuño.*)
en mis promesas. (Ay, cielos,
pueda mas la honra agraviada!)

(*Fernan Perez da la mano á Elvira, que vuelve la cabeza escondiendo sus lágrimas con su pañuelo. Se entran, seguidos de Beatriz y Alvar.*)

D. Enrique. Rui Pero, aquellos papeles (*A Rui Pero.*)
que dejo esparcidos guarda,
que es el arte que le escribo
de trobar en *ciencia gaya*
á don Iñigo Mendoza,
el marqués de Santillana.

(*Sale con Nuño y dos pages. Queda Rui Pero y un page. El primero va á guardar los papeles que el segundo observa.*)

ESCENA VI.

RUI PERO. PAGE.

Page. Este nuestro amo, pardiez,
que es un estraño señor.

Rui. Por qué?

Page. Dicen... mas mejor
será callarlo esta vez.

Rui. Qué dicen?

Page. Dicen... Mirad:
yo no sé escribir corrido;
mas he visto... y parecido
á ese papel, en verdad...
no vi nada... Esos diversos
renglones; y de esa suerte...
Ved qué lineas!... mala muerte
si...

Rui. Callad! Estos son versos.

No sabeis que es trovador?
Y no visteis trovas?

Page. Ah!
Pero dicen tambien...

Rui. Bah!

Page. Que es un grande encantador

Rui. Page!

Page. Escuchadme un momento.
Si á la noche, cuando todo
quieto está, vierais el modo
con que por este aposento
discurre solo y pasea;
oh! se me eriza el cabello
solo de pensar en ello:
y quereis vos que no crea?...
Anda apriesa, como un loco,
párase trechos; medita,
blande no sé qué varita,
y hablando bajo algun poco,
ó las estrellas del cielo
mirando, con una pluma
escribe á ratos, y en suma,
forma cercos en el suelo,
que acaso encantos serán...

Rui. Y qué son encantos?

Page. Oh!
Vos no lo sabeis?

Rui. Yo?... no.

Page. Algun dia os lo dirán.
Yo por mí, me voy; os hablo
con claridad; no me alcance
su magia; porque ese es trance
en que tiene parte el diablo.
No quiero yo que me hechice.
Mi salvacion es primero.
Porque si él es hechicero,
como la gente lo dice,
y si sabe alzar figura,
no doy por mi alma un cornado.

Rui. Calle; ó morirá quemado
si da en tan necia locura.
Mucho vino del de Toro

habrá sin duda bebido
el deslenguado. Atrevido!
Mala lanzada os dé un moro!
Dejad ya bachillerias,
page, y mirad quién asi
(Mirando á la puerta del foro.)
llega sin licencia aqui,
ni venias, ni cortesias. *(Se asoma el page.)*

Page. Y en la cámara se mete.

Rui. Vive Dios que es hombre franco!

Page. Y armado de punta en blanco,
que parece un matasiete.

ESCENA VII.

RUI PERO. PAGE. MACÍAS. FORTUN.

(Macias viene armado á uso del siglo XIV, todo de negro, penacho, y calada la visera: Fortun viene armado tambien, pero mas á la ligera.)

Page. Buen talle y bella postura!

Macias. Hasta aqui, Fortun, entremos, *(A Fortun.)*
donde á alguno preguntemos.

Rui. (Cierto, es gallarda figura!
Bueno es que aqui no se quede.)
Quién es, decid, el osado
que á esta cámara se ha entrado
sin pedir venia?...

Macias. Quien puede.

Rui. De la casa sois acaso?...

Macias. Y familia de Villena.

Rui. Algun doncel?...

Macias. Tal vez!

Rui. (Buena
traza! Si fuese... mas acaso
imposible es...)

Macias. Responded.
Don Enrique, donde está?

Rui. Fuera de aqui.

Macias. Tardará?

Rui. Puede ser.

Macias. Haced merced
de decirle...
Rui. Vuestro nombre
direis primero.
Macias. No á vos.
Rui. A mí solo no? (Por Dios,
desenfado gasta el hombre!)
Ved que acaso tardaré,
y él tambien. Salid afuera....
Macias. Discurríd de qué manera
he de salir.
Rui. Le diré?...
Macias. Direisle que un caballero
que de Calatrava viene,
y á quien mucho estima, tiene
que hablarle.
Rui. Bien; mas primero
salid...
Macias. Ya os dije que no;
inútilmente pugnais.
Ved mas bien si presto vais.
Ya lo que he de hacer sé yo.
Rui. (Fuerza es dar á don Enrique
aviso.) (*Bajo al page.*)—Esperadme á mí,
vos, page.— (Quédese aqui!)—
Vuestra merced no se pique,
que como tiene calada
la visera, de ignorante
es la ofensa...
Macias. Id adelante,
que la llevais perdonada. *(Vase Rui Pero.)*

ESCENA VIII.

MACÍAS. FORTUN. PAGE.

Macias. Qué haceis vos aqui? *(Al page.)*
Page. Quedarme.
Macias. Para qué? de vandoleros
tenemos trazas?
Page. No sé.
Macias. Idos fuera.

Page. Bien, por cierto!
De fuera vendrá...
Macias. Qué dice?
Page. Nada he dicho. (*Yéndose.*) Pues es bueno
que nos mande...
Fortun. Pagecillo,
os manda quien puede hacerlo.
(*Vase el page á la cámara inmediata, donde se le ve de cuando en cuando pasear de una parte á otra.*)

ESCENA IX.

MACIAS. FORTUN.

(*Alzándose la visera.*)
Macias. Por fin llegamos, Fortun.
Fortun. Pluguiera á Dios fuese á tiempo!
Nada entonces importara
haber los caballos muerto
galopando noche y dia,
ni traér molidos los huesos,
ni...
Macias. A tiempo, Fortun, llegamos.
Como imaginé, mi objeto
se logró de que ninguno
me conociese en el pueblo
antes de que á don Enrique
hable y vea; porque temo
que si me viera Hernan Perez,
ó algun su amigo ó su deudo,
estorbaran, como suelen,
mis osados pensamientos.
Fortun. Hernan Perez fue sin duda
quien al marqués persuadiendo,
hácia la villa de Alhama
te envió por tenerte lejos.
Macias. Sí: y yo sé que en el camino,
por ver si á Alhama en efecto
pensábamos ir, gran rato
sus parciales nos siguieron:
y asi, quise deslumbrarlos
dando tan largo rodeo.

Fortun. Mejor es que no te esperen.
Macias. El maestre mucho menos,
pues sabe que sin su venia
venir donde está no suelo;
pero habrá de perdonarme,
que esta vez sin ella vengo.
Fortun. Mas hoy no se cumple el plazo?
Macias. Hoy cumplió; mas qué? tan presto?
casarse dejara Elvira?
Pudiera olvidarme?
Fortun. Cierto
que las mugeres...
Macias. Fortun!
Clávame antes en el pecho
un puñal que eso me digas.
Fortun. Si asi fuese...
Macias. No lo temo
de mi bella. Elvira ingrata?
No es posible.—Antes el cielo
me confunda que eso vea!
Fortun. Mas qué mucho que ella, viendo
que tú te tardas?...
Macias. Bien sabes,
Fortun, con cuántos pretestos
me detuvo en Calatrava
el fementido clavero.
Bien sabes, Fortun amigo,
que alli me ha tenido preso,
y que acaso no saliera
de su poder, no fingiendo
haber á Elvira olvidado
por otros amores nuevos.
De suerte que al fin, Fortun,
recordando tantos riesgos,
aun haber llegado hoy mismo
por grande dicha lo tengo.
Fortun. Quiera Dios!...
Macias. Qué ha de querer,
sino que al mäestre luego
le hable yo, y que al fin estorbe
de Vadillo los deseos?
No es tanto el favor que goza

que estando en el mismo pueblo
me ofenda sin que mi saña
castigue su atrevimiento.
No vengo yo desarmado,
y sabré oponer mi acero
á los tiros de su lengua,
poniendo á su audacia freno.
Si presume que á mi Elvira,
mi vida, mi bien, mi cielo,
porque oculté mis amores,
impunemente le cedo,
ya probará lo contrario
ese valido hidalgüelo
cuando le arranque la lengua,
y el vil corazon del pecho.
Algun resto de amistad
en el de Villena espero,
por mas que su proteccion
me haya quitado hace tiempo.
Al fin es señor, y es noble,
y es grande, y es caballero,
y Aragon, que en esto solo
dicho está todo lo bueno.
Aunque fuera mi enemigo,
fuéralo por nobles medios.
Él hará que remitamos
nuestros agravios al duelo
el hidalgo y yo.

Fortún. Eso quieres?

Macias. Con eso estoy satisfecho.
Quién á Elvira ha de quitarme
combatiendo cuerpo á cuerpo?

Fortun. Repara que alguien se acerca.
No sientes ruido?

Macias. Escuchemos.
Don Enrique! Ponte á un lado.
(*Retírase Fortun.*)
Su voz conocí.
(*Se cala la visera, y se aparta algo atras.*)

ESCENA X.

MACIAS. FORTUN. DON ENRIQUE. RUI PERO.

Rui. Por miedo
de turbar la ceremonia,
no lo dige, señor, luego.
D. Enrique. Quién puede ser? Sospechais?...
Rui. Nada sé; viene encubierto.
D. Enrique. Aqui está.—Sois vos quien dicen
que entra aqui sin miramiento?
Macias. Escusadme; entrando àqui
usé de mi propio fuero.
D. Enrique. De su fuero? Y lo es tambien
venir á hablarme cubierto?
Tuviera yo cortesía,
si fuera que vos. Rui Pero!...
Macias. Perdona, señor; tu clase
y tu grandeza respeto.
Yo te hablára mas cortés
á estar solos.
D. Enrique. Solos?—Presto (*A Rui Pero.*)
despejad.
(*Vase Rui Pero: Macias llega á su escudero, se quita el yelmo y se le entrega.*)
Macias. Fortun, afuera
me aguarda.
(*Macias llega á D. Enrique, quien titubea al principio, y le reconoce por fin.*)
D. Enrique. Sois vos? Qué veo?

ESCENA XI.

MACIAS. DON ENRIQUE.

Macias. Sí, gran señor; tanto fia
tu doncel en tu amistad;
tu generosa bondad
oiga la disculpa mia.
No niego que me has mandado
á otra distante jornada,

y que de esta mi llegada
con razon te has admirado.
Perdona si á la orden tuya
no dí obediencia debida;
porque es quitarme la vida
mandar que de Andujar huya.
Aqui está Elvira, señor,
y aqui, como caballero,
mi juramento primero
me llamaba y el amor.
No presumas que es nacido
de alguna leve aficion;
no que es veraz mi pasion,
y nadie igual la ha sentido.
Muchas veces por vencella
la ausencia y tiempo imploraba;
mas donde quiera que estaba,
alli Elvira, alli mi bella.
Ni alcanzaba libertad,
por mas que, libre, la huía;
solo á ella en el campo vía,
solo á ella en la ciudad.
A Elvira hablaba en el sueño,
despierto á Elvira tambien;
y ni conozco otro bien,
ni soy de no amarla dueño.
Harto hice en privarme un año
de su vista; y si de aqui
apartado, padecí
ausencia tan en mi daño,
quise poner de mi parte
la razon y el sufrimiento,
para con mas ardimiento
venir despues á implorarte.
Bien sé yo que un mi enemigo,
á quien conozco, y no alcanza
el poder de mi venganza,
en mal me pone contigo;
pero sé tambien...

D. Enrique. Macías...
venis en mala ocasion!
Si estimais la proteccion

que os dispensé en otros días,
si os quereis bien á vos mismo,
volveos...

Macias. Volverme yo?
Y tú me lo mandas? No.
Trágueme antes el abismo!
(Yo de aqui no he de moverme
sin que á Elvira por esposa
me concedan.) Qué otra cosa
pudiera á Andujar traerme
sin tu aviso? Ni en la tierra
habrá quien de ella me aleje;
ni me mandes que la deje,
ni que me parta á la guerra,
ni que piense, ni imagine
sino el cómo ha de ser mia.
Recuerda que hoy es el dia
que el plazo espiró; y que vine
sabe en fin á ser de Elvira,
ó á morir; sí; lo juré;
yo de aqui no partiré
sin esposa.) Con que mira
qué determinas ahora.
Ni aun á Elvira quise hablar
hasta no verte, y lograr
la dicha que el alma adora.

D. Enrique. Y sois vos el que me alega,
para encontrarme indulgente,
méritos de inobediente,
cuando aqui sin orden llega?
Y aun se llama mi doncel,
y pretende que le ampare?
Vive el cielo que no pare
hasta hacer ejemplo en él
de indóciles servidores!
Vive Dios que es abonado
el que su puesto ha dejado
por unos necios amores!

Macias. No me digais mas: bien veo
que no se durmió en mi ausencia
Fernan Perez.

D. Enrique. Qué insolencia!

Macias. Don Enrique, apenas creo
lo mismo que oyendo estoy.
Tanta mudanza en un año!
Tan amargo desengaño
me guardábais, cielos, hoy?

D. Enrique. Nunca en la amistad mudé
que algun tiempo os prometí;
si hoy distinto os parecí,
por vuestros desmanes fué.
Sabed en fin que la mano
que me demandais de Elvira,
solo porque el plazo espira,
venis á pedirla en vano.

Macias. (*Agitado.*) En vano decís?

D. Enrique. (*Afectadamente.*) Macias,
bien quisiera yo ampararos,
y os amparára á encontraros,
y á hablarme vos ha dos dias:
mas...

Macias. (*Precipitadamente.*)
No encubras la verdad.
Prometístela?

D. Enrique. (*Secamente.*) Doncel,
No la prometí, mas... él...
(*Mira con inquietud hácia la puerta.*)

Macias. (*Con ansia.*) Acaba presto.

D. Enrique. (*Señalando á la puerta.*) Mirad!

(*En aquel mismo instante entran Elvira y Fernan Perez, que la trae de la mano, y despues los siguen Nuño, Beatriz y demas. Elvira al conocer á Macias, se suelta precipitadamente de Fernan, y cae desmayada hasta el fin de la escena en brazos de Beatriz y Nuño. Fernan Perez se pone en actitud de defenderse de Macias, quien fuera de sí se arroja hácia él con la espada desenvainada. Don Enrique se interpone con su acero, y Macias, volviendo en sí, se arroja á sus pies; todo como lo indica el diálogo.*)

ESCENA XII.

MACIAS. DON ENRIQUE. ELVIRA. FERNAN PEREZ. NUÑO.
BEATRIZ. ALVAR. PAGES.

Macias. (Al verlos.) Cielos!
Fernan. El doncel aqui!
Elvira. Él es!
(*Cae desmayada; Nuño y Beatriz la sostienen.*)
Macias. Ó venganza ó muerte!
Nuño. Elvira!
Beatriz. Señora!
Fernan. (*A Macias.*) Advierte...
D. Enrique. Osais delante de mí,
Macias?...
Macias. No hay esperanza
sino en morir ó matar!
D. Enrique. Teneos!
Macias. Hay mas penar! (*Se arroja á sus pies!*)
Señor! ó muerte ó venganza! *(Cae el telon.)*

ACTO TERCERO.

Habitacion de Fernan Perez y de Elvira. Puertas laterales, dos en primer término, y dos en segundo. Otra de foro. Ventanas á los lados de la de foro con vidrios de colores al uso del tiempo y de gusto gótico.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ MACIAS.

Macias entra á pesar de Beatriz que trata de impedírselo.

Beatriz. Sal presto, señor; no insistas...
Macias. Beatriz, es fuerza. He de verla.
Beatriz. Repara que si su esposo...
Macias. Su esposo? No; nada temas:
con don Enrique le dejo:
no vendrá. La vez postrera
será que á la ingrata Elvira
antes de mi muerte vea.
Beatriz. Tente, señor; oye... escucha.
Macias. Sin verla no he de irme.
Beatriz. Espera.
Macias. Aqui me hallará Hernan Perez.
Beatriz. Advierte...
Macias. Nada hay que advierta.
Mira pues si te conviene
darme paso antes que venga...
Un cuarto de hora... un instante...
Beatriz!
Beatriz. Silencio! Alguien llega.
Ella es.
Macias. Es ella?
Beatriz. Sal presto.
Macias. Nunca.
Beatriz. Pues bien; á esa pieza
éntrate... si... yo he de hablarla...
yo le diré...
(Le obliga á ir hácia la segunda puerta de la izquierda.)

Macias. Beatriz!
Beatriz. Entra,
señor, que si ella consiente...
Macias. Me entro fiado en tu promesa. *(Se entra.)*
Beatriz. Toda tiemblo. Hay tal empeño?
Si Hernan Perez lo supiera!

ESCENA II.

BEATRIZ. ELVIRA.

Ambas conservan aun los vestidos del acto segundo: Beatriz en toda esta escena está agitada, como temerosa de que Macias se descubra, y no pierde de vista el gabinete. Macias entreabre de cuando en cuando la puerta para escuchar. Elvira está de espaldas al gabinete de Macias.

Elvira. Y qué es, Beatriz, de mi esposo. (*Saliendo.*)
Qué de Macías?
Beatriz. Sosiega
tu inquietud; de ambos la furia
logró refrenar Villena.
Mas pidió tu amante el duelo,
y hubo de darle su venia.
Elvira. Qué dices?
Beatriz. Que lo retó
para mañana en presencia
de don Enrique, que es juez
del campo.
Elvira. Ay cielos! No era
bastante ya que me diéseis
tirano esposo por fuerza,
sino que es tambien preciso,
que sangre de uno se vierta?
Oh! si el dolor me acabára,
Beatriz, cuán dichosa fuera!
Macias. (Pérfida!)
Elvira. Y ni pude hablarle,
ni saber la causa cierta
de su tardanza? Dios mio!
Con que fue un ardid la nueva
de su boda allá?

Beatriz. Señora;
si quieres hablarle...
Elvira. Necia!
Hablárale ayer; mas hoy...
Eso fuera hacer ofensa
á mi esposo... Estoy casada.
Infeliz!
Beatriz. Ah! qué imprudencia!
Elvira. Mas qué sobresalto es ese?
Tú sabes?...
Beatriz. No es nada.
Elvira. Niegas?
lo que estoy viendo en tu rostro?
Qué secreto ó triste nueva?...
Dilo de una vez ya todo,
que ya á todo estoy dispuesta.
Puedo ser mas desgraciada?
Tú le viste? A alguien esperas?...
Habla ya.
Beatriz. Macías mismo
me pidió de tí una audiencia.
Quiere hablarte.
Elvira. Hablarme? Nunca.
No, Beatriz, no.
Beatriz. En esta pieza
me habló...
Elvira. Y fuese?
Beatriz. Fue imposible
echarle.
Elvira. Qué dices? Piensas
lo que hiciste? Luego aqui...
(*Con el mayor sobresalto y mirando á todas partes.*)
Beatriz. No... mas...
Elvira. Dónde? Suerte adversa!
Y tú te atreves?...
Beatriz. Señora...
Elvira. Dónde está? Si Hernan viniera!...
Yo huyo de aqui!... tú al momento...
dispon que parta...
Macias. Ya es fuerza
salir.
Elvira. (*Al verle.*) Ay! (*Se cubre el rostro con las manos.*)

Beatriz. Cielo!
Elvira. Imprudente!
Tú le ocultaste? (*Á Macias.*) Huye.
Macias. Espera.
(*Elvira quiere huir á su habitacion, y Macias la detiene.*)

ESCENA III.

MACÍAS. ELVIRA. BEATRIZ.

Macias. Dónde corres, Elvira? Tú has de oirme.
Elvira. Cielos! qué haré?
Macias. (*Asiéndola.*) Detente; huyes en vano.
Elvira. Ay! Aqui tú, Macías? (Infelice!
Qué iba á decir?)—Dios mio! Dadme amparo,
dadme fuerza y virtud!—Señor, qué os trae?
Cómo entrásteis aqui? Volved los pasos
donde á una esposa no ultrajeis; que ahora
vuestra osadía ofende mi recato.
Macias. No soy yo, bien lo sé, no, el venturoso
que á este punto esperabas en tus brazos.
Qué hace ese esposo tan feliz? Qué tarda?
Dónde está?
Elvira. Qué furor! Ah, reportaos!
Volveos por piedad!
Macias. Qué ora me vuelva?
Y adónde, adónde, desgraciada? Acaso
denodado arrostré tantos peligros,
como mi vida mísera amagaron,
para verte y dejarte? Ya eres mia,
De aqui no he de salir...
Elvira. Hablad mas bajo!...
Macias. Sino dichoso.
Elvira. Que os oirán! Macías,
yo os lo pido, os lo ruego: sí; alejaos.
Macias. Con cuáles sacrificios me obligaste
á que escuche tus ruegos apiadado?
Delirios!
Elvira. Qué decís? Pues no os importa
lo que pierde mi honra, si en Palacio
os llegan á encontrar, tened al menos
piedad de una infeliz que habeis amado...

Macias. Y me ruega que parta!
Elvira. En fin, Macías,
si no bastan mis ruegos, yo os lo mando.
Macias. Antes acaba, infiel, lo que empezaste;
vierte mi sangre toda, y despiadado
tu corazon sediento satisfaga
sus odios contra mí; pues, vivo, en vano
de aqui quieres que salga.
Elvira. (*Con la mayor zozobra.*) Qué tormento!
Beatriz, por Dios, escucha; yo temblando
estoy de una sorpresa; corre; avisa
si le vieses venir.
Beatriz. En mi cuidado
puedes, señora, descansar. (*Vase.*)
Elvira. Dios mio!

ESCENA IV.

ELVIRA. MACIAS.

Elvira. Qué pretendeis? Soltad. No ois sus pasos?
Macias. Nada me importa ya. Tú en algun tiempo
ningun riesgo temblabas á mi lado.
Elvira. Era entonces amante: esposa de otro
soy ahora; vos mismo, vos tardando...
Macias. Qué profieres, Elvira? Es tarde, es tarde
el mismo dia que se cumple el plazo?
No es otra tu disculpa? No supiste
prestar ni fingir otros descargos?
Yo á oirlos vengo, que muriendo quiero
espirar á lo menos engañado.
Deslúmbrame, tirana: al menos dime
que la violencia fue, que fue el engaño
quien te casó.
Elvira. Callad, que si supiérais...
Macias. Di que el infiel yo he sido: que mil lauros
mereciste al casarte; que me amabas;
que tal vez por amarme demasiado
te casaste con otro. Sí, yo mismo
la venda me pondré que con tus manos
debieras poner tú sobre mis ojos.
Ni merezco siquiera un desengaño?

Callas confusa?

Elvira. Si me oyerais...

Macias. Puede

que tu lealtad probáras. De tu labio
tanto fias, Elvira! Mas los ojos
bajas, misera, al suelo avergonzados?
Muger, en fin, ingrata y veleidosa!
Ay infeliz del que creyó que amado
de una muger seria eternamente!
Insensato!

Elvira. No mas; basta: ese pago
alcanzan tanto amor y tantas penas
como por vos mi pecho destrozaron?
Y os amaba yo aun?

Macias. Me amas? Es cierto?
Tú me amas todavia? Y aun estamos
en Andujar los dos? Ay! Quién ahora
me robará la hermosa que idolatro?
Me amas? Ven.

Elvira. Yo eso he dicho? Que os amaba
solo os quise decir; mas no que os amo.

Macias. No; tus ojos, tu llanto, tus acentos,
tu agitacion, tu fuego, en que me abraso,
dicen al corazon que tus palabras
mienten ahora; si, bien mio, huyamos.
Todo lo olvido ya. Pruébame huyendo
que no fue liviandad el dar tu mano.

Elvira. Dónde me arrastras?

Macias. Ven; á ser dichosa.
En qué parte del mundo ha de faltarnos
un albergue, mi bien? Rompe, aniquila
esos, que contrajiste, horribles lazos.
Los amantes son solos los esposos.
Su lazo es el amor: cuál hay mas santo?
Su templo el universo: donde quiera
el Dios los oye que los ha juntado.
Si en las ciudades no, si entre los hombres
ni fé, ni abrigo, ni esperanza hallamos,
las fieras en los bosques una cueva
cederán al amor. Ellas acaso
no aman tambien? Huyamos; qué otro asilo
pretendes mas seguro que mis brazos?

Los tuyos bastaránme, y si en la tierra
asilo no encontramos, juntos ambos
moriremos de amor. Quién mas dichoso
que aquel que amando vive y muere amado?

Elvira. Qué delirio espantoso, qué imposibles
imaginais, señor? Doy que encontramos
ese asilo escondido: está la dicha
donde el honor no está? Cuál despoblado
podrá ocultarme de mí propia?

Macias. Elvira!

Elvira. Juré ser de otro dueño, y al recato,
y á mi nombre tambien y á Dios le debo
sufrir mi suerte con valor, y en llanto
el tálamo regar; si no dichosa,
honrada moriré; pues quiso el hado
que vuestra nunca fuese, por ventura
podrán vuestros delirios contrastarlo?
Ved este llanto amargo y doloroso,
ved si os amé, señor, y si aun os amo
mas que á mi propia vida; con violencia,
verdad es, y con fraude me casaron;
pero casada estoy; ya no hay remedio.
Si escuchara á mi amor, vos en mi daño
á denostarme fuerais el primero.
Vuestro aprecio merezca, ya que en vano
merecí vuestro amor. Si aborrecido
ese esposo fatal me debe tanto,
qué hiciera si con vos, por dicha mia,
me hubiera unido en insoluble lazo?

Macias. No; tú no me amas, no, ni tú me amaste
nunca jamas! Mentidos son y vanos
los indicios; tus ojos, tus acentos
y tus mismas miradas me engañaron.
Tú en ser de otro consientes, y á Macías
tranquila lo propones? Tú en sus brazos?
Tú, Elvira, y cuando lloren sangre y fuego
mis abrasados ojos ah! gozando
otro estará de tu beldad! Y entonces
tú gozarás tambien, y con alhagos
á los alhagos suyos respondiendo!!!...
Imposible! Jamas! No, yo no alcanzo
á sufrir tanto horror. Yo, yo he de verlo?

Primero he de morir ó he de estorbarlo.
Mil rayos antes!!!...

Elvira. Cielos!

Macias. Qué es la vida?
Un tormento insufrible, si á tu lado
no he de pasarla ya. Muerte! Venganza!
Dónde el cobarde está? dónde? Villano!
Me ofende y vive? Fernan Perez!

Elvira. Calla!
Qué intentas, imprudente? Demasiado
le traerá mi desdicha.

Macias. Y qué? En buen hora;
venga y traiga su acero, venga armado.
Aqui el duelo será. Por qué á mañana
remitirlo? Le entiendo; sí; temblando
de mi espada, quiere antes ser dichoso.
Lo esperas, Fernan Perez? Insensato!
No, no la estrecharás, mientras mi sangre
hierva en mi corazon. Ábrate paso
por medio de él tu espada. Este el camino
es al bien celestial que me has robado.
No hay otro! Y ella es tuya? Corre, vuela.
Mira que es mia ahora, y que te aguardo!
Hernan Perez! (*Saca la espada.*)

Elvira. Silencio! Qué pretendes?
Le turba su pasion. Tente. Arrojado,
dónde corres así? Dame esa espada.

Macias. Huye, ó tú, esposa de otro! Sí: buscando
voy mi muerte: tú misma la deseas:
sin miedo ni rubor idolatrarlo
despues de ella podrás. Toma ese acero.
(*Elvira coge la espada.*)
La vida arráncame, pues me has quitado
lo que era para mí mas que mi vida,
mas que mi propio honor. Desventurado!
(*Llega Beatriz sobresaltada.*)

ESCENA V.

ELVIRA. MACÍAS. BEATRIZ.

Beatriz. Huid, señor, que llegan.

Elvira. Ah!

Macias. Quién llega?
Beatriz. El marqués, y Fernan sigue sus pasos...
avisados sin duda...
Macias. Yo os doy gracias,
cielos, por tanto bien; presto escuchados
fueron mis votos.
Elvira. Huye!
Macias. Quién? Yo, Elvira?
Delante de él huir? Yo que le llamo?
Elvira. Por piedad! Por mi honor!
Macias. Dame esa espada.
Elvira. La espada? Para qué? Tú, temerario,
testigo hacerme intentas de tu arrojo?
Macias. Mi espada, Elvira!
Elvira. Nunca!
Beatriz. Ya han llegado!
Ya no es tiempo!
Elvira. No; al menos tanta sangre
no correrá por mí. Tente, ó la clavo
en mi pecho!
Beatriz. Señora!
Fernan. (*Entrando.*) Qué osadía!
Macias. (*Porfiando.*) Elvira!
Fernan. (*A don Enrique que entra.*) Señor, vedle!
Macias. En fin, me hallaron
sin mis armas!

ESCENA VI.

ELVIRA. BEATRIZ. MACÍAS. FERNAN PEREZ. D. ENRIQUE. RUI PERO. ALVAR. PAGES ARMADOS. (*Estos, capitaneados por Rui Pero y Alvar, rodean á Macías.*)

D. Enrique. Qué miro? Y ese acero
qué significa, Elvira?
Elvira. En vuestras manos,
señor, le deposito, y tengo á dicha
haber hoy tantos males estorbado.
Macias. Solo esto me faltaba!
Fernan. Elvira!
Elvira. Tiemblo!
Fernan. No bien casada, y os encuentro?...

Macias. Hidalgo!
Elvira. Señor...
Macias. La culpa es mia; es inocente.
Fernan. Y vos con qué derecho hasta el estrado
de mi esposa?...
D. Enr. Vadillo!
Fernan. Vive el cielo!
que á no estar el mäestre...
D. Enr. Reportaos.
Macias. Venid donde no esté.
Elvira. Fernan!
D. Enr. Vadillo,
de aqui vos no saldreis!
Fernan. Señor!...
D. Enr. Lo mando.
Dejadme que yo le hable. (*A Macias.*)
Con que es cierto?
Vos aqui de esta suerte, y ultrajando
la casa de un hidalgo á quien protejo?
Y vos, á quien concedo el campo franco
porque á Elvira no veais, ni á Fernan Perez
hasta el punto del duelo, tan osado,
que ni escuchais razones, ni hay respetos
para vos, ni hay consejos, ni hay mandatos,
ni hay poner freno á vuestra audacia? En dónde,
insolente, aprendeis?
Macias. Sellad el labio,
ó vive Dios... Qué os debo, y qué respetos
por vuestra proteccion he de guardaros?
Protegen de esta suerte los señores?
Qué os debo sino mal? Si esto es amparo,
sed desde hoy mi enemigo, y ese tono
altanero dejad. Pensais acaso
que soy menos que vos? No, don Enrique.
En qué justas famosas vuestro brazo,
ó en qué lid me venció? Coged la lanza,
y conmigo venid; presto ese ufano
orgullo abatiré.
D. Enr. Que oigo!
Elvira. Él se pierde!
Macias. Si en vuestra cuna y en honores vanos
tanto orgullo fundais, eso os obliga

á proceder mejor. Sois inhumano,
injusto sois conmigo, Don Enrique,
porque en la cumbre os veis; porque ese infando
poder gozais, con que oprimis vilmente,
en vez de proteger al desdichado,
á una débil muger; vos valeroso
contra las bellas sois. Mirad qué lauros!
Dígalo vuestra esposa, que á una ciega
ambicion inmolais. Cómo apiadaros
del grito del amor? Vos ni su noble
fuego entendeis, ni nunca habeis amado,
ni sois capaz de amor. Para otras almas
de un temple mas sublime se guardaron
esas grandes pasiones...

D. Enr. Mal nacido,
infame, vos á mí tal desacato!

Macías. Callad, callad, ó mi furor... Yo infame?
Yo mal nacido? Y sufro tanto agravio?
Vive Dios, don Enrique el hechicero,
que si espada tuviera, presto el labio
yo os hiciera sellar!...

Fernan. Señor, dejadme
que castigue su audacia; él aqui entrando
á mí ofendió primero.

D. Enr. Fernan Perez,
ya os dije que vuestra honra está á mi cargo,
y ya os mandé callar. Guardias, al punto
al alcázar llevadle.

Elvira. Perdonadlo.
Mas generoso sed, pues sois mas grande.
Su pasion le cegó. Dadle un caballo,
parta lejos de aqui; salve su vida,
y revóquese el duelo. El tiempo acaso
hará, y la ausencia lo demas; tan solo
yo asi dichosa podré ser, ó un tanto
menos desventurada; asi tranquilo
podrá mi esposo estar.

Macias. Caigan mil rayos
sobre mí! Tú tambien, desventurada,
con súplicas te humillas al tirano?
Tú por mi vida, que sin tí no aprecio,
tú por tu esposo y su quietud rogando?

Tú mi ausencia le pides? Tú á Hernan quieres?
Bien, ya eres suya; pero atiende. En vano
piensas la dicha hallar, ni en tí la ausencia
podrá sanar el mal, sino aumentarlo.
Cuando mi muerte sepas, en tu oido
siempre estará mi nombre resonando.!
Yo le maté, dirás; tu esposo en zelos
arderá, temeroso de que al cabo
le vendas como á mí, y hasta tus besos
mentiras creerá. Cierto, y seránlo.—
Ella, Fernan, me amó, y volverá á amarme;
si constancia te jura, es solo engaño;
tambien á mí me la juró, y mentia.
Siempre al amante buscará lejano,
y nunca podrá hallarle; tus amores
fria rechazará, con llanto amargo.
inundando tu lecho.—Fementida!
Cuando olvidarme quieras en sus brazos,
entre tu esposo y entre tí mi sombra
airada se alzará, para tu espanto,
de sangre salpicando todavia
tu profanado seno; con su mano
yerta te apartará, siempre á tu mente
tu deslealtad infame recordando;
y hondamente *Macias* repitiendo,
Macias sonará por el espacio!!!
Llevadme ya á la muerte...

Elvira. Espera!

Fernan. Elvira!

D. Enrique. (*A Alvar.*)
Idos.

Macias. Pérfida, á Dios! Vive... y... mas... vamos.

(*Salen. Beatriz detiene á Elvira, que quiere seguirle. Fernan Perez sale hasta la puerta viendo marchar á Alvar con Macias y demas: Elvira quiere ir tras él, pero deteniéndola Beatriz, vuelve á oir lo que dice don Enrique á Rui.*)

ESCENA VII.

DON ENRIQUE. FERNAN PEREZ. ELVIRA. BEATRIZ. RUI-PERO.

Elvira. (*Tras Fernan Perez.*)
Señor!—Ninguno me oye!
D. Enr. Vos Rui Pero,
dejad al insolente asegurado
en la torre, y de allí ved que no salga
hasta que llegue del combate el plazo.
(*Vase Rui Pero.*)
Elvira. En la torre, Beatriz! Ya libremente
suelto la rienda á mi dolor y al llanto.

ESCENA VIII.

DON ENRIQUE. FERNAN PEREZ. ELVIRA. BEATRIZ.

D. Enrique. Por ahora, Fernan Perez,
ya en la torre está seguro.
Yo veré si hallo algun medio
de evitar, honroso y justo,
el duelo; mas por si al cabo
no se encontrase ninguno,
disponeos, que es valiente.
En lo que sé de él me fundo.
Pues pensar en revocarlo
ni puedo, ni es oportuno,
ni es bueno que vos quedeis
por cobarde en este asunto,
siendo mi escudero.
Fernan. Airoso
quedarás, señor; lo juro.
D. Enrique. Y avisadme en el momento
que vuelva de Arjona Nuño.
(*Vase don Enrique.*)
Elvira. Lo oyes? De evitar el duelo
no hay, Beatriz, no hay medio alguno.

ESCENA IX.

FERNAN PEREZ. ELVIRA. BEATRIZ.

Fernan. (*Para sí.*) No moriré en este trance.
Locura fuera! Qué busco
yo en esa lid? Solo el bien
que ya poseo aventuro.
Muera él antes; sí, perezca,
si el duelo no se hace nulo.
Elvira... dejarla quiero....
(*Hace ademan de irse.*)
Elvira. Me resuelvo... ya no dudo...
Fernan... (*Yendo tras de él.*)
Fernan. Quién viene?
Beatriz. (Qué intenta?)
Fernan. Me buscais?
Elvira. Sí, á vos.
Fernan. (Qué escucho?)
Elvira. Sí, á vos, Hernan; ya es forzoso,
ya mas mi dolor no encubro.
Salga del pecho, y al menos
consérvese el honor puro.
Fuera el callar mas, delito.
Beatriz vete ya.
Fernan. (Confuso
me tiene.)
Elvira. (*Aparte á Beatriz.*) Su enojo empero
temo, que es cruel é injusto.
Beatriz. (*Id. á Elvira.*) Te entiendo: á esa galería
próxima á ocultarme acudo,
de donde pueda ayudarte
si algun peligro descubro. (*Vase.*)

ESCENA X.

ELVIRA. FERNAN PEREZ.

Elvira. Esposo, escuchadme atento,
pues aunque callar quisiera,
no me dejára esta fiera

congoja y dolor que siento.
Vos ignorar no podeis
de qué suerte me han casado,
y que jamás os ha amado
mi corazon, bien sabeis.

Fernan. Qué decis?

Elvira. Dadme licencia
para que acabe de hablar:
no pretendo yo culpar
al padre mio en su ausencia:
debo creer que su objeto
laudable y honroso fuese,
y aunque asi no lo creyese,
me ata la lengua el respeto.
No quiero turbaros, no,
con lágrimas y suspiros;
solo, sí, podré deciros
que amaba á Macías yo.
Sé mis deberes muy bien,
y aunque noble no nací,
segura teneis en mí
vuestra honra.

Fernan. Y ay de quien
no la guardase!

Elvira. Mirad,
Vadillo, que aun no acabé.
Al fin sofocó mi fé
la paterna autoridad;
y entero su triunfo fuera,
si aquel engaño tan cierto
no se hubiera descubierto,
ó Macías no viniera.
Mas en fin, todo fué en vano;
vino, y le ví, mas amante
que nunca: yo la inconstante
he sido en daros mi mano.
Ahora ya el llanto es ocioso:
en situacion tan funesta,
solo un arbitrio me resta,
y el emplearle es forzoso.
Yo ser de otro no podré,
pues con vos casada estoy;

mas ya que aun vuestra no soy,
jamás, señor, lo seré.
Señalad vos un convento,
adonde á ocultarme vaya,
y donde esposo no haya
que redoble mi tormento.
Y presto, Hernan, que la vida
me ha de acabar mi quebranto:
y aunque allí en eterno llanto
viva despues sumergida.
Esto es solo lo que os pido;
este es en fin el favor
que nunca puede, señor,
negar prudente marido.
Quién no quisiera tener
escuchando estas razones,
entre seguras prisiones
encerrada á su muger?
Ni hay muger que no prefiera
á un indiferente esposo,
queriendo á otro, el reposo
de la regla mas austera.

Fernan. Acabásteis?

Elvira. Acabé.

Fernan. Mal reprimo ya mi furia!
Y para oir tal injuria
un año entero esperé?
Bien sé que al doncel, señora,
siempre tuvisteis amor;
sí; y en daño de mi honor
le amais mas que nunca ahora.
Para llorar me pedís
ese retiro y convento?
Eso es todo fingimiento.
Que soy necio presumís?
Sé que para ese doncel
tan osado, no hay seguros
ni cerrojos, ni altos muros,
que puedan guardaros de él.

Elvira. Ah! qué decís!

Fernan. Loca y necia
anduvisteis en pensar

que yo os fuese á renunciar
lo que mas el alma aprecia.
Mi esposa sois, y viviendo,
mi muger habreis de ser,
que no hay quien pueda romper
tal lazo.

Elvira. Qué estoy oyendo!
Con que no hay remedio?

Fernan. No.
Ninguno. Vanas porfías!
Si es vuestro amante Macías,
vuestro marido soy yo.
Ceded, señora, á la suerte,
sino á fé de caballero...
(*Echando mano al puñal.*)

Elvira. Sacad, Fernan, el acero;
herid: no temo la muerte.

Fernan. Le ama, ó cielos, de tal modo
que ya prefiere á su olvido
la muerte?

Elvira. Sí; yo os la pido.

Fernan. No; sed mia antes de todo.
Un bien, un triunfo seria
la muerte para ellos dos.
No; vivireis juro á Dios!
para mas venganza mia.
Mal haya el que tan amado
supo ser! Le preferís?
El riesgo no prevenís?...

Elvira. Vos sereis capaz, malvado?...

Fernan. Sí.—De todo! Maldicion
sobre él, sobre vos!... Mas... ved
si os quiero yo hacer merced
y alhagar vuestra pasion.
Hoy le habeis de hablar, Elvira.

Elvira. Hablarle, señor?

Fernan. Lo mando.
Yo os he de estar escuchando.

Elvira. Quién tal proyecto os inspira?

Fernan. Direis que me amais, que á mí
me dió vuestro amor el cielo...
por tanto que escuse el duelo.

Elvira. Yo tengo de hablarle así?
Fernan. Mi honra así queda bien puesta:
la esperanza muera en él.
Elvira. No; primero, hombre cruel,
estoy á morir dispuesta.
Fernan. No obedeceis? (*La ase del brazo con fuerza.*)
Elvira. Por piedad!
Me lastimais. Ah, señor!
Fernan. Tanto puede vuestro amor?
Ceded.
Elvira. No! Nunca.
Fernan. Temblad.
(*Soltándola con fuerza y despecho.*)
Ya no insto mas; mi venganza
tiene otros medios.
Elvira. Dios santo!
Beatriz. (Yo he de entrar!)
Fernan. (*Llamando por la izquierda.*) Alvar!
Elvira. Qué espanto!
Fernan. Alvar!
Elvira. A Dios mi esperanza!
(*Entra Alvar, descubierto, por la izquierda.*)

ESCENA XI.

ELVIRA. FERNAN PEREZ. ALVAR. (*Este y Fernan aparte.*)

Fernan. (*A Alvar.*) Alvar, cuatro hombres buscadme...
me entendeis? Dentro de una hora...
venid. (*Vanse.*)
Elvira. Ah! Qué intenta ahora?
Será?... Cielos, amparadme!
Qué haré en trance tan terrible?
Monstruo. Y piensas que mi vida
á tí he de pasar unida?
Nunca! Jamás! Imposible!
Bárbaro! En balde te alhaga
mi esperada posesion,
que la desesperacion
sabrá prestarme una daga!
Y adónde fué? Con qué idea?
Yo tiemblo!...

ESCENA XII.

ELVIRA. BEATRIZ.

Beatriz. (*Despavorida.*) Señora! Elvira!
(*Recelosas ambas en toda la escena de que las vean ú oigan.*)
Elvira. Qué es, Beatriz?
Beatriz. (*Sin aliento.*) Ah!
Elvira. En fin, respira:
dime...
Beatriz. Aguarda: no nos vea.
Elvira. No; marchó.
Beatriz. Sí, demasiado
lo sé; oculta, desde allí,
varias palabras oí,
que le dijo á su criado.
Esta noche...
Elvira. Habla.
Beatriz. Un instante!...
Quiere, en su prision, matar...
Elvira. Beatriz!
Beatriz. Ah! Me haceis temblar!
Elvira. Desgraciado! En ser constante,
qué delito cometiste?
Mas no, asesinos, primero
ha de pasar vuestro acero
mi pecho. Tú lo oiste?
Beatriz! escucha... La torre
conozco en que está encerrado...
Soborna á alguno... guardado
tengo oro... y alhajas... corre...
Mis collares, mis pendientes...
(*Se arranca los adornos que lleva, presentándolos á Beatriz.*)
estas joyas de mi boda...
toma esa riqueza toda...
dispon de ella.—Calla! Sientes
pasos?...
Beatriz. No.
Elvira. Dile al primero
que se brinde á abrir, que es suyo

cuanto quiera; el resto es tuyo. (*Dándoselos.*)

Beatriz. Qué decis? Yo? Nada quiero.
Mas corro... sé quien lo hará...

Elvira. Vé; y al marqués, si es posible,
pues no es mi empresa infalible,
avisa, que él no sabrá
el riesgo de su doncel
ni tan vil traicion. Volemos,
Beatriz; ó le salvaremos,
ó moriremos con él.

(*Se entran por la derecha.*)

ACTO CUARTO.

Prision de Macias. Puerta á la izquierda y derecha; la primera grande, la segunda secreta. Una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA.

MACIAS. FORTUN.

Macias. Eso propone el marqués?
Para eso solo te envia?
Fortun; al lucir del dia
ten prevenido mi arnés.
Fortun. Diréle que del combate
no desistes?
Macias. Desistir?
Y él lo pudo presumir?
Y sangre en sus venas late?
Si olvida, mal caballero,
el campo que concedió,
no me le ha de negar, no,
el rey Enrique Tercero.
Dí mas: que aunque el mismo rey
el campo franco rehuse,
y de su alto poder use
para hollar su propia ley,
aun no está salvo el cobarde;
pues que juro por mi espada,
no quitarme la celada
hasta que, temprano ó tarde,
le encuentre por fin, do quiera,
y en su pecho fementido
deje mi acero escondido,
vengando mi afrenta fiera.
Piensa el marqués por ventura
que soy yo la de Albornoz,
que oigo temblando su voz
y obedezco? qué locura!
Fortun. Diréle?...
Macias. Si: di á Villena,

de mi parte, que no olvide
lo que su clase le pide,
lo que debe á la honra agena:
que es escusado su empeño;
que si aun vivo, ha de saber
que es porque anheló beber
la sangre al traidor; que es sueño
pensar que me vuelva atras;
y al hidalgo, que ya anhelo
ver si es tan fuerte en el duelo,
como en la corte, dirás;
y tú al despuntar la aurora,
preven, Fortun, cuidadoso,
un alazan poderoso,
y mi espada cortadora.
Mis armas negras bruñidas
registra bien, y dos lanzas
prevenme. Mis esperanzas
mira no salgan fallidas.
Mas si muero...

Fortun. Tiende un velo
sobre agüero tan fatal.

Macias. No sabe ningun mortal
el fin que le guarda el cielo.
A Rodriguez del Padron,
mi amigo, mi espada lleva,
y déme la última prueba
de su afecto; mi pasion
le cuenta, y mi fin cruel:
dí que la venganza mia,
mi honor á su brazo fia.
Tal confianza tengo en él.

Fortun. Adios, señor, y descuida
cuanto encargas á mi fé:
yo te juro que lo haré
por tu nombre y por mi vida. (*Vase Fortun.*)

Macias. Ve, y pide á Dios que me valga.
Pues no puedo ser amado
de Elvira bella, vengado
del reto, á lo menos, salga!

ESCENA II.

MACÍAS.

Despues de un momento de pausa, sumergido en el mayor dolor y enagenacion.

Ibate, pues, tanto en la muerte mia,
fementida hermosa, mas que hermosa ingrata?
Asi al mas rendido amador se trata?
Cupo en tal belleza tanta alevosía?
Qué se hizo tu amor? Fue todo falsía?
Cielo! Y tú consientes una falsedad,
que semeja tanto la propia verdad?
Oh! Lloren mis ojos! lloren noche y dia!
Ah! la aleve copa, que el amor colmó,
heces tambien cria para nuestro daño;
y las heces suyas son el desengaño!...
Ay del que la apura, cual la apuro yo!
Ay de quien al mundo para amar nació!
Ay de aquel que muere por una muger ingrata!
Ay de aquel que amor tirano maltrata,
y que, aun desdeñado, jamás olvidó!...
Por qué al nacer, cielo, en pecho amador,
tirano, me diste corazon de fuego?
Por qué das la sed, si emponzoñas luego
el mas envidiado supremo licor?
Duélate, señora, mi acerbo dolor;
ven, torna á mis brazos, ven, hermosa Elvira:
aunque haya de ser, como antes, mentira,
vuélveme, tirana, vuélveme tu amor.
(Queda un momento abismado en su dolor.)

ESCENA III.

MACÍAS. ELVIRA.

Se siente abrir una puerta secreta á la derecha, y aparece Elvira cubierta con un manto negro, y debajo de blanco, sencillamente; de una cinta negra trae colgada una cruz de oro al cuello.

Elvira. Mas qué rumor?... Una llave?...
Una puerta?... Vive Dios!
Quién?
Macias. (*Al paño.*) Corre, Beatriz. Adios.
Nada el de Villena sabe.
Antes que el crímen se acabe
que venga, por si no puedo
salvarle sola. Aqui quedo.—
El es! Macias?... (*Llega descubriéndose.*)
Macias. Qué miro?
(*Conociéndola arrebatado.*)
Es ella? Sueño? Deliro?
Elvira!
Elvira. Tente: habla quedo.
Macias. Necio de mí! Qué injusta y locamente
mi fortuna acusé! Cuando alevosa
te llamo y te maldigo, tú á mis brazos
secretamente en peligros tornas?
Perdon, ídolo mio! Mis ofensas,
ofensas son de amor; á la ardorosa
pasion que me consume acusa solo:
suyo es mi yerro, y mis ofensas todas.
Yo soy tan venturoso todavia?
Elvira. Imprudente! Silencio: no esa loca
alegría te ciegue, que aun la suerte
aciaga se nos muestra.
Macias. Mas dichosa
nunca fuera para mí!
Elvira. Tiembla, insensato.
Las horas, infeliz, nos son preciosas.
Oye mi voz...
Macias. Sí, Elvira, llega y habla.

Habla, y que oiga tu voz. Cuán deliciosa
suena en mi oido! Un bálsamo divino
es para el corazon! Ah! De tus ropas
al roce solo, al ruido de tus pasos,
estremecido tiemblo, cual la hoja
en el árbol, del viento sacudida.
La esperanza de verte, tu memoria,
todo el encanto son de mi existencia.
Mas si te llego á ver, mi alma se arroba,
y me siento morir, cuando en tus ojos
clavo los mios; si por suerte toca
á la tuya mi mano, por mis venas
siento un fuego correr que me devora,
vivo, voraz, inmenso, inextinguible,
y abrasado y pendiente de tu boca,
anhelo oirte hablar; habla, bien mio;
dime que te conduce aqui á deshora
un amor semejante; y dí que me amas
y esto hará mi desdicha venturosa!

Elvira. De ese fatal delirio que te ofusca
la terrible verdad el velo rompa.
La muerte está á tu lado, y el momento
propicio acecha ya.

Macias. Venga en buen hora!
Y hálleme junto á tí.

Elvira. Qué escucho? Atiende.
Entrambos nos perdemos, y aun tú nombras
el riesgo sin temblar? Los asesinos
acaso aqui la planta sigilosa
encaminando ya, su hierro aguzan,
y bien pronto en tu sangre generosa
apagar se prometen el incendio
de ese funesto amor. Y tú lo ignoras?...

Macias. Qué profieres de amor y de asesinos
juntamente?

Elvira. Con mi oro, con mis joyas
esa puerta me abrí. Fernan la infame
conjuracion dispuso.

Macias. Oh, mas hermosa
te hace tanto valor!

Elvira. Dudo cuál puerta
elegirá el cobarde. Sin demora

sálvate, que á esto vengo. Presumiste
que corriese en tu busca presurosa
sin tan terrible causa?

Macías. (*Desesperado.*) Santo cielo!
No la trajo el amor, la trajo sola
la compasion.

Elvira. Tú, ingrato, mis tormentos
con esa injusta desconfianza doblas?
Vida y honor, por compasion tan solo
arriesga una muger? Deja, abandona
tan injuriosas dudas. Urge el tiempo.
Parte de aqui.

Macías. Partir?

Elvira. No es afrentosa
la fuga ante el puñal del asesino.
No mancharás huyendo tantas glorias
que tienes adquiridas. Obedece:
parte.

Macías. Sin tí, bien mio?

Elvira. Qué te importa?
Nadie soy para tí: ni ya uno de otro
podemos ser jamas.

Macías. Jamas! Y lloras?
Cubres el rostro en las dolientes palmas?
Y quieres separarnos? Ay! No notas
que ese llanto, en que gozo tantas dichas,
es para el corazon letal ponzoña?

Elvira. Sí, lloro, y por tí lloro; y si es preciso
para que huyas decirte que te adora
esta infeliz muger; que no hay reposo
para ella, si su intento se malogra;
que morirá, si mueres, ya mi labio
se atreve á confesion tan vergonzosa.
Sí; yo te amo; te adoro, ni me empacha
el rubor de decirlo. A cuánta costa
del bárbaro imploré que me dejase
un consuelo siquiera en ser virtuosa?
Y él lo negó, y él mismo al precipicio,
donde contigo acabaré, me arroja.
Sí; yo tambien sé amar. Muger ninguna
amó cual te amo yo. Vuelve, recobra
un corazon que es tuyo, y que mas tiempo

el secreto no guarda que le agobia.
Macias. Mas bajo, por piedad, que envidia tengo
hasta del aire que te escucha.
Elvira. Ahora
Qué tardas ya? Consérvame tu vida.
Huye.
Macias. Ven.
Elvira. Imposible!
Macias. Siempre sorda
á mi ruego serás?
Elvira. Acaso un dia...
Macias. Un dia!
Elvira. Qué pronuncio?.. Anda, y la aurora
lejos de Andujar al lucir te encuentre;
mi remedio á los cielos abandona.
Yo encontraré un asilo impenetrable,
en donde á salvo del traidor me ponga.
Comprometer tu fuga yo podria
retardándola acaso. En tal congoja
solo esta daga tengo, que escondida
(Saca una daga.)
entre los pliegues traje de mis ropas.
Sírvate ella, aunque débil de defensa.
A las puertas de Andujar, cautelosa,
te seguiré á tu lado, hasta que libre
te mire allí desparecer yo propia.
Solo una cosa exijo: has de jurarla.
Si á pesar de la noche protectora,
que con sus densas sombras nos ampara,
antes de que salvemos la espáciosa
muralla y honda cava, sorprendidos
por Hernan Perez somos, oye: ahoga
la piedad en tu pecho: que tu mano
en este corazon la daga esconda,
y asi el remordimiento y la vergüenza
borre, que entre los hombres le destrozan.
No sea suya jamas; mi amor se salve,
ya que imposible fue salvar mi honra.
Y si tú no te atreves, en mis manos
pon la daga: la muerte no me asombra.
Recuerda que á sus brazos de los tuyos
pasára, y que esta noche á las odiosas

caricias de un rival...
Macías. Sí, lo prometo.
Elvira. Jura sobre esta cruz.
(*La que trae colgada del cuello.*)
Macías. Muger heróica!
Yo lo juro ante Dios! O qué suprema
(*Toma la daga.*)
felicidad! Por mí la muerte arrostra!
Elvira. Primero que ser suya, entrambos juntos
muramos.
Macías. Sí, muramos.
Elvira. Peligrosa
fuera ya la tardanza. Ven: partamos.—
Mas qué rumor?... Los cielos me abandonan!
(*Escuchan.*)
Ellos son! A esta puerta se aproximan.
Macías. Son ellos? No entrarán. (*Corre el cerrojo.*)
Elvira. Ah! por esotra
corramos.
Uno dentro. Han cerrado? (*Golpeando.*)
Fernan. (*Idem.*) Me han vendido!
Elvira. El es! Corre.
Macías. Ya es tarde; ya se agolpan
esta entrada á tomar.
Elvira. Suenan sus armas
al pie de la escalera silenciosa!
Macías. Aun no suben!
Elvira. Mas no oyes? Infelices!
Qué será de nosotros? Ya ni sombra
de esperanza nos queda!
Macías. Suerte impía!
Jamas has desmentido tu espantosa
tenacidad conmigo.
Elvira. Oye, siquiera
(*Corre á echar la llave á la puerta secreta.*)
ganemos algun tiempo: acaso pronta
ya Beatriz llegará.
Macías. Tiemblas?
Elvira. Y cómo?
no temblar, si tu vida?...
Macías. Y qué me importa?
No me amas?

Elvira. Y lo dudas?
Macias. Pues muramos;
repítemelo siempre, y haz que lo oiga
muriendo.
Elvira. Y aqui me hallan?
Macias. Qué, á ese mundo,
que murmura de aquellos que no logra
ni comprender siquiera, qué debemos?
No es él quien nos perdió con engañosas
preocupaciones? Llega. Las lazadas
que al mundo nos unian ya estan rotas.
Ya vamos á morir; un moribundo
soy solo para tí; ven, llega, y orna
de flores mi agonía; dí que me amas...
Elvira. Calla: la muerte ya tiende sus sombras
sobre nosotros... No oyes?... Y á este punto
ha de venir la muerte rigurosa?
Con tanto amor morir!
Macias. Ah! Tú cobarde
me volverás aun: morir no ha un hora
desdeñado anhelaba, y tiemblo amado!
(*Desasiéndose.*)
Deja: corro á su encuentro; mas gloriosa
sea mi muerte.
Elvira. (*Siguiéndole.*) Do corres contra tantos?
Macias. A merecerte.
Elvira. Ay triste! Qué haces? Torna:
cumple antes lo jurado... No me escucha!
(*Sale Macias.*)
Macias. Fernan Perez! Do estás?
Elvira. Ya el mal se colma!
(*Corre á una ventana del foro, que abre y se asoma.*)
Beatriz! Beatriz! Socorro!
(*Escucha: se oye ruido de espadas á la derecha.*)
Don Enrique!
(*Se aparta de la ventana y vuelve á la derecha.*)
Nadie oye! Nadie viene! Ah! la horrórosa
(*Cae en un asiento.*)
lid se percibe ya.
Macias. (*De dentro.*) Traidores!
Fernan. (*Idem.*) Muere!
Macias. Me habeis muerto! (*Idem.*)

Elvira. (*Arrojándose del asiento.*) Macias!—Ya le inmolan
los pérfidos! Tened!

(*Va á salir al encuentro de Macias, pero este al mismo tiempo vuelve á entrar retrocediendo, la mano izquierda en la herida, y la daga en la derecha: le persiguen de cerca Fernan, Álvar y tres hombres: al mismo tiempo uno de ellos corre á abrir la otra puerta y entran otros tres, dos de ellos con teas. Elvira al ver llegar á Macias le sostiene, y él cae sobre el asiento.*)

Macias. (*Al entrar.*) Ah! ni aun vengado
muero!

Elvira. Mi bien!

Macias. Elvira!

ESCENA VI.

ELVIRA. MACÍAS. FERNAN PEREZ. ALVÁR. SEIS ARMADOS.

Fernan. (*Se detiene asombrado.*) Aqui mi esposa!

Elvira. Socorredle si es tiempo!

Macias. Ya es en vano:
mortal la herida siento.

Fernan. Esto soporta
mi furor! Separadlos.

(*Quiere adelantarse y tras él los suyos, pero Elvira se opone á ellos.*)

Elvira. Asesinos,
no llegueis. Monstruo, á contemplar tu obra
ven tú. Sí; el triunfo es tuyo, pero inútil,
si no acabas tambien con quien le adora.
No; nunca seré tuya; te aborrezco.
Maldicion sobre tí!

Fernan. Qué oigo, traidora?
Infiel, tiembla...

Elvira. (*Con ironia amarga.*) El punto ya es llegado.
(*A Macias.*)
Salva, mi único bien, salva á tu esposa!
Lo juraste.

(*Arrebatándola la daga, que él alarga débilmente.*)

Fernan. Qué intenta?

Elvira. Ya no tiemblo.
(*Enseñando la daga á Fernan Perez.*)

La tumba será el ara donde pronta
la muerte nos despose.
(Se hiere y cae al lado de Macías.)

Fernan. Alvar!
(Al conocer su intencion hace seña á Alvar, que está mas cerca de Elvira, que la detenga.)

Elvira. *(Cayendo.)* Dichosa
muero contigo.

Fernan. Ya no es tiempo!

Macías. Es mia
para siempre... sí... arráncamela ahora,
tirano. *(Haciendo un último esfuerzo.)*

Fernan. Qué furor!

Macías. Muero *(Espira.)* contento.

Elvira. Llegad... ahora... llegad... y que estas bodas
alumbren... vuestras... teas... funerales.
(Espira. Se oye ruido de muchas personas que llegan cerca.)

Fernan. Qué rumor!

Beatriz. *(Dentro.)* Ah! Corred.

Fernan. *(Agitado.)* Quién?... Qué zozobra!

Beatriz. Acaso es tiempo aun. *(Dentro.)*

ESCENA V Y ÚLTIMA.

ELVIRA. MACÍAS. FERNAN PEREZ. ALVAR. SUS SEIS ARMADOS. BEATRIZ. DON ENRIQUE. NUÑO HERNANDEZ. RUI PERO. FORTUN. PAGES. DOS HOMBRES CON TEAS.

Entran por la izquierda con las espadas desnudas; al otro lado se reunen los demas.

Beatriz. Ah! no. Ya es tarde!
(Ve al entrar á Elvira, corre á ella y la coge una mano.)

Nuño. Mi hija! *(Haciendo lo mismo.)*

Beatriz. Elvira!

D. Enr. *(Asombrado.)* Hernan Perez.—Vuestra esposa!
Macías!—Qué habeis hecho?

Fernan. Me vendian.
Ya se lavó en su sangre mi deshonra.
(Cae el telon sobre este cuadro final.)

FIN DEL DRAMA.

FELIPE.

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA.

PERSONAS.

DOÑA ISABEL.	FELIPE.
MATILDE, *su sobrina.*	FEDERICO.
DON FERNANDO, *vizconde de Blanca Flor.*	LORENZO.
	Criados.

La escena es en Madrid en casa de Doña Isabel.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una hermosa habitacion con una puerta en el fondo y otras dos laterales; la de la derecha del actor es la del cuarto de Matilde; la de la izquierda la del de Federico. A este lado un velador; al otro una mesa grande con tintero, &c.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ISABEL *y* MATILDE *sentadas.* (*La primera borda, la segunda deja un libro en que ha estado leyendo.*)

Mat. Pero, querida tia, ¿es algun delito acaso interesarse en la suerte de Federico? Es tan bueno, tan amable, tan desgraciado... Un jóven huérfano, aislado, que nunca ha conocido á sus padres... ¿Usted misma no le recogió en su casa desde su mas tierna infancia? ¿No le ha dado usted una educacion nada comun...

Isa. Eres muy niña todavia, Matilde. Es verdad que no es un delito querer á Federico; que lo merece, ah! sin duda; pero una jóven de tus años debé ocultar sus sentimientos, y...

Mat. Señora...

Isa. Sí, hace dias que tenia ganas de hablarte de esto; noches pasadas fuimos á la ópera; yo le habia ofrecido mi palco á Federico, le habia hecho este honor; pero estaba allí con nosotros el vizconde de Blanca Flor, mi sobrino. El vizconde aunque tiene algunos defectos propios de la juventud, reune las mas brillantes cualidades; y esto te lo digo, Matilde, porque quisiera que lo tuvieras presente... Tengo entre manos un proyecto de que te hablaré despues. Pero volviendo á la ópera, tú no hiciste en toda la noche mas que reir á carcajadas, y chichisvear con Federico. El podria decirte cosas muy divertidas; pero, hija mia, en la ópera no parece del buen tono reirse de esa manera. Despues al salir aceptaste el brazo de Federico, sin guardar respetos al vizconde que te ofrecia el suyo.

Mat. Yo creí que podia... Es tan amable...

Isa. Ah, no, no; es preciso que te acuerdes de quien eres, que consultes siempre la etiqueta.

Mat. Ah, yo no hubiera consultado mas que á mi corazon... Federico le está á usted tan agradecido... la quiere á usted tanto...

Isa. Lo creo, Matilde; y tendría un sentimiento si no lo creyese; pues á pesar de eso, dejando aparte mi clase, no veo en él aquellas consideraciones y respetos que yo pudiera exigir de un joven que debe á mí todo cuanto es... Sin ir mas lejos, ahi tienes, él vive en mi misma casa como un hijo, nunca le he negado la entrada en mis *suarés,* él pudiera venir todas las noches á formarse, á aprender los modales de la buena sociedad, las maneras del buen tono; pues tú misma lo ves, apenas parece alguna noche.

Mat. Pero, tia, sea usted imparcial tambien. Esa sociedad, será muy hermosa... pero no es divertida.

Isa. ¡Cómo! Matilde.

Mat. Quiero decir, para un jóven como él... no oir hablar de otra cosa mas que de la antigüedad de nuestro apellido, de los veros y cuarteles que entran en nuestro escudo, de las proezas de los Hurtados de Mendoza... yo misma, y eso que soy de la familia, le aseguro á usted que muchas veces...

Isa. Matilde...

Mat. Conque con cuánta mas razon se fastidiará ese po-

bre Federico, jóven, vivo, atolondrado... ello es verdad, yo lo confieso, tiene los cascos ligeros; ¡pero tiene tan buen corazon! ¡Ah! Créame usted, nos hemos criado juntos, y le conozco perfectamente. No se puede usted figurar hasta donde llega el agradecimiento, el cariño que le profesa á usted.

Isa. ¿Lo crees asi, Matilde?

Mat. Ciertamente, y sino lo que hizo el dia que se desbocaron los caballos de usted. Mi primo el vizconde de Blanca Flor se estaba en la acera á una distancia respetable, dando voces y pidiendo socorro; pero Federico se arrojó á detener los caballos con riesgo de ser atropellado, y los detuvo. ¿Quién sabe si le salvó á usted la vida? Pues para que usted no se asustara viendo su vestido roto y sus manos llenas de sangre, se escabulló entre la gente y me vino á encargar que no dijera una palabra.

Isa. Y tú lo has callado: has hecho muy mal, y yo no sabia nada. ¡Pobre Federico!

Mat. Yo creo, aqui para entre las dos, que el rango de usted le intimida. Cuántas veces me dice... porque conmigo tiene sus conversaciones muy tiradas.

Isa. ¡Hola!

Mat. Sí; no le debo parecer tan imponente como usted... Pues cuántas veces me dice: «¡Ah! ¡que no tuviera yo una ocasion para probarle á mi bienhechora mi agradecimiento! Con qué placer daria mi vida por ella... Si al menos estuviese casada, yo podria ser útil en algo á su esposo... si fuese militar yo le seguiria á la guerra, mi cuerpo le serviria de escudo...»

Isa. ¿Eso dice?

Mat. Sí señora; y por cierto que esto me ha hecho pensar muchas en una cosa... ¿Por qué no se ha querido usted casar nunca, querida tia?

Isa. (*Sorprendida*) ¿Por qué? Porque... esa es una pregunta pueril, y...

Mat. Pues á mí me parece que siendo de tan buena familia y con dinero, no hubieran faltado muchos que...

Isa. Sí... de buena familia... por lo mismo es preciso casarse con un igual, y estos son pocos. Tú piensas como mi hermana; reconozco en tí las ideas de tu madre, que en lugar de seguir mi ejemplo, escogió en una clase muy inferior un marido que tenia dinero, pero nada mas.

Mat. Verdad es; dicen que mi padre no era noble, y que era millonario; pero para eso queria mucho á mi madre, y la hizo tan feliz que...

Isa. Ah, no, esa no es una disculpa; la felicidad á que puede conducirnos una falta no basta para justificarla.

Mat. Pues á no ser por esa falta no tendria usted ahora á su lado á una sobrina que la acompaña, y la quiere, y...

Isa. Yo te lo agradezco, Matilde; pero... Alguien viene; será Federico, á quien he enviado á llamar, y que ya tarda demasiado. No, es Felipe.

ESCENA II.

Dichas y FELIPE *con unos papeles en la mano.*

Isa. ¿Qué es eso, Felipe?

Fel. El correo y las cuentas del mes, porque hoy es el 1.º

Isa. Bien, bien. ¿Para que las he de ver?

Mat. Bien se puede fiar en Felipe, no es un mayordomo adocenado.

Isa. ¡Oh! Felipe es todo un hombre de bien. Yo, gracias á su celo, tengo fama de ser dos veces mas rica de lo que en realidad soy, gasto muchísimo; no sé lo que son deudas, y siempre tengo dinero á mi disposicion...

Fel. Señora, no hago mas de lo que debo: mire usted...

Isa. Es inútil, Felipe.

Fel. La señora nunca quiere ver lo que firma; pues eso es muy mal hecho; vamos, léalo usted, léalo usted; es preciso. (*Isabel pasa junto á la mesa para examinar los papeles.*)

Mat. Es particular, en toda la casa nadie se atreve á hablar á mi tia con ese tono, y sin embargo no se enfada. Estos criados antiguos tienen derecho para todo.

Fel. (*Acercándose á Matilde.*) Hago mal... lo conozco, señorita, pero un antiguo militar no puede hablar como un cortesano.

Isa. ¿Qué es esto? (*Leyendo.*) *Limosnas que ha dado la señora, tres mil reales.* Esto sube muchísimo mas que otros meses.

Fel. Señora, es usted tan caritativa... y los tiempos están tan malos, que todos acuden aqui, artesanos indigentes

y sin trabajo, soldados pobres que han derramado su sangre en los campos de batalla; en fin, compañeros antiguos de armas, benéficos tambien cuando podian, como yo.

Isa. Ah, sí, sí; á Felipe debemos en cierta época el habernos salvado de algunos peligros.

Mat. Entonces ¿qué estraño es que le esté usted agradecida?

Isa. Acabemos... *Asistencias de Federico, mil reales.* Esto es demasiado para un mes.

Fel. ¿Demasiado, señora, para usted que le ha criado, que le protege... Es preciso hacer las cosas completas... que se instruya, que aprenda, que tenga maestros... ya sabe usted que el que no posee bienes de fortuna, necesita tener algun mérito.

Isa. Eso es precisamente de lo que él deberia estar convencido... Yo te he puesto á su lado, Felipe, para que le sirvas de ayo, de amigo. Y no estoy nada contenta con él, ni contigo tampoco: tú le echas á perder, le mimas; no tienes carácter: yo sé que muchas noches se recoge á deshoras...

Fel. Señora...

Isa. Ayer noche no le ví.

Fel. (¡Dios mio!)

Isa. Esta mañana le envié á decir que bajase, y aun no ha parecido.

Fel. Salió muy de mañana: tiene un repaso de leyes, creo; en fin, trabaja tanto, que á veces se pasa la noche...

Mat. ¿Lo ve usted, tia? Al fin enfermará.

Isa. Ah, no, no; de ningun modo: tampoco quiero que trabaje tanto: yo se lo prohibiré.

Fel. ¡No, no es menester.!

Isa. (*Cogiendo una bolsa.*) Toma, ahi tiene su trimestre; dáselo de mi parte, y encárgale sobre todo la economía y la buena conducta.

Fel. Bien, señora: pero ya podia usted tener un poco mas de indulgencia: tiene sus faltas, pero si es un muchacho: es atolondrado, pero es pundonoroso; y en fin, si yo estuviera en su lugar puede que fuera peor que él.

Viz. (*Dentro.*) ¿Todavia no han almorzado? Perfectamente.

Isa. Esta es la voz de mi sobrino.

ESCENA III.

Dichos y el VIZCONDE. *(En un elegante negligé.)*

Un lacayo. (*Anunciando.*) El señor vizconde de Blanca Flor. (*Felipe arregla los papeles junto á la mesa.*)

Viz. Querida tia, siempre á los pies de usted: á Dios, prima; hoy estoy muy madrugador: yo mismo estoy absorto de verme en pie casi á la misma hora que todo el mundo.

Isa. ¡Pues cómo ha sido eso!

Viz. ¡Oh! Lo he tomado desde mas atrás: no me he acostado esta noche.

Fel. ¡No se le puede pedir mas arreglo!

Mat. Escelente conducta, vizconde.

Viz. Verdad es que podia ser mejor; pero hija, hay tantos bailes este invierno, las noches son tan cortas, la vida se pasa en un momento.

Isa. ¡Almuerzas con nosotras! Matilde, anda, dispon que no tarden.

Mat. Voy, tia. Primo, con tu permiso: á Dios, Felipe.

ESCENA IV.

FELIPE. ISABEL *y el* VIZCONDE. *(Isabel sentada firmando los papeles que le va presentado Felipe.*

Viz. He venido en primer lugar á almorzar con usted, y en segundo, querida tia, á darla las gracias. ¡Ha visto usted ya al del caballo!

Isa. Demasiado amenudo le veo.

Viz. Cómo ha de ser, tia mia; esos malditos caballos ingleses no tienen precio. Yo, la verdad, los caballos y la ópera... si el diablo me ha de llevar será por ese lado.

Fel. El señor vizconde cambia tan frecuentemente...

Viz. Cierto, es lo que yo digo: yo gasto lo mio y lo de mi tia, y lo de... pero ¡qué diantre! es preciso brillar en el mundo, que hablen de uno, y no ajustar nunca cuentas.

Fel. ¡Sobre todo cuando el dinero es de los demas!

Viz. No hay otro camino. Si siquiera tuvieramos una guerra, seria un ahorro para mi; porque entonces ó me ma-

tarian pronto ó yo daria que decir, y de este modo me saldria mas barato.

Isa. ¡Cómo! Esponer tu vida, ¿estás loco? El último vástago de la familia... de ningun modo; y ahora que viene á cuento debieras acordarte de quien eres muchas veces, y tener mas moderacion... ¿qué lance era aquel de que se hablaba tanto ayer?

Viz. ¿Qué, sabe usted... ¿Y eso ha podido incomodarla á usted?

Isa. Y mucho.

Viz. Sin embargo, bien sabe usted mi destreza, y lo que es en ese lance tenia yo razon. Yo habia visto en el teatro... ya sabe usted donde me pongo siempre, tia; desde alli asesto mi anteojo; pues bien, habia visto á una bailarina... un cuerpo, unos ojos, una alma, señor, una alma, y sobre todo un piececillo... ya puede usted figurarse, tia, quien.

Isa. ¡Fernando!

Viz. No tenga usted cuidado. Pues señor, es la sal del mundo: quisieron hacerme creer que tenia un rival.

Fel. ¡Cómo es posible!

Viz. Yo pensaba como Felipe, no quise creerlo; pero en estos tiempos suceden tantas cosas increibles... Pues señor, vuelo á casa de mi bella, que estaba en su tocador voy á levantar el pestillo... buenas noches, estaba echada la llave, y oigo una vocecilla de *primo vasso* que me responde: «¿quién va?»

Isa. ¡Ay Dios mio!

Viz. No quedaba duda, otro hubiera alborotado, hubiera dado una campanada: yo por el contrario no pudiendo remitir mi cartel á mi hombre, escribo en la puerta con el lapicero de mi cartera: «El amante de mi querida es un necio, y le aguardo en el Prado: fulano de tal.»

Isa. ¿Y fue?

Viz. ¿Cómo si fue? Fueron tres: segun parece todos habian ido leyendo uno tras otro mi epístola, que por lo visto ha venido á ser una circular.

Isa. (*Levantándose*) ¿Y os habeis batido?

Viz. Inmediatamente, y con mis tres paladines: herí al uno, desarmé al otro, y almorcé con el tercero, un jóven escelente, que no me quiso dejar; porque en los desafios, es delicioso, se hace uno amigos á todo trance: este

me llevó despues á una casa, donde hemos pasado una noche divina, una casa de... en fin, una casa... y alli por mas señas encontré á su amigo de usted Federico.

Fel. ¿Federico?

Isa. ¡Qué dices, Fernando!

Fel. El señor vizconde se equivoca; eso no puede ser.

Viz. ¡Me equivoco, y le he hablado yo mismo! Por cierto que estrañé mucho verlo en aquel sitio: y cuando yo salí á las seis de la mañana aun quedaba alli.

Fel. (¡Que no te se secára la lengua!)

Isa. (*Mirando á Felipe.*) Habia salido temprano esta mañana para trabajar... Bien está! Y esa casa es...

Viz. Qué sé yo.

Fel. Pues el señor vizconde estaba...

Viz. Sí, yo... pero amigo mio, yo... es muy diferente; pero un pobre diablo como él, que no tiene un cuarto... esto pudiera ser muy alarmante; eso es todo lo que puedo decir, no quisiera tampoco ofenderle.

Fel. Ah, no, no; hable usted por Dios, no nos haga usted sospechar mas de lo que tal vez habrá: aunque hubiera ido á esa casa por divertirse, por alguna muchacha, como la del señor vizconde... (*Sorpresa del vizconde*) qué sé yo: y ¡por qué no! á su edad...

Isa. Felipe, el señor vizconde no te ha dirigido la palabra.

Viz. Sí, pero el señor don Felipe la toma por sí y ante sí: es elocuente, eso siempre compone parte del lujo de un mayordomo; tambien le costará á usted mas caro.

Fel. ¡Por vida de!

Isa. Felipe, calla; ¿olvidas... Fernando, vamos, y sobre todo delante de Matilde nada de aventuras, ni relaciones, ni... cuando estamos á punto de manifestarla nuestros proyectos, no convendria que tus locuras...

Viz. ¡Ba! ¿Eso qué importa? Mientras que sea soltero... ahora, en casándome...

Isa. ¿Serás mas prudente?

Viz. Oh entonces sí.

Isa. (*A Felipe al salir.*) (Estoy descontenta.) Fernando, dame el brazo. (*Saliendo.*) (Muy descontenta.)

ESCENA V.

FELIPE.

Muy descontenta; pues, á eso no hay que responder; hablador, bachiller, con sus relaciones y su aire de desprecio... ¡despreciar á Federico! Comete faltas, es verdad, pero eso nada le importa á él, sino á la señora y á mí! (*Tomando en peso la bolsa.*) ¡Pobre muchacho! Su trimestre... no pesa gran cosa; y por esta vez no hay que esperar suplemento: esta es la ocasion de socorrerle sin que él lo sepa. (*Mira al rededor, y busca en su faltriquera.*) Precisamente aqui traigo algunos ahorros que iba á imponer... no soy un ricachon, pero al fin con un poco de arreglo nunca faltan algunos cartuchos para servir á los amigos (*Coge un rollo de monedas.*): se encontrará con su paga algun tanto aumentada, pero creerá que es la señora. (*Mete algunas monedas de oro en la bolsa.*) ¿Dónde diablos puede haber pasado la noche? No venir á dormir, ponernos en cuidado... ¡oh! esto es muy mal hecho; no veo de cólera. (*Vaciando todo el paquete.*) ¡Eh! echémoslo todo, y se acaba mas pronto. (*Va hácia la izquierda.*)

ESCENA VI.

FEDERICO. LORENZO *y* FELIPE.

Fed. (*Federico en el fondo á Lorenzo.*) Anda, que no te vea nadie; entra en el cuarto de Matilde, pon esta carta sobre su almohadilla, ó en su cartera de dibujo: toma, es el último dinero que me queda. (*Lorenzo entra.*)

Fel. El es.

Fed. (*Dejando su sombrero y su baston sobre la mesa de la derecha.*) Sí, lo sabrá todo; pero cuando yo esté lejos. (*Atraviesa el teatro, y se arroja sobre un sillon junto al reloj.*)

Fel. (*Que está en el fondo á la derecha observándole, se acerca.*) ¡Cómo viene! Abatido, estropeado, parece que acaba de andar cien leguas á marchas forzadas: pobre Federico!

Fed. Puede ser que me tenga lástima. ¡Ah! Felipe.

Fel. (*Mudando de tono.*) ¡Gracias á Dios! ¡Voto va! ¿No le da á usted vergüenza?

Fed. Felipe, por Dios, te suplico que dejes esas reconvenciones: no estoy para oirlas.

Fel. Y las tiene usted que oir sin embargo. ¿Qué significa esto? ¿Qué vida es esta? Poner á toda la casa en cuidado, y sobre todo á mí y á la señora.

Fed. (*Levantándose.*) ¿La señora dices? ¿Pues qué, Felipe, sabe?...

Fel. Todo lo sabe: por mas que he mentido para disculpar á usted, que no hubiera hecho otro tanto por mí, no ha querido oirme, está furiosa con usted.

Fed. No me faltaba mas que esto: todo lo hubiera arrostrado; yo habia tomado ya mi resolucion, pero su cólera... ¡ah! no, jamas; yo, que daria mi vida por ahorrarle un disgusto...

Fel. Bien está: ¿pero qué, no teme usted tambien desazonarme á mí, que soy su apoyo, que ausente ó presente estoy siempre á la mira para velar sobre usted, para defenderle? ¿Para mí no hay agradecimiento?

Fed. Sí, Felipe, sí; te pido mil perdones; soy un loco, un ingrato, ó mas bien soy un desgraciado, eso es lo que soy, nada mas.

Fel. ¡Desgraciado! (*Con frialdad.*) Ya lo entiendo: ¿usted ha hecho algun disparate, eh?

Fed. Sí, uno, uno solo primero, que me ha hecho cometer despues otros veinte.

Fel. Demasiado es para empezar; pero vamos por órden.

Fed. Estoy enamorado, pero...

Fel. ¡Enamorado!

Fed. Es de una persona tan superior á mí...

Fel. ¡Bah! Siendo jóven, estando bien, no hay distancia que valga: ¿y esa persona?..

Fed. Ah, si tú supieras... pero no, no; quisiera podérmelo callar á mí mismo, Felipe: ¡qué cruel es sentirse capaz de distinguirse, y encontrar un obstáculo invencible! ¿Qué puede hacer un hombre que no sabe quién es? Felipe, ¿cuál es mi familia? ¿cuál es mi apellido? ¿de quién soy hijo?

Fel. De sus obras de usted, y eso basta y sobra. Un hombre de bien, un hombre de mérito no necesita para nada un apellido ilustre.

Fed. Por mas que digas, es una humillacion insoportable: todos los jóvenes que concurren aqui afectan mirarme con desprecio... yo no puedo permanecer mas tiempo; esta casa se me ha hecho odiosa; he llegado á desanimarme; no sé en qué estravagancias he dado; se ha apoderado de mí una ambicion frenética de hacer suerte, de tener bienes; me ha parecido que esta seria una compensacion, una especie de mérito; hay tantos que no tienen otro... en fin, con esa necia esperanza he jugado.

Fel. ¿Ha jugado usted?

Fed. Como un loco, como un desesperado.

Fel. ¿Usted, Federico? ¡Ah! es muy mal hecho: no es necesario preguntarle á usted si ha perdido.

Fed. Mas de lo que puedo pagar.

Fel. Deberia reñirle á usted, pero eso será despues; tal vez no perderá usted nada en demorarlo; acudamos á lo mas urgente: aqui está el trimestre, no puede llegar mas á tiempo. *(Le da la bolsa.)*

Fed. ¡El trimestre! ¡Ah! no basta.

Fel. Mírelo usted bien; creo que ha de haber mas que otras veces: la señora me lo ha entregado para usted, encargándome que le echase una peluca, que tiene bien merecidas. (He acertado en aumentar su pension.)

Fed. Vaya, siempre lo recibirán á buena cuenta.

Fel. ¡Cómo! ¿A buena cuenta?

Fed. Sí; he jugado, he apostado, por mejor decir, toda la noche con ese maldito vizconde de Blanca Flor, á quien no puedo tolerar; sola su vista me ofende: me empeñé en llevarle siempre la contraria: me hubiera alegrado tanto de humillar su presuncion... pero ha sido al revés; ha tenido una suerte tan sostenida, tan insolente como su facha: he perdido veinte mil reales.

Fel. ¡Veinte mil reales, Dios mio!

Fed. Sí, veinte mil reales, que he pedido á mis vecinos, á mis amigos, al dueño de la casa... y es preciso pagarlos hoy mismo: ya conoces que no me queda mas recurso que el de levantarme la tapa de los sesos.

Fel. ¿Qué dice usted? Tiemblo todo.

Fed. Cuando se debe, cuando es forzoso vivir deshonrado, avergonzado, no hay otro recurso.

Fel. Sí señor, le hay.

Fed. ¿Cuál, Felipe?

Fel. Pagar.

Fed. ¿Pagar? veinte mil reales: ¿estás en tí? ¿de qué modo?

Fel. No sé, no hay ahorros que basten; pero es preciso pagar.

Fed. He buscado á todos los amigos.

Fel. Amigos, ah! cuando se trata de dinero nunca se les encuentra en casa. Solo una persona puede sacarle á usted del paso.

Fed. Quién, mi protectora?

Fel. Es preciso confesárselo todo.

Fed. Jamas, amigo mio, jamas; la quiero mucho, pero la temo tanto...

Fel. No importa. Voto va! Vamos, resolucion, valor: es preciso pasar ese mal trago: eso le servirá á usted de castigo. Aqui viene precisamente.

ESCENA VII.

Dichos y DOÑA ISABEL. (*Federico y Felipe se retiran hácia el fondo.*)

Fed. No me dejarás solo, Felipe?

Fel. No tenga usted cuidado; yo me quedo aqui detrás, como cuerpo de reserva, para auxiliarle en un caso. (*Doña Isabel entra distraida sin verlos.*)

Fed. No nos ha visto; está distraida; pero tiene una cara tan séria...

Fel. No importa, ya conozco esa seriedad; adelante, sin miedo.

Fed. (*Da algunos pasos y retrocede.*) No, no me atrevo; es demasiado: primero sufriré mil muertes. (*Echa á correr hácia su cuarto, y cierra la puerta.*)

Fel. Vamos. (*Mira alrededor, y le ve huir.*) Bravo! Escapa y me deja solo en las hastas del toro.

Isa. (*Viendo á Felipe.*) Eres tú, Felipe? Pareció ya Federico?

Fel. Si señora.

Isa. (*Viendo que Felipe mira á todas partes.*) Qué es eso? Qué tienes?

Fel. Miro si viene alguien (*Se acerca.*): no quisiera que me interrumpieran.

Isa. Pues qué hay?

Fel. Nada, un pequeño contratiempo, poca cosa. Qué diantre! La juventud es un momento de fiebre que dura mas ó menos, y cuando el acceso ha pasado, lo cual desgraciadamente suele suceder demasiado pronto...

Isa. Adónde vas á parar con esos preámbulos?

Fel. En un palabra, señora (*Bajando la voz.)*, el chico ha jugado.

Isa. Federico?

Fel. Sí señora, ha jugado, ha perdido, debe dinero. (Asi, asi, el mal trago pasarle pronto.)

Isa. Qué dices? En esa casa donde le vió mi sobrino?

Fel. Era una casa de juego; pero del gran tono, sociedad de alto coturno; es decir, que el chico ha perdido mucho, y ahora, señora, es preciso pagar.

Isa. Pagar? Tú has creido que yo consentiria en?.. Yo contribuir á semejante desarreglo, pagando una deuda de juego? Darle alas?..

Fel. Sí señora, veinte mil reales.

Isa. Y qué me importa la cantidad? Cuándo me has visto reparar en el tanto menos cuanto para hacer bien? Me parece que acostumbro hacerlo con nobleza; pero despues de una conducta como esa... No, Felipe, no; estoy decidida, no lo pagaré.

Fel. (*Animado.*) No lo pagará usted?

Isa. No señor, no: qué diria mi familia, qué diria todo el mundo si los bienes de los Hurtados de Mendoza no sirviesen mas que para enmendar las faltas de un atolondrado?

Fel. Su familia de usted? El mundo? Le tiene usted demasiado miedo, señora; le ha sacrificado usted ya tantas cosas...

Isa. Felipe!

Fel. No tenga usted cuidado, mis labios no se despegarán; sé lo que he prometido, y lo sabré cumplir; nunca lo olvidaré; pero es preciso que cada uno cumpla con su obligacion; acuérdese usted de que ese pobre muchacho no tiene nadie á quien volverse mas que usted; y si usted le abandona, si permite que viva deshonrado, ah! nadie sabe de lo que es capaz; tiene pundonor, no es cobarde... atentará contra su vida.

Isa. Dios mio!

Fel. Sí, está determinado. Qué quiere usted? Qué apego

puede tener á la vida? Como me decia él mismo no hace mucho: «Yo estoy solo en el mundo, sin parientes, sin esperanzas... todo lo que tengo lo debo á la compasion.»

Isa. Eso decia?

Fel. Sí señora, y otras cosas decia tambien que me hacian saltar las lágrimas. Pobre Federico! Yo le contemplaba, y decia para mí... (*Doña Isabel hace un movimiento para taparle la boca.*) Bien, señora, bien, nada; pero tenia el corazon en un puño... Ah! usted no siente nada de eso... Usted es feliz, y vive tranquila.

Isa. Feliz yo! No, Felipe, no lo soy.

Fel. Bah! Señora... en esos salones rodeada de personas que la respetan á usted, y de una familia que dirige á su placer...

Isa. Y crees que en el fondo de mi corazon no siento algo mas que eso? Pero yo debo dar un buen ejemplo á todos los que dependen de mí.

Fel. Cómo? Insiste usted?..

Isa. No, no: yo lo pagaré todo, sí, te lo prometo; pero chiton; ni Federico ha de saberlo.

Fel. Y por qué no? Teme usted por ventura que llegue á cobrarle á usted demasiado cariño.

Isa. No, Felipe; pero mi sobrino pudiera estrañarlo, y llevarlo á mal: ya sabes que es mi heredero.

Fel. Tanto mas motivo para indemnizar á ese pobre Federico mientras que usted viva; ademas de que no volverá á reincidir en semejante falta. Habrá de contentarse con su pension, que aunque no es exhorbitante...

Isa. De veras? Te parece escasa? Porque en ese caso se le pudiera aumentar.

Fel. Sí, sin duda; con otro tanto... Ademas, todos sus amigos tienen caballos, trenes... (*Sorpresa de doña Isabel.*) No, yo no soy exigente, pero me parece que no haria usted nada de mas en regalarle un bonito caballo con un criado para servirle y acompañarle.

Isa. Y no eres exigente, Felipe?

Fel. Qué diantre! Mire usted, señora...

Isa. Bien, vaya, bien; cómprale ese caballo, lo que necesite; pero sin derrochar, sin...

Fel. Basta; compraré lo mejor, lo mas caro, y cuando usted le vea encima, veremos si le pesa. Oh! el bribonzuelo, si viera usted qué bien monta. Usted, como no le hace caso...

pero, sin ir mas lejos, el otro dia en el Prado habia unas ciertas señoritas, pero señoritas del gran tono, que se paraban para verle pasar, y á cada vuelta repetian: «Qué aire tan bonito; elegante figura; qué buen ginete!»

Isa. De veras?

Fel. Sí señora, como usted lo oye; y yo tenia tanto gusto en oirlas, que toda la tarde me fui insensiblemente tras ellas.

Isa. Eso es verdad; tiene una fisonomía muy...

Fel. Muy espresiva, sí señora, muy agradable; y si le animasen un poco... si usted de cuando en cuando le dirigiese la palabra con cariño, con prediléccion... porque la verdad... está usted siempre tan seria con él...

Isa. Yo!

Fel. Delante de usted está cortado, tiene miedo.

Isa. Miedo, Federico? A mí?...

Fel. Sí; por ejemplo, ahora debia usted perdonarle esta falta, usted misma hablarle, y... ya veo que usted misma lo desea tanto como yo.

Isa. Pero estás seguro de que no vendrá nadie?

Fel. Nadie, nadie vendrá. Voy á llamarle.

ESCENA VIII.

DICHOS. FEDERICO.

Fel. Salga usted: ya salimos del paso; esto va perfectamente.

Fed. Es imposible...

Fel. Vamos, háblela usted, pero con gracia, con despejo.

Isa. Federico.

Fel. (*Empujándole.*) Vaya, otro esfuerzo: mas cerca, mas.

Fed. (Yo tiemblo.)

Isa. Venga usted aquí, señorito, venga usted aquí: todo lo sé; pero no tenga usted cuidado, no; nada tengo que añadir á lo que usted mismo conoce: por esta vez yo enmendaré esas locuras, pero contando con que no perderé el fruto de esta leccion.

Fed. En mi vida olvidaré tanta bondad.

Fel. (*Bajo.*) Perfectamente.

Isa. Federico, te suplico que no te hagas jugador.

Fed. Jamás, señora, jamás. (Yo no estoy en mí. Qué bondad!)

Fel. Se supone que ya no jugará.

Isa. No sabes el sentimiento que me darias.

Fed. Ah, no señora; primero quisiera dejar de existir que darle á usted un sentimiento... y mas cuando recuerdo cuántos beneficios he recibido en esta casa, yo que no tenia en el mundo quien pudiera interesarse por mí.

Isa. Tienes amigos que no te abandonarán mientras no te hagas indigno de sus favores.

Fel. Nunca lo será: yo respondo por él.

Fed. (*Besándola la mano.*) Es verdad, nunca. (*Doña Isabel se vuelve para ocultar su conmocion.*)

Fel. (*Bajo.*) Asi, señora, asi. (Me parece que yo en su lugar ya le hubiera...) (*Hace el movimiento de abrazarle.*)

Isa. Y tus estudios? á qué altura te hallas? piensas en adquirir un nombre? en formar tu suerte?

Fed. Solo me falta recibirme de abogado.

Fel. Lo ve usted, señora: abogado!

Fed. Ah, eso no es nada hasta que uno no adquiere reputacion.

Isa. Dice bien.

Fel. Oh, eso creo que no es tan fácil; pero de todos modos, siempre es una bonita carrera encontrarse abogado hecho y derecho á su edad. No es verdad, señora?

Isa. No hay duda: conozco abogados que son muy bien admitidos en las casas mas principales.

Fel. Yo lo creo.

Isa. (*Observando á Federico.*) (No decia mal Felipe. Tiene una figura muy interesante, un aire muy señor.) (*Se levanta, y le dice á Federico.*) Escucha, Federico: yo pienso en tu porvenir, en tu felicidad. Solo te pido que no le opongas obstáculos tu mismo con tu conducta. (*Felipe pasa á la izquierda de Federico.*)

Fed. Ah! señora, disponga usted de mí; seria dichoso si pudiera consagrarla mi vida.

Isa. Me alegro; es decir que no encontraré ninguna oposicion á mi voluntad.

Fed. Suscribo desde luego á perder el fruto de su bondad si vacilo un instante en obedecerla.

Fel. Yo respondo de él.

Isa. Pues bien, en ese supuesto voy á descubrirte mis inten-

ciones; voy á proponerte un medio de empezar brillantemente tu carrera: he pensado colocarte con una rica heredera de diez mil duros de dote: pones tu bufete, y tienes asegurada tu subsistencia.

Fed. Dios mio!

Isa. Ya le he hablado muchas veces á su tio: tú le conoces, don Jorge Bustillos: ha aceptado el partido, y creo que... No te alegras?

Fed. Señora...

Isa. Qué veo? Esa tristeza... mírame.

Fel. Cuando se le propone este fortunon deshecho, ese silencio.

Isa. Vamos, habla, Federico: puedes oponer alguna dificultad... responde.

Fed. Señora, lo conozco, soy un ingrato.

Isa. Cómo!

Fed. Me es imposible aceptar.

Isa. y *Fel.* Imposible!

Isa. Estoy admirada! Y qué motivo racional...

Fed. Ninguno, señora; permítame usted que calle: no puedo decir mas; pero es imposible.

Fel. Qué imprudencia!

Isa. Qué dices? Pues yo lo exijo, lo mando: esta boda se ha de hacer.

Fed. Dígnese usted escucharme: conozco que no debiera pagar de este modo sus beneficios; pero permítame usted que los rehuse todos si para merecerlos es preciso concluir una boda...

Isa. Enhorabuena, señorito; supuesto que no se puede hacer carrera de usted, yo tomaré mis medidas; tiemble usted mi cólera.

Fel. Reflexione usted lo que hace.

Isa. Déjale: tú te acordarás de este dia.

ESCENA IX.

DICHOS. MATILDE *acudiendo al ruido.*

Mat. Jesus, tia! Qué sucede? Qué enojada está usted!

Isa. Me parece que tengo razon para estarlo.

Mat. Con Federico?

Isa. Sin duda; y usted, señorita, que toma siempre su de-

fensa, no sé cómo podrá disculparle en esta ocasion. Rehusar una boda de esta especie!

Fel. Un dote de diez mil duros!

Isa. Y una jóven muy hermosa!

Mat. De veras, Federico?

Isa. Y por qué razon?

Fed. Y si no me creyese yo libre... si mi corazon estuviese...

Isa. Cómo! Es por eso?

Fel. Si señora, se me habia olvidado, está enamorado.

Fed. Por mi desgracia! Pero esto no me autoriza para hacer, casándome, la dé otra persona.

Mat. Querida tia, á lo menos es hombre de bien, y usted no le puede obligar á...

Isa. Puedo obligarle á ser racional, sí señor... acabemos. Y quién es esa belleza que le impide á usted obedecer mis...

Fel. Responda usted. Quién es?

Fed. Permítame usted que lo calle, es mi secreto; nadie lo sabrá; puedo amarla sin delinquir, y seria culpable si la nombrase.

ESCENA X.

DICHOS. EL VIZCONDE.

Viz. Dónde están ustedes? Todos me han dejado solo... Te buscaba, prima.

Mat. A mí?

Viz. Yo, como me duermo cuando estoy sin hacer nada, me divertia en registrar tu cartera de dibujo. Qué paises tan bonitos! Estaba acabando ya, cuando de pronto cae á mis pies esta carta cerrada.

Isa. Una carta?

Viz. Con el sobre para Matilde.

Fed. *(Turbado.)* (Es la mia!)

Isa. Qué quiere decir esto?

Mat. Yo no sé, tia. Véalo usted.

Fel. *(A Federico que se estremece.)* (Qué tiene usted?)

Fed. (Soy perdido!)

Isa. Una declaracion.

Viz. (*Leyendo con su tia.*) Firmado: «Federico.»

Mat., *Isa.* y *Fel.* Federico!

Isa. Qué insolencia! Tiene usted valor!...

Fel. Imprudente!

Fed. Todo se ha perdido. Desgraciado!

Isa. Qué te parece, vizconde?

Viz. Dé usted alas á estos niños... ahi verá usted.

Isa. Efectivamente, mi escesiva bondad, mi indulgencia tiene la culpa de todo.

Fel. Señora...

Isa. Déjame... este es el pago de mi proteccion.

Fed. (Que no me confunda un rayo!)

Isa. Enhorabuena: usted lo ha querido, usted se lo ha buscado; yo he hecho todo lo posible por atraerle á usted al buen camino, todo ha sido inútil. Basta de sufrimiento; saldrá usted de mi casa.

Fel. Cielos!

Fed. Qué escucho!

Isa. Vizconde, esta es la llave de mi papelera; estiende una libranza de un año de pension contra mi banquero.

Fed. Piensa usted, señora, que puedo seguir aceptando sus favores?

Fel. (*Bajo.*) Calle usted.

Isa. Matilde, entra en tu cuarto: Felipe, ven conmigo.

Fel. Señora, hágase usted cargo...

Isa. Ni una sola palabra quiero oir sobre este particular. (*Vase.*)

Fed. Infeliz de mí! Ya está fijada mi suerte: enhorabuena. Qué importa? No estaba ya decidido? Todo el mundo es mi patria; sí, corramos á disponer la marcha. Ah! No he podido hablarla! Matilde! Matilde! Partiré; pero ya que dejo esta casa para siempre, ya que no he de volver á verte, tú sabrás al menos mis sentimientos; tú conocerás el sacrificio que hago por tí.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO *sale de su cuarto.*

Pocas horas me quedan de estar en esta casa; ya no me falta mas que dar el último á Dios á Matilde; si estará todavia en su cuarto... (*Mirando por la cerradura.*) Si. Matilde! Matilde! Resolucion!

ESCENA II.

MATILDE. FEDERICO.

Mat. Ah! Es usted, Federico? Perdone usted si despues de lo que ha hecho no me atrevo á conservar la misma intimidad que nos ha unido hasta aqui, y si en cumplimiento de las órdenes de mi tia evito una conversacion que usted ha hecho peligrosa con su imprudencia. (*Yéndose.*) (Pobre Federico!) (*En el momento en que va á entrar en su cuarto Federico pasa á su derecha y la detiene.*)

Fed. Matilde, Matilde, dos palabras: por favor.

Mat. (*Junto á la puerta.*) No puede ser.

Fed. Yo se lo suplico á usted; óigame usted.

Mat. Ya es imposible: mi tia... el vizconde...

Fed. (*Mirando por la puerta del fondo.*) Poco me importa su cólera: solo temo la de usted... y cuando una sola palabra pudiera disculparme...

Mat. Disculparle... Ojalá!

Fed. Este secreto no debiera haber salido nunca de mi pecho. Lo sé, y si me determiné á revelarle fue porque estaba decidido á huir para siempre de esta casa, á morir...

Mat. Qué dice usted?

Fed. Y ese es el único partido que puedo tomar en esta situacion.

Mat. (*Acercándose.*) Cielos! Federico... Ah! ya sé que no

tengo derecho para exigir nada de usted. Pero si, como usted dice, me ha ofendido, si usted quiere que le perdone, renuncie usted á esas ideas, prométame usted conservarse para sus amigos.

Fed. Amigos ya no los tengo.

Mat. Mas de los que usted piensa.

Fed. (*Arrojándose á sus pies.*) Qué escucho! Matilde, acabe usted de hacerme feliz.

ESCENA III.

DICHOS. EL VIZCONDE *que entra por el fondo con una libranza en la mano.*

Viz. (*Al verlos.*) Qué es esto?

Mat. Ay! (*Huye á su cuarto.*)

Viz. (*Riendo.*) Magnífico... Ese es el patético mas sublime... Felizmente esta escena no ha tenido mas testigos que yo.

Fed. Caballero...

Viz. Basta. No hablaré una palabra de esto á mi tia; tal vez le privaria á usted de este último beneficio. (*Le da la letra.*) Ahí tiene usted esa libranza; tómela usted, y aléjese. Tómela usted, repito.

Fed. Jamás; la mano que me la ofrece seria muy suficiente motivo para que yo la rehusase.

Viz. Qué quiere decir eso?

Fed. Que debo mil consideraciónes á mi bienhechora, pero á usted, caballero, no creo deberle nada... y no sé con qué derecho se ha tomado la libertad de...

Viz. (*Riendo.*) De sorprenderle á los pies de mi prima?

Fed. No señor, de apoderarse de una carta que no era para él; esa es una accion digna solo de un hombre sin principios, sin educacion... me parece que me esplico.

Viz. Hola, hola! Caballerito, me parece que está usted abusando de su posicion y mi delicadeza: se prevale usted de la ventaja de no tener un estado en el mundo, ni representacion alguna para insultarme... eso es poco generoso. Yo no puedo aceptar semejante contrario.

Fed. Sin duda: su apellido de usted, su cuna harian el combate muy desigual.

Viz. No me ha entendido usted; no hablo de esas distinciones: al fin con la espada en la mano no seriamos mas que

dos hombres simplemente; hablaba solo de la posicion de usted en esta casa.

Fed. Ya no estoy en ella, me han echado.

Viz. Debiera usted recordarla, asi como los respetos...

Fed. Usted me lo hace olvidar todo; he recibido los beneficios de la tia y los ultrages del sobrino; estamos pagados, y si usted no es un cobarde...

Viz. Caballero! Basta, ya me ciega mi cólera; usted necesita una leccion, se la daré.

Fed. Veremos quién la da ó la recibe.

Viz. Necesito una satisfaccion.

Fed. Ese es mi deseo.

Viz. Corriente: qué armas?

Fed. Cualquiera.

Viz. La espada?

Fed. Sea la espada.

Viz. Testigos?

Fed. No los necesito.

Viz. El sitio?

Fed. Fuera de la puerta de Atocha.

Viz. A qué hora?

Fed. Ahora mismo.

Viz. Perfectamente.

Fed. Le sigo á usted.

ESCENA IV.

FEDERICO.

Bravo! Él tira muy bien, yo en mi vida las he visto mas gordas: mejor, con eso acabaremos mas pronto, y me veré libre de una existencia que me es odiosa. Y ya que no he de volver á ver á Matilde, ya que es preciso abandonar hoy mismo esta casa...

ESCENA V.

FEDERICO. FELIPE.

Fel. (*Que ha oido las últimas palabras.*) Abondonarla? Todavia no.

Fed. Qué dices?

Fel. Que acabo de hablar por usted.

Fed. No te lo habia prohibido?

Fel. Oigame usted : usted ha hecho muchos disparates: el primero amar á la señorita doña Matilde; el segundo escribirle; y el tercero, sobre todo, no haberme dicho una palabra.

Fed. A ti?

Fel. Sí señor; esta es una idea como otra cualquiera, si yo la hubiera sabido antes se hubiera obrado con arreglo á ella.

Fed. Qué dices! Es posible?

Fel. Si es posible! Sepa usted que hace veinte años que no ha pasado un solo dia en que yo no haya pensado en su prosperidad de usted, en su porvenir... nunca tendrá usted tanta ambicion como he tenido yo para él.

Fed. Querido Felipe!

Fel. Sí, y para llegar al término es preciso dejarse llevar. Usted se queda en casa.

Fed. Cierto! cómo te has compuesto para lograrlo?

Fel. Con dos condiciones, de cuyo cumplimiento he respondido yo por usted.

Fed. Desde ahora las apruebo.

Fel. Primera, que evitará usted relaciones con Matilde, y que no volverá en su vida á decirla una palabra acerca de la carta.

Fed. Dios mio! Esto es hecho.

Fel. Qué?

Fed. Nada, nada; y la segunda?

Fel. Guardar consideraciones al vizconde, hacer las paces con él, y para empezar darle una satisfaccion, pedirle mil perdones acerca de lo que ha pasado, puesto que como novio de Matilde debe estar ofendido.

Fed. Yo pedir perdon? y á mi rival? al autor de mis desgracias, á un hombre de quien solo recibo ultrajes? perdon? Cuando voy á batirme con él...

Fel. A batirse!

Fed. Sí; aunque esto haya de costarme la vida, no puedo escuchar mas que la voz de mi resentimiento. Hemos empeñado entrambos nuestra palabra, estamos citados, y esto ha de ser.

Fed. Citados!

Fed. Sí, y es preciso que me encuentre ya allí cuando va-

ya: quiero ser el primero. Qué, tiemblas? Es de miedo?
Fel. Tal vez; por mí mismo no he esperimentado nunca lo que ahora por usted. Batirse! Y sin saber coger una espada!
Fed. Qué importa?
Fel. Y con un hombre que tiene tal seguridad!
Fed. Me es indiferente.
Fel. Es correr á una muerte cierta.
Fed. Enhorabuena: qué importancia tengo en el mundo? Solo en la tierra, como un ente caido del cielo, sin saber quién soy, debiéndome avergonzar tal vez de mi orígen, sin padres, sin familia...
Fel. Qué, yo no soy nada para usted?
Fed. *(Cogiéndole la mano.)* Sí, Felipe sí; tú, tú solo me has querido, lo sé: ahora mismo te veo conmovido; tus ojos arrasados en lágrimas.
Fel. (*Conmovido.*) Pues en nombre de este cariño tan antiguo, por estas lágrimas que su peligro de usted me arranca, renuncie usted á tan funesto designio.
Fed. Renunciar!
Fel. (*Con energía.*) Federico! Amigo mio, yo se lo suplico á usted, se lo pido de rodillas no por la señora, cuyos beneficios quiere usted pagar con tal ingratitud; no por Matilde, á quien va usted á hacer mil veces mas desgraciada, sino por mí, por el pobre Felipe, que le ha visto á usted nacer, que le ha recibido en sus brazos, olvide usted los despropósitos de un atolondrado, un loco.
Fed. Olvidarlos! Jamas.
Fel. Pero sobre qué fue la disputa?
Fed. No sé; solo sé que debo vengarme.
Fel. Qué le ha dicho á usted?
Fed. (*Enagenado.*) No lo sé, nada; pero debo vengarme de él, de su amor, de su boda con Matilde. La hora se acerca; vamos, Felipe, mi espada.
Fel. (*Con frialdad.*) No señor.
Fed. Cómo que no?
Fel. No va usted.
Fed. Qué te atreves á proponer?
Fel. Que ya que es usted sordo á mis ruegos y á la voz de la amistad, ya que olvida todos sus deberes, yo cumpliré con los mios: usted no saldrá de aqui.
Fed. Quién me lo ha de impedir?

Fel. Yo.

Fed. Eso lo veremos. (*Se acerca á la mesa, coge sus guantes, su sombrero y su baston: al mismo tiempo Felipe va á cerrar la puerta y coge la llave.*) Cómo! (*Se vuelve y lo ve.*) Te atreves...

Fel. Sí señor, á salvarle á usted, mal que le pese; sí señor, le he dicho á usted que no saldrá de aqui, y no saldrá usted.

Fed. Qué osadía? (*Conmovido.*) Felipe, vuélveme esa llave.

Fel. No señor.

Fed. (*Colérico.*) Teme mi furor.

Fel. Nada temo; y le prohibo...

Fed. Prohibirme! Esto ya es demasiado, y una insolencia semejante...

Fel. (*Queriendo contenerle.*) Téngase usted.

Fed. (*Enarbolando el baston.*) Yo la castigaré.

Fel. Pega, desgraciado, pega á tu mismo padre!

Fed. Mi padre! (*Deja caer su baston.*)

Fel. Sí, yo soy tu padre: cuál otro orígen podia tener este cariño de que no ceso de darte pruebas desde que naciste? Este es el secreto de que he sido víctima; secreto fatal que debia haber muerto conmigo, secreto que he guardado hasta ahora religiosamente por tu misma felicidad; secreto, en fin, que me has obligado á descubrir para librarte de un crímen horroroso.

Fed. No me atrevo á levantar los ojos.

Fed. Te avergüenzas sin duda de deber tu existencia á un criado.

Fed. Yo avergonzarme, nunca; y esa idea...

Fel. Solo una cosa me resta que decirte; este criado era soldado cuando naciste: en la flor de mis años, en la edad del valor, me esperaba una carrera brillante en una época tempestuosa en que el amor á la independencia de la España y la intrepidez bastaban para encontrar los grados y los honores en la trinchera enemiga. Pues bien, gloria, ascensos, fortuna, hasta la esperanza de morir honrosamente por el rey y por la patria en un campo de batalla, todo lo sacrifiqué para permanecer al lado de mi hijo: para cuidar de su infancia no temí esponerme al menosprecio, á la humillacion, abrazando un estado... en fin, ciñéndome á ser tu mismo criado. Y esto sin sonrojarme, porque muchas veces me decia á mí mismo: «Federico me amará, y esto me basta.»

Fed. ¡Padre mio, perdon! (*Se arroja en sus brazos*) ¿Cómo pagar tantos beneficios? ¿Cómo espiar mis faltas? Querido padre, ¡cuán dulcemente suena en mis oidos este título sagrado! Ya tengo un amigo, una familia; ya no estoy solo en el mundo.

Fel. (*Enjugándose los ojos.*) Hijo mio, cálmate.

Fed. ¡Ah! Por favor, esplíqueme usted...

Fel. Silencio eterno acerca de este misterio; una promesa sagrada, un juramento me liga; que no sospeche nunca nadie que le he violado. ¿Te negarás ahora á obedecerme?

Fed. No, no; estoy dispuesto á todo: hable usted.

Fel. Entra en tu cuarto.

Fed. ¿Y el vizconde, que me espera?

Fel. ¿No tienes confianza en mí?

Fed. Sí; pero huir, ocultarme... ahora menos que nunca; mi honor es el de usted tambien.

Fel. Eso me toca á mí; un militar antiguo sabe tan bien como tú lo que el honor exije.

Fed. (¡Cielos! Y no hay mas puerta que esa; es imposible escaparme.) Se lo suplico á usted.

Fel. Entra, Federico; te lo ruego.

Fed. ¡Querido padre!

Fel. Pues bien, te lo mando.

Fed. Obedezco. (*Se inclina con respeto, y entrá en su cuarto. Felipe lo observa.*)

ESCENA VI.

FELIPE. (*Va á poner la llave en la puerta.*)

¡Ah! Conozco cuánto debe padecer, y ya le quiero mas... pero no; nadie me privará del único bien que me queda, y debo antes de todo... aqui está la señora.

ESCENA VII.

FELIPE *y* DOÑA ISABEL.

Isa. Le has visto, Felipe? Le has indicado mi voluntad?

Fel. Hable usted bajo, señora: esta ahi.

Isa. Federico! Pero qué ha habido? estás pálido, demudado.

Fel. He llegado á tiempo: se iba á batir.

Isa. A batirse!

Fel. Sí, con su sobrino de usted.

Isa. Cielos! debiste estorbárselo, prohibírselo.

Fel. Eso es precisamente lo que he hecho; le he encerrado en su cuarto, y hasta nueva orden nada hay que temer; pero al hacer uso de mi autoridad ha sido preciso probarle que tengo derecho para tenerla: ya sabe que soy su padre.

Isa. Qué has hecho!

Fel. Tranquilícese usted, no sabe mas; la segunda parte del secreto no me pertenecia, la he respetado: pero desengañémonos, señora, estas medidas de nada sirven; ellos se han desafiado, y tarde ó temprano...

Isa. A pesar de tu prohibicion!

Fel. A su edad y en hombres de honor esas prohibiciones no hacen mas que aumentar el deseo de batirse: yo me acuerdo de lo que sentia y de lo que siento aun con solo la idea de un ultrage: no hay mas que un medio de estorbar esta desgracia, y usted sola puede emplearle.

Isa. Yo, Felipe!

Fel. Sí señora, quitando la causa.

Isa. Y cómo?

Fel. Federico ama á Matilde.

Isa. Bien, ya lo sé.

Fel. El vizconde no tiene amor sino á su dote; no le será difícil renunciar á ella, y deponer todo proyecto de venganza si usted se lo manda; en cuanto á Federico, yo respondo de él, si obtiene la mano de Matilde.

Isa. La mano de Matilde! Felipe...

Fel. Señora, es preciso.

Isa. Has creido que yo podia consentir en semejante union?

Fel. Repito que es preciso.

Isa. Tú estás loco, Felipe: humillarme hasta ese punto? dar armas contra mí.

Fel. ¿Y qué, cuando en ello va la vida...

Isa. Se podrá hallar otro medio de salvar á tu hijo; pero casar á mi sobrina con un hombre oscuro...

Fel. Se lo suplico á usted.

Isa. Repito que es imposible, y acabemos, Felipe; eso es

olvidar lo que me debes, y quien eres.

Fel. (*Indignado.*) ¡Quién soy! Usted es quién lo olvida, pero yo se lo recordaré.

Isa. ¡Felipe!

Fel. (*Cogiendo su mano.*) Oígame usted. Cuando en una época tempestuosa se hallaba usted en un pueblo de provincia comprometida toda su casa por la adhesion á un partido de su desgraciado padre; cuando sola, abandonada, iba usted á ser la víctima de un populacho sediento de sangre, á pesar de su sexo y de su edad: cuando iba usted á pagar con la cabeza la funesta fama de un apellido demasiado comprometido, ¿á quién acudió usted entonces para que la amparara? Un pobre sargento era tal vez el único que podia salvarla en aquella circunstancia difícil; se acogió usted á él, y este pobre sargento no desoyó la voz de la piedad: en medio del furor de los bandos, del riesgo de parecer traidor á su partido, este pobre sargento no se contentó con guarecer su persona de usted, sino que tambien defendió su casa: entonces ¿lo ha olvidado usted ya? la muerte nos amenazaba á todos, y no veia usted tanta distancia entre un soldado y la orgullosa...

Isa. ¡Felipe!

Fel. Sí; entonces yo era jóven, era valiente; pero no era nada mas que un soldado, y sin embargo usted lo olvidó un momento... el agradecimiento tal vez, la situacion, todo produjo el amor, y desde entonces su libertador de usted vino á ser su esclavo.

Isa. (*Asustada, señalando la puerta de Federico.*) ¡Por Dios! mas bajo.

Fel. Entonces, conmovido por sus remordimientos de usted, por su desesperacion, á todo me sometí; quiso usted, como era justo, reparar el estravío de un momento; su conciencia exijia que la religion santificase su falta, y exigió usted de mí que vínculos sagrados y eternos borrasen aquel error: á nada me opuse, nos casamos: aun mas; por el decir de las gentes, por ese mismo orgullo inconsiderado, exigió usted de mí que nuestro matrimonio fuera y se conservase eternamente secreto: yo consentí, y desde aquel dia tu esposo, Isabel, ignorado, confundido entre tus mismos criados, nunca ha proferido una queja, una sola queja. ¿Y sabes sin embargo todo lo que sacrifi-

qué? Nunca te lo he dicho, pero... en una aldea feliz, al lado de mi anciano padre, una jóven bella y virtuosa aguardaba el regreso del infeliz soldado... habia recibido mi juramento; en fin, me amaba aquella, y me amaba con orgullo, se envanecia con mi amor: ella hubiera hecho mi fortuna: pues á pesar de todo, yo la escribí que ya la habia olvidado, que no contase con mi corazon, que nunca me volveria á ver. Hice aun mas; por permanecer al lado de mi hijo, me resigné á verle huérfano en la casa de los autores de sus dias, criado por compasion en casa de su madre, que para ocultar una supuesta falta le privá de sus derechos; me condené á no estrecharle nunca en mis brazos, á no amarle sino á hurtadillas como si fuera un crímen; y en premio de tanta resolucion, de tan grandes sacrificios, solo una cosa te pido, una sola, ¡Isabel! la felicidad de tu hijo, y me la niegas.

Isa. ¡Ah! Tú no sabes cuán á mi pesar, pero me es imposible, y estraño este rompimiento: despues de veinte años de silencio, no esperaba yo que tú exijieras una cosa que puede arrebatarme en un dia lo que mas estimo en el mundo, el aprecio y la consideracion de los que me rodean; si esta boda se hiciese me acusarian de olvidar mi cuna, y Dios sabe si le darian una interpretacion siniestra, si adivinarian la verdad. ¡Ah! si la pública malignidad llegase á traslucir aquella falta, si se llegase á saber este vergonzoso secreto, ¡cielos! solo de pensarlo me estremezco, yo no sobreviviria, Felipe, á semejante afrenta: en fin, concluyamos, esta boda es imposible, y no se hará jamas.

Fel. ¡Jamas!

Isa. Felipe, déjame. (*Quiere irse.*)

Fel. (*Deteniéndola con fuerza.*) No, Isabel, no te dejo.

Isa. ¡Ah! Por Dios, acuérdate de nuestros convenios: muda ese estilo que te pueden oir.

Fel. Bien, señora, le mudaré; será un sacrificio mas, pero con una condicion. Yo he podido inmolarme á su tranquilidad de usted, á su orgullo... pero en cambio de tantos tormentos, de tales humillaciones, necesito la felicidad de mi hijo... me es indispensable, lo exijo, y la lograré por cualquier medio que sea, aun por los que usted tanto teme.

Isa. ¿Qué oigo? ¿Y tu deber, tus juramentos?

Fel. Y usted que me reconviene ¿cumple usted por ventura los suyos?

Isa. Gente viene: ¡silencio por Dios! *(Felipe vuelve á tomar una postura reverente. Doña Isabel se aparta hácia la izquierda.)*

ESCENA VIII.

Dichos y LORENZO.

Lor. Señor Felipe.

Isa. ¿Qué hay, Lorenzo?

Lor. Nada, señora; es para el señor Felipe.

Fel. ¿Para mi?

Lor. Sí señor, ese papel para usted que acaba de subir el portero: si yo hubiera sabido que estaba aqui la señora no hubiera entrado asi...

Fel. No tiene sobre.

Lor. No importa, no importa, es para usted; un mozo la ha traido hace ya un buen rato, diciendo que se la entregase al istante.

Fel. Es particular.

Isa. Basta. Anda con Dios, Lorenzo.

ESCENA IX.

FELIPE *y* DOÑA ISABEL.

Fel. No sé por qué me estremece esta carta. (*Recorre la carta, y da un grito.*) Ah!

Isa. ¿Qué es?

Fel. Federico! será cierto? (*Suelta la carta, y se arroja en el cuarto de Federico.*)

Isa. Federico! Qué dice? qué nueva desgracia... (*Recoge la carta, y la lee rápidamente.*) «Padre mio, perdóneme usted si le desobedezco; pero ahora menos que nunca puedo vivir afrentado. Hijo de militar, nadie podrá llamarme cobarde; ha llegado la hora. A Dios. Dentro de poco, ó quedaré vengado, ó ya no existiré.» (*Dirigiéndose hácia Felipe.*) Es posible? Federico!

Fel. (*Pálido.*) Esto es hecho; la ventana que da al patio estaba abierta... se ha escapado.

Isa. Dios mio!

Fel. Marchó, y tal vez en este momento... (*Sollozando.*) Hijo mio! querido hijo!

Isa. (*Sosteniéndole.*) Felipe!

Fel. (*Cayendo sobre un sillon.*) Ya no le veré mas; le matará.

Isa. (*Agitada.*) No, no; tal vez será tiempo todavia; es preciso seguirlos.

Fel. Y adónde? Dónde estarán ahora?

Isa. No importa, es preciso hallarlos. (*Corriendo á la puerta del fondo, que abre y llama.*) Lorenzo, Pepe, Antonio, (*Toca la campanilla.*) venid todos, pronto, al momento

ESCENA X.

Dichos, LORENZO, *varios criados, y* MATILDE.

Isa. Dónde está mi sobrino?

Lor. El señor vizconde? Ya ha rato que salió.

Isa. Y Federico, quién le ha visto salir?

Lor. Yo estaba á la puerta cuando salió; subió sin reparar en nada en un coche de alquiler de los que estan en fila en la calle...

Isa. Qué direccion tomó?

Lor. No puse cuidado, señora; y no sé...

Mat. (*Entra.*) Qué es eso, querida tia? qué hay?

Isa. Nada, hija; quisiera hablar inmediatamente al vizconde. (*A los criados.*) Montad á caballo todos, id á casa de mi sobrino, á casa de sus amigos, buscadle donde quiera que esté, decidle que le espero, que quiero verle al momento; vamos, al instante.

Lor. Pero señora...

Isa. Sin dilacion, y traedle con vosotros. (*Vanse.*)

Mat. Dios mio! Nunca la he visto á usted tan inquieta por el vizconde. Es cosa tan urgente?

Isa. Sí: quítate: me dejarás en paz? Te lo mando: no puedo yo estar sola?

Mat. Me voy, tia, me voy. Jesus! Jesus! Qué será esto? (*Vase.*)

ESCENA XII.

DOÑA ISABEL. MATILDE y FELIPE.

Mat. Tia, tia, tranquilícese usted; aqui está.
Fel. á *Isa.* Quién?
Mat. (*Alegre.*) Su sobrino de usted: el vizconde.
Isa. Yo fallezco. (*Cae en un sillon.*)
Mat. Cómo... preguntaba usted por él, y cuando viene... Dios mio! socorrámosla: Felipe... ay! me da usted miedo.
Fel. Viene, eh? Mejor... me matará tambien á mí, ó le vengaré. (*Va hácia el fondo, y Matilde quiere detenerle.*)
Mat. Felipe!
Isa. Detente. (*En el fondo el vizconde.*)
Todos. El es.

ESCENA XIII.

Dichos y el VIZCONDE.

Fel. Viene solo; no hay duda.
Isa. Yo me muero.
Viz. (*Alegre.*) Vamos, qué ocurre? Estan ustedes todos pálidos, consternados... (*Se acerca á su tia.*) Conque usted sabia?..
Isa. Todo lo sabemos.
Viz. Y temblaba usted por mí? Qué bondad! Pues yá sosiéguese usted, tia mia, ya estoy aqui.
Fel. (*Acercándose al vizconde.*) Y Federico?
Mat. (*Asustada.*) Federico!
Fel. (*Con rabia.*) Salgamos...
Viz. (*Admirado.*) Qué? Qué tiene este hombre?
Fel. Sígame usted.
Viz. Para qué, para socorrerle? Es inútil... Su herida no vale la pena.
Isa. Qué dices?
Mat. Su herida!
Fel. No está mas que herido?
Viz. Un rasguño... Contra mi costumbre.
Todos. Es posible!
Fel. Ah! Vizconde, no me engaña usted?

Mat. y Vir. Qué dice usted!

Isa. Sí; mas despacio podré esplicaros este arcano. (*A Felipe.*) Desde hoy solo tendrás á tu cargo la felicidad de toda la casa.

Fel. Yo soy dichoso, mas dichoso que nadie; míreles usted unidos; estos eran los deseos de Felipe; se han cumplido, y ya nada necesito.

FIN DE LA COMEDIA.

Cos. Pues! de italiano... para qué sirve eso! si fuera de castellano... vaya... y aun eso... aqui estoy yo... que en mi vida he abierto un libro, á no ser de caja. Y sin embargo, no por eso he dejado de hacer pesetas... digo.... me parece que he hecho una pacotilla muy decente, pues empecé sin nada.

Isab. Decente? considerable... y no tenia usted nada?

Cos. Oh! aquellos eran otros tiempos; todavia me parece que me estoy viendo en Sevilla, de mancebo de una tienda. Qué calor, hombre, en aquel Sevilla; bien que entonces no necesitaba yo mucho para que se me calentasen los cascos.

Isa. Dicen que los ha tenido usted muy ligeros, querido tio.

Cos. Un poco, querida. Y las manos listas. Eso es todo lo que me ha quedado de mis juventudes. Por fortuna ahora todos me obedecen. «Señor don Cosme, por arriba; señor don Cosme, por abajo.» Ya se ve! á fuerza de vender por cuenta de otros he llegado á vender por mi cuenta. El aguardiente sobre todo es el que me ha hecho hombre. Hasta que me cansé y dije: basta de comercio. Negociante, girante de letras, especulador en grande, empresario. No siendo de teatros, se entiende. Ese es mal comercio. Quiebra segura. El público consume mas aguardientes que comedias. Me he hecho de oro, y me parece que no empleo mal mis riquezas.

Isa. Seguramente. Ha ayudado usted á sus parientes.

Cos. Ah! Por desgracia ya quedan pocos. Ya no tenia mas que á ti y á tu primo Cárlos, los tres no bastábamos á consumir tanto. Entonces los amigos me dijeron: «Gonzalez, cásate:» los amigos siempre aconsejan esas cosas. Doy en pensarlo, y al cabo un dia veo á una muchacha. Voto vá! Esta, dije para mí, esta. Por desgracia era la hija de una condesa... familia interminable, la mas encopetada que se paseaba por el Prado.

Isa. Era cosa de desesperarse.

Cos. Yo lo creo; pero de alli á poco averiguo que era una casa arruinada, el padre emigrado, perseguido, ya se ve, liberal... el año veinte y cinco, confiscado por Calomarde. Animo, dije yo. Esta es la mia. Hable el dinero. Y habló: toma si habló, mejor que un procurador. Se discutió mi peticion, y resultó algo de la discusion, porque de

alli á poco nos casamos. Entonces conocí lo que valia el dinero. Abrí mi caja, y contemplando por un lado mi muger, por otros mis doblones, viva el presupuesto, esclamé. Otros se andan rompiendo los cascos para encontrar la felicidad; y eché por el atajo; la compré. Sí señor; la muchacha mas bonita y mas amable de Madrid.

Isab. *Sí* por cierto.

Cos. No es verdad? Qué talento, hombre! Y luego ha tenido la bondad de amarme y hacerme feliz. Solo una cosa me incomodaba al principio. Yo no habia de votar, no habia de jurar, no habia de decir diferiencia, sino diferencia. Vea usted ahora! No soy yo el que hablo? No tengo dinero? y si alguna vez se me escapaba alguna de esas tonterias, ya tenia encima á mi muger, y á todos esos señorones que la visitan, qué risas! qué algazara! Por vida de....

Isab. Tio!

Cos. No tengas miedo; ahora no está mi muger aqui. Déjame desahogar siquiera un rato por la mañana. A mis solas. Asi es que he llegado á aborrecer á todos esos marqueses y señoritos que hablan pulido, monadas.

Isab. Sin embargo, querido tio, los hay tan amables.

Cos. Hola! Tú tambien? Ya se ve, el baile, y el piano, y la cabatina, y el italiano, voto va...! pues si te caso, descuida que no ha de ser...

Isab. Qué dice usted?

ESCENA II.

DICHOS. RODRIGUEZ *saliendo de la habitacion de* DOÑA ANA.

Rod. La señora pregunta por la señorita...

Isab. Ay! y yo me estoy aqui charlando.

Cos. Qué importa? Espérate.

Isab. Bien quisiera; pero me estará aguardando mi tia para darme leccion; es tan buena... ella misma se ha encargado de mi educacion. Cuando me hizo usted venir á Madrid, yo no sabia nada; era tan torpe... Todo el mundo se reia de mí! No decia mas que tonterias.

Cos. Pues asi te queria yo... podiamos hablar al menos, y nos entendiamos.

Isab. Sí, pero ya ve usted, quién se hubiera querido casar

conmigo? Mi tia me dice siempre que en el matrimonio no hay felicidad posible, cuando uno de los dos consortes tiéne que avergonzarse del otro... y como ya en el dia en la sociedad todo el mundo tiene buena educacion...

Cos. Quieres dejarme en paz! Oiga! Pobrecilla! Pues no cree que va á encontrar un marido en la leccion de geografia y de historia... Teniendo dote! Esto no es cuento: esta es la verdadera historia, la historia de España de ahora, y la de siempre, y la de todos los paises. Pero haz lo que quieras. Me has hecho hablar mas que un ministro; y tengo sed. Rodriguez! Dame una copa de aguardiente. (*Isabel hace una seña á Rodriguez.*) Qué es eso? no has oido?

Isab. Pero, tio, no se acuerda usted de que el médico le ha prohibido á usted...

Cos. El médico, el médico... ese es otro... que me quiere educar á mí tambien. Empeñados todos en que tengo la misma enfermedad que mi padre: mentira! mi padre no tenia un cuarto: por fuerza se habia de morir. Una campanilla! Tu tia llama.

Isab. Voy, voy.

Cos. Oyes, no vayas á decirle una palabra de lo que ha dicho el médico; se asustaria.

Isab. Bien, tio. (*Vase.*)

Cos. Y no me dejaria beber mas que vino mezclado con agua, y pardiez que eso es echar á perder dos cosas buenas. A ver, tú... echa ahi, echa; esta vida se ha de pasar á tragos. Qué tal? (*Apurando la copa.*)

Rod. Esa es filosofia.

Cos. Es la verdadera. Bruto, toma tú, y ayúdame.

Rod. Yo, señor!

Cos. Vamos! Lo mando yo. Asi. A tu salud.

Rod. A la de usted. (Este es todo un amo: llano, sin etiquetas. El pan pan, y el vino vino.)

ESCENA III.

DICHOS. EL VIZCONDE *y despues* CARLOS.

Viz. Vamos, sube... si me has de (*Al paño.*) presentar.

Cos. Qué es eso? (*Apurando la copa.*)

Viz. A ver: está su ama de usted. (*A don Cosme.*) visible?

Cos. Mi ama!

Viz. Si; mi señora doña Ana... anúncieme usted.

Cos. Que le anuncie! (*Furioso*.)

Car. Buenos dias, querido tio! (*Entrando*.)

Viz. Su tio! qué diantres (*Aparte asombrado*.) he hecho yo!...

Car. Don Cosme Gonzalez..(*Presentando su tio al Vizconde*.) El señor vizconde de Miralta. (*Á su tio*.)

Cos. Pues; un vizconde; ya me lo podia yo haber figurado.

Car. Ha conocido este verano pasado á mi tia y á mi prima en los baños de Sacedon.

Viz. Donde he tenido la fortuna de prestar algunos servicios de poca entidad á esas señoras.

Cos. Cierto; mi muger me lo escribió.

Viz. Y á mi vuelta he recibido un convite, de que vengo á darle las mas espresivas gracias.

Cos. Siendo gusto de mi muger... (*Á Carlos*.) Dónde diablos vas tú á buscar esos conocimientos?

Car. Es un amigo antiguo... un compañero del colegio de S. Mateo.

Cos. Sí, eh...? es lástima que sea vizconde. Pobrecillo! Siendo amigo de mi sobrino, caballero, siempre sereis bien recibido; quiere usted tomar alguna cosa? una copita de aguardiente? vaya! anímese usted.

Viz. Esto es magnífico! me convida (*Aparte riendo*.) á echar el aguardiente.

Car. Tio... esas cosas no se hacen. (*Bajo á don Cosme*.)

Cos. Eh? Vaya! Pues, Rodriguez, llévate eso. Pido á usted mil perdones, caballero, por mi atencion; le dejo á usted con mi sobrino; está usted en su casa; Carlos es mi hijo, ó lo mismo que si lo fuera.

Car. Querido tio!

Cos. Y eso que ahora nos tiene abandonados; esto es un sentimiento ciertamente para todos.

Car. Oh!

Cos. Además, está triste; está muy mudado.

Car. No, tio mio. (*Esforzando una sonrisa*.)

Cos. Pués qué, eso no se vé?

Viz. Dice bien el señor; ayer en la ópera, por ejemplo, tenias un aire tan abatido... crei que estabas malo. Qué diablos tienes?

Car. Habia trabajado demasiado.

Cos. Muy mal hecho: las matemáticas van á acabar con él. Tiene demasiado juicio. Yo le quisiera mas calavera. Usted podia ponérmelo al corriente, señor vizconde. Te hace falta dinero? Quíeres algo? aguarda... triste y en la ópera... voto va! Hay por allí alguna... apostaria...
Car. Tio!
Cos. Cierto que eso es cuenta tuya. No digo mas palabra. Voy á avisar á mi muger: la diré que hay aqui un vizconde que quiere verla. Aun asi, Dios sabe si estará visible, porque hace algun tiempo que anda mala tambien; y taciturna, y... Servidor de usted. (*Vase.*)

ESCENA IV.

CARLOS. EL VIZCONDE.

Viz. Conque este es don Cosme Gonzalez, ese negociante tan rico, tan considerado, y de quien me ha hecho su muger tantos elogios?
Car. El mismo. Es un señor escelente, á quien lo debo todo, mi existencia, mi educacion. Daria la vida por él.
Viz. Oh! lo sé; no se me ha olvidado todavia aquel lance que tuviste en una ocasion con un caballerete insolente que quiso burlarse de él, y que quedó suficientemente escarmentado. Pero cuánto me recuerdo de su muger, cuyo buen tono y distinguidos modales...
Car. Ah! eso es lo menos en ella; fuera imposible encontrar reunidos mas virtud y mas juicio. Casada por orden de sus padres, cuyo bienestar aseguraba este enlace, con un hombre cuyo género de vida y cuya educacion no podian simpatizar nunca con ella, no desconoció los inconvenientes de su posicion. Pero ha sabido triunfar de ella, y donde otra hubiera visto tan solo un deber, ella ha sabido encontrar la felicidad.
Viz. De veras?
Car. Podrán hacerla sufrir las aprensiones de su marido, pero tiene bastante talento para no sonrojarse; ella le protege con su dignidad, le ennoblece á los ojos del mundo: en una palabra, le estima tanto, que obliga á los demas á imitarle, y estimarle tambien. Esa es la sociedad; la muger es la que hace al marido respetable ó ridículo.
Viz. Es decir que le quiere?

Car. Sin duda, porque sabe muy bien sus deberes.

Viz. Y crees que sea feliz?

Car. Eso solo Dios lo sabe, pero al menos parece serlo; tal vez lo será tambien. Yo bien sé que mi tio es á veces impaciente, colérico, pronto; es el hombre del pueblo, de la naturaleza, con todos sus arrebatos generosos y todos sus defectos de educacion; pero es tan bueno para su muger... la quiere tanto... Oh! sí, indudablemente; es un matrimonio feliz. Por otra parte ella posee un encanto inesplicable que comunica su felicidad á cuantos la rodean.

Viz. A quién se lo dices? Este verano he pasado tres meses á su lado, y te confieso que he estado á dos dedos de perder la cabeza.

Car. Eh? de veras?

Viz. Y bien, qué te dá? Quieres impedir que guste tu tia? trabajo te mando; ni era yo el único: cuantos jóvenes habia en Sacedon le hicieron la corte. Por lo que hace á mí, mas ducho que otros en esos negocios, conocí desde luego que era tiempo perdido y toqué retirada.

Car. Querido vizconde! (*Cogiéndole la mano.*)

Viz. Parece que me lo agradeces. (*Riéndose.*) Pues, amigo, no fue virtud. Pero ella no echó en saco roto la delicadeza de mi conducta; me granjeé su amistad, y esto era ya pagarme acaso con usura: y yo, por otra parte, en vez de una pasion loca que me hubiera hecho culpable ó desgraciado, he encontrado en otra ese amor puro y verdadero, nunca perturbado por los remordimientos, nunca emponzoñado por el temor; amor que hará en lo sucesivo la felicidad de mi vida; en una palabra quiero casarme.

Car. Tú? te felicito; y aun mas á la elegida.

Viz. Pues la conoces.

Car. Yo!

Viz. Sí; y acaso no te hago esta confianza sino con miras interesadas. Hace dos años encontré en algunas sociedades á una joven, bella como un sol, pero sin educacion, sin... desconocia enteramente los usos del mundo; era casi un objeto ridículo; yo era el único que, no sé por qué, la habia defendido algunas veces... á lo mejor desapareció; de entonces acá apenas me habia vuelto á acordar de ella, cuando este año la vuelvo á ver en los baños... figúrate,

amigo mio, la gracia, la elegancia personificadas, y sin haber perdido su primitiva sencillez y candor, un entendimiento claro, cultivado. Dos años de educacion esmerada y de estudio habian llevado á cabo este prodigio; y lo que mas me ha llegado al corazon, es que se me ha figurado que el deseo de parecerme bien ha tenido alguna parte... no lo puedo dudar.

Car. Es posible?

Viz. Sí; eso, y la bondad, el esmero de tu tia...

Car. Es mi prima? Isabel?

Viz. La misma.

Car. Y piensas en casarte con ella? Tú, jóven, rico, de ilustre cuna.

Viz. Y por qué no?

Car. Ah! querido vizconde, nunca me hubiera atrevido á desearle á mi prima un enlace tan ventajoso. Debo sin embargo, franquearme contigo. Mi tio, á quien el trabajo y el comercio han elevado á una fortuna colosal; mi tio, que es en el dia uno de los primeros negociantes de Madrid, ha empezado su carrera por ser en Sevilla mozo de una tienda, y nada mas.

Viz. No lo sabia, y ahora no me perdonaré nunca de haberme reido de él: para empezar de ese modo y acabar asi, es preciso algun mérito indudablemeute. En adelante le respetaré.

Car. Esa circunstancia no altera tu resolucion?

Viz. Te chanceas? no somos compañeros? no hemos estudiado juntos?

Car. Pero tu familia acaso...

Viz. Mi familia piensa como yo. En el dia, amigo mio, el comercio, la industria, la riqueza, el talento, la cuna, todas son aristocracias; se dan la mano. Quién gobernará mañana, quién mandará? Un grande, un procurador, tú, yo, si nuestro talento nos da aptitud: en el dia no hay mas que dos clases en la sociedad; los que tienen educacion, y los que no la tienen; esos son los únicos enlaces desiguales, esos son los desgraciados. Por consiguiente, y gracias al mérito que se ha sabido crear tu prima, nó estamos en ese caso, y aqui me tienes con mi pretension, que traia escrita por mas señas.

Car. Querido amigo!

Viz. Espero que mi ejemplo te anime, y que lanzarás lejos

de tí esas ideas melancólicas y sombrías... haz como yo, una buena eleccion y una buena boda. Eso te distraerá.

Car. Yo? qué diferencia! es imposible... (*Suspirando.*) no hay felicidad para mí.

Viz. Y por qué?

Car. Ah! si supieses... si yo pudiera confesarte... Silencio! (*Mirando á la puerta.*) aqui tienes á mi familia... te dejo con ella.

ESCENA V.

DON COSME. DOÑA ANA. EL VIZCONDE. CARLOS.

Ana. Mil perdones, vizconde; le he hecho á usted aguardar... no esperaba visitas tan temprano...

Viz. Efectivamente; yo soy el que debo disculparme...

Ana. Todo lo contrario: nos trata usted como amigos. Mi esposo me lo decia ahora mismo; debemos estar agradecidos...

Viz. Señor...!

Cos. Usted es muy amáble. (Es mucha muger; ella me hace decir siempre mil lindeazs, sin que á mí me cueste trabajo pensarlas.)

Ana. A Dios, Carlos; (*Viendo á Carlos que ha cogido su sombrero.*) ayer te esperábamos para comer, y no viniste; nos tuviste con cuidado.

Car. Querida tia!

Cos. No te lo decia yo? (*A Carlos.*) Maldito si yo te entiendo jamás. Lo mismo que por la noche: yo contaba contigo para que la acompañases al baile... y nada.

Car. Me fue imposible.

Cos. Imposible! Y poco despues doy el brazo á mi muger, que iba hecha un cielo por cierto, y me veo al caballerito á diez pasos de nosotros en medio de la calle, con el agua que caia, viéndola subir al coche. Y todo para qué? para irse luego con el señor vizconde á suspirar y gemir á la ópera.

Car. No lo creais.

Ana. Y aun cuando eso fuese... (*Esforzando una sonrisa.*) qué habria de malo? me crees tan severa por ventura? Carlos, en siendo tú feliz, no deseo yo otra cosa. Esas son cuentas (*Señalando al vizconde.*) por consiguiente del se-

ñor; ahora, en teniendo penas, las reclamo; tengo derecho á ser tu confidenta; este es el privilegio de las tias; no sirven para otra cosa.

Car. Señora!

Cos. Asi, asi; si has de ser el hijo de la casa: en atencion á que yo no he tenido ninguno de mi muger, lo cual no es culpa mia.

Ana. Cosme!

Cos. Lo digo, porque pudiera creerse...

Ana. Vizconde, nos hará usted el (*Apresurándose á interrumpirle.*) favor de comer hoy con nosotros?

Viz. Señora, será para mí una felicidad.

Cos. Bueno; é irán ustedes hoy al teatro. Supongo, Cárlos, que hoy acompañarás á tu tia.

Ana. Acaso tendria mas gusto en ir á la ópera; yo no voy á la ópera esta noche.

Car. Seguramente no lo cree usted como lo dice.

Cos. Me alegro, porque en la ópera... francamente, me duermo.

Ana. Carlos, quieres decir que vayan por un palco?

Car. Iré yo mismo, si usted gusta.

Viz. Abajo tengo mi coche; puedo llevarte.

Car. Y tu pretension? (*Bajo al vizconde.*)

Viz. No me atrevo delante de tu tio. (*Bajo á Carlos.*)

Car. Vamos, pues.

Viz. Creyendo que no estaria usted. (*A doña Ana.*) visible tan temprano, me habia tomado, señora, la libertad de escribir á usted.

Cos. Eh?

Viz. Y á usted, señor don Cosme, acerca de un asunto que me interesa sobremanera.

Cos. Asunto para mí?

Viz. Quiero, pues, dejar á ustedes en libertad para que lo piensen detenidamente. Ahí está; á mi vuelta sabré la respuesta. Vamos.

ESCENA VI.

DOÑA ANA. DON COSME.

Ana. Qué significa esto?

Cos. Para tí es el sobre: no acostumbro á leer las cartas de mi muger; dicen que es malo.

Ana. Qué es esto? quién hubiera *(Con alegria.)* imaginado? pide la mano de Isabel.

Cos. Oiga! *(De mal humor.)*

Ana. No te llena de gozo como *(Asombrada.)* á mí la idea de un enlace tan ventajoso?

Cos. Maldito!

Ana. Y por qué?

Cos. No te diré que tengo antipatía á los señores, esto seria una necedad, porque al fin un hombre vale siempre tanto como otro hombre. En todas las clases hay hombres de mérito; y en resumidas cuentas, no es culpa suya si es vizconde; pero sí te diré que mi sobrina puede contar con un dote de veinte y cinco mil duros lo menos, que le tengo apartado; y pardiez! que no me he tomado yo el trabajo de atesorarlos para enriquecer á un estraño.

Ana. Es que el vizconde es rico.

Cos. Él ú otro, qué mas me dá? no es uno de los mios, y yo quiero que lo que he ganado con el sudor de mi frente no salga de la familia; es suyo, les pertenece, y lo tendrán: no conozco mas que un marido que pueda convenirle á Isabel; Carlos, mi sobrino.

Ana. Carlos?

Cos. Dónde hay un muchacho mas honrado, de mejor índole, mas juicioso, mas valiente? No quieres que dé Isabel á mi sobrino!

Ana. Sí, esposo mio, sí; me parece muy natural, (pobre Carlos) pero...

Cos. Pero, pero... qué diablos de objeciones me vas á hacer? Es posible que en quedándonos solos siempre has de hacer la oposicion! Solo delante de gentes eres ministerial. Pues, no hay mas; ese ha sido siempre mi plan, y si no te lo he dicho antes, es porque hace tiempo que he notado una cosa que me aflige por cierto.

Ana. Qué cosa?

Cos. Tú sabes cuánto quiero á Carlos; es mi consuelo, mi apoyo; despues de tí, es la persona que mas quiero en el mundo. Ya se vé, como tú eres buena y amable, le quieres porque yo le quiero, por darme gusto, pero no es eso lo que yo quisiera.

Ana. Qué dices?

Cos. En una palabra; te cuesta trabajo; no parece sino que tienes miedo de agasajarle, de manifestarle cariño! A veces le tratas con cumplimiento, y aun á veces mal; sí señor, mal.

Ana. Yo!

Cos. Te lo probaré; por ejemplo. No pudiendo yo abandonar mi casa y mis negocios, deseaba que él te hubiese acompañado en tu viaje; tú preferiste ir sola con tu sobrina y una doncella. Yo no te quise contradecir, pero fue para mí un sentimiento, y para él tambien.

Ana. Para él?

Cos. Voto va! él no gasta parola; no dice frases, no dice nada; pero allá en sus adentros, ya sé yo que nos quiere... á los dos. Mientras yo he estado malo, él se ha puesto á dirigir la casa; y pardiez! aunque no era esa su carrera, lo hacia mejor que yo; mejor: al cabo tiene sobre mí la ventaja de la poca edad, de la actividad... y qué zelo! Pues y para contigo? no digo nada. Siempre á tus órdenes: se dejaria él matar por alcanzarte un billete para la ópera ó para un baile. Y eso, eso es lo que necesitamos para ser felices; eso vale algo mas que un estraño, que un desconocido. Está resuelto; y supuesto que hemos hablado de esto, hoy mismo es preciso que empieces á darle á conocer nuestros planes.

Ana. Yo! (*Turbada.*)

Cos. Tú. Quién mejor? Él no se opone nunca á tus deseos; á tí te será mas facil que á nadie persuadirle.

Ana. Probaré al menos. (*Turbada.*)

Cos. Es preciso; si no creeré que tienes un interes decidido en proteger al vizconde.

Ana. Pudieras creer...?

Cos. Oh! Sí; tú siempre te has inclinado á los señores; ya se vé, la cabra tira al monte. Pero yo, que no tengo nada que ver con ellos...

Ana. Esposo mio!

ESCENA VII.

DICHOS. CARLOS *pensativo, y hácia el fondo.*

Cos. Ahí le tienes; siempre pensativo; siempre triste. Qué diablos tiene? Carlos...

Car. Ah! tio. (*Volviendo en sí.*)

Cos. Acércate; tu tia tiene que hablarte.

Car. De veras? aqui estoy. (*Con viveza.*)

Cos. Hola! parece que eso te ha (*Sonriéndose.*) sacado de tu letargo. Yo tengo que dar algunas instrucciones á mi cajero, que marcha dentro de poco.

Car. Lo sé. Para esa empresa que piensa usted establecer en la Habana.

Cos. Precisamente.

Car. Bonita especulacion; bien manejada sobre todo.

Cos. Asi lo espero. Pero tengo entre manos otro proyecto por acá que me interesa mas... aqui nos estábamos ocupando de él... pienso en tu porvenir, en tu felicidad. Mi muger te contará. Ahí te quedas, pues, charlen ustedes. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DOÑA ANA. CARLOS *asombrado y siguiendo con los ojos á su tio.*

Car. Qué tiene mi tio?

Ana. Qué tiene? Carlos, quiere casarte.

Car. Ah! Eso llama él mi felicidad? Espero que no tratarán de hacerme feliz á pesar mio, y como yo no he de consentir...

Ana. Cómo? sin conocer á la que te destinan?

Car. No dudo que será rica, jóven, (*Amargamente.*) amable; en una palabra, perfecta. Pero, sea quien fuere, desde ahora rehuso todo partido. Ni amor, ni matrimonio... jamás. Bien estoy asi.

Ana. Tan feliz eres!

Car. Feliz yo? Soy el mas desdichado de todos los hombres.

Ana. Por qué? (*Con viveza.*)

Car. Ni lo sé. Una fiebre lenta me consume y me mata; sin esperanza, sin porvenir, esta vida que empiezo ahora á recorrer, me parece acabada para mí.

Ana. Quién, sin embargo, pudiera tener esperanzas mas lisonjeras? Estimado, querido de todos, la fortuna te llama... la gloria acaso, los honores.

Car. Gloria! Honores! Y para qué? A quién puedo ofrecer esos bienes? Quién se interesa por mí?

Ana. Quién? nosotros, Carlos, no somos nadie tus parientes, tus amigos?
Car. Sí; yo lo sé, todos ustedes me quieren...
Ana. Pues si lo sabes, por qué hablar asi? no me toca á mí, lo sé, aconsejarte. Pero si mi edad me priva de ese derecho, mi cariño, acaso me le-da. Vamos á ver; confiámelo todo; soy tu tia, tu amiga.
Car. Bien... si... su confianza de usted obliga la mia. Usted sola conocerá mi situacion. Amo, pero sin esperanza de ser amado, mas sin querer serlo jamás; porque si lo fuese huiria al fin del mundo.
Ana. Insensato! Has podido dar entrada en tu corazon á una pasion culpable.
Car. Culpable? quién lo ha dicho?
Ana. Las penas que sufres, porque un amor puro y legítimo no proporciona mas que felicidades. Pero vuelve en tí, reflexiona adónde puede conducirte un amor semejante.
Car. Ah! nunca ha amado usted cuando me hace esa reflecsion: adónde puede conducirme? á amar, á sufrir, y esos tormentos mismos constituyen la felicidad de mi existencia. Lejos de evitarlos, los busco, los deseo y últimamente, mi tio lo ignora: me habian ofrecido un destino, un buen destino; lo he rehusado; era preciso alejarme de ella, era forzoso salir de Madrid.
Ana. Ah! está en Madrid? (*Conmovida.*)
Car. En Madrid!
Ana. Y no has pensado nunca en su tranquilidad, que podias perturbar... en su vida, que podias llenar de amargura...
Car. Ah! señora, si ese amor tan dulce á la par y tan cruel pudiese alterar su tranquilidad... si yo pudiese creerlo... Es imposible, su virtud la coloca sobre mí, y á Dios gracias, yo soy solo desgraciado.
Ana. Si lo eres, es porque quieres, porque te entregas sin defensa al peligro, en lugar de huir de él, ó de arrostrarle. Yo no soy mas que una muger, y harto débil sin duda, pero si algun dia, por mi desgracia, tuviese que luchar con sentimientos semejantes á los tuyos, lejos de ceder á ellos cobardemente, moriria tal vez pero triunfaria Tendrás tú menos valor? tendré que darte yo lecciones de valor y de energía? Vamos, Cárlos, amigo mio, créeme; no hay sentimiento por profundo que sea, que la razon no pueda

subyugar, ni desgracia tan grande que no pueda soportar y vencer nuestro corazon! Yo te ofrezco mi apoyo, mi ausilio, y si eres lo que yo creo, si eres digno de mi aprecio, tú seguirás mis consejos.

Cár. Bien. Hable usted.

Ana. Tu tio quiere casarte con Isabel.

Cár. Isabel, mi prima, imposible, la quiere otro, el vizconde mi amigo.

Ana. Es preciso persuadírselo á tu tio.

Cár. Lo haré.

Ana. Otros partidos habrá.

Cár. Jamas para mí: lo he jurado. Nada espero de la que amo, pero le conservaré siempre entero este amor que ella ignora, y unos juramentos que no ha recibido.

Ana. Enhorabuena. Hay otro medio que asegurará tu tranquilidad, y la suya tal vez... ese destino que te han ofrecido, y que te aleja de Madrid, es preciso aceptarle.

Cár. Privarme de su presencia? de mi felicidad! qué le he hecho yo á usted para que me dé un consejo de esa esespecie?

Ana. Sin embargo, es preciso seguirle; solo asi puedes conservar mi amistad: elige.

Cár. Jamas.

Ana. Caballero, le creí á usted digno de mis consejos, le dejo á usted abandonado á sí mismo; nada tengo que decirle. (*Carlos se aleja, echa una mirada al salir á doña Ana, que no le mira; suspira y sale.*) Ah! qué mal proceder!

ESCENA IX.

DOÑA ANA.

Por qué me inquieta su partida? desterremos para siempre su memoria: quiero, sí: no (*Se sienta.*) puedo... presente le temo; ausente, le echo menos, al verle me sonrojo, su nombre me hace temblar. Sin embargo, nunca me ha dicho que yo... debiera ignorarlo. Ah! Dios mio! Dios mio! Dame fuerzas para resistir; protégeme contra mí misma.

ESCENA X.

DOÑA ANA. DON COSME.

Cos. Vamos, (*Al paño.*) qué niñerias son estas?

Ana. Mi mraido!

Cos. (*Hablando consigo mismo.*) Los hombres han de ser hombres?

Ana. Qué hay?

Cos. Don Jorge, mi cajero, que cuando yo le estoy hablando de vinos de Málaga, de azúcar y de café, da en la gracia de enternecerse, casi iba á llorar.

Ana. Por qué?

Cos. Ni me escuchaba pensando en su muger y en su hijo. Qué diablos? es preciso estar en lo que se hace; ademas que hay tiempo para todo. Yo no digo que no sea uno sensible, pero á ciertas horas, acabados los negocios. Aqui me tienes á mí; ya estoy libre. Y qué? has visto á Cárlos? Cuándo es la boda? Está ya decidido?

Ana. No del todo, (*Turbada.*) pero espero que...

Cos. Eso es otra cosa, (*Alegremente.*) con tal que al fin se verifique, si ellos no tienen prisa yo tampoco, gracias á una idea que me ha ocurrido.

Ana. Cuál?

Cos. La ausencia de don Jorge me va á sobrecargar de negocios, y he pensado en agregarme mi sobrino, que precisamente está desocupado.

Ana. Dios mio!!

Cos. Me le asocio; vivirá con nosotros, al lado de su prima, de su futura, no se separará ya nunca de nosotros.

Ana. Soy perdida!! Y crees que lo aceptará?

Cos. Estoy seguro; por darme gusto, me ayudará á llevar mi casa, me servirá de compañia continuamente, y en mis ausencias no te quedarás tú sola, él te distraerá, te consolará, ahora sobre todo, has dado tambien en la flor de hacer la sentimental, y de estar siempre mala, y...

Ana. Es verdad, pero creo que me aliviaria mucho si tuvieres la bondad de concederme lo que tantas veces te he pedido.

Cos. Cómo? (*Admirado.*) Ese proyecto de que me volviste á hablar el otro dia?

Ana. Precisamente. Déjame salir de Madrid, déjame ir á pasar algunos meses á nuestra hacienda de Andalucía.

Cos. Qué diablo de idea! Es que cuando las mugeres se empeñan en una cosa. Desde que empezó el invierno le ha tomado una aficion al campo! Vaya, señor! Ya van cuatro veces que viene con la misma cancion, y en qué tiempo... hágame usted el favor.

Ana. No me importa. Todas las estaciones me son iguales.

Cos. Pues á mí no. Acaso puedo yo estar separado todo el año de ti? Pues qué, se me ha olvidado ya el verano? Mi sobrino y yo, aqui solos, ni sabiamos qué hacernos, ni... en este caseron que me parece mayor todavía cuando tú no estás. Adios sosiego, y felicidad, y... no parece sino que te lo llevas todo contigo.

Ana. Pues bien, vente conmigo. (*Enternecida.*)

Cos. Contigo? Ya se ve que iria, si pudiera, pero y mi comercio, y la casa? Oh! no, no, no. Yo no puedo apartarme de mi casa, y despues de haber trabajado todo el dia, necesito verte á mi lado, y hablar, y... Esto me distrae, me alegra, en una palabra, te necesito, no puedo vivir sin tí, es imposible.

Ana. Sin embargo, si me quieres, acabarás por concederme lo que te pido: padezco aqui demasiado.

Cos. Si fuese por tu salud no vacilaria; pero precisamente los médicos han dicho que no te conviene.

Ana. No importa; déjame partir.

Cos. Pero quién diablos te echa de aqui? Qué te obliga?

Ana. Es preciso.

Cos. Y por qué? sepamos.

Ana. Querido esposo, no tienes bastante confianza en tu muger para...

Cos. Confianza? ilimitada.

Ana. Entonces no me preguntes mas, fiate de mí, y déjame partir.

Cos. No, pardiez! no; mil veces no. Maldito si comprendo un empeño semejante; preciso hay algo aqui. Oh! yo lo sabré; quiero saberlo; lo exijo.

Ana. Imposible.

Cos. Con que hay algo? Y no lo sabré? Pues bien, no concedo nada, te no separarás de mí.

Ana. Dios mio! (*En la mayor turbacion.*) no queda ningun medio, que yo sepa al menos.

Cos. Qué dices?

Ana. Que sometida á tí, á mis deberes, he creido por espacio de mucho tiempo que no habia cosa en el mundo agena de ellos que pudiese hacerme impresion; me he equivocado. Hay sentimientos que no dependen de nuestro corazon ni de nuestra voluntad, que nacen á pesar nuestro, y contra los cuales no hay defensa, porque cuando una empieza á temerlos han echado ya raices.

Cos. Cómo?

Ana. No; no es decir que debas alarmarte, ni que este corazon haya dejado nunca de ser tuyo; es tuyo, sí, por deber, por gratitud, por... y á Dios gracias soy digna de tí, nada tengo que echarme en cara, pero acaso no pudiera decir siempre otro tanto. Tú eres mi mejor amigo, mi guia, mi protector... permíteme que ceda á unos temores infundados acaso, pero suscita en mí la conciencia de mis deberes y el cariño que te tengo.

Cos. Santo Dios! Qué acabo de oir? Amarias á otro?

Ana. No, no; pero temo... *(Bajando los ojos.)* No sabe... no lo sabrá jamás. *(Con viveza.)* y para afianzarlos mas, quiero huir.

Cos. Y ese hombre quién es? Quién?

Ana. Qué te importa?

Cos. Y por qué le amas?

Ana. No he dicho eso.

Cos. Pero yo lo sé, lo creo, estoy (*Fuera de sí.*) seguro, era preciso haberlo impedido, no haberlo sufrido jamás, dominarse, vencerse; siempre es uno dueño de sí mismo.

Ana. Lo eres tú en este momento?

Cos. Voto va! Eso es otra cosa! no es amor lo que yo tengo, es ira, es rabia; contra tí; contra todo el mundo.

Ana. Qué mas he podido hacer yo sin embargo? He hecho mal en confiarme á tí? en recurrir á mi marido? en implorar su proteccion?

Cos. No, no eso; no, has hecho bien, sí. Yo soy quien pierdo la cabeza... aunque jamás se haya hecho á un marido semejante confesion, te creo, eres virtuosa, te estimo, te respeto. A él solo es á quien aborrezco. Cómo se llama? quién es? nómbramele, su nombre. Oh! estoy seguro de que le conozco, de que le detesto, de que le he abominado siempre, y si le encuentro...

ESCENA XI.

DICHOS. RODRIGUEZ.

Rod. El señor vizconde de Miralta. (*Anunciando.*)
Ana. El vizconde! Ah! Dios mio! vendrá por la respuesta.
Cos. En eso estamos pensando. Que se vaya!
Ana. Qué haces? Una groseria, imposible, pero, cómo recibirle ahora, cómo disculpar... En este momento, suplícale que espere en la sala. (*Á Rodriguez.*) Dile que voy allá, que una ocupacion... que me estoy vistiendo.
Rod. Bien, señora, bien. (*Vase.*)
Cos. Cuántos cumplimientos para un vizconde! (Ah! qué idea! si fuese... los baños... Él es, sí, estoy seguro, seguro.)
Ana. Qué tienes?
Cos. Nada, absolutamente nada, déjame, entrate ahí. (*Doña Ana va á salir por la puerta del foro, don Cosme señalándole la de la derecha.*) No, ahí, á tu cuarto.
Ana. Pero qué significa esto?
Cos. Quiero que me deje usted, (*Conteniendo su cólera.*) lo exijo; lo mando.
Ana. Ah! me haces temblar; obedezco, obedezco.

ESCENA XII.

DON COSME.

Sí, sí, es él, debe ser él, yo lo sabré: le insultaré delante de todo el mundo, si es preciso, le preguntaré por qué quiere á mi muger, por qué es correspondido. Oh! no temo el ruido, me es igual, necesito escándalo; y si se ofende, le mataré, ó me matará él á mí. Está en mi casa, está aqui, espera á mi muger. No será ella quien reciba su visita: yo, yo. (*Da un paso para salir, y entra Carlos.*) Mi sobrino!

ESCENA XIII.

CÁRLOS. DON COSME.

Cos. Cielos!

Car. Qué tiene usted?

Cos. Oh! Cómo deseaba verte y abrazarte...! A Dios, á Dios.

Car. Adónde va usted?

Cos. A vengarme.

Car. De quién? Por Dios modérese usted, no dé usted una campanada, no provoque un escándalo. Quién le ha ofendido? Hable usted.

Cos. Ah! bien quisiera; pero no puedo, no me atrevo... sí bien, á quién pediré consejo? á quién confiaré mis penas, sino á mi mejor amigo.

Cár. Penas! Y quién las causa?

Cos. Quién sino la persona que amo mas en el mundo...? mi muger! Tú sabes si la quiero...? Pues bien... en este matrimonio, en esta intimidad nunca he tenido un solo instante de completa felicidad... nunca he podido mirarla como mi igual... No sé qué especie de respeto y de superioridad me aleja de ella y me impone... Ni á amarla me atrevo... y por colmo de mi desgracia... yo mismo, á pesar del estudio que ponia en agradarme, he conocido mil veces que no es dichosa, que se avergüenza en el mundo de su marido...

Cár. Qué dice usted?

Cos. Sí, y esa es mi desesperacion, el haber de conocer yo mismo que le soy inferior, que no la merezco... Por qué la han sacrificado...? Por qué me la han vendido? Yo hubiera encontrado entre mis iguales una compañera educada como yo, una muger de mi clase que nunca me hubiera despreciado.

Cár. Qué idea!

Cos. Que me hubiera estimado y respetado, querido tal vez.

Cár. Y qué puede usted pedirle á la que ha escogido? Puede usted dudar por ventura de su cariño?

Cos. Sí, Cárlos, sí; dudo: hoy dudo; ni como pudiera ser de otra manera? Me contemplo á mí mismo, y me hago justicia. En esa sociedad que la rodea todos tienen otra educacion, otro talento, otro... qué sé yo! No son todos

jóvenes mas amables que yo? Voto va!

Cár. Y puede usted suponer que su muger... que la virtud misma fuese capaz de engañarle...

Cos. Engañarme! No... es eso lo que quiero decir..., antes me quejo de su franqueza. Por qué ha tenido tanta confianza, ó por qué no la ha tenido completa? Sí; porque... ella ha sido, (*A media voz.*) ella misma, la que me ha confesado... aqui... ahora... que prefiere, que ama á otro.

Cár. Qué oigo? Cielos! (*Fuera de sí.*) Y lo ha sufrido usted, y lo sufre usted todavia?

Cos. Cárlos, tú que hace poco me encargabas la moderacion...

Car. Es que yo soy quien debe castigar semejante ultraje.

Cos. Cárlos, amigo mio! (*Deteniéndole.*)

Cár. Déjeme usted. Estoy furioso!

Cos. No saldrás de aqui... lo exijo; lo mando.

Cár. Es inútil... su nombre nada mas... su nombre.

Cos. Hé ahí precisamente lo que yo no sé... lo que se ha negado á confesarme. Pero sospecho que es el vizconde.

Cár. El vizconde!

Cos. A eso salia cuando has entrado; á averiguarlo, á hacérselo confesar á él mismo.

Cár. Qué dice usted? Iba usted á comprometer á su muger? Por otra parte es un error. El vizconde tiene otras miras, lo creo al menos... Y por parte de mi tia qué motivos tiene usted para sospechar...?

Cos. Escucha... es un hombre á quien teme... de quien quiere huir... Ya varias veces antes de ahora me habia hablado de un viage... pero de una manera vaga, sin insistir... Pero hoy ha sido con empeño... me lo ha rogado... al instante, dice...! Preciso es, pues, que hoy mismo, esta mañana, hace poco, la presencia de alguien haya dispertado esos sentimientos en su corazon y la haya decidido á hacerme una confesion de esa especie.

Cár. Cielos!

Cos. Tú sabes acaso...

Cár. No, nada...

Cos. Pues bien, yo lo sabré... Preciso será que me lo diga de lo contrario, infeliz... No me conoce.

Cár. Por Dios, cálmese usted.

Cos. Dices bien: podria echarlo todo á perder, conozco que yo no haré mas que desatinos. Pero tú, tú que eres

nuestro amigo, tú tendrás acaso mas ascendiente, mas talento... es preciso que la hables.

Cár. Yo!

Cos. Por su mismo interes, aconséjala que me lo diga, si cede, no hay cosa que yo no pueda hacer por ella; pero si se resiste, hazle ver que la paz de nuestro matrimonio, que nuestro porvenir, que toda nuestra felicidad pende solo de eso. En fin, Cárlos, fio en tí, arréglalo lo mejor que puedas... Me lo prometes? sí...? á Dios, Cárlos, á Dios. (*Se entra por la izquierda.*)

ESCENA YIV.

CÁRLOS.

No puedo esplicarme lo que pasa por mi! Pero, á pesar mio, se ha deslizado una idea en mi corazon, una idea, que me haria el mas feliz de todos los hombres, ó acaso el mas desgraciado. No, no, no es posible... no quiero pensar en ello! Yo criminal? Jamas; yo propio me daria el castigo. El esceso mismo de mi felicidad me mataria! (*Va á salir á tiempo que entra doña Ana.*) Es ella!

ESCENA XV.

DOÑA ANA. CÁRLOS.

Ana. Yo muero de impaciencia...! Mi marido... Es preciso verle... Cielos! Cárlos! (*Dejándose caer sobre un sillon.*) Dios mio!

Cár. Señora, que tiene usted?

Ana. Nada... no quiero nada... quiero estar sola.

Cár. Cómo he de abandonarla á usted en ese estado?

Ana. No tengo nada; acababa (*Esforzando una sonrisa.*) de tener con tu tio una esplicacion, en la cual la razon estaba sin duda de su parte.

Cár. No creo...

Ana. Quién te ha dicho..? (*Admirada.*)

Cár. El mismo, que acaba de confiarme la causa de sus penas.

Ana. A tí...? Santo Dios! (*Conteniéndose y procurando disimular.*) Espero, Cárlos, que conociendo, como yo, el

genio de tu tio, y sus arrebatos, no darás crédito á ideas cuya falsedad no tardará él mismo en conocer.

Cár. Señora, solo creo que usted merece el respeto del mundo entero, y que es usted la misma virtud.

Ana. Ah! estoy lejos de merecer esos elogios.

Cár. Y muchos mas todavia.

Ana. De qué lo sabes?

Cár. Todo lo demuestra... todo lo prueba... y yo por mi parte, muy otro ya de lo que era esta mañana, probaré en lo sucesivo, no á igualarla á usted, eso fuera imposible... pero al menos á imitarla, á seguir de lejos sus huellas.

Ana. Qué dices?

Cár. Que ahora ya puedo morir, he agotado en un solo instante toda la felicidad que podia esperimentar en la tierra... nada tengo ya que desear, nada que envidiar. Dígame usted solamente que mi corazon ha adivinado el suyo.

Ana. Ah! Habrá vendido (*Levantándose espantada*) mi secreto.

Cár. No... ese secreto le pertenece á usted todavia. Nada ha dicho usted; nada sé... he podido equivocarme en tanto que vuestros labios no han destruido ni confirmado mis sospechas, pero cual fuere su fallo, todo lo olvidaré, lo juro... todo... escepto el honor y la gratitud.

Ana. Pues bien, pruébamelo.

Cár. Dócil á las órdenes de usted, las espero.

Ana. Esta mañana me decias: «Si fuese amado, huiria al fin del mundo.

Cár. Lo he dicho; es cierto.

Ana. Partid.

Cár. Ah! Qué acabo de oir? (*Arrojándose hácia ella.*)

Ana. Ni una palabra mas, conozco mis deberes, tú conoces los tuyos. Cualesquiera que sean mis órdenes, me has prometido obedecerme, y si fueses capaz de vacilar un solo momento, dejarias de ser temible para mí.

Cár. Obedeceré. No hay sacrificio que no me sienta capaz. Tengo felicidad bastante ya para toda mi vida. Mí tio...

ESCENA XVI.

DICHOS. DON COSME, *y luego* EL VIZCONDE É ISABEL.

Cos. La has hablado? Las has (*A Carlos.*) decidido á no tener secretos para mí?
Ana. Sí; estoy decidida: todo lo sabrás.
Cos. Ah! Querido Carlos, qué agradecido debo estarte! En cambio te prometo cuanto exijas: habla, dicta condiciones. Sepa yo su nombre, y consiento en todo...
Ana. Bien! Tus sospechas se habian fijado en el vizconde.
Cos. Cierto... y todavia.
Ana. Silencio: él es. (*Entra el vizconde dando la mano á Isabel.*) Para probarte hasta qué punto estabas equivocado, y para desvanecer completamente en tu imaginacion semejantes ideas, exijo en primer lugar, que consientas en su boda con Isabel, á quien ama, y de quien es amado.
Cos. Yo consentir?
Ana. Empiezas ya á faltar á tu palabra?
Cos. No; pero eso es cuenta de mi sobrino, á quien yo la destino, y que no sufrirá jamas, segun creo. (*El vizconde mira á Carlos, que le coge la mano y le tranquiliza.*)
Ana. Carlos me ha dado ya su consentimiento. Pregúntale sino.
Cos. Es posible?
Car. Sí, querido tio. No te lo dije? (*Bajo al vizconde.*)
Viz. Querido amigo! (*A Carlos.*)
Isa. Carlos!
Cos. Y tú tambien? Puesto (*A Carlos.*) que lo he prometido, y que se abusa de esta manera de mi palabra.
Car. Para hacer felices á dos amantes.
Cos. Enhorabuena, que lo sean, si pueden. Quedándome mi sobrino, me consolaré..! Es eso todo? (*A doña Ana.*)
Ana. No, no es Isabel la única persona por quien tengo que hablar. Tengo que pedir para Carlos.
Cos. Y por qué no habla él mismo?
Ana. No se atreve, y me ha dado á mí ésa comision.
Cos. No se atreve...? (*Asombrado.*) Qué diablos?
Ana. Es natural que á su edad busque medios de instruirse, de ver mundo, hace tiempo que tiene proyectado un viaje.

Cos. Cómo? Mas viajes? (*Furioso.*) qué quiere decir esto?

Ana. Hé ahí lo que le impedia hablar, el temor de incomodarte; sin embargo, ese es el secreto que le hace desgraciado, y si le quieres, no te negarás por mas tiempo á sus ruegos, y á los mios.

Car. Sí, tio mio; es preciso: y si me negais esa gracia.

Cos. Te atreverias á marcharte á pesar mio? Cómo, (*A media voz.*) Carlos, quieres abandonarme? y tú has podido concebir una idea semejante? Voto va! qué va á ser de mí! A quién confiaré mis (*Mirando á doña Ana.*) penas! Qué significa esa comezon de viajar, ese vago deseo de ver tierras! Hallarás otra en que seas mas querido que en esta! por ventura yo y tu tia no te sabemos hacer feliz! Enhorabuena; aumentaremos nuestro cariño: solo te pido en cambio, Carlos, que permanezcas á mi lado, quédate, hijo mio, quédate.

Car. Ah! querido tio!

Cos. Cede! Se enternece! (*Al vizconde y á Isabel.*) Amigos mios, ayudadme. Y tú tambien, estás ahí (*A doña Ana.*) sin decir nada, no parece sino que tienes deseos, interes en que se vaya.

Car. No insista usted, tio mio; mientras mas me abrume usted de bondades, mas conozco que debo ratificarme en mis proyectos.

Cos. Qué dices!

Car. No tengo otro modo de pagar sus beneficios; este viaje no será inútil para usted. En lugar de un dependiente, en lugar del cajero don Jorge, que nunca podrá mirar con grande interes sus especulaciones de usted, yo seré el que las haré prosperar. Yo iré en su lugar.

Cos. Ana é *Isabel.* Cielos!

Cos. Quieres ir hasta la Habana!

Car. Sí señor.

Cos. Y los peligros de la travesía! y la mudanza de clima! si cayeses enfermo.

Car. Qué importa! (*Aparte con alegría.*) Soy amado.

Cos. Y aunque te librases de tantos riesgos, dentro de algunos años, á tu vuelta, sé el médico tenia razon, acaso ya no me encontrarás.

Car. Qué dice usted!

ESCENA XVII.

DICHOS. RODRIGUEZ.

Rod. Señor, don Jorge (*A don Cosme.*) me envia á decir á usted si tiene alguna otra cosa que mandarle: la silla de posta está abajo enganchada y pronta á partir.

Car. Y don Jorge, dónde está? (*A Rodriguez.*)

Rod. Abajo con su muger, que llora y se desespera.

Car. (Otro mas á quien hacer feliz!) Dile que se quede... (*A Rodriguez.*) que yo voy en su lugar. Aun es hora; con la misma silla iré á mudar el pasaporte, y que me envien á Cadiz mi equipage.

Rod. Usted, señorito!

Car. Anda aprisa. (*Vase Rodriguez.*)

Cos. Es decir que no hay modo de detenerte!

Car. A Dios.., (*Tendiendo la mano á todos.*) quédese aqui cuanto me interesa, cuanto me es caro.

Ana. Carlos, eres un hombre de bien.

Cos. Pardiez! Y quién lo duda! A! (*Mirando á doña Ana, que se vuelve.*) ella tambien llora! gracias á Dios! Pensé que le veía marchar tranquilamente sin echar una lágrima.

Car. A Dios, tio mio; padre mio! (*A don Cosme.*)

Cos. Ah! ingrato! (*Vuelve la cabeza hácia Isabel y el vizconde, y se aparta con ellos mientras que Carlos se acerca á doña Ana.*)

Car. He cumplido con mi deber? (*A doña Ana.*)

Ana. Sí. (*Don Cosme se sienta en un sillon abrumado de dolor, y el vizconde é Isabel á su lado tratan de consolarle.*)

Car. A usted lo debo, y parto (*Con gozo.*) feliz sin remordimientos. (*Doña Ana le tiende la mano.*)

Car. Ah! Está empapado (*Cogiendo su pañuelo.*) en sus lágrimas, nunca me separaré de él, lo consiente usted? (*Doña Ana abandona el pañuelo. Carlos le oculta en su seno, y corriendo hácia el fondo.*) A Dios, no me olviden ustedes, y sean felices!! (*Vase, y salen tras de él Isabel y el vizconde.*)

Cos. (*Tendiéndole los brazos.*) Carlos! hijo mio! Oh! Ya partió! (*Queda solo con doña Ana; despues de una ligera*

pausa se levanta y se acerca á ella.) Tú lo has querido, he obedecido en todo, he consentido en su boda, mas aun, en esa partida. Ahora, te toca á tí, reclamo tu palabra. Su nombre. (*Con cólera reconcentrada.*) Quién es ese hombre? (*Se oye el ruido de un carruage en el patio que arranca: este ruido estremece á don Cosme, que se pone una mano en el corazon.*) Habla, su nombre. Dónde está?

Ana. (*Tendiendo los brazos hácia la parte donde se ha oido el carruage.*) Ya ha marchado! (*Don Cosme lanza un grito y esconde la cabeza entre sus manos.*)

FIN DE LA COMEDIA.



TU AMOR, O LA MUERTE!

COMEDIA EN UN ACTO.

PERSONAS.

MR. MONVEL, *agente de negocios.*
CLOTILDE, *su muger.*
SAUVIGNY.
HORTENSIA DE VARENNES, *viuda jóven.*
FERNANDO DE RANCÉ, *su hermano.*

La escena es en Ruan.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una sala de una fonda. Puerta en el fondo. A cada lado, en primer término, puertas numeradas. Mas allá de la puerta, á la derecha del actor, un balcon largo que se ve de adentro. Entre el balcon y la puerta una papelera. Cerca de la puerta de la izquierda una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

MONVEL. CLOTILDE. (*Acában de almorzar: un mozo les sirve.*)

Mon. Decididamente, querida mia, cada vez me alegro mas del rodeo que hemos dado por venir á esta hermosa ciudad de Ruan, que no habias visto. Estas fondas del muelle no tienen nada que envidiar á las mas lujosas de Paris. Salones bien adornados, hermosas vistas, y muy bien servidos. Escelente almuerzo! (*Bebe, y al dejar la taza echa de ver que Clotilde está distraida y no toca á la suya.*) En qué piensas?

Clot. (*Volviendo en sí.*) Yo! en nada. Dime, á qué hora nos pondremos mañana en camino!

Mon. He dispuesto que nos tengan prontos los caballos para las ocho: por consiguiente tenemos toda una noche para descansar. Pero eso no esplica la causa de tu distraccion Estás triste?

Clot. No, no tengo nada.

Mon. Oh! *sí*, *sí*. Se me figura que tu tristeza empezó dos ó tres dias antes de nuestra partida de Bolonia. Me parece sin embargo que yo hago cuanto está de mi parte por distraerte: te gusta viajar, y todos los veranos emprendemos un viaje... este año hemos ido á tomar los baños de mar en Bolonia: el año pasado fuimos á Italia: hace dos años á las aguas de Bañeras.

Clot. (*Con viveza*.) Oh! por Dios, te suplico que no me recuerdes nunca las aguas de Bañeras.

Mon. Dices bien, ese recuerdo no me es menos doloroso que á tí. Cada vez que me acuerdo de aquel pobre jóven, con quien me iba yo por las mañanas á buscar plantas raras por la sierra, y á quien llegué á cobrar un afecto tan sincero..!

Clot. Qué fin tan desgraciado!

Mon. Y tan necio! matarse, y sin saberse por qué!

Clot. A mí me aseguraron que una pasion.

Mon. Mayor necedad aun!

Clot. Qué?

Mon. Digo que esa es mayor necedad!

Clot. Ah! porque no comprendes toda la estension de ese sacrificio. Tú no serias capaz de matarte por una muger.

Mon. En mi vida!

Clot. Ni aun por la tuya!

Mon. Mucho lo sentiria á lo menos, y ella tambien me parece. Porque al fin yo les pondria un dilema á esos locos... Ó la muger á quien quiero ha de sentir mi muerte, y en ese caso soy demasiado galante para darle semejante sentimiento, ó mi muerte ha de serle indiferente, en cuyo caso es preciso ser muy necio para proporcionarla una diversion tan cara.

Clot. Todo eso estuviera bien, si el que quiere de veras pudiese razonar

Mon. Y por qué no? Por lo mismo que quiero á mi muger y á mis hijos, me hago otra cuenta muy distinta, y digo para mí: «Mas útil les he de ser viviendo, que despues de muerto; y por lo tanto vivamos.» Vamos á ver, á

tí, por ejemplo, qué te falta? Hay en todo Paris una sola muger de un agente de negocios mas feliz que tú? No está siempre á tu disposicion la llave de mi gabeta? No faltas á los teatros, te abonas á la ópera, asistes á los bailes.

Clot. No digo que no...

Mon. Tienes quien te sirva, quien adivine tus pensamientos. Tu marido es tu primer criado. En una palabra, querida mia, no es verdad que no acertarias á vivir sin mí? Por mi parte te confieso que si llegases á enviudar, lo sentiria aun mas por tí que por mí.

Clot. Nunca he dicho que no seas escelente marido...

Mon. En eso fundo mi vanidad: por lo tanto, no hablemos mas del asunto: mira, para disipar tu tristeza ven á disfrutar de esta hermosa vista, y á respirar el aire fresco del rio. (*Abren el balcon y sale afuera.*)

ESCENA II.

MONVEL *en el balcon.* CLOTILDE. FERNANDO.

Clot. Dios mio! (*Viendo á Fernando, que aparece en el fondo con una carta en la mano.*)

Fer. (*En voz baja.*) Chis! (*Le enseña la carta, suplicándola con los ademanes que la reciba.*)

Clot. Otra vez!

Mon. (*Volviéndose.*) Qué? (*Fernando ha desaparecido.*) Hablabas conmigo?

Clot. (*Turbada.*) Yo! te preguntaba si veias...

Mon. (*Siempre en el balcon.*) Sí, estaba mirando un carruage que ha venido por el camino de Paris, y que ha parado á la puerta de la fonda: aguarda... una señora se apea... buena traza! (*Saca su anteojo.*) Veamos... Hola! diantres! se me figura... sí, ella es. Ah! ah! ah! á que no sabes...

Clot. Quién?

Mon. Qué agradable sorpresa! imposible que adivines...

Clot. (*Queriéndose asomar.*) Acaba. La conozco!

Mon. Yo lo creo; una compañera de colegio, una viudita...

Clot. Hortensia!

Mon. Cabal! á lo menos tal me parece.

Clot. Es posible! Qué vendrá á hacer á Ruan, sola... Querrá que la vean! si yo supiera... iria...

Mon. Deja; parece muy ocupada en hacerse cargo de sus

efectos... Oh! soy demasiado galante para dejarla... Voy á ver si es ella efectivamente, y te la traigo.

Clot. Espera: te vas! iremos...

Mon. Esa es buena! Tienes miedo! á qué has de venir? Y si no es! Vuelvo. (*Sale corriendo.*)

ESCENA III.

CLOTILDE, *y despues* FERNANDO.

Clot. Me deja sola! Y si viene el otro entre tanto... Dios mio! aqui está ya!

Fer. (*Despues de haber registrado con la vista el parage por donde se fue Monvel, y entrando precipitadamente.*) Por piedad, señora, dígnese usted recibir esta carta.

Clot. No, caballero, no; jamas. Seguramente no sé cuándo he dado lugar á un paso...

Fer. Fuerza era escribir á usted, señora, puesto que se negaba á escucharme. Llego á Bolonia pocos dias antes de su partida, tengo la dicha de hallar ocasiones en que hablar á usted á solas, y usted burla constantemente mis esperanzas, eludiendo una esplicacion... asombrado de esta partida precipitada, todo lo que he podido hacer ha sido buscar un caballo, y seguir desde Bolonia su carruage de usted.

Clot. Lo sé, caballero; le he visto á usted, y me ha parecido muy mal... seguramente, caballero, no puedo comprender la conducta de usted, ni menos las esperanzas que ha concebido.

Fer. Mi conducta dice usted... lo confieso, es la de un loco; de un loco que se ha atrevido á poner los ojos en usted, sin que usted le haya dado el menor motivo, es verdad... es culpable mi conducta; pero ah! señora, no me pida usted razon, no me pida usted virtudes; pídame usted amor y nada mas. Mis esperanzas, señora, arrojarme á sus pies é implorar su compasion. Nunca tuve otras.

Clot. Seguramente, un loco, dice usted bien... porque en fin, caballero, no conozco á usted.

Fer. Ah! si no es mas que eso... no debo ser un estraño para usted; enlazado con una familia á quien usted trata, pariente de una de sus mejores amigas, que me ha hablado tantas veces de usted...

Clot. (*Asustada.*) Alguien viene! (*Pasa á la izquierda de Fernando.*)

Fernando. (*Vivamente.*) No, nadie; y por lo que hace á mí discrecion, señora...

Clot. (*Vivamente.*) Oh! mi marido va á volver!

Fer. Lo sé, y por lo mismo, señora...

Clot. Déjeme usted. Tiemblo!

Fer. Puesto que usted no quiere oirme...

Clot. Imposible!

Fer. (*Presentándole la carta.*) Leerá usted esta carta...

Clot. Jamás. Tanto valdria escuchar á usted.

Fer. Se niega usted? Usted cree que esta pasion es hija de un capricho, que el tiempo bastará á desvanecer. Oh! no. Pluguiese al cielo, señora! pero es un amor verdadero, profundo, eterno; es una de esas pasiones que hacen época en la vida, que la embellecen ó la manchan para siempre: una de esas pasiones que hacen á un hombre capaz de todo para conseguir el corazon de una muger!!!

Clot. (*Con viveza.*) Oigo la voz de Hortensia! Si mi marido me viese de esta suerte, sola con un estraño! Oh, retírese usted, caballero, se lo ruego á usted. (*Sale corriendo al encuentro de Hortensia por la puerta del fondo.*)

Fer. (*Siguiéndola.*) Una palabra, una palabra no mas. (*Se detiene en la puerta.*)

ESCENA IV.

FERNANDO. (*Vuelve hácia las candilejas, estrujando la carta.*)

Y me quedo con la carta! una carta en que habia agotado toda mi elocuencia. Esta es la quinta ocasion que pierdo! Empiezo á creer que... pero no, por vida mia: no he de salir de aqui sin que me haya dado oidos, sin que me haya contestado. Gente sube... salgamos á ese balcon; esto es una fonda, esta es una pieza de paso. Quién sabe si otra casualidad como la pasada. Aqui estan. (*Pasa al balcon y le entorna desde afuera.*)

ESCENA V.

HORTENSIA. CLOTILDE. MONVEL.

Clotilde y Hortensia entran abrazadas todavia. Monvel trae varios paquetes. Una camarera le sigue con otros mayores.

Hort. Qué sorpresa tan agradable, querida Clotilde!
Mon. No podia haberla mayor para nosotros.
Clot. (*Mirando en deredor.*) Marchó. Respiro.
Hort. (*Á la camarera, indicando la puerta de la izquierda.*) Entre usted esos paquetes, en el número 6; ese es mi cuarto.
Mon. (*Con una caja de caoba en la mano.*) Y esta caja tan pesada?
Hort. (*Sonriéndose.*) No es de mi uso, es de mi hermano Fernando que me la encargó. Son unas pistolas de casa de Delpire. (*Á Monvel.*) Encima de esa mesa. (*Monvel pone la caja sobre la mesa, y pasa á la derecha de Hortensia.*)
Mon. Es decir que espera usted á su hermano?
Hort. Debemos reunirnos aqui, en Ruan; yo vengo de Paris y él de Bretaña, ó qué sé yo de dónde; porque, sea dicho de paso, es el mayor calavera que hay en Francia; (*Á Clotilde.*) por lo demas un joven escelente, que te presentaré, porque arde en deseos de conocerte, y que está enamorado de tí solo por mis relaciones.
Mon. Diantre! no tiene mal gusto el picaruelo. Eso solo hace su elogio. Y confieso que para mí ya es una recomendacion el querer á mi muger. Pero ahora me ocurre que ustedes querrán charlar; estorbo, no es verdad? Ya se vé! dos amigas antiguas que han estado tanto tiempo sin verse... (*Á Hortensia.*) Usted tendrá que atender á mil cosas.
Hort. Usted no puede estorbar nunca.
Mon. Ba, ba! fuera cumplimientos. Ya sabe usted que un marido siempre... Voy á hacer algunas compras para mi muger.
Clot. Te vas decididamente?
Mon. No tardaré.

ESCENA VI.

HORTENSIA. CLOTILDE.

Hort. Sabes que tu marido parece un escelente sugeto?

Clot. Sí, adivina todos mis pensamientos; nos deja solas. (*Cogiendo con las suyas las manos de Hortensia.*) Querida Hortensia, cuánto tiempo hacia que no nos veíamos! Desde el colegio, casi. Y de entonces acá qué de acontecimientos!

Hort. Es verdad. Las dos nos hemos casado. Tú con un agente de negocios, con Monvel.

Clot. Y tú con Varennes, un coronel! Cuánta mejor suerte te cupo; y qué dichosa debes de haber sido!

Hort. No sé qué te diga; y en los ocho meses que ha vivido mi marido, algunas veces he echado de menos el tiempo en que era soltera.

Clot. Es posible?

Hort. No hablemos mas de eso; se acabó, ya soy viuda.

Clot. Y con aspirantes de nuevo á tu mano, supongo.

Hort. No diré que no; uno tengo sobre todo, amable, rico; un joven negociante del Havre, por quien se empeña toda mi familia: pero si he de decir la verdad, todavía no me he decidido.

Clot. Por qué?

Hort. Porque me quiere demasiado.

Clot. Es posible?

Hort. Una pasion, un delirio, un volcan!!!

Clot. Y esa tacha le pones?

Hort. En un marido, seguramente.

Clot. Ojalá que el mio tuviera ese defecto.

Hort. Te tendria lástima. En el matrimonio es preciso contar con cualidades que resistan, que duren, y las grandes pasiones pasan pronto; al paso que una condicion apacible en todos tiempos es buena. Monvel, por ejemplo, me parece un modelo de maridos, bueno, amable, complaciente.

Clot. No digo que no; me quiere, es verdad, pero con un amor tan llano, tan tranquilo; es todo un agente de negocios. Se le pasan los dias hablándome de sus clientes y de sus asuntos. Seguramente no es eso lo que yo me habia

figurado: yo hubiera querido un compañero que me hubiese adorado, tierno, galan, que me hubiera hablado de su pasion, que me hubiera hecho versos.

Hort. Estás en tu juicio? Un agente de negocios? Si no tienes por cierto otros cuidados...

Clot. Ah! ojalá. Pero hace unos dias, en vano trato de ocultárselo á mi marido, tengo un sentimiento...

Hort. Por qué?

Clot. Es una aventura, querida Hortensia.

Hort. Una aventura? y no me decias nada?

Clot. (*Bajando la voz.*) Un jóven que ha dado en quererme y en perseguirme: que me ha hecho una declaracion en Bolonia, que nos ha seguido hasta aqui á caballo, y que no ha mucho todavia, queria hacerme aceptar aqui mismo una carta.

Hort. (*Soltando una carcajada.*) Ah, ah, ah! Y con qué seriedad me lo cuentas! Qué te espanta en todo eso? Cuando esos caballeretes se empeñan en enamorarse, hay mas que oirlos y reirse? Es divertidísimo.

Clot. (*Seriamente.*) Divertido? Todo menos eso, para mí al menos. En cuanto veo que uno fija los ojos en mí, el miedo se apodera de mi corazon, y te aseguro...

Hort. El miedo? miedo sin duda de hacerle desgraciado? En eso te reconozco; inocente siempre, pero sin mundo: con un corazon demasiado bueno para vivir en sociedad.

Clot. (*Estrechando su mano y con tono sentimental.*) Ah! querida Hortensia! Cuando una tiene ya sobre su conciencia la muerte de un hombre!

Hort. (*Asustada.*) Dios mio! qué dices? La muerte de un hombre! esplícate, por Dios!

Clot. Temo...

Hort. Qué? estamos solas; habla.

Clot. (*Mirando en deredor.*) Dices bien; nadie puede oirnos. Hace dos años, en las aguas de Bañeras... asistia á ellas un jóven á quien nadie conocia; su viaje no tenia objeto conocido; nadie sabia su apellido; le llamaban Eduardo. Mi marido se habia hecho muy amigo suyo, porque le acompañaba en sus paseos de madrugada, y no habia echado de ver que me galanteaba.

Hort. Y no convienes conmigo en que es un escelente marido?

Clot. Pero yo bien claro veia que me amaba; me lo decia to-

dos los dias con un tono tan sincero, tan apasionado... Ya supones que ni quise responderle, ni aun darle oidos.

Hort. Claro está.

Clot. (*Enterneciéndose gradualmente.*) Un dia por fin, le vi pálido, agitado, descompuesto; se echó á mis pies, y me rogó, me suplicó con los ojos cuajados en lágrimas; me despedazaba el corazon. Resistí sin embargo, no tuve compasion. Se levantó entonces, díjome que despreciado por mí, la vida le era enojosa, que solo anhelaba la muerte: se alejó, y mis labios no se abrieron para llamarle! A dia siguiente, querida Hortensia, el diario de Bañeras dió la noticia de que el desdichado habia puesto término á su vida. Una carta que habia dejado á su criado le daba cuenta de tan espantoso designio; en balde se prácticaron escrupulosas investigaciones en la sierra, hácia donde le habian visto encaminar sus pasos... no se halló de él sino su sombrero á orillas de un precipicio.

Hort. Qué aventura, Dios mio!

Clot. Se habia dado la muerte por mí, Hortensia, por mí!

Hort. Sabes que eso es espantoso, y que podia haberte comprometido? Fue una imprudencia por cierto imperdonable!

Clot. (*Con entusiasmo.*) Una imprudencia! el acto mayor de valor, el mas sublime! era preciso querer bien de veras para eso! era preciso abrigar una alma fuerte, generosa, heróica.

Hort. Vamos; ahora será un héroe; ahora va á tener todas las virtudes imaginables porque ha muerto!

Clot. Desdichado! ah! si yo hubiera podido adivinar...

Hort. (*Con viveza.*) Qué?

Clot. Nada, nada contra mi deber; pero acaso una palabra sola hubiera bastado...

Hort. (*Meneando la cabeza.*) Una palabra... no siempre; no siempre; quién sabe?

Clot. Ah! cualquiera cosa es mejor que una muerte.

Hore. Con todo, querida Clotilde...

Clot. (*Con bondad.*) Ah! y no solo por ellos; pero tienen madre, hermanas, familia...

Hort. Sí, pero nosotras tenemos maridos...

Clot. (*Con impaciencia.*) Los maridos no se matan nunca!

Hort. Pues no faltaba otra cosa!

Clot. Con todo, tú debes comprender qué remordimientos,

qué tristeza han debido quedarme. Hortensia, Hortensia, bastante es ya la muerte de uno. Oh! te juro que no tendria valor para esponerme á otro lance semejante. (*Fernando entreabre el balcon, manifiesta en sus gestos haberlo oido todo, y se sale en puntillas.*)

Hort. Pero en fin, y tu desconocido de Bolonia? Supongo que no se querrá matar tambien?

Clot. Oh! En vista del recibimiento que le he hecho esta mañana, estoy segura de que ha renunciado á sus ideas, y de que habrá marchado; de todas suertes, estoy bien decidida á desengañarle.

Hort. Bien, Clotilde. Estimo demasiado á tu marido, á ti misma, para...

Clot. Querida Hortensia, siempre buena, siempre virtuosa. Pero te entretengo hablándote de mis penas, acaso necesites descanso.

Hort. No por cierto; voy á entrar en mi cuarto para vestirme; espero á mi hermano, que no puede tardar.

Clot. Vas á engalanarte para recibir á tu hermano?

Hort. Quién sabe si espero á alguien mas... no te he dicho que voy al Havre, y podria acontecer, aunque yo lo he prohibido espresamente, que saliesen á mi encuentro hasta aqui.

Clot. Veinte y cuatro leguas para verte algunas horas antes! Eso es amor!

Hort. Es impaciencia, y nada mas. Antes de casarse andará cien leguas por ver á su muger, y despues no dará tal vez veinte pasos para llevarla á un baile.

Clot. Ah! en cuanto á eso, mi marido me llevaria todas las noches si yo quisiera.

Hort. Y te quejas? (*Á media voz.*) Créeme, Clotilde, jamás encontrarás otro mejor: á Dios, á Dios; da un abrazo á tu marido de mi parte.

Clot. De buena gana. (*Hortensia se entra en su cuarto.*) Voy á mi cuarto tambien. Acaso me esté esperando ya.

ESCENA VII.

CLOTILDE. *Despues* FERNANDO.

A tiempo que se dirige hácia la puerta de la derecha, ve á Fernando que entra con el pelo y el vestido descompuestos.

Clot. El es! Todavía aqui! Y estoy sola...! Démonos prisa...

Fer. Un momento!

Clot. Qué agitado parece!

Fer. Me habia puesto ya en camino, señora, me alejaba de esta ciudad...

Clot. Estaba segura de ello.

Fer. De esta ciudad, donde me esperaba una hermana idolatrada...

Clot. Qué dice usted?

Fer. Que soy hermano de Hortensia, señora, de su amiga de usted....

Clot. Dios mio! voy á avisarla...

Fer. (*Deteniéndola.*) Es inútil... no he vuelto por ella, sino por usted, por usted solo á quien he querido volver á ver por última vez... Es posible, me dije á mí mismo, que tanto amor no halle compasion en su pecho... si vuelve á despreciarme, como esta mañana, como ayer, como siempre, sea en buen hora, me alejaré sin quejarme, y no volverá jamas á oir hablar de mí... pero esta vez mi voluntad será irrevocable como la suya, y realizaré mi proyecto.

Clot. No comprendo... no me atrevo á... Pero usted sabe, caballero, que yo no puedo dar oidos á usted, que mi marido...

Fer. Su marido de usted? Ah! palabra maldecida! hé ahi la idea que me ha exasperado; esa palabra que no ha mucho, y despues de nuestra última entrevista, ha venido á interponerse como una barrera invencible entre mi amor y la felicidad que habia soñado... La única muger á quien puedo amar, la muger de quien pende mi porvenir, la veo en poder de otro, y de otro, santo Dios! á quien ama; si, le ama, pues que por él me desprecia y me condena á la muerte... esta idea, seño-

ra, es espantosa. Desde entonces no he tomado consejo sino de mi desesperacion... y esa desesperacion, señora, no me da mas que uno, no sabe inspirarme sino una determinacion.

Clot. Desdichado!

Fer. Qué me importa ya una vida sin esperanza y sin objeto? Mi vida es usted... y usted no quiere que viva!

Clot. Sosiéguese usted, reflexione usted... (No sé qué decirle.) *(Alto y con viveza.)* Oh! míreme usted, yo se lo suplico, en nombre de esa misma hermana que tanto le quiere.

Fer. Sí, y yo tambien, deidad de mi existencia, te lo suplico en su nombre... ídolo de mi vida; tú sola puedes salvar á su hermano. Tu amor, bien mio, ó la muerte!

Clot. ¡Dios mio! pobre Hortensia! sola en el mundo, sin mas que este hermano!!! (*Volviéndose y viendo á Fernando que abre la caja de las pistolas que habia quedado sobre la mesa.*) Qué hace usted?

Fer. (*Que se ha apoderado de una pistola.*) Ese silencio es mi sentencia...

Clot. Yo desfallezco!

Fer. *(Desesperado.)* Deseas mi muerte!

Clot. Insensato!

Fer. (*Desesperado.*) Usted la exige!

Clot. (*Abalanzándose hácia él.*) No, no; jamas al contrario! Porque, en fin, qué quiere usted? que exige?

Fer. *(Acercándose rápidamente.)* Qué exijo? Ah! un sacrificio harto corto... un momento solo de conversacion, una entrevista no mas.

Clot. Pero mi marido va á volver!

Fer. Pues bien, luego, en esta misma pieza, á las cuatro, cuando su marido de usted no esté... yo me encargo de alejarle de aqui.

Clot. Y bien, y qué?

Fer. Prométame usted tan solo que me oirá sin enojo nada mas... un amor como el mio no puede exigir mas.

Clot. (Al menos no es exigente... Oh! el otro era otra cosa!) (*Alto.*) Y á ese precio consiente usted en entregarme esas armas...

Fer. Ahora mismo.

Clot. Démelas usted. (*Fernando se adelanta presentándole la caja de las pistolas. Clotilde retrocede asustada.*) No, no! no me las dé usted... Cierre usted la caja, y llévelas usted mismo á esa papelera.

Fer. Obedezco... (*Lleva la caja á la papelera, y se aleja. Clotilde corre hácia la papelera y la cierra.*) Qué hace usted?

Clot. La cierro y guardo la llave. (*Pone la llave en su cinturon.*) Ahora ya estoy mas tranquila.

Fer. No olvidará usted la palabra...

Clot. Dios mio! qué estoy haciendo?

Fer. Señora!

Clot. Lo he prometido, bien, lo he prometido; pero... déjeme usted ahora. (*Escapándose hácia su cuarto*) Dios mio, protejedme!

Fer. (*Viéndola marchar.*) A las cuatro! (*Saludándola.*) (*Se cierra la puerta tras Clotilde.*) A las cuatro; consintió. Oh! escelente recurso! En lo sucesivo no he de usar de otro. Las mugeres tienen sus ataques de nervios para su uso particular; justo es que tambien nosotros tengamos alguna cosa.

ESCENA VIII.

SAUVIGNY. FERNANDO.

Sau. Maldito postillon! Hemos perdido medio dia!

Fer. Quién llega? Sauvigny! nuestro enamorado del Havre, mi antiguo compañero de colegio!

San. (*Corriendo á abrazarle.*) Querido Fernando! Hace mucho que habeis llegado?

Fer. Yo hace algunas horas, pero mi hermana ahora mismo.

Sau. Y yo no estaba ahí para recibirla, para ofrecerla el brazo. Estoy desesperado.

Fer. Por qué?

Sau. Desesperado. Tanta prisa le quise dar al postillon que nos ha hecho volcar... una rueda se ha hecho pedazos, un caballo se ha estropeado, y se ha perdido una mañana... Hay suerte mas desdichada!

Fer. Para el caballo, sobre todo.

Sau. Ah! para mí, para mí, que contaba con llegar mucho antes que Hortensia... tengo tan pocas ocasiones de probarle mi amor y ella es tan incrédula!

Fer. Qué disparate! Mi hermana está persuadida de que la adoras; se lo he dicho yo cien veces...

Sau. En ese caso, por qué no se decide en fin?

Fer. Por qué? por qué? porque le ha ido mal con su primer marido: que la adoraba, y desconfia de las grandes pasiones, y de su duracion sobre todo... Teme tu mudanza.

Sau. Yo mudar? ah! Bien claro se deja ver que no me conoce... mudanza en mí! cuando yo llegue á querer, Fernando, es para siempre, tu hermana en fin es la única muger á quien he querido.

Fer. (*Con frialdad.*) Lo creo.

Sau. Cien veces se lo he dicho, y se lo he jurado... es la verdad.

Fer. Y á mí me lo dices? Qué me importa? eres buen muchacho, corriente; eso es cuanto yo necesito en un cuñado; mi hermana se casará contigo.

Sau. Tú me lo aseguras?

Fer. Yo respondo. Y si tardase en decidirse, yo te enseñaria un medio...

Sau. Cuál?

Fer. Un medio que acabo de descubrir, una receta que es probada con las mugeres.

Sau. Acaba.

Fer. Pero es fuerza usar de ella con discrecion: te lo diré sin embargo, prévia una condicion.

Sau. (*Con viveza*) Acepto desde luego.

Fer. Un favor que me has de hacer.

Sau. Dinero? mi bolsillo está abierto para ti.

Fer. No.

Sau. Entre cuñados...

Fer. No se trata de eso, en otra ocasion no digo que no ocurra... es posible; pero por ahora no es eso lo que me inquieta, sino un marido.

Sau. Un marido?

Fer. A quien es preciso desviar de aqui por un rato, y cuento contigo.

Sau. Conmigo, que estoy sin ver todavia á tu hermana?

Fer. Se está vistiendo, y no puede recibir ahora; ademas no ha de ser ahora mismo precisamente, sino á las cuatro.

Todavía no pueden ser.

Sau. Y dónde le he de llevar?

Fer. Adonde quieras, á ver los muelles, la catedral, las curiosidades del pueblo, qué sé yo!

Sau. Pero, hombre, ese marido, no conociéndole siquiera...

Fer. Pues ahi está el mérito. Y qué importa, hombre: todos los maridos se parecen... Oh! y este ofrece ademas una ventaja incalculable! es agente de negocios: tienes mas que hablarle...

Sau. Fernando, en conciencia puedo yo cooperar á burlar á un marido, estando en vísperas.

Fer. Hoy todavía sí! y en rigor hasta que transfugo decidido te hayas pasado á las filas enemigas. Pero aqui viene!

ESCENA IX.

MONVEL. FERNANDO. SAUVIGNY.

Mon. (*Con varios paquetes.*) Qué contentas se van á poner mi muger y mi hija! Les he comprado los dos vestidos mas bonitos... (*Saluda á Fernando y acercándose despues hácia Sauvigny.*) Qué veo! Estoy yo despierto? Es posible?

Sau. (*Corriendo hácia él.*) Señor Monvel...!

Fer. Le conoces?

Sau. Sí, amigo mio, sí.

Mon. (*Estupefacto.*) Usted, Sauvigny, á quien creiamos muerto?

Fer. Cómo?

Mon. La carta que usted dejó... su desaparicion de Bañeras...

Sau. Ah! me recuerda usted...

Mon. Con que no fue cierto? vive usted todavía? Este incidente me colma de alegria; le queria á usted como á un hermano; usted sabe el sentimiento que nos dió? Abrace usted, amigo, abrace usted. Vea usted! qué diablo! un hombre que vive todavia!

Fer. Magnífico... son ustedes conocidos antiguos...? (*Bajo á Sauvigny.*) Ahora ya puedes llevarle... á las cuatro, eh? (*Alto.*) A Dios, voy á ocuparme en tus intereses; no olvides los mios.

ESCENA X.

MONVEL. SAUVIGNY.

Mon. Vaya, vaya! Déjeme usted, hombre, que lo mire á usted otra vez. Usted, á quien todos habiamos llorado en Bañeras por muerto... usted, cuyo suicidio, de cuya muerte incontestada nos dieron tan minuciosos detalles los periódicos! Es cosa prodigiosa! Es cosa de poner el grito en las nubes...

Sau. (*Con viveza*) Al contrario! y ruego á usted que no miente semejante aventura... sobre todo aqui.

Mon. Por qué? Un suicidio por amor!

Sau. Auto en favor, eso me perderia, desbarataria tal vez mi boda.

Mon. Pues cómo?

Sau. Usted es discreto, supongo?

Mon. Un agente de negocios, hombre; es mi oficio!

Sau. Puedo fiarme de usted: ademas de que siempre me mostró usted tal amistad... (*Despues de una corta pausa.*) Sepa usted, pues, que cuando nos conocimos en las aguas de Bañeras, yo estaba atacado de una enfermedad nerviosa, la cual habia producido en mí una sensibilidad tan esquisita, que me enamoraba de cuantas mugeres veia... una sobre todo.

Mon. Sí, aquella hermosa inglesa...?

Sau. No.

Mon. La muger del médico de los baños?

Sau. Nada.

Mon. Quién, pues?

Sau. El nombre no hace al caso...

Mon. Oh! ya caigo... aquella condesita...

Sau. Como usted quiera, tanto mas, cuanto que inflexible y severa, me trató con tal crueldad, que arrebatado del delirio, del parosismo de la pasion... dominado acaso tambien por ese mismo mal nervioso, de que tengo á usted hablado... tomé la determinacion de acabar de una vez para siempre, pero una determinacion firme, irrevocable... Y el género de muerte que escogí, como el que estaba mas en armonia con el estado de mis ideas, consistió en precipitarme en uno de aquellos abismos tan fre-

cuentes en los Pirineos... hallaba yo en esta idea cierta grandeza y sublimidad...

Mon. Sí, por lo estravagante.

Sau. Bien puede ser... Ahora bien; despues de haber escrito á mi criado, haciéndole don de mis efectos, y rogándole que no se molestase á nadie á causa de mi muerte, me encaminé hácia el sitio que habia escogido: era por la mañana; ya por el camino íbame serenando algun poco, de pronto me sentí mas frio en mi determinacion; ya se ve, tambien me hundia en la nieve hasta la rodilla, y hacia un viento de todos los diablos. Hice sin embargo un esfuerzo, pero al llegar al borde del precipicio medí con los ojos la profundidad, y un movimiento involuntario me hizo retroceder horrorizado. Volví con todo á asomarme, como avergonzado de mi flaqueza... en una palabra, á pesar mio ya, y solo por respetos humanos, por él que dirán, por qué sé yo, iba á precipitarme, cerrando los ojos, cuando de repente oigo en la montaña un grande ruido... y era... á ver si acierta usted.

Mon. Algun monte de hielo que se desprendia...

Sau. Nada. Cárlos Vernet, uno de mis amigos, dirigiendo una gran batida de cazadores... ocupados en perseguir los gamos. Eran tantas sus carcajadas, tal su buen humor, que no me atreví á contarles mi aventura por miedo de que se burlasen de mí. Cuando todos ellos me gritaron: «Agréguese usted á la batida, con nosotros, con nosotros:» dije para mí: «despues me mataré, á medio dia, y mejor todavia que ahora, porque no tendré tanto frio.» Héme, pues, cazando gamos y corriendo las alturas, pero tan desatinadamente, que alli perdí sombrero, pañuelo, ¡qué sé yo! en una palabra, que llegué al punto de reunion desvencijado y muerto de hambre.

Mon. Tenia usted hambre?

Sau. Devoraba! un apetito de todos los diablos... y en verdad que por entonces olvidé mi asunto principal... estaba ya á algunas millas de mi precipicio, y dije para mi sayo: «Si la desesperacion me ha permitido vivir todavia tres horas y media, por qué no se ha de estender á cuatro, á cinco, á doce, y asi sucesivamente?» En estos casos, lo que cuesta es el primer paso. Hé aqui mi argumento, el mejor sin disputa de cuantos he hecho en toda mi vida para mi uso particular... Pero lo mas dificil no era volver

la vida, sino volver á Bañeras... Como diantres esponerme á las chanzas, á los epigramas... cómo desmentir al periódico? cómo presentarme vivo ante esa misma muger á quien amaba? No era posible. Tomando pues una determinacion decisiva, y un asiento en la diligencia de Tarbes, volvime á París, y de alli al Havre... donde mi padre me puso al frente de nuestro comercio; y desde entonces los azúcares, el café, el algodon... en una palabra, he estado siempre tan ocupado...

Mon. Que no ha tenido usted un rato de lugar para matarse?

Sau. Asi es. Luego he hecho fortuna... he reunido un caudal muy bonito, lo cual siempre distrae algun tanto, y le da á uno otras ideas... ideas por ejemplo de establecimiento, de boda.

Mon. Comprendo... Quiere usted poner ahora ese mismo caudal á los pies del objeto de su antigua pasion.

Sau. No; á los pies de otra persona...

Mon. (*Riyéndose.*) Pues y aquel amor que habia de ser eterno, inestinguible...

Sau. Existe, existe, cada vez mas ardiente, mas impetuoso si cabe. Siempre el mismo. Solo que ha variado de objeto.

Mon. Ah! es el fenix que renace de sus propias cenizas.

Sau. Cabal. Una viuda preciosa, hechicera... pero, á pesar de todo mi amor, no he podido lograr todavia su consentimiento, desconfia de mí y de mi constancia.

Mon. (*Con calma.*) No tiene razon.

Sau. Y como precisamente está aqui, en esta misma fonda, si se os moviese la lengua á hablar de esa desdichada aventura de Bañeras...

Mon. Pobre mozo! no tenga usted cuidado, no seré yo quien le venda; y aun si puede serle útil mi mediacion...

Sau. Qué de bondad! cuanta generosidad! Ah! crea usted seguramente que tengo sinceros remordimientos... Si usted supiese...

Mon. Qué?

Sau. (*Viendo abrirse la puerta de la izquierda.*) Nada, ahí tiene usted el objeto de mi amor... ella llega con su hermano.

Mon. Hortensia?

Sau. La conoce usted.

Mon. Es íntima amiga de mi muger.

Sau. (*Espantado*) De su muger!

ESCENA XI.

MONVEL. SAUVIGNY. HORTENSIA. FERNANDO.

Hor. (*Saludando.*) Acabo de saber su llegada de usted, y esperaba la visita.

Sau. (*Turbado.*) Ignoraba, señora, que estuviese usted visible; me hé encontrado aqui con un amigo, un amigo verdadero.

Hort. (*Sonriendo.*) Muchos tiene usted, porque aqui está mi hermano abogando por usted hace media hora con un interes...

Fer. He cumplido mi palabra; acuérdate tú de la tuya.

Hort. Qué?

Sau. Nada. Ha dicho á usted que mi amor, que mi cariño, que mi constancia, que será eterna, se lo juro á usted.

Hort. Qué conmovido está usted!

Sau. Cuando la veo á usted... me encuentro ademas en una posicion...

Mon. (*Adelantándose.*) Embarazosa.

Hort. (*Viéndole.*) Ah! caballero Monvel, pero y Clotilde? dónde está?

Mon. En su cuarto probablemente.

Hort. (*Á Sauvigny.*) Quiero presentarle á usted á mi mejor amiga.

Sau. Santo Dios! (*Bajo á Monvel.*) Esto es hecho! su sorpresa, su espanto...

Mon. Dice usted bien.

Hort. (*Pasando entre Monvel y Sauvigny, y tendiéndole la mano.*) Venga usted.

Sau. Usted me perdonará, señora, pero un asunto importante, de que estaba enterando al señor, y del cual tiene la bondad de encargarse.

Fer. (*Bajo á Sauvigny.*) Bravo!

Sau. Es forzoso que vayamos juntos á casa de un escribano de Ruan.

Fer. (*Bajo á Sauvigny.*) Eso es.

Sau. Que suele salir temprano.

Fer. Van á dar las cuatro.

Mon. (*Tomando su sombrero.*) Me tiene usted á sus órdenes.

Fer. (Qué buen señor!)

Sau. (*A Hortensia.*) No se incomodará usted, supongo...?

Hort. Incomodarme porque se ocupe usted en sus quehaceres, al contrario; es prueba de que tiene usted juicio. Yo tambien tengo algunas compras que hacer; en el almacen grande de la plaza, usted me acompañará hasta alli; alli le dejaré á usted solo con Monvel, de quien me alegraria que tomase usted ejemplo; y despues en la mesa... porque comeremos juntos, supongo, con Monvel y su señora.

Sau. Su señora! ¡Felizmente para entonces habremos tenido tiempo de prevenirla.!

Hort. Ea, pues, vamos. (*Tomando el brazo de Monvel.*)

Sau. (*Mirando con interés á Monvel.*) Y este pobre Monvel entre tanto... Oh! no, volveré cuanto antes. (*Dando la mano á Fernando.*) Adios.

Fer. Adios.

ESCENA XII.

FERNANDO.

Por fin se fueron! quedo dueño de la plaza. Solo y con ella! Hoy será forzoso que me escuche: al fin me podré esplicar. Pero en primer lugar prudencia: por medio de alguna sorpresa cortemos la retirada al enemigo. (*Indicando la puerta del fondo.*) No hay mas entrada que esta puerta, y echando el cerrojo... (*Le echa y ve á Clotilde que entra por la derecha.*) Ella es. Ya era tiempo.

ESCENA XIII.

CLOTILDE *á la derecha* FERNANDO *por el fondo.*

Clot. (*Sin verle.*) Las cuatro acaban de dar. Felizmente mi marido no ha vuelto todavia. Yo fallezco! tengo un miedo... (*Pasa á la izquierda; se vuelve, y ve á Fernando.*) Ahí está!

Fer. (*Acercándose.*) Oh! qué de bondades, señora! Permítame usted que me arroje á sus plantas, y que la bendiga como mi única esperanza. Ah! señora, usted salva la vida á un desdichado!

Clot. (*Con candor.*) Oh! seguramente; y á no ser por eso....

Fer. Apenas creía posible tanta dicha! Sin embargo, nada hay mas cierto, es usted misma, aqui, á mi lado, solos los dos, y ya puedo repetirle á usted que la amo, que la adoro, que me es imposible vivir de hoy mas lejos de usted.

Clot. Oh! mas bajo, por piedad. Su hermana de usted.

Fer. No está.

Clot. Mi marido...

Fer. Me he prevenido contra su vuelta.

Clot. (*Asustada.*) Santo Dios.

Fer. (*Deteniéndola.*) Usted me ha prometido escucharme.

Clot. Y no le oigo á usted, por ventura?

Fer. Cierto; es demasiado, sin duda! pero puede acaso bastarme que usted me oiga, si se obstina usted en no comprender lo que pasa en mi corazon? sino, no apartaria usted de mí esos ojos, porque muero, y cuya luz imploro. (*Se acerca cada vez mas.*)

Clot. (*Queriendo alejarse.*) Caballero! Es eso lo que me habia usted prometido? Oh! bien me acuerdo; me juró usted que su discrecion...

Fer. Mi discrecion! Y qué imperio puede conservar la razon sobre quien se desconoce á sí mismo? sobre aquel en cuya alma reina sola la mas espantosa desesperacion?

Clot. (*Asustada y aparte.*) Dios mio! (*Alto.*) Seguramente, caballero, yo sentiria mucho ser causa de una desgracia. usted lo ve. Pero usted por su parte debiera no abusar de mi situacion, porque en fin, esta mañana no me pedia usted sino una entrevista.

Fer. Y de qué me servirá, señora, ese vano favor? de prolongar algunos instantes una existencia que ha llegado á serme enfadosa?

Clot. Qué dice usted?

Fer. Que no me habré quitado la vida en su presencia de usted, que usted habrá sabido evitar tan terrible espectáculo; eso será, y no mas, lo que habrá conseguido. (*Con delirio.*) Pero mañana, ídolo mio, nos veremos separados para siempre! mañana usted partirá...

Clot. Oh! sin duda; hoy mismo, si pudiera.

Fer. (*Frenético.*) Y quiere usted que viva!

Clot. Bien, no, no; no partiré mañana. Pero déjeme usted. (Yo sufro!)

Fer. Ah! bien mio! si mi voz ha sabido encontrar el camino

de ese corazon, si tiene piedad de un infeliz, dígnese usted dirigirme al menos una mirada, una mirada de perdon, una sola, señora, ó me. verá usted espirar á sus pies.

Clot. Dios mio! Alce usted. Oh! no!

Fer. *(Sorprendiéndole una mano, mientras ella vuelve la cabeza.)* Permítame siquiera, angel de belleza, que selle en esa mano celestial estos labios que te juraron un amor eterno.

Clot. *(Desasiéndose.)* Basta ya, caballero!

Fer. Si, bien mio, *tu amor, ó la muerte!*

Clot. Me es imposible sufrir mas: qué osadia! *(Rechazándole.)* Caballero, por última vez... *(Llaman á la puerta.)* Silencio!

Mont. *(Desde fuera.)* Abre, muger, abre.

Clot. Mi marido!

Fer. *(Aparte levantándose.)* Cómo diablos le ha dejado Sauvigny escapar tan pronto?

Clot. *(En voz baja.)* Oh! váyase usted, por Dios, váyase usted.

Fer. *(En voz baja.)* Con la condicion de que en volviendo á salir prolongará usted esta entrevista; me lo promete usted?

Clot. *(Fuera de si.)* Sí, bien; váyase usted, váyase usted.

Fer. *(En tanto que se oye llamar todavia.)* Pero por dónde? ah! el cuarto de mi hermana es un sagrado.

Clot. *(Viendo que se encierra.)* Sobre todo, suceda lo que suceda, no salga usted. Volemos á abrir! Dios mio! Hay situacion igual á la mia? *(Abre la puerta del fondo.)*

ESCENA XIV.

CEOTILDE. MONVEL.

Mon. Te he venido á incomodar?

Clot. (Esto es peor!)

Mon. Estabas en tu cuarto, y por eso no me oías?

Clot. *(Turbada.)* Cierto; por eso te he hecho esperar.

Mon. No importa: qué mal hay en eso? pero no vengo solo. (Valgámonos de precauciones oratorias.) *(Alto.)* Viene conmigo una persona para quien los instantes son preciosos.

Clot. Quién, pues?
Mon. Una persona que no esperabas volver á ver, y que desea ardientemente serte presentada.
Clot. Para qué?
Mon. Para pedirte un favor, que seguramente no le negarás.
Clot. Santo Dios! hoy todo el mundo se ha desatado á pedir. Que venga en hora buena; que entre, vamos.
Mon. Siempre que prometas no asustarte...
Clot. Qué! quién puede ser...
Mon. Y que no se te escape un solo grito de...
Clot. Pero qué es? (*Viendo á Sauvigny, que entra da un grito.*) Ah!
Mon. No dije! (*Sosteniéndola.*)

ESCENA XV.

CLOTILDE. MONVEL. SAUVIGNY.

Clot. Es un sueño?
Sau. Señora.
Clot. Apenas puedo creer á mis ojos!
Mon. El Sauvigny, el mismo Sauvigny.
Sau. Yo soy, señora. (Qué fortuna, que Hortensia no haya estado presente!)
Clot. (*Volviendo en si de su turbacion.*) Usted vive todavía?
Sau. (*Avergonzado y balbuciente.*) Señora, en balde lo negaria.
Mon. No solo vive, sino que goza, como ves, de muy buena salud.
Clot. (*En tono de reconvencion.*) Cómo, caballero, usted no murió?
Sau. Señora, yo pido á usted mil perdones, no es culpa mia si...
Mon. Ya lo sabrás, ya lo sabrás todo, te lo contaremos por menor; pardiez! te ha de divertir. A mí, esta mañana, me ha hecho reir!!!
Sau. (*En tono de súplica.*) Señor Monvel...
Mon. (*Con viveza.*) Tiene usted razon; no es ese el objeto de nuestra visita: se trata nada menos que de salvarle la vida.
Clot. (*Asombrada.*) Otra vez!
Mon. (*Con viveza.*) Hay en Ruan una persona á quien ama perdidamente, y con quien quiere casarse.

Clot. (*Indignada.*) El señor! Dios de justicia!

Sau. (*Bajando los ojos.*) Ah! señora, es demasiado cierto.

Mon. Tu querida amiga Hortensia.

Clot. (*Asombrada.*) Cielos! ese jóven del Havre, de quien me hablaba ella esta mañana.

Mon. El es.

Clot. Ese amante á quien ella no encontraba mas defecto que un esceso de pasion?

Mon. El mismo.

Clot. Ese corazon que jamas habia amado á otra, y que habia de amarla siempre!

Mon. Cabal.

Clot. Qué horror! Oh! lo sabrá todo, sabrá la verdad entera.

Mon. Hé ahí precisamente lo que es preciso evitar.

Sau. Señora, si mis ruegos...

Mon. Te pedimos por Dios que guardes el mayor silencio.

Clot. Y veré engañar tranquilamente á mi mejor amiga?

Mon. No la engaña, no la engaña; la quiere realmente, va á perder el juicio...

Clot. (*Indecisa.*) Y la otra..? y la persona de Bañeras?

Mon. Ya no la ama, muger; por mejor decir, nunca la amó... él mismo me lo ha dicho.

Sau. (*Precipitadamente.*) No he dicho eso!

Mon. Poco menos.

Sau. He confesado por el contrario que merecia todo mi amor, y que en efecto la adoraba...

Mon. Sí, sí, una mañana, horas. Él mismo se está haciendo mas reo de lo que es realmente. Una pasion como la de todos los muchachos, un capricho, un pasatiempo!

Clot. Un pasatiempo! y queria matarse?

Sau. (*Adelantándose.*) Sí señora, estaba decidido, se lo juro á usted, y la única consideracion que pudo impedírmelo...

Mon. Fue un almuerzo que le ofrecieron cuatro amigos, y unas botellas de Champagne que le salieron al paso... y media hora despues ya no se acordaba de semejante proyecto... si me lo ha contado todo.

Sau. Señor Monvel...

Mon. Y hizo usted muy bien, yo lo apruebo

Clot. Es una infamia!

Mon. Disparate! y haces mal en conservarle rencor. Nada

mas natural. El que jura y perjura que ha de estar eternamente enamorado es un loco, un mentecato que se engaña á sí mismo... Pende eso de él, por ventura? Es uno dueño acaso de esos sentimientos? Tanto valdria jurar que ha de estar uno eternamente bueno.

Clot. Enhorabuena... pero amenazar con el suicidio?

Mon. Bah! bah! Déjanos en paz. Pero tú crees eso?

Clot. (*Mirando á Sauvigny.*) A lo menos hasta ahora he creido...

Mon. (*Riendo.*) Ah! ah! ah! pobre Clotilde!

Clot. Te ries de mí?

Mon. Seguramente. Todo el mundo lo dice, pero nadie lo hace. Testigo el señor, que obraba de buena fé... con cuanta mas razon pues se puede decir de los que van de mala, de los que representan un papel de comedia.

Clot. (*Dando un grito de indignacion.*) Ah!

Mon. Qué tienes?

Clot. (*Pasando á la izquierda.*) Nada... (Y yo, que no ha mucho aqui mismo...!) (*Alto, mirando á la puerta del cuarto donde se encerró Fernando.*) La presencia del señor me presta un servicio que le agradeceré, guardando ese silencio que exige.

Sau. Es posible?

Mon. Cuando le dije á usted que era la bondad misma.

Clot. (*Mirando á la puerta de la izquirda.*) Sí... una bondad... (*Aparte con despecho.*) de que no se habrá burlado nadie impunemente... (*Alto.*) Pero dónde está Hortensia?

Mon. La hemos dejado haciendo compras.

Clot. (*Que se ha sentado á escribir.*) Sí? Pues es preciso buscarla, y hacer de suerte que llegue esta esquela á sus manos... (*A Sauvigny.*). No tema usted nada; no trato de venderle á usted... al contrario. (*Á Monvel.*) Pero es absolutamente indispensable que esta esquela le sea entregada al momento, ó al menos antes de comer.

Mon. Pierde cuidado... Dijo que debia acabar sus compras por el almacen grande de la Plaza. Voy á enviar allá á un mozo de la fonda.

Clot. (*Dándole la esquela que acaba de cerrar.*) Lo mas pronto posible.

Mont. Y no te parece que hariamos bien mientras vuelve en bajar al jardin...

Clot. Yo prefiero quedarme aqui.

Mon. Como gustes.

Clot. Pero tú puedes bajar; podrias acompañar á nuestra hija...

Mon. Dices bien; la pobre Julieta, que no ha salido hoy en todo el dia.

Sau. (Qué es esto? Pretende alejarle de aqui? Sera por Fernando?)

Mon. Viene usted, amigo mio?

Sau. (Habrá buen hombre! Cómo diablos prevenirle?) (*Alto.*) No; tengo que escribir, y me retiro... (Velaré sobre su conducta! observaré desde aqui.) (*Saluda ligeramente, y se entra por la segunda puerta de la derecha, detras de la cual entreabierta se mantiene durante la escena siguiente.*

Mon. Hasta luego, pues.

Clot. (*Cogiéndole una mano, y oprimiéndola con ternura entre las suyas.*) A Dios, querido esposo!

Mon. Ah! hace mucho tiempo que no la veo tan amable. (*Sale por la primera puerta de la derecha. Clotilde despues de haber cerrado la puerta de la derecha se dirige hácia la de la izquierda.)*

ESCENA XVI.

CLOTILDE. FERNANDO. SAUVIGNY *oculto.*

Clot. Puede usted salir; todos se han marchado. (*Toma una silla y su labor, y se sienta en medio de la escena.)*

Fer. Ah! señora, cuán largos, cuán eternos me han parecido estos momentos! mi corazon latia con tal violencia, que sentia apagarse en mí la fuente de la vida... en este instante mismo apenas puedo estar en pie.

Clot. (*Friamente.*) Sí...? pues siéntese usted.

Fer. (*Con calor.*) Sentarme! cuando estoy al lado de usted, cuando la contemplo á usted con embriaguez!

Clot. (*Haciendo labor.*) Ya veo que le vuelven á usted las fuerzas.

Fer. Vuelven, sí, para sufrir, y para sufrir mas que nunca.

Clot. Eso seria verdaderamente sensible... porque en fin, despues de cuanto usted y yo hemos hecho... si no hubiese mejoria posible, seria preciso renunciar del todo á los remedios.

Fer. (*Asombrado.*) Qué quiere usted decir?

Clot. Que en gracia del cariño que tengo á su hermana de usted, á mi mejor amiga, he querido salvar á su hermano.

Fer. Cómo? no era por mí?

Clot. De ningun modo... yo no le conocia á usted... Pero en tratándose de la vida de alguien, tanto da uno como otro. Es cuestion de humanidad.

Fer. Cómo? ni el menor sentimiento hácia mí, ningun afecto? Oh! no es posible; esa tranquilidad, esa calma, cuando ve usted á su lado al mas desgraciado de todos los mortales! (Está visto; es cosa de volver á empezar. Vea usted lo que es una interrupcion en el momento crítico!) (*Alto.*) Sí señora, usted se dignará escucharme... sus ojos no permanecerán siempre clavados sobre ese bordado, que me desespera; por fin me dirigirá usted una mirada de compasion... ó estas palabras que pronuncio serán las últimas que oirá usted de mis labios... y ese balcon que da al rio... ese balcon!! (*Da algunos pasos hácia el balcon; Clotilde no se mueve.*) (Hola! no se mueve?) (*Alto.*) Este balcon del cual voy á precipitarme...! (No me detiene?) (*Alto, y volviendo precipitadamente hácia ella.*) Pero no; no quiero morir lejos de usted... delante de usted misma, á sus piés quiero deponer una existencia que usted desdeña.

Clot. (*Friamente.*) Mucho lo sentiria; pero no está en mi mano impedirlo.

Fer. Ah! lo dice usted, cruel, porque sabe usted que estoy desarmado, y que no tengo mas que mi desesperacion... pero si pudiese encontrar una arma...!

Clot. No es mas que eso lo que usted desea? (*Desatando friamente la llave que pende de su cinturon.*) Tome usted.

Fer. Qué es?

Clot. (*Levantándose.*) Abra usted esa papelera... (*Viendo que él titubea.*) Ábrala usted; ahí encontrará usted una caja...

Fer. (Oiga!) (*Alto.*) Dónde?

Clot. Ahí mismo, ahí.

Fer. (*Cogiendo la caja.*) Ah! estas pistolas...

Clot. Son de usted.

Fer. (*Aparte, asombrado.*) Cielo santo! (*Alto, abriendo la caja, tomando una pistola, y haciendo del sandio y de-*

sesperado.) Con que usted lo quiere... usted lo exige...

Clot. (*Friamente.*) Puesto que no hay otro modo de curar á usted... eso es cosa de usted, amigo mio. Por usted...

Fer. Diga usted mas bien que es por usted misma, que tiene usted á dicha librarse de esta suerte de un amor que la importuna, que le es odioso, que la estorba tal vez... sí, porque sin duda tengo un rival, le tengo, estoy seguro.

Clot. Auto en favor para...

Fer. Ah! eso es ya demasiado! (*Tronando.*) Pues bien, señora; no, no me mataré! eso seria dar á usted un buen rato; proporcionarla un placer... se atreve usted á reirse todavia en una circunstancia semejante!!!

Clot. (*Riendo á carcajadas.*) Sí por cierto... adelante, caballero, adelante... solo estaba esperando este momento para adorarle á usted.

ESCENA XVII.

FERNANDO. CLOTILDE. HORTENSIA. *Despues* SAUVIGNY.

Hort. (*Entra precipitadamente, ve á Fernando con la pistola en la mano, da un grito y se arroja en sus brazos.*) Hermano mio! Te vuelvo á ver! vives todavia!

Fer. (*Queriendo desasirse de sus brazos.*) Qué tienes? por Dios que...

Hort. No estás herido?

Clot. Oh! no, no; yo respondo.

Hort. He tenido un susto; porque al fin, esta esquela de Clotilde que me acaban de dar...

Fer. (*Leyendo.*) «Ven volando, querida Hortensia; tu hermano está en este momento en el mayor riesgo que puedes imaginar.» Señora, usted... (*Á Clotilde.*)

Clot. (*Riéndose.*) Me figuré que querria usted morir al lado de los suyos. (*Al oido á Hortensia.*) Es una pequeña leccion que le he dado; queria matarse por mí, pero tranquilízate, amiga mia.

Hort. Es posible? (*Mirando á Fernando avergonzado*)

Sau. La burla ha sido buena!

Fer. Cómo? tú estabas tambien en el complót? Este insulto...

Sau. No, amigo mio, era solo testigo. (*Al oido.*) Acuérdate de que la leccion puede servirnos á los dos.

Fer. (*Mirando á los tres que se rien de él.*) Ah! esto es insufrible! El ridículo que cae sobre mí me obliga á hacer por fin...

Hor. Hermano mío!

Sau. (*Calmando.*) Qué dices? Clotilde es demasiado delicada para abusar de esta pequeña ventaja que tu locura le ha dado sobre tí, y creo que...

Clot. (*Alargando la mano á Fernando.*) Si mi amistad puede...

Fer. (*Cogiéndola, y humillado.*) Señora!

Sau. Tu hermana está tan interesada en guardar el silencio como tú; y en cuanto á mí, un medio hay de identificarme para siempre en los intereses de la familia. Cumple tu palabra, y olvidemos...

Fer. Ah! Sauvigny. Hortensia. (*Mirando á esta en ademan de interceder por Sauvigny.*)

Hort. Un momento! (*Escuchando.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS. MONVEL.

Mon. (*Abalanzándose á Fernando, á quien ve con la pistola en la mano.*) Qué significa esto, caballerito?

Clot. (*Echando de ver en su mano envuelta en un pañuelo de seda.*) Qué es eso? qué tienes?

Mon. Nada.

Clot. Cómo! nada?

Mon. Nada absolutamente: nuestra hija estaba jugando hace poco á la puerta del jardin, cuando de pronto vimos venir corriendo hácia ella un perro, de mala traza por cierto, y unos hombres que venian detras gritando: «A un lado, á un lado, que rabia!» Yo me arrojé entre el perro y la niña, y el animal me mordió: nada mas.

Todos. Pero rabioso!

Mon. No; miedos pueriles; un instantes despues le hemos visto beber en la fuente inmediata. Felizmente...

Hort. Pero usted lo ha creido...

Mon. Oh! pardiez, sí.

Hort. Y á pesar de eso..! Qué generosidad!

Mon. Generosidad? No por cierto; tratándose de mi hija ó de

mi muger, qué menos podia hacer? Es como si se tratara de uno mismo.

Fer. Sin embargo de que usted opina que no debe usted esponer su vida...

Mon. Cuando es preciso, nada mas justo. Auto en favor para no esponerla cuando no hay necesidad. Pero qué tenian ustedes cuando he entrado? Comemos, ó no comemos?

Clot. (*Enternecida.*) Ah! querido esposo, eres el mejor de los hombres.

Mon. Calla!

Clot. (*Enternecida.*) El mejor de los padres y de los maridos, y en este momento te amo como te he amado jamas.

Sau. Y ese ejemplo señora... (*A Hortensia.*)

Fer. Hermana mia, no te decidirás por fin á premiar un amor...

Hor. (*Alargándole la mano.*) Consiento por fin en ello, si mi hermano me da palabra...

Mon. (*Cogiendo el brazo de Clotilde.*) Despues de comer, despues de comer. (*Dirigiéndose hácia la salida.*)

Fea. (*Casi al oido de Hortensia.*) Renuncio en buen hora á mis proyectos de muerte.

Sau. (*Cogiendo la mano de Hortensia.*) Y yo, solo *á tu amor* no renuncio.

FIN DE LA COMEDIA.

ÍNDICE DEL TOMO CUARTO.